

LA VERDADERA ESPOSA DE JESUCRISTO,

Ó SEA,

LA MONJA SANTA

POR MEDIO DE LAS VIRTUDES PROPIAS DE UNA RELIGIOSA.

OBRA COMPUESTA POR

S. ALFONSO MARÍA DE LIGORIO,

obispo de santa Águeda de los Godos, y Rector mayor de la Congregacion de
Santisimo Redentor:

cuyas doctrinas son de grande utilidad espiritual, no solamente para
las religiosas y religiosos, sino tambien para los seglares, pues que
en ellas se trata de la práctica de las virtudes cristianas, las que
sabemos que se dirigen á todos los estados y personas.

TRADUCIDA DEL ORIGINAL ITALIANO POR

D. NARCISO DE GUINDOS, Pbro.,

ex-catedrático titular de Latinidad, Retórica y Poética, vocal de la Subdelegacion
Greco-Latina, y Sociedad de Amigos del pais en la provincia de Jaen, etc.

TERCERA EDICION,

AUMENTADA

con la insercion de todos los textos originales latinos

TOMO II.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

IMPRENTA DE D. PABLO RIERA,

1853.



Es propiedad de su editor D. Pablo Riera.



LA VERDADERA ESPOSA DE JESUCRISTO.

CAPÍTULO XIII.

DE LA PACIENCIA.

§ I. — *De la paciencia en general.*

1 *Patientia autem opus perfectum habet* ¹. La paciencia es un perfecto sacrificio que nosotros ofrecemos á Dios; y se llama perfecto, porque en padecer las tribulaciones y adversidades nada ponemos de nuestra parte, sino solo aceptar de sus divinas manos aquella cruz bien ordenada que nos presenta: *Melior est patiens viro forti* ². El que padece con paciencia es mejor que el varon fuerte. No faltará algun hombre que cuente con valor para promover y aun sostener cualquiera obra piadosa, pero después no tendrá paciencia para sufrir las adversidades que han de sobrevenirle; pues mejor le estaria el ser mas fuerte en la paciencia, que en emprender tales obras. Esta tierra en que vivimos es el lugar destinado para ganar méritos, y por esta causa no es morada de reposo, sino

¹ Jac. I, 4. — ² Prov. XVI, 32.

de fatigas y de padecimientos; supuesto que no se merece cuando se está reposando, sino cuando padece-mos; y ninguno de los que viven en este mundo, sea justo ó injusto, deja de tener que sufrir trabajos. A este le falta una cosa, á aquel le falta otra; el uno es noble, pero le escasean los haberes; el otro llega á ser rico, pero carece de nobleza: algun otro se encuentra noble y rico, pero no goza de salud. En suma, todos hemos de padecer, sin exceptuarse los soberanos; y aun estos con mayor motivo, pues que por lo mismo que ellos son mas elevados sobre la tierra, son tambien mayores sus trabajos. En lo que consiste, pues, todo nuestro provecho en esta parte es en sufrir con paciencia la cruz que Dios tiene á bien ofrecernos. Por eso el Espiritu Santo nos previene, que no queramos hacernos semejantes á las bestias, las cuales se irritan luego que no pueden llegar á conseguir la satisfaccion de sus propios apetitos: *Nolite fieri sicut equus, et mulus, quibus non est intellectus* ³. Y ¿de qué nos sirve impacientarnos cuando los trabajos nos circundan, sino para multiplicar nuestros males? Los dos ladrones, el bueno y el malo, ambos á dos murieron crucificados sufriendo una misma pena; mas el bueno se salvó, porque abrazó esta con paciencia; y el malo se condenó, porque la padeció sin ella: *Una eademque tunsio*, dice san Agustin, *bonos perducit ad gloriam, malos redigit in favillam*. Un mismo padecimiento conduce á los buenos á la gloria, porque lo aceptan en paz, y á los malos los precipita al fuego del infierno, á causa de sufrirlo con impaciencia.

³ Psalm. XXXI, 9.

2 Conviene tambien advertir, como sucede con frecuencia, que por huir algunos de aquella cruz que Dios les ha ofrecido, encuentran después otra mayor que la que han dejado: *Qui timent pruina, irruet super eos nix*, como se expresa Job ⁴. Aquellos que no quieren sufrir la escarcha, quedarán cubiertos de nieve. Suele decir alguna monja: *Que me den otro oficio cualquiera, y me quiten este que ahora tengo*; pero no sabe la infeliz que habrá de padecer mas en el que desea que en el otro que quiere dejar; y lo peor de todo, que será con poco ó ningun mérito. No os portéis vos de esta manera, sino abrazad cualquiera fatiga y tribulacion que Dios tenga á bien dirigiros; pues que con ella habréis de adquirir por una parte mas méritos, y por otra tambien padeceréis menos; y ya que otra cosa no sea, sufridla en paz siquiera, con el convencimiento de que aquel trabajo se experimenta por la voluntad de Dios, y no por la vuestra. Persuadios desde luego de la verdad con que afirma san Agustin que toda la vida de un cristiano ha de ser una cruz continuada: *Tota christiani vita crux est* ⁵. Tal habrá de aparecer especialmente la vida de aquellas religiosas que aspiren á hacerse santas. Y dice san Gregorio Nacianceno sobre este punto, que estas nobles almas fundan su riqueza en ser pobres, su gloria en verse despreciadas, y su placer en privarse de las delicias terrenas. Á este intento pregunta san Juan Clímaco: ¿Cuál es la verdadera religiosa? Es aquella, responde, que se hace una perpetua violencia. Y ¿cuándo habrá de acabarse esta violencia? Cuando se acabe tambien la

⁴ Job, vi, 16. — ⁵ Serm. 31 de Sanct.

vida, responde san Próspero: *Tunct finienda pugna, quando succedat victoria*⁶. Tendrá fin el combate cuando se haya de conseguir la victoria en el reino eterno. Si, pues, teneis presente que habeis ofendido á Dios en la vida pasada, y deseais tambien salvaros, debe serviros de consuelo el ver que el mismo Señor os da los padecimientos. Tened presente esta sentencia de san Juan Crisóstomo: *Peccatum sanies est, poena ferrum medicinale; ita peccans, si non puniatur, miserri-mus est*⁷. El pecado es una apostema del alma; y si la tribulacion no viene á extraer el humor que allí hay podrido, el alma está perdida. ¡Desgraciado aquel pecador que por sus culpas no se ve castigado en esta vida!

3 Entended pues bien, os dice san Agustin, que cuando el Señor os manda infortunios; hace oficio de médico; y aquella tribulacion que os envia, no es ya como pena anticipada de vuestra condenacion, sino que es un remedio para la eterna salud que os espera: *Intelligat homo medicum esse Deum, et tribulationem medicamentum ad salutem, non poenam ad damnationem*. De donde se deduce, que debeis dar gracias á Dios, cuando os castigã, porque es clara señal de que os ama, y que os reconoce por hija: *Quem diligit Dominus castigat; flagellat autem omnem filium quem recipit*⁸. Por lo que dice san Agustin: *Gaudes? agnosce Patrem blandientem. Tribularis? agnosce Patrem emendantem*⁹. ¿Estás consolada? reconoce al Padre que te acaricia: ¿estás atribulada? reconoce al Padre que te corrige.

⁶ De vita contempl. — ⁷ Hom. 6 ad Pop. ant. — ⁸ Heb. xii, 6.
— ⁹ In Psalm. cXLVIII.

Y al contrario, dice el mismo santo Doctor, ¡ pobre de vos, si después de haber pecado os exceptúa Dios de los azotes en esta vida ! porque es una señal de que os excluye del número de sus hijas : *Si exceptus es à passione flagellorum, exceptus es à numero filiorum* ¹⁰. No digais, pues, jamás, luego que os viéreis atribulada, que Dios se ha olvidado de vos ; decid antes mas bien, que vos habeis puesto vuestros pecados en olvido : pues el que reconoce que ha ofendido á Dios, es muy conveniente que le suplique con san Buenaventura, diciendo : *Curre Domine, curre, et vulnera servos tuos vulneribus sacris, ne vulneremur vulneribus mortis* ¹¹. Apresuraos, Señor, y castigad á vuestros siervos con aquellas heridas que son de amor y de salud divina ; para que no tengamos que ser lastimados con llagas de indignacion y de muerte eterna.

4 Estemos desde luego bien seguros de que Dios no pone en nuestros hombros las cruces de los trabajos para vernos perdidos, sino con el piadoso fin de salvarnos ; y si después de ser así, no sabemos aprovecharnos de ellos para bien del alma, toda la culpa será nuestra. Explicando san Gregorio estas palabras de Ezequiel : *Facti sunt mihi ferrum, et plumbum in medio fornacis* ¹², dice : *Ac si dicat, purgare eos per ignem tribulationis volui, et aurum fieri quaesivi, sed in fornace mihi plumbum versi sunt* ¹³. He procurado reducirlos á oro con el fuego de los azotes, pero ellos se me han vuelto plomo. Estos son los pecadores, que después de haber merecido muchas veces el infierno, al verse

¹⁰ Lib. de Post. c. 5. — ¹¹ Stim. de Div. Am. c. 3. — ¹² Ezech. xlii, 18. — ¹³ S. Greg. Pastor. p. 3.

acometidos con una calamidad cualquiera, se impacientan, se llenan de ira, y como que quieren tratar á Dios de injusto y de tirano, llegando á decir tambien algunos: *Pero, Señor, no soy yo solo el que os ha ofendido, y parece que solo atendeis á lo que yo hago: yo soy débil, no tengo fuerzas para llevar una cruz tan pesada. ¡Miserable! ¿qué es lo que dices? ¿Alegas que no eres tú solo el que ha ofendido á Dios? Si los otros tambien han pecado, y Dios quiere usar con ellos de misericordia como contigo, ya los atormentará igualmente en esta vida; y ¿no sabes tú que el mayor castigo que Dios puede ofrecer á un pecador es el no castigarlo en este mundo? segun lo declaró el mismo Señor por boca de Ezequiel, cuando dijo: *Recessit zelus meus à te, ultra non irascar tibi* ¹⁴. Yo no tengo ya celo por tu alma, y por eso ya tampoco me verás airado contra tí, mientras vivas. Sobre lo que dice san Bernardo: *Tunc magis irascitur Deus, cum non irascitur. Volo irascaris mihi, Pater misericordiarum* ¹⁵. Cuando principalmente está Dios irritado con el pecador, es cuando parece que no se enoja contra él, y no lo castiga. Por eso el Santo humillándose exclamaba: Señor, yo quiero que os portéis conmigo como padre de misericordias, y por lo tanto os pido que aquí en la tierra me castigueis por mis pecados, y de esta manera me libraréis del eterno castigo. Decís luego en la tribulacion: *No tengo fuerzas para poder sobrellevar esta cruz tan pesada. Y yo os pregunto: Si echais menos esas fuerzas, ¿por qué no las pedís á Dios desde luego? Ya sabeis que tiene prometido acudir con su ayuda á todo el que de-**

¹⁴ Ezech. xvi, 42. — ¹⁵ Serm. 43.

bidamente la demande ó suplique: *Petite, et dabitur vobis* ¹⁶.

5 Por lo tanto cuando vos, mi bendita hermana, os viéreis visitada del Señor con cualquiera enfermedad, con la pérdida de personas amadas, con alguna persecucion, etc., etc., humillaos y decid con el buen Ladrón: *Digna factis recipimus* ¹⁷. Señor, yo merezco esta cruz, porque os he ofendido. Humillaos, repito, y consolaos, pues que solamente con ver que sois castigada en esta vida se manifiesta la señal de que Dios quiere perdonaros la pena eterna. *Et haec mihi sit consolatio*, decia Job, *ut affligens me dolore non parcat* ¹⁸. Esta haya de ser mi consolacion, que me aflijais, Señor, en esta vida, y que en ella tampoco me perdoneis, para que así consiga el perdon en la otra. ¡Oh Dios amoroso! la que tiene ya merecido el infierno, ¿cómo habrá de poder lamentarse de que Vos, Señor, le mandeis cualquiera trabajo? Aunque en el infierno no hubiera que padecer sino solamente un dolor pequeño, al considerar que este habia de ser eterno, deberíamos admitirlo en cambio por todos los dolores temporales, que se acaban: mas ¡ay! que no es así, que en este lugar de tinieblas se encuentran todos los dolores, todos son extraordinariamente grandes, y todos eternos! Y sabed que aunque vos hubiéseis conservado siempre la inocencia bautismal, y de consiguiente jamás hubiéseis merecido el infierno, habríais á lo menos sido acreedora de un largo purgatorio: y ¿sabeis lo que quiere decir pena de purgatorio? Pues responde santo Tomás ¹⁹, que

¹⁶ Matth. vii, 7. — ¹⁷ Luc. xxiii, 41. — ¹⁸ Job, vi, 10. —
¹⁹ In 4 Sent. Dist. 21.

las almas purgantes son atormentadas en él con el mismo fuego que sufren los condenados; y por eso dice san Agustín, que dicho fuego es mas penoso y terrible que el mayor dolor que en esta vida puede padecerse: *Gravior erit ille ignis, quam quidquid potest homo pati in hac vita* ²⁰. En vista, pues, de todo esto, estad contenta de que se os castigue en esta vida mas bien que en la otra; y con mucho mayor motivo viviendo persuadida de que aceptando aquí con paciencia los padecimientos, habréis de tener mérito por ellos; pero en la otra vida, fuera de tener que sufrirlos mucho mayores, tambien habrá de ser esto sin mérito alguno.

6 Por otra parte, debe al mismo tiempo serviros de consuelo el padecer con la esperanza de que por este camino vais al paraíso. Decia san José de Calasanz: *Toda fatiga es poca para ganar la bienaventuranza*. Y antes tambien lo habia dicho el Apóstol por estas palabras: *Non sunt condignae passionibus hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis* ²¹. Seria cosa de poco valor el padecer todas las penas de este mundo, por gozar un solo momento del paraíso: pues ¿con cuánta mas razon deberémos abrazar las cruces que Dios nos ofrece, sabiendo que el corto tiempo de padecer aquí en la tierra ha de ocasionarnos allí una felicidad eterna? *Momentaneum, et leve tribulationis nostrae aeternum gloriae pondus operatur in nobis* ²². No debemos, pues, entristecernos, sino antes mas bien consolarnos en el espíritu, cuando Dios se digna ofrecernos trabajos en este mundo. Aquel que pasa á la vida eterna con mayores méritos, habrá de obtener

²⁰ In Psalm. XXXVII. — ²¹ Rom. VIII. — ²² II Cor. IV, 17.

tambien mayor premio; y á este fin el Señor nos manda las tribulaciones. Las virtudes, que propiamente pueden llamarse fuentes de los méritos, no se ejercitan sino con sus actos; el que tenga mas ocasiones de impacientarse habrá de hacer mas repetidos actos de paciencia; aquel que recibiere mas injurias, pondrá en ejercicio mas actos de mansedumbre. Y por eso dice Santiago: *Beatus vir qui suffert tentationem, quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae* ²³. Bienaventurado el que sufre los trabajos en paz; porque después que haya sido probado con ellos, recibirá la corona de la vida eterna.

7 Este pensamiento daba valor á san Agapito, mártir, y jovencito de quince años, para que cuando el tirano le hacia poner carbones encendidos al rededor de la cabeza, le dijese: *Es cosa muy pequeña el que se me queme esta cabeza, la cual se me ha de coronar de gloria en el cielo*. Este pensamiento hacia tambien decir á Job paciente: *Si bona suscepimus de manu Domini, cur non mala* ²⁴? Con lo que queria declararnos: Si nosotros hemos recibido con alegría los bienes de Dios, ¿por qué no habrémos de abrazar con mayor júbilo estos males temporales, los que serán causa de la consecucion de los bienes eternos del paraíso? Este pensamiento igualmente ocasionaba la alegría de aquel peregrino que un soldado encontró en medio de una selva, cubierto de unas llagas tan profundas y corrompidas que la carne se le caia á pedazos, cuando él estaba cantando al mismo tiempo. Admirado al ver esto y como dudoso el militar le preguntó: ¿Érais vos el

²³ Jac. vi, 12. — ²⁴ Job, ii, 10.

que ahora cantaba? A lo que él entonces respondia : Sí, es verdad que canto; y con mucha razon debo hacerlo, porque entre Dios y entre mí no se interpone mas que esta muralla de tierra, que lo es mi cuerpo; y viéndolo ya caerse á pedazos, no puedo dejar de alzar mi voz en placenteros acentos, al conocer que ya se acerca el feliz momento de ir á gozar de mi Señor en el cielo ²⁵. Este pensamiento finalmente obligaba á san Francisco de Asis á que se expresase en estos términos : *Es tan grande el bien que espero, que todas las penas me deleitan*. En suma, los Santos se consuelan cuando se ven atribulados en esta vida, y en cierto modo se afligen luego que llegan á experimentar los consuelos. La madre sor Isabel de los Ángeles, segun se refiere en las crónicas teresianas, cuando al rezar el oficio divino se llegaba á aquellas palabras : *Quando consolaberis me* ²⁶? las decia con tanta precipitacion, que se anticipaba á las demás hermanas; las que preguntándole en una ocasion por qué lo hacia, respondióles : *Porque temo que Dios me consuele en esta vida*.

8 El verse, pues, una persona atribulada en este mundo, es una excelente señal de predestinacion : *Electorum*, dice san Gregorio, *hic est conteri, quibus servatur de aeternitate gaudere* ²⁷. El hallarse afligidos y despreciados aquí en la tierra, es propio de los escogidos, á los cuales está reservada la eterna bienaventuranza. Por eso leemos en las vidas de los Santos, que todos ellos, sin excepcion, se han visto circundados

²⁵ Exempt. Dist. 9, Ex. 139. — ²⁶ Psalm. CXVIII, 82. — ²⁷ Lib. 10 Mor. c. 17.

de trabajos mientras que han vivido. Y esto mismo puntualmente escribió san Gerónimo á la vírgen Eustaquio, cuando le decia : *Quaere, et invenies singulos Sanctos adversa perpessos. Solus Salomon in deliciis fuit, et ideo forsitan corrui* ²⁰. Busca, pues, y hallarás que no ha habido un Santo que no haya pasado por las tribulaciones; Salomon solamente fue el que vivió entre las delicias, y acaso se habrá condenado, dice el Santo, y esta haya sido la causa. Dice tambien el Apóstol que todos los predestinados ban de encontrarse semejantes á Jesucristo : *Quos praescivit, et praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui* ²¹. Sabemos tambien que la vida de Jesucristo fue un padecer continuo. Aunque al mismo tiempo añade el citado san Pablo para nuestro consuelo : *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur* ²². Luego si nosotros padecemos juntamente con Jesucristo, habrémos de ser tambien después glorificados con él mismo.

9 Pero esto debe entenderse siempre que padezcamos con paciencia, segun Nuestro Salvador sufrió todas sus penas, el cual, *cum malediceretur, non maledicebat; cum pateretur, non comminabatur* ²³. Y dice san Gregorio, que del mismo modo que el padecer con paciencia es una señal de predestinacion, así tambien el sufrir impacientándose es un presagio de condenacion eterna. Por esta razon el Señor nos advierte, que no hallarémos nosotros nuestra salud verdadera sino en el padecer con paciencia : *In patientia vestra possidebitis animas vestras* ²⁴. Y estemos desde luego per-

²⁰ Epist. 22. — ²¹ Rom. III, 29. — ²² Ibid. VIII, 17. — ²³ I Petr. II, 23. — ²⁴ Luc. XXI, 19.

suadidos, que el mandarnos Dios las tribulaciones no es por otra causa sino porque nos quiere bien; pues que por medio de ellas procura desapasionarnos de los placeres terrenos, que pueden hacernos perder la salud eterna. Por lo que dice san Agustín: *Amarus est mundus, et diligitur; puta, si dulcis esset, qualiter amaretur* ²²? El mundo es tan amargo, que todas sus delicias no pueden contentar el corazón humano, y al fin también todas ellas se convierten en amarguras y remordimientos de conciencia, y á pesar de esto tanto se ama; pensad ahora, dice el Santo, si el mismo mundo fuese dulce, cómo se apetecería, y en qué forma entonces nos olvidaríamos del alma, del paraíso y aun de nuestro Dios. Este Señor para nuestro bien pone la hiel sobre las delicias: á la manera que la madre, con el fin de que aborrezca la leche el niño que está criando, unta con hiel sus pechos, así también se porta Dios con nosotros, haciendo que los mismos deleites de esta tierra en que vivimos se nos conviertan en amarguras; para que huyendo de ellos anhelemos por los eternos placeres que tiene preparados en el cielo á quien le ama. Y el fin que se propuso también nuestro amoroso Salvador para venir al mundo á padecer, fue el de que nosotros con su ejemplo no rehusásemos imitarle.

Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus ²³. Y oid ahora cómo el mismo Señor nos convida á que le sigamos: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum; tollat crucem suam, et sequatur me* ²⁴. Como si dijese: Aquel que no quiera padecer, rehusando llevar la cruz de los tra-

²² Serm. de Temp. — ²³ I Petr. II, 21. — ²⁴ Matth. XVI, 24.

bajos, deje de pretender ser mi discípulo, y de querer seguirme para llegar al paraíso.

10 Pero el fin mas noble que debe proponerse un alma que ama á Dios en abrazar los padecimientos, debe ser un recto deseo de complacerle. Dice el Eclesiástico que algunos son amigos solamente en el tiempo de la prosperidad, pero que abandonan la amistad cuando la ven cercada de sufrimientos: *Est enim amicus secundum tempus suum, et non permanebit in die tribulationis* ²⁶. Mas el testimonio mas seguro de un verdadero amor, es el padecer voluntariamente por la persona amada. Este, pues, es el sacrificio mas agradable para Dios, el abrazar con paciencia todos los trabajos que tiene á bien ofrecernos: *Caritas patiens est, omnia suffert* ²⁷. El amor todo lo sufre; las calamidades exteriores, como la falta de salud, la pérdida de los bienes, de los honores, de los parientes y de los amigos: tambien las calamidades interiores, cuales son las angustias, las tentaciones, los dolores y desolaciones de espíritu. Y este es el motivo porque se acostumbra en las vidas de los Santos hacer especial mencion de su paciencia en las adversidades; pues que por medio de ellas prueba el Señor la fidelidad que le tenemos. Porque aunque es verdad que el demonio nos tienta, tambien lo es que somos muchas veces tentados por Dios; con la notable diferencia, de que el demonio nos tienta para perdernos, y las tentaciones de Dios se dirigen á probarnos para nuestro bien: *Tamquam aurum in fornace probavit illos* ²⁸. Como se prueba el oro en el fuego, así tambien prueba Dios el amor de sus

²⁶ Eccli. vi, 8. — ²⁷ I Cor. xiii, 4. — ²⁸ Sap. iii, 6.

amantes con el fuego de las tribulaciones. Así que, el hallarse un alma atribulada, es una señal de que Dios la ama : *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit, ut tentatio probaret te*: esto lo dijo el Ángel á Tobías ²⁹. Y dice san Juan Crisóstomo, que cuando el Señor le presenta á alguno cualquiera ocasion de padecer, le concede una gracia ó favor mas especial que si le diese el don de resucitar muertos : *Quando Deus dat alicui ut mortuos resuscitet, minus dat, quam cum dat occasionem patiendi*. Y la razon que da para ello el Santo es, que cuando llegamos á hacer milagros, quedamos deudores á Dios por aquella gracia que nos ha concedido; pero cuando sufrimos con paciencia los trabajos, entonces en cierto modo viene Dios á quedar por deudor nuestro. Estas son sus palabras : *Pro miraculis enim debitor sum Deo, ut pro patientia debitorem habeo Christum*.

11 ¡Oh insensibilidad humana! El cristiano que mira un Crucifijo, y ve á un Dios muerto y anegado en un mar de dolores y de desprecios, ¿ cómo es posible, si le ama, que no sufra con gusto, ó por mejor decir, que no desee el padecer por su amor toda clase de penas? Bien confirmaba esto mismo santa María Magdalena de Pazzis, cuando decia : *Todas las mayores penas se vuelven gustosas, cuando se mira á Jesús crucificado*. Hallándose una vez Justo Lipsio muy afligido de dolores, uno de los circunstantes procuraba animarle á que los sufriese con fortaleza, recordándole la paciencia de los estóicos; mas él entonces dirigiendo la vista á un Crucifijo, le respondió : *Esta es la verdade-*

²⁹ Tob. i, 13.

ra paciencia; con lo que le quiso declarar, que solo el ejemplo de un Dios que por nuestro amor ha padecido tanto, es muy bastante para que nos animemos á padecer tambien por su amor toda clase de penas. *Grata ignominia Crucis*, decia san Bernardo, *ei, qui Crucifixo ingratus non est* ⁴⁰. Los dolores y los oprobios son muy apreciables para el que ama al Crucificado. Y habiéndole preguntado á san Eleázaro la virgen santa Afra, esposa suya, cómo hubiese podido sufrir tantas injurias de la gente villana, sin dar muestras de resentimiento, el Santo le respondió: Esposa mia, no pienses que yo sea ya insensible á estos ultrajes, muy bien los siento; pero me vuelvo á Jesús crucificado, y no dejo de mirarle hasta que mi ánimo se ve ya tranquilo. El amor, segun dice san Agustin, hace fáciles todas las cosas: *Omnia facilia caritati* ⁴¹. Santa Catalina de Génova decia, después de haber sido herida del amor divino, que no sabia lo que era padecer; aunque experimentase la Santa gravísimas penas, ninguna de ellas sentia, al considerar que tales trabajos se los dirigia el que tanto la amaba. De la misma manera, cuando Dios enviaba á un buen religioso de la Compañía de Jesús cualquiera enfermedad, dolor ó persecuciones, les preguntaba siempre dentro de sí ó en su interior: Decidme, dolor, enfermedad ó persecucion, ¿quién os envia? ¿Os ha mandado Dios que vengais? bien venidos, bien venidas seais; y de este modo su alma estaba siempre en paz.

12 Concluyamos quedando persuadidos de que en esta vida, ya sea de buena gana, ó ya sea de mala,

⁴⁰ Serm. 25 in Cant. — ⁴¹ De Natur. 69.

hemos de padecer calamidades; y siendo esto indudable, procuremos desde luego sufrirlas con mérito, es decir, abrazarlas con paciencia. Esta excelente virtud es un escudo que nos defiende de todas aquellas penas que traen consigo las persecuciones, las enfermedades, las pérdidas de personas y bienes, y todos los demás trabajos de la vida. El que camina sin este escudo está, por el contrario, sujeto al padecimiento de todas estas penas. Procurad por lo tanto, antes de todo, pedir á Dios esta misma paciencia; pues que sin que supliquemos que nos conceda tan grande y excelente don, no habrémos de conseguir obtenerlo. Cuando llegue el caso de que se presente la adversidad, procuremos por nuestra parte hacernos violencia en reprimirnos, sin prorumpir en palabras ó lamentos impacientes. El fuego que está ardiendo dentro de una vasija se apaga inmediatamente que, tapando esta, se le priva de la comunicacion del aire: *Vincenti dabo manna absconditum* ⁴². Cuando la persona se hace violencia para vencerse en aquellas cosas contrarias que se le presentan, abrazando al instante la cruz enviada por el mismo Dios, ¡oh qué dulzura le da el Señor á gustar después en aquella misma tribulacion que está padeciendo! dulzura que ciertamente se halla escondida para los hombres mundanos, pero que bien gustan de ella las almas que son amantes de Dios. Es mas dulce, dice san Agustin, gozar de la buena conciencia en medio de los trabajos, que estar con mala conciencia en medio de las delicias: *Jucundius est gaudere de bona conscientia inter molestias, quam de mala conscientia inter delicias* ⁴³. Y

⁴² Apoc. 11, 27. — ⁴³ S. Aug. de Catoc. Rud. c. 6.

santa Teresa hablando de sí misma decia: *Yo tengo experimentado muchas veces, que si desde un principio me resuelvo generosamente á hacer una cosa molesta, me comunica Dios desde luego alegría para ejecutarla. Quiere el mismo Señor que el alma experimente estos temores y dificultades al emprender la obra, para que después tenga mayor mérito en ella.*

13 Convengamos, pues, en que cuando un alma se resuelve de veras á padecer por Dios, en realidad no padece después. Leamos en prueba de ello las vidas de los Santos, y verémos de qué manera ellos han llegado hasta enamorarse, digámoslo así, de los padecimientos. Santa Gertrudis decia, que se gozaba tanto en los trabajos, que no habia tiempo mas penoso para ella que aquel en que no tenia que sufrirlos. Santa Teresa tambien decia, que no podia vivir sin estar padeciendo; y por eso exclamaba con frecuencia: *Ó padecer, ó morir*. Santa María Magdalena de Pazzis aun se adelantaba mas diciendo: *Padecer, y no morir*. San Procopio, mártir, le dijo al tirano cuando vió que le preparaba mayores tormentos: *Atórméntame todo cuanto quieras: ¿no sabes tú que no hay cosa mas apreciable para el que ama á Jesucristo, que el padecer por su nombre*⁴⁴? San Gordiano, como refiere san Basilio, habiéndole amenazado con grandes suplicios, si no renegaba de Jesucristo, respondia: *Lo que siento es que no puedo morir mas que una sola vez por mi Señor Jesucristo*; y así perdió después la vida valerosamente. Santa Potamiena, vírgen⁴⁵, viendo que el tirano la amenazaba con hacerla morir dentro de una

⁴⁴ Ap. Sur. 8. jul. — ⁴⁵ Ap. Pallad. c. 1.

caldera de pez hirviendo, le contestó: *Bien está; pues lo que te ruego es, que no me hagas entrar en esta caldera de un golpe, sino que me vayan metiendo poco á poco, para que así pueda padecer mas por mi Jesucristo*: lo que se le concedió por el tirano, hasta que habiendo llegado la pez al cuello, la privó del habla y de la vida. Es tambien célebre el martirio que nos refiere Baronio ⁴⁶ de aquellas tres santas doncellitas, llamadas Fe, Esperanza y Caridad, las cuales viéndose reconvenidas con amenazas de tormentos por el tirano llamado Antíoco, animosamente le respondieron: *Pero tú, ¿no sabes que para los cristianos no hay cosa mas deseable que el padecer por Jesucristo?* Viendo el tirano su constancia, mandó que á santa Fe se la azotase primero; que después le cortasen los pechos; que en seguida la atormentaran con fuego, y que finalmente le cortasen la cabeza. Santa Esperanza fue antes azotada con nervios de bueyes, después le descarnaron las costillas con peines de hierro, y luego fue metida en una caldera de pez hirviendo. Santa Caridad era la menor, pues que no pasaba de nueve años; por lo que esperaba el tirano que la podría reducir á que negase la fe por el temor de los tormentos; y con esta confianza la dijo: *Hijita mia, ya habeis visto lo que ha sucedido con vuestras dos hermanas; á lo menos vos no os obstineis, sed sabia, si no quereis morir atormentada como ellas. A lo que inmediatamente respondió la santa doncellita: Te engañas, Antíoco; todos los tormentos no podrán hacer nunca que yo deje á Jesucristo. Entonces el tirano la hizo atar*

⁴⁶ Ann. 122.

á un ecúleo , y después la mandó atormentar sobre él , obligándola tambien á caer muchas veces de alto abajo , hasta que quedaron dislocados todos sus huesos ; últimamente ordenó que le hiciesen traspasar sus miembros con unos hierros , de tal manera que la santa virgencita murió desangrada.

14 Veamos ahora otros ejemplos mas recientes ó modernos. Sucedió en el Japon que una cierta mujer casada , que tenia por nombre Maxcencia , después de haber sido puesta en los tormentos , quiso uno de los verdugos aligerarle la pena , y ella le suplicó que no lo hiciese. Continuando la misma en confesar la fe con la mayor constancia , otro de sus contrarios le puso dos veces la espada sobre su garganta para intimidarla ; mas ella le dijo de este modo : *¡ Válgame Dios ! ¿ cómo quieres tú atemorizarme con una muerte que yo tanto deseo ? El modo de espantarme de que pudieras valerte fuera el de prometerme conservar la vida .* Y al decir esto , ella misma presentó el cuello al verdugo que le cortó la cabeza. Igualmente aconteció en el Japon con el P. Juan Bautista Maciado , de la Compañía de Jesús , que hallándose preso en una cárcel húmeda , en donde se vió por espacio de cuarenta dias tan atormentado , que no habia podido descansar ni de dia ni de noche , escribió desde allí á un religioso diciéndole : *Padre mio , á pesar de todo esto , yo me hallo tan contento , que no cambiaria el estado en que me veo con el de los primeros monarcas de la tierra .* Del mismo modo tambien el Padre Carlos Espínola escribió á sus compañeros , desde la cárcel en donde estaba padeciendo mucho , de este modo : *¡ Oh qué cosa tan dulce es el padecer por Jesu-*

cristo! yo he recibido ya la noticia de mi sentencia de condena: os suplico que deis gracias á la divina bondad por el gran beneficio que me dispensa. Y luego firmó aquella carta de este modo: *Carlos Espínola, sentenciado á muerte por Jesucristo*; y poco después fue quemado á fuego lento. Sé dice que cuando lo ataron al palo, en accion de gracias á Dios entonó el salmo: *Laudate Dominum omnes gentes*, y murió cantándolo.

15 Pero acaso, lleno de admiracion, preguntará alguno: ¿Cómo podian los santos Mártires padecer con tanta alegría? ¿Por ventura no eran de carne? ¿ó el Señor queria hacerlos insensibles á los dolores? No, responde san Bernardo: *Non hoc facit stupor, sed amor; non deest dolor, sed superatur, sed contemnitur* ⁴⁷. El padecer con tanta paciencia y júbilo, dice el Santo, no era efecto de insensibilidad, sino del mucho amor que tenian á Jesucristo: no les faltaba el dolor, mas por el amor de su Señor lo vencian hasta despreciarlo. Bien persuadido de estas verdades el gran siervo de Dios el P. Hipólito Durazzo, de la Compañía de Jesús, decia: *Cueste Dios cuanto se quiera, que nunca será caro*. Y san José de Calasanz tambien acostumbraba decir: *No sabe ganarse á Jesucristo el que no sabe padecer por Jesucristo*. ¡Oh, que las almas que entienden el lenguaje del amor bien saben encontrar todo su contento en las cruces, sabiendo que con abrazarlas dan gusto á Dios!

⁴⁷ Serm. 61 in Cant.

ORACION.

¡ Ay Jesús mio crucificado ! ¡ Vos sufristeis por mí tantos dolores y tantos desprecios ! Vos habeis muerto tambien para conquistar el amor mio ; y yo , ingrata , he renunciado tantas veces por una nada el amor vuestro ! tened , Señor , piedad de mí y perdonadme. Bendita sea para siempre vuestra misericordia , que por tanto tiempo y con tanta paciencia me ha estado sufriendo. Por aquel entonces , dueño de mi vida , ni yo os amaba , ni tampoco procuraba que Vos me amáseis : ahora sí os amo con toda mi alma ; y entre todas mis penas , la mayor que experimento es la de haberos disgustado tanto , después de haber sido tan amada de Vos , dulce Redentor mio. Sí que este es el mayor dolor que tengo , aunque al mismo tiempo es un dolor que me consuela , en tanto que me inspira confianza de que Vos ya me habeis perdonado. ¡ Oh qué dicha la mia , si hubiese muerto antes que ofenderos ! Aquí me teneis , Dios mio ; si en mi vida anterior yo no os he amado , en este mismo instante toda me entrego á Vos. Quiero tambien dejarlo todo para amaros solamente á Vos , Salvador mio , que aun sois digno de un amor infinito. Baste ya lo mucho que os he disgustado. La vida que me queda quiero emplearla toda en complacer á vuestro bellissimo corazon , que se halla tan enamorado de mí. Decidme , Señor , todo lo que quereis de mí , que yo estoy resuelta á hacerlo todo ; pero dadme Vos fuerza para poder ejecutarlo. Digo otra vez que os amo , bondad infinita , y que os amo con todo mi corazon ; y acepto tambien desde luego por

vuestro amor todas las penas que tengais á bien ofrecerme. ¡ Oh María, mi dulce Madre! socorredme con vuestra intercesion poderosa, pues que en ella confio.

§ II. — *De la paciencia en las enfermedades, en la pobreza, desprecios y desolaciones.*

1 Debe ejercitarse la paciencia en primer lugar en las *enfermedades*. Estas humanas dolencias son ciertamente la piedra de toque en la que se descubre si el espíritu de una persona es de oro ó es de cobre. Hay algunas religiosas que cuando gozan de salud están alegres, pacientes y devotas; pero luego que el Señor tiene á bien visitarlas con una enfermedad cualquiera, cometen mil defectos, y se manifiestan inconsolables: pierden la paciencia con todas las hermanas, y hasta con aquellas que por un efecto de caridad les prestan su asistencia: tambien se quejan del menor dolor é incomodidad que padezcan: láméntanse igualmente del médico, de la superiora, de las enfermeras, y de todos; diciendo que están abandonadas, y no se cuida de su asistencia. Ved aquí ya cómo se ha descubierto que es cobre el que parecia oro. *Pero acaso, Padre mio, replica aquella, padeciendo yo tanto, ¿no he de poder tampoco lamentarme y manifestar mis dolencias?* No me comprendéis, si discurris de este modo; pues que yo no trato de impedir que manifesteis vuestros dolores, cuando fueren de gravedad; pero siempre que son ligeros ó de poca consideracion, es una debilidad el quejaros con todas, y el querer que no haya una que deje de compadeceros. Y en el caso de

que los remedios no alcanzaren á libraros de vuestros padecimientos, quiero que no os impacientéis, sino que os sometáis á la voluntad de Dios, paciente y resignada. Dice tambien aquella otra: *Pues ¿dónde está la caridad? ¡ved cómo se han olvidado de mí estas mis hermanas, y me tienen abandonada en esta cama! ¡Pobre enferma! yo os compadezco, no por la dolencia del cuerpo, sino mas bien por la poca paciencia que teneis, la cual os hace enferma por dos conceptos, del cuerpo y del alma. Si las hermanas se han olvidado de vos, vos tambien vivís olvidada de Jesucristo, el que murió en una cruz mas abandonado todavía, y esto por el amor que os tiene. ¿De qué sirve, pues, que os lamentéis de esta ó de aquella otra? Lamentaos mas bien de vos misma, porque teneis tan poco amor á Jesucristo, y por esto mismo os veis con tan poca paciencia. Decia sobre esta materia san José de Calasanz: *Si los enfermos tuviesen paciencia, no se oirían de ellos mas lamentos*: escribiendo tambien Salviano, que muchas personas no podrian llegar á ser santas, si fuesen de una salud robusta: *Si fortes fuerint, sancti esse non possent* ¹. Como con efecto, si hablamos especialmente de las mujeres que han sido santas, leemos en sus vidas que casi todas ellas se han visto inundadas de diversas enfermedades. De santa Teresa sabemos, que en cuarenta años no estuvo un solo dia sin dolores. Y por esta razon añade Salviano, que las personas dedicadas al amor de Jesucristo se ven enfermas, y que tambien quieren estarlo: *Homines Christo dediti infirmi sunt, et volunt esse* ².*

¹ Lib. 1 de Gub. Del. — ² Loc. cit.

2 Dice luego aquella otra monja: *Yo no tengo á mal el verme enferma; lo que siento es que estando así no puedo asistir al coro, no puedo comulgar, no puedo hacer oracion, y aun estoy sirviendo de peso en el convento. Permitidme que yo os responda ahora á cada uno de estos reparos. Decidme, ¿por qué causa queréis ir al coro con ánimo de rezar el oficio, y á la iglesia á comulgar? Responderéis que para dar gusto á Dios. Está muy bien: pues siendo tambien gusto de Dios el que no vayais á rezar el oficio, ni á recibir la sagrada comunión, sino que esteis acostada en ese lecho padeciendo, ¿por qué habréis de afligiros? Oid las expresiones que el P. M. Ávila escribió á un sacerdote que estaba enfermo. Amigo, le dice, no os pareis ahora á pensar en aquello que hiciérais estando sano, sino contentaos con estar enfermo todo el tiempo que Dios quiera. Si buscáis solamente el cumplir con la voluntad divina, ¿qué mas os hace el estar sano que veros faltar de salud?* Aun se adelanta mas san Francisco de Sales diciendo: *Que con el padecer se sirve á Dios mas que con el obrar.* Decís tambien que no podeis hacer oracion, estando enferma. Y ¿por qué no podeis entonces ocuparos en este santo ejercicio? Concedo que con tal indisposicion ó achaque no estaréis apta para aplicar la mente á la meditacion: pero ¿por qué no podréis mirar al Crucifijo y ofrecerle las penas que esteis padeciendo? Y ¿qué oracion mas excelente que la de padecer, y resignaros con la voluntad divina, uniendo entre tanto vuestros dolores con los que padeció Jesucristo, y presentándolos á Dios de este modo? Decís,

por último, que estando con algun accidente, os hallais inútil, y serviréis de carga á la comunidad. Sobre lo que deberéis tener presente, que así como vos os conformais con la voluntad de Dios, así tambien habréis de suponer que vuestras hermanas habrán de conformarse, conociendo que si ocasionais al convento aquel gravámen, no ha sido por culpa vuestra, sino porque Dios de esa manera lo ha querido; convenciéndoos tambien al mismo tiempo, que aquellos deseos y lamentos no nacen del amor de Dios, sino del amor propio; y porque quisiéramos servir á Dios no como á él le agrada, sino como nos place á nosotros.

3 Ea pues, abrazad con paz todas las enfermedades que Dios tenga á bien enviaros, si quereis en verdad darle gusto, y deseais igualmente dar buen ejemplo á vuestras hermanas. ¡Oh qué bella edificacion ofrece una religiosa, la cual en medio de todos los dolores que padece, y aun hallándose ya cercada de los peligros de la muerte, se deja ver entonces con un semblante sereno, sin lamentarse en nada, ni de los médicos, ni de las monjas; sino que antes bien á todos les da afectuosas gracias por aquella asistencia, sea mucha ó poca, que le están prestando; y que recibe con agradable obediencia todos los remedios que le ordenan, por muy amargos y dolorosos que sean! Santa Liduina, segun refiere Surio, estuvo enferma treinta y ocho años, abandonada sobre una tabla, cubierta de llagas y atormentada de dolores; pero sin lamentarse jamás de nada, sino sufriendolo todo con la paz mas conforme y resignada. La beata Umiliana de Florencia, franciscana, quando estaba padeciendo

diferentes enfermedades dolorosas y violentas, alzaba continuamente las manos al cielo, diciendo: *Bendito seais, amor mio, bendito seais*. Santa Clara estuvo tambien enferma por el espacio de veinte y ocho años consecutivos, y nunca salió de su boca el mas mínimo lamento. San Teodoro, abad, sufrió todo el tiempo de su vida una llaga dolorosa, y decia que el Señor se la habia dado para que pudiese darle gracias continuamente, como con efecto no dejaba siempre de hacerlo ⁴. Y cuando nosotros nos hallemos tambien con la necesidad de sufrir cualquiera dolor, demos una ojeada hácia tantos santos Mártires á quienes fueron despedazadas las carnes con uñas de hierro, ó tambien quemadas con planchas ardiendo; y con esta consideracion animémonos á ofrecer á Dios aquel dolor que padecemos... A la paciencia en las enfermedades va tambien unida la que debemos igualmente tener en el rigor de las estaciones. No falta alguna que luego que hace mucho frio ó mucho calor, se inquieta y se lamenta, especialmente si entonees le faltan aquellos vestidos ú otros alivios que ella quisiera. No lo hagais, pues, vos así, sino bendecid ambas cosas, como á criaturas y ministros de la voluntad de Dios; decid tambien entonces con Daniel: *Benedicite ignis, et aestus Domino. Benedicite gelu, et frigus Domino* ⁵.

4 Debemos sobre todo, en el tiempo de las enfermedades, aceptar con paciencia la muerte, si ya nos hubiese llegado la hora, y tambien conformarnos con aquella especie de muerte que Dios tenga á bien ofrecernos. Y ¿qué otra cosa es esta vida, sino una tem-

⁴ Sur. 22 april. — ⁵ Dan. iii, 66, 69.

pestad continuada , en donde siempre estamos en peligro de perdernos? Habiendo muerto san Luis Gonzaga en la flor de su juventud , abrazó alegremente la muerte diciendo : *Ahora me parece que me hallo en gracia de Dios : en lo sucesivo no sé lo que será de mí : por eso estoy contento en dejar esta tierra , si ahora es voluntad de Dios el llamarme á la otra vida.* Pero diréis á esto : San Luis era un Santo , y yo soy una pecadora. Pues oid que os responde el P. M. Ávila , que cualquiera que se halle en buena disposicion , aunque no sea mas que mediana , debe desear la muerte , por evitar el peligro de perder la divina gracia , en el cual estamos siempre mientras vivimos en este mundo. ¡Qué cosa tan excelente el que aseguremos por medio de una buena muerte el no poder ya perder á Dios en ningun tiempo ! Mas acaso replicaréis diciendo : Yo hasta el presente no he adquirido ningun mérito para mi alma ; quisiera por lo tanto tener mas larga vida para poder hacer algunos buenos servicios antes de morirme. Pero en el caso que Dios os llame ahora para la vida eterna , ¿ cómo podeis saber que si os dejase por mas tiempo sobre la tierra no habríais de ser peor que hasta aquí ? ¿ ó que tambien , si cayendo en otros pecados , no habríais de condenaros ? Además , ya que no sea otra cosa , debemos abrazar en paz la muerte cuando venga , porque ella nos libra de los pecados. Ninguno vive sobre la tierra exento de ellos , á lo menos leves ó veniales ; de lo cual persuadido san Bernardo , pregunta : *Eur vitam desideramus , in qua quanto amplius vivimus , tanto plus peccamus* * ? Y ¿ por qué deseamos

* Medit. c. 8.

vivir, sabiendo que cuanto mas se multipliquen nuestros dias mas habrán de multiplicarse nuestras culpas? Fuera de esto, si amamos á Dios de veras, debemos suspirar por ir á verle cara á cara, y amarle eternamente en el paraíso: lo que no podrá verificarse si la muerte no nos abre la puerta para que entremos en aquella felicísima patria. En esta consideracion estaba ocupado el enamorado san Agustin, cuando dirigiéndose á Dios exclamaba: *Eja moriar, Domine, ut te videam*; Señor, hacedme morir, para que pueda ir á veros.

5 Es necesario, en segundo lugar, tener paciencia en las incomodidades que trae consigo la *pobreza*, cuando nos faltan los bienes temporales. ¿Qué cosa puede bastarle, pregunta san Agustin, á quien Dios no le basta? *Quid tibi sufficit, cui Deus non sufficit*? El que tiene á Dios lo tiene todo, aunque le falten todas las demás cosas; por lo que puede decir entonces: *Deus meus et omnia*. Por eso dice el Apóstol, que los Santos no tienen nada, pero que todo lo poseen: *Nihil habentes, et omnia possidentes*⁷. Cuando, pues, lleguen á faltaros las medicinas en las enfermedades, que no tengais tampoco que comer, que no conteis con lumbre en el invierno, y que carezcais hasta del vestido necesario, decid llena de confianza: *Dios mio, Vos solo me bastais*; y consolaos con esta conformidad tan sublime.

6 Abrazad de la misma manera las pérdidas de las criaturas, como de bienes terrenos, de parientes y de las amigas. Sucede que se le pierde á alguna cualquie-

⁷ II Cor. vi, 10.

ra bagatela, bien un libro, un cerillo, una medalla, etc., y revuelve todo el convento, sin poder tranquilizarse; tambien si se le muere un pariente ó una monja amiga suya, se mira inconsolable; deja las oraciones, omite las comuniones, y se pone insufrible para con todas: se encierra después en su celda, no quiere tomar alimento, y desprecia á toda la que trata de consolarla. Bien estamos, diria yo á la tal monja; y luego le preguntaria: ¿Es este el amor que teneis á Dios? Luego no es verdad aquello que deciais, de que Dios era todo vuestro bien, supuesto que ahora se está viendo que por haber perdido una de sus criaturas no podeis encontrar ya la paz, y parece que ya os habeis olvidado enteramente de Dios. Decidme pues, ¿qué habeis de sacar con abandonaros á la melancolía? ¿Pensais acaso que de ese modo habeis de complacer á la persona difunta? Pues no, no es así, sino que desagradais á Dios, y tambien á ella. ¡Cuánto mas agradable le seria á esta el que conformándoos con la voluntad divina os dedicáseis, no á llorar, ni á dar aullidos como una loca, haciéndoos intratable; sino á uniros mas á la voluntad de Dios; y conformándoos con ella, rogáseis por el bien de su alma, suponiendo que esta se hallaba en el purgatorio! El derramar algunas lágrimas en la muerte de los deudos es debilidad que se permite á la naturaleza; pero el dolerse demasiado, es flaqueza de espiritu y falta de amor de Dios. Las religiosas santas, aunque es verdad que sienten la muerte de aquellas personas que les eran amadas, considerando que en ello se ha cumplido la voluntad divina, muy pronto se ven resignadas, y se

dirigen con paz de su conciencia á pedir á Dios por ellas : después tambien aumentan sus oraciones , multiplican las sagradas comuniones , procurando al mismo tiempo unirse mas con Dios , y reavivar la esperanza de que han de ir algun dia á juntarse con aquellas , y á gozarlo en el paraíso.

7 Otras monjas , que pasan por mas devotas , no se afligen de la pérdida de los parientes y de las amigas tanto como de la muerte de sus directores ; y parece que cuando llega este caso , querrian como habérselas con el mismo Dios , diciendo que las ha abandonado con haberlas privado de su ayuda y guia espiritual. ¡ Oh qué locura ! Dios es el que nos ha de hacer santos , y no el confesor. Es verdad que quiere el Señor que no dejemos al director , siempre que lo tengamos con el recto fin de entender , por medio de él , aquello que quiere de nosotros. Pero cuando Dios tiene á bien quitárnoslo , ya habrá de tener cuidado de darnos otro , ó de suplir la falta de algun modo. El inquietarnos , pues , luego que nos falta el director acostumbrado , propiamente no es un acto espiritual , sino un efecto de imperfeccion , y grande ; porque una tal inquietud , ó nace de cualquiera afecto desordenado á lo terreno ; ó á lo menos tiene su origen en la falta de confianza que se tiene en Dios. Por lo tanto , si vos , mi bendita hermana , teneis vuestro director , como debe suponerse , procurad estar siempre desprendida de él , y pronta á veros privada de su ayuda en cualquier tiempo que Dios así lo disponga. Y en el caso de que él se despidiese , ó el Señor tuviese á bien llamarle á la otra vida , decid entonces con Job : *Dominus dedit, Domi-*

nus abstulit : sit nomen Domini benedictum. Tambien podeis seguir muy bien las reglas que él os tenia prescritas , hasta que encontréis otro director á propósito ; y en el entre tanto guíaos acerca de las cosas que ocurran por lo que ordene el confesor ordinario , el cual , generalmente hablando , puede llamarse la guia mas segura , por cuanto él ha sido designado por Dios , y al director particular lo elegís vos misma.

8 En tercer lugar , es necesario ejercitar la paciencia en los *desprecios y persecuciones*. Pero acaso diréis : Yo no he faltado en nada ; ¿ por qué he de tener que sufrir esta afrenta ? ¿ por qué tampoco he de ser perseguida ? esto no lo quiere Dios. Mas yo os preguntaré tambien , que si no sabéis la respuesta que dió Jesucristo á san Pedro Mártir , el cual dirigiéndose á este Señor , se lamentaba de estar encarcelado sin tener culpa , y le decia : *Pero Señor , ¿ qué delito he cometido yo para tener que sufrir la mortificacion en que me veo ?* Y el Crucifijo le respondió : *Y yo ¿ qué mal he hecho , para que haya debido estar clavado en esta cruz ?* Si , pues , vuestro Redentor , hermana mia , ha querido por vuestro amor abrazar la muerte , no será gran cosa que vos abraceis tambien esa mortificacion por amor suyo. Es verdad que Dios no quiere el pecado del que os injuria ú os persigue ; pero muy bien quiere por otra parte que vos sufraís por su amor , y aun tambien por vuestro provecho esa adversidad que se os presenta : debiendo advertir , que aunque nosotros no tengamos culpa en aquello que se nos imputa , tenemos no obstante otros pecados cometidos , los cuales merecen la tal calamidad , y aun otro castigo mucho mayor que

ella , segun se expresa san Agustin por estas palabras : *Esto non habemus peccatum quod objicitur, habemus tamen quod digne in nobis flagelletur* ⁸.

9 Tengamos tambien presente que todos los Santos han sufrido persecuciones en este mundo. San Basilio fue acusado por hereje ante el papa san Dámaso. San Cirilo Alejandrino se vió hasta condenado tambien como hereje por un concilio de cuarenta obispos , privándole además de su obispado. San Atanasio fue acusado de hechicero. San Juan Crisóstomo como deshonesto. San Romualdo , hallándose ya en la edad de ciento y tantos años , tambien fue inculpado de un pecado tan enorme , que no faltaba quien dijese que por él merecia el Santo que lo quemasen vivo. San Francisco de Sales fue igualmente infamado de tener obsceno comercio con una mujer mundana , y sufrió por tres años esta infame nota , hasta que al cabo se descubrió su inocencia. Cuéntase tambien que un dia entró una mala mujer en la casa de santa Liduina , y comenzó á maltratarla con las injurias mas atroces que pueden decirse ; y porque la Santa aun permanecia en su paz acostumbrada sin alterarse , enfureciéndose mas aquella tigre , se puso á escupirle en el rostro ; y viendo que la Santa ni con esto se perturbaba , principió entonces á dar gritos como si estuviese loca. No hay remedio , dice el santo Apóstol : *Omnes enim, qui volunt pie vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur* ⁹. Todos aquellos que quieren seguir á Jesucristo han de ser perseguidos. Si no quieres sufrir ninguna persecucion , dice san Agustin , es de temer que acaso

⁸ S. Aug. in Psalm. LXVIII. — ⁹ II Tim. III, 12.

no hayas aun principiado á seguir á Jesucristo. ¿Quién mas inocente y santo que nuestro Salvador? y sin embargo, llegaron los hombres á perseguirle en tanto grado, que no descansaron hasta hacerle morir en una cruz, todo llagado y escarnecido. Por eso san Pablo, á fin de animarnos á sufrir con paz inalterable las persecuciones, nos exhorta á tener siempre á la vista de nuestra consideracion al Crucificado: *Recogitate eum, qui talem sustinuit à peccatoribus adversus semetipsum contradictionem* ¹⁰. Estemos tambien seguros de que mientras nosotros suframos con verdadera paz las persecuciones, Dios habrá de tomar á su cuenta la defensa de nuestra causa; y si alguna vez permite que en este mundo quedemos deshonrados, lo hará para remunerar después en la otra vida nuestra paciencia con honores infinitamente mas sublimes.

10 En cuarto y último lugar, debemos practicar la paciencia en las *desolaciones de espíritu*, que son las penas mas amargas y sensibles que puede experimentar en esta vida un alma que ama á Dios. En el tiempo en que esta misma alma se ve asistida de las divinas consolaciones, todas las injurias, los dolores, las pérdidas y las persecuciones, no solamente no la afligen, sino que mas bien la consuelan; presentándole entonces la ocasion de ofrecer á su Señor aquellas penas, y de unirse tambien mas con tales padecimientos á este su Amado. El amargo trabajo de un alma amante consiste en verse sin devocion, sin fervor, sin buenos deseos, toda desganada y fastidiosa en las oraciones y aun en las sagradas comuniones. Pero dice santa

¹⁰ Heb. XII, 3.

Teresa que entonces es cuando Dios mayormente prueba el amor de las almas, cuando ellas sin gusto, y mas bien con angustia y pena, siguen pacientemente su camino. *Con aridez y tentaciones*, decia la Santa, *hace el Señor la prueba de sus amantes*. La beata Ángela de Folioño, viéndose en tal estado de aridez, se lamentaba con Dios ¿cómo la hubiese abandonado de aquella manera? *No, hija*, le respondió el Señor, *ahora te amo mas que antes, y te acerco mas á mí*. Algunas religiosas principiantes, al verse desoladas, se consideran como abandonadas ya de Dios, ó á lo menos piensan que el camino de la perfeccion no es para ellas; y así es que dejan la senda principiada, comienzan á dar libertad á los sentidos, y pierden todo cuanto habian adelantado. Estad, pues, muy atenta, y no os dejéis engañar del enemigo: luego que os veais en aridez, permaneced constante, y nada omitais de vuestros acostumbrados y devotos ejercicios. Humillaos entonces, y decid que mereceis ser tratada de aquella manera por vuestros pecados. Resignaos sobre todo en la voluntad divina, y entonces mas que nunca poned en Dios vuestra confianza, pues que aquel es el tiempo de haceros mas agradable á vuestro divino Esposo. ¿Pensais vos acaso que los Santos han pasado siempre su vida en consolaciones y delicias celestiales? Pues sabed que la mayor parte de ella la han pasado en desolaciones y oscuridades. Y yo digo la verdad, segun la experiencia me lo ha enseñado; poca confianza tengo de aquellas almas que abundan en dulzuras espirituales, como antes no hayan pasado por el camino de las penas internas; porque sucede, y no po-

cas veces, que ellas caminan bien en tanto que continúa la consolacion; pero después, cuando son probadas con la aridez, lo dejan todo, y se abandonan á una vida tibia.

11 Pero oigo que dice aquella: Yo no rehusó esta cruz siendo voluntad de Dios; mas lo que me aflige es el temor de que este abandono ó desolacion me suceda en justo castigo de mis infidelidades. Á lo que yo os respondo: Convengamos en que es un castigo, como pensais; y particularmente os digo, que si habeis faltado poniendo el afecto en alguna criatura, Dios, que es celoso del corazon de sus esposas, justamente se ha retirado. Sea, pues, repito un castigo: ¿y no será por eso justo? ¿No es voluntad de Dios que lo acepteis? Recibidlo, pues, en paz, y quitad entre tanto las causas de vuestra desolacion; apartad el afecto de todas las criaturas, evitad la disipacion de espíritu ocasionada del mucho ver, hablar y escuchar tambien con exceso, y entregaos de nuevo toda á Dios; y de esta manera el Señor se olvidará al instante de vuestros defectos, y os volverá otra vez á la gracia primera. Pero no vayais buscando que él os consuele con las antiguas dulzuras; sino pedidle antes mas bien, que os conceda las fuerzas ó auxilios eficaces para que le sirvais con toda fidelidad. Y persuadió tambien que Dios no manda las desolaciones sino para nuestro mayor provecho, y por hacer prueba de nuestro amor. Por eso dijo á santa Gertrudis, que le agradaban mucho aquellas almas que le servian á sus *propias expensas*; es decir, con aridez, y sin alguna dulzura sensible.

12 El amor, pues, no se manifiesta tanto con seguir al que nos acaricia, cuanto se deja ver cuando se va detrás de aquel que huye de nosotros. Pero no temas, ó esposa de Jesucristo, os dice san Bernardo: *Ne timeas, ò sponsa, si paulisper subtrahit Jesus faciem suam, omnia cooperatur in bonum; recedit ad cautelam, ne incipias contemnere sodales... ut desideratus avidius quaeratur*¹¹. No tengas cuidado, dice el Santo, aunque veas que el Esposo por algun tiempo te oculta su divino rostro; sabe que todo lo hace para bien tuyo: cuando se retira es para mas asegurarte: no sea que viéndote muy acariciada, comiences á despreciar á las compañeras, reputándote por mejor que ellas; y se propone tambien con esta ausencia el que le desees mas, y que le vayas buscando con mayor anhelo. Entre tanto, es necesario que perseveréis constante en todos vuestros buenos ejercicios, aunque haya que sufrir agonías de muerte: acordaos de que fue agonía mas terrible y penosa la que en el huerto de Getsemaní padeció vuestro Esposo cuando se preparaba para la muerte, y al mismo tiempo estaba rogando por vos: *Factus in agonia prolixius orabat*¹². Proseguid, pues, constante en buscarle, que él no habrá de tardar en volver á consolaros: *Expecta Dominum, quia veniens veniet, et non tardabit*¹³. Y en el caso de que no vaya á daros consolaciones y ternuras amorosas, contentaos con que os comunique ánimo y fortaleza para amarle, sin la recompensa de las dulzuras presentes; sabiendo que agrada mas á Dios el amor fuerte que el amor tierno.

¹¹ S. Bern. in Scala Claust. — ¹² Luc. xxii, 43. — ¹³ Ps. xxvi, 14.

13 Mas hablando ahora de todas las tribulaciones que en general pueden sobrevenirnos, advierte santo Tomás; que ayuda mucho el premeditarlas antes que se presenten, para recibirlas después con fortaleza. Y esto lo practicó también Jesucristo para fortalecer á sus discípulos diciéndoles: *In mundo pressuram habebitis; sed confidite, ego vici mundum* ¹⁴. Hijos míos, sabed que seréis afligidos y atribulados en el mundo; pero poned en mí vuestra confianza, pues que he vencido al mismo mundo. La razón que hay para esto es, que la prevision de un trabajo abrazado con paciencia hace que se forme la idea, no ya como si fuese un mal, sino considerándolo como un bien, con respecto á la vida eterna; y de esta manera la premeditacion destierra del alma aquel temor de mal, que el mismo trabajo lleva consigo. Así lo han practicado los Santos, habiendo abrazado las cruces desde lejos, antes que llegasen; y por este medio también después se han hallado prontos para sufrirlas en paz, aun cuando les hayan sobrevenido de improviso. Por lo tanto acostumbraos vos del mismo modo á aceptar en la oracion cualquiera de las tribulaciones que verosímilmente puedan acometeros. Y cuando, presentándose el infortunio, os parezca imposible sufrirlo, acudid al Señor pidiéndole que en aquel lance os favorezca con su ayuda, y confiad en él, diciendo con el Apóstol: *Omnia possum in eo, qui me confortat* ¹⁵. Y haciéndolo así, no dudeis que la súplica os alcanzará en semejante caso aquella fuerza que vos no teneis. Y ¿cómo los santos Mártires han manifestado la fortaleza para sufrir

¹⁴ Joan. xvi, 33. — ¹⁵ Phil. iv, 13.

tantos tormentos y aun la muerte mas dolorosa , sino rogando y encomendándose á Dios? Pero si después de esto llegais á veros ya oprimida debajo de la cruz, recurrid de nuevo y con presteza á la misma oracion : *Tristatur aliquis vestrum? oret*: así os lo amonesta Santiago ¹⁶. ¿Se encuentra afligido alguno de vosotros con cualquiera trabajo ó pasion? Suplique , y no deje de rogar , hasta que ya llegue á ver el corazon puesto en calma : *Invoca me* , dice el mismo Dios , *in die tribulationis , eruam te , et honorificabis me* ¹⁷. Cuando estés atribulado , llámame en tu ayuda , y yo te libraré de tus angustias , y tú me darás honor. Luego , pues , que un alma atribulada se pone en las manos de Dios , ó el mismo Señor la libertará de aquel mal que está padeciendo , ó á lo menos habrá de concederle la gracia de que lo sufra con paciencia ; con la cual el alma entonces no deja de honrar al Señor. Decia san Ignacio de Loyola , que la mayor afliccion que hubiera podido sufrir en este mundo , habria sido el ver destruida la Compañía de Jesús ; mas que vivia con la esperanza de que si llegase este caso , con un cuarto de hora de oracion que hubiese tenido , se hubiera quedado tan sereno. Procurad , además de esto , comulgar con mas frecuencia en el tiempo de las tribulaciones. Los primeros cristianos , en el tiempo de persecucion , así se preparaban para el martirio , comulgando á menudo. Consultad tambien entonces con el director , ó con otra persona espiritual ; porque una palabra que ellos os digan para confortaros podrá ayudaros tambien mucho para llevar la cruz con paciencia. Pero guardaos

¹⁶ Ep. 5, 13. — ¹⁷ Psalm. xc, 15.

en tal ocasion de consultar con alguna persona imperfecta , porque esta podrá perturbaros y meteros en mayor confusion , especialmente en el caso de que hayais recibido cualquiera injuria , ó que por entonces sufrais alguna persecucion. Mas sobre todo , vuelvo á repetir , recurrid á la oracion , y con especialidad presentaos al santísimo Sacramento , y suplicadle con instancias que os conceda la gracia de que con su santa voluntad os conformeis en todo. Esperad tambien que os oiga , porque tiene prometido consolar á todos los atribulados que á él recurran: *Venite ad me omnes , qui laboratis , et onerati estis , et ego reficiam vos* ¹⁸.

ORACION.

¡ Dios mio! yo os ofrezco las penas de Jesús , vuestro divino Hijo , en satisfaccion de mis pecados. Este es aquel sagrado Cordero que Vos mirásteis un dia sacrificado por vuestra gloria y por nuestra salud sobre el altar de la cruz adorable. Por el amor de esta víctima que es tan querida de Vos perdonadme todos cuantos disgustos os haya dado en mi vida pasada , así graves como leves , mientras que yo me arrepiento de todos con todo el corazon , por haber ofendido con ellos á Vos que sois bondad infinita. Vos , Señor , me llamais para que os ame ; pues aquí me teneis ; ya lo dejo todo , y vengo á Vos , tesoro mio y vida mia. Renuncio desde luego por amor vuestro de todos los bienes , honores y placeres de este mundo , y os amo ¡ oh sumo bien mio! mas que á todos los demás bienes.

¹⁸ Matth. xi , 28.

¡Oh Jesús de mi vida! no permitais que yo resista por mas tiempo, ó permanezca ingrata á tantas finezas de afecto como me habeis demostrado. Ea, descubridme siempre mas las grandezas de vuestra bondad, para que yo me enamore de Vos, viendo que sois infinitamente amable. Habiéndome ya Vos dado á entender que estais enamorado de mi alma, ¿podré yo amar á otro sino á Vos? No, Redentor mio, que de hoy en adelante únicamente quiero vivir para Vos, y solo á Vos quiero amar. ¡Oh santísima María y mi amorosa Madre! ayudadme Vos, Señora; y alcanzadme la gracia de dar un fiel cumplimiento á esta mi promesa.

§ III. — *De la paciencia en las tentaciones.*

1 Mi bendita hermana en el Señor, ni Dios está contento con vuestra vida pasada, ni vos tampoco lo estais; ciertamente que si ahora os sorprendiese la muerte, habríais de morir descontenta. Por lo tanto, ya que estais resuelta, como lo espero, á servir y amar mejor á Dios en el tiempo venidero, apercibíos para combatir con las tentaciones. Ved cómo os lo avisa el Espíritu Santo: *Fili accedens ad servitutem Dei, prae-para animam tuam ad tentationem* ¹. Y sabed que son las religiosas, segun la expresion de un Profeta, la comida mas agradable al demonio, *Cibus ejus electus* ². Mas se afana el mismo enemigo por pillar á una monja que para asegurar á cien seglares. ¿Y por qué es esto? En primer lugar, porque llegando él á conseguir que una esposa de Jesucristo se haga esclava suya,

¹ Eccli. I, 1. — ² Abac. I, 16.

consigue mayor triunfo. En segundo lugar, porque haciendo que caiga una monja, con menor trabajo consigue el ganar mas de la que tiene en su poder, porque con el mal ejemplo de esta fácilmente atrae consigo á otras. Por otra parte, tambien suele permitir el Señor que aquellas almas que como suyas le son mas amadas, sean igualmente mas atormentadas de las tentaciones. Mientras san Gerónimo estaba en la soledad de la Palestina ocupado en oraciones y penitencias, se veia muy afligido de ellas, segun el mismo Santo lo dejó escrito por estas palabras: «Estaba yo solo; mi corazon lo tenia lleno de amargura: los miembros de mi cuerpo se veian cubiertos con un saco, áridos tambien y descarnados: la piel de mis carnes se hallaba ya negra como la de un moro: la dura tierra era mi lecho, la cual me servia mas para padecer, que para el descanso; era muy escaso el alimento que yo tomaba; y á pesar de todo esto, combatiendo mi corazon contra mi propia voluntad, estaba ardiendo en malos deseos. El único recurso que me quedaba era el recurrir á Jesucristo, y pedirle su ayuda.»

2 El Señor permite tambien que seamos tentados para nuestro mayor bien; y sobre todo para que seamos mas humildes. Y dice el Eclesiástico: *Qui non est tentatus, quid scit* ? ¿Qué sabe aquel que no es tentado? Y ciertamente que nunca conoce el hombre mejor su debilidad que cuando se ve en tentaciones. Reflexiona san Agustin, que san Pedro, antes de sufrir la tentacion, presumia de sí mismo, vanagloriándose

² Eccli. xxxiv, 9.

de que tendria tanta constancia, que abrazaria la muerte antes que negar á Jesucristo; pero que cuando después fue tentado, y vilmente le negó, entonces llegó á conocer su propia debilidad: *Petrus, qui ante tentationem praesumpsit de se, in tentatione didicit se*⁴. Por eso tambien el Señor habiendo favorecido á san Pablo con sus revelaciones celestiales, á fin de que después no se envaneciese, quiso que fuera molestado de una importuna tentacion deshonesta, que es la que humilla mas al hombre: *Et ne multitudo revelationum* (ved como él mismo lo confiesa) *extollat me, datus est mihi stimulus carnis meae, angelus Satanae, qui me colaphizet*⁵.

3 En segundo lugar, permite el Señor que seamos tentados, para hacernos mas ricos de méritos. Hay muchas religiosas que se inquietan por los escrúpulos que contraen en los malos pensamientos de que son molestadas. Pero sufren estas inquietudes sin algun fundamento sólido, siendo cierto que no son pecados los malos pensamientos, sino los malos consentimientos. En nada manchan al alma las tentaciones, por grandes que sean, siempre que vengan sin culpa nuestra, y nosotros las desechemos. Santa Catalina de Sena y la beata Ángela de Foligno se vieron ambas muy acometidas de la incontinencia; pero estas tentaciones acrecentaron mas su pureza en lugar de disminuirla; porque es cierto que cada vez que el alma vence una tentacion, adquiere un grado de gracia, por el cual habrá de dársele después en el cielo un grado mas de gloria: por manera, que cuantas fueren las tentacio-

⁴ S. Aug. in Psalm. xxxvi. — ⁵ II Cor. xii, 7.

nes que hayamos vencido, otras tantas serán luego nuestras coronas, segun esta expresion de san Bernardo: *Quoties vincimus, toties coronamur*. Tambien dijo el Señor á santa Matilde: *Aquel que llega á ser tentado, cuantas tentaciones venza con mi ayuda, otras tantas piedras preciosas pone en mi cabeza*. Refiérese en las crónicas cistercienses, que habiendo sido un monje muy acometido una noche con tentaciones de impureza, de las que salió victorioso, otro hermano suyo de hábito de los conversos tuvo la vision siguiente: Apareciósele un jóven hermosísimo, que entregándole una corona de piedras preciosas en seguida le dijo: *Preséntate á tal monje, y llévale esta corona que se ha ganado en la presente noche*. Comunicó el converso esta vision con el abad, el cual hizo comparecer al monje tentado; y conociendo por la contestacion de este la fuerte resistencia que hizo para no ofender á Dios, comprendió al mismo tiempo el gran premio que por ella el mismo Señor le habria preparado en el cielo. Y la divina Madre reveló á santa Brígida, que cuando esta hiciera esfuerzos para desechar los malos pensamientos, aunque ellos no se apartasen de la mente, el Señor sin embargo de esto le habria de conceder el premio por aquella resistencia suya: *Tamen pro illo coronam in coelis recipies*, fueron las palabras de la beatísima Virgen ⁶.

4 *Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari, supra id quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum* ⁷. Y dice san Gerónimo que no hay para una nave tempestad peor, que una muy larga

⁶ Ap. Blos. Mon. spir. c. 3, § 4. — ⁷ I Cor. x, 13.

bonanza. Con lo que quiere dar á entender, que la tormenta de las tentaciones hace que el hombre no se estanque en el ocio, sino que recurriendo á Dios con las oraciones, renovando sus buenos propósitos, y haciendo verdaderos actos de humildad, de confianza y de resignacion, llegue á unirse mas estrechamente con Dios. Se lee á este propósito en las historias de los Padres antiguos ⁸, que hallándose cierto jóven continuamente muy combatido de tentaciones sensuales, al verle muy angustiado preguntóle un dia su padre espiritual, diciéndole de este modo: *¿Quieres, hijo mio, que yo pida á Dios que te libre de tantas tentaciones que no te dejan vivir en paz ni una hora?* Á lo que respondió el buen jóven: «No, Padre mio, porque si bien es «verdad que siento mucho la molestia de estas ideas «obscenas, sin embargo experimento tambien utilidad «con ellas, pues que de este modo ejercito, con la «ayuda de Dios, continuos actos de virtudes. Ya sabeis que ahora hago mas oracion que antes, que «ayuno mas á menudo, y que tambien me desvelo y «me esfuerzo para mortificar en muchas maneras esta «mi carne rebelde. Mejor, pues, me parece que pidais «á Dios que me asista con su gracia, á fin de que sufra con paciencia las mismas tentaciones, y por medio de ellas me adelante en la perfeccion.» No debemos, pues, nosotros desear tales pruebas, pero si estamos obligados á aceptarlas con resignacion, convencidos de que Dios las permite para nuestro mayor bien. Sabemos tambien que el Apóstol, viéndose molestado con tentaciones de igual naturaleza, rogó la

⁸ En el § 7.

Señor muchas veces que le librase de ellas, y que el mismo Señor le dió por respuesta: «Tienes lo bastante con mi gracia.» *Propter quod ter Dominum rogavi, ut discederet à me; et dixit mihi: Sufficit tibi gratia mea, nam virtus in infirmitate perficitur* ⁹. Vos diréis á esto: pero san Pablo era santo. Á lo que tambien os responde san Agustin preguntando: ¿Qué pensais vosotros sobre esto? Los Santos ¿cómo vencian las tentaciones? ¿con sus propias fuerzas, ó con las que Dios les daba? *An isti in seipsis possunt, an non in Domino* ¹⁰? Han confiado, pues, en Dios los mismos Santos, y de este modo han vencido; por lo que añade el santo Doctor: Abandonaos tambien vos en las manos de Dios, y no temais: el que os pone en el combate no habrá de dejaros sola, ni os abandonará, para que llegueis á perderos: *Projice te in eum, noli metuere, non se subtrahet ut cadas* ¹¹.

5 Pero vengamos á la práctica, y veamos los medios y las armas de que nos hemos de valer para no quedar vencidos. El primero y principal arbitrio, y aun tambien puede decirse el único y absolutamente necesario para salir victoriosos cuando fuéremos tentados, es el de acudir á Dios por medio de la oracion. Y hablando san Agustin de la necesidad en que nos vemos de ser humildes, para poder llamarnos verdaderos discípulos de Jesucristo, dice: *Si quaeras, quidquid sit primum in disciplina Christi? respondebo: primum est humilitas. Quid secundum? humilitas. Quid tertium? humilitas. Et quoties interrogabis, toties hoc dicam* ¹². Si de la misma manera vos me preguntáseis

⁹ I Cor. XII, 8, 9. — ¹⁰ Confes. I. 8, c. 11. — ¹¹ Loc. cit. — ¹² Ep. 59.

¿cuáles son los medios para vencer las tentaciones? yo os responderia: El primer medio es la oracion; el segundo la oracion; el tercero la oracion; y si mil veces me hiciérais igual pregunta, siempre os daria la misma contestacion. Y hablando en particular de las tentaciones de impureza, estas no pueden vencerse sino encomendándose á Dios, como dice el Sabio: *Et ut scivi, quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det... adii Dominum, et deprecatus sum illum* ¹³. En el instante que supe que no me era posible obtener la continencia como Dios no me la concediese, he acudido al mismo Señor, suplicándole que me la dispense. Por lo que escribe san Gerónimo: *Statim, ut libido titillaverit sensum, erumpamus in vocem: Domine, auxiliator meus* ¹⁴. Al momento que se advierta que el sentido se va inficionando con el fomes venenoso, exclamemos: Señor, ayudadme, no permitais que yo os ofenda. De un modo semejante exhortaba el abad Isaías á sus discípulos, que en tales tentaciones siempre repitiesen: *Deus in adjutorium meum intende*, y añadia que esta era una defensa segura. Y no tiene duda que decia bien en esto, porque Dios no puede faltar á tantas promesas como tiene hechas de oir á quien le suplique: *Clama ad me, et exaudiam te* ¹⁵. *Invoca me, et eruam te* ¹⁶. *Petite, et dabitur vobis: quaerite, et invenietis* ¹⁷. *Omnis enim qui petit, accipit* ¹⁸. *Quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis* ¹⁹.

6 Se refiere en el libro de las sentencias de los Pa-

¹³ Sap. viii, 21. — ¹⁴ Ep. 22 ad Eustoch. — ¹⁵ Job, xxxiii, 3. — ¹⁶ Psalm. xlii, 13. — ¹⁷ Matth. vii, 7. — ¹⁸ Luc. xi, 10. — ¹⁹ Joan. xv, 17.

dres ¹⁰, como san Pacomio contaba á sus discípulos, que en una ocasion oyó á los demonios que discurrían entre sí, y que uno de ellos se gloriaba diciendo: Cuando yo tiento á mi monje, él me da audiencia, no acude á Dios, y por eso le hago caer con frecuencia: que vió otro de los espíritus infernales que se lamentaba, por el contrario, porque con su monje no adelantaba cosa ninguna, mediante á que este inmediatamente recurria á Dios; y siempre lo vencía: *Por lo tanto, hermanos míos, concluía el Abad, resistid á las tentaciones, invocando siempre el dulce nombre de Jesucristo.* Pero conviene hacer esto sin la menor tardanza, no dando audiencia, ni discurriendo con la tentacion. Otro monje, segun se refiere en las vidas de los Padres ¹¹, se lamentaba con un Padre anciano de verse tentado continuamente de impureza; compadecido el buen viejo, rogó por él, y le fue revelado, que aquel por quien suplicaba no apartaba al instante la vista de la tentacion, sino que se detenía á mirarla: por lo que el anciano le corrigió esta falta, y así él no se vió ya en lo sucesivo tan molestado como antes: *Dum parvus est hostis, interfice*, escribe san Gerónimo ¹². Cuando es pequeñito el leon, fácilmente podrá matarse, pero no cuando se ha hecho ya grande. Las tentaciones deshonestas es menester sacudirlas pronto, como se sacuden las chispas que saltan del fuego y nos caen en la ropa. El mejor modo, pues, de vencerlas es volviéndoles la espaldá, como se ha dicho, sin darles ninguna audiencia. Si una buena reina fuese tentada de este modo por un esclavo negro, ¿qué haria?

¹⁰ En el § 4. — ¹¹ En el § 12. — ¹² Ep. 22 ad Eustoch.

no otra cosa que volverle la espalda con indignacion, sin darle la menor respuesta. Hacedlo tambien vos de este modo; si el demonio os molesta, sin contestarle volvedle al momento la cara, é invocad el dulce nombre de Jesús y de Maria: pues que haciéndolo así podréis estar siempre segura de que no caeréis. Oid tambien lo que dice san Francisco de Sales acerca de esto: *Inmediatamente que llegueis á sentir en la naturaleza alguna tentacion, haced lo mismo que los niños cuando les dicen que viene el lobo; que van luego corriendo á abrazarse con el padre y la madre, ó á lo menos los llaman en su ayuda; de esta manera tambien recurrid vos llena de confianza filial á Jesús y á Maria.*

7 Ayuda tambien mucho en las tentaciones el hacer uso de la señal de la santa cruz, santiguándonos: pues dice san Agustin: *Omnia daemonum machinamenta virtute crucis ad nihilum rediguntur* ²². Habiendo dado Jesús la vida sobre la cruz, destruyó las fuerzas del infierno; y por eso la señal de aquel sagrado patíbulo desvanece todas las maquinaciones del demonio. Refiere san Atanasio, que cuando estos enemigos acometian á san Antonio, abad, este se armaba inmediatamente con la señal de la santa cruz, y fortalecido ya de este modo, les decia: *¿De qué os sirve el fatigaros para hacerme daño, mientras yo me veo asegurado con esta bendita señal, y con la confianza que tambien tengo en mi Señor?* Cuenta además de esto san Gregorio Nacianceno una cosa aun mas admirable cuando nos dice, que Juliano, apóstata, no obstante que era enemigo de Jesucristo, sabiendo la virtud que tiene la

²² De Simb. c. 1.

señal de la santa cruz, cuando se veía aterrado de los demonios, se santiguaba, y estos huían: *Ad crucem confugit, eaque adversus terrores consignat* ²⁴.

8 El segundo medio para vencer las tentaciones es el humillarse y desconfiar de las propias fuerzas. Con el fin de vernos así humillados permite el Señor muchas veces que nos veamos infestados con las tentaciones, y que estas sean generalmente las mas abominables que pueden presentarse. Y por eso mismo, cuando nos hallemos molestados con ellas, humillémonos y digamos: Señor, de esta manera merezco yo ser atormentado, por tantos disgustos como os he dado en mi vida pasada. Refiérese en las vidas de los Padres, que una doncella anacoreta, llamada Sara, se veía en su desierto cruelmente perseguida del espíritu de impureza: ella con todo jamás pidió á Dios verse libre de él, sino que humillándose solamente, suplicaba al mismo Señor que le diese fortaleza. Cuanto mas se esforzaba el demonio para tentarla, otro tanto mas ella se ejercitaba en las humillaciones y en pedir el auxilio divino. Finalmente, no pudiendo el enemigo hacerla caer en tal vicio, procuró entonces que se precipitase en la vanagloria; por lo que le dijo una vez en alta voz: *Has vencido, Sara, has vencido*. Mas entonces la humilde sierva de Dios le respondió: *No, espíritu maligno, no te he vencido yo, sino que te ha vencido Jesús, mi Dios* ²⁵. Así tambien humillémonos nosotros, y al mismo tiempo recurramos á Dios con entera confianza, el cual protege á todos los que en él esperan. *Pro-*

²⁴ S. Greg. Nazian. Orat. 1 in Jul. — ²⁵ Erib. Rosweld. Vit. PP. lib. 3.

tector est omnium sperantium in se ²⁶. Él mismo sabemos tambien que tiene prometido librar de los males á todos los que en él ponen su esperanza: *Quoniam in me speravit liberabo eum* ²⁷. Cuando, pues, nos viéremos atormentados de las tentaciones y del temor de perder á Dios, digamos con grande valor: *In te Domine speravi, non confundar in aeternum* ²⁸. En Vos, Señor, he colocado yo mi esperanza, no, no habré de verme jamás confundido, por llegar á caer en desgracia vuestra. Digo con grande valor, porque dice santa Teresa: *Cuando ven los demonios que hacemos poco caso de ellos, quedan sin fuerzas*. Y siempre que el enemigo quiera aparentarnos ser cosa muy difícil el poner en ejecucion aquello que es indispensable para llegar á hacernos santos, prorumpamos desconfiando de nosotros mismos, pero poniendo en Dios toda nuestra esperanza: *Omnia possum in eo, qui me confortat* ²⁹. Yo es verdad que no puedo nada de mi parte, pero tambien es cierto que todo lo puedo con la ayuda de mi Señor.

9 El tercer medio contra las tentaciones es el manifestarlas al padre espiritual. Sabemos que los ladrones huyen luego que son descubiertos. Por esta razon decia san Felipe Neri, que es medio vencida la tentacion que se halla descubierta. Refiere á este propósito san Antonino ³⁰, que fue asaltado de una fuerte tentacion de desesperacion Fr. Rufino, compañero de san Francisco, sugiriéndole por ella el demonio que era prescrito ó réprobo, y que por esta razon todo cuanto bueno hiciese era tambien inútil. Nada de esto le des-

²⁶ Psalm. xvii, 31. — ²⁷ Psalm. xc, 14. — ²⁸ Psalm. xxx, 2.
— ²⁹ Phil. iv, 13. — ³⁰ Part. 3, tit. 24, § 7.

cubria el infeliz fraile á san Francisco, superior suyo, y la tentacion iba tomando mas incremento, pues que tambien el demonio se le apareció un dia en figura de Jesús crucificado y le dijo: Sabe, que tú, Francisco y todos sus secuaces, todos estais condenados: por lo que Fr. Rufino se consideraba ya casi por perdido. Esta misma tentacion fue entonces revelada á san Francisco, el cual mandó llamarle, y él ni aun queria tampoco presentársele; pero al fin compareció, y descubriéndosela al Santo, este le ordenó que no volviese á hacer caso de tales instigaciones. Repitió otra vez el demonio su tentacion, pero viéndose entonces despreciado, huyó de él confundido. Después tambien se le apareció en realidad el divino Crucificado y le aseguró como estaba en su gracia.

10 El cuarto medio, tambien muy importante para librarse de las tentaciones, es el huir de las ocasiones peligrosas. Dice san Basilio, que al que se encuentra en la lucha contra su voluntad, Dios lo socorre; pero aquel que voluntariamente se pone en el combate, no merece compasion, y por eso Dios le abandona; lo cual antes que el citado autor lo habia ya dicho el Eclesiástico por esta sentència: *Qui amat periculum, in illo peribit*²⁴. El que ama el peligro, yendo á buscarlo, en él habrá de perecer; sin que sirva entonces el querer confiar en Dios; porque esperar en el Señor, poniéndose al mismo tiempo voluntariamente en las ocasiones, no es una confianza santa, sino temeraria, que merece ser castigada.

11 Conviene, por último, notar aquí dos adver-

²⁴ Eccl. iiii, 27.

tencias importantísimas: La primera, que es necesario que algunas tentaciones queden vencidas pecho á pecho; es decir, con actos directamente contrarios; como por ejemplo, la tentacion de venganza ha de vencerse con buscar las ocasiones de hacer bien al que nos haya ofendido; la de vanidad con actos de humillacion; la de envidia procurando alegrarnos del bien ajeno, y lo mismo de otras semejantes. Diferentes tentaciones que tambien hay, como són aquellas que versan contra la fe, ó contra la castidad, ó tal vez de blasfemias, estas es mejor combatirlas despreciándolas, y con practicar actos buenos, aunque indirectos; cuales podrán ser de confianza, de dolor de las culpas, ó de amor de Dios. Cuenta san Juan Clímaco ²², que un monje se veia muy atormentado con la tentacion de blasfemia; hallándose el infeliz en gran confusion, recurrió en tan triste estado á uno de los Padres mas virtuosos, al que le refirió todas aquellas blasfemias execrables que se le presentaban en la mente. *Ea pues, yo me encargo, le dijo aquel santo monje, de todos estos pecados tuyos, y tú de hoy en adelante no hagas ya mas caso de ellos.* Hízolo él como se le ordenaba, y quedó desde luego tranquilo. Pero hablando especialmente acerca de las tentaciones de incontinencia, no se tiene por buen consejo para las almas timoratas el que estas se pongan á disputar de tú por tú con tales impuros pensamientos, y á replicarles diciendo: *No, no quiero hacer eso, no permito consentir en ello; porque con reflexionar para hacer estos actos contrarios, se conmueve mas la imaginacion con aquellos objetos que se han presen-*

²² Grad. 33.

tado á la mente, y de esta manera se hace mas duro y mas largo el combate: es mejor, por lo tanto, renovar el propósito en lo general de morir mil veces antes que ofender á Dios. También es bueno en semejantes casos renovar los votos, y especialmente el de castidad; y además es necesario acudir sin tardanza á implorar el divino auxilio, haciendo para ello actos de esperanza ó de amor, como antes queda dicho; é invocando frecuentemente los santísimos nombres de Jesús y de María.

12 Conviene advertir, en segundo lugar, que son las tentaciones mas peligrosas aquellas que se presentan disfrazadas con la capa del bien; de modo que un alma, casi sin advertirlo, podrá encontrarse sumergida en cualquiera precipicio: pudiendo acerca de esto verse mas fácilmente engañadas las personas que tratan de espíritu: *Bonus*, dice san Bernardo, *numquam nisi boni simulatione deceptus est* ²². No engaña el demonio á las almas que son de buenas intenciones; sino con la ficcion ó fingimiento de lo bueno. Y refiere san Buenaventura á este propósito ²³, que habia un fraile tan aficionado á guardar silencio, que ni tampoco queria hablar en la confesion, sino que intentaba explicarse por medio de señas. En una ocasion, pues, alababa mucho el ministro general el silencio de este fraile; á la presencia de san Francisco, y este le contestó: *Os engañais, padre mio; haced esta prueba: mandadle que se confiese dos veces en la semana*. El ministro entonces lo ordenó de este modo, pero él no quiso obedecer, y permaneció tan obstinado acerca de esto, que

²² Serm. 60 in Cant. — ²³ In vita S. Franc. c. 10.

por no cumplir con el precepto del prelado, al fin se salió del convento. Aun mas peligrosa seria la tentacion que indujese á una religiosa á aficionarse mas de lo justo de su padre espiritual ó de otra persona de distincion, con el motivo de tener á alguno de ellos por muy virtuoso. El demonio, en este caso, hará creer á la tal monja que la direccion ó familiaridad con el mismo sugeto, solamente se encamina á una gran perfeccion; y bajo esta máscara piadosa, le enciende en el corazon un grande deseo de tratarle con mas satisfaccion; y tanto se adelanta en poner los medios para ello, que al fin lo consigue. Ya, después de esto, da principio el enemigo á despertar en su ánimo un cierto afecto, que todo parece espiritual; después se insinúa y aun se introduce la confianza, en seguida la libertad, luego la licencia en las palabras afectuosas; y de las palabras, finalmente, son inducidos á precipitarse en acciones indignas, ó á lo menos en sacrílegos deseos. Pero acerca de este punto ya hemos hablado extensamente en el tomo primero ³⁵. Concluyó aquí repitiéndoos que para vencer las tentaciones son muy buenos todos los medios que acaban de exponerse; pero que el principal y el que tambien debe mirarse como absolutamente necesario, es el de acudir á Dios por medio de la oracion, á fin de que nos conceda luz y fuerzas para conseguir una completa victoria. Es imposible, pues, os diré siempre, el vencer las tentaciones sin este poderoso escudo de la oracion, y con ella estemos seguros de salir victoriosos: *Laudans invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero* ³⁶.

³⁵ Cap. X, § III. — ³⁶ Psalm. xvii, 4.

ORACION.

¡Ah Dios mio! de ninguna manera quiero resistir por mas tiempo al mucho amor que me teneis. Este amor es el que ha hecho que con tanta paciencia me hayais sufrido, cuando yo ingrata os ofendia. Pero ya, Jesús mio, no permitais por vuestros méritos infinitos que yo vuelva á disgustaros. Una de dos, ó haced que acabe de seros ingrata, ó que acabe con mi existencia. Bien conozco que Vos quereis mi salvacion, pues yo tambien quiero salvarme, por ir á cantar eternamente vuestras misericordias en el cielo. No me abandoneis, Señor de mi vida. Aunque ya me dice vuestra misericordia que nunca me dejaréis de la mano, á no ser que yo quiera repudiaros. Temo, pues, que esto suceda, mediante la experiencia que tengo de mi flaqueza. Pero no, Redentor de mi alma, por aquella tan amarga muerte que por mí padecisteis algun dia clavado sobre una cruz, concededme fortaleza en las tentaciones, y especialmente la gracia de acudir á Vos sin la menor demora. Os amo, bondad infinita, y espero tambien amaros eternamente. Ea, Señor, atadme con las dulces cadenas de vuestro amor, á fin de que mi alma no se aparte de Vos en ningun tiempo. ¡Oh clementísima María! Vos teneis por nombre la madre de la perseverancia, y por Vos, Señora, tambien se dispensa este gran don: á Vos, pues, los demando, y por vuestra poderosa intercesion ciertamente espero conseguirlo.

CAPÍTULO XIV.

DE LA RESIGNACION EN LA VOLUNTAD DE DIOS.

§ 1. — *Cuánto importa el resignarse en la voluntad divina.*

1 Dice san Juan Crisóstomo, que toda la perfeccion del amor para con Dios consiste en la resignacion que tengamos á su divina voluntad: siendo cierto que así como el odio divide la voluntad de los que son enemigos, así tambien el amor une la misma voluntad de los amantes, de suerte que no quiera el uno sino lo que apetece el otro. *Idem velle, et idem nolle firma amicitia est*, escribió san Gerónimo á Demetriades. Por eso dice el Sabio: *Fideles in dilectione acquiescent illi* ¹. Las almas fieles en amar á Dios, se acomodan á todo lo que él quiere. Este sacrificio de nuestro propio querer es en suma el mas agradable homenaje que podemos rendir al Señor, mediante á que tampoco tenemos otra cosa mas amable ó de mayor valor que la voluntad propia; y esta es la que el mismo Señor con tanta instancia nos está pidiendo continuamente quando nos dice: *Praebe, fili mi, cor tuum mihi* ². Dame, hijo mio, tu corazon; es decir, tu voluntad. Y aunque nosotros hagamos á Dios la ofrenda de todas las demás cosas, jamás habrá de estar contento, mientras que nos quede reservada la propia voluntad. Me explicaré con este ejemplo: Si vos tuviéseis dos criadas, de las

¹ Sap. iii, 9. — ² Prov. xxiii, 26.

cuales la una continuamente estuviera trabajando , pero siempre del modo que le diese la gana , y la otra se fatigase menos , pero sin dejar de obedecer en todo cuanto le ordenáseis , sin duda que amaríais mucho á esta segunda , y poco ó nada á la primera. ¡Oh ! cuántas veces nosotros nos engañamos , emprendiendo ciertos negocios propios de nuestro genio , en los cuales no vemos que tenga intervencion la voluntad divina , y decimos con temeridad : *Pues esta cosa que yo quiero hacer , sin duda que es de la gloria de Dios*. Pero es necesario persuadirnos de que la mayor gloria que nosotros podemos tributar á Dios , consiste en uniformarnos con su santísima voluntad. Decia á este propósito el beato Enrique Suson : *Dios no se ve por tí tan glorificado cuando abundas en luces y consolaciones espirituales , como cuando te sometes á su divino beneplácito*. En prueba de esta verdad sabemos , que la beata Estefanía de Sancino , estando en oracion , vió entre los Serafines las almas de algunas personas que ella habia conocido en este mundo , y le fue entonces revelado , que habian llegado á tan sublime gloria , por la union perfecta que habian tenido á la voluntad de Dios , mientras que vivieron en carne mortal.

2 Toda la malicia , pues , del pecado consiste en apreciar aquello que Dios no quiere ; pues que entonces , como advierte san Anselmo , intentamos en cierto modo quitarle á Dios la corona : *Cum homo vult aliquid per propriam voluntatem , Deo aufert quasi suam coronam , sicut enim corona soli Regi competit , sic propria voluntas soli Deo*³. Aquel , pues , que quiere seguir

³ S. Ans. lib. de Simil. c. 8.

su propia voluntad contra la divina, cási que arrebatada á Dios su propia corona; porque así como esta corresponde solamente al Rey, así tambien el hacer la propia voluntad, sin dependencia de nadie, solamente pertenece á Dios. Tambien sabemos que le dijo Samuel á Saul, que es una especie de idolatría el no querer conformarse con la voluntad divina: *Quasi scelus idololatriae nolle acquiescere* ⁴. Le llama idolatría, porque en tales casos, en lugar de adorar el hombre la voluntad de Dios, adora la suya propia: pues del mismo modo que toda la malicia ó maldad de la criatura consiste en contradecir á su Criador, así tambien estriba toda su bondad en unirse al querer de su mismo soberano Hacedor. Aquel, pues, que llega á identificarse con el querer divino, viene á hacerse una criatura segun el corazon de Dios, como este tambien lo dice por David del modo siguiente: *Inveni virum secundum cor meum, qui facit omnes voluntates meas* ⁵. Dice igualmente el Señor, que un alma que se conforme á sus determinaciones, será llamada con el nombre de *voluntad suya*: *Vocabitur voluntas mea in ea* ⁶. Y sí que puede llamarse de este modo; porque habiendo ya muerto la voluntad propia en esta alma afortunada, solamente vive en ella la de Dios.

3 ¡Oh qué feliz es aquel que puede repetir continuamente lo que decia la sagrada Esposa, cuando exclamaba: *Anima mea liquefacta est, ut dilectus meus locutus est* ⁷. Mi alma se ha visto derretida luego que mi Amado habló con ella. Y ¿por qué dice *liquefacta*?

⁴ I Reg. xv, 23. — ⁵ II Reg. xv, 23. — ⁶ Isai. lxvi, 2. — ⁷ Cant. v, 6.

Reparad pues: los metales que se derriten no vuelven mas á la propia figura que dejan, sino que toman aquella que tiene la vasija ó molde en que se han puesto; de esta misma manera las almas amantes del divino Esposo no conservan ya propio querer, sino que se transforman en todo con la voluntad del Amado. Por eso es tan interesante el tener una voluntad dócil y tierna para todas las cosas que son del agrado de Dios; á diferencia de aquellas personas que presentan una voluntad dura, y que resiste á los impulsos de la Gracia. Se dice que un instrumento es bueno, cuando obedece al artífice que lo usa; porque de otra manera, ¿de qué sirve? Pongo por ejemplo: si hubiese un pincel que resistiera á la mano del pintor, pues que dirigido á la derecha se volviese á la izquierda, y guiado hácia arriba, se fuese para abajo, ¿qué es lo que haria el pintor en este caso? ¿No lo arrojaría inmediatamente al fuego? Unos hacen consistir su santidad en hacer penitencias, otros en comulgar á menudo, es otros en rezar muchas oraciones vocales. Pero no, dice santo Tomás, no consiste la perfeccion en estas cosas; consiste en someterse á la voluntad divina: *Mentis humanæ perfectio in hoc consistit, quod Deo subjiciatur*^o. Las penitencias, las oraciones y comuniones, en tanto son buenas, en cuanto las quiere Dios, para que ellas nos sirvan como de medios para llegar á unirnos á su divina voluntad; mas toda la perfeccion y la santidad nuestra está en cumplir con aquello que Dios quiere de nosotros. En pocas palabras, la voluntad divina es la regla de toda bondad y virtud. Ella, me-

dianter á ser santa, todo lo santifica, aun aquellas acciones indiferentes, cuando se practican por dar gusto á Dios: *Voluntas Dei sanctificatio vestra*, dice el Apóstol⁹. El cumplimiento de la divina voluntad es la santificación de vuestras almas.

4 Es bien sabido que los hombres se conforman gustosos al querer de Dios en las cosas prósperas ó favorables, mas no quieren al mismo tiempo abrazar las adversas ó contrarias. Pero esto es una gran necesidad, pues que de este modo venimos á experimentar males duplicados, y sin mérito alguno; mientras que, (ó queramos ó no queramos) al fin ha de cumplirse la voluntad de Dios: *Consilium meum stabit, et omnis voluntas mea fiet*¹⁰. Por lo tanto, si aquella que está enferma no acepta con paciencia sus dolores, sino que se enfada y se indigna con todos, ¿qué viene á sacar con esto? ¿acaso con impacientarse se verá libre de sus dolores? No, antes por el contrario habrán de acrecentársele, porque de la una parte padece ya aquellos trabajos, resistiendo á la voluntad de Dios; y de la otra parte pierde la paz de su conciencia. *Quis restitit ei, et pacem habuit*¹¹? Cuando, por el contrario, si ella abraza sus padecimientos con paz, habrá de sentirlos menos, y recibirá además el consuelo que da la consideracion de que se complace á Dios con aceptar aquella cruz que nos viene de sus manos. ¡Oh qué gusto da al Señor aquel que en el tiempo de las tribulaciones dice con David: *Obmutui, et non aperui os meum, quoniam tu fecisti*¹². Dios mio, he cerrado mi

⁹ I Thes. IV, 3. — ¹⁰ Isal. XLVIII, 10. — ¹¹ Job, IX, 4. — ¹² Psalm. XXXVIII, 10.

boca, y no me he atrevido á hablar, sabiendo que Vos habeis hecho esto. ¡Ah! que es muy cierto que nosotros no tenemos quien pueda mejor que Dios procurar nuestro bien, y quien nos ame mas que este nuestro Criador: debiendo por lo tanto persuadirnos que cuanto él determina, va encaminado á nuestro bien, y lo ordena de aquel modo porque nos ama. Muchas cosas nos parecen á nosotros desgracias, y les damos tambien este nombre; pero si llegásemos á comprender el fin que Dios se propone en ellas, veríamos que son gracias que nos hace. Parecia una grande desgracia la calamidad que le sobrevino al rey Manasés, al verse despojado del reino y hecho esclavo del Príncipe de los asirios; y sin embargo esto mismo fue su dicha ó su fortuna; pues que aquella adversidad fue la causa de que él se convirtiese á Dios é hiciese penitencia de su mala vida: *Qui postquam coangustatus est, oravit Dominum Deum suum, et egit poenitentiam valde coram Deo* ¹³. Nosotros padecemos de vértigos, y por eso nos parece que van al revés muchas cosas; y no conocemos que no son ellas las que giran con desórden, sino que está el mal en nuestra cabeza, ya viciada con el amor propio, que nos hace ver los objetos de un modo distinto de como ellos son en sí. Dice aquella otra monja: *Pero ¿qué viene á ser esto que todas las cosas me han de salir torcidas?* No, hermana mia, vos sois la que estais torcida, vuestra voluntad está trastornada; pues que todo cuanto os sucede, todo lo ordena Dios, y lo dispone así para vuestro bien, pero vos no sabeis conocerlo.

¹³ II Paral. xxxiii, 12.

5 Y ¿á quién podrémos nosotros encontrar nunca que esté mas solícito de nuestro bien y de nuestra salvacion fuera del mismo Dios? Para hacernos entender esta verdad, unas veces toma la forma de pastor que va por el desierto buscando la oveja perdida ¹⁴. Otras veces se compara á una madre, que no sabe olvidarse de su propio hijo: *Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui* ¹⁵? Ya tambien toma la semejanza de una gallina que reune sus pollitos y los cubre con sus alas para que no sufran algun daño: *Jerusalem, Jerusalem, quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti* ¹⁶? Dios, en suma, como dice David, nos circunda con su buena voluntad, para librarnos de todos los daños que nuestros enemigos puedan ocasionarnos: *Ut scuto bonae voluntatis tuae coronasti nos* ¹⁷. Y ¿por qué, pues, nosotros no nos abandonamos enteramente en las manos de este tan buen Padre? ¿No seria un loco aquel ciego, que hallándose en medio de los precipicios, despreciase la guia de un padre que lo amaba, y que se empeñase en ir solo y segun su capricho por otro camino? ¡Felices aquellas almas que se dejan conducir de Dios por aquel camino por donde tiene á bien llevarlas! Refiere el P. Sanjuré en su *Erario espiritual*, que solicitando un jóven tomar el hábito en la Compañía, fue desechado porque no veia con un ojo. Y ¿quién no hubiera dicho que aquel defecto no era una gran desgracia para aquel pobre jóven? pues en verdad que aquella misma falta

¹⁴ Luc. xv, 4. — ¹⁵ Isai. xlix, 15. — ¹⁶ Matth. xxiii, 37. —
¹⁷ Psalm. v, 13.

fue la causa de la suerte mas feliz que á él podia haberle cabido; porque reparando los Padres que no podia servir bien en la comunidad, lo admitieron con la precisa condicion de que habia de obligarse á ir de misionero á las Indias; él se convino desde luego, y habiendo ido allá con efecto, tuvo la gran felicidad de morir mártir por la fe. Decia tambien á este propósito el venerable P. Álvarez: *El reino de los cielos es el reino de los estropeados, tentados y despreciados*. Dejémosnos, pues, siempre guiar de Dios como unos ciegos, por cualquiera camino que nos lleve, sea llano ó escabroso; estando seguros de que por él encontraremos la salvacion. Tengamos tambien presente esto que decia santa Teresa: *Nunca nos envia el Señor un trabajo, sin que lo pague con algun favor, siempre que nosotros lo aceptemos con resignacion*.

6 ; Oh qué paz tan grande es la que goza un alma que tiene su voluntad toda transformada en la voluntad de Dios! No queriendo, pues, ella otra cosa sino lo que Dios determina, consigue siempre cuanto apetece; pues que todo lo que sucede en el mundo viene ya dispuesto por la voluntad de Dios. Refiere acerca de esto el Palermitano, que habiéndole preguntado una vez al rey Alfonso, llamado el Grande, ¿cuál era el hombre que él consideraba por mas feliz sobre la tierra? respondió sabiamente: *Aquel que del todo se abandona en la voluntad de Dios*. Y á la verdad ¿de qué otro principio nacen siempre nuestras inquietudes sino de no venirnos las cosas segun nosotros queríamos, y de repugnar á la voluntad divina? Justa pena, dice san Bernardo: *Ad justam legem Dei pertinuit, ut qui à*

*Deo noluit suaviter regi, poenaliter à se ipso regetur*¹⁸. Dios dispone justamente, que aquel que rehusa dejarse gobernar en paz por el mismo Señor, sea gobernado por sí mismo con angustias y afanes. El que, por el contrario, no quiere otra cosa sino aquello que agrada á Dios, ve siempre cumplido todo cuanto desea; por lo que goza de una paz inalterable tanto en las prosperidades, cuanto en las adversidades. Cuando, pues, veais que una persona está triste, decid que esto le sucede porque no se halla resignada en la voluntad de Dios. Los Santos, aun en medio de las mas duras persecuciones y de los tormentos mas dolorosos, no saben lo que es tristeza: ¿y por qué es esto? porque viven unidos á la divina voluntad: *Non contristabit justum, quidquid ei acciderit*¹⁹. Sabiamente penetrado de estas verdades se veia el cardenal Petrucci cuando cantaba:

Este mundo voluble y engañoso
Es escena de ruina;
Sus mas caras delicias y contentos
Tienen la semejanza de alegrías,
Y en verdad son tormentos.
Mas si á Cristo seguís, aunque parecen
Sus tormentos ser penas,
De gozos y contentos están llenas.

7 Hablando de los Santos, dice Salviano: *Humiles sunt, hoc volunt, pauperes sunt, paupertate delectantur; itaque quidquid acciderit, jam beati dicendi sunt*. Ellos aun cuando se vean humillados, esto es lo que quieren; si experimentan pobreza, en ella se complacen;

¹⁸ Ep. 21 ad Carthus. — ¹⁹ Prov. XII, 21.

y así sucede, que están siempre contentos en medio de cualquiera adversidad que les sobrevenga; por lo que comienzan, aun en esta vida, á ser ya bienaventurados. Es cierto que el sentido experimentará pena en aquellas cosas que les sean contrarias, mas todo esto sucederá en la parte inferior, pero la paz reinará en la parte superior. Dice oportunamente el P. Rodriguez, que los Santos se asemejan al monte Olimpo, en cuya falda llueve y truena, en tanto que en su cima se goza de una perpetua calma, por estar aquella mas elevada que la region media del aire. Son, por decirlo de una vez, semejantes á nuestro salvador Jesucristo, el cual en medio de todos los dolores y vituperios de su pasion, en nada fue alterada la bella paz en que vivia. Antes mas bien sucede con los Santos, que cuanto mas padecen, tanto mas se gozan en su espíritu, sabiendo que con aceptar aquellos trabajos dan gusto á su Señor, que es á quien únicamente aman. Así tambien lo experimentó David, cuando dijo: *Virga tua, et baculus tuus ipsa me consolata sunt* ²⁰. Y decia tambien santa Teresa: *¿Qué mayor ganancia podemos recibir, que tener algun testimonio de que complacemos á Dios?* Igualmente nos dejó escrito el P. M. Ávila: *Vale mas un bendito sea Dios en medio de las adversidades, que seis mil acciones de gracias, cuando las cosas nos vienen prósperas ó favorables.*

8 Mas no falta alguna religiosa que diga: «Yo des-
«de luego acepto todas las cruces que Dios tenga á
«bien enviarme, las pérdidas de personas amadas,
«los dolores, las enfermedades, etc.; pero ¿cómo he

²⁰ Psalm. xxi, 4.

« de poder yo sufrir tantos malos tratamientos y tan
 « injustas persecuciones, mayormente cuando es indu-
 « dable que peca quien me persigue de esta manera,
 « y que Dios tampoco puede querer el pecado?» Mas
 oid, hermana mia, ¿acaso ignorais que todo viene de
 Dios? *Bona et mala, vita et mors à Deo sunt* ²¹. Las
 prosperidades como las adversidades, la vida y la
 muerte, todas estas cosas Dios las envia. Es necesario
 entender que en toda accion interviene el ser físico,
 que pertenece á lo material de la accion, y el ser mo-
 ral, que corresponde á la razon. Este último carácter
 de la obra, que es el que constituye el pecado de aque-
 lla que os persigue, pertenece á la malicia de ella mis-
 ma; mas el primero en el órden físico corresponde al
 concurso divino: por manera, que Dios no quiere el
 pecado de la tal persona, pero sí quiere que sufrais la
 persecucion de ella, y el mismo Señor es el que tam-
 bien os la envia. Cuando á Job le robaron todos sus
 bienes, Dios no queria el pecado de los ladrones, mas
 se complacia en que él padeciese aquella pérdida; y por
 eso dijo el mismo Santo: *Dominus dedit, Dominus abs-*
tulit, sit nomen Domini benedictum, sicut Domino pla-
cuit, ita factum est ²². En cuyas palabras observa san
 Agustin que no dice Job: *Dominus dedit, et diabolus*
abstulit, sed Dominus dedit, et Dominus abstulit ²³. Tam-
 poco queria el Señor el pecado de los judios en hacer
 morir á Jesucristo, y sabemos que tambien el mismo
 Salvador le dijo á san Pedro: *Calicem, quem dedit mi-*
hi Pater, non vis ut bibam illum ²⁴? declarando con es-

²¹ Eccli. XII, 14. — ²² Job, XVIII, 21. — ²³ S. Aug. Conc. 2
 in Psalm. XXXIII. — ²⁴ Joan. XVIII, 21.

to, que aunque se le daba la muerte por mano de los judíos, esta le venia ordenada de su eterno Padre. Y dice tambien acerca de esta materia san Doroteo, que aquel que viéndose maltratado por otro hombre, toma venganza contra él, imita puntualmente á los perros cuando son heridos de la piedra y acuden á morderla, sin mirar la mano que la ha dirigido. Es necesario, pues, que en todo mal tratamiento que del prójimo suframos, miremos la mano de Dios que nos lo ofrece, y que bajo esta consideracion nos resignemos en su santa voluntad.

ORACION.

¡Amado Salvador mio! Vos misericordioso habeis sufrido tantos dolores y vituperios por mi amor, y yo ingrata os he vuelto la espalda por cosas miserables de este mundo. Os doy gracias, Señor, porque á pesar de esto me habeis esperado hasta el presente. ¡Ay! ¡que si yo me hubiera muerto antes, no pudiera ya amaros mas! Pues supuesto que ahora puedo hacerlo, yo quiero amaros con todo mi corazon. En este instante, pues, yo me vuelvo á Vos compungida y llena de dolor por los muchos disgustos que os he dado; recibidme desde luego, amor mio, y no me desecheis. Pero si cuando yo despreciaba vuestro amor no habeis dejado de venir á buscarme, ¿cómo podré temer que huyais de mí ahora que otra cosa no deseo sino el mismo amor vuestro? Con este fin tambien de que yo os amase, me habeis estado sobrellevando; pues sí que quiero amaros, Dios mio; y aun ya os

amo con todo el corazon, y tengo mas sentimiento de haberos ofendido en el tiempo pasado, que si hubiese padecido todos los demás males. ¡Oh amor del alma mia! en lo sucesivo no quiero ya ocasionaros el mas leve disgusto advertidamente, y al mismo tiempo deseo hacer todo aquello que fuere de vuestro agrado. Vuestra divina voluntad habrá de ser el único amor que yo tenga desde hoy en adelante. Hacedme Vos entender, dueño de mi vida, aquello que deberé ejecutar para complaceros, que yo desde luego anhele por darle cumplimiento. Quiero, pues, amaros aun mas de veras, y por eso abrazo desde este momento todas las tribulaciones que tengais á bien presentarme. Castigadme aquí en esta vida, para que pueda amaros eternamente en la otra. Concededme por último, Dios mio, las fuerzas ó auxilios necesarios para seros fiel en todo tiempo. Poderosa María, y mi dulce Madre, á Vos me encomiendo, no dejeis nunca de rogar por mí al divino Jesús.

§ II. — *En qué cosas debemos especialmente resignarnos.*

1 Ya hemos visto en el párrafo anterior cuánto importa la resignacion en la divina voluntad, no solamente para hacernos agradables á Dios, sino tambien para llegar á conseguir grandes bienes: vengamos ahora á la práctica, y veamos en qué cosas principalmente habrémos de resignarnos, y cómo deberémos hacerlo. En primer lugar, téngase advertido que ayuda mucho la costumbre de resignarse en la voluntad de Dios, acerca de las cosas de poca importancia; por

ejemplo: en sufrir una palabra picante, una mosca importuna, un perro que ladra, un tropiezo al andar, una luz que se nos apaga, un vestido que se rompe, y otras cosas semejantes. Y nótese que mas interesa el tolerar con resignacion estas menudencias, que las grandes adversidades; en primer lugar, porque tales frioleras son mas frecuentes; y bajo otro concepto, porque haciéndolo así, llegamos á conseguir mas pronto el buen hábito de resignarnos en las cosas arduas ó difíciles.

2 En segundo lugar, debemos resignarnos en nuestras enfermedades. El que desea agradar á Dios, debe tambien apetecer las ocasiones de complacerle; y esta es la causa de que á aquellas cosas que el mundo llama desgracias, las almas justas les den el nombre de gracias ó beneficios, y los consideren tanto mayores cuanto mas aflictivos y pesados sean. De aquí es que los enfermos que tanto padecen, si no saben conformarse con la voluntad divina, son los mas deplorables y dignos de compasion que hay en el mundo, no tanto por sus penas, cuanto porque no saben conocer las grandes riquezas que en el mismo padecer Dios les ofrece. ¡Infelices! pues que convierten en veneno el remedio de sus males, supuesto que las dolencias del cuerpo son los remedios mas eficaces para curar los males del alma: *Dolor vulneris abstergit mala*, dice el Sabio ¹. Por el contrario, decia el P. Baltasar Álvarez, que el que se resigna en los accidentes y dolores de la naturaleza, corre por la posta á unirse con Dios; ó por mejor decir, atrae al mismo Dios á unirse con él; co-

¹ Prov. xx.

mo el Señor lo reveló á santa Gertrudis, diciéndole, que luego que ve un alma atribulada, se siente llevado hácia ella; y que esta era su delicia, el estar con las personas enfermas y angustiadas; segun tambien lo asegura David en muchos lugares del Salterio: *Juxta est Dominus iis, qui tribulato sunt corde* ¹. Se complace Dios de estar cerca del atribulado: *Cum ipso sum in tribulatione* ². Dice el mismo Dios: Yo estoy unido á los que padecen tribulaciones.

3 En el tiempo, pues, de la enfermedad bien podemos, y aun estamos obligados, á usar de aquellos remedios que se nos prescriben por el médico, pues que así tambien Dios lo quiere; pero después, debemos resignarnos enteramente en su divino beneplácito. Tampoco se nos prohíbe el pedirle la salud, con el fin de emplearla en su santo servicio; mas al mismo tiempo es de obligacion nuestra el ponernos en sus divinas manos para que haga de nosotros aquello que tuviere á bien; y este es tambien el mejor modo de alcanzar la gracia de la sanidad. Aquel, pues, que en sus peticiones no busca á Dios, sino que se busca á sí mismo, no habrá de ser oído; pero muy al contrario, que será bien escuchado el que en sus deprecaciones trata de encontrar al mismo Dios y de hacer su divina voluntad: *Exquisivi Dominum, et exaudivit me* ³. Leemos que se apareció el Señor un dia á santa Gertrudis, en ocasion que se veia atormentada de la calentura, y le preguntó, si queria que la sanase; pero entonces la Santa, abrazándose con su divino corazon, le dijo: *Esto es lo que yo apetezco; no quiero otra*

¹ Psalm. XXXIII, 19. — ² Os. IV, 13. — ³ Psalm. XXXIII, 5.

*cosa mas que vuestra voluntad*⁵. ¡Oh qué gran remedio es para todas las enfermedades aquella excelente expresion, *fiat voluntas tua!* Estando santa Liduina como clavada en su lecho, toda llena de llagas y dolores, decia: Señor, *este es el placer que yo tengo, que me cargueis de penas; pues que la única consolacion mia consiste en que se cumpla en mí vuestra voluntad divina.* Y aunque es verdad que un alma tibia no puede llegar á conformidad tan elevada, muy bien que disfruta de ella un alma amante. ¡Oh qué bello es el padecer que á menudo se experimenta! Este es aquel agridulce que á las almas enamoradas de Dios les es tan gustoso! El que convertia en dulces á los santos Mártires los azotes, los ecúleos y las planchas encendidas. Mientras que san Epíteto, mártir, era atormentado, haciéndole el tirano rasgar sus carnes con uñas de hierro, y quemar sus costados con hachas ardiendo, el Santo no hacia otra cosa sino repetir: *Hágase en mí, Señor, la voluntad vuestra: hágase en mí, Señor, vuestra voluntad*⁶. Y resignándose de este modo, sufrió con grande paz todas aquellas penas. Cuenta tambien san Buenaventura de san Francisco⁷, que hallándose muy oprimido de dolores, un fraile que era sencillo, le dijo: Padre, rogad á Dios que os trate con una poca mas dulzura, pues que parece que aprieta mucho la mano sobre vos. Á cuya propuesta le respondió entonces san Francisco: *Sabed, hermano, que si yo no conociese que eso que acabais de decir proviene de vuestra simplicidad, no quisiera veros jamás, ya que tratais de reprender*

⁵ Op. S. Gertr. l. 3, c. 53. — ⁶ Rosveid. in Vit. PP. l. 1. —

⁷ In Vita, c. 14.

aquello que hace Dios. Y al acabar de decir esto, dejó su pobre lecho, y colocándose sobre el duro suelo, besaba la tierra diciendo: «Os doy gracias, Dios mio, «por estos dolores que me ofreceis; y os suplico que «tambien me los aumenteis, si fuere de vuestro bene- «plácito; pues que no deseo otra cosa sino el cumplir «vuestra voluntad soberana.»

4 En tercer lugar, debemos tambien conformarnos con el querer divino, acerca de los defectos naturales que tengamos, como de ingenio tardo, mala memoria, escasez de vista, poco oído, falta de habilidad para el desempeño de los oficios, achaques de la naturaleza, etc.; pudiendo responder al que nos eche en cara alguno de estos defectos: *Ipse fecit nos, et non ipsi nos* ³, y resignarnos de este modo en la voluntad de Dios. Reconozcamos desde luego que somos unos pobres, y que por lo tanto debemos contentarnos con aquella limosna que el Señor se digne hacernos. ¿Qué diríais vos, si viéseis que un pobre se lamentaba porque un vestido que se le habia dado no era tan rico como él lo queria; ó porque la comida que le presentaban no tenia la delicadeza que él apetecia? Por lo tanto, contentémonos nosotros con aquello que Dios se ha dignado ofrecernos, sin buscar otra cosa. ¿No podia el mismo Señor habernos dejado ó volvernó á nuestra nada, como lo estábamos? ¿No podia tambien hacer, que en lugar de hombres fuésemos víboras, mosquitos ú otro insecto insignificante? ¡Oh cuántas veces ha ayudado á muchos para salvarse el verse privados de un ingenio agudo, de corporal belleza ó de

³ Psalm. xcix, 13.

otros dones naturales! pues que si hubiesen tenido estas cualidades, acaso habrian servido de ocasion para ser después condenados. ¡Á cuántos el gran talento, la hermosura, la nobleza ó las riquezas les han sido causa de ensoberbecerse, y tambien de precipitarse en muchas maldades! Deseemos por lo mismo solamente aquellos bienes que Dios quiera darnos, y nada mas que esto. Decia el beato Enrique Suson: *Yo quisiera ser mas bien el animal mas vil de la tierra con la voluntad de Dios, que ser un Serafin con la mia.* Aun tambien en orden á nuestra perfeccion, aunque es verdad que debemos poner de nuestra parte para llegar á la mayor santidad posible; pero al mismo tiempo estamos igualmente obligados á contentarnos con solo aquel grado que el Señor tenga por conveniente concedernos.

5 En cuarto lugar, debemos especialmente resignarnos en las desolaciones de espíritu, que son por otra parte las penas mas amargas para quien ama á Dios. Pero no se crea que en este caso convenga inquietarse con decir: *Yo no me entristeceria si llegase á saber, que el verme así tan desolada era porque Dios lo quisiese; mas temo que el Señor se haya retirado de mí por mis pecados.* Pues yo os respondo, concediendo desde luego que sea un castigo: es voluntad de Dios que sufraís esa amarga pena, pues aceptadla con resignacion, y el mismo Señor quedará contento. Y para quitaros la ocasion de angustiaros, conviene que entendais que son dos las especies de sequedad que se presentan: una de ellas, que reside en el sentido, la cual no está en nuestra mano el desterrarla; ni tam-

poco esta desagrada á Dios : la otra se halla en nuestra voluntad, que es propiamente la tibieza voluntaria, y sobre la que tenemos poder para separarla de nosotros. Acerca de esta segunda no hay necesidad de que hablemos ahora, porque se ha tratado de ella con bastante extension en los capítulos quinto y sexto. Mas en cuanto á la primera deberémos persuadirnos, que no importa que nos veamos casi incapaces de elevar la mente á Dios, ni de hacer actos buenos de amor, de contricion ó de conformidad; es lo bastante que con la voluntad queramos formarlos; pues que entonces, aunque estos mismos actos sean para nosotros secos, sin gusto alguno y casi imperceptibles, Dios sin embargo los acepta y los agradece. Cuando, pues, no podamos en tal estado de oscuridad hacer otra cosa, aniquilémonos á lo menos en la presencia de Dios, y confesándole nuestras miserias, dejémonos llevar á sus divinas manos, de la misma manera que se desprende una piedra de un monte á un valle, sin saber á donde deberá caer; viviendo seguros de que haciéndolo así, encontraremos la paz. Y roguémosle siempre á Dios en cualquiera estado en que nos hallemos, ya sea de luz ó ya de tinieblas, diciendo: *Señor, conducidme por aquel camino que fuere de vuestro agrado, haced que yo cumpla vuestra voluntad, pues que no quiero otra cosa.* Aquella alma que se inquieta en el tiempo de sequedades, da señal de que aun todavía no se halla enteramente abandonada á la voluntad divina. Por eso decia santa Teresa: *Todo lo que debe procurar aquel que se ejercita en la oracion ha de ser conformar su voluntad con la divina; y esté seguro de que en esto*

consiste la mas alta perfeccion. Y el que mejor llegue á practicarlo recibirá de Dios mayores dones. De donde santa Maria Magdalena de Pazzis sacaba esta legitima consecuencia: Todas nuestras oraciones no deben tener otro objeto que el de hacer la divina voluntad.

6 Por lo tanto vos, esposa bendita del Señor, acostumbraos en la oracion á ofreceros á Dios siempre pronta á padecer por su divino amor cualquiera pena que se presente, ya de espíritu ó ya de cuerpo; bien sea alguna desolacion, algun dolor, enfermedad, deshonor ó persecucion; pidiéndole continuamente al mismo Señor que os dé fuerzas para hacer en todo su santísima voluntad. Y notad tambien este bello documento que enseñan los maestros de espíritu, cual es, que cuando nos acontece alguna grave adversidad, no tenemos una materia mas excelente que adoptar para objeto ó punto de meditacion que aquella misma tribulacion en que nos vemos; y que sobre ella conviene repetir en la oracion los actos de conformidad mas perfecta. Este ejercicio, pues, de unir nuestra voluntad con la de Dios, ha sido la continua ocupacion de los Santos. San Pedro de Alcántara, aun en el poco tiempo que se entregaba al sueño, figurábase que iba á morir, y que aun se veia ya á punto de espirar, y repetia: *Domine fiat in me voluntas tua*; y hacia tambien la intencion de que mientras estuviese durmiendo, cada respiracion suya fuese un acto de resignacion. ¡Oh cuánto se complace el Señor de semejantes ofrecimientos y frecuente ejercicio de conformidad! Y no porque se goce de nuestros padecimientos, sino porque en ellos

conoce hasta qué punto nosotros le amamos. Cuando Dios le mandó á Abraham que le sacrificase á Isaac, no queria la muerte de este su hijo, sino que trataba de conocer si su padre estaba pronto á cumplir su voluntad. Y esto mismo es lo que Dios quiere de todos nosotros, que nuestro propio querer esté siempre unido con el suyo. Hay algunas religiosas que se entusiasman, al leer en algunos libros de mística acerca de la union sobrenatural llamada *pasiva*; mas yo quisiera que mas bien desearan la union *activa*, que consiste en la perfecta conformidad con la voluntad de Dios; en donde estriba, dice santa Teresa, la verdadera union del alma con el mismo Dios. Aquellas personas, añade la Santa, que gozan solamente de la union *activa*, *podrá suceder que tengan mucho mas mérito; porque esta la han adquirido con su trabajo, y el Señor las conduce como almas fuertes; y todo aquello que no disfrutaban aquí en esta vida, se lo tiene reservado para dárselo después todo junto allá en el cielo.* Y dice de una manera semejante el cardenal Petrucci, que sin la contéplacion infusa, bien puede un alma llegar con sola la gracia ordinaria á destruir la propia voluntad, y transformarla en la de Dios: de donde concluye, que nosotros no debemos ni desear, ni pedir á Dios otra cosa, sino que cumpla tambien en nosotros su querer; en lo que consiste toda la santidad. Y este es aquel morir, que se dice, á nosotros mismos; es decir, el renunciar á todas nuestras satisfacciones y deseos, solamente por hacer que la divina voluntad reine en nosotros. Y es tambien lo que decia el Apóstol por estas palabras: *Vivo autem, jam non ego; vivit vero in*

me Christus ⁹. Ya no vivo yo en mí, sino quien vive en mí es Jesucristo; porque yo no quiero ya otra cosa sino solamente aquello que él también quiera.

7 Procurad, pues, vos igualmente, mi bendita hermana, con especialidad en aquellas cosas desagradables al sentido, tener siempre en la boca las palabras de Nuestro Salvador: *Ita, Domine, quoniam sic fuit placitum ante te* ¹⁰. Señor, así suceda esto que se presenta, porque también de este modo agrada á Vos. Un cierto monje, como refiere Cesario ¹¹, hacia muchos milagros; y habiendo sido requerido por el superior, á fin de que manifestase las cosas extraordinarias que practicaba para que Dios le concediese aquel admirable don, le respondió: *Yo no hago nada de particular; sino que pongo cuidado en querer solamente lo que Dios también quiere, y en recibir todas las cosas como venidas de sus manos*. Pero aquel gran daño, replicó entonces el Abad, que os hizo el otro día uno de vuestros enemigos, ¿no os perturbó? *No señor*, le contestaba; *porque pensé que en aquello se cumplía la voluntad de Dios*. Y de aquí vino á inferir el Abad la causa de que el tal religioso fuese tan amado de Dios. De esta manera también vos, cuando os aflija el temor de cualquiera grave trabajo que pueda aconteceros, decid entonces inmediatamente: *Señor, yo quiero aquello que Vos quereis; haced, pues, de mí y de todas mis cosas todo cuanto fuere de vuestro agrado*. Cuenta también san Gregorio ¹², que atormentó el demonio en forma de serpiente por el espacio de

⁹ Gal. 11, 20. — ¹⁰ Matth. xi, 26. — ¹¹ Lib. 10, c. 6. — ¹² Dial. 1. 3, c. 16.

tres años á un buen religioso, el cual, aunque mucho padeciese acerca de esto, no obstante, dice el Santo, que jamás perdió su paz interior, diciéndole siempre al enemigo : *Haz de mí lo que tú quieras, si agrada á Dios que así sea.* Por lo tanto, vuestra continua oracion habrá de ser esta : *Fiat voluntas tua.* Esta misma al levantaros por la mañana, y al acostaros por la noche ; esta en la meditacion, en la comunión, en la visita al santísimo Sacramento, y siempre repitiendo : *Señor, hágase, hágase vuestra voluntad.* Trescientas veces al día repetía santa Gertrudis : *Jesús mio, no se haga mi voluntad, sino la vuestra.*

8 | Dichosa vos, si tambien procurais estar del mismo modo siempre resignada en la voluntad divina ! ciertamente que entonces será feliz vuestra vida, y aun mas feliz habrá de serlo vuestra muerte. Sabed que dice Blosio, que la persona que en los últimos instantes de su vida hace un acto de perfecta conformidad en la voluntad de Dios, no solamente se verá libre del infierno, sino tambien del purgatorio, aun quando hubiese cometido todos los pecados del mundo : *Hoc si facere potuerit* (estas son sus palabras) *neque infernum, neque purgatorium subibit, etiamsi totius mundi peccata commisisset* ¹². Y la razon que da es, que aquel que con perfecta resignacion acepta la muerte, adquiere un mérito semejante al de los santos Mártires, los cuales tambien espontáneamente perdieron su vida por Jesucristo. Además, el que acaba sus dias conforme en un todo con el querer divino, aun en medio de los dolores muere contento y regocijándose. Estaba ya

¹² Blos. de Consol. Pasill. c. 34, § 2.

muriéndose un monje del Cister, agangrenándosele las carnes con unos dolores tan agudos, que era un morir continuo; y entre tanto este buen religioso no hacia mas que dar al Señor gracias, siempre sereno y consolado: y cuando después estaba ya cerca de espirar y se hallaba mas oprimido de los dolores, comenzó entonces á cantar mas alegremente. Quedaron atónitos los monjes que habia al rededor de su lecho, al ver tanto júbilo en medio de tantos sufrimientos; mas él, regocijándose de aquel modo hasta el fin, terminó felizmente su vida: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum* ¹⁴. Á los que aman á Dios, todo les sirve de medio para el mérito y la consolacion; pues que es indudable que el mismo Señor no dispone que nos vengan las cruces sino para nuestro bien. Así se lo dijo expresamente un dia á santa Catalina de Sena por estas palabras: *Yo no puedo querer sino aquello que es útil para vosotros. Como yo crié al hombre con mi voluntad libre, por eso imponderablemente le amo. De aquí podeis inferir que no dispongo las tribulaciones con ningun otro fin sino por el de vuestro bien, en el que yo me intereso, y lo quiero aun mas que vosotros mismos.* Otra santa mujer se veia tambien cercana á la muerte, consumida de una úlcera que toda la habia puesto desfigurada: hallándose un obispo á su lado asistiéndola, al ver sus terribles padecimientos, no podia contener las lágrimas; mas ella entre tanto reia, y aun se admiraba de ver llorar á aquel venerable prelado de la Iglesia, el cual por el contrario se llenaba de asombro al notar que se reia; por lo que llegó

¹⁴ Rom. VIII, 28.

à preguntarle: *¿Cuál puede ser la causa de esta risa?* Y ella le contestó: *Decidme, señor, si una princesa estuviera en una cárcel, y supiese que no podía ir á su reino hasta que la misma cárcel llegara á ser destruida, cuando lograra ver ya caerse las paredes de esta prision, ¿cuánto, pues, se alegraría?* Así tambien, yo me alegro y rio, viendo que se me acerca la salida ó libertad de la cárcel de este mi cuerpo.

9 No quiero extenderme mas acerca de esta materia de la voluntad de Dios, de la que nunca cesaria de hablar, porque ya tengo impreso un tratadito aparte, el cual va unido á mi libro titulado: *Visita al santísimo Sacramento*; en el que os suplico que leais, si ha llegado á vuestro poder algun ejemplar, y que comprendais muchas veces lo que allí dejo notado, pues que es indudable que en unir nuestra voluntad con la de Dios consiste toda nuestra salud espiritual, nuestra paz y nuestra perfeccion: *Et vita in voluntate ejus* ¹⁵.

10 Os suplico últimamente que procureis emprender todas vuestras acciones, solo con el fin de cumplir la voluntad de Dios; porque de este modo no os inquietaréis jamás después, cuando los negocios no tengan aquel resultado que os habíais propuesto. Así tambien viviréis siempre en paz, y daréis gusto á Dios continuamente. ¡Oh qué bella cosa es complacer á este nuestro divino Padre! ¿Deseais acaso saber lo que quiere decir el dar gusto á Dios? Pues yo os daré la respuesta con estas mismas expresiones que nos dejó escritas el P. D. Antonio Torres: «Quiere decir complacer á aquel amoroso Señor, á quien nosotros tan-

¹⁵ Psalm. XXXIX, 6.

« to le debemos: agradar á aquel ojo divino que siem-
« pre está solícito de nuestro bien; cumplir con aque-
« lla voluntad que incesantemente está empleada en
« operaciones de amor para con nosotros. Dar gusto á
« Dios, es tambien llenar aquel fin para el que nos ha
« criado; es aquel blanco al que se deben dirigir todos
« nuestros deseos; es aquella regla, que debe ser la
« medida de nuestra existencia. Dar gusto á Dios, es
« aquello que mas se procura por los Santos que nin-
« guna otra cosa; aquello que ha estimulado á tantas
« vírgenes á consagrarse en su divino servicio dentro
« de los claustros, y que llevó á infinitos anacoretas á
« los desiertos. Es tambien aquello que ha quitado el
« sentimiento de las calumnias y de los improperios á
« los que se han visto perseguidos; y que igualmente
« á los Mártires les ha vuelto dulces los tormentos y
« hasta la muerte. Dar gusto á Dios, es aquello por
« lo cual el alma iluminada se ofrece á todas las nece-
« sidades, á todos los dolores, á todas las mas infames
« calumnias, á todas las muertes mas penosas y hasta
« al mismo infierno. Dar gusto á Dios, finalmente, es
« de tanto valor, que no hay uno que no deba prefe-
« rirlo á todos los intereses y á todas las felicidades; y
« por decirlo de una vez, llega á tanto su estimacion,
« que si á los mismos bienaventurados se les diese á
« entender que era mas del agrado de Dios que ellos
« estuviesen en el infierno, que allí en el paraíso, to-
« dos, y la primera la santísima Virgen, se precipita-
« rian en las eternas llamas, por encontrar en aquellos
« infinitos tormentos aquel mayor beneplácito de su
« Amado. Esto quiere decir dar gusto á Dios.»

ORACION.

Jesús mio, tened piedad de mí. ¡Oh qué miserable he sido! y ¡cuántas veces, por seguir mi voluntad contra la vuestra, yo misma me he impuesto la sentencia de condenacion para el infierno! Si entonces, Señor, hubiéseis dispuesto de mi vida, ahora estaria yo en aquella tenebrosa cárcel odiando y maldiciendo vuestra voluntad para siempre. Mas ¡oh bondad! que no ha sido así, sino que ahora yo la bendigo y la amo, queriendo tambien eternamente amarla. Perdonadme desde luego, piadoso Redentor mio, pues que ya no quiero contradeciros por mas tiempo. Hacedme conocer cuanto de mí querais, y dadme igualmente fuerzas, pues que yo todo ello lo quiero cumplir: *Fiat voluntas tua*. Estimuladme á seguir perfectamente vuestra adorable voluntad en el tiempo de vida que me queda, y nada mas os pido. ¡Ah dulce amor mio! ¿y qué otra cosa quereis Vos, Dios de mi alma, sino mi bien y la salvacion mia? Eterno Padre, por el infinito amor de Jesucristo, el que me ha enseñado á suplicaros en su nombre, os pido la siguiente gracia ó beneficio: *Fiat in me voluntas tua, fiat in me voluntas tua, fiat in me voluntas tua*. ¡Oh qué dichosa seré yo, si ocupo todos los dias de mi vida, y abrazo tambien la muerte, cumpliendo sin intermision vuestra voluntad inefable! ¡Oh santísima María! felicísima sois, porque siempre hicisteis perfectamente la voluntad de Dios! Alcanzadme, Madre mia, con vuestra intercesion poderosa, que yo tambien la cumpla con exactitud en todo el tiempo de vida que me queda; espero, pues, Señora, conseguir de Vos esta gracia.

CAPÍTULO XV.

DE LA ORACION MENTAL.

§ I. — *Necesidad moral de la oracion mental para las religiosas.*

1 La vida de las religiosas ha de ser una vida de oracion. Una monja que no es amante de este santo ejercicio, es muy difícil, ó por mejor decir, es moralmente imposible que sea buena religiosa. Y cuando llegueis á ver que una de estas está tibia, decid desde luego: *esa no hace oracion*, y no os engañaréis. En esto se afana mucho el demonio con las religiosas, en hacer que pierdan el amor ó aficion de dedicarse á orar; y como llegue á vencerlas en ello, en todo lo demás saldrá victorioso. Esto igualmente movió á san Felipe Neri á sentar la proposicion siguiente: *Una religiosa sin oracion, es una religiosa sin razon*. Y yo añadido tambien: *deja de ser religiosa, y en un cadáver de tal se convierte*. En primer lugar, sin oracion no hay luz espiritual. El que tiene los ojos cerrados, dice san Agustin que no puede ver el camino que nos conduce á la patria. Y son las cosas espirituales unas verdades eternas, que no se miran con los ojos del cuerpo, sino tan solo con los ojos de la mente; es decir, con el pensamiento y la consideracion. De donde se infiere, que aquella persona que no hace oracion mental no puede verlas, y por lo tanto tampoco conoce la importancia de la salud eterna, ni aquellos medios de que debe usar para obte-

nerla. Y esta es tambien la causa de que tantas almas se pierdan, el descuidarse en la consideracion del gran negocio de nuestra salud espiritual, y de todo lo demás que para salvarnos debemos practicar: *Desolatio ne desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde* ¹. Por el contrario, dice el Señor, que aquel que tiene delante sus ojos las verdades de la fe, es decir, la muerte, el juicio, y la eternidad feliz ó desgraciada que nos espera, no caerá jamás en el pecado: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis* ². Acercaos á Dios, dice tambien David, y seréis iluminados. *Accedite ad eum et illuminamini* ³. Y en otro lugar igualmente nos advierte nuestro divino Salvador: *Sint lumini vestri praecincli, et lucernae ardentes in manibus vestris* ⁴. Y segun expone san Buenaventura, estas linternas son cabalmente las santas meditaciones: *Oratio est lucerna*; porque en la oracion el Señor nos habla y nos ilumina, para que acertemos el camino de la salvacion: *Lucerna pedibus meis verbum tuum* ⁵.

2 Dice además de esto el mismo san Buenaventura, que la oracion mental es como un espejo que nos hace ver todas las manchas que tenemos en el alma. Y santa Teresa escribió al obispo de Osma ⁶: *Si bien es verdad que nos parece no haber imperfecciones en nosotros, cuando, á pesar de esto, abre Dios los ojos del alma, segun que suele hacerlo en la oracion, bien que entonces aparecen las tales imperfecciones*. El que no se dedica á la oracion, tampoco conoce sus defectos; y por este motivo no los aborrece, como dice san Ber-

¹ Jer. xii, 11. — ² Eccli. vii, 40. — ³ Psalm. xxxvi, 7. —

⁴ Luc. xii, 36. — ⁵ Psalm. cxviii, 105. — ⁶ Let. 8.

nardo: *Seipsum non exhorret, quia non sentit*. Ni menos conoce los peligros de su salvacion, en los cuales se halla; por lo que ni aun siquiera piensa en librarse de ellos. Pero por la inversa, el que se ocupa en la oracion mental, muy pronto se le ponen delante sus defectos y peligros de perderse en que se encuentra, y viéndolos ha de tratar de remediarlos. Sabemos que meditando David la eternidad, se estimulaba á purificarse de los vicios y á practicar las virtudes: *Cogitavi dies antiquos, et annos aeternos in mente habui, et exercitabar, et scopebam spiritum meum*⁷. Y el Esposo de los sagrados Cánticos decia: *Flores apparuerunt in terra nostra, tempus putationis advenit; vox turturis audita est in terra nostra*⁸. Luego que un alma, cual solitaria tortolilla, se retira y recoge en la oracion mental para hablar con su Dios, entonces es cuando aparecen las flores, es decir, los buenos deseos; y entonces viene tambien el tiempo de la poda, esto es, la hora de reformar los defectos que en la misma oracion se nos descubren: *Putat, dice san Bernardo, tempus putationis adesse, si meditationis praecivit*⁹; porque, como dice tambien el mismo Santo, los resultados de la meditacion son, el regular los afectos, enderezar las acciones, y corregir los defectos: *Consideratio regit affectus, dirigit actus, corrigit excessus*¹⁰.

3 En segundo lugar, sin oracion faltan tambien las fuerzas para resistir á las tentaciones de los enemigos, y para ejercitar las virtudes cristianas. La oracion, pues, es como el fuego respecto del hierro, el

⁷ Psalm. LXXVI, 5. — ⁸ Cant. II, 12. — ⁹ De Cons. I. 2, c. 6.
— ¹⁰ S. Ber. Ibid. I. 1, c. 7.

cual mientras permanece frio, es tambien muy duro ó inflexible, y dificilmente puede ser elaborado; mas después con el fuego se ablanda, y fácilmente el artífice hace de él lo que quiere: *Faber ignitum ferrum ictibus mollire satagit*, nos dejó escrito el venerable Bartolomé de los Mártires ¹¹. Para cumplir con los divinos preceptos, y observar los consejos del santo Evangelio es necesario tener un corazon tierno; es decir, dócil y fácil, ó susceptible á las impresiones de las inspiraciones celestiales, y pronto para ponerlas en ejecucion; y esto era lo que tambien Salomon le pedia á Dios diciéndole: *Dabis ergo servo tuo cor docile* ¹². Nuestro corazon es al presente por sí mismo indócil y duro, á causa del pecado; porque viéndose todo él inclinado á los placeres sensuales, repugna á las leyes del espíritu, sobre lo que se quejaba el Apóstol cuando decia: *Video autem aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae* ¹³. Mas luego después, muy bien que el hombre se vuelve dócil y dispuesto para recibir los influjos de la gracia que en la oracion mental se le comunican; al considerar en este santo ejercicio la bondad divina, el grande amor que Dios le ha manifestado, y los inmensos beneficios que le ha hecho, se inflama y se enternece, y de este modo fácilmente se rinde después á la obediencia de aquellas voces celestiales. No siendo así, que le faltase la oracion, el corazon permaneceria duro, repugnante y desobediente; en cuyo estado se perderia: *Cor durum habebit male in novissimo, et qui amat periculum, pe-*

¹¹ De Grad. Doct. Spir. c. 26. — ¹² III Reg. III, 9. — ¹³ Rom. VII, 23.

ribit in illo ¹⁴. Persuadido san Bernardo de estas verdades, exhortaba al papa Eugenio á que jamás dejase la oracion, por causa de las ocupaciones externas, y le decia: *Timeo tibi, Eugeni, ne multitudo negotiorum, intermissa oratione, et consideratione, te ad cor durum perducatur; quod seipsum non exhorret, quia non sentit* ¹⁵.

4 Parecerá tal vez á alguno un tiempo ocioso y perdido el mucho que invierten las almas devotas en la oracion mental, pudiendo emplearlo, como suelen decir, en obras fructuosas; pero no saben los que juzgan de ese modo que las almas en esta oracion adquieren fuerzas para vencer á los enemigos, y para ejercitar las virtudes. *Ex hoc otio, escribe san Bernardo, vires proveniunt*. Por eso ordenó el Señor que la sagrada Esposa no fuese perturbada del dulce sueño en que se veia: *Ne suscitetur, neque evigilare faciat dilectam, donec ipsa velit* ¹⁶. Notad que dice, *donec ipsa velit*, porque el sueño, ó llámese reposo, á que el alma se entrega en la oracion, es todo voluntario, pero sin dejar de ser al mismo tiempo necesario para la vida espiritual. Aquel que no duerme no tiene después fuerzas para el trabajo, ni para seguir la jornada; sino que se va cayendo de sueño por el camino. Así tambien la persona que no reposa y adquiere fuerzas en la oracion, no se encuentra luego con ánimo y valor para obrar el bien, y poder resistir á las tentaciones, dando tambien además de esto sus caidas en el camino de la salvacion. Se lee en la vida de la venerable sor María Crucifixa ¹⁷, que estando ella en

¹⁴ Eccli. III, 27. — ¹⁵ S. Ber. lib. 1 de Cons. ad Eugen. —
¹⁶ Cant. III, 6. — ¹⁷ Lib. 2, c. 8.

oracion, llegó á entender que un demonio se gloriaba de haber conseguido que una monja faltase ya á la oracion comun, y que prosiguiendo en tentarla acerca de una cosa grave, ya se veia la pobre hermana en grande peligro de caer en la tentacion; por lo que la sirva de Dios acudió inmediatamente, y con el divino auxilio la libró de aquella sugestion horrorosa. Véase, pues, á cuántos peligros se expone aquella religiosa que abandona la oracion mental. Ya no habrá que extrañar que santa Teresa dijese, que la persona que deja la oracion mental no necesita de demonios que la lleven al infierno, sino que ella misma se encamina á él por sus pasos contados. Y el abad Diocle aseguraba que, *El que deja la oracion, en breve tiempo se convertirá en bestia ó en demonio.*

5 Es indudable que sin que precedan nuestras súplicas, no nos concede Dios sus divinos auxilios, y que sin estos tampoco podemos nosotros observar sus preceptos; por esta razon exhortaba el Apóstol á sus discípulos á que orasen de continuo: *Sine intermissione orate* ¹⁸. Reconozcamos tambien que todos somos unos pobres mendigos: *Ego autem mendicus sum, et pauper* ¹⁹. Ya se sabe que la renta de un pobre consiste en pedir limosna á los ricos; pues esta es tambien nuestra riqueza, el suplicar, supuesto que rogando alcanzamos de Dios sus gracias. Sin esta ocupacion de implorar, dice el Crisóstomo que es absolutamente imposible vivir bien: *Simpliciter impossibile est absque pre-cationis praesidio cum virtute degere*. Y ¿de dónde nace, preguntaba el docto Mons. Abelly, la grande re-

¹⁸ I Tess. 5. — ¹⁹ Psalm. XXXIX.

lajacion de costumbres que vemos, sino de la falta de oracion? Dios es verdad que tiene una voluntad perfecta y decidida de enriquecernos con sus gracias; pero, como advierte san Gregorio, quiere ser rogado, y que en cierto modo le obliguemos con nuestras oraciones á que nos las conceda: *Vult Deus rogari, vult cogi, vult quadam importunitate vinci* ²⁰. Y es imposible que caiga en pecado el que en la oracion debidamente se ocupa, segun lo asegura el Crisóstomo por estas palabras: *Impossibile est hominem congruo precantem studio unquam peccare* ²¹. Y en otro lugar tambien añade, que cuando los demonios advierten que oramos, inmediatamente dejan de tentarnos. *Si nos compererint deprecatione munitos, illico resiliunt* ²².

6 De esta absoluta necesidad en que nos vemos de suplicar nace tambien la otra necesidad moral de la oracion mental; porque en no meditando una persona, y distrayéndose en los negocios del mundo, habrá de conocer poco sus necesidades espirituales, poco los peligros de su salvacion, poco los medios de que debe valerse para vencer las tentaciones, y poco en fin conocerá la misma necesidad que todos tenemos de rogar; y así dejará el santo ejercicio de la oracion, y en llegando ya este caso, ciertamente habrá de perderse. El gran obispo Mons. Palafox, escribe de este modo en las notas que puso á las cartas de santa Teresa ²³: *¿Cómo es posible que dure la caridad, si Dios no nos concede la perseverancia en ella? Y ¿cómo nos dará el Señor esta perseverancia, si no se la pedimos?*

²⁰ S. Greg. in Ps. poenit. 6. — ²¹ Hom. 79 ad Pop. Antioch. —

²² Chrys. lib. 1 de orando Deo. — ²³ Let. 8, n. 10.

Y ¿cómo se la pediremos sin tener oracion? Sin esta, pues, no hay comunicacion con Dios para conservar las virtudes. Y conformándose tambien el cardenal Belarmino en este mismo modo de pensar, decia ser moralmente imposible para el que no medita, el vivir sin pecado. Podrá tal vez decir alguno: «Yo no hago oracion mental, pero digo muchas oraciones vocales.» Mas conviene advertir acerca de esto, como previene san Agustin, que para conseguir de Dios las gracias ó favores, no es lo bastante rogar solamente con la voz, sino que tambien es necesario suplicar con el espíritu. Escribiendo el Santo sobre aquellas palabras de David: *Voce mea ad Dominum clamavi* ²⁴, dice de este modo: *Multi clamant, non voce sua*, es decir, con la voz interna del espíritu, *sed corporis; cogitatio tua clamor est ad Dominum, clama intus, ubi Deus audit* ²⁵. Y esto es lo que puntualmente exhortaba el Apóstol, diciendo: *Orantes omni tempore in spiritu* ²⁶. Las oraciones vocales se hacen por lo comun estando distraidos, con la voz de la lengua, pero no con el corazon, especialmente si son muchas ó de grande duracion; y aun con mas particularidad, si la persona que las reza no se ejercita en la oracion mental; por cuya razon, Dios las oye poco, y aun menos veces concede lo que en ellas se le pide. Hay muchos que rezan el rosario, el oficio de la Virgen, y tambien practican otras obras externas de devocion, y á pesar de esto, continúan viviendo en pecado; pero la persona que se dedica á la oracion mental, es imposible que siga en su mala vida; pues que una de dos, ó ha de abandonar la oracion,

²⁴ Psalm. CXLI. — ²⁵ S. Aug. in Psalm. v, 30. — ²⁶ Eph. vi, 18.

ó ha de abandonar el pecado. Por eso decia un gran siervo de Dios: «Oracion mental y pecado no pueden verse juntos.» Y la misma experiencia nos hace conocer acerca de esto, que los que están acostumbrados á ocupacion tan sublime, difícilmente caen en desgracia de Dios; mas si por humana fragilidad, alguna vez llegan á cometer culpa grave, permaneciendo en la misma oracion, muy pronto reconocen su lamentable estado, y se convierten de veras á Dios. Santa Teresa, maestra tan sublime en este punto, no duda afirmar, que aunque un alma llegue á la relajacion mayor que se quiera, siempre que ella persevere en la oracion de que hablamos, el Señor habrá de conducirla al puerto de su eterna salvacion.

7 En suma, todos los Santos han llegado á esta su feliz suerte por medio de la oracion mental. Esta es aquella dichosa fragua en la cual se encienden las almas en el amor divino. *In meditatione mea exardescet ignis* ²⁷. Y san Vicente de Paul decia, que seria un milagro ver á un pecador, que oye atentamente los sermones en una mision, ó en los ejercicios espirituales, sin que el tal llegue á convertirse; á pesar de que el que habla en estos casos no es mas que un hombre; pero en la oracion mental, el que dirige la palabra á un alma, es el mismo Dios: *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus* ²⁸. Tambien santa Catalina de Bolonia se expresaba en estos términos: *La persona que no frecuenta la oracion se ve privada de aquel vínculo que une al alma con su Dios; por lo cual no será difícil, que conociendo el demonio que está sola, la haga*

²⁷ Psalm. XXXVIII, 4. — ²⁸ Osee, II, 91.

suya. Y añadía la misma Santa: *¿Cómo podré yo creer que se halle el amor de Dios en aquella alma que tiene poco cuidado de tratar con Dios en la oracion?* Y á la verdad, ¿en dónde sino en este santo ejercicio se han inflamado los Santos en el amor divino? Por medio de la oracion sabemos que san Pedro de Alcántara llegó una vez á enardecerse tanto en el amor de Dios, que se arrojó á un estanque de agua helada para refrigerarse, y aquella agna tan fria comenzó luego á hervir como la de una caldera, cuando después de mucho fuego se pone en grande movimiento. San Felipe Neri, en la misma oracion en tal extremo se inflamaba y se ponía á temblar, que hacia estremecer á toda su habitacion. San Luis Gonzaga tambien en la oracion se enfervorizaba tanto en el amor divino, que aun su rostro aparecia inflamado, y su corazon daba tan fuertes latidos, que parecia intentaba salirsele del pecho. *Ex oratione*, escribió san Lorenzo Justiniano, *fugatur tentatio, abscedit tristitia, virtus reparatur, excitatur fervor, et divini amoris flamma succrescit*²⁹. Por virtud de la oracion la tentacion se ahuyenta, se destierra la tristeza, se reanima la virtud ofendida, se excita el fervor que estaba resfriado, y se aumenta la dulce llama del amor divino. Por eso decia con mucha razon el mismo san Luis Gonzaga, que aquel que no hace mucha oracion no podrá jamás arribar á un grado de virtud eminente.

8 Un alma de oracion es comparada por David á un árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, que da frutos abundantes en tiempo oportuno, y de

²⁹ De casto conjug. c. 22, n. 3.

quien todas las acciones van delante de Dios prosperando: *Beatus vir qui in lege ejus meditabitur die ac nocte; et erit tanquam lignum, quod plantatum est secus decursus aquarum, quod fructum suum dabit in tempore suo; et folium ejus non defluet, et omnia quaecumque faciet, prosperabuntur* ³⁰. Notad estas palabras in tempore suo, que es decir, en el tiempo en que debe sufrir aquel dolor, aquella afrenta, etc. Tambien compara san Juan Crisóstomo á una persona de oracion á una fuente situada en medio de un jardin: cuando este se halla bien regado con sus aguas, ¡oh cómo se ve siempre cubierto de flores y de verdes plantas! Tal es puntualmente un alma de oracion; advertiréis que siempre va creciendo en buenos deseos, y en los frutos de las santas virtudes. Y ¿de dónde, pues, recibe ella tantos dones? De la oracion, que continuamente está regándola: *Emissiones tuae paradisi malorum puniceorum cum pomorum fructibus... fons hortorum: puteus aquarum viventium, quae fluunt impetu de Libano* ³¹. Pero suponed que en el tal jardin desaparece la fuente, y veréis cómo en seguida se le secan las flores, las plantas y todo cuanto contiene; y ¿por qué? porque le falta ya el agua. Advertiréis igualmente, que aquella persona, cuando hacia oracion era siempre modesta, humilde, devota y mortificada. Suceda por desgracia, que despnes dejé de orar, y pronto la veréis inmodesta en sus miradas, soberbia en resentirse de cualquiera palabra, indevota en no frecuentar los Sacramentos, y no querer asistir mucho á la iglesia; que cuida poco de mortificarse, estando entre tanto apa-

³⁰ Psalm. 1, 3. — ³¹ Cant. iv, 13.

sionada por la vanidad, por las conversaciones ociosas, por los pasatiempos y por los placeres terrenos: y ¿por qué es esto? Le falta ya el agua, y por eso le falta tambien el espíritu. *Anima mea sine aqua tibi... defecit spiritus meus* ²². Ha dejado ya la oracion, y por eso el jardin se ha secado, y la infeliz va cada dia de mal en peor. Cuando un alma, pues, abandona la oracion, no solamente la considera el Crisóstomo enferma, sino que la da por muerta: *Quisquis non orat Deum, nec divino ejus colloquio cupit assidue frui, is mortuus est... Animae mors est non provolvi coram Deo* ²³. Estas son sus palabras.

9 Dice tambien el mismo santo Doctor, que la oracion es la raiz de aquella vid que no deja de ser fructifera: *Radix vitis frugiferae*. Y san Juan Clímaco añade: *Oratio est propugnaculum adversus impetum afflictionum, virtutum scaturigo, gratiarum conciliatrix* ²⁴. Rufino tambien afirma, que todo el aprovechamiento espiritual de las almas proviene de la oracion mental: *Omnis profectus spiritualis ex meditatione procedit* ²⁵. Y Gerson se atreve á decir, que la persona que no medita no puede, sin un milagro, tener una vida propia de un cristiano: *Absque meditationis exercitio nullus, secluso miraculo Dei, ad Christianae Religionis normam attingit* ²⁶. Y hablando Jeremías tambien de la oracion, se expresa de este modo: *Sedebit solitarius, et tacebit, levabit se super se* ²⁷. Con lo que nos quiere decir, que el alma no puede hallar en Dios el divino sabor, si no

²² Ps. CXLII, 6. — ²³ Chrys. lib. 1 de orando Deo. — ²⁴ S. Clm. Grad. 28. — ²⁵ In Psalm. XXXVI. — ²⁶ Gers. de Medit. Cons. 7. — ²⁷ Thre. III, 8.

se retira de las criaturas y llega después á sentarse ; esto es, si no se detiene á contemplar la bondad , el amor y la amabilidad de su mismo Dios. Mas cuando ella solitaria se recoge en la oracion y se entrega al silencio , es decir, se aleja de los pensamientos del mundo , entonces se eleva sobre sí misma, *levavit se super se* ; y sale de la oracion distinta de como habia entrado en ella. Por eso no se engañaba san Ignacio de Loyola en asegurar, que la oracion mental es el camino breve para llegar á la perfeccion. En pocas palabras, tanto mas se adelanta en esta, cuanto mas se ejercita aquella ; pues que es indudable que el alma en la oracion se llena de santos pensamientos, de celestiales afectos, de perfectos deseos, de resoluciones magnánimas, y de amor para con Dios. Allí es en donde ella le sacrifica sus pasiones, sus apetitos, afectos desordenados á la tierra, y todos los intereses del amor-propio. Además de esto, podemos por medio de la oracion proporcionar la salvacion de muchos pecadores, rogando por ellos, como lo hacia una santa Teresa, una santa María Magdalena de Pazzis, y como todas las almas enamoradas de Dios tambien lo hacen. No dejemos tampoco nosotros de encomendarle siempre en la oracion á los infieles, á los herejes, y á todos los pobres pecadores; suplicándole tambien al Señor, que á todos los sacerdotes que trabajan en beneficio de estos les conceda aquel espíritu celoso que sea bastante para convertirlos. En la oracion, finalmente, llegamos á adquirir el mérito de muchas obras que no podemos hacer, con solo el verdadero deseo que en ella tengamos de practicarlas; supuesto que el Señor, del mismo

modo que castiga los malos deseos, así tambien, por el contrario, premia todos los buenos que le presentemos.

10 Conviene ahora advertiros sobre todo, que no debeis ir á la oracion con el fin de experimentar consolaciones y ternuras celestiales, sino solamente con la mira de agradar á Dios, y para aprender del mismo Señor cómo quiere ser amado y servido por vos. Decia acerca de esto el P. Baltasar Álvarez: *El amor hácia Dios no consiste en recibir sus favores, sino en servirle solamente por darle gusto.* Y añadia luego, que la consolacion divina es como la refeccion que toma el viajero que va por un camino, no para quedarse allí en donde se sienta á recibirla, sino para proseguir después con mayor vigor y valentía. Cuando, pues, os halleis árida en la oracion, y á pesar del tedio que experimenteis, proseguís constante en ella, sabed que entonces agradaréis mucho al divino Esposo, y atesoraréis muchos méritos. Decidle, pues, en tal caso: Jesús mio, ¿por qué me tratais de esta manera? Vos me habeis privado de todo, de haciendas ó posesiones, de parientes y aun de voluntad propia, y yo estoy contenta de este modo, por solo teneros á Vos dentro de mi corazon; mas ahora después de todo, ¿por qué me privais tambien de Vos y no quereis estar conmigo? Decidle esto con humildad de amoroso afecto, que yo os aseguro que no dejará de haceros entender que todo eso lo hace porque os ama, y para mayor bien de vos misma. Tened presente tambien esta cláusula del P. Torres: *El llevar la cruz con Jesús, sin consolaciones, hace correr, ó aun mas bien volar á un alma hácia la perfeccion.*

ORACION.

¡Jesús mio ! Vos entre penas me habeis amado á mí, pues yo tambien entre las penas quiero amaros. Vos nada habeis escaseado por ganar el amor mio, habiendo llegado hasta el extremo de derramar por él toda vuestra sangre y perder la vida ; y yo, Señor mio , para corresponder con amaros , ¿habré de continuar tan mezquina como lo he sido hasta el presente? No, dulce Redentor de mi alma, no habrá de ser así: baste ya el desagradecimiento que he tenido en mi vida pasada. Á vos consagro desde luego todo mi corazon. Vos solo mereceis todo el amor mio, pues á Vos solo quiero amar. Y ya que me quereis, Dios mio, toda para Vos, dadme tambien fuerzas para serviros como mereceis en el tiempo que me queda de vida. Perdonadme las tibiezas é infidelidades que hasta ahora he tenido. ¡Ay! ¡cuántas veces he dejado la oracion para satisfacer á mis caprichos! ¡Ay de mí! ¡En cuántas ocasiones hubiera yo podido invertir el tiempo dándoos el gusto de trataros en la oracion, y me he entretenido por el contrario en ocasionaros disgusto con las criaturas! ¡Oh si pudiesen volver tantos años por mí perdidos! Pero ya que esto no es posible, á lo menos, amado Salvador mio, el tiempo que me resta de vida ha de ser todo vuestro. Os amo, Jesús de mi alma, os amo, sumo bien mio: Vos sois y habeis de ser tambien siempre el único amado que yo tenga, y el amor solo del alma mia. ¡Oh dulcísima María, Madre del amor hermoso! alcanzadme Vos, Señora, la gracia

de que yo ame á vuestro divino Hijo, y de que invierta solamente en su amor toda la vida que me queda: yo espero, pues, conseguir este grande beneficio, supuesto que alcanzais de mi Jesús todo cuanto quereis.

§ II. — *Práctica de la oracion mental.*

1 Habiendo, pues, visto hasta aquí cuán necesaria sea la oracion mental para una religiosa, y cuántos bienes puede sacar de ella; consideremos al presente su práctica, en cuanto al lugar, al tiempo, y al modo de tenerla. Contrayéndonos primeramente al *lugar*, deberá procurarse que este sea solitario ó retirado; pues que sabemos que nos dijo nuestro Redentor: *Tu autem cum oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio ora Patrem tuum*¹. Cuando quieras hacer oracion, enciértrate en tu aposento, y ruega después á tu Padre. Y dice san Bernardo que el mismo silencio y carencia ó sosiego de todo estrépito, como que obliga al alma á pensar en los bienes celestiales: *Silentium, et à strepitu quies, cogit coelestia meditari*. Para hacer la oracion, como acabamos de decir, es buen lugar el propio aposento; mas con respecto á las religiosas, es mejor que la tengan en el coro, á la presencia del santísimo Sacramento. A este intento decia el P. M. Ávila, que él no sabia desear un lugar ó santuario mas devoto, que una iglesia en donde estuviese Jesucristo sacramentado. Además de esto, es necesario para orar bien unir el silencio externo con el interno, sabiendo que este consiste en el desprendimien-

¹ Matth. vi, 6.

to de los afectos terrenos. Le dijo un dia el Señor á santa Teresa, tratando con ella de ciertas personas apegadas al mundo: *Yo quisiera hablarles á esas mis criaturas, pero ellas tienen sus orejas cercadas con tanto ruido, que no me permiten un momento para poder conseguir el ser oido de ellas.* Mas acerca de este punto será mejor que hablemos en el capítulo siguiente, cuando hayamos de tratar de la soledad del corazón.

2 Con respecto al tiempo de hacer la oracion, decia san Isidoro, que el mas á propósito para tenerla, regularmente hablando, es el de la madrugada y entrada de la noche: *Mane, et vespere tempus orationis opportunum* ¹. Pero principalmente á la madrugada, asegura san Gregorio, que es el tiempo mas oportuno; porque, como dice el Santo, cuando la oracion precede á los negocios, no encuentran los pecados entrada en el alma: *Si oratio negotia praecesserit, peccatum aditum non inveniet.* Y decia tambien á este propósito el venerable P. D. Carlos Caraffa, fundador de la congregacion de Pios operarios, que un acto fervoroso de amor hecho en la oracion de la mañana basta para mantener al alma en fervor por todo el dia. Tambien es necesaria la oracion por la noche, como escribe san Gerónimo por estas palabras: *Non prius corpus quiescat, quam anima vescatur* ². No se entregue el cuerpo al reposo, sin que primero el alma se haya alimentado en la oracion, la cual es ciertamente su comida. Y hablando en general, pueden las religiosas ocuparse en este santo ejercicio en todo tiempo, y en

¹ S. Isidor. de Summo Bono, c. 7. — ² Ep. 22 ad Eustoch.

todos los lugares del convento, aun cuando estén trabajando ó paseándose: es lo bastante entonces elevar á Dios la mente, y hacer buenos actos interiores, pues que la oracion consiste en esto mismo.

3 Mas sobre el tiempo que en la oracion haya de invertirse, sabemos que ha sido regla general de los Santos el emplear en ella todas las horas que les han dejado libres las demás ocupaciones convenientes á la vida humana. Se lee que san Francisco de Borja empleaba en tan digna ocupacion ocho horas entre noche y dia, que era lo mas que habia podido conseguir que los superiores le permitiesen; y luego que se cumplia este tiempo, pedia por caridad que le concedieran detenerse un poco mas, diciendo: *Por caridad otro cuartito de hora*. San Felipe Neri pasaba las noches enteras contemplando las eternas verdades. San Antonio abad tambien invertia toda la noche en oracion; y cuando el sol salia (que era el término que él se habia propuesto), se quejaba del mismo sol, porque tan pronto hubiese salido. Y el P. Baltasar Álvarez decia, que una alma amante de Dios, luego que se halle sin tener oracion, debe considerarse como una piedra cuando está fuera de su centro, en un violento estado; porque estamos obligados, en cuanto nos fuere posible en esta vida, á imitar á los bienaventurados, los cuales se ocupan en contemplar á Dios continuamente. Adviértase además, en cuanto á la postura ó posicion natural, que la mas propia para la oracion es la de estar la persona arrodillada; pero cuando la incomodidad de permanecer de este modo llegue á ocasionar muchas distracciones, puede continuarse

orando sentándose modestamente, como dice san Juan de la Cruz.

4 Pero vengamos á tratar de casos particulares, y contraigámonos á una religiosa que aspira á la perfeccion; esta tal, ¿cuánto tiempo de oracion será conveniente que tenga? El P. Torres señalaba á las religiosas penitentes ó hijas suyas de confesion una hora por la mañana, otra entre el dia, y media por la noche, siempre que alguna enfermedad ú obligacion de obediencia no se lo impidiese. Pero si esto os pareciere demasiado, os aconsejo que á lo menos tengais otra hora mas del tiempo que la comunidad acostumbrare: teniendo igualmente presente que algunas veces tambien el Señor quiere que dejemos la oracion para atender á ciertas obras de caridad para con el prójimo. Mas es necesario notar estas palabras de san Lorenzo Justiniano: *Cum caritas urget, se exponit proximo, sic tamen ut continue anhelet ad cubilis sponsi reditum* *. Cuando la caridad lo exige vaya la esposa de Jesús á servir al prójimo; pero que esto sea de tal manera, que mientras dure aquella ocupacion, continuamente suspire por volver á la soledad de su celda para continuar conversando con su Esposo. El P. Vicente Carraffa, que fue general de la Compañia de Jesús, hurtaba para dedicarse á la oracion todos cuantos espacios de tiempo podia.

5 Á la religiosa que fastidia la oracion es á aquella que está apegada al mundo; pero no le causa tedio á la que no ama ninguna otra cosa que á su Dios. Y ¿cómo podrá decirse que se encuentra en este último

* De casto conjug. c. 11, n. 7.

estado aquella monja que no se cansa de estar en el locutorio hablando dos ó tres horas con un pariente ó con un extraño, y después de esto no se resuelve á tener una hora de oracion mas de la que se acostumbra por comunidad? ; Ah! que no es posible que la conversacion con Dios produzca amarguras ni tedio á quien verdaderamente lo ama! *Non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec taedium convictus illius, sed laetitiam et gaudium* ⁵. Porque ¿qué otra cosa es la oracion, pregunta san Juan Climaco, sino una conversacion familiar y union con Dios? *Oratio est familiaris conversatio, et conjunctio cum Deo* ⁶. Lo que se hace en la oracion, como dice el Crisóstomo, es lo siguiente: que Dios y el alma conversan entre sí mutuamente. Por lo tanto, no se crea, no, que sea una vida amarga la de aquellas religiosas santas que aman la oracion, y huyen al mismo tiempo de todas las distracciones terrenas. Si acaso vos no lo creéis que es así: *Gustate, et videte, quoniam suavis est Dominus* ⁷. Haced, pues, la prueba; y veréis cuán suave es Dios para quien todo lo deja para tratar con él solamente. Con respecto á lo demás, ya se ha dicho antes muchas veces que el fin que debemos proponernos cuando vayamos á orar, no ha de ser nuestra propia consolacion, sino el oir del Señor aquello que él quiere de nosotros, despojándonos enteramente de nuestro amor propio: *Ad praeparandum te ad orationem*, dice san Juan Climaco, *exue voluntates tuas* ⁸. Para prepararnos, pues, bien á hacer la oracion, debemos renunciar á nuestro propio querer, y decirle á Dios: *Loquere, Domine, quia*

⁵ Sap. viii, 16. — ⁶ Gr. 28. — ⁷ Psalm. xxxiii, 9. — ⁸ Gr. 28.

audit servus tuus ⁹. Manifestadme, Señor, cuanto dispongais de mí, que yo quiero hacerlo todo. Pero conviene decir esto con el corazon y un ánimo resuelto, pues que sin que medie esta buena disposicion, no se dignará el Señor de hablarnos.

6 En cuanto al *modo* de hacer la oracion mental, debo suponer que ya estaréis bien instruida; sin embargo de esto diremos aquí, aunque brevemente, las cosas mas principales, en beneficio de alguna jóven principianta, á cuyas manos pueda llegar este mi libro. La oracion, pues, contiene tres partes, que son, preparacion, meditacion y conclusion. La primera, que es la preparacion, comprende tres actos, á saber: de fe acerca de la presencia de Dios, uniendo á ella el acto de adoracion; de humildad con el arrepentimiento de los pecados; y de peticion ó súplica en orden á las luces que allí necesitamos. Y podrá tambien decirse ante todo: *Dios mio, yo creo que estais aquí en mi presencia, y os adoro con todo mi corazon*. Procúrese hacer este acto con una fe viva, porque la memoria bien animada de la presencia de Dios ayuda mucho á librarnos de las distracciones; por lo que decia el gran siervo de Dios el cardenal D. Ignacio Caracciolo, obispo de Aversa, que cuando alguno está distraido en este ejercicio es una señal de que no ha practicado debidamente el acto de fe. Será tambien conveniente, en segundo lugar, decir con humildad: *Señor, yo deberia á estas horas estar en el infierno por las muchas ofensas que contra Vos he cometido; me arrepiento de ellas con todo el corazon; tened piedad de mí*. En tercer

⁹ II Reg. iii, 10.

lugar, podrá añadirse: *Eterno Padre, por el amor de Jesús y de María, concededme en esta oracion las luces necesarias, á fin de que saque de ella mi aprovechamiento.* Tambien en seguida será conveniente encomendarse á María santísima con una *Ave María*, y después á san José, al Ángel custodio, y al Santo que fuere particular abogado. Estos actos dice san Francisco de Sales, que deberán hacerse con fervor, y con brevedad al mismo tiempo, para pasar inmediatamente á la meditacion.

7 Luego que llega á entrarse en la meditacion, es necesario desechar todos los extraños ó mundanos pensamientos, diciéndoles con san Bernardo: *Expectate hic cogitationes meae*, esperaos afuera, pensamientos míos; después de la oracion podremos hablar de las demás cosas que se presenten. Procúrese por tanto el impedir con la atencion debida, que la mente vaya vagando por donde quiera; pero si á pesar de este cuidado, sucede alguna ó muchas veces cualquiera distraccion, no deberémos inquietarnos por ello; ni hacer esfuerzos para desterrarla con violencia é impaciencia, sino que convendrá desecharla suavemente, y volver sin inquietarse á tratar con Dios. Tengamos advertido que el demonio se afana mucho para introducir en tiempo de la oracion las distracciones, con el fin de que nosotros dejemos de hacerla; por lo que aquel que llega á abandonar la oracion á causa de las distracciones, sepa que desde luego le da gusto al demonio; siendo tambien imposible, como dice Casiano, que nuestra mente en la oracion no tenga algunas distracciones. Por lo tanto, no dejemos nunca la mis-

ma oracion por causa de ellas, por muchas que fueren. Y dice san Francisco de Sales, que aun cuando en la oracion no hiciésemos otra cosa mas que desechar continuamente las distracciones y tentaciones, esta sin duda seria bien hecha ó del agrado de Dios; lo cual habia sido antes escrito por san Agustin quando dijo, que las distracciones involuntarias en la oracion no nos privaban del fruto de ella: *Evagatio mentis, quae fit praeter propositum, orationis fructum non tollit*¹⁰. Cuando, pues, lleguemos á advertir que voluntariamente estamos distraidos, corrijamos el defecto apartando la distraccion; pero no por eso dejemos la oracion.

8 Mas sobre la materia que habrémos de elegir para la oracion, se tiene por buena regla que nos detengamos á meditar aquellas verdades ó misterios en que el alma encuentra mayor pasto y sentimiento. Pero sobre todo, la materia mas propia de meditacion para una religiosa amante de la perfeccion, deberá ser por lo comun la pasion de Jesucristo. Escribe Blosio, en confirmacion de esto, que el Señor reveló á muchas santas mujeres, como á santa Gertrudis, á santa Brígida, á santa Matilde y á santa Catalina de Sena, ser mucho de su divino agrado que las almas mediten en su pasion. Y decia san Francisco de Sales, que la pasion de nuestro adorable Redentor debe ser el punto de meditacion ordinaria para todo cristiano: pues ¿cuánta mas razon deberá serlo para una esposa del mismo Jesucristo? ¡Oh qué libro tan bello es el de la pasion de este nuestro Jesús! En él, mejor que en nin-

¹⁰ S. Aug. 1^a Reg. 3.

guno otro de los escritos, se comprende la malicia del pecado, y juntamente la misericordia y el amor de un Dios para con el hombre. Por esta causa he resuelto agregar al fin de esta obra algunas devotas reflexiones, sobre lo que han escrito los sagrados Evangelistas de la pasion de nuestro Salvador. Y yo considero que Jesucristo quiso padecer tantos y tan diferentes tormentos, de azotes, coronacion de espinas, crucifixion, etc., con el fin de que, teniendo tambien nosotros á la vista otros tantos misterios dolorosos, distintos los unos de los otros, pudiésemos igualmente elegir variâs materias para meditar en su misma pasion sacrosanta, de las que al mismo tiempo llegásemos á sacar diferentes sentimientos de gratitud, de amor, etc. Cuando la religiosa estuviere sola, será buenó que para hacer la oracion dé siempre principio leyendo en algun libro devoto; y sabemos que santa Teresa hizo con un libro la oracion por espacio de diez y siete años, leyendo un poco, y meditando un poco; y muchas veces conviene tambien hacerlo de este modo á imitacion de la paloma, que bebe primero, y después levanta los ojos hácia arriba.

9 Empero deberá advertirse, que el provecho de la oracion mental no consiste tanto en meditaciones, cuanto en formar buenos afectos, oraciones y resoluciones; y estos son los tres frutos principales de la misma meditacion; sobre lo que decia santa Teresa: *No estriba el aprovechamiento de un alma en pensar mucho en Dios, sino en el mucho amarle; y este amor se consigue determinándonos á obrar mucho en su servicio.* Dicen por tanto los maestros de espíritu hablando de

la oracion, que la meditacion es como la aguja, detrás de la cual debe seguir el hilo de oro, que se compone de los buenos afectos, de las resoluciones y de las peticiones, segun acabamos de decir. Mas luego que hayais meditado el punto, y os sintais movida de algun buen sentimiento afectuoso, levantad el corazon á Dios, y ofrecedle actos de humildad verdadera, de confianza ó de agradecimiento; pero sobre todo repetid actos de contricion y de amor, siendo este la hermosa cadena de oro que une al alma con su Dios; advirtiendole tambien que los afectos de un corazon contrito son en realidad igualmente amorosos: debiendo tener entendido que un acto de amor perfecto es bastante para atraernos el perdon de todos nuestros pecados: *Caritas operit multitudinem peccatorum* ¹¹. Tambien tiene el Señor declarado que no sabe aborrecer al que le ama: *Ego diligentes me diligo* ¹². Vió una vez la venerable sor María Crucifixa ¹³ un globo de fuego, en el que poniendo algunas pajas, al punto las miró quemadas; con lo que se le dió á entender que luego que un alma llega á practicar un acto de amor verdadero, se le perdonan todas las culpas que haya cometido. Además enseña el Angélico, que todo acto de amor hace que nos proporeionemos un nuevo grado de gloria: *Quilibet actus caritatis meretur vitam aeternam*. Y son actos amorosos, por ejemplo, el decir: *Dios mio, os amo sobre todas las cosas; os amo con todo mi corazon: yo me gozo de vuestra felicidad eterna: quisiera veros amado de todas las criaturas: deseo solamente aquello que Vos quereis: hacedme conocer*

¹¹ 1 Petr. iv, 8. — ¹² Prov. viii, 17. — ¹³ Vit. c. 10.

lo que de mí teneis determinado, que yo todo lo quiero practicar. Disponed de mí y de mis cosas como fuere de vuestro agrado. Especialmente este último acto de sumision es muy agradable á Dios. Santa Teresa se ofrecia de este modo al Señor lo menos cincuenta veces al dia. Deberá aquí tambien advertirse que yo estoy hablando de la oracion ordinaria; porque si en cualquiera ocasion llega el alma á sentirse unida con Dios, por medio de recogimiento sobrenatural ó bien infuso, sin que preceda ningun pensamiento particular de alguna verdad eterna, ó tambien de cualquiera de los misterios celestiales, entonces no deberá ella fatigarse para hacer otros actos, sino solamente aquellos para los cuales se siente dulcemente atraida por Dios; baste que en este caso solo atienda con reflexion amorosa á estar unida con Dios, sin que llegue á impedir la operacion divina con esforzarse á formar discursos y actos propios. Pero esto deberá entenderse solamente cuando el Señor se digne llamar al alma á esta oracion sobrenatural; pues que mientras no experimentemos esta particular llamada, no debemos apartarnos del modo ordinario para orar, sirviéndonos, como queda dicho, de la meditacion y de los afectos; suponiendo que las personas habituadas ya á este ejercicio, es mejor que se apliquen y extiendan en estos que en los discursos.

10 Ayuda además sumamente en la oracion, y acaso mas que ninguna otra cosa, el repetir las súplicas, pidiéndole á Dios sus gracias con humildad y confianza; es decir, rogando que nos conceda sus luces, la resignacion, la perseverancia y otros beneficios;

mas sobre todo el don de su santo amor. Decia acerca de esto san Francisco de Sales, que en llegando á conseguir el amor divino, se alcanzaban tambien todas las gracias; pues que con efecto, una persona que verdaderamente ama á Dios con todo el corazon, sin que ninguno otro se lo diga, ella por sí misma procurará no darle el menor disgusto, y complacerle además de esto en cuanto pueda. Cuando, pues, llegue el caso de que vos os halleis tan árida y en tanta oscuridad, que casi os sintais incapaz de hacer un acto bueno, basta que le digais: *Misericordia, Jesús mio; Señor, ayudadme por vuestra piedad*; y esta oracion acaso llegue á ser para vos la mas útil y fructuosa. Decia el venerable Pablo Séñeri, que hasta que estudió teología, se habia entretenido en formar reflexiones y afectos en la oracion; pero *Dios*, estas son sus palabras, *me abrió luego los ojos, y desde entonces he procurado ocuparme en pedir; y si algun bien se halla en mí, reconozco que lo debo á este santo ejercicio de encomendarme á Dios*. Haced vos tambien lo mismo: pedidle á Dios las gracias en nombre de Jesucristo, y cuanto deseáreis lo conseguiréis. No es posible que falte la promesa que nos hizo el mismo Salvador acerca de esto, diciéndonos: *Amen, amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis*¹⁴. En suma, por lo que mira á vuestra parte, debe consistir toda la oracion en hacer buenos actos y súplicas. Así lo declaró con efecto, estando en éxtasis, la venerable sor María Crucifixa, diciendo que la oracion es la respiracion del alma; pues que así como cuando res-

¹⁴ Joan. xvi, 23.

piramos el aire se atrae, y después se despidе, del mismo modo sucede que el alma recibe de Dios, por medio de las peticiones, y luego se da ella misma tambien á Dios con buenos actos de ofrenda y de amor verdadero.

11 Al dar fin á la oracion es conveniente hacer una particular resolucion, como de reparar algun defecto en que la persona llega á caer con mayor frecuencia, ó de practicar mejor cualquiera virtud; pongo por ejemplo, de sufrir la molestia de alguna de las hermanas, de obedecer mas exactamente á tal religiosa, de mortificarse en aquello, etc.; debiéndose repetir muchas veces esta misma resolucion, hasta que nos veamos libres del defecto sobre que se hace, ó hasta que hayamos adquirido la virtud que nos proponemos. Concluido que hayamos la oracion, es necesario tambien, luego que se presente la ocasion, que procuremos poner en práctica las resoluciones que hubiéremos hecho. Además de esto, es tambien bueno, antes que se termine la oracion, el renovar los votos que se hicieron en la profesion: y sabed que semejante práctica es de sumo gusto para Dios, supuesto que con los mismos votos religiosos la persona se entrega enteramente á él; y por eso, segun doctrina de santo Tomás, en el dia de su profesion queda la religiosa absuelta de todos sus pecados, por razon de la donacion que entonces hace á Dios de toda su existencia, por medio de los votos; con los cuales le consagra cuanto tiene, las facultades ó haciendas terrenas, su cuerpo, su voluntad, etc. Y este mismo favor ó beneficio parece que tambien lo consigue aquella que con un verda-

dero espíritu de desprendimiento renueva sus votos religiosos. Por lo tanto, os aconsejo que los renoveis con frecuencia, así en la oracion comun, como en la comunión, en la visita al santísimo Sacramento, al levantaros por la mañana, y al retiraros á la cama por la noche.

12 Por último, la conclusion de la oracion consiste, primeramente en dar gracias á Dios por las luces que en ella se han recibido; en segundo lugar, en proponer dar cumplimiento á las buenas resoluciones que se han hecho; en tercer lugar, en pedir al eterno Padre, por amor de Jesús y de María, los auxilios necesarios para serle fieles en todo. Y no dejemos de encomendar siempre á Dios al fin de la oracion las almas del purgatorio y los pecadores. Dice san Juan Crisóstomo que no hay cosa que declare mas el amor que un alma tiene á Jesucristo, que el celo con que ella ha de encomendarle á sus hermanos: *Nihil declarat, quis sit amans Christi, quam si fratrum curam aget*¹⁵. Tambien advierte san Francisco de Sales, que al salir el alma de la oracion, se lleve el ramillete de flores para oler en lo restante del dia; esto es, que conserve en la memoria una ó dos cosas de aquellas en las que ella ha encontrado mayor sentimiento de devocion, para enfervorizarse mas y mas al considerarlas después, hasta que vuelva otra vez á orar. Es de advertir tambien, que las jaculatorias mas agradables á Dios son las de amor, de resignacion y de ofrecimiento de nosotros mismos. Debemos igualmente procurar no emprender cosa alguna sin ofrecerla antes á Dios; y

¹⁵ Chrys. Hom. 3.

además de esto, no dejar pasar ni un cuarto de hora, en cualquiera ocupacion en que nos hallemos, sin elevar tambien á Dios la mente por medio de algun acto bueno. Á mayor abundamiento, procuremos unirnos al mismo Señor por quantos medios estén á nuestros alcances, aun en el tiempo en que nos veamos libres de negocios, como cuando estamos esperando á alguna persona, ó paseándonos en el jardin, ó nos encontramos enfermos en la cama. Conviene, además de todo esto, conservar el sentimiento de los buenos afectos que hemos recibido en la oracion; observando para ello el silencio, buscando la soledad por todos los medios posibles, y no olvidándonos de la presencia de Dios. Pero de esto se hablará mas largamente en el capítulo que sigue.

13 Finalmente, vuelvo á encargar de nuevo que es necesario que la religiosa use de la mayor fortaleza para no dejar la oracion en tiempo de sequedad, á fin de que ella misma pueda en verdad llamarse alma de oracion. Muy bellos son los documentos que acerca de este punto nos dejó escritos nuestra maestra santa Teresa. En un lugar nos dice: *Sabe el demonio que tiene ya para él perdida al alma que atiende á la oracion con perseverancia.* Nos dice en otro lugar: *El que en la oracion persevera, tenga por cierto, que por mas pecados que el demonio le oponga, al fin el Señor habrá de conducirlo al puerto de la salud.* En otro añade: *En el camino de la oracion, el que no se detiene, aunque se tarde, al fin ha de llegar.* En otro nos hace esta advertencia: *No consiste el amor de Dios en ternuras espirituales, sino en servirle con fortaleza y humildad.* En otro lugar

finalmente concluye diciendo : *Con sequedad y tentaciones prueba el Señor á sus amantes. Aunque dure la sequedad toda la vida, no deje el alma la oracion: tiempo vendrá en que todo le será muy bien pagado.* Tambien nos advierte el Angélico maestro que la verdadera devocion no consiste en el sentido, sino en el deseo y resolucion de abrazar prontamente todo aquello que Dios quiera. Esto se prueba con la oracion que Jesucristo hizo en el huerto, la cual sabemos que estuvo toda llena de aridez y de tedio, y á pesar de esto, fue la mas devota y meritoria que jamás se ha hecho en el mundo; dijo, pues, de este modo: *Non quod ego volo, sed quod tu* ¹⁶. Por todo lo cual, mi bendita hermana, no dejeis nunca la oracion, ni aun en tiempo de aridez. Si en alguna ocasion llega á ser extraordinariamente grande el tedio que os asalta, divididla á lo menos en varias partes ó ratos, y ejercitaos en ella, ya que no sea otra cosa, en rogar; aunque os parezca que suplicais sin algun fruto ni confianza. Bastará que entonces digais muchas veces: *Misericordia, Jesús mío; Señor, tened piedad de mí.* Pedid pues, repito, y no dudeis que Dios bien os está oyendo, y favorablemente escuchando. Y vuelvo á repetir que ninguna vez que vayais á la oracion os pongais por fin de ella vuestro propio gusto ó satisfaccion; sino solamente el complacer á Dios, y el aprender lo que él quiere de Vos; y llevada de este sentimiento, suplicadle siempre que os haga conocer la voluntad suya, y os conceda fuerzas para cumplirla: Este, en una palabra, es el *todo* que en la misma oracion deberémos ir buscando;

¹⁶ Marc. xiv, 36.

el tener luz por una parte, y fuerza por otra; lo primero para conocer, y lo segundo para cumplir todo aquello que el Señor quiera de nosotros.

ORACION.

¡Ah Jesús mio! parece que Vos no habeis sabido discurrir mas para conseguir el ser amado de los hombres. Basta decir que quisisteis haceros tambien hombre, que fue querer convertirnos en un gusano, como nosotros lo somos: quisisteis además pasar una vida mortificada entre los dolores é ignominias, por el espacio de treinta y tres años, hasta llegar finalmente á terminarla sobre un infame patibulo; aun pareciéndoos esto poco, habeis querido tambien ocultaros bajo la especie de pan, para conseguir de este modo haceros manjar de nuestras almas. Y ¿cómo después de todo esto ha sido posible que hayais encontrado tanta ingratitud aun entre los mismos cristianos, los que creyendo estas verdades, al mismo tiempo tan poco os aman? ¡Ay desdichada de mí! ¡que en mi vida pasada he sido yo tambien una ingrata entre todos estos; atendiendo solamente á mi propio gusto, olvidada de Vos y del amor vuestro! Ahora conozco, Jesús mio, el mal que tengo hecho; por lo que me arrepiento con toda mi alma; perdonadme compasivo. Ahora tambien os amo, y es tanto el amor que os tengo, que prefiero antes morir hasta mil veces, mas bien que dejar de amaros. Os doy tambien gracias por las espirituales luces que me concedeis. Comunicadme igualmente fuerzas, ¡oh Dios del alma mia! para que siempre vaya

creciendo mas en vuestro amor. Permitid, Señor, que os ame este pobre corazon mio. Es verdad que en otro tiempo él os ha despreciado, mas ahora ya está enamorado de vuestra bondad soberana, os ama de veras, y ninguna otra cosa desea mas que amaros. ¡Oh excelsa María! ¡oh Madre de mi Dios! ayudadme, Señora; pues que enteramente confio en vuestra intercesion poderosa.

CAPÍTULO XVI.

DEL SILENCIO, DE LA SOLEDAD, Y DE LA PRESENCIA DE DIOS.

Dice un autor devoto: *Parum orat, qui tantum orat, dum genuflectit*. Poca oracion hace aquella persona que solamente ora cuando está de rodillas en el coro, ó en su aposento. La religiosa, segun la obligacion de su propio estado, debe tener el alma unida continuamente á Dios: mas para tener esta frecuente union, le es tambien necesaria una oracion continua; la cual habrá de conseguirse por tres medios, que son, el silencio, la soledad y la presencia de Dios. Estos puntualmente fueron tambien los tres medios que el Ángel indicó á san Arsenio, cuando le dijo: *Si vis salvus esse, fuge, tace, et quiesce*. Si quieres salvarte, huye á la soledad, observa el silencio, y descansa en Dios, considerándote siempre en su presencia. Hablarémos aquí ahora separadamente de cada uno de estos tres medios.

§ I. — *Del silencio.*

1 El silencio, en primer lugar, es un gran medio para que lleguemos á ser almas de oracion, y podamos estar dispuestos para tratar con Dios continuamente. Con dificultad se encuentra una persona espiritual que hable mucho. Es indudable, pues, que todas las almas de oracion son amantes del silencio, el cual se llama el custodio de la inocencia, la defensa contra las tentaciones, y la fuente de la oracion; pues que con el silencio la devocion se conserva, y mientras que él dura se levantan en la mente los buenos pensamientos; y escribe sobre él san Bernardo: *Silentium, et à strepitu quies cogit coelestia meditari* ¹. El silencio y la quietud libre de estrépitos, dice el Santo, como que en cierto modo obligan al alma á pensar en Dios y en los bienes eternos. Por esta razon buscaban los Santos los montes, las grutas y los desiertos, para llegar á encontrar este silencio, y huir de los tumultos del mundo, entre los cuales no se halla á Dios, segun que le fue dicho á Elias: *Non in commotione Dominus* ². El monje Teodosio se sabe que observó el silencio por el espacio de treinta y cinco años: san Juan Silenciarrio (que de obispo pasó á ser monje) lo guardó tambien en los cuarenta y siete años que le quedaban de vida; y generalmente todos los Santos, aunque no hayan vivido como solitarios, han sido amantes del silencio.

2 ¡Oh cuántos bienes trae consigo este silencio!

¹ Ep. 73. — ² III Reg. XIX, 11.

Dice el Profeta: *Erit cultus justitiae silentium* ³. Él cultivará la justicia en el alma: supuesto que por una parte nos libra de muchos pecados, quitando la raíz á las contiendas, á las murmuraciones, á los resentimientos, á las curiosidades, etc.; y por otra parte nos hace adquirir muchas virtudes. ¡Oh cuán bien que ejercita la humildad aquella religiosa, que mientras las demás hablan, ella modestamente oye, y está callando! ¡Cuán bien que, del mismo modo, la mortificación la practica, mientras que quisiera ella referir algún suceso ó anécdota que viene al caso en aquella conversacion presente, y no obstante se abstiene de hacerlo! ¡Cuán bien que, igualmente, pone en uso la mansedumbre, cuando ve que la reprenden é injurian sin algún motivo, y ella entonces nada responde! Por esta causa dijo tambien el mismo profeta Isaías: *In silentio, et spe erit fortitudo vestra* ⁴. Vuestra fortaleza estribará en el silencio y en la esperanza; porque nosotros con el primero evitamos las ocasiones de pecar, y alcanzamos con la segunda la proteccion divina para vivir bien.

3 Son, por el contrario, inmensos los daños que por hablar demasiado se ocasionan. Primeramente, segun que con el silencio la devocion se conserva, asi tambien con el mucho hablar se pierde. Supongamos que un alma haya estado en la oracion tan recogida como se quiera; como después ella se extienda en una conversacion, al momento se verá distraida y disipada, como si no hubiese estado orando. Sabemos que cuando se abre la boca del horno que está ardiendo,

³ Isal. xxxii, 17. — ⁴ Ibid. xxx, 15.

pronto se evapora el calor. *Cave à multiloquio*, advertia san Doroteo, *hoc enim sanctas cogitationes extinguit*⁵. Guárdate de hablar mucho, porque de este modo haces que desaparezcan de la mente los santos pensamientos y el recogimiento con Dios. Tambien san José de Calasanz, tratando de aquellos religiosos que no pueden contenerse en andar siempre preguntando cuanto sucede en el mundo, decia: *Estos tales religiosos dan una señal de que se han olvidado de sí mismos*. Y es una regla cierta, que la persona que habla mucho con los hombres habla poco con Dios; y este Señor por consiguiente habrá de hablar tambien poco con ella, mediante á que nos tiene dicho: *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus*⁶. Luego si el alma quiere que Dios le hable, es necesario que busque la soledad, la cual no será nunca posible encontrarla por las religiosas que no aman el silencio. *Si callamos, hallaremos la soledad*, decia la venerable Margarita de la Cruz. Y ¿cómo habrá de querer jamás el Señor dignarse hablar á aquella religiosa que, buscando la conversacion con las criaturas, da bien á entender que el trato con Dios no es bastante para tenerla contenta?

4 Tambien, además de esto, nos advierte el Espíritu Santo, que en el mucho hablar no dejará de encontrarse siempre alguna culpa: *In multiloquio non deerit peccatum*⁷. Le parecerá á aquella persona, que mientras está formando su prolongado discurso, sin una necesidad, no comete ningun defecto; pero si después bien lo examina, ciertamente que habrá de hallar algunas faltas, ya sobre la murmuracion, ya de

⁵ Serm. 20. — ⁶ Osee, II, 14. — ⁷ Prov. X, 19.

inmodestia, ya de curiosidad, ó ya á lo menos de palabras superfluas. Á este intento decia santa María Magdalena de Pazzis: *La religiosa no debe hablar sino por necesidad*; porque en verdad están obligadas, especialmente las personas que se han consagrado á Dios, á darle cuenta de las palabras ociosas, de las cuales tambien todos la habrémos de dar, segun nos lo advierte nuestro divino Salvador, cuando nos dice: *Dico autem vobis, quoniam omne verbum otiosum, quod locuti fuerint homines, reddent rationem de eo in die judicii*⁸. Pero ¿qué he dicho yo que aquella cometerá algunas faltas? mil defectos encontraremos por lo comun haber cometido cuando hablamos demasiadamente. Santiago se atreve á llamar á la lengua, mal universal, *Universitas iniquitatis*⁹; porque, como reflexiona un sabio autor, la mayor parte de los pecados, ó nacen de hablar, ó de oír á los que hablan. ¡Ay de mí! ¡y á cuántas monjas verémos perdidas en el dia del juicio, por no haber hecho caso de guardar el silencio! Y es lo peor, que aquella religiosa que se disipa ó distrae en el trato con las criaturas, hablando excesivamente con ellas, no sabrá tampoco ver sus defectos, y sucederá que vaya cayendo de un mal en otro peor: *Vir linguosus non dirigetur in terra*¹⁰. El hombre que habla mucho, andará sin guia; por lo que caerá en mil errores, sin que haya á lo menos esperanza de que después los reconozca. No falta alguna monja que no sepa vivir sin estar parlando siempre, desde por la mañana hasta la noche; ella ha de querer saber cuanto pasa dentro y fuera del convento, y hasta ir inter-

⁸ Matth. xii, 36. — ⁹ Jac. iii, 6. — ¹⁰ Psalm. cxxxix, 12.

pretando los pensamientos de todas las otras compañeras, y después de todo esto se atreve á decir: *Pero yo ¿qué mal hago á nadie?* Yo tambien os respondo, hermana mia, que deis de mano á esas boberías ó necesidades; y procurando después recogeros un poco, llegaréis á ver cuantos defectos habréis cometido con ese prurito de hablar.

8 El conocimiento que tuvo acerca de esto san José de Calasanz, le hizo decir que: *Un religioso disipado es la alegría del demonio.* Y con mucha razon se expresaba en estos términos; porque un fraile ó una monja que se hallen en tal caso, con su disipacion, no solamente se perjudican á sí mismos, sino que tambien, dirigiéndose á las celdas y por las oficinas del convento buscando con quien hablar, y haciéndolo tambien en voz alta en cualquiera parte, sin tener aun respeto al coro y á la sacristía de la iglesia, impiden de esa manera tambien el aprovechamiento de las otras hermanas. Refiere san Ambrosio ¹¹, que estando un cierto sacerdote en oracion, se veia distraido con el canto fastidioso de muchas ranas; por lo que les mandó que callasen, y ellas obedecieron al instante; de donde el santo Doctor tomó ocasion de preguntar de este modo: *Silebunt igitur paludes, homines non silebunt?* Han de callar, pues, los irracionales por reverencia á la oracion, y no habrán de callar los hombres? ¿Y no guardarán silencio, añado yo ahora, las religiosas, las cuales han ido al convento para hacerse santas, para observar la regla, y para conservar el santo recogimiento; ó habrán de hacer mas bien et

¹¹ Lib. 3 de Virgin.

oficio del demonio , con perturbar á las otras que quieren orar y estar recogidas con Dios? Mucha razon, pues, tiene un autor para llamar á estas monjas parleras, *demonios familiares del convento*, que hacen en él un grande daño.

6 Para conocer san Ignacio de Loyola si en un convento habia ó no espíritu religioso, daba por seña el observar el silencio que en él se guardaba. Un convento, pues, en donde siempre se está hablando, es una figura del infierno, pues que, faltando en él el silencio, no habrán de faltar nunca continuas rencillas, murmuraciones, quejas, amistades particulares, partidos y tumultos. Por el contrario, una de estas casas claustrales en la que se tiene amor al silencio, es una semejanza del paraíso, y que mueve á devocion, no solamente á quien la habita, sino tambien á los que se hallan fuera. Cuéntase del P. Perez, carmelita descalzo, que hallándose él aun todavía de seglar, y habiendo entrado un dia en uno de los conventos de la tal reforma, quedó tan edificado y movido á devocion al observar el silencio que en aquella casa se guardaba, que dejó el mundo, y se retiró á tomar el hábito y vivir en ella. Decia tambien, convencido de esto mismo el P. Natal, de la Compañía de Jesús, que para reformar una casa religiosa seria lo bastante establecer en ella la observancia del silencio; pues que, segun añadia, con el ejercicio de esta virtud cada uno estaria recogido, y viviria tambien atento ó cuidadoso de su aprovechamiento. Y por eso dice igualmente Gerson, que los santos fundadores han impuesto y recomendado el silencio á sus religiosos con rigidez tan

repetida; pues que sabian cuán importante era su observancia para conservar el buen espíritu. San Basilio, entre los artículos que estableció en sus reglas para las religiosas, escribió no uno sino muchos acerca del silencio. San Benito ordenó á sus monjes que procurasen observar un silencio continuo: *Omni tempore debent silentio studere monachi*, así lo dice el Santo en sus reglas ¹².

7 Y bien nos hace ver la experiencia que en aquel convento en donde se guarda el silencio tambien se mantiene en vigor la observancia de las reglas; sucediendo, por el contrario, que en los que no se cuida de tenerlo en práctica, se ve que reina poco espíritu religioso. Y esta tambien es la causa de que se encuentren pocas religiosas santas, porque igualmente son pocas aquellas que aman el silencio. Y aunque no deja de verse muy recomendado en muchos conventos con las demás reglas escritas, á pesar de esto, entre las religiosas parece que aun se ignora qué cosa sea esta virtud tan excelente; y por eso viven las infelices disipadas, sin espíritu y siempre inquietas. Mas no penseis, mi bendita hermana, que la inobservancia de las otras haya de excusaros á vos ó exceptuaros de la regla que del silencio teneis impuesta. Recordad esta sentencia de santa Clara de Montefalco: *En el tiempo de silencio difícilmente se habla sin que se cometa algun defecto*. No falta alguna que trate de excusarse diciendo que algunas veces tiene necesidad de hablar, para no verse oprimida de la melancolía; pero ¿cómo podrá jamás ser factible que una religiosa se halle aliviada

¹² Cap. 42.

de esta pasión de ánimo con el defecto de quebrantar el silencio? Persuadámonos que cuando lleguemos á estar afligidos, todas las criaturas de la tierra, y aun tambien del cielo, no habrán de poder consolarnos. Solo Dios es el que consuela; y ¿cómo habrá de querer consolarnos este Señor en aquel mismo tiempo en que le estamos ofendiendo? Pero á lo menos, si ocurre alguna necesidad de hablar en las horas de silencio, procurad pedir la debida licencia. Tambien sucede que otra no vaya á buscar las ocasiones, mas siempre que estas se le presentan se deja llevar de las otras hermanas que quieren conversaciones; y violar una regla tan recomendable; mas entienda que la tal condescendencia ciertamente no la excusará de defecto propio. Es necesario, pues, en llegando este caso hacerse violencia; ó retirarse de aquel sitio, ó callar; y en alguna ocasion hacer señal, poniendo el dedo en la boca para que se calle, por ser hora de silencio.

8 Y aun tambien fuera de las horas del silencio deberéis procurar observarlo en cuanto fuere posible, si quereis manteneros recogida con Dios, y separada de las imperfecciones; supuesto que con ninguna cosa se comete mas fácilmente el pecado que con las palabras. *Qui custodit os suum, custodit animam suam*, dice el Sabio ¹³. Y Santiago nos dejó escrito, que aquel que no peca con la lengua, es un hombre perfecto: *Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir* ¹⁴. Así que, el que una religiosa sea taciturna y que sea santa habrá de parecer una misma cosa; porque en observando ella el silencio, será puntual en el cum-

¹³ Prov. xii, 3. — ¹⁴ Jac. iii, 2.

plimiento de las demás reglas de su instituto ; habrá de ser aficionada á la oracion , á la lectura , á estar acompañando al divino Sacramento , etc. ¡ Oh cuán amable se hace á los ojos de Dios una religiosa que ama el silencio ! Especialmente si ella se mortifica callando , aun en ciertas ocasiones extraordinarias : como por ejemplo , cuando por causa de una larga soledad se siente muy angustiada ; ó cuando le acontece algun infortunio muy adverso , ó lance tambien de felicísima suerte ; por lo que ella se siente fuertemente estimulada para contarlo. Y al contrario , aquella religiosa que se excediere en el mucho hablar , por lo comun estará disipada , dejará fácilmente sus oraciones y los demás ejercicios devotos , y así poco á poco ira perdiendo el gusto de Dios : por lo que decia santa María Magdalena de Pazzis : *La religiosa que no ama el silencio es imposible que encuentre gusto en las cosas divinas.* Tambien habrá de suceder con la tal habladora , que al fin la miserable llegará á abandonarse á las diversiones terrenas , y así no le vendrá á quedar mas que el nombre y el hábito de religiosa.

9 Conviene sin embargo advertir , que la virtud del silencio no consiste en que siempre haya de callarse en los conventos , sino en que no se hable cuando no hubiere necesidad de hacerlo. Por eso , dice Salomon que hay tiempo de callar , y tiempo tambien de hablar : *Tempus tacendi, et tempus loquendi* ¹⁵. Pero nota san Gregorio Niseno , que antes está puesto el tiempo de callar que el de que hablemos ; y la razon que hay para esto , segun añade el Santo , es que con

¹⁵ Eccli. iii , 7.

el silencio se aprende á hablar bien : *Per silentium disci, quod postea proferatur*. Callando, pnes, se considera para quedar bien instruidos en todo lo que haya de decirse. Mas con respecto á nna religiosa que trata de santificarse, ¿cuál deberá ser el tiempo en que haya de callar, y en el que deba hablar? Respondo, que habrá de guardar silencio siempre que no medie alguna necesidad de que hable; y que deberá usar de la palabra cuando la necesidad ó la caridad la obliguen á ello. Oid ahora la bella regla que da acerca de esto san Juan Crisóstomo : *Tunc solum loquendum est, quando plus proficit, quam silentium*. Entonces solamente habrá de hablarse, cuando fuere mas provechoso el hacerlo que el estar callando. Por lo mismo da tambien el Santo este consejo : *Aut tace, aut dic meliora silentio*: ó calla, ó di cosas que sean mas favorables ó provechosas que el silencio. ¡Oh quién pudiese repetir á la hora de la muerte aquello que expresaba un monje llamado Pambo, de quien refiere el P. Rodriguez ¹⁶, que no se acordaba de haber proferido alguna palabra que le diese pena después de haberla dicho! Por otra parte nos dice tambien Arsenio, que él muchas veces se arrepentia de haber hablado, pero nunca se dolia de haber estado callando : *Me saepe poenituit dixisse, nunquam tacuisse*. Y san Efren daba á prevencion á sus religiosos este documento : *Cum Deo multis, cum hominibus paucis loquere*. Habla mucho con Dios, y poco con los hombres. Lo mismo decia santa María Magdalena de Pazzis en el siguiente documento : *La que es verdadera sierva de*

¹⁶ Part. 2, trat. 2, c. 8.

Jesucristo lo sufre todo, trabaja mucho, y habla poco.

10 De todo lo que hasta aquí se ha dicho infiera cualquiera religiosa que quiere estar unida con Dios, lo mucho que deberá huir del locutorio. Y advierta desde luego, que así como el aire que se respira en el coro y en la celda es el mas saludable para una monja, del mismo modo tambien, el mas pestilencial ó corrompido para ella es el de las rejas. Y ¿qué otra cosa es el locutorio sino un lugar *de distracciones, de inquietudes y de tentaciones*? Así lo aseguraba santa María Magdalena de Pazzis. La venerable sor María Villani obligó de parte de Dios un dia al demonio á que declarase cuál era el lugar del convento en que sacaba mayor ganancia; y el tentador le respondió: *Yo gano en el coro, en el refectorio y en el dormitorio; aunque en estos lugares no siempre tengo ganancia, sino que por algunas partes pierdo; mas en el locutorio todo lo gano, porque aquel es un sitio todo mio.* Tenia, pues, razon la venerable sor Felipa Cervina de llamar al locutorio *lugar apestado*, en donde fácilmente se contrae la epidemia del pecado. Y cuenta san Bernardino de Sena, que por haber oido una monja en el tal sitio cierta palabra indecente, cayó miserablemente en una grave culpa. Por el contrario, fue sin duda feliz la vírgen santa Fabronia, la cual en el locutorio del convento nunca queria dejarse ver de persona alguna seglar, bien fuese hombre ó mujer; y al fin tuvo la dicha de dar su vida por la fe á la edad de diez y nueve años. Tambien santa Teresa, después de su muerte, se apareció á una de sus hijas y le dijo que, *aquella religiosa que quiere ser muy amiga de Dios es*

*necesario que sea enemiga del locutorio. Á lo menos, ¡pluguiese á Dios que en todos los conventos de monjas fuesen las rejas de hierro barrenado, como lo están en algunos de los observantes! Refiere un autor á este propósito, que habiendo la superiora de un convento mandado hacer una reja estrecha, el demonio lleno de rabia la torció primeramente, y después la hizo arrastrar por toda la casa; pero que aquella buena prelada por lo mismo dispuso que se colocase en el locutorio torcida como estaba; á fin de que las monjas entendiesen que por igual razon de serle la tal reja tan desagradable al infierno, á Dios debia servirle de mucha complacencia. ¡Oh qué cuenta tan rigurosa habrán de tener que dar á Dios por el contrario aquellas abadesas que introducen las rejas anchas, ó que tambien se descuidan en no procurar la asistencia de las escuchas! Oigan estas las sublimes expresiones que escribió santa Teresa en una de sus cartas ¹⁷: *Las rejas, dice, son puertas del cielo cuando están cerradas; y lo son del peligro, por no decir del infierno, siempre que están abiertas. Y luego añadía: Un convento de mujeres en donde se halla la libertad, sirve mas bien para conducir las al infierno, que para remediar la debilidad de las mismas.**

11 ¡Oh qué progresos tan notables haria en el amor divino aquella religiosa que se resolviese á no presentarse jamás al locutorio, segun ya lo dejamos declarado ¹⁸! Á lo menos vos, mi bendita hermana, cuando tengais que salir á él, poned mucho cuidado en portaros como una religiosa. En tratando con

¹⁷ Part. 1, lett. 28. — ¹⁸ Cap. 10, § 1, n. 5.

personas seglares , no solamente debeis poner grande atencion en no proferir palabras afectuosas , sino que, por el contrario, habréis de ser muy seria y recatada en el modo de expresaros. Santa María Magdalena de Pazzis queria que sus monjas fuesen *salvajes como los ciervos* : estas eran sus mismas palabras. Y la venerable sor Jacinta Marescotti decia : *La cortesía de las monjas es el ser descorteses, cortando en el locutorio todas las conversaciones largas* ; lo cual debe tambien entenderse , ordinariamente hablando , aun cuando estas se tengan con personas espirituales. Acerca de esto decia igualmente la madre sor Ana de Jesús , carmelita descalza : *Mas espíritu se adquiere en el coro y en la celda que en el locutorio, por muy largas que fueren las conferencias*. Usad tambien de todo el respeto posible con los confesores y directores , mas no deberéis tratarlos sino en los casos de necesidad , y aun entonces , despedíos con pocas palabras. Si alguna vez sucede que en el locutorio llegueis á oir , de alguna persona que allí haya , cualquiera palabra indecente , huid desde luego , ó á lo menos inclinad los ojos á la tierra , y mudad de conversacion ; y si esto no es posible , no deis respuesta alguna. Sucedió en un convento de la venerable sor Serafina de Capri , que estando dos mujeres de visita , principiaron á hablar de cierto matrimonio , en cuyo tiempo oyó la tornera la voz de la misma venerable Serafina , ya difunta , que decia : *Echad fuera , echad fuera pronto á esas mujeres*. Procurad tambien , siempre que podais , cortar aquellas conversaciones que saben á mundo. Santa Francisca Romana recibió un dia un bofetón de su Ángel ,

porque habiendo estado algunas damas tratando de vanidades mundanas en su presencia, ella no les habia cortado la conversacion acerca de esto. Aun con mayor atencion y cuidado deberéis procurar el no faltar á la puntual observancia del silencio dentro del convento con vuestras hermanas, porque allí es mas continua y mas fácil la ocasion de quebrantarlo; y porque tambien es necesario que en la curiosidad os mortifiqueis. Sabed que decia el abad Juan: *El que quiera refrenar la lengua, que cierre los oidos, mortificando la curiosidad de escuchar novedades*. Conviene además que eviteis la conversacion con aquellas monjas que siempre están hablando. Tambien habrá de seros muy útil que designeis cierto tiempo del dia para observar el silencio, en el que esteis retirada en la celda ó en otro lugar solitario, para que no podais tener ocasion de hablar.

12 Procurad siempre que hubiéreis de hablar examinar antes las expresiones, segun el aviso que nos da el Espíritu Santo, cuando dice: *Verbis tuis facito stateram*¹⁹. Haz una balanza con tus palabras, para que las peses antes de proferirlas. Por eso decia san Bernardo: *Bis ad limam veniant verba, quam semel ad linguam*²⁰. Antes que las palabras lleguen á la lengua, que pasen dos veces por la lima del exámen, para que así callemos lo que no conviene decir. San Francisco de Sales declara esto mismo con diferentes términos, diciendo, que para que hablásemos sin defecto convendria que cada uno tuviese en la boca una hilera de botones, á fin de que, teniendo que desa-

¹⁹ Eccl. XXI, 28. — ²⁰ In 8 punct. perfect.

cerla al tiempo de hablar, pensásemos bien lo que querría decirse. Cuando, pues, debais hablar, considerad primeramente aquello que pretendéis expresar, para ver si con ello podrá ofenderse en algo la caridad, la modestia ó la observancia. Reflexionad tambien después el fin que os proponéis en hablar; pues que en ocasiones dicen algunos cosas buenas, pero con la intencion torcida, ó de que los tengan por espirituales, ó de aparecer como personas de bello ingenio, etc. Ved en tercer lugar á quién vais á dirigir la palabra; si á personas superiores, ó á vuestras compañeras, ó las que son súbditas: si en presencia de seglares, ó de las educandas, que acaso pueden escandalizarse de aquello que se diga. En cuarto lugar, advertid tambien el tiempo en que vais á hablar, si es en las horas de silencio ó de reposo. En quinto, el sitio en donde ha de verificarse, si en el coro, en la sacristía, en los corredores, en la puerta ó en el locutorio. En sexto y último, habréis de procurar expresaros con *simplicidad*, evitando ciertas maneras afectadas; con *humildad*, absteniéndoo de toda palabra que pueda nacer de soberbia ó vanagloria; con *dulzura*, de modo que nada se diga que manifieste impaciencia, ó que pueda ocasionar al prójimo descrédito; con *moderacion*, no tratando de ser la primera en responder á cualquiera propuesta que se haga, especialmente si sois mas jóven que las concurrentes; con *modestia*, no interrumpiendo á ninguna hermana que esté hablando; absteniéndoo además de toda palabra que tenga tendencia á las cosas del mundo; poniendo mucho cuidado al mismo tiempo para no usar de gestos indecentes

ó risa inmoderada ; hablando tambien en voz baja ; pues que dice san Buenaventura , que es un gran defecto para una religiosa el levantar la voz , especialmente si es por la noche. Y si alguna vez llegais á ser superiora , y debeis reprender á cualquiera súbdita , guardaos de hacerlo en altas voces ; porque entonces entenderá esta que regañais con impaciencia , y en tal caso la repension poco habrá de servirle.

13 Con respecto á las recreaciones , en las cuales es tiempo de que os alegréis , hablad cuando las demás callen , pero aun entouces procurad , siempre que podais , traer á cuento alguna cosa de Dios. *Loquamur Dominum Jesum*, decia san Ambrosio , *ipsum semper loquamur* ²¹. Hablemos de Jesucristo , y siempre de él hablemos. ¿ Y de qué ninguna otra cosa debe alegrarse mas una religiosa que de tratar de su amabilísimo Esposo ? El que ama en verdad á una persona , parece que no sabe hablar de otra cosa sino de ella ; y aquel que habla poco de Jesucristo , da bien á entender que poco le ama. Por el contrario , sucede con frecuencia , que conferenciando las buenas religiosas acerca del amor divino , salen de aquella conversacion mas enervorizadas , que de la misma oracion ; sobre lo que decia santa Teresa : *En las conversaciones de los siervos de Dios siempre se encuentra presente Jesucristo*. Y acerca de esto puutualmente nos refiere un memorable ejemplo el P. Gisolfo , pio operario , en la vida del venerable P. D. Antonio de Colledis ²² : dice pues , que el P. D. Constantino Rossi , maestro de novicios , vió un dia que en el tiempo en que hablaban entre si

²¹ In Psalm. xxxi. — ²² Cap. 31.

dos de sus jóvenes, que eran el P. D. Antonio Torres y el P. D. Felipe Orilia, asistia en medio de ellos otro jóven de bellissimo aspecto. Admiróse el maestro de que aquellos sus dos novicios, á quienes consideraba como ejemplares, estuviesen hablando con aquel otro forastero sin licencia suya; por lo que les preguntó después quién era aquel jóven á quien habia visto conversar con ellos. Entonces se excusaron diciendo que no habia estado allí nadie; y averiguando luego el maestro que en aquella ocasion estaban hablando de Jesucristo, comprendió tambien, que el mismo divino Salvador era aquel que dejó verse entre ellos.

14 Os aconsejo finalmente que por una regla general, exceptuando el tiempo de recreacion y ciertas ocasiones extraordinarias, como la de asistir á alguna enferma, ó la de consolar á cualquiera hermana que se halle atribulada, lo mejor es callar. Decia una religiosa teresiana, segun lo vemos escrito en sus crónicas: *Mejor es hablar con Dios, que hablar de Dios.* Pero cuando la obediencia ó la caridad os obliguen, como antes queda dicho, á ocuparos en conversar ó tratar con las criaturas, será conveniente que siempre procureis proporcionaros vuestros intervalos, para que á lo menos, podais reparar las pérdidas que puedan haberos ocasionado las distracciones que en tales atenciones externas haya habido; robando siquiera todos los minutos de tiempo que os fuere posible, para recogeros con Dios en ellos, segun el aviso que nos da el Espíritu Santo: *Particula boni domi non te praeterat* ¹³. No dejeis pasar aquella partecita de tiempo

¹³ Eccl. I, 14.

que podais ofrecer á Dios, si no se proporciona alguna otra mas en aquel dia ; y siempre que tambien se encuentre medio para abreviar la conversacion , no dejeis de hacerlo , con algun pretexto prudente. La buena religiosa no busca los pretextos , como algunas hacen , para alargar la conversacion , sino por el contrario , para acortarla. Consideremos que el tiempo no se nos ha concedido para que en vano lo perdamos, sino con el fin de que lo empleemos en el servicio de Dios, y adquiramos ó atesoremos méritos para la vida eterna. Decia san Bernardino de Sena, que tanto como Dios vale un momento de tiempo ; dando por razon para ello , que en un solo instante podemos ganar al mismo Dios, supuesto que en todos los momentos nos es posible proporcionarnos su amistad , si estaba perdida , y si no tambien mas grados de su gracia.

ORACION.

Bendita sea para siempre ¡ oh Dios mio ! la paciencia con que me habeis estado esperando. Vos me concedísteis el tiempo para amaros , y yo lo he invertido en ofenderos y en daros disgustos. Si ahora me tocasse la suerte de tener que morir , ¡ con cuánta pena en mi corazon daria fin á mi vida , al considerar que he permanecido en el mundo tantos años, y sin haber hecho casi nada bueno ! Os doy gracias , Señor mio , porque aun todavía me concedéis tiempo para remediar mi negligencia y tantos años perdidos. Ea , ayudadme Vos , Jesús amoroso , por los méritos de vuestra passion ; pues que no quiero vivir ya mas para mí . sino

solamente para Vos y para el amor vuestro. Yo es verdad que ignoro cuánto tiempo me queda de vida, si será poco, ó será mucho; pero aunque hubiese de existir cien mil años, todos ellos quiero y desearia emplearlos en amaros y complaceros. Os amo, pues, sumo bien mio, y espero tambien amaros eternamente. No quiero seros ya mas ingrata: tampoco pretendo resistir por mas tiempo á vuestro amor, que hace tantos años que me está llamando á ser toda vuestra. Y ¿qué? ¿habré de esperar que llegueis á abandonarme, y otra vez no me llameis? ¡Virgen María y mi amorosa Madre! Socorredme Vos, Señora; rogad por mí, y alcanzadme la gracia de ser constante en esta resolucion mia, permaneciendo fiel á Dios hasta la muerte.

§ II. — *Del amor á la soledad, y de la fuga del ocio.*

1 Todas las almas amantes de Dios quieren tambien la soledad; porque en ella mas fácilmente se les comunica el Señor, encontrándose allí igualmente mas libres y desprendidas de los negocios y afectos de la tierra. Por eso exclamaba san Gerónimo diciendo: *O solitudo, in qua Deus cum suis familiariter loquitur, et conversatur!* ¡Oh soledad dichosa, en la cual Dios se digna hablar con sus almas predilectas, conversando con ellas familiarmente, con grande amor y confianza! No habla, pues, Dios en el locutorio, ni en el mirador, ni en otros lugares, en donde las monjas se entretienen á reir y á bobear inútilmente. *Non in commotione Dominus.* Pues ¿cuál es el sitio que para hablarles el Señor tiene destinado? *Ducam eam in so-*

litudinem, et loquar ad cor ejus ¹. Háblales en la soledad, y allí es en donde habla tambien al corazon, con aquellas dulces palabras que lo inflaman en su santo amor, así como atestiguaba la sagrada esposa, cuando decia: *Anima mea liquefacta est, ut (dilectus meus) locutus est* ². Refiere san Euquerio ³, que deseoso cierto hombre de llegar á hacerse santo, preguntóle á uno que ya lo era, ¿qué deberia él hacer para encontrar á Dios? Entonces el otro le condujo á un lugar solitario, y le dijo: *Aquí tienes el paraje en donde se encuentra á Dios*: con lo que quiso significarle, que Dios no se deja hallar entre los tumultos del mundo, sino en la soledad.

2 Aquí en la soledad es en donde se conserva fácilmente la virtud; cuando por el contrario con facilidad se pierde conversando con el mundo, en el que poco se conoce á Dios; y por eso tambien se hace poco caso de su amor, y de los grandes bienes que el mismo Señor dispensa á los que lo dejan todo por su amor. Bien sabia san Bernardo esta doctrina cuando decia, que él habia aprendido mucho mas acerca de las cosas divinas entre las hayas y los cerros de la soledad, que lo que le habian enseñado los libros y los maestros. Por eso los Santos, para poder vivir en soledad y léjos de los tumultos del mundo, han amado siempre tanto las grutas, los montes y las selvas: *Lætabitur deserta, et invia, et exultabit solitudo, et florebit quasi lilium; germinans germinabit... Ipsi videbunt gloriam Domini, et decorem Dei nostri* ⁴. Será la soledad una fuente perenne de alegría para aquellas al-

¹ Osee, II, 14. — ² Cant. V, 6. — ³ Ep. S. Hilar. — ⁴ Isai. XV, 2.

mas que la buscan : ella florecerá como el lirio en blancura y en inocencia de vida , y habrá de producir los frutos de todas las virtudes. Estas almas felices serán finalmente elevadas á ver la gloria del Señor y su infinita belleza. Es indudable , pues , que para mantener el espíritu unido á Dios , tambien se hace necesario conservar en la mente las ideas del mismo Dios , y de los bienes inmensos que él tiene aparejados para quien le ama ; pero mientras que nosotros tenemos comercio con el mundo , este nos presenta solo las cosas terrenas , las cuales hacen desaparecer las ideas espirituales , y desgraciadamente nos privan de los buenos sentimientos de piedad. Y ved aquí de dónde nace que una monja que no ama la soledad , sino que se complace en conversar con las criaturas , que gusta de ser visitada , de recibir billetes , de leer gacetas , y de hablar con frecuencia de las cosas del siglo , es imposible que sea buena religiosa. Porque todas las veces que ella se entrometa , sin una necesidad , á tratar con las gentes , habrá de experimentar en su espíritu alguna pérdida ó detrimento.

3 No hay por tanto persona mas digna de compasion que una monja , que ya que ella no puede ir al mundo , hace que el mundo vaya á ella misma , pasando gran parte del dia en vanos entretenimientos , en conversar en la reja con visitas de seglares ; ó en divertirse con las mismas hermanas suyas , riendo , bobeando , y queriendo criticar é informarse de cuanto acontece en el país. Pues qué una esposa de Jesucristo , que no deberia tener otro placer que el de hablar con su Dios , ¿ habrá de poner su consolacion en vivir dis-

traida, y en tratar con gente mundana, que no dejará de inficionarle el corazón con discursos y máximas corrompidas del siglo? ¿Así, pues, habrá de perder ella aquel hermoso tiempo que el Señor le concede para que pueda hacerse santa? ¡Oh Dios! ¿y cómo puede esa infeliz disipar de esa manera aquellos florecientes años, cuyos momentos hubieran comprado los Santos, aunque hubiese sido con el precio de su sangre? ¡Ay de mí! cuando ella se encuentre una vez en la hora de la muerte, ¡á cuánto precio entonces pagaría uno de los muchos días, y aunque fuese una hora de tantas como al presente está perdiendo! Estando cierta religiosa en los últimos períodos de su vida, decia: *¡Oh si yo tuviese mas tiempo! ¡cómo quisiera entonces consagrarlo todo á Dios!* Pero la infeliz deseaba este tiempo, cuando hasta los instantes ya se habian acabado para ella.

4 Quiero deciros además de esto, mi bendita hermana, que mireis que Dios, por su bondad infinita, os ha librado de los peligros del mundo, concediéndoo todo el espíritu necesario para que lo dejáseis, y ¿por qué, pues, quereis exponeros á esos mismos peligros, volviendo á conversar con el mundo? *Evasimus semel*, dice Tertuliano, *hactenus periculosus nos non inferamus*. Si hemos escapado una vez de las ondas del siglo, ondas en las cuales tantos han naufragado, no queramos, pues, meternos de nuevo en las mismas, con gran peligro entonces de no poder ya salvarnos. La religiosa que desea hacerse santa debe procurar no conocer al mundo, y no ser tampoco jamás conocida de él; especialmente debe hacer cuanto estuviere en

sus alcances para no ver, ni ser vista de los seglares. La beata Clara de Montefalco, aun cuando estuviese sola con su hermano, le hablaba cubierta con el velo; y aunque una vez le dijo la abadesa, que siendo aquel hermano suyo, bien pudiera alzárselo, ella le respondió: *Madre mia, ya que para hablar no se necesita mas que de la lengua, permitidme que esté cubierta.* Memorables son tambien las siguientes palabras que decia la venerable sor Francisca Farnese: *Hermanas mias, nosotras nos hallamos encerradas entre estas paredes, no para ver, ni ser vistas, sino para escondernos de las criaturas: y cuanto mas nos escondamos de ellas, otro tanto mas habrá de manifestarse á nosotras Jesucristo.*

5 Los mundanos huyen de la soledad, y con razon, segun su juicio; porque en ella se dejan sentir mas los remordimientos de sus conciencias. Por esta causa van buscando las conversaciones y tumultos del mundo, para que el estrépito de este los ocupe, y no les permita sentir las molestias de aquellas, que como fiscales han de argüirles. Luego la religiosa que huye de la soledad da señal de ser una de tales almas desconcertadas, que para no sentir los remordimientos de sus desórdenes, va buscando tambien los estrépitos del mundo. Las religiosas que por el contrario viven con paz de conciencia, no pueden dejar de amar la soledad; y siempre que se encuentran fuera de ella, se resienten como los peces fuera del agua, echando menos aquella dulce paz de su alma, y viviendo cási en un estado violento. Es verdad, segun observan los políticos, que el hombre ama la sociedad, pero ¿qué

sociedad mas bella que la de Dios? No, no lleva consigo amargura ni tedio el alejarse de las criaturas, para conversar con nuestro Criador enteramente á solas. Bien nos lo asegura el Sabio, cuando nos dice: *Non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec taedium convictus illius, sed laetitiam, et gaudium* *. Y decia el venerable P. Vicente Caraffa, general de la Compañía de Jesús, como ya queda notado en otro lugar, que él nada deseaba en este mundo; pero que si hubiese tenido que apetecer alguna cosa, no hubiera suspirado sino por una gruta ó cuevecilla, con un pedazo de pan y un libro espiritual, para vivir siempre allí entre las soledades.

6 No es verdad tampoco, como el mundo se lo piensa, que la vida solitaria es una vida melancólica; pues que deben entender que es mas bien un ensayo y principio de la que tienen los bienaventurados, los cuales al ocuparse solamente en amar y alabar á su bellissimo Dios, experimentan un gozo inmenso é indecible. Así lo decia san Gerónimo, cuando huyendo de Roma, fué á esconderse en la gruta de Belen para gozar de la soledad, escribiendo después desde allí: *Solitudo mihi paradisus est* *. Es necesario tambien advertir, que aunque parecen solos los Santos, cuando viven en la soledad, en realidad no se hallan solos; por lo que decia san Bernardo: *Nunquam minus solus, quam cum solus* *. Como si hubiera dicho: Yo nunca estoy menos solo, que cuando me encuentro sin nadie á mi lado; porque entonces me miro acompañado de mi Señor, el que me tiene mas contento que todas

* Sap. VIII, 16. — * Ep. 4 ad Rust. — * Ep. ad Fratr. de Mont. ec.

las conversaciones de las criaturas pudieran alegrarme. También se cree que están tristes los solitarios, pero este es otro engaño; viéndolos el mundo ausentes de las diversiones terrenas, los considera infelices y desconsolados; mas no es como se lo piensa; pues que ellos gozan de una paz inmensa y continuada, como lo asegura el santo Apóstol por estas palabras: *Quasi tristes, semper autem gaudentes*⁸. Y también Isaías nos atestiguó esto mismo diciendo: *Consolabitur Dominus Sion, et consolabitur omnes ruinas ejus: et ponet desertum ejus quasi delicias, et solitudinem ejus quasi hortum Domini. Gaudium et laetitia invenietur in eo, gratiarum actio, et vox laudis*⁹. Bien sabrá el Señor consolar á un alma retirada, y habrá de recompensarle mil veces doble toda la falta que experimenta de los placeres temporales: le convertirá, pues, aquella soledad en que se halla en un jardín de sus delicias. Allí se encontrará siempre la satisfaccion y la alegría; y no habrán de oirse en aquellos desiertos sino los cánticos de agradecimientos y de alabanzas á la bondad divina. Que por eso cantó el cardenal Petrucci, alabando á un corazon solitario...

Triste parece y de alto gozo es lleno:
Pisa la tierra, y ya parece mora
En el cielo: y á nadie
Favor ó proteccion alguna implora;
Porque tesoro inmenso allá en su seno
Encierra: aunque parece
Entre las tempestades agitado,
Y absorto en un abismo,
El puerto, sin embargo, está en sí mismo.

⁸ II Cor. vi, 19. — ⁹ Isai. li, 3.

7 Mas no lleguéis á persuadirnos, mi bendita hermana, que para encontrar esta dichosa soledad hayais de tener que internaros en alguna gruta oculta ó en el desierto; aun tambien en el convento podréis hallar, cuando querais, esa misma soledad que apetecéis. Huid del locutorio, huid de las conversaciones y discursos inútiles; amad por otra parte el coro y la propia celda, entreteniendoos provechosamente en ella, mientras que la obediencia ó la caridad no os ocupe en alguna cosa; y de este modo llegaréis á encontrar sin duda aquella soledad que os conviene, y que Dios quiere que tengais. Así la encontró tambien el rey David, aun en medio de los grandes negocios del reino; y por eso dijo: *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine* ¹⁰. Así igualmente pudo hallarla san Felipe Neri, el que deseando retirarse á un desierto, Dios le hizo entender, que no se ausentase de Roma; sino que viviese en la misma corte pontificia como si estuviera en un desierto. Y esto igualmente quiere Dios de las religiosas que tratan de ser esposas suyas verdaderas; quiere, pues, que sean huertos cerrados, para que así pueda encontrar en ellos sus delicias: *Hortus conclusus soror mea sponsa* ¹¹. Sobre lo que Giliberto hace esta oportuna advertencia: *Hortus nescit esse, qui non vult esse conclusus* ¹². No sabe, ni puede ser huerto de Jesucristo aquella monja que no quiere vivir como cerrada; es decir, atenta para no dejar que en su corazon entren pensamientos y peligros del mundo; sino que desee tratar con él de continuo.

8 *Sede ergo solitarius*, dice san Bernardo, *secede*,

¹⁰ Psalm. LIV, 8. — ¹¹ Cant. IV, 12. — ¹² Ibid.

non corpore, sed intentione. Aun cuando os halléis con las hermanas, bien en el laboratorio, ó bien en las comunes recreaciones, procurad, sin embargo, no salir de vuestra soledad; esto es, estar recogida con Dios lo mejor que podáis: y en el caso de que no os fuere permitido ausentaros con el cuerpo de alguna otra conversacion, alejaos á lo menos con el afecto y con la intencion, persuadiéndoos que si estais allí, es solamente porque de aquella manera le place á Dios. Debiendo, pues, tratar con las criaturas, cuando fuere necesario, habréis de portaros entonces como una doncella, la cual esté acostumbrada á vivir siempre en un aposento muy bien guardado y remoto; que cuando se ve obligada alguna vez á salir á la calle, incomodándose con el frio y el estrépito que allí experimenta, procura volver á su estancia lo mas pronto que le es posible. Del mismo modo se conducen tambien las religiosas santas, cuando por su oficio ó conveniencia de la comunidad, se encuentran precisadas á tratar con las gentes, ya sea dentro, ó ya fuera del convento; sufriendo entonces una especie de martirio; parte por la repugnancia que en ello tienen, y parte por el temor en que se hallan de cometer cualquiera defecto; y por eso procuran lo mas pronto que pueden volverse á su retiro.

9 Cuando las ocupaciones externas llegan á ser muy duraderas, es muy difícil que una persona deje de cometer algun defecto. Por eso Jesucristo quiso que los mismos santos Apóstoles, aun en el tiempo en que estaban empleados en la conversion de los pecadores, de cuando en cuando se retirasen á algun lugar soli-

tario para dar á su espíritu algun reposo ; por lo que les decia : *Venite seorsum in desertum locum, et requiescite pusillum* ¹³. Sí, porque en los negocios externos, aun cuando sean espirituales, generalmente habrá de contraer el alma distracciones, inquietudes, tibiezas de amor é imperfecciones ; por cuyos motivos siempre le es necesario el reposo, á fin de que ella pueda reparar las manchas que haya recibido, y adquiriera tambien fuerzas para caminar mejor en lo sucesivo. No siempre, pues, habrá de estarse en soledad ; pero sí deberá procurarse siempre que se pueda ; y á lo menos amarla, cuando no fuere posible disfrutar de sus beneficios, como escribe san Lorenzo Justiniano en estos términos : *Solitudo semper amanda est, tenenda vero non semper* ¹⁴. Mediante lo cual, cuando la religiosa tenga que interrumpir ó dejar su retiro para servir á la comunidad, ó con el objeto de acudir al socorro de alguna necesidad en que se halle cualquiera de sus hermanas, debe hacerlo con libertad de espíritu, sin perturbarse en un punto ; de lo contrario se manifestaria con pasion desordenada al retiro, lo que tambien no dejará de ser un notable defecto : á pesar de esto, cuando tenga que tratar con las criaturas, no habrá de proponerse el recrearse con la conversacion que hayan de tenerle, sino solamente llevará la intencion, ó de cumplir con la obediencia, ó de ejercitar la caridad cristiana ; y bajo tal concepto, terminada que sea aquella ocupacion, deberá inmediatamente volverse á su amada soledad.

10 Mas hasta el presente hemos hablado de la so-

¹³ Marc. vi, 31. — ¹⁴ De Cast. Con. c. 6.

ledad del cuerpo; conviene, pues, que digamos ahora alguna cosa de la soledad del corazon, la que ciertamente es mas necesaria que la otra; pues que dice san Gregorio: *Quid prodest solitudo corporis, si solitudo defuerit cordis* ¹⁵? ¿De qué sirve la soledad del cuerpo, si faltare la del corazon? Con lo que quiere decir: ¿qué aprovechará permanecer con el cuerpo en el desierto, y tener al mismo tiempo apégado el corazon á las cosas del mundo? Un alma desprendida y libre de los afectos terrenos, segun el dictámen de san Pedro Crisólogo, aun en medio de las plazas y de las calles encuentra su propia soledad: *In plateis, et in triviis suum pietas habet secretum* ¹⁶. Por el contrario, ¿de qué podrá servir nunca el permanecer en silencio, bien en el coro ó bien en la celda, si en el entre tanto se dejan sentir en el corazon los afectos á las criaturas, y con su ruido ó rumor nos vemos imposibilitados de oir las divinas voces? Repito aquí lo que ya en otro lugar dejo referido, y que también fue lo que le dijo un dia el Señor á santa Teresa: ¡Oh qué de buena gana hablaria yo á muchas almas! pero el mundo hace tanto ruido en sus corazones, que mi voz no habrá de poder oirse. ¡Oh si se apartasen algun tanto del mundo! Entendamos, pues, ahora qué cosa sea la soledad del corazon; que lo es, el apartar de él todo afecto que no se tenga por Dios; no buscando mas en todas nuestras acciones, que el agradar siempre á sus divinos ojos, exclamando con David: *Quid mihi est in coelo, et à te quid volui super terram? Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum* ¹⁷. Dios mio, ¿y qué cosa de la tierra ó del

¹⁵ Lib. 30 Mor. c. 12. — ¹⁶ Serm. 9. — ¹⁷ Psalm. LXXII, 26.

cielo fuera de Vos habrá de poder contentarme? Solo Vos sois el Señor del corazon que tengo, y Vos tambien seréis siempre la única riqueza mia. En suma, la soledad del corazon hace exclamar con un verdadero sentimiento: *Dios mio, á Vos solo quiero, y nada mas.*

11 Se lamenta aquella religiosa de que no encuentra á Dios; mas oiga ahora lo que le responde acerca de esto santa Tèresa: *Despega el corazon de todas las cosas, y busca entonces á Dios, que tú lo hallarás.* Es necesario advertir que Dios no puede ser buscado, ni tampoco encontrarse, sin que primero se haya conocido; y ¿cómo habrá de poder conocer á Dios y á sus divinas bellezas aquel que vive apasionado por las criaturas? Mientras que un vaso de cristal está lleno de tierra, la luz del sol no tendrá eficacia para penetrarlo; pues esto mismo sucede con un corazon ocupado con los afectos ó aficion á los placeres, á las posesiones terrenas, á los honores, etc.; no puede tampoco resplandecer en él la luz divina. Por eso nos dice el Señor: *Vacate, et videte, quoniam ego sum Deus* ¹⁸. El que quiera ver á Dios, es necesario que quite la tierra de su corazon, y que además lo tenga cerrado á todos los afectos mundanos. Y esto puntualmente quiere darnos á entender Jesucristo, cuando bajo la metáfora de la puerta cerrada, nos dice: *Cum oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio, ora Patrem tuum in abscondito* ¹⁹. Cuando vas á hacer oracion, entra en tu aposento, y después de cerrada la puerta, ruega á tu Padre en secreto ú ocultamente. Viene á decir, que para unirse el alma con Dios en la oracion,

¹⁸ Psalm. xlv, 10. — ¹⁹ Matth. vi, 6.

es indispensable que se encierre en el corazon , que es en verdad el retrete destinado para el Señor, segun expone san Agustin , y que después cierre la entrada á todas las afecciones terrenas.

12 Esto mismo nos significa tambien Jeremías por estas palabras: *Sedebit solitarius, et tacebit, quia levavit se super se* ²⁰. El alma solitaria , que es en la que callarán los afectos de la tierra , por hallarse ya desprendida de ellos , se unirá íntimamente con Dios en la oracion con santos deseos , con ofrecimientos de sí misma , y con otros actos de resignacion y de amor ; y entonces se encontrará de tal manera elevada sobre las cosas criadas , que habrá de reirse de los mundanos , que tanto estiman los bienes de la tierra , y que tan extraordinariamente se fatigan por ellos , considerando ella estos mismos bienes muy diminutos y aun indignos del amor de un corazon que ha sido criado para rendir todos sus afectos á un sumo bien , cual es Dios. Y por eso cantó el citado cardenal Petrucci , tratando puntualmente de un corazon dedicado al amor divino :

Que es mas grande é inmenso

Que del orbe terrestre el globo extenso.

13 Debe tambien advertirse , que por este nombre soledad no ha de entenderse una mera ociosidad , de manera que la religiosa no hãya de emplearse en ocupacion alguna , ni tenga que pensar en nada. Dios quiere , es verdad , que sus esposas sean solitarias ; pero no pide que estén ociosas. Hay algunas monjas que viven muy escondidas y retiradas , mas en su mis-

²⁰ Thren. III , 28.

mo retiro ó están en un ocio continuo , sin aplicarse en nada , ó acaso se ocupan en vanas lecturas , ó en otras haciendas inútiles. Están en silencio ; pero de este callar infructuoso , dice san Basilio , que ellas tendrán que dar su cuenta á Dios : *Reddent rationem pro otioso silentio*. La soledad ociosa es propiamente de bestias ; la que se tiene invertida en ciertos estudios ó curiosas ocupaciones , es una soledad mundana : pero la que es religiosa propiamente , no es ociosa , ni tampoco inútil , sino que toda es fructuosa y santa. Deben , pues , las monjas estar en sus celdas á semejanza de las abejas , las cuales en sus casitas no dejan de trabajar la miel ; así también aquellas no deben permanecer allí perdiendo el tiempo , antes por el contrario deben ocuparse , ya en orar , ya en leer libros espirituales , ó ya también en labores de manos , que no impidan el tener la mente elevada á Dios ; por lo que dice el Crisóstomo : *Solitudinem non facit esse solum* ²¹. La soledad no pide que un alma esté ociosamente sola , sino que mas bien se ocupe en Dios. En un cierto convento de san Francisco habia un fraile ocioso , que no hacia otra cosa mas que ir vagando siempre por toda la casa , importunando á unos y á otros ; por lo que el Santo le puso por nombre *fray Mosca*. ¡ Pluguiese á Dios que no hubiese también en muchos conventos de estas hermanas *moscas* ! las cuales no saben hacer otra cosa mas que andar siempre girando y dando vueltas , y espiando , ya los que visitan el locutorio , ya el que está en el confesonario , ya la persona que manda ó recibe regalos , y otras cosas á este tenor. Estas tales merecerian ser lanzadas

²¹ In Psalm. CXLIX.

de la casa , como se hace con las moscas , ó á lo menos que estuviesen encerradas en una cárcel , para que no inquietasen á las demás.

14 Es un adagio comun ; que el ocio es el padre de todos los vicios ; y ciertamente que está bien fundado sobre este oráculo del Espíritu Santo : *Omnem malitiam docuit otiositas* ²². Y decia san José de Calasanz : *El demonio va á caza de las personas religiosas que viven en ociosidad*. Tambien advierte san Buenaventura , que el religioso ocupado se verá molestado con una tentacion , pero que sufrirá mil el que esté ocioso. Y aunque es cierto que á una monja le sirve de grande ayuda su celda para recogerse con Dios , pero tambien decia el santo Calasanz , que ahora hemos citado : *Malamente se sirve de la celda aquel que , ó no habla con Dios dentro de ella , ó no trabaja por el mismo Dios*. No es posible el estar siempre en oracion ; por lo que les es necesario en esta vida á las religiosas que se hallen tambien ocupadas en las labores de manos. La mujer fuerte sabemos que fue alabada por Salomon , porque se ocupaba en trabajar lino y lana : *Quaesivit lanam , et linum , et operata est consilio manuum suarum* ²³. Por esta causa ordenó san Gerónimo á la virgen Demetriadés que siempre tuviese entre manos las labores de lana. *Habeto lanam semper in manibus*. Y generalmente todas las mujeres santas , con especialidad las religiosas , se han ocupado en el trabajo de manos. Santa María Magdalena de Pazzis , á pesar de ser tan enfermiza y débil , tomaba parte en todas las fatigas del convento , sin distinguir entre las

²² Eccl. XXXIII, 29. — ²³ Prov. XXXI, 13.

que pertenecian á las madres de coro , y las correspondientes á las conversas ó legas : ya trabajaba en la cocina ; ya en el refectorio ; ya barria , ya sacaba el agua ; y tanto quiso fatigarse , especialmente en lavar la ropa , que llegó á dislocársele un hueso de una mano. Decia en suma el escritor de su vida , que trabajaba mas ella sola que cuatro legas juntas.

15 Y aquí habrá de notarse , que es un engaño el creer que el trabajo ó las fatigas consumen la sanidad del cuerpo ; cuando por la inversa , es indudable que el ejercicio contribuye mucho á conservarla ; y esta es la causa de que las monjas conversas ó legas ordinariamente gozan de mejor salud que las coristas. ¡ Oh ! que frecuentemente lo que hace que nos excusemos , no es tanto el peligro de la salud , quanto el querer huir de la molestia que hemos de sentir en fatigarnos ! pero la que ponga los ojos en el Crucifijo , no habrá de ir excusándose de estas fatigas. Sor Francisca de San Ángelo , carmelitana , se lamentaba un dia con el mismo Señor crucificado , de que por mucho trabajar tenia dañadas todas las manos ; y entonces el Señor le respondió : *Francisca, mira las manos mías, y quéjate después.* Además de esto , ayuda mucho el trabajo á una persona para soportar el tedio de la soledad , y tambien para vencer las tentaciones , que en esta suelen abundar con frecuencia. Hallándose un dia san Antonio abad muy acometido de pensamientos deshonestos , y al mismo tiempo fastidiado en gran manera de la soledad , no sabia el pobre Santo qué hacerse para adquirir fuerzas en aquel lance. Se le apareció entonces un Ángel . el cual lo condujo á un huerteci-

llo que allí habia ; y tomando luego el mismo Ángel un azadon , comenzó á cultivar la tierra , y después se puso en oracion ; volvió de esta al trabajo , y en seguida á orar otra vez de nuevo ; por lo que entendió el Santo muy bien el modo con que habia de conservar la soledad , y al mismo tiempo habia de eximirse de las tentaciones ; consiguiendo lo uno y lo otro con el tránsito de la oracion al trabajo , y de este á aquella. No debe , pues , una persona estar siempre trabajando ; mas tampoco , por el contrario , puede orar siempre sin peligro de perder el cerebro , y quedar después inútil para todos los ejercicios espirituales. Por eso se apareció santa Teresa después de su muerte á sor Paula María de Jesús , y exhortóla á que no dejara jamás de ejercitarse en las fatigas corporales , bajo el pretexto de hacer otras obras mas santas , asegurándole que tales trabajos ayudan mucho para la salvacion eterna.

16 Fuera de que el trabajo de manos no impide tampoco el poder hacer oracion , cuando se practica sin solicitud y pasión desordenada. Sor Margarita de la Cruz , infanta de Austria , que fue monja descalza , se ejercitaba en los oficios mas fatigosos del convento ; y decia que entre los demás ejercicios de las monjas , este del trabajo corporal , no solamente es útil , sino tambien necesario , atendiendo á que esta ocupacion no impide tampoco que el corazon se dirija á Dios. Cuéntase que viendo san Bernardo un dia , que mientras un monje trabajaba no omitia la oracion , el Santo le dijo : « Continúad , hermano mio , haciendo siempre lo que ahora ; y vivid alegre , porque no dejando

«esta conducta, después de vuestra muerte os veréis «tambien exento del purgatorio.» Y una práctica semejante á esta observaba el mismo Santo en su persona, como nos refiere el escritor de su vida diciendo: *Totus exterius laborabat, et totus interius Deo vacabat* ²⁴. No se distraia, pues, con aquellas ocupaciones exteriores, sino que al mismo tiempo estaba todo recogido en Dios. Y así tambien debe hacerlo toda religiosa; mientras que trabaja con las manos, no ha de dejar de tener el corazon ocupado en Dios: pues que de otra manera, todas sus ocupaciones externas habrán de ser sin fruto del espíritu, y llenas tambien de imperfecciones. Por esta razon dice al alma el Esposo de los Cánticos: *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum* ²⁵. Dice antes que lo ponga sobre el corazon, y después sobre su brazo; porque si no se tiene á Dios en el corazon; no puede tampoco hallarse en el brazo; es decir, que faltando lo primero, no podrán ser de su agrado todas las obras exteriores. Al contrario, decia santa Teresa, *que las operaciones de la vida activa, cuando nacen del amor divino, son la perfeccion suma.*

17 Yerran, pues, aquellas religiosas que solamente fijan su atencion en vivir en soledad, huyendo entre tanto de ocuparse en algun ejercicio externo. Mas por la inversa, tambien yerran aquellas otras que voluntariamente se cargan de tantas haciendas, que después no les queda ya tiempo para recogerse con Dios: *Fili, ne in multis sint actus tui; et si dives fueris, non eris immunis à delicto* ²⁶. Hijo, dice el Señor, no te en-

²⁴ Lib. 3, c. 1. — ²⁵ Cant. viii, 6. — ²⁶ Eccli. xi, 10.

redes en tantas cosas; porque si quierdes cumplirlas todas, lo conseguirás; mas no quedarás libre de pecado. Tambien hay otras que cuando emprenden algun negocio, fijan tanto en él su atencion, que se imposibilitan de poder pensar en ninguna otra cosa. Concedo que haya de trabajarse con diligencia en cualquiera ocupacion que se tenga; pero siempre con tranquilidad y sin pasion; en tales términos, que se deje libertad al espíritu para volverse á Dios de tiempo en tiempo. Debeis, es verdad, trabajar; pero tambien es de vuestra obligacion, supuesto que sois religiosa, absteneros de verificarlo como una negocianta del mundo, fatigándoos de noche y de dia para acumular dinero. Y ¿para qué todo esto? Para comprar regalos, ó para comparecer mas bien compuesta, ó para satisfacer á vuestros caprichos. Conviene, repito, que trabajéis, pero hacedlo como una religiosa: así que, atended primero al negocio del alma, y después al del cuerpo; ocupaos en los ejercicios exteriores con el recto fin, ó de cumplir con la obediencia, ó de ayudar á la comunidad, ó de socorrer vuestras precisas necesidades; pero nunca con tal solitud, que os impida el levantar la mente á Dios. Decia san Antouino, que en cualquiera ocupacion externa, por muy urgente que ella sea, conviene tener siempre dentro de nosotros un rinconcito secreto, á donde podamos refugiarnos ó recogernos con Dios, luego que nos veamos acongojados y afanados con los quehaceres. Por eso ayuda mucho estar con atencion, tanto desde el principio, quanto en el decurso ó continuacion de la obra, para elevar muchas veces el corazon á Dios con

cualquiera acto bueno de amor, de ofrecimiento, de resignacion ó de súplica. Estando vos, por ejemplo, ocupada en bordar ó coser, ¿por qué no habeis de poder en cada punto hacer un acto de amor de Dios ó de ofrecimiento de vos misma? Concluyo con esta materia diciendo que las monjas fervorosas en todo lo que hacen recogen su espíritu y se unen mas con Dios, adelantando siempre en el camino de la perfeccion; pero las que son tibias y descuidadas fabrican telas de arañas; pues que se fatigan y afanan por fines terrenos, y de esta manera todo lo pierden.

ORACION.

¡Jesús mio! haced que en el tiempo de vida que me queda os ame yo mucho, y sea toda vuestra. Maldigo aquellos dias en los que con desagrado vuestro he amado á las criaturas. De hoy en adelante no quiero amar otra cosa fuera de Vos. Os suplico, pues, que me deis fuerzas para desprenderme de todas aquellas cosas que me separan de vuestro amor. Haced, Señor, que este mi corazon se ocupe en dirigirse á Vos solamente, como al único objeto que sois digno de ser amado. ¡Oh eterno Verbo! Ya que Vos encarnásteis, y habeis venido al mundo para habitar en nuestros corazones, los que tambien habeis redimido con vuestra sangre, sea, pues, este mi corazon todo vuestro: poseedlo Vos solo, y remediad en adelante todas mis necesidades: iluminadme tambien en lo venidero, inflamadme y hacedme diligente para cumplir con todos vuestros santos designios. ¡Oh mi Jesús, sumo bien

mio ! yo os amo , y os estimo sobre todos los bienes. Yo me entrego enteramente toda á Vos ; aceptadme , pues , y destinadme para siempre á vuestro servicio ; pero que ya el temor no me estimule á ello , sino solamente el amor. Vuestra majestad , es cierto que merece ser temida , pero vuestra bondad merece mas ser amada. ¡ Oh Virgen María , mi tierna madre y refugio mio ! haced que yo sea toda de mi Jesús.

§ III. — *De la presencia de Dios.*

1 El ejercicio de la presencia de Dios se llama justamente por los maestros de espíritu el fundamento de la vida espiritual, la cual consiste en tres cosas, que son : la huida de los pecados, la práctica de las virtudes , y la union con Dios ; y estos tres amables efectos los produce puntualmente la divina presencia , supuesto que ella libra al alma de los pecados , la induce á practicar las virtudes , y la mueve á unirse con Dios por medio de su santo amor.

2 En cuanto al primer efecto , que es la fuga del pecado , no hay en verdad un medio mas eficaz , tanto para domar las pasiones , cuanto para resistir las tentaciones , y de consiguiente para evitar las culpas , como el recuerdo de que Dios está presente á todas nuestras operaciones. Dice el Angélico acerca de esto : *Si Dominum praesentem cogitaremus , vix , aut numquam peccaremus* ¹. Si pensásemos siempre que Dios nos ve , nunca ó casi nunca hiciéramos cosa que á sus divinos ojos desagradase. Y san Gerónimo tambien escribe,

¹ Opus. 58 , c. 2.

que la memoria de Dios presente cierra la puerta á todos los pecados: *Memoria Dei excludit omnia peccata* ². Y con efecto, si los hombres á la presencia de sus príncipes, padres ó superiores no se atreven á quebrantar sus disposiciones, ¿cómo podrían jamás traspasar las leyes divinas, si pensasen que Dios los está viendo? Refiere san Ambrosio ³, que teniendo un paje de Alejandro el Grande en la mano una hacha encendida, mientras que este Emperador ofrecia en el templo cierto sacrificio, permitió que la mano se le abrasase, antes que cometer la irreverencia de dejarla caer al suelo. Por lo que después añade el Santo á nuestro propósito: *Tanta in puero disciplina reverentiae, ut naturam vinceret* ⁴! Si tanto pudo en aquel jóven la reverencia á su príncipe, que venció á la naturaleza por no ofenderle, ¿cuánto mas poder tendrá en un alma fiel el pensamiento de la presencia de Dios, para vencer á cualquiera tentacion, y sufrir todas las penas, antes que perder el respeto al mismo Señor, estando á su vista?

3 *Todos los pecados de los hombres provienen de que se pierde de vista la presencia divina. *Todo el daño nos viene*, decia santa Teresa, *de no reflexionar que tenemos presente á Dios, sino que se cree que está lejos de nosotros*. Y antes que ella dijo esto también David del modo siguiente: *Non est Deus in conspectu ejus, inquinatae sunt viae illius in omni tempore* ⁵. Por cuanto el pecador se olvida de que Dios le está viendo, por eso en todo tiempo le ofende. También sabemos que

² In 4 Ezech. — ³ Lib. 3 de Virg. — ⁴ Ibid. — ⁵ Psalmus x, 5.

el abad Diocle llegó á decir ⁶, que *el que se distrae en la memoria de la presencia de Dios, llega á ser ó bestia ó demonio*. Y con razon lo aseguraba; porque en este caso, inmediatamente será acometido de los apetitos, ó sensuales, ó diabólicos, y se verá sin fuerzas para resistirlos.

4 Los Santos, por el contrario, con el pensamiento de que Dios les estaba viendo, han resistido con valeroso pecho á todos los asaltos de los enemigos. Este pensamiento fue el que dió valor á santa Susana para rechazar á los viejos impúdicos que la solicitaron, no obstante que la amenazaban con la muerte; á quienes ella respondia con fortaleza: *Melius est mihi absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini* ⁷. Mejor es caer en vuestras manos, y morir sin cometer pecado, que llegar á cometerlo á la vista de mi Dios. Este pensamiento tambien convirtió á una mala mujer que tuvo el atrevimiento artificioso de provocar á san Efren acerca de un pecado de impureza; pues que habiéndole dicho el Santo que si queria pecar con él, habia de ser en medio de la ciudad, ella le contestó: *Y cómo es posible pecar á la presencia de tanta gente?* Á lo que el Santo le replicó entonces: *Y cómo es posible tampoco pecar á la presencia de Dios, el cual nos está viendo en todas partes?* Y luego que oyó esto aquella pobre pecadora, entregóse á un copioso llanto, y postrada en tierra, pidió al Santo perdon, suplicándole que la dirigiese por el camino de la salvacion. San Efren en seguida la puso en un monasterio, en el que vivió santamente, llorando sus pe-

⁶ Ap. Pallad. c. 9. — ⁷ Dan. XIII, 23.

cados hasta la muerte *. Esto mismo aconteció al abad Pafnucio con otra pecadora llamada Tais, la que tratando una vez de inducirle al pecado, le dijo que en aquel lugar no habia nadie fuera de Dios que los viese. Entonces el Santo con voz severa le contestó: *Pues tú crees que Dios aquí te está viendo, ¿y quieres pecar?* herida entonces Tais con esta voz de trueno, reconoció su yerro, comenzó á detestar su mala vida, y formando luego un lio con todas sus ropas, vestidos y joyas, que la miserable habia ganado con su infame comercio, le pegó fuego á todo en una plaza pública, y en seguida se retiró á un monasterio, en donde ayunó á pan y agua sin interrupcion por espacio de tres años, repitiendo continuamente esta oracion: *Qui plasmasti me, miserere mei*. Mi Dios, que me habeis criado, tened piedad de mí. Y después de estos tres años terminó felizmente su vida con una santa muerte; habiendo sido tambien revelado á un discípulo de san Antonio abad, llamado Pablo, que aquella feliz penitenta estaba en el cielo colocada entre los Santos en un gran trono de gloria †.

¶ Hé aquí, pues, cuánto ayuda para huir de los pecados la memoria de la presencia divina. Roguemos por lo tanto siempre al Señor, á imitacion de Job, diciéndole: *Pone me iuxta te, et cujus vis manus pugnet contra me* ‡. Ponedme, Dios mio, en vuestra presencia; es decir, acordadme en todo lugar que Vos me estais mirando; y vengan entonces á combatirme todos mis enemigos, que yo siempre los venceré: de don-

* Metaphrast. in vita S. Ephren. — † Sabellich. l. 3, Exemp. c. 2. — ‡ Joh, xvii, 3.

de concluye el Crisóstomo: *Si ita nos ipsos disposuerimus, nihil mali cogitabimus, nihil mali dicemus, nihil mali faciemus*¹¹. Si nosotros nos considerásemos siempre en la presencia de Dios, ni pensaríamos, ni dijéramos, ni tampoco haríamos nada malo; conociendo desde luego que el mismo Señor estaba observando hasta nuestros menores pensamientos, oyendo todas nuestras palabras, y mirando tambien aquellas acciones mas ocultas que practicamos.

6 En cuanto al segundo efecto de la divina presencia, que es la práctica de las virtudes, no hay duda que tambien es un poderoso medio para que así se verifique. ¡Oh con cuánto valor pelean los soldados á la presencia de su rey! El solo pensamiento de que su príncipe les está viendo, que es el que únicamente debe castigarlos ó premiarlos, les comunica un grande ánimo y fortaleza. Así sucede tambien con una religiosa, cuando se halla á la vista de la superiora: ¡con cuánta compostura hace la oracion! ¡con cuánta modestia y humildad trata á las hermanas! y ¡con cuánta atencion cumple las obediencias impuestas! Con mayor razon, si las religiosas pensaran que en cuanto hacen, en todo ello Dios las está observando, tambien entonces todo lo harian bien y con un recto fin, sin respetos humanos, y sin tratar de complacer á ningun otro, fuera del mismo Dios. Reflexiona san Basilio que si alguna persona se encontrase á la presencia de su rey, estando tambien allí un aldeano, ciertamente que toda su consideracion la fijaria en complacer al rey, sin hacer caso alguno de lo que pudiese desear aquel

¹¹ Hom. 3 ad Ph. 2.

otro hombre ordinario; así tambien sucede, que el que vive en la presencia de Dios no trata de contentar á las criaturas, sino que atiende solamente á agradar al Rey de los reyes, que todo lo está viendo.

7 En órden al tercer efecto que la divina presencia ocasiona, que es el de unir al alma con Dios, sabemos por una regla infalible de amor, que siempre va este creciendo á vista del objeto amado. Esto sucede tambien entre los hombres, á pesar de que cuanto mas se trata con ellos, tanto mas se descubren sus defectos. Y ¿cuántos mayores grados de amor divino habrá de aumentar un alma, si de continuo tiene presente á Dios, sabiendo que á proporcion de ir creciendo el trato con este Señor, se va multiplicando tambien el conocimiento de la belleza y amabilidad suya? Y no se crea que para tener á un alma unida siempre con Dios es lo bastante la oracion de la mañana y de la noche. Dice el Crisóstomo, que aunque el agua esté hirviendo, si la retiran del fuego, presto habrá de volver á su frialdad natural; con lo que nos da á entender, que después de la oracion conviene conservar el fervor adquirido en ella con la presencia de Dios, renovando con frecuencia nuestros afectos. Refiere san Bernardo de sí mismo, que cuando en el principio de su conversion se hallaba inquieto y con frialdad de espíritu, bastábale acordarse de alguna persona santa, bien que ya hubiese muerto, ó bien que estuviese ausente, para serenarse y adquirir fervor inmediatamente en el amor divino: *Ad solam defuncti, seu absentis memoriam stabat spiritus*; son sus mismas palabras. ¡Oh cuánto mas poderoso habrá de ser para un

alma que ama á Dios, el eficaz recuerdo de que este Señor está presente y que tambien le está pidiendo su amor! Y esto puntualmente era lo que decia David, cuando al acordarse de su Dios, se encontraba todo lleno de consolacion y alegría: *Memor fui Dei, et delectatus sum* ¹². Hállese un alma tan afligida y desconsolada como se quiera, si ella ama de veras á Dios, en acordándose de su amado Señor no puede menos de quedar consolada, y dejar de ser afligida. Y esta es la causa de que las almas amantes de Dios viven siempre con el corazon tranquilo, en una paz continua; porque en todos sus acontecimientos y acciones, siempre procuran vivir y obrar á vista de su Dios; á semejanza de aquellas flores que se llaman girasoles, las que se encuentran siempre con la cara vuelta hácia el sol; por lo que decia santa Teresa: *El verdadero amante continuamente se acuerda del amado*.

8 Pero vengamos ahora á la práctica de este excelente ejercicio de la divina presencia; el que ciertamente consiste, parte en la operacion del entendimiento, y parte tambien en la voluntad; de aquel, en mirar á Dios presente, y de esta en unirse al mismo Señor con actos buenos de abatimiento, de adoracion, de amor y otros semejantes; de los cuales hablaremos después mas particularmente. Y en primer lugar, por lo que respecta á la presencia de Dios, será el primer modo el figurarnos presente á nuestro Redentor Jesucristo, el cual nos acompaña y nos ve en todo lugar en donde estemos. Podemos por lo tanto, representárnoslo, ya en un misterio, ya en otro; por ejemplo:

¹² Psalm. LVI, 2.

bien que yace siendo niño , en el pesebre de Belen ; bien que va como peregrino en la huida á Egipto ; bien que está trabajando ya mancebo en el taller de Nazaret ; bien que llegando á su pasion , padece como delincuente en Jerusalem , azotado , coronado de espinas , ó clavado en una cruz. Alababa mucho santa Teresa este modo de tener presente á Dios. Empero conviene advertir, que aun quando es muy bueno , sin embargo no es el mejor ; ni tampoco será siempre el mas adecuado ; en primer lugar , porque no se halla en un todo conforme con la verdad ; supuesto que Jesucristo , como Dios y hombre al mismo tiempo , no está realmente en nuestra presencia ó con nosotros , sino solo después de la sagrada comunión , ó quando estamos delante del santísimo Sacramento del altar. Además de que este modo se halla sujeto á ilusiones , ó á lo menos , con la fuerza de la fantasía puede trastornar la cabeza. Por lo que si alguna vez quiere practicarse , conviene hacerlo suavemente , y solo en quanto nos ayude ; sin que nos fatiguemos para figurarnos en la mente las propias facciones de nuestro Salvador , como su rostro , su estatura y su color : siendo bastante que nos lo representemos solo confusamente , y como si estuviere observando todo quanto hacemos nosotros.

9 El segundo modo mas seguro y aun mas excelente , como que está fundado en la misma verdad de la fe , es el mirar con los ojos de ella misma á Dios que está presente á nosotros en todo lugar , que nos circunda , y que ve y observa quanto hacemos. Y ¿qué importa que nosotros no lo veamos con los ojos de la carne ? El aire tampoco lo vemos , y á pesar de esto sabe-

mos de cierto que por todas partes estamos rodeados de él, y que aun vivimos tambien en medio de este elemento, pues que si nos faltase, no pudiéramos tampoco respirar ni vivir. No miramos á Dios, es verdad; pero la santa fe nos enseña que siempre lo tenemos presente: *Numquid non coelum, et terram ego impleo* ¹³? ¿Acaso no es cierto, dice Dios, que yo lleno con mi presencia el cielo y la tierra? Á la manera que una esponja en medio del mar está por todas partes circundada y reconcentrada de las aguas, así tambien, dice el Apóstol, que nosotros vivimos en Dios, nos movemos en Dios, y de Dios recibimos nuestra existencia: *In ipso vivimus, movemur, et sumus* ¹⁴. Y este Nuestro Señor, dice san Agustin, está tan atento para observar cualquiera accion, la menor palabra, y todo pensamiento de cada uno de nosotros, como si olvidándose de todas las demás criaturas suyas, no tuviese que mirar sino solamente nuestra conducta. Además de esto, observando Dios como se acaba de decir, cuanto hacemos, decimos y pensamos, todo ello lo va notando y escribiendo, para pedirnos después cuenta en el dia del juicio, y para darnos tambien á su tiempo el premio ó el castigo que hubiéremos merecido. Este segundo modo de la divina presencia no estraga ó lastima la mente; porque para ejercitarlo basta reavivar la fe, diciendo con un afectuoso consentimiento: *Dios mio, yo firmemente creo que Vos estais aquí presente*. A cuyo acto fácilmente podemos unir otros que sean de amor, de resignacion, de rectitud de intencion, y los demás semejantes.

¹³ Jer. xxxii, 14. — ¹⁴ Act. xvii, 18.

10 El tercer modo de conservar la memoria de la presencia de Dios consiste en reconocerlo en sus criaturas, mediante á que de su poder y bondad han recibido todas el ser, y la disposicion que tienen para servirnos. Dios, pues, está en el agua para lavarnos, en el fuego para calentarnos, en el sol para iluminarnos, en los manjares para nutrirnos, en los vestidos para cubrirnos, y así tambien en todas las demás cosas que ha criado para nuestra utilidad. Cuando lleguemos á ver algun objeto precioso, como un bello jardin, ó una hermosa flor, pensemos que allí resplandece un pequeño rayo de la infinita belleza de Dios, que es quien da el ser á aquel objeto. Si tratamos con un hombre santo y docto, consideremos tambien, que el mismo Dios es el que le comunica una pequeñita parte de su santidad y sabiduría. Así igualmente al oir alguna armonía, al percibir algun buen olor, al gustar en los manjares ó bebidas alguna dulzura, pensad desde luego què es Dios el que con su presencia participa á nosotros aquellos deleites, con el fin de que ellos nos eleven á suspirar por las delicias eternas del paraíso.

11 Acostumbrémonos por lo tanto, á mirar á Dios en todos los objetos, pues que en ellos se nos presenta, y tributémosle al considerar los actos de agradecimiento y de amor, comprendiendo, que con su admirable sabiduría tenia determinado desde la eternidad el criar tanta infinidad de producciones encantadoras, las que nos sirviesen de estímulo para amarle: *Discere amare*, decia san Agustin, *in factura factorem, ne teneat te, quod ab illo factum est, et amittas eum, à quo et ipse*

factus es ¹⁵. Aprende, dice, á amar á tu Criador en las criaturas; pero no pongas el afecto en ninguna de estas cosas que han sido criadas por Dios, á fin de que no coloques tu afición en alguna de ellas, y pierdas á aquel que aun á tí mismo tambien te ha criado. Y esta era con efecto la doctrina que el mismo Santo practicaba; pues que de la vista de las criaturas levantaba su corazón á Dios, y exclamaba lleno de amor: *Coe-lum et terra, et omnia mihi dicunt, ut amem te*. Mirando con reflexion el cielo, las estrellas, los campos y los montes, parecíale que todos ellos le decían: Agustín, ama á Dios, pues que si este Señor nos ha criado, no ha sido con otro fin sino para que tú le amases. Otro tanto le sucedía á santa Teresa, la cual cuando miraba las campiñas, el mar, los arroyuelos ú otras criaturas igualmente bellas, parecíale que todas la reprendían su ingratitud para con Dios. Así igualmente santa María Magdalena de Pazzis, cuando tenía en sus manos cualquiera flor preciosa, ó fruta exquisita, al ir remirándola, se sentía arrebatada del amor divino, diciendo interiormente: ¡Con qué mi Dios desde la eternidad tenía determinado criar esta flor ó fruta por amor mio, y para darme una señal de lo mucho que me ama! Refiérese tambien, que cuando san Simón Saló, al ir por el campo, se encontraba alguna flor ó yerbecita, le daba con la punta del baston, y le decía: «Callad, callad, que ya os entiendo: vosotras «me reprendeis, porque yo no amo á aquel Dios que «os ha criado tan hermosas por amor mio, á fin de «que me estimulase á amarle; y á pesar de esto yo no

¹⁵ In Psalm. xix.

«le amo. Bien lo conozco ; pero sosegaos , y no me re-
«prendais ya mas, callad.»

12 El cuarto modo, y tambien el mas perfecto para conservar la divina presencia, es el considerar á Dios dentro de nosotros mismos. No tenemos, pues, necesidad de subir al cielo para poder encontrar á Nuestro Señor; basta que nos recojamos en nuestro interior, y en nosotros mismos lo encontraremos. El tratar con Dios en la oracion como si estuviese retirado, es una cosa que nos atrae mucha distraccion. Decia santa Teresa : *Yo jamás he sabido qué cosa es hacer oracion como se debe, ó segun las reglas escritas ; sino que Dios me ha enseñado esta manera de orar ; en este recogimiento dentro de mí he encontrado siempre un grande aprovechamiento.* Para venir á la práctica , es necesario entender que Dios está en nosotros de un modo distinto que se halla en las demás criaturas ; pues que en nosotros reside como en su templo y propia casa, segun lo escribió el Apóstol diciendo : *Nescitis quia templum Dei estis, et spiritus Dei habitat in vobis* ¹⁶? Por eso dijo tambien nuestro Salvador, que á un alma que lo ama vendrá él con el Padre y con el Espíritu Santo, no á visitarla de paso, sino con el fin de permanecer en ella para siempre, y establecer allí su habitacion perpetua : *Si quis diligit me, Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus ; et mansionem apud eum faciemus* ¹⁷.

13 Aunque los reyes de la tierra tengan sus grandes palacios, reservan no obstante siempre sus particulares retretes, en donde ellos comunmente residen.

¹⁶ 1 Cor. III, 15. — ¹⁷ Joan. XIV, 23.

Dios es verdad que está en todas partes, su divina presencia llena el cielo y la tierra; pero sin embargo, habita de un modo particular en nuestras almas, y en ellas se entretiene á recrearse como en otros tantos jardines de sus delicias, segun él mismo nos lo hizo saber, diciendo por boca del Apóstol: *Inhabitabo in illis, et interambulabo inter eos, et ero illorum Deus* ¹⁸

Y allí es donde tambien quiere ser amado de nosotros, y que le roguemos, en tanto que él se halla en nuestro interior todo lleno de amor y de piedad, para oir desde allí igualmente nuestras súplicas; para recibir nuestros afectos; para defendernos, iluminarnos, gobernarnos, comunicarnos sus dones, y socorrernos en todo aquello que pueda contribuir á nuestra salvacion eterna. Por lo tanto, avivando nosotros la fe de esta verdad, procuremos con frecuencia aniquilarnos por una parte á la vista de tan grande Majestad, que tiene la dignacion de habitar con nosotros; y por otra, ocupémonos en hacer actos, ya de confianza, ya de ofrecimiento, y ya de amor por su bondad infinita: unas veces démosle gracias por sus muchos beneficios; otras gocémonos de su gloria; pidámosle tambien consejo en nuestras dudas en todas las ocasiones; consolándonos siempre de poseer este sumo bien dentro de nosotros mismos, sin temor de que ninguna potencia criada pueda jamás quitárnoslo, ni de que él tampoco se retire nunca de nuestro interior, á no ser que nosotros lo despidamos antes voluntariamente.

14 Esta, pues, era aquella celdita que santa Catalina de Sena se habia fabricado dentro de sí misma,

¹⁸ II Cor. vi, 16.

en la que continuamente estaba retirada con Dios, ocupándose en amorosos coloquios; y de esta manera se sobreponia á la persecucion de sus parientes, que le habian privado el poder nunca retirarse á orar á su habitacion; consiguiendo la Santa sacar de aquella celdita mayor aprovechamiento, pues que de su anterior estancia necesitaba salir muchas veces al dia; mientras que de esta celda interna jamás ella se ausentaba, y allí siempre estaba recogida con Dios. Por eso, hablando santa Teresa de esta presencia divina en nuestro interior, decia: *Aquellas personas que de esta manera pueden encerrarse en este pequeño cielo de nuestras almas, en donde está aquel mismo que las crió, creo que andan por un excelente camino, porque adelantan mucho en el viaje en poco tiempo.* En suma, con este ejercicio de la presencia de Dios llegaron los Santos á conseguir el gran tesoro de sus méritos. Así lo practicaba tambien el real Profeta: *Providebam Dominum in conspectu meo semper* ¹⁹. Yo siempre procuraba tener á Dios presente, y conocer que estaba observando todas mis operaciones. El beato Enrique Suson se aplicó con tanta atencion á este santo ejercicio, que todo cuanto practicaba lo hacia en la divina presencia; y así sucedia que él continuamente estaba conversando con su Dios en tiernos afectos. Del mismo modo santa Gertrudis adquirió el buen hábito de este ejercicio de tal manera, que hablando Nuestro Señor de ella á santa Matilde, le dijo: *Esta mi amada siempre camina en mi presencia, buscando en todas ocasiones hacer mi voluntad, y dirigiendo todas sus obras*

¹⁹ Psalm. xv.

á mi mayor gloria ²⁰. Así tambien lo hacia santa Teresa; pues que en cualquiera ocupacion que la Santa tenia, cási nunca perdía de vista á su amado Señor.

15 Si, pues, me preguntáseis cuántas veces al dia deberíais recordar esta presencia de Dios, yo os respondiera con san Bernardo, que en cada momento deberíais hacerlo. Pues así como no hay algun instante, dice el Santo, en el que nosotros no gocemos de los beneficios de Dios, así tambien no debe haber instante en el que no nos acordemos del mismo Dios, y hayamos de manifestarle nuestro reconocimiento. Si alguno supiese que su rey pensaba siempre en él, y en el modo de beneficiarle, aun cuando este afecto del monarca no llegase á servirle de nada, no podria sin embargo olvidarse de él, y dejar de amarle interiormente. Pues ahora bien; no puede dudarse que vuestro Dios está pensando siempre en vos, y que de continuo os está beneficiando, ya con luces espirituales, ya con auxilios internos, y ya con visitas amorosas; ¿no será, pues, una ingratitud el vivir olvidada de tan buen Padre en cualquiera tiempo? Convengamos en que es un deber el que nos esforcemos á recordar siempre, ó á lo menos con la mayor frecuencia posible, que estamos en su divina presencia. Y este fue el aviso que el Señor dió á Abraham diciéndole: *Ambula coram me, et esto perfectus* ²¹. Procura caminar siempre en mi presencia, y serás perfecto. La misma advertencia hizo tambien Tobías á su hijo por estas palabras: *Omnibus diebus vitae tuae in mente habeto Deum* ²². Hijo mio, en todos los dias de tu vida ten á Dios siem-

²⁰ Lib. 1 S. Gertr. c. 11. — ²¹ Gen. xvi, 1. — ²² Tob. iv, 6.

pre delante de tus ojos. Y este mismo ejercicio de la divina presencia recomendó san Doroteo sobre todo á su discípulo san Dositeo, cuando este le suplicó que le dijese lo que debería practicar para hacerse santo: *Cogita*, le dijo, *semper Deum tibi praesentem*. Piensa que á Dios lo tienes siempre presente, y te está mirando. Y escribió después el mismo san Doroteo, que este buen discípulo suyo observó con tanta exactitud su consejo, que en todas sus ocupaciones, y aun en la última enfermedad que tuvo, nunca perdió á Dios de vista: adelantando por este medio tanto en las virtudes cristianas, que de soldado y jóven disoluto y vicioso que antes era, en solo el espacio de cinco años llegó á la mayor santidad; en tan alto grado, que después de su muerte se dejó ver en el cielo sentado entre los mayores santos anacoretas.

16 El gran siervo de Dios, el P. José Anquieta, sabemos tambien que por este medio de la divina presencia llegó á una grande perfeccion de vida; y el mismo decia, que no puede privarnos ninguna cosa de tan santo ejercicio, sino la poca atencion que pongamos en tenerlo. Por esta causa nos avisa el profeta Miqueas: *Indicabo tibi, ò homo, quid sit tibi bonum, et quid Dominus requirat à te; utique sollicitum ambulare cum Deo tuo* ²³. Yo te mostraré, ó hombre, cuál sea tu bien, y qué cosa exige el Señor de tí: que lo es, que seas solícito, y pongas todo tu cuidado en hacer todas las cosas en su presencia; porque así tambien todo te saldrá bien hecho. Y san Gregorio Nacianceno, persuadido de esto mismo, nos dejó escrito. *Nec*

²³ Mich. vi, 8.

enim tam saepe spiritum ducere, quam Dei meminisse debemus ²⁴. Dice que nosotros debemos acordarnos de Dios tantas cuantas veces respiramos; y añade, que haciéndolo así, todo lo haremos. Advierte tambien otro devoto autor, que la oracion en varios casos puede omitirse, como en el tiempo de enfermedad, ó quando median importantísimas ocupaciones que no sufren dilacion; pero que el ejercicio de la presencia de Dios debe siempre practicarse por medio de actos buenos, de rectitud de intencion, de ofrecimiento y otros semejantes, como después notaremos mas extensamente.

17 Hasta aquí hemos hablado de la operacion del entendimiento en este santo ejercicio de la divina presencia; tratemos ahora de la aplicacion que en él tiene la voluntad. Y es necesario entender ante todo, que el estar continuamente ejercitando la presencia de Dios, teniendo siempre fijo en él nuestro pensamiento, esta es una felicidad propia solamente de los bienaventurados; mas en el estado en que al presente nos hallamos, es moralmente imposible el mantener esta presencia continuada y sin interrupcion alguna. Pero debemos, á pesar de todo, procurar adquirirla con la mayor permanencia posible; y esto deberá ser, sin una cierta solicitud inquieta, y sin esfuerzos indiscretos de la mente; sino con suavidad y paz interior. Notemos que son tres los medios ó modos para hacernos fácil la aplicacion de la voluntad á este ejercicio. El primero es levantar el corazon á Dios frecuentemente con breves, pero fervientes jaculatorias, ó sean amorosos afectos

²⁴ Orat. de cura pauper.

hácia el mismo Dios presente, los cuales pueden practicarse en todo lugar y en todo tiempo: cuando se anda, cuando se trabaja, cuando se está en la mesa, y cuando se disfruta de la recreacion. Los tales afectos pueden ser de eleccion, de buenos deseos, de resignacion, de ofrecimiento, de amor, de renuncia, de gratitud, de peticion, de humillacion, de confianza y otros semejantes. En cualquiera ocupacion en que os halleis, ¿quién os impide que dirigiéndoos de cuando en cuando á Dios, le digais: *Dios mio, á Vos sólo quiero, y nada mas. Ninguna cosa deseo, sino el ser toda vuestra. Haced de mí y de todas mis cosas aquello que fuere de vuestro agrado. A Vos toda me entrego: os amo mas que á mí misma: quiero solamente aquello que Vos quereis: renuncio por amor vuestro de todas las cosas: os doy gracias por todos los beneficios que me habeis dispensado: ayudadme, y tened piedad de mí: concededme vuestro santo amor, ¡ay Señor mio, que á estas horas deberia yo estar en el infierno! me gozo de vuestra felicidad: yo quisiera que todos os amasen: no permitais que yo me separe jamás de Vos: en Vos tengo toda mi confianza: ¡oh cuándo llegará aquel dia en el que yo consiga veros y amaros cara á cara! Cuanto hago, y cuanto padezco, todo ello sea para vuestra gloria y mi provecho: hágase siempre en todo vuestra santísima voluntad.* Los Padres antiguos hacian grande aprecio de estas breves oraciones, las cuales ayudan mucho mas á conservar la presencia de Dios, que las oraciones largas. Y san Juan Crisóstomo decia, que el que se vale con frecuencia de tan breves jaculatorias ó afectos del corazon, cierra la puerta al demonio, para que

no vaya á molestarle con malos pensamientos : *Si crebris precationibus teipsum accendas , non dabis occasionem diabolo , et ullum ad suas cogitationes aditum* ²⁵.

18 Conviene , sin embargo , en ciertos tiempos avivar mas especialmente la fe de la divina presencia. En primer lugar por la mañana , diciendo cuando despertemos : *Dios mio , creo que en este dia habeis de estar presente en todo lugar en donde yo anduviere : guardadme por lo mismo en todas partes , y no permitais que os ofenda , hallándome á vuestra vista*. En segundo lugar , al dar principio á todas nnestras oraciones , ya mentales ó ya vocales. Decia el venerable cardenal D. Ignacio Caracciolo , que aquel que hace la oracion con distracciones , da señales de que ha estado negligente en renovar bien el acto de fe de la presencia de Dios. En tercer lugar , en ocasion de ser acometidos con alguna tentacion de impaciencia ó de impureza ; por ejemplo , si os sobreviene algun dolor agudo , si recibis alguna grave afrenta , ó se os pone á la vista cualquiera objeto escandaloso , inmediatamente en tales casos fortaleceos con la divina presencia , y adquirid nuevo valor ó ánimo con recordar que Dios os está mirando. Así se ayudaba David para vencer las tentaciones diciendo : *Oculi mei semper ad Dominum , quoniam ipse evellet de laqueo pedes meos* ²⁶. Yo pondré los ojos en mi Dios , y él me librará de los lazos que me hayan puesto mis enemigos. Pues así tambien es necesario que lo hagais , cuando os ocnrra el tener que ejercitar cualquiera acto de virtud muy dificil ; como ciertamente hizo la gloriosa Judith , cuando habiendo

²⁵ Hom. 4 de Fide. — ²⁶ Psalm. xxiv, 15.

ya desenvainado la espada, y cogida la cabellera de Holofernes, que estaba durmiendo, antes de enderezar el golpe se dirigió á Dios, y le dijo : *Confirma me, Domine, in hac hora* ²⁷ ; y tomando ánimo de esta manera, le cortó valerosamente la cabeza.

19 El segundo modo de conservar la presencia de Dios con los actos de la voluntad consiste, en que en aquellas operaciones que mas distraen renovemos frecuentemente la intencion de practicarlas todas ellas con el único objeto de complacer á Dios. Y por eso en el principio de todo negocio, ó bien que vais á emprender alguna obra, ó bien que poneis mano á la labor, ó que os dirigís á misa, ó á la recreacion, ó al reposo, decid siempre : *Señor, yo no pretendo en esto que voy á emprender el hacer mi gusto, sino solamente el cumplir vuestra adorable voluntad.* En la continuacion de aquel mismo ejercicio ú operacion procurad renovar con frecuencia la primera intencion, diciendo : *Dios mio, sea todo para gloria vuestra.* Con hacerlo así se conserva bien la divina presencia, sin cansar el cerebro ó la mente : porque este mismo deseo de agradar á Dios es una memoria amorosa de tenerle presente. Ayuda tambien prefijarnos ciertos tiempos ó señales particulares para recordar la divina presencia, como cuando suena el reloj, cuando mirais el Crucifijo, cuando entraís ó salís de la celda, etc. Algunos suelen poner en su habitacion cualquiera señal particular con el fin de recordar con ella la presencia de Dios.

20 El tercer modo consiste, en que cuando entre

²⁷ Judith, xiii, 9.

dia os halleis con muchas distracciones, ó con la mente fatigada por las ocupaciones que hayan ocurrido, procureis pedir licencia á la superiora para retiraros, aunque sea por un corto espacio de tiempo, bien al coro, ó bien á vuestra celda para recogeros con Dios. Pregunto, si llegais á sentir en cualquier dia, que destallece vuestro cuerpo, por hallaros muy fatigada, y haber estado mucho tiempo en ayunas, ¿no procuraríais entonces tomar alguna refeccion, para poder de aquel modo llevar adelante la fatiga? Pues ¿cuánto mas deberéis practicar esto mismo con vuestra alma, cuando ella se resiente desmayada en el espíritu, y aun resfriada en el amor divino, por haber estado en un ayuno prolongado, es decir, privada de la oracion y del recogimiento con su Dios? Repito, como queda ya referido anteriormente, lo que decia el P. Baltasar Alvarez, que el alma fuera de la oracion debe estar como un pez fuera del agua, en un estado de violencia; por lo cual, siempre que hayais estado mucho tiempo entre los negocios y distracciones, debeis procurar ir á tomar aliento, por decirlo así, en la soledad; reuniéndoos allí con Dios por medio de los afectos y las súplicas. Advertid que la vida bienaventurada del cielo consiste en ver y amar á Dios: y por lo mismo debeis concluir, que la felicidad de un alma en este mundo estriba tambien en amar y en ver al mismo Dios, no ya al descubierto, como sucede en el paraíso, sino mirándole siempre presente, por medio de la fe divina; con cuyo ejercicio irá adquiriendo la misma alma una gran reverencia, confianza, y amor para con su amado y único bien. El que lo practica

de este modo comienza aun en este valle de lágrimas á disfrutar la vida de los bienaventurados, que siempre están viendo á Dios: *Semper vident faciem Patris* ²⁸; y por eso no pueden dejar de amarle: y de este modo despreciará también todas las cosas terrenas, conociendo que á la presencia de Dios todo es miseria y humo; y principiará ya desde esta vida á poseer aquel sumo bien, que sabe contentar los corazones mas que ningun otro de los aparentes bienes.

ORACION.

¡Adorado Jesús mio! Vos no habeis rehusado darme á mí toda vuestra sangre, y ¿yo habré de excusarme en ofreceros todo mi amor? No, ¡amado Redentor mio! yo me ofrezco toda á Vos: aceptad mi ofrenda, y disponed de mí como fuere de vuestro agrado. Mas, ya que Vos me inspirais este deseo de que os ame perfectamente, enseñadme tambien lo que deberé hacer para conseguirlo, pues yo á todo ello quiero darle cumplimiento. Haced, Señor, que este corazon que ha estado tanto tiempo privado miserablemente de vuestro amor, ahora no ame ni busque sino á Vos. Disponed tambien que mi voluntad no quiera otra cosa sino solo aquello que Vos querais. ¡Miserable de mí! ¡que he empleado muchos años en satisfacer mi amor propio, habiendo despreciado vuestra voluntad y olvidádome de Vos mismo! Haced, pues, que de hoy en adelante de todo me olvide, y hasta de mí misma, para acordarme solamente de amaros y complaceros. ¡Ay

²⁸ Matth. xviii, 10.

Dios de mi vida, amable sobre todos los bienes! ¡cuánto sentimiento me causa el haber hecho tan poco caso de Vos en mi vida pasada! Perdonadme, pues, Señor mio, y atraedme á Vos enteramente; sin permitir que yo haya de amaros poco, ó que mi amor en ninguna otra cosa lo ponga fuera de Vos. Todo lo espero, Jesús mio, de vuestra bondad y de vuestros méritos. Tambien pongo toda mi confianza en vuestra intercesion, ¡oh Reina mia, mi abogada y mi madre, María soberana! Encomendadme por piedad á vuestro divino Hijo, que benigno os oye siempre, y nunca os niega nada.

CAPÍTULO XVII.

DE LA LECTURA ESPIRITUAL.

1 Acaso para la vida espiritual no sea de menor utilidad la lectura de los libros santos que la oracion. Decia san Bernardo, que la lectura nos instruye á un mismo tiempo en la oracion y en la práctica de las virtudes: *Lectio nos ad orationem instruit, et ad operationem*¹: de donde concluye que la una y la otra son las armas con las cuales se vence al infierno, y se alcanza el paraiso: *Lectio et oratio sunt arma, quibus diabolus expugnatur, beatitudo acquiritur*². No siempre podemos tener á la mano ó cerca de nosotros al Padre espiritual que nos aconseje en todas nuestras operaciones, y especialmente en los casos dudosos;

¹ Serm. 50 de modo bene viv. — ² Ibid.

pero la lectura bien podrá suplirlo todo, suministrándonos las luces necesarias, y sirviéndonos de guia para evitar los engaños del demonio y de nuestro amor propio, y para saber tambien cumplir la voluntad divina. Por eso decia san Atanasio, que no se verá una persona que atienda resueltamente al servicio de Dios, la cual no esté aplicada á la lectura espiritual: *Sine legendi studio neminem ad Deum intentum videas*. Y esta ha sido la causa que tambien ha movido á todos los fundadores para que hayan recomendado mucho á sus religiosos este santo ejercicio. Entre otros, san Benito ordenó que cada uno de sus monjes debiese tener todos los dias su lectura, y que dos de los mismos hermanos estuviesen encargados para ir recorriendo las celdas y averiguar si todos lo hacian; queriendo tambien el Santo que al que fuese negligente acerca de esto, se le penitenciasen. Pero aun antes que todos impuso el Apóstol esta obligacion á su Timoteo, diciéndole: *Attende lectioni*³. Y nótese la palabra *attende*, la cual le significaba, que aun cuando estuviese muy ocupado, por ser obispo, en cuidar de su grey, queria el Apóstol, que no obstante esto atendiese á la lectura de los libros santos; y no ya como de paso, y por corto tiempo, sino de propósito, y en el espacio de muchas horas.

2 Cuanto sabemos que es nociva la lectura de los malos libros, otro tanto se hace provechosa la de los buenos. Y así como la primera suele ser todos los dias la ruina de muchos jóvenes, así tambien por el contrario la segunda es con frecuencia la causa de la con-

³ Tim. iv, 13.

version de muchos pecadores. El espíritu de Dios es el primer autor de los libros devotos ; pero de los libros perniciosos lo es el espíritu del demonio, el cual frecuentemente usa con algunas personas el astuto arte de ocultarles el veneno que encierran los tales libros suyos , bajo el dorado pretexto de que en ellos se aprende el modo de hablar con elegancia , y la ciencia de las cosas del mundo para saber gobernarse ; ó á lo menos , sirven para pasar el tiempo sin fastidio. Y contrayéndonos ahora á las monjas, yo digo, que no puede haber cosa que les sea mas perjudicial que el leer estos malos libros. Y no se crea que por libros malos entienda yo solamente los que están prohibidos por la Santa Sede, por contener herejías ó materias torpes ; sino que comprendo tambien todos aquellos escritos que tratan de amores mundanos. ¿Qué espíritu podrá tener jamás una religiosa que se entretiene en leer romances, ó comedias, ó tambien poesías profanas? ¿Qué recogimiento llegará ella á encontrar después en la oracion y en la sagrada communion? ¿Deberá llamarse esta tal esposa de Jesucristo, ó antes bien una de las malas esposas del mundo? Supuesto que hasta las doncellas del siglo que acostumbran leer semejantes escritos difícilmente suelen tambien ser buenas seglares.

3 Me dirá tal vez alguna : *Pero ¿qué daño hacen los romances, ni las poesías profanas, cuando no contienen palabras immodestas?* ¿Qué daño, preguntais? pues oidlo: con semejantes versos se enciende la concupiscencia de los sentidos, se despiertan especialmente las pasiones ; y estas después con facilidad ganan la voluntad, ó á lo menos la debilitan de tal manera,

que presentándose luego la ocasion de alguna aficion impura hácia cualquiera persona , halla ya el demonio al alma dispuesta para conducirla al precipicio. Y dice un sabio escritor, que por medio de la lectura de libros tan perniciosos hace y está haciendo todos los dias la herejía tantos progresos, mediante á que ella tambien de este modo ha dado y aun da mayor fuerza al libertinaje. Entendamos ahora que el veneno de estos escritos entra en el alma poco á poco : primeramente se apodera del entendimiento; en seguida infesta la voluntad, y por último le da la muerte del alma. Tal vez no tenga el demonio un medio mas poderoso y mas seguro para perder una doncella que la lectura de libros tan envenenados. ¡Oh qué desolacion llegará á ocasionar este veneno, si alguna vez se introduce en una comunidad! Será lo bastante un solo libro malo de los de esta especie para conducirla á su ruina. Si alguna vez, esposa bendita del Señor, llega á vuestras manos cualquiera escrito de estos, arrojadlo inmediatamente al fuego, al fuego, repito, para que nunca mas aparezca. Y si en alguna ocasion fuéreis superiora, procurad en cuanto podais extirpar del convento semejantes libros, si no quereis tener que dar una rigorosa cuenta á Dios.

4 Advertid además de esto, que habrá algunos escritos que no contendrán materias pecaminosas, pero serán inútiles para vuestro aprovechamiento; y estos tales aun tambien habrán de seros perniciosos, pues que os harán perder el tiempo que pudiérais invertir en ocupaciones útiles para el alma. San Gerónimo escribió á su discípula Eustoquio, para que le sirviese

de instruccion , que mientras él estaba á los principios en la soledad de Belen , gustaba de leer con frecuencia los escritos de Ciceron ; y experimentaba por el contrario un cierto horror á los libros sagrados , á causa del estilo inculto que en ellos encontraba. Le sobrevino por entonces al Santo una grave enfermedad , durante la cual fue presentado un dia en vision al tribunal de Jesucristo , en donde este Señor le preguntó : *Dime ¿quién eres tú?* A lo que él respondió : *Yo soy un cristiano.* Mientes , replicó entonces el divino Juez ; *¿qué has de ser tú cristiano? tú no eres tal , sino que eres ciceroniano;* y mandó que inmediatamente fuese azotado. El Santo prometió desde luego enmendarse ; y volviendo en sí , ó á sus sentidos , se halló con efecto sus espaldas llenas de cardenales y realmente llagadas , por el castigo que en aquella vision habia recibido ; y desde entonces abandonó los libros de Ciceron , y se dedicó á la lectura de la sagrada Biblia. Es verdad tambien que en ciertos libros de esta clase á veces se encuentran algunos sentimientos que no dejan de ser útiles al espíritu ; pero escribiendo el mismo san Gerónimo sabiamente á otra discípula suya , tambien le dijo : *Non necesse habes aurum in luto quaerere* *. ¿Qué necesidad tienes de andar buscando un poco de oro en medio de tanto fango , cuando puedes dedicarte á leer los libros devotos , en donde verás que todo es oro , sin que haya lodo alguno? Igualmente son por lo comun libros inútiles y á veces tambien perjudiciales para las religiosas los pertenecientes á teología moral ; porque con su lectura pueden fácilmente inquietar sus concien-

* Epist. ad Furiam.

eias, y aun acaso aprender lo que les es conveniente ignorar. Tambien á algunas puede serles nociva la lectura de libros de teología mística; pues que pudiera suceder que con esto ellas se dedicasen á la oracion sobrenatural, y de esta manera abandonasen el camino ordinario de su oracion acostumbrada, que es la de meditar y ejercitarse en afectos; con cuyo error quedarian privadas de la una y de la otra; mediante á que nadie debe entrometerse al ejercicio de contemplacion, si Dios claramente no le llama á ella. Por eso santa Teresa se apareció después de su muerte á una religiosa suya, y le previno que los superiores prohibiesen á las monjas el leer sus libros concernientes á visiones y revelaciones; diciéndole que ella no se habia santificado ni con las unas ni con las otras, sino con el ejercicio de las virtudes.

5 Mas volvamos á nuestro intento. ¡Oh cuántos bienes ocasiona la lectura de los libros sagrados! En primer lugar sucede, que así como la otra que se tiene de los malos escritos, segun hemos visto, llena al alma de sentimientos mundanos y venenosos, se deja ver, por el contrario, que leyendo las santas páginas, se llena tambien la mente de santos pensamientos y de buenos deseos. Una religiosa que invierte una gran parte del dia en leer libros curiosos y profanos, los cuales le meten en la cabeza mil ideas de mundo, y una turba de afectos terrenos, ¿cómo habrá de poder jamás estar recogida en santos pensamientos? ¿cómo mantenerse en la divina presencia, y dirigir á Dios con frecuencia los actos fervorosos? Por regla natural, el molino desmenuza el grano que recibe la tolva; y

echándose en ella una semilla mala, ¿cómo es posible que arroje buena harina? Irá aquella monja que ha empleado una parte considerable del tiempo en leer cualquiera libro curioso, irá, digo, á la oracion ó á la comunión; y sucederá que entre tanto, en vez de pensar en Dios, y de hacer actos de amor y de confianza, estará enteramente distraída; porque entonces se le vendrán á la mente todas las especies de aquellas vanidades que ha leído. Por el contrario, á aquella otra que tiene la mente llena de especies devotas, como de documentos de espíritu y de ejemplos de santos virtuosos, no solamente estando en la oracion, sino tambien fuera de ella, le acompañarán aquellos buenos pensamientos, y habrán de tenerla cási siempre unida con Dios. San Bernardo declara esto mismo con otra bella semejanza, exponiendo el Santo aquel texto de san Juan ⁵: *Quaerite et invenietis*, dice: *Quaerite legendo, et invenietis meditando; lectio quasi cibum ori apponit, meditatio masticat* ⁶. Buscad con la leccion de los libros devotos, y con la meditacion encontrareis; porque la leccion pone dentro de la boca aquella comida que después con la meditacion viene á quedar masticada.

6 En segundo lugar, el alma que ha llegado á inundarse en santos pensamientos por medio de la lectura habrá de estar mas pronta y preparada para desechas las tentaciones internas. Este era el consejo que san Gerónimo daba á su discípula Salvina: *Semper in manibus tuis sit divina lectio, ut cogitationum sagittae hujusmodi clypeo repellantur* ⁷. Procura tener siempre

⁵ Joan. xvi, 24. — ⁶ S. Bern. Scala C. — ⁷ Epist. ad Salvin.

en las manos libros devotos, á fin de que con este escudo puedas defenderte de los malos pensamientos. En tercer lugar, sirve tambien la lectura espiritual para ver las manchas que tenemos en el alma, y así podemos limpiarnos de ellas. El mismo san Bernardo escribió á Demetriades, que se valiese de la lectura espiritual como de un espejo: *Lectionem adhibens speculi vice* ⁸. Con lo que queria decir, que así como el espejo material sirve para ver las manchas que tenemos en el rostro, así tambien los libros santos nos hacen conocer los defectos con que nuestra conciencia se halla manchada. *Ibi foeda*, dice san Gregorio hablando igualmente de la lectura espiritual, *ibi pulchra nostra cognoscimus; ibi sentimus, quantum proficimus* ⁹. Por medio de ellos conocemos nuestros atrasos ó adelantos en el espíritu; por ellos tambien observamos la decadencia ó el aprovechamiento que tenemos en el camino de Dios. En cuarto lugar, por medio de la lectura de los libros santos recibimos muchas luces y llamadas divinas; lo que hizo decir á san Gerónimo, que cuando oramos hablamos nosotros á Dios; pero que cuando leemos el mismo Dios nos habla á nosotros: *Oras, loqueris ad sponsum; legis, ille tibi loquitur* ¹⁰. Y esto mismo viene á expresar san Ambrosio diciendo: *Illum alloquimur, cum oramus, illum audimus, cum legimus* ¹¹. En la oracion Dios oye nuestras peticiones, mas en la leccion nosotros escuchamos las voces de Dios. No siempre, como se ha dicho antes, podemos tener á nuestro lado al Padre espiritual, ni tampoco

⁸ Epist. ad Demetr. — ⁹ Mor. lib. 2, c. 1. — ¹⁰ Epist. 22. —

¹¹ Lib. 1 de Offic. c. 20.

es posible en todos tiempos oír predicar á santos oradores que nos dirijan, y nos comuniquen luces para que andemos seguros por el camino de Dios; pues los buenos libros suplen sin duda la falta de los sermones. Escribe san Agustin, que los escritos santos son como otras tantas cartas amorosas que el Señor nos envia; por medio de las cuales nos advierte los peligros, nos enseña el camino de la salvacion, nos anima á sufrir las adversidades, y nos ilumina y nos inflama en su divino amor. Cualquiera persona, pues, que desee salvarse y conseguir el amor divino, debe leer con frecuencia estas mismas cartas del paraíso.

7 ¿Cuántos Santos sabemos que con la lectura de algun libro espiritual han dejado el mundo, y se han consagrado á Dios? Es bien sabido que cuando san Agustin estaba desgraciadamente encadenado con sus pasiones y vicios, por medio de la lectura que hizo en una de las cartas de san Pablo, vióse iluminado con la luz divina, salió de las tinieblas en que vivia, y comenzó á hacerse santo. Así tambien sucedió con san Ignacio de Loyola cuando era soldado; que por la lectura de un libro de vidas de Santos, que inconsideradamente tomó para repasar, con solo el fin de evitar el fastidio que le causaba el lecho en que entonces se encontraba enfermo, se conmovió tanto con el contenido de dicho libro, que emprendió una vida santa; llegando á ser después padre y fundador de la Compañía de Jesús, de una religion que tantos bienes ha traído á la Iglesia. Así igualmente por leer san Juan Colombino, como por acaso y casi contra su voluntad, en un libro devoto, abandonó el mundo y se hizo san-

to, fundando él tambien después otra religión monástica. Refiere además de esto san Agustín ¹², que entrando un dia dos cortesanos del emperador Teodosio en cierto monasterio de solitarios, el uno de ellos se puso á leer casualmente la vida de san Antonio abad, que se encontró en una celda; y comenzó entonces á embeberse de tal manera en santos pensamientos, que se resolvió á abandonar inmediatamente al mundo; y habló en seguida con tanto fervor á su compañero, que los dos se quedaron en aquel mismo monasterio para servir á Dios. Se lee á mayor abundamiento en las crónicas de Carmelitas descalzas, que en Viena se habia aderezado una dama para ir una tarde á cierto festin ó baile; mas no habiéndose este verificado, se puso muy enfadada é incómoda la tal Señora; por lo que tratando de buscar alguna distraccion, tomó un libro espiritual que se le vino á la mano, en donde, por su buena suerte, principió á leer sobre las vanidades del siglo; y aprendió con efecto de tal manera á despreciar el mundo, que tambien llegó á dejarlo, y se hizo monja teresiana. Esto mismo aconteció tambien en Sicilia á la duquesa de Montalto, la cual igualmente por acaso se puso un dia á leer en las obras de santa Teresa; y continuando su lectura, tanto se conmovió, que pidiendo licencia á su marido con instancias, al fin obtuvo su consentimiento para poder hacerse ella tambien carmelita descalza, como con efecto llegó á serlo.

8 Mas debe advertirse que la lectura de los libros espirituales, no solamente ha favorecido á los Santos

¹² Conf. l. 8, c. 6.

en el principio de su conversion, sino que tambien les ha sido provechosa en toda su vida posterior, para conservarse en sus buenos propósitos, y hacer mayores progresos en la perfeccion. El glorioso santo Domingo daba una prueba de ello, quando abrazaba sus libros devotos, y estrechándolos amorosamente decia : *Estos me han dado la leche celestial*. Y ¿cómo pasaban los santos anacoretas viviendo tantos años en los desiertos separados de todo humano comercio, sino con la oracion y el uso de los libros espirituales? El gran siervo de Dios Tomás Kempis no podia encontrar mayor consuelo, que el estarse en un rincon de su celda con un libro que le hablase de Dios. Ya tambien se ha referido antes en otro lugar, que el venerable Vicente Caraffa decia, no saber él desear otro estado mas feliz en este mundo que el de pasar su vida en una pequeña gruta con un pedazo de pan y un libro devoto. Y san Felipe Neri se ocupaba, como sabemos, en leer libros espirituales, y particularmente vidas de Santos, en todas aquellas horas que podia tener libres de sus mayores ó mas principales ocupaciones.

9 Si por ventura me preguntais qué libro podrá seros mas provechoso como á religiosa que sois : en primer lugar deberé contestaros, que leais en aquellos libros en donde vuestra alma encuentra mayor devocion, y con los que llegais á sentir os mas movida para uniros con Dios. Para tan laudable fin son muy á propósito las Obras de san Francisco de Sales, las de santa Teresa, del P. Granada, del P. Rodriguez, de Sanjuré, de Nieremberg, de Pinamonti y de otros semejantes; y especialmente los Avisos á los religiosos

de los Padres de san Mauro, y el Directorio ascético del P. Scaramelli, libro moderno, pero muy docto y devoto. Y hablando en general acerca de esto, os aconsejo que omitais la lectura de los libros difíciles, leyendo en su lugar aquellos que son devotos, y al mismo tiempo fáciles de entender; y que procureis tambien repasar aquellas materias que conozcais mas provechosas para vuestra perfeccion. Leed con frecuencia, entre otros, las vidas de los Santos, y especialmente las de aquellos que de uno y otro sexo han llegado á santificarse en el estado religioso; como la Vida de santa Teresa, de santa María Magdalena de Pazzis, de santa Catalina de Sena, de la beata Juana de Chantal, de la venerable sor Francisca Farnese, de la venerable sor Serafina de Capri, de san Pedro de Alcántara, de san Juan de la Cruz, de san Francisco de Borja, de san Luis Gonzaga, y otros semejantes. Leed tambien frecuentemente las vidas de los santos Mártires, con especialidad las de tantas gloriosas vírgenes que han dado su vida por Jesucristo; y á este fin podréis ocuparos en repasar las vidas de los Santos, publicadas por el P. Croisset, las cuales van separadas en tres tomos aparte de su obra grande *de los Ejercicios de piedad*. ¡Oh cuán provechosa es la lectura de las vidas de los Santos! En los libros que instruyen acerca de las virtudes se lee aquello que debemos practicar; mas en las vidas de los Santos se ve lo que ya han hecho tantos hombres y mujeres que eran de carne como nosotros. Por manera, que aun quando no sacásemos otra utilidad, su ejemplo á lo menos nos obliga á humillarnos, y meter nuestro rostro de-

bajo de la tierra ; pues que al observar en aquellas páginas las grandes cosas que los Santos han ejecutado, ciertamente nos avergonzaremos de lo poco que nosotros hemos hecho ; y aun hacemos por Dios.

10 Oigamos lo que san Agustín confiesa de sí mismo en estas expresiones : *Exempla servorum tuorum congesta in sinum cogitationis nostrae urebant et absument torporem nostrum, et accendebant nos* ¹³. Dios mio, decia el Santo, los ejemplos de vuestros siervos, considerados por mí, consumían mi tibieza, y me inflamaban en vuestro santo amor. Y escribe también san Buenaventura acerca de san Francisco ¹⁴, que el Santo *ex recordatione sanctorum, tamquam lapidum ignitorum, in deificum recalescebat incendium*. Con acordarse de los Santos y de sus virtudes, estas lo encendían de nuevo en el amor para con Dios, como si fuesen otras tantas piedras ardiendo. Refiere además de esto san Gregorio ¹⁵, que habia en Roma un cierto pobre llamado Sérvulo ; el cual estaba enfermo, y andaba mendigando para vivir ; que este mismo, de aquellas limosnas que recogia, una parte la repartia entre otros pobres como él, y otra la invertia en comprar algunos libros devotos. El tal Sérvulo no sabia leer ; pero disponia que se los leyese otro, á quien él daba albergue en su casita, en donde dormia. Y añade el mismo san Gregorio, que con solo oír leer aquellos libros adquirió una gran paciencia, y juntamente una admirable ciencia de las cosas divinas. Y luego concluye el Santo diciendo, que cuando este pobre llegó á verse en la hora de la muerte, suplicó á sus amigos

¹³ Conf. c. 1. — ¹⁴ In. vita, c. 9. — ¹⁵ Homil. 15.

que continuasen ellos leyendo entonces aquellos libros suyos; y que antes de espirar interrumpiendo la lectura dijo: *Callad, callad; ¿no estais oyendo como en todo el paraíso resuenan cánticos y dulces armonías?* Y diciendo esto acabó deliciosamente su vida; esparciéndose en aquella estancia al momento que espiró un suavísimo olor, como signo de la santidad de aquel mendigo, que partió de este mundo pobre de bienes terrenos, pero rico de virtudes y de méritos.

11 Mas para sacar gran fruto de la lectura, es necesario, en primer lugar, antes de principiarla encomendarse en Dios, para que ilumine nuestra mente en aquellas materias que leyéremos. Ya se ha dicho que en la leccion espiritual es el mismo Señor el que se digna hablarnos; por lo que al tiempo de tomar el libro conviene que le dirijamos esta deprecacion: *Loquere Domine, quia audit servus tuus.* Habladme, Señor mio, pues que yo quiero obedeceros en todo aquello que me hagais entender que quereis de mí. En segundo lugar, deberéis leer, no con el fin de adquirir grandes conocimientos, ni por curiosidad, sino con la recta intencion de crecer mas y mas en el amor divino. El leer con la mira de saber, no puede llamarse propiamente leccion espiritual, sino que es en aquel tiempo un estudio inútil para el alma; y aun será peor el leer por una mera curiosidad, como hacen algunas monjas, las cuales devoran los libros, no atendiendo mas que á concluirlos pronto, y á alimentar la curiosidad de que están animadas. Estas tales ¿qué provecho quieren sacar con eso? Que todo el tiempo que inviertan en esas lecturas habrá de reputarse por per-

dido. Decia san Gregorio á este intento : *Multi legunt, et à lectione jejuni sunt* ¹⁶. Muchos leen, y á pesar de hacerlo con bastante extension, se levantan luego de la leccion en ayunas, ó como si nada hubiesen leído, porque lo han hecho solamente por curiosidad. Y acerca de este mismo defecto reprendió tambien el Santo al médico Teodoro, porque ocupándose en repasar los sagrados libros, recorría sus páginas de carrera, y sin algun provecho.

12 Para poder, pues, aprovecharse de los libros espirituales es menester leerlos detenidamente y con reflexion oportuna. *Nutri*, decia san Agustin, *animam tuam lectionibus divinis* ¹⁷. Alimenta tu alma con las divinas lecturas. Y así como para sacar de los manjares un buen nutrimento no es lo bastante el devorarlos, sino que tambien es necesario que sean bien masticados; así igualmente deberá advertirse en tercer lugar, que para llegar á extraer ó conseguir un abundante fruto de las lecciones devotas, es indispensable masticarlas, y considerar bien aquello que se lee, aplicándose la persona á sí misma lo que allí ordene que haya de practicarse. Y cuando se llega á algun punto que haga mayor impresion, aconseja san Efren que aquello vuelva á leerse. *Non pigeat*, dice el Santo, *saepius eundem repetere sensum*. Además de esto, cuando sucede, que leyendo algun documento ó acto de virtud, se recibe alguna luz especial que penetra al corazon, es muy conveniente el detenerse entonces, y levantar la mente á Dios haciendo cualquiera buena resolucion, ó bien algun acto fervoroso, ó amorosa

¹⁶ Homil. 10 in Ezech. — ¹⁷ Lib. de Op. Mon.

peticion al mismo Dios : *Oratio lectionem interrumpat*, dice san Bernardo ¹⁸. Entonces tambien será bueno que se omita la lectura, y que le suceda la oracion, afirmándose y permaneciendo en esta, mientras que dure aquel vivo sentimiento que nos haya conmovido; continuando siempre en hacer esto mismo, á imitacion de la abeja, que no pasa de la primera flor á la segunda hasta que ha chupado toda la miel que allí habia. Y no importa que en semejante caso ó detencion transcurra y aun se pase el tiempo determinado para la lectura; pues que invertido de este modo, viene á redundar frecuentemente en mayor aprovechamiento para el espíritu; pudiendo suceder en alguna ocasion, que fructifique mas la lectura de un solo verso, que si llegara á leerse un folio entero. Por último, conviene, al terminarse la lectura, elegir algun sentimiento mas devoto, de entre los que se han sacado de cuanto se haya leído; y llevarlo consigo, como se coge y se lleva una flor de un jardin al que hemos ido á divertirnos.

ORACION.

Señor mio, os doy repetidas gracias por tantos auxilios y luces celestiales como os habeis dignado comunicarme para hacerme santa, y para unirme siempre mas á Vos mismo. ¡Cuándo llegará aquel venturoso dia en el que pueda verme ya libre de todos los afectos de la tierra, y enteramente unida á vuestro corazon, que tan enamorado se halla del alma mia!

¹⁸ Serm. ad Frat., etc.

Todo, pues, lo espero yo de vuestra infinita misericordia; y por ella, Jesús mio, tengo tambien confianza de que no habréis de volver á verme ingrata á vuestro amor, como lo he sido en mi vida pasada. *Commundum crea in me Deus*. Dadme, Señor, un corazon nuevo, que no piense en otra cosa mas que en complaceros. Este mismo deseo que ahora me concedéis me hace esperar una gracia tal. En Vos creo, Dios mio, y en defensa de vuestra fe daria yo mil veces la vida. Espero tambien en Vos, por los méritos de mi Señor Jesucristo; pues que sin ellos ya estuviera yo perdida. Yo os amo igualmente, sumo bien mio, y por vuestro amor renuncio ya á todas las cosas de este mundo, y abrazo gustosa cualquiera pena y toda cruz que tengais á bien ofrecerme. Confieso que os he ofendido muchas veces, pero tengo mas sentimiento por esto que si hubiese padecido cualquiera otra desgracia. Ahora ya no suspiro por otra cosa sino por vuestra gracia y por vuestro amor soberano. Ayudadme, pues, Dios mio, y tened piedad de mí. Virgen santísima María, socorredme tambien Vos con vuestras oraciones, las que sabemos alcanzan de Dios todo lo que contienen ó desean. Encomendadme, Madre mia, á vuestro divino Hijo; no os olvideis de mí.

CAPÍTULO XVIII.

DE LA FRECUENCIA DE SACRAMENTOS.

§ I. — *De la confesion.*

1 No vamos á tratar ahora de las confesiones de aquellas personas que se hallan manchadas con los pecados mortales, aunque no dejaremos de hacer muchas advertencias acerca de las ocasiones próximas, y de las confesiones sacrílegas; sino que principalmente nos proponemos hablar de las confesiones de las almas timoratas, que aman la perfeccion; y por esta causa procuran siempre purificarse mas de las manchas contraidas por los pecados veniales. Acerca de estas personas y la tal práctica, refiere Cesario ¹, que habiéndosele aparecido un demonio á cierto sacerdote, este le mandó de parte de Dios que le dijese cuál era la cosa que mas le perjudicaba; á lo que contestó el espíritu maligno, que nada le desagradaba ni le hacia tanto daño como la confesion frecuente. Recordemos tambien que Jesucristo dijo á santa Brígida, que quien desease conservar el buen espíritu, debia purificarse frecuentemente con la confesion, acusándose de todos sus defectos y negligencias en el servicio divino ². Escribe igualmente Casiano ³, que aquella alma que aspira á la perfeccion debe procurar tener una gran

¹ Lib. 11, c. 38. — ² Apud Blos. Monil. spir. c. 3. — ³ Col-lat. 1, c. 3.

pureza de conciencia ; porque de este estado se pasa después á la adquisicion del perfecto amor divino , el cual no se confiere sino á las almas puras ; de donde se infiere que el amor solamente corresponde ó se da á la pureza de los corazones. Pero conviene entender que la tal pureza en los hombres , segun el estado presente , no consiste en una total exencion ó carencia de cualquiera defecto ; porque exceptuándose nuestro divino Salvador y su santísima Madre , no ha habido ni habrá en el mundo alma alguna sin que tenga sus manchas. *In multis offendimus omnes* ⁴ : sino que se funda en dos cosas , que son : la primera , en una grande vigilancia para que no entre en el corazon ninguna culpa consentida , aunque leve ; y la segunda , en procurar , si acaso alguna vez se cae en cualquiera falta venial , que el alma se purifique de ella inmediatamente.

2 Reconozcamos que la confesion frecuente produce en realidad estos dos buenos efectos. Con ella en primer lugar se lava la persona de las manchas que ha contraído. Y refiere ó este propósito san Juan Climaco ⁵ , que deseando un jóven dejar la mala vida que en el siglo habia tenido , se fué á un monasterio para tomar el hábito de religioso. El abad quiso probar su vocacion antes de recibirle , y para ello le dijo que si habia de ser admitido , era necesario que en público hiciera confesion de todos sus pecados : el jóven , que verdaderamente estaba resuelto á consagrarse á Dios , obedeció á esta propuesta ; sucediendo que mientras él publicaba sus culpas á la presencia de los monjes , uno de estos , que era muy virtuoso y estaba á su espalda ,

⁴ Jac. III , 2. — ⁵ Scala , Gradu 4.

vió á un varon de aspecto venerable, el cual, al mismo tiempo que el penitente confesaba alguno de sus pecados, él lo iba borrando de una lista que tenia en la mano, en la cual estaban escritos; por manera que finalizada la confesion, se vieron borradas en ella todas las culpas de aquel venturoso jóven. Pues no olvidemos que aquello que sucedió entonces de una manera visible, es lo que tambien se verifica invisiblemente con todo el que se confiesa con las debidas disposiciones.

3 Por medio de la confesion sucede que no solo se borran las manchas del alma, sino que además esta adquiere fuerzas para no volver á reproducirlas. Dice el Angélico maestro ⁶, que es tan grande la virtud de la penitencia, que hace que no solamente quede destruida la culpa que se hubiere cometido, sino que tambien ocasiona el beneficio de que no vuelva á retoñar. Y refiere tambien acerca de esto san Bernardo en la vida de san Malaquías, que habia una cierta mujer, la cual continuamente se impacientaba, y se llenaba de ira en tales términos, que ya se hizo insufrible; mas habiendo entendido san Malaquías, por manifestacion que ella le hizo, que jamás se habia confesado acerca de tales impaciencias, la redujo á hacer una entera confesion de ellas. Y añade el mismo san Bernardo, que después de la confesion llegó esta mujer á ser tan paciente y tan mansa, que parecia no saber ya resentirse nunca por cualquiera trabajo ó maltratamiento que le sobreviniese. Convencidos de esta verdad muchos Santos, y con el fin laudable de adquirir la pureza de conciencia, han acostumbrado confesarse todos los dias:

⁶ 3 p. q. 82, a. 2.

así lo practicaba santa Catalina de Sena, santa Brígida, santa Coleta; así lo hacían igualmente san Carlos Borromeo, san Ignacio de Loyola, y muchos otros: y san Francisco de Borja no se contentaba con una vez, sino que se confesaba dos veces al día. Y no deberá esto extrañarse; porque si los amantes mundanos no pueden resolverse á comparecer á la presencia de las personas queridas con alguna mancha en el rostro, ¿qué maravilla habrá de ser que las almas enamoradas de Dios procuren siempre purificarse mas y mas, para hacerse tambien de esta manera mas agradables á los divinos ojos de su amado Señor? Y hablando en general, no tratamos ahora de obligar á las religiosas, que frecuentan la sagrada comunión, á que se confiesen siempre que hayan de recibirla; pero si decimos que será bueno que ellas se confiesen dos veces en la semana, ó á lo menos una; y además de esto, cuando hubieren cometido cualquiera culpa advertidamente ó con plena deliberación.

4 Y ahora quiero que se note que se requieren tres cosas para que la confesión sea buena; á saber, el exámen de conciencia, el dolor y el propósito. Primeramente, en cuanto al exámen digo, que quien frecuenta los Sacramentos no tiene necesidad de calentarse la cabeza para ir buscando todas las menudencias de las culpas veniales. Antes quisiera yo que en lugar de esto cada una descubriese sin rodeos las causas y raíces de sus afecciones y tibiezas: con esto me dirijo á aquellas monjas que van á confesarse con la cabeza llena de cosas que han oído en las rejas; así sucede que siempre repiten la misma canción, acusándose de

idénticos defectos, sin dolor alguno, y sin pensar tampoco en la enmienda. Por otra parte, en cuanto á las almas espirituales que se confiesan á menudo, y se guardan de caer en pecados veniales con advertencia, repito que para el exámen no necesitan mucho tiempo; pues que en cuanto á los pecados graves, no tienen que escudriñar la conciencia; mediante á que, si por desgracia llegan á caer en alguno, 'sin necesidad de discurrir para encontrarlo, él se deja conocer, ó se presenta por sí mismo; con respecto, pues, á las culpas veniales, si han sido plenamente voluntarias, bien se dejarán sentir del mismo modo con sus remordimientos. Además, que ya sabemos que no hay una obligacion de confesar todos los pecados veniales de que acosa la conciencia; y por consiguiente, tampoco es un deber el examinarlos exactamente, y mucho menos en cuanto al número de ellos y á sus circunstancias: del cómo y el por qué se hayan cometido: es lo bastante que se digan aquellos que mas pesan, y que mas impidan la perfeccion, acusándose de los demás en términos generales. Y en el caso de no haber materia cierta de presente, deberá acusarse de alguno de los pecados de la vida pasada que mas puedan moverle al dolor diciendo, por ejemplo: *Me acuso especialmente de todas las culpas cometidas en mi vida pasada contra la caridad, contra la pureza, ó la obediencia.* ¡Cuán consolatorio acerca de este punto es aquello que escribe san Francisco de Sales! *No tengais, nos dice, pena alguna, si no os acordais de todas vuestras pequeñas faltas para confesarlas: porque de la misma manera que caeis frecuentemente sin advertirlo; así tambien*

os pondréis en pié con frecuencia sin conocerlo. Queriendo decir, que esto se verifica por medio de los actos amorosos, ó de otros buenos afectos que acostumbran tener las almas devotas.

5 En segundo lugar, necesitais del dolor, el que principalmente se requiere para obtener la remision de los pecados. No son, pues, mejores las confesiones mas largas, sino las mas dolorosas. La señal para conocer una buena confesion, dice san Gregorio, no se forma de las muchas palabras del penitente, sino del arrepentimiento que este demuestra. Pero acerca de esto, las religiosas que se confiesan con frecuencia, y que tienen aborrecimiento tambien aun á las culpas veniales, desechen las dudas que se les presenten sobre si tienen ó no el dolor verdadero. Sabemos que se angustian algunas de ellas porque no lo sienten: quisieran las mismas derramar lágrimas y experimentar ternuras siempre que se confiesan; y porque á pesar de todo el esfuerzo y violencia que se hacen, no pueden conseguirlo, están continuamente inquietas acerca de sus confesiones. Mas es necesario que se persuadan que el verdadero dolor no consiste en sentirlo, sino en querer tenerlo: porque es innegable que el mérito de todas las virtudes se halla en la voluntad; por lo cual escribió Gerson, hablando de la virtud de la fe, que hay ocasiones en las que merece mas el que quiere creer que aquel que ya cree: *Aliquando non tam meritorium est credere, quam velle credere* ⁷. Mas tratando especialmente del dolor, antes habia ya enseñado esto mismo santo Tomás, diciendo: *In contritione est duplex*

⁷ De Praep. ad Miss. Cons. 3.

*dolor, unus in ipsa voluntate, qui est essentialiter ipsa contritio, quae nihil aliud est, quam displicentia peccati praeteriti; alius dolor est in parte sensitiva, qui causatur ex ipso dolore*⁸. Dice, pues, el Angélico que el dolor esencial, necesario para la confesion, es la displicencia del pecado cometido; y es claro que este dolor no está en la parte sensitiva, sino en la voluntad, verificándose que el dolor sensible es un efecto de la displicencia de esta, cuyo efecto no siempre podemos nosotros experimentarlo, porque la parte inferior no todas las veces sigue y obedece á la superior. De donde se infiere que siempre que en la voluntad se halla la displicencia acerca de todo el mal que constituye la culpa cometida, la confesion es realmente buena.

6 Absteneos por lo tanto de hacer esfuerzos para sentir el dolor; porque debeis saber que en orden á los actos internos, son los mejores ó mas perfectos aquellos que se practican con menor violencia y mayor suavidad, mediante á que el Espíritu Santo ordena todas las cosas con suavidad y quietud pacífica: *Disponit omnia suaviter*⁹. Por eso el santo penitente Ezequías, manifestando el dolor que experimentaba por sus pecados, decia: *Ecce in pace amaritudo mea amarissima*¹⁰. Sentia una grande amargura, pero sin perder la paz. Cuando vos querais recibir la absolucion de los pecados, obrad de este modo: al tiempo de prepararos para la confesion, pedid primeramente á Jesucristo y á la dolorosa María un verdadero dolor de vuestras culpas; haced después brevemente el

⁸ Suppl. 3 p. q. 3, n. 1. — ⁹ Sap. viii, 1. — ¹⁰ Isai. xxxviii, 17.

exámen, segun antes se ha dicho; y con respecto al dolor, basta que digais de esta manera: *Dios mio, os amo sobre todas las cosas; espero de la divina sangre de mi Señor Jesucristo el perdon de todos mis pecados; de los cuales yo me arrepiento con todo el corazon, y los aborrezco sobre todos los males, por haber con ellos ofendido y disgustado á Vos, que sois bondad infinita: y uno tambien este aborrecimiento mio al que de ellos tuvo mi Jesús en el huerto de Getsemaní. Propongo igualmente no ofenderos ya mas, asistida de vuestra gracia.* Y siempre que hayais querido decir esto con una voluntad verdadera, id á recibir la absolucion pacíficamente, sin temor y sin escrúpulo alguno. Tambien santa Teresa, con el fin de quitar los melancólicos temores acerca del dolor, daba otra excelente regla. Ved, decia la Santa, si teneis un verdadero propósito de no volver á cometer jamás las culpas de que os habeis acusado; y en teniéndolo, no dudeis que tambien os hallais con el dolor verdadero.

7 En tercer lugar, para que sea bueno el propósito de la confesion, se requiere que tambien haya de ser firme, universal y eficaz. Debe, pues, primeramente ser firme. Algunas llegan á decir: *Yo no quisiera volver á cometer ese tal pecado.* ¡Ay de mí! que esa palabra quisiera denota que no es firme el propósito: pues que para que lo sea en realidad es menester decir con una voluntad resuelta: *No quiero volver ya á cometer jamás el mismo pecado: no quiero ofender á Dios nunca deliberadamente.* Debe, en segundo lugar, ser universal, de forma que el penitente proponga sin excepcion alguna evitar todos los pecados. Pero esto

habrá de entenderse solo con respecto á los pecados mortales ; pues en cuanto á los veniales , basta para el valor del Sacramento dolerse de ellos , y proponer huir hasta de la menor especie de todos los de esta clase. Y las personas mas adelantadas en el espíritu deben tambien proponer evitar los veniales deliberados ; y con respecto á los indeliberados , mediante á que es imposible evitarlos absolutamente , es lo suficiente proponer abstenerse de ellos todo lo mas que se pueda. En tercer lugar , debe ser el propósito *eficaz* , es decir , que induzca ó mueva á la penitenta á valerse de los medios necesarios para no volver á cometer las culpas de que se acusa , y especialmente á huir de las ocasiones próximas de recaer en ellas. Ocasión próxima se entiende aquella en que la persona ha caído repetidas veces en pecados graves , ó que sin justa causa ha sido la ocasión ó motivo de que otros hayan tambien caído. Y en semejantes casos , no basta el proponer solamente no volver á cometer el pecado ; sino que tambien es necesario evitar las mismas ocasiones que nos inducen á él ; pues que de lo contrario , aunque reciba mil absoluciones por las confesiones que hiciere , todas serán inválidas ; supuesto que solamente eso de no querer apartar la ocasión próxima de pecado grave es en sí una culpa mortal ; á la manera que tambien hemos demostrado en nuestra obra moral ¹¹ , que aquel que recibe la absolucion sin el propósito de evitar la ocasión próxima , comete un nuevo pecado mortal y sacrilegio.

8 Acaso dirá alguna acerca de esto : *Mas si yo*

¹¹ Lib. 6 , n. 454.

despido á la tal persona, ó si omito la familiaridad con aquella otra hermana, habrá de resultar escándalo, ó se dará que decir en todo el convento. No decís bien en eso hermana mia; antes por el contrario se dará el escándalo, si no cortais esa misma ocasion; porque ya saben vuestra desordenada amistad todas las monjas; y aunque en vuestra presencia no hablen de ella, tened por cierto que no dejan de pensar y tambien de decir por vuestra espalda todo lo que hay. Podrá tal vez replicar á esto: *Pero el despedir á esa misma persona es una accion de incivilidad ó impolítica, y aun tambien de ingratitud; pues que ella me ayuda, me sirve y me socorre.* ¿Os ayuda, decís? y ¿en qué lo hace? en apartaros de Dios, y en haceros pasar una vida infeliz en este mundo, y otra mas desgraciada en el otro. ¿Es incivilizacion? ¿es ingratitud? Pues la primera civilizacion y gratitud debemos usarla con Jesucristo, que por una parte es un Señor de majestad infinita, y por otra hemos recibido de él inmensos beneficios. Aun podréis todavía replicar: *Mas yo le tengo dada palabra de no dejarla.* Y ¿os habeis olvidado de haber antes dado palabra á Jesucristo, es decir, quando hicisteis profesion de religiosa, de no amar á otro ninguno mas que á él? ¿No fuisteis vos la que dijisteis entonces: *Nullum praeter eum amatorem admittam?* Que no queríais amar á nadie, ni que tampoco os amase ningun otro que no fuese Dios? Y ahora, ¿por qué andais usando de otro lenguaje? ¿No veis que es la pasion la que os hace hablar de ese modo, y la que tambien busca semejantes pretextos para hacer que os perdais eternamente? Ea pues, no deis mas pena al

corazon de vuestro Esposo; el cual siente como si en su mismo corazon le hiciesen una herida, el ver que cualquiera de sus esposas pone el afecto en otro fuera de él; como puntualmente se lo demostró un dia á santa Lutgardis, á la cual se le apareció el mismo Jesucristo, en tiempo que ella estaba miserablemente enredada en una amistad peligrosa, y le hizo ver su divino corazon herido gravemente: á vista de tal espectáculo, la Santa se reconoció, lloró tambien su error, y avistándose después con el jóven que la pretendia, lo despidió enérgicamente, diciéndole, que ella no podia amar ya á nadie mas que á Jesucristo, con quien estaba desposada. Y de allí en adelante puso todo su amor en su mismo divino Esposo, y llegó á hacerse tambien santa.

9 Todo esto téngase dicho como de paso, porque tales ocasiones próximas son raras en los conventos. La tentacion mas frecuente y tambien mas perniciosa que suelen padecer las monjas es la de callar por vergüenza algunos pecados. Sucederá que alguna desgraciadamente caiga en cualquiera culpa grave, y ved aquí que entonces el demonio le cierra la boca, haciéndole entender que es una cosa muy vergonzosa el descubrirla. ¡Oh mi Dios! y ¡cuántas religiosas arden y estarán eternamente ardiendo en el infierno por esta maldita vergüenza! Y aun dirémos mejor, en lo profundo del infierno; porque las tales monjas arrastradas del respeto humano, por no dar que decir á las otras, y no perder ellas su buen concepto, fácilmente pasan meses y tambien años haciendo confesiones y comuniones sacrílegas. Se refiere en las crónicas de

Carmelitas descalzos ¹² que una jóven muy virtuosa cayó por desgracia en un pecado deshonesto : siguióse á esto que por tres veces lo calló en la confesion , y otras tantas recibió la sagrada comunión ; pero después de comulgar la última vez , se cayó la infeliz repentinamente muerta. Como era tenuta en el concepto de una santa , fue colocado su cadáver en un lugar aparte dentro de una iglesia de Padres Jesuitas. Mas apenas se acabaron las exequias y fue cerrada la iglesia , cuando condujeron dos Ángeles al confesor á donde estaba la sepultura de aquella miserable difunta , la cual saliendo de la caja , y poniéndose de rodillas , con un golpe que los mismos Ángeles le dieron sobre su cuello vomitó dentro de un cáliz que allí estaba preparado las tres partículas sagradas que sacrílegamente habia recibido , y que por milagro fueron conservadas en su pecho. Después de esto le quitaron tambien los Ángeles el hábito del Carmen ; y dejándose ver repentinamente la infeliz con un horrible aspecto , fue arrebatada al momento de dos demonios , sin que volviera mas á verse. Y ¿ cómo jamás podrá suceder que un alma que ha tenido el atrevimiento de ofender gravemente á la Majestad divina , y que por ello merecia un eterno infierno , al cual va unida una confusion infinita , pueda encontrar excusa delante de Dios , si al confesarse calla un pecado , por razon de aquella poca y breve confusion que debe sufrir al descubrirlo , siendo esto por una sola vez y á un solo sacerdote ? Si ella quiere en verdad ser perdonada de Dios , y librarse del infierno que tiene merecido , esta misma confusion que

¹² Tom. 3, l. 10, c. 34.

debe experimentar al manifestar al confesor su pecado, es la que puntualmente la dispone para recibir el perdón. El que á Dios ha despreciado, es justo que se humille y se confunda. Y esta fue la bella respuesta que la pecadora Adelaida dió al demonio, cuando habiendo sido llamada por el Señor para que mudase de vida, ella se convirtió, y al punto se resolvió á hacer una confesion fructuosa: mas al tiempo en que ya iba á confesarse, poniéndole el demonio á la vista la vergüenza que debia sufrir en manifestarle al confesor todos sus pecados, le preguntó: *¿A dónde vas, Adelaida? A lo que ella respondió animosamente: Bestia brutal, ¿quieres que te diga á dónde voy? pues sabe que voy á confundirme á mí, y á confundirte á tí.*

10 Además de la vergüenza mete tambien el demonio en la cabeza muchos engaños y vanos temores; pues suele decir en su interior aquella otra: *El confesor habrá de reñirme luego que oiga este mi pecado. Y ¿por qué ha de reñiros? Decidme: Si vos fuéreis confesor, y una pobre penitenta fuese á manifestaros sus miserias, teniendo confianza en que tambien vos le habíais de dar la mano y levantarla de su caída, ¿la reñiríais? Y ¿cómo podeis tampoco pensar que haya de hacerlo, ni menos injuriaros, cuando oiga vuestros pecados el mismo confesor, el cual por su oficio está obligado á usar de la mayor caridad con los penitentes? Mas el confesor, podeis aun replicar, á lo menos se escandalizará de mí, y me tendrá ya siempre por abominable.* Todo esto es falso; pues que no tan solo no habrá de escandalizarse, sino que mas bien se edificará al veros de esta manera tan bien dispuesta, que

le manifestais sinceramente vuestras culpas, á pesar de la confusion que para ello experimentais. Fuera de que ese mismo confesor, habiendo ya oído á tantos en el tribunal de la penitencia, ¿no habrá tambien entendido muchos otros pecados semejantes, ó acaso de mayor gravedad que los vuestros? ¡Oh! ¡pluguiese á Dios que vos hubiéseis sido sola en ofenderle! Ni tampoco es verdad que haya de teneros por abominable; antes por el contrario hará mayor aprecio de vos, y se esforzará mas en ayudaros, teniendo en consideracion la confianza que habeis usado con él al manifestarle vuestras miserias. Pero ¡ay de mí! que me parece que estais diciendo: *Yo quiero confesarme de eso, pero será cuando venga el extraordinario.* Y en el entre tanto ¿quereis vivir en desgracia de Dios? ¿y en peligro de perderos para siempre? ¿padeciendo al presente un infierno de remordimientos de conciencia, que os despedaza el alma, y no os permite encontrar la paz ni de dia ni de noche, y todo ello por no hablar una palabra al confesor, diciéndole: *Padre mio, por desgracia he caído en un pecado; pero no por eso quiero desesperarme?* Teneis valor para replicar: *Me confesaré con el extraordinario.* Y hasta que llegue este caso, ¿quereis añadir mas sacrilegios al pecado que ya habeis cometido? Y ¿sabeis por ventura lo horrendo que es el pecado del sacrilegio? Luego la medicina que Jesucristo os ha preparado con su divina sangre en la confesion, ¿vos quereis convertirla en un veneno de muerte eterna para vuestra alma? *Me confesaré después.* Y si llega á asaltaros una muerte repentina, la cual ahora sucede con tanta frecuencia, que casi

todos los dias se están refiriendo de otras personas, ¿qué habrá de ser de vos por toda una eternidad?

11 *Pero yo no tengo confianza con mi confesor.* Está bien, id desde luego á otro; pedídselo al obispo; ó podeis decirle á una de vuestras compañeras que quereis recibir un consejo de su director; y de esta manera bien podeis tambien remediar vuestra necesidad. Y finalmente, en el caso de que no hubiese otro mas que vuestro confesor á quien podais descubrirlos, decidme: Si acaso tuviérais una llaga que os condujese á la muerte, si no aplicábais el remedio inmediatamente, ¿no llamariais pronto al cirujano para conservar la vida, aunque hubiéseis de sufrir mucho rubor en semejante lance? Y para sanar vuestra alma que ya está muerta, y librarla tambien del infierno, ¿no os atreveis á manifestaros á vuestro padre espiritual? Y advertid que no sirve que digais: *Me confieso de todos mis pecados cometidos desde que nací, segun que están en la presencia de Dios.* Mientras que no declaréis vuestra conciencia, no sirven estas palabras sino para teneros mas engañada y perdida.

12 Ea, tened buen ánimo, y venced generosamente ese rubor que el demonio os hace aparecer tan grande. Bastará solo que comenceis á descubrirlos, para que pronto desaparezcan todas vuestras aprehensiones. Y sabed tambien, que después de la buena confesion habréis de quedar mas contenta por haber manifestado vuestras culpas, que si os hubiesen hecho reina de toda la tierra. Encomendaos á María santísima, que ella os alcanzará fuerzas para vencer toda repugnancia. Y si no teneis bastante valor para ma-

manifestar vuestro pecado desde un principio, portaos de este modo: Decidle al confesor: *Padre mio, ayudadme; pues que me veo con necesidad de ello: tengo un cierto pecado que no me atrevo á confesarlo.* De esta manera el confesor, bien sabrá encontrar el modo de arrojar de la cueva aquella maldita fiera que os está devorando, sin que tengais que sufrir mucha pena; bastará que vayais respondiéndole sí ó no. Ó hacedlo tambien de este otro modo: Si no quereis decirlo de palabra, escribidlo en un papel, y dadlo al confesor, diciéndole luego: *Me acuso de ese pecado que acaba V. de leer.* Y ved ya desaparecer el infierno eterno, y el infierno temporal; recobrada al mismo tiempo la gracia de Dios, y con ella tambien la dulce paz de la conciencia. Y sabed para vuestro consuelo, que cuanto mayor fuere la violencia que os hagais para venceros, tanto mayor será tambien el amor con que Dios habrá de abrazaros. Refiere el P. Pablo Séñeri, el mas jóven ¹³, que una monja se hizo tanta violencia para confesar ciertos pecados que habia cometido cuando era jovencita, que al mismo tiempo de manifestarlos al confesor se quedó desmayada y como muerta. Pero el Señor en premio de aquel grande esfuerzo que hizo le concedió una compuncion y amor tan sublime, que desde aquel entonces ella se dió á la perfeccion, haciendo extraordinarias penitencias, y muriendo en opinion de santa.

13 Pero cuidado, que yo no quiero que haya de servir para inquietaros lo que anteriormente queda dicho; pues que solo debe entenderse dirigido á quie-

¹³ Apres il Muratori nella vita del detto Padre.

nes tengan en la conciencia pecados graves y ciertos, y que además no quieran confesarlos por vergüenza; pues con respecto á las dudas que acaso tengais acerca de pecados cometidos, ó de confesiones mal hechas, si tambien sobre todo esto quereis acusaros en el tribunal de la penitencia para mayor quietud de vuestro espíritu, haréis bien en ello; á no ser que llegueis á tener una conciencia escrupulosa; pues que á las personas que se hallan en este caso no debe aconsejarseles que se confiesen sobre sus dudas, como después con mayor extension manifestaremos. Será bien, sin embargo, que ahora sepais algunas doctrinas aprobadas por los teólogos, y que podrán tambien libertaros de muchas angustias, y conduciros á la paz. Primeramente es una sentencia sólida, y muy probable entre los doctores, que no hay una obligacion de confesarse de los pecados graves dudosos, cuando tambien se duda si hubo plena advertencia, ó asimismo si se tuvo consentimiento perfecto y deliberado. Solo en el artículo de la muerte es cuando advierten que hay obligacion, ó de hacer un acto de contricion, por si acaso aquel pecado dudoso hubiese sido verdaderamente grave; ó bien de recibir el sacramento de la Penitencia; pero sin que en tal caso esté obligado tampoco el penitente á manifestar el pecado de que tiene la duda, siendo lo bastante que ponga por materia otra culpa ciertamente cometida, aun cuando sea leve ó venial: debiendo tambien esto entenderse, siempre que la persona, después de cometido el tal pecado dudoso, no haya aun recibido otra absolucion sacramental. Además de que con bastante razon dicen muchos teólogos de los mas

graves, que las personas que por mucho tiempo han observado una vida espiritual, cuando dudan de haber cometido ó no cualquiera pecado grave, pueden estar ciertas de no haber perdido la divina gracia; porque es moralmente imposible que una voluntad fortalecida con los buenos propósitos se mude en un instante, y que consienta en un pecado mortal, sin que lo conozca claramente; supuesto que el pecado grave es un monstruo tan horrendo, que no puede entrar en un alma que por mucho tiempo lo tiene aborrecido, sin que deje claramente de conocerlo. Todo esto se halla bien probado en nuestra obra de teología moral ¹⁴.

14 En segundo lugar, cuando se sabe ciertamente que el pecado mortal se ha cometido, pero se duda si ya está ó no confesado; en tal caso, si la duda es negativa, como la llaman los doctores; es decir, si no hay razon para juzgar que el tal pecado con efecto se ha confesado, entonces ciertamente deberá descubrirse en el sacramento de la Penitencia; mas cuando por el contrario hay razon, ó llámese presuncion fundada de que aquel pecado alguna vez ha sido confesado, es sentencia comun que ya no hay mas obligacion de acusarse de él. De aquí infieren tambien comunmente los doctores, que aquel que ha hecho con la debida diligencia sus confesiones generales ó particulares, si después le ocurre la duda sobre haber omitido algun pecado ó circunstancia, no está obligado á decirlo al confesor, pudiendo prudentemente creer que ya lo tiene declarado en la forma debida ¹⁵. Y no importa que

¹⁴ Lib. 6, n. 450 et 456. vers. Item. — ¹⁵ Nost. Op. Mor. l. 6, n. 477.

alguna tenga mucha repugnancia en descubrir aquella duda que la atormenta, y diga interiormente: *Si yo me viese obligada á decir tal cosa, me costaria un grande rubor.* Porque ¿qué le hace, os respondo yo, que tuviéseis grande vergüenza al decirla? Mientras que no esteis obligada á manifestarla, no debeis hacer mérito de ella. Tambien el descubrir ciertas acciones propias, que son naturales en una persona, costaria rubor el decirlas; mas no por eso hay tampoco obligacion de publicarlas á nadie. Y así es que hablando, por ejemplo, de ciertas ligerezas, ó sean burlas inmodestas cometidas en el tiempo de la infancia, pero sin conocer entonces su malicia, no hay una obligacion de acusarse de ellas. Ni tampoco es un argumento cierto de su malicia el reflexionar que se cometian á escondidas ú ocultamente; porque hay ciertos actos naturales, que aun desde niños se procuran ejecutar en secreto, no obstante que no son pecados. Por lo cual no estamos obligados á confesarnos en particular de tales cosas, sino cuando nos acordamos de haberlas cometido con conciencia ó conocimiento de que eran graves culpas, ó á lo menos con la duda de serlo. Bastará, pues, en tales casos que la persona diga solamente dentro de sí: *Señor, si yo conociera de cierto que estaba obligada á confesarme de ello, prontamente lo haria, aunque hubiese entonces de sufrir toda clase de penas.*

15 Quede esto dicho en alivio de algunas religiosas que se sienten muy angustiadas con el temor de si no habrán sabido explicar bien al confesor todas sus dudas. Y hablando ahora en general, será bien que

cada una descubra á su director cualquiera dificultad que la inquiete , ó á lo menos para humillarse ; exceptuando á la que fuese escrupulosa ; porque esta tal no debe tratar de esto , como explicaremos extensamente en el párrafo que se sigue. Lo que yo quisiera mas que todo es , que cada una expusiese al confesor sus pasiones , sus afectos desordenados , y las causas de sus tentaciones ; á fin de que él pudiese echar mano para arrancarlas de raíz ; pues que si tales antecedentes no se descubren , y esta se arranca , no habrán de cesar jamás las tentaciones , con gran peligro de consentir en ellas , supuesto que puede quitarse la causa , y no se trata de ello. Tambien les servirá á algunas para humillarse el que descubran aquellas tentaciones que mas nos envilecen , como lo son especialmente los pensamientos contra la castidad , aun cuando se hubieren desechado. Decia con oportunidad san Felipe Neri : *La tentacion descubierta está medio vencida*. Acabo de decir á algunas ; porque hay otras , las cuales son de una bondad aprobada , y al mismo tiempo muy tímidas en esta materia , viviendo siempre temerosas de haber prestado su consentimiento á la tentacion ; y tal vez á estas será provechoso el prohibirles que se acusen en semejantes casos , siempre que no estén ciertas de haber cometido culpa ; porque , como se dice en otra parte , aunque hablando con otro propósito , con el mismo ejercicio que tenga la persona para asegurarse si ha consentido ó no , y para discurrir el modo con que ha de explicar al confesor la tentacion que ha tenido , habrá de avivarse mas la imaginacion con aquellos feos objetos que se le han presentado á la mente , y de es-

ta manera ella se inquietará mas, aumentándose sus temores de haber consentido. Baste ya lo dicho: obedeced acerca de este punto á vuestro confesor, y regulaos segun lo que él os dijere. Lo que yo sí os recomiendo es, que seais sincera y fiel con ese vuestro padre espiritual, para descubrirle todas las interioridades de vuestra conciencia, diciéndole las cosas como son en sí: por ejemplo, si habeis llegado á consumir el pecado con la obra, no es bastante que solamente le digais haber tenido malos pensamientos. Os encargo tambien, que cuando os confeseis de vuestros defectos, os abstengais de andar con excusas. La persona que trata de excusarse y de cubrir sus faltas, demuestra desde luego tener poco dolor de las culpas de que se confiesa. El que juzga haber tenido razon para hacer aquello mismo que refiere, yo no sé cómo jamás pueda arrepentirse de ello como es debido. Algunas hay que reducen toda la confesion á exagerar la grande ocasion que han tenido para cometer aquella impaciencia, ó aquel otro defecto. Pero yo les pregunto: ¿De qué sirve esto? acusaos de la culpa que habeis cometido, y dejaos de explicar la ocasion que pueda haberos inducido á cometerla.

16 Omitid tambien los discursos inútiles: ¿qué necesidad hay de que le conteis al confesor todos los disgustos que las monjas os hayan dado? ¿Para qué lamentaros tanto de vuestras enfermedades y tribulaciones? Si omitiéseis todas esas inoportunas narraciones, ciertamente que os bastaria un cuarto de hora para toda la confesion; en la cual lo que principalmente habeis de procurar es el buscar el modo de libraros

de algun defecto habitual, y el adelantaros en la perfeccion cristiana. Hay monjas que siempre que se confiesan han de recitar la misma cancion aprendida de memoria, la cual dura medio cuarto de ora : *Me acuso del poco amor que he tenido á Dios ; de no haber cumplido con mis obligaciones ; de no haber amado al prójimo como debia*, y otras cosas por este orden. Esta cancion, ¿de qué sirve? ¿no es toda ella un tiempo perdido? Pero mas que de ninguna otra cosa, absteneos de usar con el confesor de ciertas expresiones afectuosas, que pueden ser dañosas á él y á vos al mismo tiempo. Dice acerca de esto santa Catalina de Bolonia : *Las monjas deben estimar á sus padres espirituales como á sus grandes bienhechores ; pero deben tambien guardarse de manifestarles aficion alguna*. Y por eso queria la Santa que sus monjas no tratasen con sus confesores de otra cosa mas que de lo perteneciente á sus conciencias ; y que si los amaban, pensasen en solo encomendarlos á Dios, advirtiéndoles tambien que habiendo ellas consagrado ya todo su corazon á Jesucristo, no debian admitir amor alguno hácia qualquiera criatura, por muy santa que fuese. Santa Teresa igualmente hacia á sns hijas esta advertencia : *Dichos que sean los pecados, y recibida la absolucion, después de pedir tambien al confesor, si hubiere necesidad de ello, algun consejo concerniente al bien del alma, retirese inmediatamente la monja del confesonario ; porque seria cosa fácil que entre los discursos espirituales, siendo estos largos, se insinuase algun afecto ; si no malo, á lo menos no bueno enteramente*. Decia además de esto santa Catalina de Sena : *No solamente no deben las*

religiosas introducir conversaciones que no son necesarias para con el confesor; sino que están obligadas tambien á cortar aquellas, que siendo tales, el mismo confesor las entromete. Y en verdad que haciéndolo así la monja se conservará siempre libre, y no habrá de inquietarse cuando su padre espiritual llegue á faltarle. Esto ha de entenderse con respecto á las conversaciones ó discursos inútiles: mas por el contrario, siempre que os hable el confesor, y trate acerca de la direccion de vuestro espíritu, no llegueis á interrumpirle; y estad siempre atenta á cuanto os dijere, sin pensar tampoco en otra cosa; pues que tambien hay algunas que solo quieren hablar, y si el confesor les dice alguna cosa, apenas le dan audiencia. Dice acerca de esto san Francisco de Sales, que debe hacerse mucho aprecio de las palabras que el director nos dice en la confesion; porque entonces él se halla en el lugar de Dios, que con un modo especial le ilumina para que nos diga aquello que mejor fuere para nuestro aprovechamiento.

17 Hay tambien algunas religiosas que quieren vivir sin director, pensando que con tener ya sus reglas monásticas, y la superiora, no necesitan de otra guia. Pero se engañan cuando discurren de esa manera; porque conviene que las monjas, además de sus constituciones y prelados, tengan tambien su director, así para sus ejercicios internos, como tambien para que sean instruidas y guiadas en las ocurrencias exteriores. Es verdad, dice san Gregorio, que algunos Santos han sido guiados inmediatamente por Dios; pero tales ejemplos, añade el Santo, *veneranda sunt, non imitanda, ne dum se quisque discipulus hominis esse des-*

piciat, magister erroris fiat ¹⁶. En el medio consiste la virtud. Sabemos que en la vida espiritual, así como es un vicio el vivir en pereza, así lo es también el usar de indiscreciones: al director, pues, corresponde el corregir ó moderar la una y las otras; por cuya razón se necesita de esta guía. Cuando alguna religiosa no encontrase un director que pudiera conducirla bien por el camino de la perfección, entonces Dios supliría; mas el rehusar la dirección de alguno de sus ministros, cuando puede haberlo, es una temeridad; por lo cual, permitirá luego el Señor que la que así lo hiciere haya de caer en mil errores. Podría Dios, es verdad, guiarnos á todos por sí mismo; pero con el fin de hacernos humildes, quiere que nos sujetemos á sus ministros, y que dependamos, por consiguiente, de su obediencia. Refiere Casiano ¹⁷ que hallándose consumido del hambre cierto solitario en medio del desierto, le fueron ofrecidos por un hombre que allí lo encontró algunos panes; pero que él rehusó tomarlos, diciendo, esperaba que Dios lo proveyese inmediatamente de alimento; y que el desgraciado al fin llegó á morir de indigencia. Ahora se pregunta: ¿Por qué el Señor proveyó á san Pablo el ermitaño, enviándole por tantos años el pan por medio de un cuervo, y luego no quiso socorrer á este infeliz del mismo modo. La respuesta está clara. San Pablo no tenía otra cosa con que alimentarse; mas este otro solitario no quiso valerse del alimento que se le ofrecía; y por esa razón fue abandonado de Dios. Pues eso mismo que decimos del manjar del cuerpo, se verifica también de una manera se-

¹⁶ Dial. I. 1, c. 1. — ¹⁷ Collat. 2, c. 2.

mejante con el manjar del alma; por lo que conclaye Casiano, que no merece ser guiado por Dios el que rehusa la direccion de sus sabios ministros.

18 En orden á la eleccion del padre espiritual, no debe esta hacerse por acaso, ó mirando el genio, sino que conviene elegir al que se considere mejor para nuestro propio aprovechamiento; el cual no solamente esté adornado de conocimientos y experiencia, sino tambien que sea hombre de oracion, y que aspire á la perfeccion. La bota ó cuba no puede dar otro vino distinto del que ella tiene. Y decia santa Teresa ¹⁸: *Si los directores no son personas de oracion, poco ayudarán las letras.* Una vez que ya es elegido el confesor, no debe después dejarse sin un motivo evidente. Si el tal llegase á ser fuerte para reprender, no habrá de ser esta una causa para retirarse de él, sino que mas bien deberá serlo para no separarse jamás de su direccion. Este fue el documento que san Luis rey de Francia dió á su hijo heredero del reino: *Hijo mio, le dijo, escoge un confesor que sepa enseñarte, y que igualmente tenga valor para reprenderte cuando convenga.* No hay, pues, un confesor peor que aquel que reprende poco, y que se compadece mucho de los defectos de la penitenta, porque con semejante conducta sucederá que esta tambien haga poco caso de ellos. Si acaso vos, mi bendita hermana, teneis un confesor que os conduzca por el camino estrecho, y que cuando vea defectos voluntarios os mortifique con rigor, apreciadlo mucho, y nunca lo dejeis.

19 Obedeced por tanto á vuestro director, y no os

¹⁸ Fondaz. c. 3.

separeis un punto de aquello que él os manda o permite, por mas buena que os parezca la cosa que vos quisiérais hacer contra su consejo. Se cuenta en las vidas de los Padres antiguos, que un cierto jóven, ya muy adelantado en la virtud, quiso, contra el dictámen de su padre espiritual, retirarse del monasterio, é internarse en el desierto para tener allí una vida solitaria. Pero ¿qué sucedió después? Que del desierto quiso una vez ir á la casa de sus padres; en donde no solamente se olvidó ya del desierto, sino que tambien se entregó á una vida relajada. Mas acaso me diréis, que por seguir la conducta ú orden establecido por vuestro director os encontrais ahora mal guiada, segun otros padres espirituales os lo han asegurado. Primeramente yo os respondo, que con dificultad habréis podido errar, haciendo en ello la obediencia; mas aun cuando así fuese ¿sabeis cuál ha sido tal vez la causa de haber sido mal guiada? Porque en ciertas cosas habeis obedecido, y en otras no; y á una obediencia tan defectuosa Dios no está obligado á protegerla. Mas poneos toda en las manos de esa guia vuestra, con ánimo de obedecerle tambien en todo; que entonces no habrá de permitir el Señor que vos erreis: y aun en el caso que vuestro confesor no tenga toda aquella ciencia que conviene, el mismo Dios tendrá el cuidado de suplirla; pues que no es posible que quede engañada un alma que desea hacerse santa, y que tambien pone en Dios su confianza; lo que manifiesta cuando obedece fielmente á un ministro suyo.

20 De tales antecedentes llego yo á inferir, que no puede errar tampoco aquella monja que no tiene

director particular, sino que se deja dirigir por el confesor ordinario, á pesar de mudarse de tiempo en tiempo: lo cual tambien confirmaba la gran sierva de Dios sor Paula Centurione, cuando decia: *A mí todos los confesores me parecen iguales; porque cada uno de ellos me aplica la sangre de Jesucristo para curar las llagas de mi alma.* Bastará, pues, cuando vaya un confesor nuevo, que la monja le dé una noticia general de su conciencia; para que desde luego se ponga bajo su direccion. Para la que desea de veras hacerse santa, y no quiera por lo mismo otra cosa mas que agradar á Dios, habrá de ser bueno cualquiera confesor que se le presente designado por su prelado. Lo que necesitamos es una buena voluntad, y un ánimo resuelto á negar toda satisfaccion al amor propio, con el fin de hallar en todas las cosas solamente el gusto ó beneplácito de Dios. Por eso decia á sus religiosas la venerable sor Úrsula Benicasa: *Hermanas mías, estad persuadidas de que ningun director podrá haceros santas, si vosotras no estais tambien resueltas á mortificar la voluntad propia y vuestras pasiones.*

ORACION.

¡Ay Jesús mio! Vos que tanto habeis padecido, que llegásteis á derramar vuestra sangre y hasta perder la vida para ponerme en la precision de amaros, y yo miserable os he pagado con ingratitudes! ¡Cuántas veces por una despreciable satisfaccion mia os he vuelto las espaldas, y he perdido vuestra divina gracia! Yo bien sabia que pecando os daba un gran disgusto: sí que no lo ignoraba, y con todo consumaba mi de-

pravado intento! Ea pues, perdonadme ya, amado Redentor mio, por aquella divina sangre que por mí habeis derramado. *Te ergo quacesumus, tuis famulis subveni, quos pretioso sanguine redemisti.* Yo me arrepiento con todo el corazon de haber ofendido á vuestra bondad infinita. Acrecentad en mí, Señor mio, este arrepentimiento; y concededme un dolor tan grande de mis pecados, que me haga estar siempre afligida hasta la muerte por las injurias que contra Vos he cometido. Si yo me hubiera muerto entonces, no pudiera ya amaros de manera alguna. Pues ya que me habeis concedido tiempo para amaros, yo quiero desde luego amaros mucho, y no quiero amar tampoco á ninguna otra cosa mas que á Vos. Os amo, pues, sumo bien mio, y os amo con todo mi corazon; y por cuanto os amo, os entrego toda mi voluntad. Concededme, Señor, tambien la gracia de amaros para siempre en adelante; y después de esto, haced de mí y disponed de mi existencia como mas os agrade, pues que yo todo ello lo acepto. Haced, por último, que en todas mis tentaciones y peligros de ofenderos yo no deje nunca de encomendarme de veras á Vos. ¡Oh Virgen María y mi dulce madre! alcanzadme Vos, Señora, esta gracia, de que yo recurra siempre á Dios en las tentaciones, y al mismo tiempo tambien acuda á Vos, que todo lo podeis por su infinita misericordia.

§ II. — De los escrúpulos.

1 Los escrúpulos no son otra cosa mas que un vano temor de pecar, nacido de falsas aprensiones que

no tienen fundamento de razon. Ellos es verdad que suelen ser provechosos al principio de la conversion, porque un alma que hace poco tiempo que ha salido del pecado tiene una necesidad de limpiarse muchas veces, lo que ciertamente ocasionan los escrúpulos; pues que la purifican, y al mismo tiempo la hacen cautelosa para que huya de los pecados verdaderos: la ponen tambien por otra parte humilde; de modo que no fiándose ella mas de su propio juicio, obediente se entrega en las manos de su padre espiritual, para que la dirija á su arbitrio. Y san Francisco de Sales, tratando de esto decia: *Aquel temor que engendra escrúpulos en aquellos que recientemente se han apartado del pecado es un presagio cierto de que habrán de tener pureza de conciencia.* Pero, por el contrario, son dañosos estos mismos escrúpulos para aquellas personas que se eucaminan á la perfeccion, y que hace tiempo que se ocupan en el servicio de Dios. *Para estas almas, decia santa Teresa de Jesús, son los escrúpulos ramos de locura; porque las sujetan á impresiones desconcertadas, por las cuales se ven después reducidas á tal estado, que ya no darán un paso mas en el camino de la perfeccion.* Y lo mismo nos dejó escrito el citado san Francisco de Sales por estas palabras: *Sed diligentes, pero guardaos tambien de las inquietudes; porque no hay cosa que mas impida que ellas el caminar á la perfeccion cristiana.*

2 Mas es necesario por otra parte distinguir las conciencias escrupulosas; pues que tambien hay algunas monjas que se glorian de ser almas libres, y aun se avergüenzan de ser tenidas por tímidas ó es-

crupulosas, llegando por este medio á tener una vida relajada: hacen y reciben regalos como les da la gana; se les da poco cuidado de las reglas, diciendo que no están puestas en práctica; dan libertad á sus ojos, á la lengua, á los oídos, para ver, decir y escuchar todo cuanto les agrada; se avergüenzan tambien de dejarse ver mortificadas, y aun llegan á insultar á las que lo son; el hablar en voz baja y tener la vista inclinada á la tierra lo llaman singularidad y afectaciones; y fácilmente se dejan tambien llevar de las monjas imperfectas, para hacerlas compañía en sus vanos divertimientos. Dejen ya estas tales de vanagloriarse en ser libres de conciencia; porque el nombre que puede dárseles es el de tibias é imperfectas, por no decir relajadas. ¡Pluguiese á Dios que fuesen ellas escrupulosas, es decir, de una conciencia delicada, como deberian serlo! Que adviertan y tambien teman las miserables ser del número de aquellos de quienes habla David cuando dice, que siguiendo como ovejas el mal ejemplo de las otras, llegarán á encontrarse algun dia con ellas desgraciadamente confinadas al infierno: *Sicut oves in inferno positi sunt* ¹. El no querer, pues, entretenerse para perder el tiempo en el locutorio ó en la azotea, el guardarse tambien de hablar en el coro ó en el tiempo de silencio, y el abstenerse de proferir una mentira, por mínima que sea, estas no son señales de una conciencia escrupulosa, sino que lo son de una conciencia delicada, cual se requiere en toda religiosa.

3 Las señales que se dejan ver en una alma escru-

¹ Psalm. XLVIII, 13.

pulosa son las siguientes: La primera, temer en sus confesiones el no llevar nunca un verdadero dolor y propósito; la segunda, temer el cometer pecados en todas las cosas, por motivos frívolos é insubsistentes. como por ejemplo, la que se persuade que está siempre haciendo juicios temerarios, y consintiendo en todos los malos pensamientos que se le presentan á la mente; la tercera, el ser inconstante en sus dudas. considerando una misma accion, ya por lícita y ya por ilícita, y esto acompañado de grandes temores y angustias; la cuarta, el no tranquilizarse con el parecer del confesor; y otras cosas semejantes. Por regla general, el decidir si una persona es ó no escrupulosa. corresponde á los confesores, y no á los penitentes: porque sabemos que todas las que adolecen de semejante defecto, dicen que sus escrúpulos no son tales en realidad, sino que son verdaderas ó clasificadas dudas y pecados; siendo evidente que si los conociesen como ellos son en sí, no harian caso de semejantes ilusiones. Están las tales á lo oscuro, y por esta razon no ven cómo se encuentran las cosas en su conciencia: el confesor, que se halla á la parte de afuera, bien las conoce; y por lo tanto debe el penitente obedecer á sus consejos ó decisiones: no haciéndolo este así, sino que quiera meterse á decidir en sus dudas, cuanto mas se fatigue para aquietarse con su propio juicio, mas habrá de confundirse y de inquietarse; y acaso se pondrá tambien en peligro de perderse, como después explicaremos.

4 Ordinariamente es el demonio el que llena de escrúpulos y de angustias á las almas que se dirigen

á la perfeccion ; con la mira de que para librarse de ellos, ó al fin dejen la buena vida principiada, ó se abandonen á la desesperacion , y voluntariamente se den la muerte. Y qué ¿no es esto acaso lo que ha sucedido con muchos? Refiere un docto escritor moderno ¹ haber él mismo conocido dos personas, de las cuales por causa de los escrúpulos la una se hirió muchas veces en el pecho con un cuchillo, y la otra disparó contra sí un arma de fuego , y cayó muerta. Y yo sé tambien de otra persona, que por semejantes angustias de conciencia, se arrojó una vez por la ventana, aunque pudo escapar de la muerte ; y otro dia estaba ya para escharse en un pozo, y no lo verificó á causa de las muchas instancias de un sugeto que la estaba mirando ; refiriéndose además otros muchos casos desgraciados de personas, que ellas mismas se han quitado la vida por los escrúpulos. Tambien el tentador se propone inquietar con ellos á las religiosas, con el fin de ponerlas inhábiles para recibir la comunión, para rezar el oficio divino, y aun para conseguir, si le es posible, que pierdan el juicio, y vengan á parar en locas ; ó á lo menos para hacerles odiosa la vida espiritual, y de esta manera vayan dejando después la oracion, y tambien la frecuencia de Sacramentos ; y así poco á poco pierdan los auxilios y el amor de Dios ; relajándose , por último, en una vida descenfrenada, y pasando de los escrúpulos á los verdaderos pecados. Y por eso dicen muchos teólogos, que cuando el confesor manda á un alma escrupulosa que obre con libertad, y que venza sus temores, no solamente puede

¹ P. Scaramelli, Diret. Astet. tr. 2, n. 348.

hacerlo en conciencia, sino que aun está tambien obligada á ello, pecando además si no obedece; tanto por el daño que se hace á sí misma, poniéndose inhábil para adelantar en el camino de Dios, cuanto por el peligro en que tambien se halla de perder la salud, el celebre y aun hasta su alma, entregándose á los vicios.

5 Son muchos los remedios que dan los maestros de espíritu contra los escrúpulos; pero comunmente todos estos sabios, así teólogos como ascéticos, concluyen que el principal, por no decir el único remedio, es que el penitente se ponga en manos de su padre espiritual, y obedeciéndole á ciegas, desconfie enteramente de su propio juicio. Decia á este intento san Felipe Neri, que no habia cosa mas expuesta ó de mayor peligro en los asuntos de conciencia, que el tratar una persona de gobernarse segun su propio parecer. Convengamos, pues, en que un alma escrupulosa que no obedece á su director, está perdida. Tambien añade á esto san Juan de la Cruz: *El no aquietarse el penitente con aquello que el confesor le dice, es soberbia y falta de fe* ³. Y con razon lo decia el Santo, habiendo declarado Jesucristo, que aquel que obedece á sus sacerdotes, tambien á él mismo le obedece; y que por el contrario, el que á ellos los desprecia, igualmente desprecia su divina persona: *Qui vos audit, me audit, et qui vos spernit, me spernit* ⁴. Por eso el antedicho san Juan ⁵, hablando en nombre del Señor á un penitente que no obedece, se expresa de este modo: *Siendo tú infiel á los confesores, á mí tambien lo eres,*

³ Tom. 3, trat. dello Spine, coll. 4, § 2, n. 8. — ⁴ Matth. xvi, 4.

⁵ Lug. cil. al n. 4.

habiéndoles yo dicho : El que os desprecia á vosotros , á mí me desprecia. Y por la inversa , no puede errar aquel que obedece á su padre espiritual. Dice san Bernardo , que todo lo que manda el hombre cuando está en lugar de Dios , no debe oirse de otro modo distinto que si lo ordenase el mismo Señor , á no ser una cosa que ciertamente le desagrade , por ser contraria á su divina ley : Quidquid vice Dei praecipit homo , quod non sit tamen certum displicere Deo , haud secus omnino accipiendum est , quam si praecipiat Deus ⁶.

6 Este fue el motivo que tuvo el beato Enrique de Suson ⁷ para decir que Dios no ha de pedirnos cuenta de ninguna cosa que hubiéremos hecho por obediencia. Y lo mismo enseñaba tambien san Felipe Neri á sus penitentes cuando les decia : *Aquellos que desean aprovechar en el camino de Dios se someten á un confesor docto , al que obedecen en lugar del mismo Señor. El que así lo practica , se asegura de no tener que dar cuenta á Dios de sus acciones. Y después les exhortaba que tuviesen confianza en el confesor , pues que el Señor no permitiría que él errase. Y digo yo ahora : Si uno llegase á quedar ciego , no le quedaba otro remedio para manejarse que escoger una guia ó lazarillo fiel que lo condujese por las calles que tuviese que andar. Pues del mismo modo , un alma que se encuentra en un estado de tinieblas y de confusion por causa de sus escrúpulos , debe dejarse conducir de la guia que Dios le ha dado , y obedecerla ciegamente. Digo de la guia que Dios le ha dado ; porque á una penitenta que se*

⁶ De Discipl. et Praec. c. 11. — ⁷ Ap. il P. Brencola , Strada alla perfez.

halla agitada por los escrúpulos, ordinariamente hablando, no le conviene tratar acerca de sus dudas con otros padres espirituales, aunque estos sean santos y doctos, sino solamente con el suyo propio: y es la causa bien clara; porque cualquiera que no estará enterado con exactitud de su conciencia, acaso le haga alguna pregunta, ó le diga una palabra que no esté conforme á las instrucciones del director propio; y ved aquí que por cualquiera expresion de estas, se meterá nuevamente en revolucion su conciencia; y perdiendo de esta manera la confianza que antes tenia con su propio maestro, quedará para siempre, ó á lo menos por mucho tiempo, inquieta y en una tempestad lamentable.

7 Obedeced, pues, mi bendita hermana, á vuestro director, y no tengais duda de que no podeis errar en hacer lo que os mande. Así lo han practicado los Santos, los cuales tambien con frecuencia se veian angustiados entre perplejidades y temores de ofender á su Dios, y por ese medio acertaban. Santa Catalina de Bolonia sabemos que se hallaba penetrada de escrúpulos; pero con todo ella cumplia exactamente con la obediencia de su confesor. A veces temia acercarse á recibir la sagrada comunión; mas con una señal que su padre espiritual le hiciese, á pesar de todos sus temores, inmediatamente se acercaba al comulgatorio: en premio de lo cual se le apareció un dia Jesucristo, y con el fin de animarla mas á que obedeciese, le dijo que viviese con alegría, porque le daba gran gusto con obedecer de aquella manera. El mismo Salvador nuestro se apareció tambien otro dia á la beata Estefanía Sanciona, dominica, y le hizo oir las siguientes

palabras: *Ya que has entregado tu voluntad en manos del confesor que representa mi persona, pídemela cualquiera gracia, que te será concedida.* Y ella respondió entonces: *Señor, yo no quiero otra cosa, sino á Vos solamente.* Y san Agustin habia dado antes este mismo consejo á su amigo san Paulino cuando este le escribió acerca de algunas dudas que tenia: el santo Doctor, pues, le respondió diciendo: *Confer ea cum aliquo cordis medico, et quod per illum tibi loquentem Dominus aperuerit, scribe mihi* *. Consulta, le dice, estas dudas tuyas con algun buen médico de las almas, y dame noticia de aquello que el Señor te dijere por medio de él. Así que, tenia por cierto san Agustin, que aconsejándose san Paulino con un padre espiritual, Dios por medio de él habia de hablarle ciertamente, haciéndole conocer su divina voluntad. Refiere san Antonino acerca de esto *, que hallándose muy angustiado por los escrúpulos un cierto religioso dominico, se le apareció otro religioso ya difunto, y le dió este consejo: *Consule discretos, et acquiesce eis.* Aconsejate con los sabios, y tranquilízate con lo que te digan. Refiere tambien el mismo santo Arzobispo, que un discípulo de san Bernardo no queria ya decir misa, á causa de los muchos escrúpulos; pero que viéndose inquieto de aquella manera, fué á aconsejarse con su santo maestro; y enterado san Bernardo, no le respondió mas que estas palabras: *Anda, y di misa á cargo de mi conciencia;* omitiendo el darle razon alguna. Obedeció el monje; y desde entonces quedó libre en lo sucesivo de todas sus angustias.

* Ep. ad Paul. 20. — * Part. 1, a. 3, c. 10.

8 Y no sirve que me digais : *Si yo tuviese por confesor á san Bernardo, tambien obedeceria a ciegas ; pero en verdad que no es tal santo el que oye mis pecados.* Decís que no es tal santo ; pues yo os respondo ahora que es mas que san Bernardo , porque está en lugar de Dios. Y oid tambien lo que Gerson os contesta : *Quisquis ita dicis , erras ; non enim te commisisti in manibus hominis quia litteratus , etc. , sed quia tibi est praepositus. Quamobrem obedias illi , non ut homini , sed ut Deo* ¹⁰. Os engañais , dice este sabio escritor , la que hablais de esa manera ; porque no habeis sido entregada a las manos de un hombre porque este sea docto o santo , sino porque él os ha sido designado por Dios para vuestra guia. Por lo cual , obedecedle , no como á hombre , sino como á Dios , y no podréis errar. San Ignacio de Loyola se vió asaltado de tal modo por las tinieblas y los escrúpulos en el principio de su conversion , que no podia encontrar la paz de su conciencia ; mas por cuanto él creia firmemente las palabras de Dios cuando nos dice : *Qui vos audit , me audit* , exclamó con gran confianza : *Señor , mostradme el camino que yo debo seguir , que aunque me deis por guia a un perrito , yo os prometo seguirlo fielmente.* Y porque fue el Santo en realidad fiel para obedecer á sus directores , no solamente se vió libre de los escrúpulos , sino que tambien llegó á ser un excelente maestro de otros. Con razon , pues , decia santa Teresa. *Elija el alma al confesor , resuelta á no pensar ya mas en su causa , sino confiando en las palabras del Señor.* *Qui vos audit , me audit : Y agrada tanto al Señor esta sumision nues-*

¹⁰ Tract. de Praepar. ad Miss.

tra, que si practicamos con pena ó sin ella lo que por el confesor se resuelve (y aun cuando haya que sufrir mil batallas, y nos parezca un despropósito), habrá de ayudarnos tanto el mismo Señor, que hará que la penitente se conforme en un todo con su divina voluntad ¹¹.

Y si acaso Jesucristo, mi bendita hermana, cuando habrá de juzgaros, os pidiese cuenta de aquello que hayais hecho por obediencia á vuestro director, preparaos para darle esta respuesta: *Señor, yo he practicado eso por obedecer á vuestro ministro, segun Vos mismo me lo teneis mandado*. Contestadle entonces de esa manera, y ningun temor tengais de que habrá de condenaros. Y escribiendo sobre esto el P. Santiago Álvarez ¹² dice, que aun cuando el confesor errase, el penitente no erraria en obedecerle, caminando seguro ciertamente. Y qué, para andar vos en esta seguridad de conciencia, ¿estais acaso obligada á examinar si el confesor es ó no bastante docto? De ninguna manera; pues es lo suficiente que él se halle legítimamente aprobado por su obispo, como estais obligada á suponerlo, para que ya se encuentre en lugar de Dios con respecto á dirigiros, y para que tampoco vos podais errar en obedecer lo que os mande.

9 *Pero yo, dice aquella, no soy escrupulosa, pues que mis angustias no son unos vanos temores, sino que tienen fundamento*. A lo que yo os respondo: Ningun loco se considera por tal; mas en esto consiste su locura, en ser loco y no conocerlo. Pues tambien de un modo semejante os digo yo ahora, que sois escrupulosa, como lo juzga vuestro director, por eso mismo

¹¹ Fondaz. c. 18. — ¹² Lib. 1, p. 3, c. 12.

que no conozcais la vanidad de vuestros mismos escrúpulos; porque si llegáseis á entender que esas son unas infundadas aprensiones, no hiciérais caso de ellas, y de consiguiente no seriais entonces escrupulosa. Aquietaos por lo tanto, y obedeced á todo lo que aquel os diga, el cual bien conoce vuestra conciencia. Pero aun os oigo replicar: *En mi confesor no está la falta, sino que consiste en mí, que no sé explicarme; y por eso el tampoco puede entender el estado miserable de mi alma.* ¡Pues estamos bien! Y digo yo ahora: Vos que teneis tantos escrúpulos en cosas insignificantes, después no escrupulizais de tratar á vuestro padre espiritual, ó de ignorante ó de sacrilego. Me explicaré: Cuando os acusásteis de vuestras dudas, y en materia grave, segun vos decís, estaba el confesor obligado á haceros las preguntas convenientes, y por ellas arreglarse para formar el debido juicio de esas vuestras mismas dudas. De donde se infiere que si él sin una justa razon y sin comprenderos, como pensais, os ha mandado que no hagais caso, considerándolas por escrúpulos, ó lo ha debido hacer por ignorancia ó por malicia. Luego temiendo vos seguir su consejo, por recelo de que no os haya entendido, venís á juzgarlo, como he dicho, ó de ignorante ó de sacrilego; ¿y de esta vuestra gran temeridad aun no haceis escrúpulo? A todas estas tales que se meten á censurar las disposiciones de su confesor, convendria responderles aquello que dijo el docto Mons. Esperelli, obispo de Gubbio, como él mismo refiere ¹³, á una religiosa escrupulosa que se atrevió á denunciarle por hereje á su confesor,

¹³ Razion 21 alle Monache.

porque le habia dicho que no eran pecados aquellos de que ella se acusaba ; esta fue entonces su respuesta : *Decidme, reverenda mia, ¿en qué universidad habeis estudiado la teologia, que sabeis aun mas que vuestro confesor? Ea, retiraos desde luego á hilar, y no deis mas oido á esos vuestros desatinos.*

10 Yo no quiero deciros á vos esto mismo ; pero si os advertiré que os aquieteis, acomodándoos con todo aquello que os dijere vuestro padre espiritual. Es lo suficiente que una vez le hayais declarado vuestras dudas. Al presente, y siempre que él os diga : *Ea, basta ; ya no quiero oir mas, obedecedle inmediatamente, id á comulgar, etc. :* debeis, pues, hacer lo que os mande, sin pensar en otra cosa, estando tambien persuadida de que os ha comprendido bastante. No debeis, repito, dudar de su consejo, sino obedecerlo á ciegas, sin réplica alguna, y sin querer indagar el por qué, entregándoos en todo bajo su guia ó direccion : pues que si quisiéreis quedar enterada de la causa que tiene para deciros eso que ha dispuesto, siempre vendríais á enredaros mas, y volveríais á vuestras angustias. Obedecedle, pues, ciegamente, es decir, sin querer tampoco oir cómo van vuestras cosas ; y sin poneros por lo tanto á reflexionar nunca sobre lo que él os haya ordenado. Los escrúpulos son una pez que cuanto mas se maneja mas se pega : á proporcion que vayais reflexionando mas en ellos, mas irá llenándose de tinieblas vuestra mente. Contentaos por lo mismo en caminar á oscuras. Tened delante de vuestros ojos las bellas máximas que san Francisco de Sales enseñaba ¹⁴.

¹⁴ Nella sua vita, circa il fine.

Decia una de ellas de esta manera : *Conviene os contenteis con saber de vuestro padre espiritual, que se camina bien, sin preguntarle el motivo.* Otra decia : *Es lo mejor caminar á ciegas, bajo la divina Providencia, entre las tinieblas y perplejidades de esta vida.* Decia tambien otra, y esta deberia enteramente tranquilizaros : *No se ha perdido jamás un verdadero obediente.* Tened, en suma, siempre á la vista la regla cierta, de que obedeciendo al confesor, se obedece á Dios, y bajo esta consideracion, esforzaos á obedecer. sin hacer ya cuenta de todos vuestros temores; y estad tambien persuadida de que si no obedecéis, es imposible que vayais por el buen camino; pero si cumplís todo lo que el confesor os mande, caminais siempre segura. *Pero si me condeno obedeciendo, ¿quien habrá de sacarme después del infierno?* No es posible esto que acabais de decir; porque jamás podrá suceder que la obediencia, que es un camino seguro para el paraíso, se convierta para vos en un camino del infierno.

11 Pero vengamos ahora á la práctica. Generalmente hablando, son dos los capítulos ó lazos con los que por lo comun se ven enredados en tormentos los escrupulosos. Uno en cuanto á lo pasado, temiendo no haberse confesado bien. El otro con respecto á lo presente, haciendo ellos pecado todas las cosas que practican con temor. En orden al primer capítulo sobre lo pasado, las monjas escrupulosas no querrian hacer otra cosa mas que repetir y multiplicar siempre confesiones generales, esperando por este medio mitigar sus angustias. Pero ¿qué sucede? que cada vez

se quedan en peor estado: porque siempre se van reproduciendo de nuevo otras aprensiones y escrúpulos de haberse dejado pecados sin confesar, ó de no haberse explicado debidamente: de donde resulta, que cuanto mas confesiones multiplican, tanto mas se reproducen sus inquietudes. No tiene duda que la confesion general es utilísima para quien no la haya hecho ninguna vez. Ella ayuda mucho para que el alma se humille á la consideracion de sus desconciertos cometidos en la vida pasada, los cuales entonces se le ponen todos de golpe delante de sus ojos. Sirve tambien para concebir mayor dolor de las propias ingratitudes cometidas contra Dios, y para formar resoluciones mas santas con respecto al tiempo venidero. Ayuda, en fin, para que el confesor entienda mejor el estado de la conciencia de la persona, las virtudes de que carece, las pasiones y los vicios á que ella se ve mas inclinada; y de esta manera pueda aplicar con mayor oportunidad los remedios, y dar sus consejos. Mas aquella persona que haya hecho ya una vez la tal confesion general, no conviene que la repita; y si sucede después que le ocurre alguna duda, generalmente hablando (y con mayor motivo, si la penitenta no se acuerda de haber dejado nunca de confesar ningun pecado á sabiendas), no está obligada á acusarse mas de cosa alguna; á no ser que sepa de cierto que aquello que omitió era en su juicio una culpa grave, y que además le conste que nunca ha hecho mencion de ella en ninguna de sus confesiones.

12 Podrá alguna decir á esto: *Pero si acaso un pecado es grave en realidad, y yo no lo he confesado,*

*¿habré de salvarme? Si, os salvaréis, mediante á que todos los Doctores con santo Tomás ¹⁵ enseñan, que si después de una discreta diligencia se deja sin confesar cualquiera pecado mortal, este queda tambien indirectamente absuelto. Y aunque es verdad que cuando la penitenta se acuerda, ó prudentemente duda, de no haberlo jamás descubierto en la confesion, está obligada á manifestarlo; cuando en razon puede juzgar, como dejamos escrito en el número antecedente, de haberse acusado de él en las confesiones pasadas, no tiene entonces tal obligacion de confesarlo. Se dice que *no tiene tal obligacion de confesarlo*; y esto debe entenderse por una regla general; mas con respecto á un alma angustiada con los escrúpulos, está obligada además á no decirlo al confesor, segun la opinion de los doctores, sino cuando pueda jurar que ciertamente es pecado mortal, y que jamás lo ha descubierto en ninguna de sus confesiones; porque en una conciencia escrupulosa el repetir las cosas de la vida pasada puede ocasionarle grande daño, y ponerla en una desesperacion. Y cuando la penitenta se encuentra muy agitada y confusa, al ponerse á decidir si puede ó no hacer el tal juramento, podrá el confesor en tal caso librarla absolutamente de la obligacion de confesar las culpas pertenecientes á la vida pasada, pues que en semejante lance de tanto peligro y daño, cesa la obligacion de la confesion entera; supuesto que tambien otros inconvenientes menos graves que este excusan de la integridad, como enseñan comunmente los teólogos. Así que, para terminar este punto, de-*

¹⁵ Suppl. 3 p. q. 10, a. 5.

ben entender las personas escrupulosas, que la confesion general es útil para otros, pero que para ellas es muy peligrosa y aun nociva, por cuya causa los buenos directores no les permiten jamás hablar de las cosas pasadas. Su remedio, pues, no consiste en hablar, sino en callar y obedecer; y por lo mismo conviene no darles nunca audiencia, cuando traten de expresarse; pues que si á las tales se les permite alguna vez hablar, quedarán después inquietas siempre que no puedan volver á usar de la palabra.

13 Esto se entiende con respecto á la confesion general, mas en cuanto á las confesiones ordinarias, contrayéndonos ahora á las religiosas que aspiran á la perfeccion y que comulgan con frecuencia, no hay una necesidad de que se confiesen siempre que recibían la comunión; basta que en la semana reciban la absolucion una ó dos veces, y cuando cometan cualquiera culpa venial con advertencia. Y dice san Francisco de Sales en una de sus cartas, que aun en este caso no deje de comulgarse, no pudiendo cómodamente obtener la absolucion, supuesto que segun enseña el concilio de Trento, hay otros medios para la remision de las culpas ligeras, fuera del sacramento de la Penitencia, como lo son los actos de contricion y de amor de Dios. Sobre este particular yo tambien he leído, que no teniendo santa Matilde un dia proporcion de confesarse de ciertas negligencias, hizo un acto de contricion, y se dirigió á recibir la sagrada Eucaristía, y que después se le apareció Jesucristo y le dijo, que habia hecho bien. Y decia tambien un docto sacerdote, que á veces al que casualmente ha

cometido algun pecado venial se le hace la comunión mas fructuosa sin confesarlo, que si recibiese la absolucion; porque en semejante caso, repite la persona tantos actos de contrición por aquella falta cometida, que se comulga con mucha mayor disposición y humildad.

14 Hablando ahora sobre el segundo capítulo, de aquellos que forman escrúpulo de pecar en todas las cosas, ó tambien temen consentir en todo mal pensamiento que se les presenta á la mente, es necesario hacer dos advertencias: la primera, que una cosa es la sensacion, y otra el consentimiento. Ninguno de los movimientos que naturalmente vienen al sentido llega jamás á ser pecado, mientras que la voluntad los rechaza. Ni debe tampoco la persona formar escrúpulo por haber dado causa de aquellas impresiones imaginarias, cuando dicha causa ha sido presentada con el buen fin de utilidad espiritual ó temporal. La segunda cosa que debe advertirse es, que para cometer el pecado mortal se requiere, así la plena advertencia del entendimiento, como el consentimiento perfecto de parte de la voluntad: no dándose culpa grave en faltando este ó aquella. Y en caso de duda, como ya queda dicho al fin del número 13 del párrafo anterior, las personas timoratas, y con especialidad las escrupulosas, deben estar ciertas de no haber pecado gravemente, siempre que no puedan afirmarlo de cierto. Y aquí tambien es bueno advertir, que con respecto á ciertas almas muy tímidas, y que siempre dudan de haber consentido á los malos pensamientos, algunas veces conviene que no se acusen en particular de cier-

tas tentaciones; por ejemplo, de odio, de incredulidad ó de impureza; porque, como tambien se dijo, aunque con distinto propósito, en otra parte, con el mismo reflexionar si han prestado ó no deliberado consentimiento, y la manera con que han de explicarlo, se excita mas en la mente la imaginacion de aquellos objetos, y tambien entonces ellas se inquietan mas por el temor de haberlos consentido de nuevo. A estas tales, pues, conviene mandarles que no se acusen de tales pensamientos, sino diciendo generalmente: *Me acuso de todas las negligencias cometidas en apartar los malos pensamientos, y nada mas.*

15 Dos son, pues, los privilegios que acerca de obrar tiene un alma escrupulosa, como lo afirman comunmente los doctores, san Antonino, Navarro, Suarez y otros muchos. El primero, que ella no peca obrando con temor del escrúpulo, siempre que lo hace segun la obediencia. Y no es tampoco necesario que continuamente haga el juicio práctico y expreso de obrar bien, reflexionando que sigue la misma obediencia: basta para quedar exenta de toda culpa el juicio virtual; es decir, es lo suficiente que obre en virtud del juicio que anteriormente tiene formado de no hacer caso de tales temores. Ni menos se crea que es obrar con duda práctica semejante conducta; porque una cosa es obrar con duda práctica del pecado, y otra es el obrar con el temor de pecar. Enseña sabiamente Gerson acerca de esto, que se verifica la duda práctica, y entonces no es lícito obrar con ella, cuando nace de la conciencia formada; es decir, cuando examinadas las circunstancias, juzga la persona

que durante aquella duda no puede obrar sin pecado. Pero cuando la mente se halla perpleja y vacilante entre sus dudas, no sabiendo á qué parte inclinarse; pero al mismo tiempo no quiere el alma dejar de hacer aquello que agrada á Dios, dice el citado Gerson que esto no es entonces una duda práctica, sino un temor vano, y un escrúpulo que ella debe apartar de sí y despreciar en cuanto pueda. Estas son sus palabras: *Conscientia formata est, quando post discussionem et deliberationem ex definitiva sententia rationis judicatur aliquid faciendum, aut vitandum; et contra eam agere est peccatum. Timor vero, seu scrupulus conscientiae est, quando mens inter dubia vacillat, nesciens ad quid potius teneatur; non tamen vellet omittere, quod sciret esse placitum divinae voluntati; et iste timor, quam fieri potest, abjiciendus, et extinguendus* ¹⁶. Así que, cuando la persona está con la voluntad firme de no querer ofender á Dios, ni dejar de obrar según la obediencia para vencer el escrúpulo, ella entonces no peca, aun cuando obre con temor, y aunque en la actualidad no haga reflexion sobre el precepto que le tiene dado su director.

16 El segundo privilegio de los escrupulosos es, que después de haber practicado alguna obra, deben persuadirse de no haber consentido absolutamente á cualquiera tentacion que hayan tenido entonces, á no ser que estén ciertos de haber advertido y querido plenamente la malicia del pecado: por manera que cuando llegan á dudar acerca de esto, la misma duda es una señal cierta de que ha faltado el pleno conoci-

¹⁶ Tract. de Cons. et Scrupul.

miento de la malicia de aquel, y su pleno consentimiento; porque si hubiera habido lo uno y lo otro, los tales escrupulosos no tendrían duda, sino certeza de haber faltado á la divina ley. Por lo cual, si el confesor les manda que no se acusen de aquellas dudas, deben en todo caso obedecerle; y no porque el mismo padre espiritual se mantenga firme en no querer oírlos, deben ellos tampoco pensar de ninguna manera dejarlo y buscar otro. Y acerca de esto añado yo ahora, que cometen grande falta aquellos padres espirituales que son condescendientes en oír las dudas de las almas escrupulosas; pues que volviendo y revolviendo ellas sus conciencias al tratar de convencerse, siempre habrán de inquietarse mas, imposibilitándose tambien siempre en mayor grado para adelantar en el camino de Dios. Bajo de otro concepto, debe ahora advertirse, que lo que aquí se ha dicho últimamente, no tan solo se dirige á los penitentes, sino tambien á los directores, para que sepan regularse bien en la direccion de sus conciencias. A los primeros no les corresponde otra cosa mas que someterse al juicio de estos sus padres espirituales, y obedecerles en todo. Sin embargo se ha notado esto, para que cualquiera sepa á lo menos que cuando el confesor le previene que no se acuse ni le hable de ciertas materias, si no está cierta de haber cometido culpa grave; ó cuando acaso, después de haberle oído, le manda ir á comulgar sin absolucion, no se meta á disputar con el mismo su padre espiritual, y á hacer el papel de doctora, como suele decirse; sino que obedezca á ciegas, sin procurar tampoco entender la causa de aquello que le ha ordenado.

17 Podrá decir alguna : *Mas yo quiero obrar con seguridad de no dar disgusto á Dios.* Pues esta , os respondo yo , es la mayor seguridad que podeis tener vos que os veis angustiada de la conciencia , obedecer á vuestro director para vencer el escrúpulo , á pesar del temor actual que os atormenta. Y sabed que aun cuando os halláseis en el punto de la muerte , estaríais ciertamente obligada á obrar de esta manera para no ser engañada del demonio. Y aquí repito lo que ya se ha dicho antes en el número 4, que vos debeis tener por escrúpulo el no haceros violencia para vencer esos temores , obrando en contra de ellos , como el padre espiritual os ha prescrito , aunque tambien esteis persuadida de que entonces no es aquel un escrúpulo vano ; porque si dejais de obrar por causa de este , jamás podréis adelantar en el camino de Dios : y además de esto , como ya se ha dicho , os pondréis en peligro de perder el alma , ó á lo menos el cerebro ; y el dar ocasion á semejante desgracia ciertamente es pecado. A este fin el demonio suscita tantos temores en las almas escrupulosas , para conseguir , ó que se entreguen á una vida relajada , ó pierdan la paz de su conciencia , ó á lo menos no adelanten en la perfeccion , y se vean siempre llenas de angustias y de confusiones ; de las cuales siempre habrá de sacar el infierno alguna ganancia. Decia á este intento san Luis Gonzaga : *En el agua turbia siempre encuentra que pescar el demonio.*

18 En vista de todo lo dicho , si quereis caminar bien y con seguridad , obedeced puntualmente á todos los preceptos y reglas que os diere vuestro director : suplicándole al mismo tiempo que acerca de vuestra

direccion os señale reglas, no solamente particulares, sino tambien generales. Digo *generales*, por ejemplo, que venzais el escrúpulo, sin hacer caso de él, siempre que evidentemente no conozcais ser una culpa grave: ó bien*que no os confeseis de ninguna cosa, si no podeis jurar por cierto haber cometido algun pecado mortal, y jurar tambien que nunca lo habeis confesado; ó bien que recibais la comunión, siempre que no esteis cierta de tener pecado grave en la conciencia; ó que tambien no repitais jamás el oficio divino, ó parte de él, si no sabeis de fijo el haberlo omitido, y otras reglas semejantes que suelen darse á las personas escrupulosas; porque si una persona que lo es quiere gobernarse solamente con las reglas particulares; es decir, con las que se le han dado por el confesor para los casos particulares que se presentan, las tales de nada ó de poco habrán de servirle; mediante á que la escrupulosa siempre dice, que el segundo caso en que forma el escrúpulo no es como el primero; y de esta manera continuamente se verá confusa y llena de inquietudes.

19 Concluyo repitiendo siempre lo mismo: obedeced, obedeced; y por caridad no trateis á Dios de tirano. Es verdad que este Señor aborrece el pecado; pero no por esto puede aborrecer á un alma que con dolor detesta ese mismo pecado, y que está pronta para morir mil veces antes que volver á cometerlo. Decidme: si vos tuviéseis á una persona la voluntad y el amor que ahora profesais á Dios, ¿creeríais jamás que ella tambien dejara de amaros mucho? Y ¿por qué á vuestro Dios lo habeis de considerar menos bue-

no? ¡Oh cuán bueno es este mismo Dios para con un alma que tiene igualmente buena voluntad! Así nos lo asegura el real Profeta: *Quam bonus Israel Deus his, qui recto sunt corde* ¹⁷! Dios no puede dejar de amparar al que lo busca: *Bonus est Dominus animae querenti illum* ¹⁸. Y dijo un dia el mismo Señor á santa Margarita de Cortona: *Margarita, ¿tú á mí me buscas?* pues sabe que yo á ti te busco mucho mas que tú á mí. Imaginaos ahora que si amais y buscais á Dios, os ha de decir lo mismo. Abandonaos, pues, en sus brazos, como os exhorta el Salmista, depositando en él el cuidado de vuestra alma, y entonces os conservará y habrá de libraros de todas vuestras angustias: *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet; non dabit in aeternum fluctuationem justo* ¹⁹. Practicad, pues, la obediencia, y desechad tantos temores. Jesús le dijo á la misma santa Margarita, que le impedían adelantarse en el divino amor los muchos temores con que se hallaba. No busqueis en Dios tantas menudencias: no penseis tampoco que haya de indignarse contra vos por cualquiera pequeño error en que caigais, cuando ya le amais de corazon. Oid esto que decia santa Teresa á sus monjas: *Hijas mías, entended que Dios no mira ciertamente en tantas menudencias, como vosotras pensáis; y no permitáis que el corazon se os estreche ó comprima; porque entonces podréis perder muchos bienes. Sea recta la intencion, y la voluntad esté resuelta para nunca ofenderle. Repito, pues, diciéndoos, obedeced á vuestro padre espiritual en todo, y confiad en la obediencia, porque con ella siempre caminaréis se-*

¹⁷ Psalm. LXXII, 1 — ¹⁸ Thren. III, 25 — ¹⁹ Psalm. LIV, 23

gura : tened tambien siempre delante de vuestros ojos este gran documento que san Felipe Neri repetia á sus penitentes : *Tened confianza, les decia, en el confesor, porque el Señor no le permitirá que yerre ; no habiendo cosa mas segura para que corteis los lazos del demonio, que el hacer la voluntad de otro en el bien que practiqueis ; y por el contrario, añadia, no hay cosa mas peligrosa que el querer gobernarse por el parecer propio.* Por tanto, en la oracion que tengais, pedid siempre á Dios esta gracia, de que os haga cumplir con la obediencia. Y no dudeis que practicándolo todo bajo esta regla , ciertamente os salvaréis y llegaréis á haceros santa.

ORACION.

¡ Jesús mio ! toda mi pena en las angustias de mi conciencia nace de que os amo , y de que por eso temo disgustaros y perderos , sabiendo que sois un bien infinito. Hubo un tiempo desgraciado ¡ y ojalá que nunca lo hubiese habido ! en el cual , ni yo os amaba , ni procuraba tampoco que Vos me amáseis ; mas ahora no suspiro por otra cosa sino por amaros , y por ser amada de Vos , caro Redentor mio. Ya no quiero disgustaros por mas tiempo. Vos sabeis muy bien la voluntad que me anima de querer amaros á todo trance ; no me abandoneis. Si en el tiempo pasado os he ofendido , ahora tengo mas pena por los disgustos que os he dado , que si hubiese perdido todas mis cosas , bienes de fortuna , parientes , y hasta mi propia vida. Vos , Señor , habeis muerto por mí ; pues á Vos tambien entrego yo mi alma ; en vuestras manos la en-

comiendo : *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*. Sé que Vos me amais; en Vos, pues, toda me abandono, y espero que jamás habré de verme confundida por haber caído en desgracia vuestra : *In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum*. Os amo, Jesús mio, y quiero siempre amaros. Lo repito ahora, y espero repetirlo en el discurso de mi vida, en el tiempo de mi muerte, y por toda la eternidad. Jesús mio, yo os amo, y quiero amaros siempre; siempre quiero amaros. Virgen María, mi dulce esperanza y Madre de misericordia, ayudadme, tened piedad de mí.

§ III. — *De la Comunión. También al fin se hablará de la comunión espiritual, y de la visita al santísimo Sacramento.*

1 Entre todos los Sacramentos es sin duda el mas excelente el del santísimo Sacramento del altar. Los demás contienen los dones de Dios, mas el sacramento de la Eucaristía contiene al mismo Dios. Por eso dice el Angélico maestro ¹, que todos los otros Sacramentos fueron instituidos por Jesucristo para disponer á los hombres ó á recibir ó á administrar la santa Eucaristía, la cual, como añade el Santo, es la consumacion de la vida espiritual; pues que toda la perfeccion de nuestras almas proviene de este Sacramento. Y es la razon, porque toda la perfeccion consiste en unirnos con Dios, y no se encuentra un medio mejor para conseguir este laudable objeto que la santa

¹ 3 p. q. 75, a. 3.

comunion, por medio de la cual llega el alma á ser una misma cosa con Jesucristo, como lo dice él mismo: *Qui manducat meam carnem, in me manet, et ego in eo* ². Y esto movió á san Juan Crisóstomo para que escribiese: *Corpus suum in nos contemperavit, ut unum quid simus* ³. Puso Jesús su cuerpo bajo la especie de pan, para que de este modo nos hiciésemos una misma cosa con él mismo. Y san Cirilo Alejandrino dice, que el que comulga, se une con Jesucristo, como se mezclan entre sí dos pedazos de cera derretidos: *Ut unum quid ex utrisque factum videatur* ⁴. Por esta causa tambien instituyó nuestro Salvador este Sacramento en forma de comida, para darnos á entender, que á la manera que los manjares se convierten en nuestra propia sangre, así tambien este pan celestial se hace una misma cosa con nosotros; pero con esta notable diferencia, que la comida terrena se convierte en nuestra naturaleza, mas recibiendo aquel manjar divino, venimos nosotros á convertirnos en la naturaleza de Jesucristo, como dice Ruperto á nombre de este Señor por las siguientes expresiones: *Comedite, et eritis vos gratia, quod ego sum natura* ⁵. Alimentaos de mí, y seréis por mi gracia lo que yo soy por naturaleza. Y lo mismo le dió á entender á san Agustin cuando le dijo: *Non ego in te, sed tu mutaberis in me.*

2 El efecto principal de este Sacramento consiste en conservar en nosotros la vida de la gracia. Y el llamarse pan es, porque así como el pan terreno sostiene la vida del cuerpo, así tambien este pan celestial

² Joan vi, 57. — ³ Hom. 61. — ⁴ S. Cyr. lib 10 in Joan. c. 13.
— ⁵ In Exod. l. 3, c. 12.

conserva la vida del alma , que es la gracia de Dios. La Eucaristia , segun expresion del concilio de Trento , es aquella gran medicina que nos preserva de las culpas graves , y nos libra tambien de las veniales : *Antidotum quo liberemur à culpis quotidianis , et à peccatis mortalibus præservedum* *. Es este mismo Sacramento semejante á un arroyo de agua para apagar el ardor de las pasiones que nos consumen. El que se halle , pues , acometido de alguna pasion , que vaya á comulgar , y habrá de ver pronto aquella su pasion , ó en sí muerta , ó muy mortificada ; por lo que decia san Bernardo : *Si quis vestrum non tam saepe , non tam acerbos sentit iracundiae motus , invidiae , luxuriae , gratias agat corpori Domini , quoniam virtus Sacramenti operatur in eo* †. Si alguno de vosotros no experimenta tan frecuentemente ni con tanta violencia los movimientos de la ira , de la envidia , ó de la incontinencia , dé las gracias al santísimo Sacramento que obra en él estos buenos efectos. Además de esto , la santa Comunión , segun afirma el Angélico , nos da fuerzas para vencer todos los asaltos del demonio : *Repellit omnem daemonum impugnationem* ‡. Dice igualmente el Crisóstomo , que cuando comulgamos se ponen en fuga los demonios , y los Ángeles corren para asistirnos. Aun tambien , además de lo dicho , ocasiona en nosotros este Sacramento una gran mejora ó perieccion de espíritu ; infundiéndonos una grande paz interna , con una eficaz inclinacion á las virtudes ; y al mismo tiempo una extraordinaria prontitud para prac-

* Trident. Sess. 13 , c. 2 — † Serm. de Bapt. in Coena Dom. —

‡ 2^a Th. 3^a p. q. 19 , a. 1

ticarlas , haciéndonos de este modo fácil el seguir por el camino de la perfeccion.

3 La santa Comunión, sobre todo, infunde en nosotros la caridad para con Dios, como lo afirma también el mismo santo Tomás. Sabemos que Jesucristo protestó que no habia venido al mundo sino para encender en nuestros corazones el fuego santo de su divino amor: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur* ⁹? Sobre lo que decia el venerable P. D. Francisco Olimpio, teatino, que en ningun misterio de los de su vida nos inflama nuestro Salvador mas para que le amemos, que en el Sacramento de nuestros altares; en donde reconcentra todo su ardor, dándonos tambien allí todo en sí mismo. Por eso, al tratar san Juan de la institucion de este divino Sacramento, escribió diciendo: *Sciens Jesus quia venit hora ejus, ut transeat ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos* ¹⁰. Sobre cuyas palabras: *In finem dilexit*, hacen los intérpretes esta explicacion: «nos amó hasta el último extremo.» Lo que obligó tambien después á decir al concilio Tridentino, que Jesús derramó en este Sacramento todas las riquezas de su divino amor en beneficio de los hombres: *Divitias divini sui erga homines amoris velut effudit* ¹¹. Por esta misma causa llamó el citado santo Tomás á la santa Comunión: *Sacramentum amoris* ¹². Y san Bernardo le dió el nombre de: *Amor amorum* ¹³. Igualmente santa María Magdalena de Pazzis al dia de la comunión lo

⁹ Luc. XII, 49 — ¹⁰ Joan. XIII, 1. — ¹¹ Sess. 13, c. 2. — ¹² Opus. 38, c. 25. — ¹³ Serm. in Coena Dom.

llamaba *dia del amor*; y decia que cuando un alma ha comulgado, puede repetir aquellas palabras que Jesucristo profirió estando para perder su vida en la cruz: *consummatum est*; es decir, habiéndoseme Dios dado á si mismo, ni este Señor ha podido darme ya mas, ni á mí me queda ya otra cosa mayor que desear.

4 Con estos antecedentes ¿qué otro beneficio mayor deberíamos desear todos, que el recibir á Jesús en la sagrada Comunión con la mayor frecuencia posible? Ya sabemos que en los primeros siglos comulgaban cada dia todos los fieles, como nos lo refiere san Lucas, escribiendo: *Quotidie quoque perdurantes unanimiter in templo, et frangentes circa domos panem* ¹⁴. Y la version siríaca en lugar de *frangentes panem*, lee, *frangentes manus benedictum*, lo que expresa mas claramente el pan divino. Además, que los sagrados intérpretes entienden comunmente por el tal pan la sagrada Eucaristía. Por cuya razon no duda santo Tomás asegurar como una cosa cierta ¹⁵ que todos los cristianos que entonces asistian á la misa recibían la Comunión; lo cual tambien antes lo habia ya atestiguado san Dionisio Areopagita ¹⁶. Y san Jerónimo igualmente afirma, segun lo escribió á Lucina y á Pammaquio, que en sus dias continuaba en Roma la misma piadosa costumbre, y aun en España. Después con el transcurso de los tiempos comenzó á resfriarse la piedad de los fieles, y llegó á tanto su frialdad, que el papa Fabiano tuvo que mandar que comulgasen todos, á lo menos tres veces al año, que

¹⁴ Act. II, 46. — ¹⁵ P. 5, q. 80, a. 10 ad 5. — ¹⁶ Hier. Eccl. XIII.

cran, la Pascua, Pentecostes y la Natividad del Señor ; y aun posteriormente tomó tanto incremento esta misma frialdad ó indiferencia, que Inocencio III impuso el precepto de que todos comulgásemos cuando menos uná vez al año por la Pascua, bajo la pena de no poder entrar en la iglesia los que no lo hiciesen ; cuyo decreto fue después confirmado por el concilio de Trento ¹⁷. Mas esto en nada prueba que deje de ser muy laudable la comunión frecuente: lo que sí solo manifiesta es, que con el tiempo se ha ido resfriando el fervor que antes florecia en la Iglesia.

5 En cuanto á la práctica que actualmente se sigue, yo bien sé que entre los padres espirituales hay unos que se inclinan mas, y otros que se inclinan menos á la comunión frecuente. Yo por mi parte me uno á los primeros, porque tal me parece ser tambien el sentimiento de los santos Padres y el de la misma Iglesia, como se prueba bien por el testimonio del doctísimo P. Petavio en el tratado que escribió contra el muy severo Arnaldo. En cuanto á los santos Padres dejaré que otros lo atestigüen; y digo solamente, que san Basilio escribió á un amigo suyo manifestándole que era suma la consolacion que sentia al ver que todos los fieles de su diócesis de Cesarea comulgaban á lo menos cuatro veces en la semana. Tambien recuerdo que san Agustin, aunque al tratar de la comunión cotidiana, dice en un lugar : *Quotidie Eucharistiae communionem percipere nec laudo, nec reprehendo* ¹⁸ : segun reflexiona un docto escritor, se expresó el Santo en estos términos, porque entonces en el África no

¹⁷ Sess. 13, c. 9. — ¹⁸ De Eccl. Dogm.

estaba en vigor el uso de la Comunión frecuente, y aun muchos lo reprobaban. Mas en otro lugar bien lo aprueba el mismo Santo, y tambien á él nos exhorta por estas palabras : *Iste panis quotidianus est; accipe quotidie, ut quotidie tibi prosit* ¹⁹. Refiere san Antonio á este propósito, que una vez se puso á reprender cierto prelado á santa Catalina de Sena porque comulgaba todos los dias, siendo así que san Agustin hablando de la comunión cotidiana, ni la alababa, ni tampoco la vituperaba. Y añade que entonces respondió la Santa : Y si san Agustin no la vitupera, ¿por qué me reprendeis tanto de que yo la practique? Y viniendo ahora al modo de pensar de la Iglesia, yo leo en el Tridentino ²⁰ que deseaban mucho los Padres de aquel Concilio que todos los fieles que asisten á la misa comulguen siempre en ella. Además, en un decreto generalmente conocido, que tenemos de la sagrada Congregacion del Concilio de 22 de febrero de 1679, aprobado por Inocencio XI, afirmase entre otras cosas que el uso de la Comunión frecuente y aun cotidiana siempre ha sido aplaudido en la Iglesia por los santos Padres : insinuándose tambien allí á los obispos, que en aquellos lugares en donde se halle establecida una tal devoción, den por ello gracias al Señor, y que procuren fomentarla ; y se les prohibe, así á los mismos obispos, como tambien á los párrocos, el limitarles generalmente á todos sus súbditos los dias en que hayan de comulgar en la semana ; previniéndoles que esto debe dejarse enteramente al arbitrio de los propios confesores.

¹⁹ De Verb. Dom. Serm. 28. — ²⁰ Sess. 22, c. 6.

6 En conformidad de esto, se lee en la vida de santa Margarita de Cortona haberle dicho el Señor que queria premiar mucho á su confesor, porque le habia aconsejado que comulgase con frecuencia. Igualmente se lee en la vida del venerable Antonio Torres, que se apareció después de su muerte este siervo de Dios, ya glorificado, á una cierta persona, y le dijo que Dios en el cielo le habia aumentado la gloria, por haber permitido á sus penitentas la comunión frecuente. Y en otra ocasion le dijo tambien el Señor á la venerable sor Prudenciana Zañoni, monja de santa Clara de Bolonia, estas palabras: *Si frecuentas la Comunión, yo me olvidaré de todas tus ingratitudes.* Escribe Ludovico Blosio ²¹, que Jesucristo, lamentándose por el contrario un dia con santa Gertrudis de aquellos que disuaden á otros de que comulguen con frecuencia, le dijo estas palabras: *Siendo mis delicias el estar con los hijos de los hombres, á beneficio de los cuales yo instituí el santísimo Sacramento del altar, aquel que aparta á las almas de mi sagrada mesa me impide ciertamente mis delicias.* Por eso decia el P. Juan Ávila, que los que reprenden á quien frecuenta la Comunión, hacen el oficio del demonio; el que odia mucho este Sacramento, porque de él reciben las almas gran fervor para adelantarse en la perfección.

• 7 Para hablar mas particularmente de este asunto, no tiene duda dice santo Tomás ²² que la Comunión frecuente y aun cotidiana es utilísima en sí misma; mas en cuanto á quien la haya de recibir, sabemos que no conviene á todos indistintamente, aun

²¹ Mon spir. c. 6, §. 1. — ²² 3 p. q. 80, a. 10.

cuando se encuentren en estado de gracia, sino solo á aquel que está dispuesto y preparado: por cuyo motivo, después de haber dicho san Agustín: *Accipe quotidie, ut quotidie tibi prosit*, añade: *Sic vive, ut quotidie merearis accipere* ²². Recibe todos los dias la Comunión, para que en todos ellos te aproveche; mas debes tambien vivir de tal modo, que merezcas comulgar diariamente. Por lo tanto, á aquellos que cometen pecados veniales con advertencia, diciendo mentiras voluntarias; que visten con vanidad, que conservan algun rencor ó algun afecto terreno hácia alguna persona, ó que caen en otros defectos semejantes (los que á pesar de que ya conocen servirles de impedimento á la perfeccion, no procuran enmendarse de ellos) á estos tales lo mas que puede concedérseles es que comuniquen cada ocho dias, á fin de que á lo menos reciban fuerza para no caer en pecados graves. Y yo encontraria mucha dificultad en permitir la Comunión frecuente á una persona que quisiese perseverar en algun defecto, el cual aun cuando no fuese claramente pecado venial, fuese no obstante opuesto á la perfeccion; y con mayor motivo si era en materia de poca humildad ó de poca obediencia. Pero si la persona no tiene afecto á ninguna cosa que le ocasione culpa venial, y se abstiene tambien de los que son veniales voluntarios, dedicándose al mismo tiempo á la oracion, y á la mortificacion de pasiones y sentidos, bien puede el confesor dejarla que comungue tres ó cuatro, y aun cinco veces en la semana. Y cuando el alma hubiese ya llegado á un notable grado de per-

²² Serm. 28 de Verb. Dom.

feccion, haciendo tambien mas horas de oracion, y además de esto, como dice san Francisco de Sales ²⁴, hubiese ya vencido la mayor parte de sus malas inclinaciones, bien puede entonces comulgar todos los dias, segun el parecer del Santo: porque esta, en opinion de san Próspero, es la perfeccion que puede lograrse en la tierra, atendida la fragilidad humana. Añado tambien ahora lo que enseña el Angélico diciendo: *Si aliquis experientia comperisset ex quotidiana communione augeri amoris fervorem, et non minui reverentiam; talis deberet quotidie communicari* ²⁵. Dice el santo Doctor, que quien haya experimentado que con la Comunión cotidiana se le aumenta el fervor del amor divino, y que no se le disminuye la reverencia al Sacramento, este tal debe comulgar diariamente. Por lo que el confesor, para conceder la Comunión mas ó menos frecuente, debe con especialidad regularse por el aprovechamiento que vaya observando en sus penitentes. Y esta misma regla es la que señala el decreto aprobado por el papa Inocencio XI, de que ya hemos hablado, en el que dice: *Frequens accessus (ad Eucharistiam) confessariorum judicio est relinquendus, qui ex conscientiarum puritate, et frequentiae fructu, quod prospiciunt eorum saluti profuturum, id illis praescribere debent.*

8 La regla, pues, que hayais de seguir para comulgar con mas ó menos frecuencia no corresponde á vos el darla, sino á vuestro director que os dirige; lo que solamente os pertenece es la buena preparacion, para que el padre espiritual llegue á veros con tales

²⁴ Intr. alla vit. div. c. 20. — ²⁵ In 4 Sent. Dist. 2, q. 3, a. 1 Sal.

disposiciones, que os pueda permitir que comulgueis con frecuencia. Dos son los requisitos necesarios para la Comunión frecuente; el uno remoto, y el otro próximo. Consiste el *remoto* en vivir con el corazón desprendido de las criaturas. Escribiendo san Agustín sobre el Salmo cxxxí, dice de este modo: Si alguna vez debiese ir á vuestra casa un gran personaje, y supiéseis que le eran abominables algunas cosas, ¿no las quitaríais de allí antes que llegase? Pues así también, ya que quereis recibir á Jesucristo en vuestro pecho, debéis apartar del corazón todos aquellos afectos terrenos que sabéis le desagradan. Es necesario, pues, que la persona que quiera llegarse á menudo á la sagrada mesa arroje de su corazón todo lo que fuere tierra. Esto mismo fue también lo que el Señor dijo un día á santa Gertrudis por estas palabras: *No quiero de ti otra cosa, sino que vengas á recibirme vacía hasta de ti misma.* Para llenar el requisito *próximo* conviene que desde la tarde antecedente os prepareis con actos de amor y de deseo. Cuando despertéis por la mañana, pensad que pronto habréis de recibir á Jesucristo, é inmediatamente con un suspiro fervoroso convidad al Esposo divino, pidiéndole que vaya pronto á vuestra alma. En seguida, y antes que comulgueis, aun cuando hayais hecho ya la oración, es conveniente que aviveis de nuevo la fe, la humildad y el deseo.

9 Primeramente ejercitad la fe, considerando quién es aquel á quien vais á recibir. Si esta fe no os lo asegurase, ¿quién podría jamás creer que un Dios quería hacerse comida de una criatura suya? Mas la Iglesia así nos lo ha asegurado por medio de una multitud

de concilios, y especialmente por el de Trento ¹⁶; afirmando todos ellos que en la hostia consagrada está realmente Jesucristo nuestro Redentor, vivo y verdadero. Laudable fue la respuesta que dió san Luis rey de Francia á la persona que lo llamó para que viese en su capilla á Jesús, que en forma de Niño se apareció un día mientras que el sacerdote tenia en sus manos el pan consagrado: *Vaya á verle*, dijo el santo Rey, *aquel que no lo creyere por la fe; que yo lo creo mas que si lo viese con mis propios ojos*; y no quiso moverse del sitio en que estaba. En segundo lugar, ejercitando la *humildad*, considerando quién sois vos para recibir á un Dios en vuestra boca, y aun dentro de vuestro pecho. Decia el venerable P. Pablo Séñeri que el afecto mas propio de una persona que comulga debe ser el de asombro, exclamando entonces: ¡Cómo es esto! ¡un Dios á mí! ¡un Dios á mí! ¿Qué diria un miserable pastorcillo, si viese que el rey se presentaba en su cabaña á hacerle compañía? Y ¿qué decís vos, sabiendo que el Rey del cielo es el que va á vuestro pecho, cuando comulgais? Decidle á lo menos entonces con una humildad verdadera: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum*. Unid tambien á la humildad un acto de arrepentimiento, y después otro de esperanza, confiando en que al entrar Jesucristo en vos ha de enriqueceros con sus gracias. En tercer lugar, conviene avivar el *deseo*. Este pan celestial exige el hambre. Aquel que lo recibe con mayor deseo, habrá de reportar tambien mayores gracias. Y decia san Francisco de Sales, que solo por

¹⁶ Sess. 13, Can. 1.

amor debe recibirse al que solo por el amor á nosotros se nos ofrece. En comprobacion de esto, oigamos ahora lo que dijo el Señor un día á santa Matilde: fueron estas sus palabras: *Cuando comulgues, desea tenerme el mayor amor que los Santos me han profesado; porque á proporcion de este tu deseo, aceptaré yo entonces tambien el amor tuyo como tú quisieras que fuese.* Para tener, pues, presentes estos actos, bastará que penseis antes de recibir la sagrada hostia: ¿Quién viene? ¿á quién viene? y ¿por qué viene? El que viene es un Dios de infinita majestad: viene á una miserable pecadora como vos lo sois; y viene para ser amado de vos misma.

10 Después que hayais comulgado, procurad entreteneros con Jesucristo todo el tiempo que podais. Decia el P. M. Ávila que conviene hacer un grande aprecio del tiempo que se sigue á la Comunión, porque es la ocasion preciosa para ganar tesoros de gracias. Tambien santa María Magdalena de Pazzis decia de un modo semejante: *El tiempo subsiguiente á la Comunión es el mas precioso que disfrutamos en nuestra vida, y el mas oportuno para tratar con Dios, é inflamarnos en su divino amor. Entonces no tenemos necesidad de maestros, ni de libros; porque el mismo Jesucristo es el que nos enseña cómo hemos de amarle.* Igualmente decia santa Teresa: *Después de la Comunión, no perdamos aquella ocasión tan buena para negociar. Dios acostumbra no pagar mal el alojamiento, si ve que se le da buena acogida.* Y en otro lugar dejó tambien escrito la misma Santa, que Jesucristo después de la Comunión está sentado en el alma como en un trono de

gracias, y que parece que á esta le dice entonces lo que le preguntó al ciego de nacimiento cuando vivia sobre la tierra: *Quid vis, ut tibi faciam?* Dime, alma mia, ¿qué es lo que de mí deseas? supuesto que he venido de intento para concederte las gracias que me pidas. Opinan además de esto muchos graves autores, como Cayetano, Suarez, Gonet, Valencia, Lugo y otros, que mientras duran las especies sacramentales en la persona que comulga, cuanto mas se mantiene ella unida con Jesucristo, y multiplica los buenos actos, tanto mas se aumenta tambien en la misma el fruto y el amor divino; porque este manjar celeste obra por sí mismo en el alma iguales efectos que los que produce el terreno, el cual á proporcion que se hace mas permanente en el cuerpo, es tambien mayor el nutrimento y el vigor que le comunica. Hay muchas religiosas que comulgan con frecuencia, pero á pesar de esto es poco el aprovechamiento que reciben ó experimentan; y es la causa, el que se entretienen tambien poco con Jesucristo. El mismo Señor dijo un dia á santa Margarita de Cortona: *Yo trato como me tratan.* Por lo tanto, cuando vos comulgais, si no os veis obligada á hacer alguna cosa en cumplimiento de la obediencia ó de la caridad, procurad deteneros con Jesucristo á lo menos por media hora; digo á lo menos, porque seria una hora el tiempo mas propio. No dejeis, pues, entonces de ejercitaros en actos buenos de acogimiento, de accion de gracias, de amor, y de ofrecimiento de vuestra persona y de todas vuestras cosas; pero ocupaos sobre todo en pedir gracias á Jesucristo, y especialmente el don de la perseverancia

y su amor santo; y este es en verdad aquel negociar que dice santa Teresa. Y cuando os encontréis árida y con la mente disipada, procurad ayudaros con la lectura de algun librito que contenga afectos devotos para con Dios: debiendo tambien continuar estando mas recogida con el mismo Señor en todo aquel dia en que hubiéreis comulgado. San Luis Gonzaga sabemos que procuraba en los tres dias subsiguientes á la Comunión entretenerse en dar gracias á Jesucristo. Y no porque vos acostumbreis comulgar con mas frecuencia deberéis disminuir el recogimiento; antes por el contrario, cuanto mas á menudo lo recibais, mas unida deberéis conservaros con él mismo.

11 Mas ¿qué dirémos de aquellas monjas que se encuentran en la oportunidad de recibir la Comunión frecuentemente, que tienen tambien á la vista el buen ejemplo de las otras que así lo verifican, y ellas con todo esto la omiten por negligencia? Veamos si son ó no razonables las excusas que dan para ello. Suele decir aquella: *Yo no comulgo con frecuencia, porque no me reconozco digna de verificarlo*. Hermana mia, si tuviese valor esta excusa, seria necesario concluir, que no habíais de comulgar nunca; pues que dice san Ambrosio: *Qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere* ²⁷. El que no es digno de comulgar todos los dias, tampoco lo será después de un año. Y ¿quién podrá ser jamás digno de la sagrada comunión? Solo Jesucristo, que era hombre y Dios á un mismo tiempo, comulgó dignamente; porque Dios solo es digno de recibir á un Dios. Decís que no os reco-

²⁷ Lib. 3 de Sacr. c. 4.

noceis digna, y ¿no sabeis que cuanto mas tiempo tardeis en comulgar, tanto mas indigna habréis de encontraros, pues que á proporcion que de la Comunión os vais retirando, van tambien creciendo vuestros defectos, faltándoos aquella ayuda que en ella hubiérais de recibir? Decia una Santa dominica: *Yo, por lo mismo que me reconozco indigna, quisiera comulgar tres veces al dia, porque comulgando con mayor frecuencia, esperaria el hacerme tambien menos indigna.* Pregunta ahora Casiano: ¿Quién será mas humilde, una persona que comulga á menudo, ú otra que lo verifica de tarde en tarde? Y responde afirmando que lo es aquella que recibe á Jesucristo con mayor frecuencia; porque reconociéndose está mas enferma, busca tambien mas á menudo el remedio de sus dolencias. En semejante manera escribe el Angélico, que si bien es verdad que agrada á Dios que un alma se abstenga de la Comunión, movida del temor y de la humildad; aun mas se complace con el amor y la confianza de que usa la misma alma al recibirlo: *Amor tamen, et spes, ad quae semper Scriptura nos provocat, praeferuntur timori* ¹⁸.

12 Pero yo no sé si estoy en gracia de Dios, responde otra. Mas decidme: para saber si lo estais, y comulgar con esta seguridad, ¿qué vivís esperando? ¿Acaso aguardais que venga un Ángel del cielo á deciroslo? Pues ¿no es lo bastante que os lo haya asegurado el confesor? cuando es constante que debeis estar mas segura de lo que oigais por boca del ministro de Dios, que de cuanto os dijese todos los An-

¹⁸ 3 p. q. 8, a. 10 ad 3.

geles del paraíso ; porque pudiera haber ilusion en oirlo de estos, mas en escucharlo del confesor, que ocupa el lugar de Dios, no hay temor de que os engañeis. Siempre, pues, que vuestro padre espiritual os permite la Comunión, guardaos de dejaros vencer del demonio, omitiéndola por causa de vuestros escrúpulos y temores. Y tened por cierto que no hay desobediencia mas perniciosa para un alma que esta de privarse de la Comunión, porque sin duda procede de falta de humildad ; mediante á que entonces suponeis entender las cosas mejor que vuestro mismo director.

13 *Yo no me atrevo á comulgar con frecuencia, porque siempre caigo en defectos, y en mí no veo enmienda.* Acerca de esto que ahora me decís ya está dada anteriormente la respuesta en el número 7 ; y es, que si conoceis que vuestros defectos son plenamente advertidos, y no teneis intencion de libertaros de ellos, ni yo ni otros os aconsejaremos la Comunión frecuente. Pero si no teneis afecto á los pecados veniales, ni acostumbraís tampoco cometerlos con plena advertencia ; y por el contrario amais la oracion, y deseais adelantaros en la perfeccion, obedeced, os digo, á vuestro confesor, y no andeis presentando mas dificultades. Quanto mas enferma os veais, tanto mas deberéis tambien buscar el remedio que en la Comunión se os propone, segun las siguientes expresiones de san Ambrosio : *Qui semper pecco, debeo semper habere medicinam* ¹⁹. A las paredes que amenazan ruina se les ponen puntales, no con el fin de enderezarlas, sino para que no se caigan. Vos decís que no veis enmienda ; y

¹⁹ Lib. de Sacram. c. 6.

si no comulgais ¿os enmendaréis? entonces lo haréis peor. Dice el P. Granada en su tratado de la sagrada Comunión: *El que desea sanar de sus enfermedades, no debe privarse de este gran remedio.* Aunque no fuera otra cosa, con solo decir: *esta mañana he comulgado; mañana voy á comulgar;* este sólo pensamiento ¡oh cuánto contribuye á que la persona viva mas cautelosa y atenta para evitar los defectos! A mas de que, el mismo Sacramento lleva consigo mas luces y mayores fuerzas para el alma; siendo notorio que comúnmente afirman los teólogos, que por la Comunión se recibe mas gracia que por todos los otros Sacramentos, pues que en ella está el propio autor de la misma gracia, que es Jesucristo. Cuando un príncipe hace alguna donación por mano propia, siempre entonces es la dádiva mayor que aquella que dispensa por medio de otros.

14 Suele tambien alguna decir: *Mas yo me siento distraída, en frialdad, sin devocion.* Y yo os pregunto: ¿Qué cosa entendeis por devocion? Si acaso creéis que lo es el fervor sensible, este no es necesario; es lo bastante que el fervor lo tengais en la voluntad; es decir, que os halleis con una voluntad resuelta á poner por obra cuanto conozcais ser del agrado de Dios; esta, pues, es la devocion verdadera, y el verdadero fervor que Dios os pide. Y aun cuando no conozcais en vos este mismo fervor de la voluntad, debeis sin embargo llegaros á la sagrada mesa, con el fin de obtenerlo por medio del Sacramento: de lo contrario, dice Gerson, la que se abstiene del divino manjar por no sentirse fervorosa, obraria como aquella que te-

niendo frio no quisiere acercarse al fuego, por no calentarse. Fuera de que, escribe san Lorenzo Justiniano, á veces obra este Sacramento sin que nosotros lo sintamos. Por tanto, dice san Buenaventura: Aunque os halleis tibia y sin devocion, no dejëis de comulgar, confiando en la divina misericordia; porque cuanto mas enferma os encontréis, mayor necesidad teneis de médico: *Licet tepide, accede fiducialiter, quia quo magis aegeres, magis indiges medico*³⁰. Ni tengais aprension, pareciéndoos que acaso experimentais mas devocion cuando comulgais con menos frecuencia; el que come pocas veces, es verdad que toma el alimento con mayor apetito, pero tambien con menor provecho; de la misma manera sucede, que comulgando de tarde en tarde acaso sentiréis un poco mas de devocion sensible; mas será igualmente mas escaso vuestro aprovechamiento, habiéndole faltado al alma el divino manjar que le daba fuerzas para que huyese de los defectos. No atendais, pues, á la devocion mas ó menos sensible, procurando solamente comulgar para uniros á Dios con mas intimidad; y persuadíos desde luego, que haciéndolo con este fin siempre habréis de sacar de ello gran fruto.

15 Yo dejo de comulgar por evitar las murmuraciones de otras, que viéndome tan imperfecta, con razon luego me reprenden si comulgo con frecuencia. Y yo os respondo á este reparo: Siempre que os acerqueis á la sagrada mesa con el consejo de vuestro director, y con el buen fin, como queda dicho, de adelantar en el amor divino, ó á lo menos de estar mas distante

³⁰ S. Bon. de Perf. Rel. c. 21.

de los defectos, comulgad en buen hora, y dejad que las otras digan los que quisieren. Ya dejamos escrito anteriormente que tambien decia el P. M. Ávila, que aquellos que reprenden á los que á menudo comulgan, hacen el oficio del demonio; y ¿vos quereis escuchar á semejantes personas? Pues oid ahora lo que tambien os dice san Francisco de Sales³¹: «Si os preguntan «que por qué comulgais con frecuencia, responded «que son dos las clases de personas que deben recibir «á menudo la sagrada Comunión, los perfectos y los «imperfectos: los primeros para conservarse en la perfeccion, y los segundos para poder llegar á ella: los «fuertes, con el fin de no volverse débiles, y los débiles, con la mira de hacerse fuertes: los enfermos «para verse sanos, y los sanos atendiendo á verse libres de las dolencias espirituales: y que con respecto á vos, como imperfecta, enferma y endeble, os «veis en necesidad de comulgar frecuentemente.» Y después concluye el Santo diciendo: «Comulgad con «frecuencia, Filotea, con el consejo de vuestro padre «espiritual, y esto el mayor número de veces que os «fuere posible; y creedme, que así como las liebres «se vuelven blancas en nuestras montañas, porque «solamente se alimentan de nieve; de la misma manera, á fuerza de recibir muchas veces la pureza en «este Sacramento, os llegaréis á ver con el tiempo toda pura.» Mientras que estaba un dia santa Francisca Romana disponiéndose para comulgar, le dijo el demonio: *¿Cómo te atreves á recibir al Cordero inmaculado, tú que estás tan llena de manchas de pecados*

³¹ Introdúc. c. 21.

veniales? Pero la Santa, conociendo que con esto trataba de impedirle la recepcion del divino pan, lo arrojó de sí, escupiéndole á la cara. Después de esto se le apareció la santísima Virgen, y aplaudió lo que habia hecho, añadiéndole tambien, que los defectos no deben impedirnos la Comunion sagrada, sino antes mas bien estimularnos á ella, mediante á que en el Sacramento encontramos el remedio de nuestras miserias. Y esto se conforma tambien con lo que dice el Catecismo romano ²² cuando asegura, que por medio de la Comunion se perdonan los pecados veniales; ó á lo menos, segun afirma el Angélico ²³ con la comun de los Doctores, diciendo que con la recepcion de este Sacramento se excitan en el alma los actos de amor divino, por medio de los cuales las culpas veniales vienen después á quedar remitidas.

16 *Mas yo no tengo tiempo para prepararme á recibir la sagrada Comunion como deberia.* Tambien respondo á esto: Si el tiempo lo expendeis en ocupaciones y conversaciones inútiles, no podrá entonces valeros tal excusa. Pero si acaso no teneis la oportunidad que para ello deseárais, por causa del oficio, ú otras atenciones pertenecientes á la obediencia, sabed que si cumplís estas con el recto fin de agradar á Dios, todas ellas sirven tambien de preparacion para recibir la divina hostia. Ya habréis leído en otra parte, que hallándose santa María Magdalena de Pazzis una vez amasando, oyó tocar la campanilla para la Comunion, y se quedó en éxtasis, y extática como estaba se fué á comulgar con dos panes de masa sobre sus manos.

22 De Euchar. p. 2, n. 52. — 23 3 p. q. 70, a. 4.

Por eso decia después la Santa á sus hermanas: *Ofrecidle á Dios como por preparacion todo lo que hagais: practicadlo con la intencion de agradar al mismo Señor, y comulgad desde luego.* En vista de lo cual, no debeis vos dejar la Comunión, por no haber tenido mas tiempo para disponeros; siempre que lo hayais empleado en servir á la comunidad, ó tambien en asistir á alguna enferma, ó en hacer cualquiera otra obra de caridad que no permitia demora. Procurad empero por entonces evitar en lo posible todo discurso ó entretenimiento que no fuere necesario; y cuando preveais que en la mañana siguiente no habeis de tener tiempo para prepararos, procurad siquiera ejercitaros en alguna obra de preparacion por la tarde antecedente, como leyendo en algun libro devoto, ó practicando aquellos actos que deberíais tener por la mañana; ó tambien sed en esta misma un poco mas solícita para levantaros, y emplead por medio de preparacion á lo menos aquel poco tiempo que entonces tengais.

17 *Pero mi confesor no me inclina á que comulgue con frecuencia.* Última objecion que alguna puede ponerme; y á la que tambien contesto, que si el confesor no quiere, debeis obedecerle. Suplid entonces esta falta multiplicando las comuniones espirituales; y decidle á Jesucristo: «Señor, yo mas veces comulgaria, «pero la obediencia no me lo permite.» Y el mismo Señor en este caso os agradecerá bien ese vuestro deseo, y tambien el que obedezcais. Pero si el confesor no os dispone la Comunión mas frecuente, ¿por qué no se la pedís? pues que el solicitarla no se opone á la perfeccion de la obediencia, antes mas bien ayuda

á ella ; mediante á que los confesores se arreglan para conceder el pan celestial con mas ó menos frecuencia, por el deseo que sus penitentes les manifiestan en recibirlo. Este manjar divino, como se ha dicho antes, requiere que se tenga hambre, para que sirva de gran alimento al que lo come ; y por el contrario, poco les aprovecha á las almas inapetentes. Vos que no quereis pedir la Comunión, con esto manifestais desde luego el poco deseo de ella, y por eso el confesor se repara en concedérosela mas á menudo. ¿ Por qué no haceis como santa Catalina de Sena, que oyendo un dia que este divino pan se le negaba por su confesor gritaba y replicaba diciendo : *Padre, dadle á mi alma el manjar suyo, concededle su manjar al alma mia.* Si tambien vos manifestáseis, aunque con humildad y resignacion, esta hambre santa, el confesor os trataria de otra manera ; pero al ver él vuestra frialdad, y que tan fácilmente os acomodais á su negativa, por eso no quiere con su prudencia obligaros á que con mas frecuencia comulgueis.

18 ¡ Oh qué grande y qué continuo adelantamiento hacen en el amor divino, como se deja ver por la experiencia, aquellas personas, que con un buen deseo y con el permiso de su padre espiritual frecuentan la sagrada Comunión ! ¡ Oh cómo el Señor las va atrayendo maravillosamente á su amor santo ! aunque muchas veces no se lo da á conocer á ellas, por mantenerlas mas humildes y resignadas, dejándolas en oscuridad, sin algun confortamiento de devocion sensible. Y cabalmente para estas almas desoladas, segun la opinion de santa Teresa, no hay mejor ayuda que

la Comunión frecuente. Digan otros lo que quieran : lo cierto es , que los conventos mas observantes , ordinariamente hablando , son aquellos en los cuales tambien se frecuenta mas la Comunión ; y en ellos mismos son igualmente las monjas mas fervorosas y ejemplares las que comulgan con mayor frecuencia.

19 ¡Ay Dios mio! ¿de qué sirven tantas excusas insustanciales é insuficientes? Aquella religiosa que comulga raras veces , diga la verdad desde luego , y manifieste que quiere hacerlo así para no estimularse á vivir con mayor retiro de las criaturas , y mas riguroso desprendimiento de sus propias satisfacciones. Ella conoce muy bien que no se avienen entre sí comuniones frecuentes y locutorio , amistades , vanidad , apego á la estimacion propia , afecto á la gula , y otras semejantes imperfecciones ; y por eso deja de comulgar á menudo. Ella por otra parte , no se atreve á sufrir las reprensiones que de su vivir desordenado le hace Jesucristo todas las veces que lo recibe en el Sacramento. En suma , el recibirlo ella así de tarde en tarde es porque quiere vivir con mayor libertad de conciencia. ¿Qué decís , mi bendita hermana , sois vos alguna de las de esta clase ? Si á las tales perteneceis , yo tambien os digo que no os conviene recibir con tanta frecuencia á Jesucristo , ya que tan poco le amais , y tambien deseais amarle tan poco. Pero vivid con atencion , añado yo ahora , no sea que esta vuestra tibieza obstinada , á la que podeis y no quereis poner remedio , os haga caer algun dia en cualquiera precipicio. Ea , levantaos ya de ese tan miserable estado : entregaos á Dios en este resto de vida que os queda ,

el cual no sabeis lo duradero que habrá de seros, y puede suceder que sea poco. Id reformándoos lo mejor que podais, y procurad acercaros mas veces á la sagrada mesa; y si el confesor os lo concede, no os detengais, sin andar oponiendo ya mas dudas; y dejad que las otras digan lo que quieran. No temais tener que dar cuenta á Dios en la hora de la muerte, como me estais diciendo. Yo os prometo y aseguro que en aquellos últimos momentos no habréis de arrepentiros de las comuniones que hayais hecho, con la debida licencia, sino de las que podiais haber tenido y habréis dejado por vuestra negligencia. Santa María Magdalena de Pazzis vió una vez que una persona difunta padecia en el purgatorio, por haber omitido una sola Comunión por su descuido; y desde entonces, segun en su vida se refiere, cuando veia la Santa que alguna de sus hermanas dejaba la Comunión por negligencia, experimentaba tal sentimiento, que se la vió muchas veces llorar de pena. Y sabed tambien que entre todas vuestras devociones no podeis tener una que sea mas agradable á Jesucristo que la de recibirlo en el santísimo sacramento de la Eucaristía. Y es la razon de esto, porque toda la perfeccion de un alma consiste en unirse íntimamente con Dios; y no habiendo ninguna obra que mas nos una con este Señor que la de recibirlo en nuestro pecho, es claro que un alma no puede hacer nada que sea mas de su agrado que el comulgar debidamente. Por esta causa decia la misma santa María Magdalena: *Yo quisiera morir antes que faltar á una de las Comuniones que me concede la obediencia.*

Ahora será bien que hablemos aquí de la comunión espiritual, tan practicada entre los Santos.

De la comunión espiritual.

20 Consiste la Comunión espiritual, como dice santo Tomás ²⁴ en un deseo ardiente de recibir á Jesucristo en el Sacramento. El sagrado concilio de Trento ²⁵ alaba mucho esta comunión espiritual, y exhorta á todos los fieles á practicarla. Y aun el mismo Dios ha dado á entender muchas veces á las almas devotas cuánto le agrada que espiritualmente lo reciban. Se apareció Jesucristo un día á sor Paula Maresca, fundadora del convento de Santa Catalina de Sena en Nápoles, como se refiere en su vida, y le manifestó dos vasos preciosos, uno de oro, y el otro de plata, y después le dijo que en el primero le conservaba sus comuniones sacramentales, y en el segundo las espirituales. Otro día le dijo el mismo Señor á la venerable Juana de la Cruz que cada vez que espiritualmente comulgaba, le concedía una gracia semejante en cierta manera á la que le daba en las comuniones efectivas. Y refiere también á este propósito el P. Juan Nider, dominico ²⁶, que en una cierta ciudad vivía un hombre plebeyo, pero de una vida muy devota, el cual deseaba comulgar con frecuencia; y como no fuese allí costumbre de frecuentar este divino Sacramento, él por no singularizarse se contentaba comulgando espiritualmente; y á este fin se confesaba primero, hacia después su meditación, y asistiendo luego á la

²⁴ 3 p. q. 80, a. 1 ad 3. — ²⁵ Sess. 13, c. 8. — ²⁶ Formic. l. 1, c. 1.

misa se preparaba entre tanto para recibir la sagrada Comunión, abriendo en seguida su boca, como si realmente hubiese de entrar por ella Jesucristo. Y añade el autor: que al tiempo de abrir la boca, sentía que sobre la lengua le ponían la partícula, y que experimentaba en su alma una dulzura extraordinaria. Queriendo él, pues, una mañana cerciorarse sobre si aquello sucedía realmente, puso el dedo en su lengua, y entonces se le quedó pegada en él la sagrada forma, la que con veneración se tragó al instante. De esta manera premiaba el Señor el buen deseo de este fiel siervo suyo.

21 Decía el P. Pedro Fabro, de la Compañía de Jesús, que las comuniones espirituales disponen mucho al alma para hacer las sacramentales con mayor fruto. Por eso han acostumbrado los Santos practicarlas muchas veces. La beata Ángela de la Cruz, dominica, llegaba á decir: *Si el confesor no me hubiera enseñado este modo de comulgar, dudo si entonces hubiera podido vivir.* Y movida de tales sentimientos, hacía cien comuniones espirituales por el día, y otras ciento por la noche. Acaso diréis ¿y cómo podían ser tantas? Que os responda san Agustín por mí: *Da amantem, et sentiet quod dico*³⁷. Dadme un alma que no ame mas que á Jesucristo, y entonces no habrá de maravillarse de esto; conociendo que es facilísimo el comulgar espiritualmente muchas veces al día; pues que no se necesita del ayuno, ni de mucho tiempo, y por eso puede repetirse cuantas veces se quiera; lo que hacía exclamar á la antedicha venerable Juana de la Cruz:

³⁷ Tract. 26 in Joan.

¡Oh Señor mio! ¡qué bello modo de comulgar es este! sin ser vista, ni notada, ni darle en qué pensar á mi padre espiritual, ni tener que depender de nadie mas que de Vos, que en la soledad alimentais al alma mia, y le hablais al corazon.

22 Procurad por tanto hacer vos tambien esta comunión espiritual frecuentemente; cuando teneis la oración, cuando haceis la visita al santísimo Sacramento, y con especialidad en todas las misas que oyéreis; y al tiempo de comulgarse el sacerdote, hacedlo tambien vos espiritualmente. Haced entonces un acto de *fe*, creyendo con toda firmeza que está Jesucristo en el Sacramento: un acto de *amor*, uniendo á él el arrepentimiento de vuestros pecados; y después un acto de *deseo*, convidando á Jesucristo para que vaya á vuestra alma, y la haga toda suya: y después dadle gracias, como si realmente lo hubiéseis recibido. Podéis, por ejemplo, decir de este modo: *Creo, Jesús mio, que Vos vivo y verdadero estais en el Sacramento. Os amo con todo el corazon; y porque os amo, me pesa de haberos ofendido. Venid, Señor, al alma mia, que mucho os está deseando. Yo os abrazo, amor mio, y toda me entrego á Vos: no permitais, pues, que tenga ya la desgracia de separarme de Vos en ningun tiempo. Y podréis de esta manera hacer fácilmente cuantas comuniones espirituales querais.*

De la visita al santísimo Sacramento.

23 Es cosa de grande provecho para las almas que aman á Jesucristo el que lo visiten frecuentemente en

el Sacramento del altar. La santa Iglesia ha instituido con tanta solemnidad la fiesta de este misterio, no solo para honrar la Comunión que en él se nos ofrece, sino tambien la permanencia amorosa que tiene el mismo Jesucristo noche y dia en nuestras iglesias, por medio de este Sacramento de amor. Este nuestro amante Señor, dice el P. Nieremberg, se quedó en la tierra bajo las especies de pan, principalmente para ser alimento de nuestras almas; pero tambien quiso quedarse, con el fin de entretenerse con nosotros encerrado en los altares, y recordarnos de este modo el grande amor que nos tiene. *Ninguna lengua, escribió san Pedro de Alcántara, es bastante para poder declarar la grandeza del amor que Jesucristo tiene á cada una de las almas que están en su gracia. Por eso, queriendo este dulcísimo Esposo partirse de la presente vida, para que esta ausencia suya no les fuese á ellas ocasion de olvidarlo, les dejó por dulce memoria este santísimo Sacramento, en el cual permanece; no queriendo que entre él y ellas quedase otra prenda mas segura que el mismo, para que nunca jamás lo olvidasen.*

24 Y así sucedió, que cuando nuestro caro Salvador se partió de este mundo; no quiso dejarnos solos, y por eso encontró este modo de quedarse con nosotros en la santa Eucaristía hasta la fin de los siglos, para hacernos gozar de su dulce compañía aun aquí en la tierra. Así lo declaró él mismo expresamente á sus discípulos, y en ellos á todos nosotros diciendo: *Ecce vobiscum sum usque ad consummationem saeculi*²⁸. Por eso, continúa escribiendo san Pedro de Alcántara,

²⁸ Matth. xxviii, 20.

queria el Esposo dejarle alguna compañía á su Esposa en esta tan larga ausencia, para que ella no quedase sola; y con esta mira le dejó este Sacramento, en el que el mismo permaneciese, que era la mejor compañía que podia dejarle.

25 Decia santa Teresa: No es permitido á cualquiera persona el hablar con el rey: y lo mas que puede conseguir un vasallo es el suplicarle por tercera persona; y luego añadía: *Mas para hablar con Vos, ¡ó Rey de la gloria! no se necesitan terceras personas: siempre os dejais encontrar pronto para dar audiencia á todos en el Sacramento del altar. Cualquiera que quiere, allí os encuentra siempre, y os habla con la mayor confianza. Además si al fin alguno llega á hablar con el rey ¡cuánto no tiene que trabajar antes para conseguirlo! Y apenas los monarcas dan audiencia algunas veces al año; pero Vos, Redentor nuestro, dais audiencia en este Sacramento á todos, y siempre que queremos. Este nuestro divino Rey, añade la misma Santa, á fin de animarnos para que con mayor confianza nos acerquemos á sus divinos piés, se ha revestido con las especies de pan en este Sacramento, y de esta manera ha cubierto su Majestad infinita, para que no llegue á espantarnos. Mas ¡oh Dios! ¡y cuántos desprecios, después de todo esto, ha tenido que sufrir Jesucristo de los infieles, de los herejes y de otros pecadores en este mismo Sacramento, por haberse quedado entre nosotros! ¡Quien lo ha puesto debajo de sus piés, quien lo ha dado á comer á las bestias, quien ha llegado á arrojarlo en las cloacas! Bien preveía el Señor todas estas injurias, mas no por eso quiso dejar de quedarse en*

nuestra compañía sobre los altares, por no privarnos de su amable presencia. Hacen largos viajes muchos peregrinos para visitar la santa casa de Loreto, en la que habitó Jesucristo por algun tiempo, ó tambien por venerar los lugares de la Tierra Santa, en donde nació, padeció y murió; mas con mucha razon decia el P. Juan Ávila que él no sabia encontrar un santuario mas amable y mas devoto que una iglesia en la que esté el santísimo Sacramento; porque aquel no es solamente un lugar en donde Jesucristo ha permanecido y padecido en algun tiempo, sino en donde el mismo Señor reside en la actualidad vivo y verdadero. Por eso los Santos no han experimentado en este mundo mayores delicias que el estarse á la presencia del santísimo Sacramento. San Francisco Javier, como se refiere en su vida ²⁹, después de haber estado todo el dia trabajando en beneficio de las almas, pasaba luego la noche á los piés del Sacramento; y cuando se veia oprimido del sueño, se echaba sobre los escalones del altar, y después de haber reposado en ellos un poco, volvía á conversar con su amado Señor. Lo mismo practicaba san Juan Francisco Regis; el cual después de haber empleado todo el dia predicando y confesando en sus misiones, era su descanso el entretenerse por la noche á la presencia de Jesús sacramentado; y cuando llegaba á encontrar cerrada la iglesia, se quedaba afuera arrimado á la puerta, para poder así, á lo menos desde léjos, cortejar á su amado Redentor. El venerable P. Baltasar Álvarez, hombre santo, cuando estaba en su colegio y no podia entretenerse en la igle-

²⁹ Lib. 6, c. 5.

sia, procuraba, ya que no fuese otra cosa, tener los ojos vueltos ó de frente de donde sabia que estaba el santísimo Sacramento. En suma, en este divino asilo han encontrado los Santos su paraíso sobre la tierra, como puntualmente vino un día á decirlo desde el cielo santa Teresa á una religiosa suya por estas palabras: *Los habitantes del cielo y los de la tierra debemos ser una misma cosa en la pureza y en el amor: nosotros gozando, y vosotros padeciendo; y lo que en el cielo hacemos nosotros con la divina esencia, debeis hacerlo tambien vosotros en la tierra con el santísimo Sacramento* ⁴⁰. Y á la verdad ¿qué mayor paraíso puede encontrar en este mundo un alma que ama á Jesucristo, que entretenerse á sus piés, protestarle el amor que le tiene; y ofreciéndose ella misma y todas sus cosas á este divino Señor sacramentado, manifestarle al mismo tiempo los deseos que tiene de verlo cara á cara, para poder entonces mas y mejor amarle?

26 Pues las religiosas son las que pueden con especialidad gozar de este paraíso. Es verdad que Jesús se ha quedado por todos en el Sacramento, pero principalmente permanece allí en beneficio de las monjas, esposas suyas, que lo hallan y disfrutan de su compañía, teniéndolo de día y de noche dentro de su misma casa. Cuando nació este nuestro Jesús, dejaron los Magos sus patrias y sus casas, y anduvieron por mucho tiempo atravesando la Palestina y preguntando en dónde podrian encontrarlo. *Dicentes, ubi est qui natus est Rex judaeorum* ⁴¹? Tambien deben los seglares para encontrar al mismo Jesucristo salir de sus casas, y

⁴⁰ Rib. lib. 3. — ⁴¹ Matth. II, 2.

dirigirse á la iglesia, que apenas se ve abierta de dia, y en muchos lugares solamente por la mañana. Pero la monja no tiene necesidad de salir de su casa para poder hallar á tan digno Esposo. Este permanece continuamente en la misma casa en donde ella habita; por lo que puede encontrarlo siempre que quiera, por la mañana y por la tarde, de dia y de noche: pues que como esposa suya es admitida á habitar dentro de su palacio. ¡Cuán honrados se consideran aquellos vasallos que son llamados por el rey para que vivan en su palacio regio! Vos pues, mi bendita hermana, sois una de aquellas personas mas afortunadas, que habeis recibido el honor de habitar aquí en la tierra en compañía del Rey del cielo, Jesucristo. Así que, podeis visitarlo, y consultar con él de dia y de noche, siempre que os parezca: es lo bastante que deis unos pocos pasos, los que median de vuestra celda al coro. La venerable madre María de Jesús, fundadora de un convento de Tolosa, decia que por dos grandes cosas daba especialmente gracias á Dios de haberla llamado á la religion: la primera, porque las monjas son enteramente de Dios por el voto de obediencia; y la segunda porque ellas tienen la felicidad de habitar siempre con Jesús sacramentado. Este Señor en las otras iglesias está para todos; mas en el convento reside solamente para vos y para vuestras compañeras. Sabed, pues, aprovecharos de tan gran beneficio. ¡Ay Dios mio! que en todos los conventos deberian ser las monjas como otras tantas mariposas que de dia y de noche estuviesen volando al rededor de su Esposo, teniendo allí tambien sus corazones ardiendo todos con-

tinuamente , mejor que arden las velas y las lámparas al pié de los altares.

27 Mas ¡ay de mí! que acerca de esto mismo se lamenta el Señor, como se lo dió á entender á su sierva sor Margarita de Alacoque , salesiana ; á la que manifestándole un dia su divino corazon ardiendo entre llamas de amor para con las humanas criaturas suyas , le dijo : *Mira aquí el corazon que tanto ha amado á los hombres , y que no omitiendo nada en beneficio de ellos ha llegado hasta el extremo de consumirse para manifestarles el amor que les tiene ; ¡mas ay! que después de todo esto , no recibo de la mayor parte mas que ingratitudes y desprecios en este Sacramento de amor.* Y luego añadió tambien el Señor este otro grito de lamentacion aun mas amargo : *Pero lo que siento mas de todo es , que estos corazones tan ingratos , son de los que á mí están ya consagrados :* con lo que declaró que hablaba de los religiosos y las religiosas que aprecian poco su feliz suerte de habitar con el mismo Jesucristo en su propia casa ; y por eso tambien sacan tan poco provecho de ella. Si una sola vez al año y por un solo dia debiese ir el santísimo Sacramento á vuestra iglesia , ciertamente que todas os desafiariais en aquella ocasion á ver la que mas podia festejarlo y hacerle amorosa compañía ; y porque este mismo Jesús, por sola su bondad , y por veros mas á menudo en su presencia , está continuamente á vuestro lado , ¿por eso lo habeis de dejar solo , yendo tan pocas veces á visitarle?

28 Si , pues , en la vida pasada habeis sido negligente en esta parte , os suplico que de hoy en ade-

lante sepais aprovecharos bien de este gran tesoro, que tan cerca teneis en el santísimo Sacramento. Sor Ana de la Cruz, que antes fué condesa de Feria, gran señora en España, y que habiendo después enviudado, á la edad de veinte y cuatro años se hizo monja de Santa Clara en Montilla, procuró tener una celda desde la cual pudiese verse el altar del santísimo Sacramento, y allí se entretenia la mayor parte del dia y de la noche. Y habiéndole preguntado, qué hacia tantas horas á la presencia del Señor, dió por respuesta: *Yo me estaria allí toda la eternidad. Porque á la presencia de Jesús sacramentado ¿qué se ha de hacer mas que darle gracias, amarle y pedirle beneficios?* Y ved aquí para vos un bello documento á fin de que os entretengais con mucho fruto delante de este Señor amoroso. En primer lugar, *se le da gracias.* ¡Oh Dios! y ¿cuánto no estima una monja á un pariente suyo que vaya de intento á visitarla desde léjos? y después ¿no sabréis dar las gracias á Jesucristo, que descien- de del cielo, no solamente para visitaros, sino tam- bien para estar siempre á vuestro lado? Cuando, pues, llegueis vos tambien á visitarle, avivad la fe ante to- do, adorad en el mismo Sacramento á vuestro Esposo, y dadle gracias por su grande bondad de haber veni- do á residir en aquel altar por amor vuestro. En se- gundo lugar, *se ama.* Estando enfermo san Felipe Neri, luego que vió entrar en su estancia al santísimo Viático, inflamado todo del amor divino, exclamó de repente: *Ved aquí el amor mio, ved aquí el amor mio.* Decid tambien vos lo mismo cuando os pongais á la vista del sagrado tabernáculo. Considerad que vues-

tro Esposo encerrado en aquella humilde cárcel está por vos ardiendo en amorosas llamas. Él mismo se apareció un dia en el Sacramento á santa Catalina de Sena en forma de una fragua ú hornilla de fuego, en la cual se admiraba la Santa de que no quedasen inflamados los corazones de todos los hombres. Cuando, pues, os halleis en su divina presencia, multiplicad, si quereis complacerle, muchos actos amorosos, ofreciéndooos especialmente vos misma en su santo servicio. En tercer lugar, *se le pide*. Decia el beato Enrique Suson que Jesucristo en el Sacramento oye mas pronto las peticiones de quien le visita, y dispensa, en favor suyo, con mayor abundancia sus gracias. El venerable P. Baltasar Álvarez vió un dia que Jesucristo en el Sacramento tenia las manos llenas de gracias, pero que no encontraba á quien dispensarlas, por no haber tampoco quien se las pidiese. Vos decís que no sabeis entreteneros mucho tiempo en la presencia de Jesucristo, porque tampoco sabeis allí qué haceros, ni qué decirle. ¡Oh Dios! ¿y por qué no os ocupais en demandarle las gracias ó beneficios que necesitais? Pedidle, pues, que os dé fuerzas para resistir á las tentaciones, para enmendaros de aquel defecto en el que generalmente caeis, para libraros de aquella pasion que os tiene esclavizada y que os impide el ser toda del mismo Señor. Suplicadle que os conceda su ayuda, para sufrir con paz los desprecios y todas las adversidades; que os aumente en el corazon su amor divino, y especialmente que os dispense la gracia de estar siempre unida á su santísima voluntad. Tambien cuando alguna vez os halleis perturbada por ha-

ber caído en alguna falta , acudid al instante al Sacramento , y pedidle que os perdone , y restableceos en paz de esta manera. Cuando igualmente recibais algun disgusto ó cualquiera incomodidad , id desde luego á ofrecérselo todo , y suplicadle que os ayude para abrazar con resignacion cuanto os sobrevenga. ¡ Oh si todas las religiosas lo hiciesen así , y supiesen aprovecharse bien de la compañía de su divino Esposo , cómo todas ellas se harian santas ! santificaos vos á lo menos de este modo.

ORACION.

Os adoro , Jesús mio , en el santísimo Sacramento del altar. Vos sois aquel mismo que en un dia sacrificásteis por mí sobre la cruz vuestra vida divina , y que ahora , porque me amais , os hallais encerrado en esa custodia como en una prision amorosa. Vos , Señor , que entre tantas doncellas que menos que yo os han ofendido tuvísteis la dignacion de elegirme , después de tantos pecados , para tenerme á vuestro lado en esta santa casa ; arrancándome para ello de en medio del mundo , librándome de sus muchos peligros , y admitiéndome para que os hiciese compañía para siempre aquí en la tierra , á fin de que después algun dia os ame y goce ya visiblemente en el paraíso , constituida por vuestra esposa y eterna compañera en vuestro reino. Que aquí tambien me convidais para que me alimente todos los dias de vuestra carne sacrosanta , por medio de la santa Comunión , á fin de unirme á vos enteramente y hacerme toda vuestra.

¡Ay amado Redentor mio! ¿qué quiero deciros á vista de tantas finezas? Diré que os doy aquí mil veces gracias, y que espero continuar dándooslas en el cielo por toda una eternidad. Repetiré tambien con santa Teresa: *Misericordias Domini in aeternum cantabo*. Sí, Jesús mio, y esposo de mi alma, así lo espero de vuestros merecimientos. Entre tanto yo os declaro que estoy mas contenta con haber dejado por vuestro amor el mundo y aquello poco que podia gozar en él, que si fuese reina de toda la tierra. Me arrepiento de haberos dado hasta el presente tantos disgustos, aun dentro de vuestra casa, por los que merecia ser arrojada de ella. Perdonadme, Jesús mio, y por vuestra piedad permitidme que entre tantas y tan buenas compañeras mias, que con tanta fidelidad os han servido, os sirva tambien yo, pobre pecadora. Yo no quiero retirarme ya mas de vuestros piés, y os prometo visitaros frecuentemente. Vuestra divina presencia habrá de darme fuerzas para desprenderme de todo afecto que á Vos *no se dirija*. Tambien vuestra proximidad me recordará la obligacion que tengo de amaros y de recurrir siempre á Vos en todas mis necesidades. Quiero estar continuamente cerca de Vos, y deseo tambien comulgar con frecuencia, para poder amaros siempre mas, y estrecharme con Vos, amado Salvador mio. Os amo, ¡oh mi Dios escondido en el Santísimo Sacramento! Vos, por el amor que me teneis estais continuamente en este altar; pues yo tambien por tan grande amor vuestro, quiero permanecer siempre amándoos; aquí encerrada deseo sin intermision amaros. Desde luego Jesús mio y mi todo, habrémos de

estar siempre los dos juntos, como lo espero, por todo el tiempo de mi vida en esta vuestra casa, y después por la eternidad en el paraíso. ¡O Virgen María, y mi dulce Madre! rogad á Jesús por mí, y alcanzadme un grande amor al santísimo Sacramento.

CAPÍTULO XIX.

DE LA PUREZA DE INTENCION.

1 Consiste la pureza de intencion en hacer las cosas con solo el fin de agradar á Dios. Y aquí es necesario entender que la intencion buena ó mala con que se practica una obra hace que tambien esta sea buena ó mala en su divina presencia. Dice pues el Señor: *Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit; si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrosum erit*¹. Por este ojo entienden los santos Padres la intencion, y por el cuerpo aquello que se practica. De donde se infiere que Jesucristo quiso enseñarnos con estas palabras, que si nuestra intencion es simple, es decir, que no tiene otro fin que el de su divina complacencia, entonces la obra que con ella se ejecuta es toda buena, y adornada de pureza; pero si la intencion es doble (que se entiende, si para hacerla se propone otro fin menos recto), en este caso la obra será mala. No admite en sí la santa simplicidad otra cosa mas que el solo gusto de Dios. Así que, la recta intencion es el alma de nuestras ac-

¹ Matth. vi; 22, 23.

ciones, la que les da la vida y hace que sean buenas. Entre los hombres crece el precio de la obra tanto cuanto es mayor el trabajo que cuesta; mas delante de Dios va creciendo el valor de las operaciones á proporcion que va tambien aumentándose la buena intencion con que se hacen: porque, como dice la Escritura, los hombres solamente miran la exterioridad de las acciones; pero Dios atiende al corazon, que quiere decir, á la voluntad con que las practicamos: *Homo enim videt ea quae parent, Dominus autem intuetur cor* ². ¿Podrá darse accion mas grande que padecer el martirio dando la vida por la fe? Pues á pesar de esto dice san Pablo: *Etsi tradidero corpus meum, ita ut ardeam, caritatem autem non habuero, nihil mihi prodest* ³. Aunque yo entregase mi cuerpo á las llamas, si no lo ofrecia por Dios, de nada habria de servirme. Y así debe creerse, porque tambien dicen los santos Padres, que al mártir no lo constituyen los tormentos ni aun la muerte que padece, sino la causa y la intencion que á ello le animan: *Martyrem non facit poena, sed causa*.

2 Por eso decia el real Profeta: *Holocausta medullata offeram tibi* ⁴. Señor, yo quiero ofreceros los sacrificios con el meollo. Algunos es verdad que á Dios le ofrecen sacrificios; pero sin este mismo meollo; que quiere decir, sin la pura intencion de agradarle únicamente; y tales ofrendas el mismo Señor no las acepta. Decia santa María Magdalena de Pazis: *Dios recompensa nuestras acciones á peso de pureza*; esto es, segun que nuestra intencion de complacerle sea mas

² 1 Reg. xvi, 7. — ³ 1 Cor. xiii, 3. — ⁴ Psalm. lxxv, 15.

ó menos para. Y esto movió tambien á san Agustin á que escribiese: *Non valde attendas, quid homo faciat, sed quid, dum facit, aspiciat*. No te detengas á ver lo que hace, sino el fin que en ello se propone: porque, segun añade san Ambrosio, tanto mas tendrá de buena nna obra, cuanto mas se procure practicarla por la gloria de Dios: *Tantum facis, quantum intendis*. Y en los sagrados Cánticos, hablándose de la Esposa, se pregunta: *Quae est ista quae ascendit per desertum, sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhae, et thuris, et universi pulveris pigmentarii* *? Por la mirra se entiende la mortificacion, por el incienso la oracion, y por los aromas todas las demás virtudes. Mas la Esposa en tanto era alabada de todas las doncellas, en cuanto todas sus virtudes componian aquella columnita de humo odorífero, la que tambien se dirigia rectamente á Dios: en lo que significaba, que todas ellas no tenian otra mira ó intencion que la de complacer al divino Esposo.

3 Para conocer, pues, lo mucho que vale en la presencia de Dios la buena intencion, tenemos dos poderosas pruebas y ejemplos en el Evangelio. El primero es el que nos refiere san Lucas *, cuando dice que mientras un dia caminaba Nuestro Redentor, en el tiempo de su predicacion, acompañado de mucha gente que le seguia, una mujer que padecia flujo de sangre, tanto se esforzó para penetrar aquella turba, que al fin llegó á tocar la orla del vestido del mismo Jesueristo, el cual exclamó entonces: *Quis me tetigit?* Maravillados los discípulos al oir esta pregunta, le

* Cant. iii, 6. — * Luc. iii, 43.

respondieron : Maestro , cuando las turbas os oprimen preguntais ¿ que quién os ha tocado ? Mas el Señor no aludia al contacto material , sino al de la fe y devocion con que aquella mujer hubo tocado su vestido : acerca de lo cual escribió san Agustin : *Tangit Christum fides paucorum , premit eum turba multorum*⁷. Muchos oprimen á Jesucristo , pero son pocos los que le tocan. Hay tambien muchas monjas que trabajan extraordinariamente á favor del convento , ya para acrecentar las rentas , ya para que las funciones se celebren con el mayor lucimiento , y que aun hacen otras cosas que parecen grandes ; mas por cuanto su intencion no es pura , puede decirse que estas oprimen á Jesucristo , pero que no le tocan ; de donde tambien resulta que mas bien le incomodan que le complacen. El otro ejemplo es el de aquella pobre viuda que echó dos pequeñas monedas en el gazofilacio del templo , en donde los otros habian depositado grandes sumas ; mas sin embargo , hablando el Salvador acerca de aquel pequeño don de la tal viuda , dijo : *Amen dico vobis , quoniam vidua haec pauper plus omnibus misit*⁸. Y exponiendo san Cipriano este paso , escribe que el Señor habló de este modo , porque no mira tanto la obra que se hace , cuanto el afecto y la pureza de intencion de que va animada : *Considerans non quantum , sed ex quanto dixisset*⁹.

4 Vengamos ahora á la práctica. Decia santa Maria Magdalena de Pazzis á sus novicias : *En todos vuestros ejercicios jamás os busqueis á vosotras mismas. Una*

⁷ De Verb. Dom. Serm. 8. — ⁸ Marc. xii , 41. — ⁹ S. Cypr. de Op. et Eleem.

religiosa que en sus acciones se busca á sí misma, obrando, ó con el fin de ser alabada, ó por su propia satisfaccion, ¿sabeis lo que hace? Segun el profeta Ageo, se porta como aquella que mete las monedas adquiridas en premio de su trabajo en un saco roto:

Et qui mercedes congregavit, misit eas in sacculum pertusum ¹⁰. Quiere decir, que todo lo pierde. Por eso nos advierte el Señor:

Attendite, ne justitiam vestram faciatís coram hominibus, ut videant opera vestra bona ¹¹.

Poned cuidado, dice Dios, de no obrar con solo el fin de ser vistos y alabados de los hombres, porque haciéndolo así, luego que me pidais la recompensa, os daré por respuesta: *Recepisti mercedem tuam*, ya habeis conseguido, pues, aquella alabanza que buscábais, ¿qué pretendéis de mí ahora? Refiere Surio en la vida de san Pacomio que cierto monje, en vez de hacer una estera, como los demás compañeros, hizo dos en un dia, y las habia puesto en donde el Santo pudiese verlas, con el fin de que así lo alabase; pero san Pacomio, mirándolas, les dijo á los otros monjes:

Ved aquí, este ha estado trabajando hasta la noche, y ha ofrecido toda su fatiga al demonio.

§ Mas veamos cuáles son las señales para conocer si vuestras obras son hechas verdaderamente por agradar á Dios. La primera señal es, cuando no teniendo un éxito favorable la obra que hayais emprendido, en nada os perturbais, y permanecéis con la misma paz que si hubiéseis conseguido vuestro intento. Y así sucederá por cierto, cuando la hayais entablado solamente por agradar á Dios; porque viendo que el mis-

¹⁰ Aggaei, i, 6. — ¹¹ Matth. vi, 1.

mo Señor no ha querido que tenga aquel resultado que deseábais, tampoco vos debéis ya quererlo; sabiendo también de cierto, que no os ha de pedir cuenta de si habeis conseguido ó no el efecto de la tal obra, sino solamente si la habeis hecho con el recto fin de complacerle. La segunda señal es, si os alegráis de aquel bien que se ha practicado por medio de otros, tanto como si se hubiese ejecutado por medio vuestro; pues que aquella persona que no busca otra cosa mas que la gloria de Dios, no va indagando si esta se verifica por el auxilio de la cooperacion ajena, ó por el de la suya propia. Es la tercera señal, cuando no deseais un oficio mas que otro, ó esta incumbencia con preferencia á aquella; sino que estais contenta con cualquiera disposicion que os viene dirigida de la obediencia, mediante á que en todas las cosas no buskais mas que el dar gusto á Dios. La cuarta señal consiste en que en vuestras buenas obras no deseéis ni aprobaciones, ni agradecimientos; y que aun cuando se os murmuren y se os paguen con malos tratamientos, permanezcáis con la misma tranquilidad de espíritu que anteriormente; considerando que ya habeis conseguido el intento de agradar á Dios, que era todo el fin que os habíais propuesto.

6 Si, pues, sucede que en cualquiera ocasion llegais á ser muy alabada de otros por alguna de vuestras obras, y se presentase la vanagloria á haceros presa, para que os lleneis de complacencia con tales elogios, no es menester que os afaneis mucho en deterrarla con actos contrarios; siendo lo mejor que no le deis audiencia, y que le digais lo que enseñaba el

P. Juan Ávila por estas palabras: *Has venido tarde, porque ya tengo dada á Dios esta mi obra.* Y por regla general, cuando practiqueis cualquiera accion virtuosa, como observar puntualmente las constituciones ó reglas monásticas, entreteneros en el coro haciendo oracion, estar retirada, ejercitar algunas mortificaciones, ayudar á las hermanas legas en sus faenas, ó hacer otros actos semejantes de edificacion, no debe impediros la ejecucion de ninguna de estas cosas el temor de ser vista y alabada, siempre que todo ello lo hagais por Dios; debiendo tambien proponeros entonces el dar buen ejemplo á las otras hermanas. Sabemos que agrada al mismo Señor que los demás observen nuestras buenas operaciones, para que por este medio se estimulen á imitarlas y le den gloria: *Sic luceat, nos dice, lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est*¹². Todo consiste en que nos portemos con recto fin. Y luego que se presente la vanagloria, digámosle con san Bernardo, cuando viéndose tentado de vanidad en tiempo que predicaba, le respondió: *Nec propter te coepi, nec propter te desinam.* Ni he principiado el sermon por tí, ni por temor tuyo dejaré de concluirlo; pues que no me he propuesto otra cosa en predicarlo que el dar gusto á mi Dios. Decia á este intento san Francisco Javier, que una persona que sabe tiene merecido el infierno por sus pecados, cuando se ve alabada de los hombres, debe reputar aquellos aplausos como injurias y burlas que se le hacen. Tambien decia santa Teresa: *Cuando nosotros solo preten-*

¹² Matth. v, 16.

demos agradar á Dios, este Señor nos dará fuerza para vencer toda vanagloria.

7 De tres modos puede ser buena nuestra intencion en las obras virtuosas que practiquemos. El primero, quando las hacemos para alcanzar de Dios bienes temporales, como el que da limosnas, manda aplicar misas, ó ayuna por verse libre de sufrir alguna enfermedad, calumnia, ú otro trabajo temporal. Esta intencion será buena siempre que se haga con resignacion á la voluntad divina; aunque tambien es la menos perfecta, mediante á que su objeto no pasa de la tierra. El segundo modo tendrá lugar quando obramos con el fin de satisfacer á la divina justicia las penas merecidas por nuestras culpas, ó para obtener de Dios los bienes espirituales, como las virtudes, los méritos, y mayores grados de gloria en el paraíso; y esta intencion es mucho mejor que la primera. Pero la mas perfecta se verifica en el tercer modo; á saber, quando en nuestras operaciones no buscamos otra cosa sino solamente el complacer á Dios, y dar entero cumplimiento á su santa voluntad. Y esta intencion es tambien la mas meritoria; porque quanto mas nos olvidemos de nosotros mismos para obrar el bien, otro tanto mas se acordará Dios de nosotros, y nos colmará de gracias, como se lo manifestó un dia á santa Catalina de Sena por estas divinas palabras: *Hija mia, piensa tú en mí, que yo pensaré en tí.* Con lo que quiso decirle: procura tú solamente complacerme, que yo tendré cuidado de tu aprovechamiento en las virtudes, de tus victorias contra los enemigos, de tu perfeccion, y hasta de tu gloria en el cielo. Y esto cabal-

mente era lo que decia la sagrada Esposa: *Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus* ¹³.

8 ¡Oh quién tuviera el espíritu de aquella devota y sencilla mujer que vió un religioso dominico cuando este viajaba con san Luis rey de Francia por la Palestina! Llevaba, pues, la tal en una mano un vaso de agua, y en la otra una tea encendida; y preguntándole el religioso con qué fin conducia ambas cosas, ella le respondió: Yo quisiera con el agua apagar el infierno, y con la tea pegar fuego al paraíso y abrasar el mundo, para que todos sirviesen á Dios, no por temor de aquel, ni por la esperanza de este, sino solamente por amor al mismo Señor, y por darle gusto. Esto es en verdad imitar el amor de los bienaventurados, que no buscan ninguna otra cosa mas que la complacencia de Dios; supuesto que, como dice santo Tomás ¹⁴, ellos se gozan mas de la felicidad infinita en que lo miran, que de la suya propia. Y esto es tambien aquello de entrar en el gozo de su Señor, que se le dice á todo bienaventurado luego que llega á las puertas del paraíso: *Intra in gaudium Domini tui* ¹⁵. Por lo que dice san Bernardo, que entonces obra un alma con perfeccion, cuando *operatur, non ut ipsa Deo placeat, sed quia placet Deo quod operatur*. Cuando está tan enajenada de sí misma, que obra no con el fin de que Dios se complazca de ella, sino solamente con la mira de que la obra que emprende agrade al mismo Dios. Y por eso el Santo hacia esta súplica: *Amem te propter te*. Señor, haced que yo os ame, no para complacerme á mí, sino so-

¹³ Cant. vii, 10. — ¹⁴ Opus. 63. — ¹⁵ Matth. xxvi, 21.

lamente por agradaros á Vos, y por hacer vuestra voluntad.

9 Decia san Francisco de Sales á este propósito: *Las esposas amantes de Jesucristo no se purifican para ser puras, ni se adornan para ser bellas, sino solo con el fin de agradar á su esposo; y la confianza que ellas tienen en la bondad de este su amante las excusa de toda solicitud y desconfianza de no ser suficientemente hermosas, y hace que se contenten con una dulce y fiel preparacion nacida de un corazon recto. Imitemos, pues, al divino Salvador que dijo: Padre, en vuestras manos encomiendo mi espiritu: después de lo cual no nos queda otra cosa mas que espirar con la muerte de amor, no viviendo ya mas en nosotros, sino haciendo vivir en nuestro interior á Jesucristo, diciendo siempre: Así, Señor, se haga, porque así tambien á Vos os place. Y aquí debe advertirse, que es mejor y mas seguro obrar con el fin de hacer la voluntad de Dios, que por el de acrecentar su gloria; pues que de este modo evitaremos todo engaño del amor propio: supuesto que muchas veces sucede en nosotros, que bajo el pretexto de que una cosa contribuye á la gloria de Dios, hacemos no obstante en ella misma nuestra voluntad propia; mas por el contrario, cuando solo nos proponemos el cumplir la voluntad divina, y aquello que mas agrade á Dios, no podemos errar nunca. Y entendamos tambien que la mayor gloria que podemos dar al mismo Señor, es hacer su voluntad adorable. De esta manera obró siempre nuestro Salvador, haciéndolo todo por cumplir con el querer de su eterno Padre, como lo protestó repetidas veces diciendo: *Non quaero volun-**

tatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me ¹⁶. Y en otro lugar: *Ego quae placita sunt ei, facio semper* ¹⁷. Y por eso dijo con razon el evangelista de Jesucristo, que habia obrado bien en todo: *Bene omnia fecit* ¹⁸. Y si nosotros lo hacemos tambien así, y conseguimos agradar á Dios con nuestras obras, ¿qué otra cosa mayor podemos lograr? Dice san Juan Crisóstomo: *Si dignus fueris agere aliquid, quod Deo placet, aliam praeter id mercedem requiris* ¹⁹? Si has llegado á ser digno de ha-
eer alguna cosa que agrade á Dios, ¿qué otro premio mayor puedes pretender que este? ¿Te parece poca recompensa el poder dar gusto á Dios una criatura miserable como tú lo eres?

10 Persuadámonos que el Señor no busca de nosotros cosas grandes, sino solamente que aquello poco que le demos se lo ofrezcamos con una intencion recta; y dice san Agustin: *Si non habet arca quod donet, habet cor, et voluntas* ²⁰. Si tu arca por ser pobre no tiene que dar á Dios, tu voluntad te presentará mucho que puedas ofrecerle, haciéndole donacion de tus obras, con solo el fin de complacerle. *Pone me*, nos dice el Señor á cada uno, *ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum* ²¹. Si quieres complacerme, ponme como un sello sobre tu corazon y sobre tu brazo; en lo que nos da á entender, que lo pongamos por único blanco ó fin de todos nuestros deseos y de todas nuestras acciones. Y aun añade hasta decir, que un alma que obra con solo el fin de darle gus-

¹⁶ Joan. v, 30. — ¹⁷ Ibid. viii, 29. — ¹⁸ Marc. vii, 37. —

¹⁹ Lib. 2 de Compunct. cord. — ²⁰ In Psalm. ciii, Conc. 2. —

²¹ Cant. viii, 6.

to, llega á ser su hermana y su esposa, hiriéndole además el corazon con una herida amorosa, de tal manera, que ya no puede dejar de amarla: *Vulnerasti cor meum soror mea sponsa, vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum* ²¹. El decir con uno de tus ojos significa la única mira que tiene un alma verdadera esposa suya de que en sus ejercicios se cumpla la voluntad divina; por manera que ella no haga la oracion sino por complacer á Dios, no comulgue sino con el fin de darle gusto, no obedezca á los superiores sino por obedecer al mismo Dios, reconociéndolo en ellos, como dice el Apóstol: *Servientes sicut Deo, et non hominibus* ²². Y así igualmente practica todas las demás acciones suyas por dar gloria á Dios, cumpliendo con lo que exhorta el mismo Apóstol por estas palabras: *Sive ergo manducatis, sive bibitis, sive aliquid facitis, omnia in gloriam Dei facite* ²³. Decia tambien sobre esto la venerable Beatriz de la Encarnacion, primera hija de santa Teresa: *No hay precio con que pueda pagarse cualquiera cosa que por Dios se hace, por pequeña que sea*. Y con razon se expresaba de este modo, porque todas las acciones practicadas por dar gusto á Dios, son actos de amor divino, á los cuales corresponde un premio eterno. Por eso escribió el P. Rodriguez, que la pureza de intencion es una alquimia celestial por medio de la cual el hierro se convierte en oro: es decir, las operaciones mas ordinarias y bajas, como el comer, el dormir, el trabajar, el recrearse, etc., si por Dios se hacen todas ellas se convierten en oro de la santa caridad: lo que obligó á creer á

²¹ Cant. iv, 9. — ²² Ephes. vi, 7. — ²³ I Cor. x, 31.

santa María Magdalena de Pazzis, segun ella decia, que quien practicase con pura intencion todas sus obras, iria después derechamente al paraíso, sin tocar al purgatorio.

11 Por todo lo cual, procurad vos, esposa bendita del Señor, desde que por la mañana despertéis, dirigir á Dios todas las obras de aquel dia, uniéndolas tambien al tiempo de ofrecerlas con las acciones que practicó Nuestro Salvador durante su vida, pues que así habrán de serle mas agradables. Poned después cuidado en renovar la misma intencion al principio de todas las demás operaciones, á lo menos en aquellas mas principales, como la oracion, la comunión, la asistencia á la misa, el trabajo de manos, la comida, la recreacion, etc., diciendo siempre, aunque sea mentalmente: *Señor, no pretendo en esto hacer mi gusto, sino solamente el cumplir vuestra voluntad santísima.* Un santo peregrino, como nos refiere el Padre Sanjuré²², antes de poner mano á cualquiera obra alzaba los ojos al cielo, deteniéndose en esto algun tanto; y habiéndole preguntado qué hacia con esta suspension, daba por respuesta: *Procuro poner los puntos para acertar el tiro:* queriendo decir con esto, que así como el flechero pone los puntos en el blanco para asegurar el golpe de la flecha; así tambien conviene poner en Dios la mira, á fin de que aseguremos la rectitud ó bondad en toda accion que practiquemos. En la continuacion de esta tambien es bueno que renovemos la intencion de dar gusto á Dios. Santa María Magdalena de Pazzis cuando veia alguna de sus novi-

²² Erar, ec. tom. 4.

cias ocupada en cualquiera hacienda, solia preguntarle: *Hermana mia, ¿á qué fin estais haciendo esto?* Y si no le daba pronto la respuesta de que á Dios lo dirigia, no dejaba de reprenderla. Mas si os hallais ocupada en negocios impuestos por la obediencia, tampoco os quejeis de no poder emplear aquel tiempo en hacer oracion, como entonces quisiérais. El P. Baltasar Álvarez, viéndose un dia muy ocupado, y bramando por concluir para retirarse á orar, oyó que el Señor le dijo: *Aunque no te tenga conmigo, te basta que yo me sirva de tí.*

-12 Aquel que todas sus obras las dirige á Dios, conseguirá tambien que se vean llenos sus dias, como dice el Sabio: *Et dies pleni invenientur in eis* ²⁶. Entendiéndose por estos dias llenos aquellos que enteramente se emplean en agradar á los divinos ojos. Y por el contrario, los dias que no se invierten por Dios, son unos dias vacíos; por lo que dice el Salmista, que los pecadores no llegarán á vivir la mitad de sus dias. *Viri sanguinum, et dolosi non dimidiabunt dies suos* ²⁷. Habiéndosele preguntado á un santo religioso franciscano, como se refiere en las crónicas de su Orden ²⁸, cuánto tiempo llevaba de ser fraile, dió por respuesta: *¡Ay pobre de mí! es verdad que hay ya setenta y cinco años que visto este santo hábito; pero cuánto tiempo haya sido verdadero religioso, no de nombre, sino de hecho, eso lo ignoro; yo segun lo que siento, ni un solo instante puedo decir que he sido religioso. Quiera Dios que lo que aquel dijo por humildad no lo deban decir en verdad muchas monjas, que tal vez haya*

²⁶ Sap. IV, 13. — ²⁷ Psalm. LIV, 24. — ²⁸ Part. 3, lib. 8, c. 2.

treinta y mas años que están en el convento , y sin embargo aun no hayan principiado á ser religiosas. Por eso decia san Eusebio : *Illum diem vixisse te computa, qui purita tis habuit lucem* ²⁹. Piensa haber vivido solo aquel dia en que tus obras hayan tenido luz de pureza ; es decir , en que se hubieren practicado por tí con el único fin de agradar á Dios con ellas. Examinad vos por lo tanto vuestras operaciones , mi bendita hermana , y ved cuántas podréis llamar verdaderamente puras , que son las que hayais hecho solo por Dios , y purificadas de todo amor propio ; y si en la vida pasada no las encontrais , procurad que tales lo sean en lo sucesivo ; y de este modo tendréis la feliz suerte de oir de la boca del Señor en el dia de vuestra muerte : *Euge serve bone , et fidelis , quia super pauca fuisti fidelis super multa te constituam* ³⁰. Alégrate , buena sierva mia , porque habiéndome tú sido fiel en pocas cosas , haciéndolas con solo el fin de complacerme , yo habré de recompensártelas con muchos y grandes premios.

ORACION.

¡ Oh Jesús mio ! ¿ cuándo acabaré yo de seros ingrata ? y ¿ cuándo tambien daré principio á amaros verdaderamente ? ¡ Oh bondad infinita , tan desconocida y despreciada en el mundo ! Me lleno de sentimiento , al ver que yo tambien me hallo en el número de tantas almas que os han sido ingratas. Pero no quiero , Señor mio , morir en este estado : ayudadme por tanto , y haced que yo sea toda vuestra , antes que me

²⁹ Rom. ad Monach. — ³⁰ Matth. xiv, 31.

llegue la muerte. Concededme, Señor, el amor vuestro; pero un amor fervoroso, que me haga olvidar todas las criaturas, para acordarme de Vos solamente: un amor fuerte, con el que pueda vencer todas las dificultades, cuandose trate de agradaros, y un amor perpetuo, que ya nunca jamás entre Vos y entre mí llegue á echarse menos. Os amo, pues, carísimo Redentor mio, y todo lo espero por aquella sangre divina que por mí habeis derramado. Tambien lo espero todo de vuestra poderosa intercesion ¡oh Virgen María! pues que sois mi refugio, mi esperanza, y mi tierna Madre.

CAPÍTULO XX.

DE LA ORACION VOCAL.

1 Acerca de este punto de oracion vocal ya he tratado yo muchas veces con extension en mis otras obras espirituales, como en la que se titula: *Visita al santísimo Sacramento*, por medio de un tratadito que al final se encuentra, en la *Preparacion para la muerte*: habiendo escrito además un libro aparte, en el que especialmente hablo de esta materia, con el titulo de: *El gran medio de la oracion vocal*, etc., en cuya primera parte he hablado de lo mucho que á todos nos importa el orar para salvarnos: por lo que aquí solamente recopiló ciertas reflexiones mas principales acerca de este punto. Veremos, pues, en primer lugar, cuán necesaria sea la oracion vocal: en segundo lugar, cuán grande es su eficacia delante de Dios, y

cuán poderosa tambien para alcanzarnos todas las gracias, y en tercer lugar trataremos de cómo hemos de usar de esta misma oracion.

2 Y en cuanto á la necesidad de la oracion vocal, es necesario entender primeramente que nosotros no podemos hacer nada bueno sin las gracias actuales de Dios; y que este Señor nos protesta que tales auxilios los concede tan solo á aquellos que se los piden: *Petite, et dabitur vobis*¹. Pedid, y recibiréis; por lo que decia santa Teresa: El que no pide no recibe. De donde se infiere, que esta oracion vocal ó de súplica es necesaria para los adultos de necesidad de precepto, segun nos lo dicen las Sagradas Letras: *Oportet semper orare*². *Orate, ut non intretis in tentationem*³. *Petite, et accipietis*⁴: cuyas palabras *oportet, orate, y petite*, como sienten comunmente los Doctores con santo Tomás, imponen un rigoroso precepto que obliga á cada uno bajo culpa grave. *Ad orationem*, dice el Angélico, *quilibet homo tenetur ex hoc ipso, quod tenetur ad bona spiritualia procuranda, quae procurari non possunt, nisi petantur*⁵. En tres casos especialmente está obligado el hombre á ejercitar esta oracion. En primer lugar, cuando se encuentra en pecado; en segundo lugar, cuando se halla en peligro de muerte; y en tercero, cuando se ve acometido de cualquiera grave tentacion que lo induce al pecado. Y enseñan comunmente los teólogos, que la persona que en un mes ó á lo menos en dos no hace esta oracion⁶ no pue-

¹ Matth. vii, 7. — ² Luc. xviii, 5. — ³ Marc. xiv, 38. —

⁴ Joan. xv, 24. — ⁵ In 4 Sent. Dist. 13, a. 1, q. 3. — ⁶ Lessio de Just. et Jur. l. 2, c. 37, n. 9.

de verse excusada de culpa mortal. Mas no solamente, como ya he dicho, nos es preciso el rogar bajo necesidad de precepto, sino también con necesidad de medio, segun afirma san Basilio, san Agustín, san Juan Crisóstomo, Clemente Alejandrino y otros: que quiere decir, que sin rogar á Dios nos es absolutamente imposible conservarnos en gracia y poder salvarnos; como claramente lo dejó escrito el Crisóstomo: *Simpliciter impossibile est absque deprecationis præesidio cum virtute degere* ⁷. Y concluye el citado Lessio, que esto debe tenerse como punto de fe: *Fide tenendum est, orationem adultis ad salutem esse necessariam, ut colligitur ex Scripturis* ⁸.

3 Lo mismo nos declara bastantemente, y aun con mas extension el angélico Maestro ⁹ cuando escribe de este modo: *Post Baptismum autem necessaria est homini jugis oratio ad hoc, quod coelum introeat*. Pues que, segun añade el mismo Santo, aunque por el Bautismo se nos perdonan los pecados, nos queda todavía que vencer después las tentaciones, para lo que nos habrán de faltar las debidas fuerzas, sin que de la oracion nos valgamos: por lo que dice tambien en otro lugar ¹⁰: *Postquam aliquis est justificatus per gratiam, necesse habet à Deo petere perseverantiae donum, ut scilicet custodiat à malo usque ad finem vitae*. Para entender la razon ó motivo de esto, es necesario saber ante todo, que sin la ayuda especial de Dios no podemos permanecer por mucho tiempo en su gracia, sin dejar luego de caer en alguna culpa mortal; pues que

⁷ Lib. 1 de orando Deum. — ⁸ Loc. cit. — ⁹ 3 p. q. 39, a. 5 — ¹⁰ 1, 2, q. 109, a. 10.

son tantos los enemigos que continuamente nos combaten, y nosotros por otra parte nos hallamos tan débiles, que si Dios no acude á socorrernos con auxilios especiales, además de los comunes que á todos se conceden, no habríamos de tener fuerzas para resistir á tales tentaciones. Y esta es tambien una doctrina de fe, declarada en el sagrado Concilio de Trento ¹¹, que nos dice: *Si quis dixerit, justificatum vel sine speciali auxilio Dei in accepta justitia perseverare posse, vel cum eo non posse, anathema sit.* Tambien deberá saberse que esta ayuda ó auxilio especial para perseverar en gracia, no lo concede el Señor, á lo menos ordinariamente hablando, sino á quien se lo pide. *Constat*, dice san Agustin, *alia Deum dare etiam non orantibus, sicut initium fidei, alia non nisi orantibus praeeparasse sicut in finem perseverantiam* ¹². Dice en suma el santo Doctor, que á excepcion de las primeras gracias, como son la votacion á la fe, ó á la penitencia, todas las demás, y con especialidad la perseverancia, no las da Dios sino á quien se las pide.

4 Podemos inferir de todo lo dicho cuán necesario nos es el rogar para conseguir la salud eterna. Y todos los condenados se ven en el infierno por no haber ejercitado la oracion vocal: si hubiesen rogado á Dios, que es en lo que ella consiste, no se hubieran perdido; y por el contrario todos los Santos han llegado tambien á tal grado de perfeccion con la súplica; y si tampoco hubieran rogado, no habrian podido jamás justificarse, ni aun se hubieran salvado. Decia oportunamente san Juan Crisóstomo: *Persuasum habea-*

¹¹ Sess. 6 de Just. Can. 21. — ¹² De Don. pers. c. 16.

mus, quod animae mors sit non provolvi ad Dei genua ¹³. Es necesario, pues, que vivamos persuadidos que es lo mismo no suplicar que perder la vida del alma, que es la gracia de Dios. Tuvieron los Padres antiguos entre sí una conferencia para resolver cuál fuese el ejercicio mas necesario al cristiano para salvarse, y concluyeron que lo era el de repetir continuamente la petición de David : *Deus in adiutorium meum intende; Domine ad adjuvandum me festina*. Ayudadme, Señor, y que sea pronto; porque si tardais en concederme vuestro auxilio, yo habré de caer, y perderé vuestra gracia. Si así lo practicamos, ciertamente nos salvaremos; pero si lo omitimos, seremos en verdad perdidos.

5 Es necesario, en segundo lugar, que consideremos la *eficacia* de la oracion vocal. Dice Teodoreto que aunque esta no es mas que una, puede sin embargo obtener todos los bienes : *Oratio, cum sit una, omnia potest*. El que ruega consigue cuanto quiere. Y yo considero acerca de esto, que Dios por tal medio nos da á conocer el amor inmenso que nos tiene, y el grande deseo con que se halla de beneficiarnos. Porque ¿qué mayor amor puede demostrar un amigo á otro que con decirle: pídemme, amigo mio, todo cuanto quieras, con la seguridad de que yo te lo daré? Pues esto cabalmente es lo que el Señor nos dice á cada uno de nosotros: *Petite, et dabitur vobis* ¹⁴. Y tampoco nos pone reserva alguna: *Quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis* ¹⁵. Cualquiera cosa que queramos, dice que se la demandemos, y nos será concedida. Y escribe

¹³ Lib. I de Op. Dierum. — ¹⁴ Luc. xi, 10. — ¹⁵ Joan. xv, 7.

san Hilario , que esta oracion puede tanto para con Dios que casi lo obliga á otorgarnos todas las gracias que le pedimos : *Oratio pie Deo vim infert*. Todos nosotros somos pobres y mendigos , como dice David : *Ego autem mendicus sum , et pauper* ¹⁶. Mas si queremos enriquecernos á nosotros mismos , solicitemos de Dios las gracias , y nos serán dadas ; pidámoslas en abundancia , y abundantemente las tendremos. David bendecia al Señor especialmente por esta bondad suya , de que siempre vaya unida su misericordia con nuestras súplicas : *Benedictus Deus , qui non amovit orationem meam , et misericordiam suam à me* ¹⁷. Y glorizando este paso san Agustin , nos dice : *Cum videris non à te amotam deprecationem tuam , securus esto , quia non est à te amota misericordia Dei*. Cuando vieres que tú no dejas de suplicar , está seguro de que la divina misericordia no faltará á socorrerte. Sobre lo que dice tambien san Juan Crisóstomo , que cuando nosotros rogamos , ya el Señor nos está oyendo favorablemente , aun antes de terminar la exposicion de nuestras súplicas : *Semper obtinetur , etiam dum adhuc oramus*. Y aun del mismo Dios ya habíamos oido igual promesa , cuando dijo : *Adhuc illis loquentibus , ego audiam* ¹⁸.

6 Veamos , en tercer lugar , las condiciones con que ha de suplicarse , que es lo que mas importa. Es necesario , en primer lugar , hacer la peticion con *humildad* ; pues dice Santiago : *Deus superbis resistit , humilibus autem dat gratiam* ¹⁹. Dios resiste y se opone á las oraciones de los soberbios , y no les da audiencia ;

¹⁶ Psalm. xxxix, 18. — ¹⁷ Ibid. lxxv, 20. — ¹⁸ Isai. lxxv, 21.
— ¹⁹ Jac. iv, 6.

su soberbia es un gran muro que impide al Señor el oír las demandas que le hacen. Y por el contrario dice el Eclesiástico: *Oratio humiliantis se nubes penetrabit... et non discedet, donec Altissimus aspiciat* ²⁰. La oracion de un alma humilde, que se considera indigna de ser oída, penetra los cielos, y presentándose al trono divino, de allí no se retira hasta que Dios la mira, y favorablemente la escucha. Cuando, pues, pidamos al Señor las gracias, es necesario que antes de todo demos á nuestra indignidad una ojeada, y especialmente á las traiciones que le hemos hecho, después de tantos propósitos y promesas, por haber puesto demasiada confianza en nuestras fuerzas; y así desconfiados enteramente de nosotros mismos, deberémos suplicar, é implorar de su misericordia los auxilios que deseamos.

7 En segundo lugar, es necesario que roguemos con *confianza*. Dice el Eclesiástico, que jamás se ha dado caso de que alguno haya confiado en Dios, y se haya visto confundido; es decir, sin que el Señor le oiga: *Nullus speravit in Domino et confusus est* ²¹. Debemos por tanto suplicar con segura confianza, como dice Santiago, sin dudar un punto que habrémos de ser oídos: *Postulet autem in fide nihil haesitans* ²². Y después añade el mismo Apóstol: *Qui enim haesitat, similis est fluctui maris, qui à vento movetur. Non ergo aestimet homo ille, quod accipiat aliquid à Domino* ²³. Dice que quien ruega dudando de ser oído, presentándose en la oracion agitado como las olas del mar, de manera que un pensamiento lo anima, y otro

²⁰ Eccli. xxxv, 21. — ²¹ Ibid. ii, 11. — ²² Jac. i, 6. — ²³ Ibid. 7.

lo retrae , este tal nada habrá de recibir del Señor. Es indispensable , pues , que confiemos en la divina misericordia , y que creamos que suplicando habrémos de recibir ciertamente la gracia que pedimos ; y entonces sin duda esta misma gracia nos será concedida , como nos lo asegura por su propia boca Nuestro Salvador , cuando nos dice : *Omnia quaecumque orantes petitis credite quia accipietis , et evenient vobis* ²⁴. Y pregunta aquí san Agustín : ¿ cómo podremos temer no ser oídos en nuestras oraciones , mientras Dios , que es la misma verdad , tiene prometido escuchar á quien le suplique ? *Quis falli metuat , dum promisit veritas* ²⁵ ? También dice en otro lugar el Santo : Siendo verdad que Dios nos exhorta tantas veces en la sagrada Escritura á que le pidamos , ¿ cómo podrá suceder jamás que llegue á negarnos aquello que le demandemos ? *Hortatur ut petas , negabit quod petis* ? No , esto no es posible , añade el santo Doctor , supuesto que el Señor , con haberlo así prometido , ha quedado también obligado á concedernos las gracias que nosotros solicitemos de su bondad : *Promittendo debitorem se fecit* ²⁶.

8 Mas yo , podréis replicar á esto , soy una pecadora , merezco desde luego castigos , y no gracias ; por lo que temo , conociendo que soy indigna de ser oída. Santo Tomás os responde á esta dificultad diciendo , que la oracion no se apoya para alcanzar los beneficios celestiales en nuestros méritos , sino solamente en la misericordia de Dios : *Oratio in impetrando non in-*

²⁴ Marc. XI, 24. — ²⁵ Lib. 21 de Civ. Dei , c. 8. — ²⁶ S. Aug. de Verb. Dom. Serm. 2.

nititur nostris meritis, sed soli divinae misericordiae ²⁷. Por eso dijo Jesucristo: *Petite, et dabitur vobis... omnis enim qui petit, accipit* ²⁸, y el autor de la obra imperfecta comenta de este modo: *Omnis, sive justus, sive peccator sit* ²⁹. El Señor, pues, ha prometido oír las súplicas de todo el que le pida, no solamente del justo, sino también del pecador; es lo bastante que se le ruegue. Pero aun queriendo todavía nuestro amoroso Redentor desterrar todos nuestros temores, cuando en la oracion le pidamos, nos dice también en otro lugar: *Amen, amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis* ³⁰. Como si dijese: Pecadores, vosotros no teneis méritos en la presencia de mi Padre para ser oídos; por lo que hacédlo de este modo: pedidle, pues, sus gracias en nombre mio, ó por mis méritos, y yo os prometo que él entonces os concederá cuanto le demandeis. ¡Oh qué bellas son las siguientes palabras que escribió Santiago á este propósito! *Si quis indiget sapientia, postulet à Deo, qui dat omnibus affluenter, nec improperat* ³¹. Si alguno de vosotros, dice este Apóstol, tiene necesidad de sabiduría, esto es, del amor divino, ¿qué habrá de hacer? Que se la pida á Dios, que acostumbra dispensar sus gracias con mano liberal, ó por mejor decir, mayores que las que le pedimos. Y aun añade: *nec improperat*; en lo que nos da á entender, que cuando exigimos de Dios sus dones, no nos rechaza, echándonos en cara los muchos disgustos que le hemos dado; sino que parece que entonces se olvida de to-

²⁷ 2, 2, q. 178, a. 2 ad 1. — ²⁸ Luc. XI, 9, 10. — ²⁹ Rom. 18.
— ³⁰ Joan. XVI, 26. — ³¹ Jac. I, 5.

das nuestras ingratitudes , y compasivo nos acoge y nos escucha.

9 En tercer lugar , es necesario que supliquemos con *perseverancia*. Dice san Hilario , que el obtener las gracias divinas depende de la constancia en pedir las : *Obtinere in sola precum mora est* ²². El Señor quiere oír á unos á la primera vez que le suplican , á otros á la segunda , á otros á la tercera , etc. ; por lo que , no sabiendo nosotros cuántas veces son las que Dios quiere que le repitamos nuestras plegarias para oírnos , es menester que continuemos siempre solicitando la gracia ó beneficio que necesitamos. Y especialmente hablando de la perseverancia final , esta es una gracia , que como enseña el concilio de Trento ²³ , no podemos de nosotros mismos merecerla ; con todo , dice san Agustin , que en cierto modo se merece tambien por medio de la oracion , ó se obtiene ciertamente suplicando : *Hoc ergo Dei donum (perseverantiae) suppliciter emereri potest , idest supplicando impetrari* ²⁴. Mas para obtenerla y conseguir el salvarnos , advierte santo Tomás que es necesario que cada uno la pida á Dios continuamente : *Necessaria est hominis jugis oratio , ad hoc quod coelum introeat* ²⁵. Y aun antes que él ya lo habia dicho tambien el mismo Salvador nuestro por estas palabras : *Oportet semper orare , et non desicere* ²⁶. El Apóstol igualmente lo previene escribiendo : *Sine intermissione orate* ²⁷. No basta , pues , afirma el Belarmino , no pedir alguna que otra vez la perseverancia , sino que es necesario solicitar este inestimable

²² Cant. vi in Matth. — ²³ Sess. 6, c. 13. — ²⁴ De Dono pers. c. 6. — ²⁵ 3. p. q. 39, a. 5. — ²⁶ Luc. xviii, 1. — ²⁷ I Thess. v, 17.

don todos los dias , para obtenerlo en todos ellos: *Quotidie petenda est, ut quotidie obtineatur*. En aquel dia en que no la pidamos , habrémos de caer en pecado , y ya la perderémos.

10 Dice san Gregorio que Dios desea darnos el don de la perseverancia , pero que para ello quiere ser importunado y como impelido de nuestras súplicas: *Vult Deus rogari, vult cogi, vult quodam modo importunitate vinci* ³⁸. Y esto mismo nos dan á entender aquellas palabras de repetida premura con que el Señor nos dice: *Petite, et accipietis; quaerite, et inuenietis; pulsate, et aperietur vobis* ³⁹: Pedid , buscad , llamad. Y así es verdad que conviene hacerlo , principalmente en el tiempo de graves tentaciones , para no caer en ellas: es indispensable entonces rogar y volver á repetir las súplicas , hasta tanto que nos veamos libres de aquel inminente peligro. Repitamos entonces con frecuencia: *Jesús mio, misericordia; Señor, ayudadme; no permitais que yo llegue á separarme nunca de Vos*. Conviene , además de esto , pedir siempre á Dios el espíritu de oracion , que consiste en el don de suplicarle continuamente , cuya gracia prometió el mismo Señor á la familia de David diciendo: *Et effundam super domum David, et super habitatores Jerusalem spiritum gratiae, et precum* ⁴⁰. Notad los dos nombres *gratiae, et precum*. Y es porque la súplica va siempre unida á la gracia ó favor que deseamos. El que así lo haga se verá en todo tiempo seguro de no llegar á encontrarse preso entre los lazos de nuestros enemigos: *Frus-*

³⁸ S. Greg. in Psalm. vi poenit. — ³⁹ Luc. xi, 9. — ⁴⁰ Zach. xii, 10.

tra jacitur rete ante oculos pennatorum ⁴¹. En vano se tiende la red , dice el Sabio , á la presencia de los pájaros ; pues que ellos al momento dan un vuelo , y se libran de quedar presos. Del mismo modo , aquel que ruega se vé libre de todas las tentaciones ; porque con la oracion inmediatamente dirige á Dios su eficaz vuelo , y este Señor lo deja victorioso. Y entendamos aquí ahora , que jamás hay fundada excusa para un pecador que dice haber caído por haberle faltado la fuerza necesaria para resistir á sus tentaciones ; pues que nos asegura el sagrado concilio de Trento : *Deus impossibilia non jubet , sed jubendo monet et facere quod possis , et petere quod non possis , et adjuvat ut possis* ⁴². Dios no manda cosas imposibles , sino que al intimarnos sus preceptos nos amonesta hacer aquello que podamos con la gracia ordinaria que á todos concede ; cuando nos fuere imposible con la tal gracia , nos previene tambien que le demandemos ó exijamos entonces los mayores auxilios que necesitemos , y que reclamándolos nosotros , él está pronto á acceder á nuestras peticiones.

11 El Señor , pues , oye favorablemente al que le pide , porque así lo tiene prometido ; pero es necesario entender que esta promesa no se extiende á las gracias ó beneficios temporales , como el de la salud corporal , la adquisicion de bienes de fortuna , el obtener aquel destino honorífico , y otras cosas semejantes ; antes mas bien sabemos que Dios muchas veces nos niega justamente estas gracias ; porque ve que ellas habrian de sernos dañosas á la salud del alma :

⁴¹ Prov. 1, 17. — ⁴² Sess. 11.

Quid infirmo sit utile, dice san Agustín, *magis novit medicus, quam aegrotus* ⁴³. Lo que al enfermo sea provechoso, él no lo conoce; pero sí lo sabe el médico que lo cura. Por lo tanto estos beneficios temporales, en el caso de pedirlos, debe ser con resignación, y con la precisa condición de que hayan de ser convenientes para nuestra salud eterna: solicitándolos de otra manera, ó sin esta circunstancia y resignación, tampoco el Señor habrá de darnos audiencia. Mas cuando son gracias espirituales, no exigiendo ellas tales condiciones, conviene pedir las absolutamente y con segura esperanza de obtenerlas: *Si ergo vos, cum sitis mali nostis bona data dare filiis vestris, quanto magis Pater vester dabit spiritum bonum petentibus se* ⁴⁴? Y aquí se ve como Nuestro Salvador nos animó á pedirle semejantes dones: pues que vemos que nos dice: Si vosotros, que sois malos y estais llenos de amor propio, no sabeis negar á vuestros hijos aquello que os piden, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial, que os ama mas que todos los padres naturales á sus hijos, habrá de concederos el espíritu bueno; es decir, aquellas gracias que ayudan al espíritu, siempre que vosotros llegueis á suplicárselas?

12 Mas ¡ay Dios! ¡y cuántas veces las súplicas de ciertas personas se reducen enteramente á los beneficios temporales! Pero no, les dice santa Teresa, *no es este tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia*. Pidamos las virtudes, la luz divina para cumplir la divina voluntad; pidamos tambien en particular la mansedumbre, la paciencia en las adversidades,

⁴³ Tom. 3, c. 212. — ⁴⁴ Luc. xi, 13.

la perseverancia, el amor divino, que es el bien soberano, que contiene, como dice san Francisco de Sales, todos los demás bienes; pidamos asimismo la gracia de rogar siempre, y de encomendarnos á Dios: *Quas tuorum preces exaudis*, dice aquí san Agustin, *si has non exaudis* ⁴⁵? Señor mio, ¿qué súplicas son las que Vos oís, si no llegan á vuestros oídos estas que son tan de vuestro agrado? ¡Ay! que Dios tiene un grandísimo deseo de enriquecernos con sus dones, como que es bondad infinita; y tanto se interesa en nuestro bien, que decia santa María Magdalena de Pazzis, que cuando nosotros llegamos á pedirle sus gracias, lo ponemos en cierto modo obligado á que nos las conceda, porque entónces como que le abrimos el camino de poder satisfacer aquel ardiente deseo que tiene de beneficiarnos. Por manera, que la falta siempre depende de nosotros, por no suplicarle; y de consiguiente, no merece compasion el que se ve pobre; pues que se halla en tal estado á causa de no querer pedirle á Dios aquellas mercedes ó bienes que necesita. Por eso decia santa Teresa, que ella hubiera querido subir á la cima de un alto monte, desde donde hubiese podido ser oída de todos los hombres, para no hacer desde allí ninguna otra cosa mas que gritar: *Hombres todos, orad, rogad, suplicad.*

13 No me alargo ya mas sobre esta materia; porque, como dije al principio, tengo escrito con extension en otros lugares acerca de ella, especialmente en la citada obrita que he publicado de la Oracion (libro de poco costo y que ya se ve entre las manos de mu-

⁴⁵ De Civ. Dei, c. 8.

chos); no queriendo yo por lo mismo ocasionar tedio á quien ya lo haya leído, repitiendo aquí lo que allí tengo dicho. Pero si hubiese de seguir mis impulsos, yo no haria otra cosa mas que escribir y hablar siempre de este poderosísimo medio de la oracion vocal; mientras que por una parte observó que las santas Escrituras, así del Viejo como del Nuevo Testamento, tantas veces nos repiten, que si queremos conseguir beneficios, que los pidamos, que los supliquemos, y clamemos por ellos. Oigamos, pues, como nos dicen: *Clama ad me, et exaudiam te* ⁴⁶. *Invoca me, et eruam te* ⁴⁷. *Petite, et dabitur vobis* ⁴⁸. *Omnia quaecumque orantes petitis, credite quia accipietis, et evenient vobis* ⁴⁹. *Quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis* ⁵⁰. *Si quid petieritis in nomine meo, hoc faciam* ⁵¹. Y aun tenemos otros mil textos semejantes. Yo por mí no sé cómo el Señor podia haber explicado mas el deseo que tiene de concedernos sus celestiales gracias, y tambien la necesidad que nosotros tenemos de pedírselas, si las deseamos. Por otra parte veo, que igualmente los santos Padres no hacen mas que exhortarnos en sus escritos que no dejemos de rogar al Señor. Mas por el contrario, si he de decir verdad, yo me lamento de los predicadores, de los confesores, y aun de los escritores; porque advierto que ni en los púlpitos, ni en los confesonarios, ni en los escritos que se imprimen, tratan cuanto deberian de este poderoso medio de la oracion suplicatoria. Se leen especialmente tantos cuadregesimales como tenemos estampados; pero

⁴⁶ Job, xxxiii, 8. — ⁴⁷ Psalm. xlix, 15. — ⁴⁸ Matth. vii, 7.
— ⁴⁹ Marc. xi, 24. — ⁵⁰ Joan. xv, 7. — ⁵¹ Ibid. xiv, 14.

¿ en cuál de ellos se encuentra un solo sermón acerca de este punto ? Apenas se deja ver alguna otra palabra como escapada ; por cuya causa yo he escrito extensamente de tan interesante materia en tantas de mis obritas ; y cuando predico no dejo de decir y repetir á mi auditorio : Orad , suplicad , si quereis salvaros , y haceros también santos. Porque aunque es verdad que para santificarse necesitamos de todas la virtudes , como la mortificación , la humildad , la obediencia , y principalmente la santa caridad ; y que al mismo tiempo es menester para adquirir estas virtudes usar también de otros medios , además de la oración ; como de la meditación , de la sagrada Comunión , de las santas resoluciones , etc. ; mas á pesar de todo esto , si no ejercitamos la oración deprecatoria , con todas estas meditaciones , todas las comuniones y resoluciones que hagamos , no serémos , ni mortificados , ni humildes , ni obedientes : tampoco amarémos á Dios , ni resistirémos á las tentaciones ; en suma , no harémos jamás nada que sea bueno. Por eso san Pablo , después de haber enumerado otras muchas virtudes necesarias al cristiano , dice : *Orationi instantes* ⁵² ; para significarnos , como advierte santo Tomás exponiendo este texto , que para la adquisición de las que son indispensables , es necesario que continuamente nos dediquemos á la oración ; pues que si no suplicamos , no recibiremos el divino auxilio que nos es preciso para ejercitar las mismas virtudes.

14 Concluyamos , pues , mi bendita hermana en el Señor : si quereis desde luego salvaros y haceros

⁵² Rom. xii , 12.

santa, encomendaos frecuentemente á Jesucristo, á su divina Madre, á vuestro Ángel custodio, y á los Santos vuestros abogados. Tened de continuo la boca en ejercicio y el corazon vigilante para decir: *Dios mio, ayudadme, ayudadme, Dios mio: María santísima, ayudadme: Ángel de mi guarda, Santos que sois mis abogados y protectores, ayudadme.* Decia el gran siervo de Dios y famoso misionero, llamado padre fray Leonardo de Puerto Mauricio, el cual murió en Roma pocos años hace en concepto de santidad, que nosotros no debemos dejar pasar un momento sin exclamar con la boca, ó con la mente: *Jesús mio, misericordia: Jesús mio, misericordia.* Estas palabras, decia él, contienen á un mismo tiempo el acto de dolor, y la súplica para no pecar mas. Y refiere en su bellísima obrita, titulada: *Manual sagrado para las monjas*, haber él mismo conocido un hombre devoto, que siempre repetia las dichas palabras: *Jesús mio, misericordia*, y con tanta frecuencia, que acaso en un cuarto de hora llegaria á decirlas trescientas veces. Y esto tambien yo os aconsejo á vos, que procureis igualmente bacer uso de esta deprecacion, siempre que os acordeis; quando despertéis, quando esteis en la oracion, quando vayais á comulgar; quando trabajéis, quando esteis paseando, quando os halleis en la mesa, quando os encontréis en el locutorio, repetid siempre: *Jesús mio, misericordia: Jesús mio, misericordia.* Y procurad entonces que vuestra intencion sea decir con esto: *Jesús mio*, yo por mis pecados merecia el infierno, pero confiada en vuestra infinita misericordia, espero el perdon de ellos, y la gracia de amaros siem-

pre ; ayudadme pues, Jesús mio. Y tampoco os olvidéis de encomendaros siempre á la divina Madre ; que por eso se llama la tesorera y dispensadora de las gracias ; por lo cual , nos exhorta san Bernardo , diciendo : *Quaeramus gratiam, et per Mariam quaeramus ; quia quod quaerit, invenit, et frustrari non potest* ⁵³.

ORACION.

(*La cual seria bueno repetirla todos los dias*).

¡Eterno Padre! vuestro divino Hijo nos tiene prometido que Vos nos concederéis todos aquellos beneficios que en su nombre os pidamos. Confiando , pues, en esta promesa , yo en el nombre del mismo Jesucristo y por sus méritos , os suplico me concedais las gracias siguientes, las que tambien deseo para todos los hombres. Os pido lo primero, el perdon de todas las ofensas que contra Vos he cometido , de las cuales me arrepiento con todo el corazon , sobre todos los males, por haber despreciado de esta manera vuestra bondad infinita ; y propongo morir mil veces antes que volver á ofenderos. En segundo lugar, os pido vuestra luz divina, para poder conocer la vanidad de los bienes de este mundo , y la grandeza del bien infinito que en Vos se contiene. Os pido , en tercer lugar, vuestro amor santo, el cual me desprenda de todo lo criado, y especialmente de mí misma , para no amar ya nada mas que á Vos, y á vuestra voluntad santísima : *Tui amoris in corde meo ignem accende*. En cuarto lugar, os pido que me deis una grande confianza en los mé-

⁵³ Serra. de Aquaeductu.

ritos de Jesucristo , y en el patrocinio de la Virgen María. Os pido, por último, la santa perseverancia en vuestra divina gracia. Pero, Señor, bien sabeis ya la debilidad mia , y cuántas traiciones contra Vos he cometido , después de tantas promesas mias ; por lo que, si Vos no me socorreis siempre con vuestra ayuda , yo miserablemente volveré á perder esa misma vuestra gracia soberana. No permitais pues, Dios mio, que esto suceda : *Ne permittas me separari à te ; ne permittas me separari à te.* Yo propongo, Señor, recurrir siempre á Vos en todas mis tentaciones y necesidades ; y estoy segura de que en cualquiera ocasion que me encomiende á Vos , misericordioso me socorreréis ; mas en estos instantes , yo me temo que llegué á olvidármeme el recurrir á Vos , y que este descuido mio venga á ser después la causa de mi ruina. Ea , Padre eterno, por el amor que teneis á Jesucristo , concededme el don de la oracion suplicatoria , para pedirlos siempre que me favorezcai con vuestro poderoso auxilio , repitiendo de continuo : *Ayudadme , Dios mio : Jesús mio , misericordia : María , madre de mi alma , socorredme.* Al fin me vuelvo á Vos , ¡oh dulcísima María! pues que sois mi abogada , y mi esperanza , sabiendo que alcanzais de Dios todo cuanto llegais á pedirle : os suplico , pues, por el grande amor que teneis á Jesucristo , que me alcanceis la santa perseverancia , y la gracia de encomendarme siempre á este mismo vuestro divino Hijo , y á Vos al mismo tiempo.

CAPÍTULO XXI.

DE LA DEVOCION Á MARÍA SANTÍSIMA.

1 ¡Oh qué grande esperanza de conseguir todos los bienes puede tener un alma que confia en la poderosa intercesion de esta gran Madre de Dios! *Qui me invenerit* (estas son las palabras que la santa Iglesia le aplica en sus festividades) *inveniet vitam, et habuerit salutem à Domino* ¹. El que me halla, dice la misma Señora, por medio de una sincera devocion, encontrará la vida de la gracia en este mundo, y después en el paraíso la salud eterna. Y se atreve á decir san Anselmo hablando con esta divina Madre: *Virgo benedictissima, sicut impossibile est, ut à te aversus, et à te despectus salvetur; ita ad te conversus, et à te respectus impossibile est ut pereat* ². Dice, en suma el Santo, que así como es imposible que se salve el que no es devoto de María y está protegido por esta Señora; así tambien, por el contrario, es imposible que se condene aquel que se encomienda á la misma poderosísima Virgen; y ella lo mira con ojos de clemencia. Igualmente dice san Antonino, ser necesario que se salven todos aquellos que son defendidos por esta gran Reina: *Necessarium est, quod hi, ad quos Maria convertit oculos suos, pro eis advocans, salventur et glorificentur* ³. Tambien escribe san Buenaventura, que aquellos que consiguen el patrocinio de María, aun viviendo sobre la tierra, serán reconocidos por los bienaventurados por

¹ Prov. viii, 35. — ² De Excel. Virg. c. 24. — ³ Part. 6, tit. 60.

compañeros suyos; y que el que lleve la insignia ó carácter de siervo de esta Emperatriz soberana, estará escrito ya en el libro de la vida: *Qui acquirit gratiam Mariæ, cognoscetur à civibus paradisi: et qui habuerit hunc characterem, adnotabitur in libro vitæ* *. Así que, el ser devoto de María es una señal de predestinacion. Y dice el Angélico que esta Señora se llama *Estrella del mar*; porque á la manera que los navegantes son guiados para llegar al puerto por medio de la estrella del norte; así tambien los cristianos son conducidos al paraíso por medio de María: *Sicut navigantes ad portum diriguntur per stellum, ita christiani diriguntur ad gloriam per Mariam* *.

2 Si alguna vez llegara á condenarse un verdadero devoto de esta poderosa Vírgen (para lo que después explicaremos quiénes son los verdaderos devotos suyos), esto sucederia, ó porque la Señora no podia amarlo, ó porque no queria protegerlo. Pero no, dice san Bernardo: *Nec facultas ei deesse poterit, nec voluntas* *. No es posible que se pierda un verdadero y perseverante devoto de María; porque á ella no le falta, ni el poder ni la voluntad para ayudarle. Veamos, pues, ante todo cuán poderosa es esta gran Señora para con Dios y en favor de sns devotos. La santa Iglesia, queriendo infundirnos confianza hácia esta grande abogada, hace que la invoquemos con el nombre de Vírgen poderosa: *Virgo potens, ora pro nobis*. Y es así, porque tal ha querido que lo sea aquel Dios que es omnipotente, como ella misma cantó en otro

* S. Bon. in Psalt. — * Opusc. 7. — * S. Bern. Hom. 2 in Missus est.

tiempo : *Fecit mihi magna, qui potens est* ⁷. Sobre lo cual tambien nos dejó escrito san Teófilo, obispo de Alejandría, las siguientes expresiones : *El Hijo agradece el ver que su Madre le ruega ; porque quiere concederle cuanto ella le pida, para recompensar de este modo el beneficio que de la misma recibió en haberle dado su carne*. Entendió santa Brígida un dia ⁸ que hablando Jesucristo con esta su amorosa Madre le dijo : *Pete quod vis à me, non enim potest esse inanis petitio tua*. Madre mia, pedidme lo que querais, pues ya sabeis que cualquiera que sea vuestra demanda, no puede dejar de ser oida por mí. Y añadió después : *Quia tu mihi nihil negasti in terris, ego nihil tibi negabo in coelis*. Vos nada me habeis negado cuando yo vivia en la tierra, conviene, pues, que yo tampoco os niegue cosa alguna ahora que estais conmigo en el cielo.

3 Mas, ¿por qué son las súplicas de María principalmente tan poderosas en la presencia de Dios? Respondo, que porque ella es su Madre. Y dice san Antonino : *Oratio Deiparae habet rationem imperii, unde impossibile est eam non exaudiri* ⁹. Las súplicas de María, siéndolo de una Madre, tienen una cierta razon de mando, y por eso es imposible que ella no sea oida cuando ruega. Así vemos tambien que el beato Alberto Magno, hablando de aquellas palabras : *Monstra te esse Matrem*, con las que la santa Iglesia quiere que le supliquemos, las explica en este sentido : Señora, manifestadnos que sois Madre, mandando á vuestro Hijo con autoridad de tal carácter, que tenga piedad de nosotros. Con este mismo sentimiento llega á

⁷ Luc. 1, 49. — ⁸ Rev. 1. 1, c. 4. — ⁹ Part. 4, tit. 15, c. 17, § 14.

decir san Pedro Damiano, que cuando María va á pedir alguna gracia á su Hijo en favor de sus devotos, en cierto modo manda, y no suplica, como si fuese Señora y no sierva del Señor: *Accedit ad aureum illud reconciliationis altare, non rogans, sed imperans: domina, non ancilla* ¹⁰. Y aun tambien Cosme Jerosolimitano avanzó hasta afirmar que la proteccion de María es omnipotente: *Omnipotens auxilium tuum, ò Maria*. Sí, dice Ricardo de San Lorenzo, confirmando esto mismo, María es omnipotente, porque es justo que la Madre participe de la potestad del Hijo: *Cum autem eadem sit potestas Filii, et Matris, ab omnipotente Filio omnipotens Mater facta est* ¹¹. El Hijo es omnipotente por naturaleza, y la Madre es omnipotente por gracia; con lo que viene á decir que esta Señora alcanza con sus ruegos todo lo que quiere.

4 Hállese un pecador perdido tanto como se quiere; si él acude á la poderosa María, dice san Gregorio Nicomediense, esta Señora con su intercesion habrá de salvarlo: *Habes vires insuperabiles, ne clementiam tuam superet multitudo peccatorum. Nihil tuæ resistit potentiae, tuam enim gloriam Creator existimat esse propriam* ¹². ¡Oh Madre de Dios! le dice el Santo: Vos teneis fuerzas invencibles para que vuestra clemencia no se halle jamás vencida por cualquiera número de pecados. Nada puede resistir á vuestra potencia, mediante á que vuestro Criador, de quien sois Madre, considera como propia vuestra gloria. Vos desde luego todo lo podeis, le dice tambien san Pedro Damiano, su-

¹⁰ Serm. 41 de Nativ. — ¹¹ Lib. 4 de Laud. B. Virg. — ¹² Orat de Exitu B. Virg.

puesto que llegais hasta infundirles esperanza de salvacion á los mismos desesperados: *Nihil tibi impossibile, quae etiam desperatos in spem salutis potes relevare* ¹³. Así que, cuando el demonio nos tienta para que caigamos en desconfianza, volvámonos á María, y digámosle con san German: *Vos ¡oh María! sois omnipotente para salvar á los pecadores, y no tenéis necesidad de recomendacion alguna para con Dios, pues que sois la Madre de la verdadera vida* ¹⁴.

5 Veamos, en segundo lugar, cuánto quiere y aun desea favorecer á sus devotos esta piadosa Virgen. Aquí pregunta san Buenaventura: ¿De qué nos sirviera el gran poder de María, si ella no tuviese cuidado de nosotros? Pero no, responde el mismo Doctor; tengamos por cierto, que así como esta Señora es para con Dios la mas poderosa entre los Santos, del mismo modo tambien ella es la que se interesa en nuestra salvacion mas que todos. ¡Y quién hay, le dice san German ¹⁵, fuera de vuestro Hijo, que tenga mas cuidado de nosotros que Vos? ¿Quién hay, Señora, que tanto nos defienda en nuestras aflicciones? ¿Quién que tanto se afane en favor de los pecadores? ¡Oh María! vuestro patrocinio es mucho mayor de lo que nosotros podemos comprender. Y san Andrés Avelino llama á esta Señora la agente del paraíso. Pero ¿cuáles son las agencias de la Virgen en tan dichosa morada? Lo son el rogar incesantemente por nosotros, y alcanzarnos aquellos beneficios que le pedimos. La misma Señora le dijo un dia á santa Brigida ¹⁶: A mí todos me llaman la Madre de la miseri-

¹³ Serm. 1 de Nat. B. Virg. — ¹⁴ Serm. 3 in Dorm. B. Virg. —

¹⁵ Serm. de Zona Virg. — ¹⁶ Rev. l. 1, c. 6.

cordia, y en verdad que lo soy; porque tal me ha hecho la misericordia de Dios: *Ego vocor ab omnibus mater misericordiae, et vere misericordia Dei misericordem me fecit.* ¿Y quién ha sido quien nos ha dado esta grande protectora, sino la misericordia de Dios, porque quiere salvarnos? *Ideo*, añadió la Virgen María, *miser erit, qui ad misericordem, cum possit, non accedit.* Miserable, dice, y eternamente será infeliz el que pudiendo en la presente vida encomendarse á Mí que tan piadosa soy con todos, no lo hace por desgracia suya, y luego después se condena.

6 Dice Ricardo de San Víctor que está María tan llena de la misericordia, que al momento que ve nuestras miserias las socorre, y que no puede llegar á entender las necesidades de alguno sin aliviarlas: *Adeo replentur ubera tua misericordia ut alterius miseriae notitia tacta, lac fundant misericordiae; nec possis miseriae scire, et non subvenire*¹⁷. Así lo practicaba esta gran Señora desde que vivía en el mundo, como sabemos por aquel estupendo prodigio acaecido en las bodas de Caná de Galilea; cuando faltando el vino, no esperó la Virgen María á que le suplicasen, sino que compadecida de la aflicción y vergüenza de aquellos esposos, le pidió á su Hijo que los consolase diciéndole: *Vinum non habent*: y ya con solo decir esto alcanzó que su Hijo, por medio de un milagro, convirtiese el agua en vino. Y si la piedad de María, dice san Buenaventura, era tan grande para con los afligidos, mientras vivía en este mundo, mucho mayor es la que tiene de nosotros ahora que está en el cielo,

¹⁷ Ricc. de S. Vict. in Cant. c. 23.

en donde mejor ve nuestras miserias, y mas se com-
padece de nosotros: *Magna fuit erga miseros miseri-*
cordia Mariæ adhuc exulantis in mundo, sed multo ma-
jor est regnantis in coelo ¹⁸.

7 Ea pues, no nos olvidemos de recurrir en todas
nuestras necesidades á esta divina Madre, la cual se de-
ja encontrar siempre dispuesta para favorecer á quien
la invoca. *Invenies*, dice Ricardo de San Lorenzo, *sem-*
per paratam auxiliari. A lo que añade Bernardino de
Bustis, que cuando acudamos á ella, la encontrare-
mos siempre con las manos llenas de misericordias y de
gracias: *Invenies eam in manibus plenam misericordia,*
et liberalitate ¹⁹. Y aun se adelanta mas Ricardo de San
Victor diciendo, que tiene María un corazon tan pia-
doso, que al observar las necesidades que padecemos
nosotros miserables, previene nuestras súplicas, y an-
ticipa el socorro de ellas aun antes que nosotros se lo
pidamos: *Velocius occurrit ejus pietas, quam invocetur,*
et causas miserorum anticipat ²⁰. ¿Por qué tememos,
pues, dice San Bernardo, no ser consolados, recur-
riendo á María? Esta gran Señora no es austera, ni
impone terror; sino que al contrario, es toda dulce y
benigna con cualquiera que á ella se encomienda: *Quid*
ad Mariam accedere trepidat humana fragilitas? Nihil
austum in ea, nihil terribile, tota suavis est. Y ¿cómo
puede dejar de ser jamás benigna con quien acude á
su amparo, cuando ella misma va buscando á los mi-
serables para salvarlos? Oid ahora como esta dulce Ma-
dre á todos nos llama para animarnos á esperar todos

¹⁸ In Spec. R. V. c. 8. — ¹⁹ Marial. 1, Serm. 5 de Nom. Mar. —

²⁰ In Cant. c. 23.

los bienes de su liberal mano , si á ella nos acogemos: *In me omnis spes vitæ, et virtutis, transite ad me omnes* ²¹. Y comentando este paso el P. Pelbarte , dice: *Vocat omnes justos, et peccatores*. El demonio, dice san Pedro , va siempre dando vueltas buscando á quien pueda devorar: *Circuit quaerens quem devoret* ²². Mas esta divina Madre , dice san Bernardino de Bustis , que por el contrario, va girando al rededor nuestro buscando á los que quieran que ella los salve: *Ipsa semper circuit, quaerens quem salvet* ²³. Basta para que nos alargue su poderosa mano , que nosotros le pidamos que nos ayude. Por lo que decia una persona santa: *Es lo bastante pedirle á María sus gracias, para conseguir las*. Y esto movió tambien á san Buenaventura á que escribiese diciendo , que tiene esta Señora tanto deseo de hacernos bien , y de que nos salvemos , que se declara ofendida no solamente por quien le hace alguna injuria positiva , sino tambien de aquellos que no van á pedirle sus gracias: *In te, Domina, peccant, non solum qui tibi injuriam irrogant, sed etiam qui te non rogant* ²⁴. Añadiendo después el mismo Santo , que cuando miraba á María , todo se consolaba; porque entonces le parecia que la misma misericordia le alargaba las manos para levantarlo de sus miserias: *Certe, Domina, cum te aspicio, nihil nisi misericordiam cerno*. Porque decia , que esta buena Señora no sabe , ni jamás ha sabido dejar de compadecerse y de ayudar á cualquiera miserable que á ella haya llegado á encomendarse: *Ipsa enim non misereri ignorat, et miseris*

²¹ Eccl. xxiv, 26. — ²² I Petr. v, 8. — ²³ Marial. p. 3, Serm. 3.
— ²⁴ S. Bon. in Spec. Virg.

non satisfacere nunquam scivit. Y esto es lo que está haciendo la misma Señora incesantemente en el cielo, pidiendo misericordia en favor de los desgraciados. Oyó santa Brígida una vez que Jesús le decía á su santísima Madre, *Pete, Mater, quid vis à me.* Pedídmela, Madre mia, todo lo que querais. Y ¿qué respondió la soberana Virgen? Estas fueron sus palabras: *Misericordiam peto pro miseris* ²². Como si hubiese dicho: Hijo mio, habiéndome Vos hecho Madre de misericordia, y abogada de los desvalidos ¿qué otra cosa podré yo pedir, sino que useis de piedad con los miserables y desgraciados? Y por cuanto son los mas miserables los pobres pecadores, por eso tambien tiene vueltos siempre hácia ellos sus ojos de clemencia para protegerlos. Decia David que los ojos del Señor están dirigidos hácia los justos: *Oculi Domini super justos* ²³. Pero esta Madre de misericordia, escribe Ricardo de San Lorenzo, vuelve sus piadosos ojos tanto sobre los justos como sobre los pecadores. Ella hace con nosotros, segun añade el mismo autor, lo que una madre con su hijo pequeño, que siempre tiene puesta la vista sobre él para que no se caiga; y si alguna vez llega á tropezar y caerse, para acudir corriendo á levantarlo: *Sed oculi Dominae* (estas son sus palabras) *super justos, et peccatores, sicut oculi matris ad puerum, ne cadat: vel si ceciderit, ut sublevet.* María ha sido constituida del Señor por abogada universal de todos: *Sicut omnium est Regina, ita omnium est advocata*, dice el Idiota. Y mas propiamente, dice Dionisio Cartusiano, es abogada de los pecadores; porque en verdad los reos tienen ma-

²² Rev. l. 1, c. 45. — ²³ Psalm. xxxiii, 16.

yor necesidad de proteccion que los inocentes: por lo que el mismo Dionisio la llama tambien abogada de todos los malvados que á ella se refugian: *Advocata omnium iniquorum ad se confugentium*. Lo mismo dijo antes san Juan Damasceno, llamándola *Civitatem refugii omnibus confugientibus ad eam* ²⁷. Por eso nos anima san Buenaventura con estas palabras: *Respirate ad illam perdití peccatores, et perducet vos ad portum* ²⁸. Pobres pecadores perdidos, dice, no os desesperéis, alzad vuestros ojos á María, y respirad, confiando en la piedad de esta buena Madre; porque ella habrá de libraros del naufragio que experimentais, y compasiva os conducirá al puerto de salud. Digámosle, pues, con santo Tomás de Villanueva: *Eja ergo advocata nostra, officium tuum imple*. Ea pues, ¡ó Virgen santa! ya que sois la abogada de los miserables, favorecednos á nosotros que somos mas desgraciados que otros. Busquemos la gracia, dice san Bernardo y que sea por medio de María: *Quaeramus gratiam, et per Mariam quaeramus* ²⁹. Esta gracia que nosotros hemos perdido, ella la ha encontrado, dice Ricardo de San Lorenzo: luego debemos ir para pedírsela y recuperarla: *Cupientes invenire gratiam, quaeramus inventricem gratiae* ³⁰. Ya sabemos que cuando el arcángel san Gabriel le anunció haberla elegido Dios por Madre del divino Verbo, le dijo esto mismo para animarla: *Ne timeas, Maria, invenisti gratiam* ³¹. Y ¿cómo se entiende esto? María nunca se vió privada de la gracia, sino que estuvo siempre lleha de ella; ¿en qué concepto, pues, debió el

²⁷ De Dorm. Virg. — ²⁸ In Psalm. viii. — ²⁹ Serm. de Aquaed.
— ³⁰ Ricc. de Laud. Virg. — ³¹ Luc. i, 30.

Ángel decirle que habia encontrado la gracia? A esto responde Ugo, cardenal, que la Virgen no halló la gracia para sí, porque siempre la tuvo en su alma; sino que la encontró para nosotros, que desgraciadamente la habíamos perdido, por lo que añade el citado expositor, que para recuperarla debemos presentarnos á la soberana María y decirle: Señora, la prenda debe restituirse al que la haya perdido; esta gracia que habeis hallado, no teneis ya derecho á ella, mediante á que Vos siempre la habeis poseido en alto grado: á nosotros, pues, nos pertenece, y de consiguiente debeis devolvérmola supuesto que tambien nosotros mismos la teníamos perdida. Estas son las palabras de Ugo: *Currant ergo, currant peccatores ad Virginem, qui gratiam amiserunt peccando, secure dicant: Redde nobis rem nostram quam invenisti.*

8 ¡Oh si todos los pecadores recurriesen á María, pero con ánimo de enmendarse! ¿Quién habia entonces de perderse? Es innegable que los que tienen esta lamentable desgracia son los que no acuden implorando su poderoso patrocinio. Oyó santa Brigida un dia que nuestro Salvador le decia á su bendita Madre: *Etiám diabolo exhiberes misericordiam, si ille humiliter peteret.* No se humillará jamás el soberbio Lucifer para practicar este acto de encomendarse á María; pero si alguna vez se diese el caso de que él se postrase ante esta divina Madre é implorase su amparo, no lo arrojaría de su augusta presencia, y con su intercesion poderosa ciertamente le libraria del infierno. Con esto quiso Jesús darnos á entender que la santísima Virgen salva á todos aquellos que se acogen á su protec-

cion. Por eso tambien la llama san Basilio, *Publicum valetudinarium*, hospital público: porque los hospitales públicos están establecidos para los enfermos que son pobres; y el que se ve mas indigente, tiene mayor derecho para ser allí admitido; pues de la misma manera, prosigue el Santo, debe la piadosa María acoger mas pronto ó con mayor motivo á los mas grandes pecadores, de entre los que acuden á implorarla. ¡Ah! que esta gran Reina no aborrece jamás á ningun pecador, por abominable que sus culpas lo hayan puesto. Dice san Bernardo: Si el desdichado acude á pedirle auxilio, ella no se desdeña de extender su poderosa mano, y librarlo de su perdicion eterna: *Tu peccatorem quantumcumque foedum non horres: si ad te suspiraverit, tu illum à desperationis barathro pia manu retrahis* ²². Reveló el Señor á santa Catalina de Sena que habia destinado á la Virgen María para que le ganase y atrajera á su divino servicio á todos los hombres, y especialmente á los pecadores: *Haec est à me electa tanquam esca dulcissima ad capiendos homines, potissimum peccatores* ²³. La misma Señora dijo tambien á santa Brígida, que no se encuentra un pecador tan perdido y abandonado de Dios, que si la llama en su ayuda, no lo vuelva al mismo Señor, y no sea perdonado: *Nullus est ita abjectus à Deo, qui si me invocaverit, non revertatur ad Deum, et habiturus sit misericordiam* ²⁴. Tambien le dijo entonces, que á la manera que la piedra iman tira hácia sí el acero, de un modo semejante, ella atraia para sí, y después le presentaba

²² S. Ber. Or. pan. ad B. V. — ²³ Ap. Blos. Mon. Spir. — ²⁴ Rev. I. 1, c. 6.

á Dios los corazones mas endurecidos. *Sicut magnes attrahit ferrum, sic ego attraho dura corda* ²⁵.

9 La santa Iglesia quiere con bastante fundamento, que nosotros llamemos á esta divina Madre nuestra esperanza: *Spes nostra, salve*. Y decia el impio Lutero, que le era cosa insufrible ver que la Iglesia nos enseñase llamar á María esperanza nuestra; porque él decia que la esperanza humana debe ser solo Dios, y que el mismo Señor maldice á quien pone su esperanza en alguna criatura. Esto es verdad, pero debe entenderse cuando nosotros confiamos en las criaturas independientemente de Dios; mas si esperamos en la Virgen María, es bajo el concepto de medianera en la presencia del Ser infinito. Tanto mas, cuanto Dios, en sentir de san Bernardo, ha puesto en las manos de esta Emperatriz soberana todo el tesoro de los bienes que quiere dispensarnos: *Totius boni plenitudinem*, son las palabras del Santo, *posuit in Maria, ut si quid spei in nobis est, si quid gratiae, si quid salutis, ab illa noverimus redundare* ²⁶. Por donde se ve que el Señor quiere que de la gran María recibamos nosotros todos nuestros bienes; porque todas las gracias que su bondad infinita trata de repartirnos, ha dispnesto que pasen por las manos de su bendita Madre; por lo que el mismo san Bernardo dice, que ella es su máxima confianza, y toda la razon ó motivo de su esperanza: *Haec maxima mea fiducia, haec tota ratio spei meae* ²⁷. Con el mismo sentimiento la llamaba tambien san Buenaventura salud de los que la invocan: *Ó salus te invocantium*: por manera que, segun su parecer, basta invocar á María para

²⁵ Rev. I. 3, c. 32. — ²⁶ Serm. de Aquaed. — ²⁷ Loc. cit.

salvarse. En vista de esto , digámosle con frecuencia, á imitacion del Santo , cuando nos espante el temor de condenarnos: *In te Domina, speravi, non confundar in aeternum*. En Vos, Señora, tengo yo puestas mis esperanzas; pues Vos habeis de pensar en salvarme y librarme del infierno. No, dice san Anselmo, no va á este lugar de eternos tormentos un verdadero devoto de María , por el que ella ruegue una sola vez, diciéndole á su Hijo que quiere salvarlo: *Aeternum vae non sentiet, pro quo semel oraverit Maria*.

10 Yo he dicho que no se condena un verdadero devoto de la Virgen María. Mas para evitar engaños sobre esto, veamos ahora lo que es necesario para que nosotros seamos verdaderos devotos de tan gran Señora. Se necesita, en primer lugar, la buena intencion de mudar de vida y de no volver mas á ofender á Dios: *Pone finem*, escribe san Gregorio VII á la princesa Matilde, *in voluntate peccandi, et invenies Mariam promptiorem matre carnali ad te adjuvandum* ²⁸. Da fin á la voluntad de pecar, y yo te prometo que entonces hallarás á María mas pronta que todas las madres carnales á ayudarte con amor indecible. Y la misma Virgen le dijo un dia á santa Brígida: *Quantumcumque homo peccet, statim parata sum recipere revertentem. Nec attendo, quantum peccavit, sed cum quali intentione redit; nam non dedignor ejus plagas ungere, et sanare, quia vocor, et vere sum mater misericordiae* ²⁹. ¡Excelente aviso para dar confianza á los culpados! Hállese un pecador, dice aquí la Virgen María, todo lo mas perdido que se quiera suponer, si él vuelve á mí, yo

²⁸ Lib. 4, Ep. 47. — ²⁹ Rev. I. 2, c. 23.

estoy dispuesta para recibirle al instante que se me presente. Ni me detengo entonces á observar los pecados que haya cometido, sino solamente miro la intencion con que llega á mi presencia: si viene con la voluntad de mudar de vida, yo no me desdeño de medicinar y hasta sanar sus llagas; pues que me llaman Madre de misericordia, y verdaderamente lo soy. Y ¿qué quiere decir Madre de la misericordia? Que la misericordia y la compasion que esta Señora tiene de nuestras miserias hacen que nos ame, y al mismo tiempo nos socorra mas que cualquiera madre carnal puede verificarlo. Pero es menester advertir, que la misma Vírgen declaró á santa Brígida que no es madre sino de aquellos que quieren enmendarse: *Ego sum quasi mater volentium se emendare*⁴⁰. Por consiguiente, la soberana María no es madre de los pecadores obstinados. A pesar de esto, si alguno se halla esclavizado de cualquiera passion, y aun quando todavía no esté resuelto á abandonar el pecado, desee llegar á verse libre de él, pídale á esta Vírgen poderosa que le ayude á romper aquella cadena de infierno, y procure á lo menos comenzar á resistir, y á quitar la ocasion; pues que ya en este caso la buena Señora le alargará su mano de clemencia y habrá de consolarle: segun lo oyó la misma santa Brígida de la boca de Jesucristo, que hablando con esta su bendita Madre, le decia: *Conanti surgere ad Deum tribuis auxilium, et neminem relinquis vacuum à tua consolatione*. Al que hace esfuerzos para levantarse del pecado y volverse á Dios, bien que Vos, Madre mia, le socorreis; y no permitís que

⁴⁰ Rev. I. 4, c. 227.

ninguno se retire de vuestra presencia desconsolado.

11 En segundo lugar, es necesario para ser devoto de María ganarse su proteccion con oraciones y con obsequios; porque aunque es verdad que ella siempre ruega por todos, pero no deja por eso de suplicar con mas eficacia por aquellos siervos suyos que mayormente la honran. Y sabed que como esta dignísima Señora es muy agradecida y liberal en extremo, suele corresponder con grandes premios á cualquiera pequeño obsequio que nosotros le hagamos, como dice san Andrés Cretense: *Cum sit magnificentissima, solet maxima pro minimis reddere* ⁴¹. Veamos, pues, ahora los obsequios que podemos usar para con esta nuestra amantísima Madre.

12 Primeramente, saludadla al levantaros por la mañana todos los dias, y al tiempo de acostaros por la noche con tres *Ave Marías* en memoria de su pureza, añadiendo luego: *Por vuestra pureza é inmaculada Concepcion ¡oh! María! haced puro mi cuerpo y santa el alma mia*: y colocaos debajo de su manto, para que os guarde de pecado alguno en aquel dia ó en aquella noche. Además de esto, saludad tambien á esta gran Señora con el *Ave María*, siempre que suene el reloj, al salir y al entrar en la celda, ó cuando paseis por delante de sus imágenes; y procurad generalmente saludarla con el *Ave María* en el principio y en el fin de toda accion espiritual ó temporal: ¡felices aquellas operaciones que se hallen encerradas entre dos *Ave Marías*! Cuando nosotros celebramos á esta agradecidísima Reina, especialmente con la tal salutacion angéli-

⁴¹ Or. 2 de Dormit. Virg.

ca , que le es tan agradable , siempre nos corresponde con alguna de las gracias celestiales. En segundo lugar , no dejeis de rezar el Rosario todos los dias , á lo menos los cinco dieces que componen una de sus tres partes. Esta es una devocion generalmente practicada por todos los fieles , aun siendo seculares , enriquecida tambien por los sumos Pontifices con inmensas indulgencias ; mas debeis advertir que para ganar estas indulgencias del santo Rosario es preciso acompañar al rezo la consideracion de los misterios ; y además tambien inscribirse en el libro que al intento conservan los Padres Dominicos , estando igualmente bendecido por estos el rosario. Suelen algunas religiosas añadir á lo dicho el oficio parvo de Nuestra Señora : vos podréis á lo menos rezar el oficio del nombre de María , que es brevísimo , pues que solo se compone de cinco salmos. Aumentad tambien todos los dias tres *Padre nuestros* con *Ave María* , en honor de la santísima Trinidad , y en memoria de las gracias que le concedió á esta soberana Virgen , la cual reveló que la tal devocion le era muy agradable. En tercer lugar , convendrá que ayuneis en los sábados y vigiliass de sus festividades ; y si teneis espíritu para ello , que sea á pan y agua ; ó á lo menos practicad el ayuno comun , pudiendo tambien contentaros con un solo manjar , ó absteneros de aquel que mas os guste. Haced igualmente alguna otra mortificacion en el mismo sábado , que es un dia dedicado por la Iglesia para honrar á la divina Madre. En cuarto lugar , visitad cada dia á esta vnestra Reina en alguna de sus imágenes y á la que tengais mayor devocion , pidiéndole entonces la santa perseverancia y el amor á

Jesucristo. En quinto lugar, no dejeis pasar un solo dia sin leer, á lo menos por un corto espacio algun libro que trate de María. Son muchos los libros que hay de esta especie, como el de *La verdadera devocion á la Virgen santa* del P. Crasset; *Afectos mutuos entre María y sus devotos* del P. Auriemma; *El devoto de María* del P. Séñeri; *Afectos á María* del P. Nieremberg, y muchos otros que tambien podeis leer. Yo igualmente he dado á la prensa á este fin otra obra en honor de Nuestra Señora, cuyo título es: *Las Glorias de María*, la cual ya se ha estampado muchas veces.

13 Haced, en sexto lugar, con devocion las novenas de las festividades de esta gran Reina; pudiendo ejercitaros en los dias que duren en las prácticas siguientes: Primera: en tener media hora de oracion, además de la que acostumbreis. Segunda: en rezar nueve *Ave Marias* con *Gloria Patri* en honor de la misma Virgen. Os prevengo pocas oraciones vocales; porque será mas del caso que en su lugar repitais con mucha frecuencia varios actos de amor, ó de afectuosas peticiones á Jesús y á esta su santísima Madre, como por ejemplo: *Os amo, Jesús mio: os amo, Virgen María, mi dulce Madre*. Ó tambien: *María madre de Dios, rogad á Jesús por mí*: pudiendo repetir tales actos ó súplicas cien veces al dia, ó á lo menos cincuenta. Tercera: en hacer tres visitas á alguna imágen de la misma Virgen, repitiendo en cada una de ellas los antedichos actos ó jaculatorias, pidiéndole tambien al fin alguna gracia particular para el alma. Cuarta: en procurar en los dias de la tal novena comulgar con mas frecuencia, segun el confesor lo dispusiere. Quinta:

en hacer en los mismos dias alguna mortificacion externa en particular, como de disciplina, de cilicio ó ayuno; ó á lo mienos absteniéndose de frutas, ó de otro manjar; y si podeis, en la vigilia haced el ayuno á pan y agua. Tambien os aconsejo que practiqueis esta excelente devocion: Entre las festividades de Maria escoged una á la que tengais mas afecto, como á la de su Concepcion immaculada, de la Anunciacion, de la Asuncion, ó tambien de sus Dolores (de los cuales todos deberíamos con especialidad ser devotos); y en el dia propio de la fiesta, después de la sagrada Comunión, ofreceos á servirla de un modo particular, eligiéndola por vuestra Señora y Madre, pidiéndola perdon de todas las negligencias que hayais cometido en servirla en el año anterior, y prometiéndole obsequiarla mejor en el año siguiente. Y tambien seria bueno que si pudiéseis, hiciérais con el permiso superior una novena pública en la iglesia, estando expuesto el santísimo Sacramento; pero sin música y sin aparatos, ni aun en el propio dia de la fiesta; pues que de otra manera, todo vendria al fin á parar en vanidad y en disturbios, como por lo comun sucede en tales funciones que se hacen por las monjas; en las cuales ¡pluguiese á Dios que no se perdiese mas que se ganase!

14 En séptimo y último lugar, os aconsejo que procureis recomendaros muchas veces al dia á la proteccion de esta soberana Virgen. Y sabed que entre todas las demás devociones, esta de recurrir á la Señora con frecuencia, y de pedirle continuamente gracias, es la que mas agradece y le complace: *Beatus*

hómo, le hace decir la santa Iglesia en el oficio de sus festividades, *qui audit me, et qui vigilat at fores meas quotidie* ⁴². Bienaventurado el que está todos los dias vigilante á las puertas de mi misericordia. Y el llamarse María Madre de la misericordia, es por el gran deseo que tiene de beneficiarnos: por lo cual, el mayor gusto que podemos darle, es el encomendarnos á su poderoso patrocinio, y pedirle mercedes. Ella es verdad que desea ayudarnos, pero tambien quiere que se le ruegue, como dice el beato Alberto Magno en boca de la misma Señora por estas palabras: *Roganda sum ut velim; quia si volo necesse est fieri*. Se me debe rogar que quiera; porque en queriendo yo, necesariamente ha de cumplirse aquello que pida á mi Hijo. Por eso san Bernardo nos exhorta diciendo: *In periculis, in angustis, in rebus dubiis Mariam invoca* ⁴³. En los peligros de pecar, en tus aflicciones, en las dudas sobre lo que hayas de resolver, llama á María para que te socorra; y después sigue diciendo el mismo Santo: *Non recedat ab ore, non recedat à corde*. Su poderoso nombre no se aparte jamás de tu boca para invocarla, ni tampoco se retire nunca de tu corazon, confiando mucho en su intercesion poderosa. Y dice san Buena-ventura que el augusto nombre de María no puede expresarse con devocion, sin que reporte ó consiga alguna gracia el que lo pronuncia: *Nomen tuum devote nominari non potest, sine nominantis utilitate* ⁴⁴. Tambien san German llama el nombre de María *respiracion de la vida*. Dice, pues, el Santo ⁴⁵: *Así como la respiracion*

⁴² Prov. VIII, 34. — ⁴³ Hom. 2 super Missus. — ⁴⁴ Spec. B. V. c. 8. — ⁴⁵ De Zona Virg.

en un cuerpo es señal de que vive; de la misma manera el nombre de María en la boca de sus siervos es tambien un signo de vida: mediante á que este soberano nombre procura conservar y conserva al mismo tiempo la vida de la gracia. Por tanto, es bueno pedirle á Dios todos los dias la merced de que nos dé confianza, primero en la sangre de Jesucristo, y después en la intercesion de María.

15 Y si amais á tan digna y poderosa Señora, procurad que tambien la amen todos sus hijos. Insinuales, siempre que podais, á todos ellos la devocion á la Madre de Dios, refiriéndoles para el caso algun devoto ejemplo, ó proponiéndoles que le tributen algun particular obsequio, ó que le pidan cualquiera gracia. Sabed que ella tiene prometido el paraíso al que, después de amarla, procura tambien hacerla amar de otros: *Qui operantur in me non peccabunt; qui elucidant me, vitam aeternam habebunt* ⁴⁶. ¡Oh cuánto habrá de consolaros á la hora de la muerte todo aquello que hayais hecho en vida en obsequio de la dulce María! Refiere el P. Binetti ⁴⁷, que asistiendo él á la muerte de un devoto de tan gran Señora, este le dijo cerca de espirar las siguientes palabras: *¡Oh Padre mio! ¡si supiéseis cuán grande es el contento que yo estoy sintiendo, por haber servido á la santísima Madre de Dios! yo no sabria explicar la mucha alegría que experimento en este punto.* Procurad, pues, estar siempre á los piés de tan santa Protectora; y dad continuamente gracias al Señor, si entre las demás misericordias que haya usado con vos, os ha hecho tambien la gracia especial de inspiraros

⁴⁶ In fest. Concep. B. M. Noct. 1. — ⁴⁷ Perfez. de N. S. c. 31.

una particular devocion para con su augusta Madre; pues que esta será una gran señal de que Dios quiere salvaros. Decidle, pues, á la misma poderosísima Virgen, cuando le encomendeis el negocio de vuestra salud eterna, decidle, repito con san Juan Damasceno: *¡Oh Madre de Dios! si en Vos deposito yo mi confianza ciertamente seré salvo. Y poniéndome bajo de vuestra proteccion, nada tengo que temer; porque el ser devoto vuestro es tener tambien un arma de salud que Dios no concede sino á aquel que quiere salvarlo* ¹⁸.

ORACION.

Señora mia, si Vos rogais por mí, de cierto habré de salvarme; porque con vuestras súplicas alcanzais todo cuanto quereis. Rogad, pues, á favor mio ¡oh gran Madre de Dios! para que vuestro Hijo os oiga, y os conceda todo lo que para mí le pidais. Es verdad que yo no soy digno de vuestra proteccion amorosa, pero tambien es cierto que nunca habeis abandonado á cualquiera que haya acudido á Vos. ¡Oh Virgen María! á Vos entrego esta mi alma, y es preciso que la salveis. Alcanzadme para ello la perseverancia final en la divina gracia, y un grande amor para con vuestro Hijo, y tambien para con Vos. Ya os amo, Reina mia, y espero amaros siempre. Aídadme Vos tambien, acogedme bajo de vuestro manto, y tened piedad de mí: hacedlo pues, Señora, por el mucho amor que teneis á vuestro divino Hijo. Mirad desde luego la confianza que pongo en vuestra misericordia, y no dejeis de pro-

¹⁸ Serm. de Nat. c. 4.

tegerme en todas mis necesidades. Sé muy bien que Vos no dejaréis de socorrerme, siempre que implore vuestra gran clemencia; pero aun tambien habeis de alcanzarme esta gracia de recurrir siempre á Vos en todas mis tentaciones y peligros de perder á mi Dios por la culpa. Asistidme especialmente, Señora mia, en la hora de mi muerte; y haced que dé mi última respiracion pronunciando con entera confianza vuestro nombre y el de vuestro Hijo, diciendo: *Jesús y María, en vuestras manos pongo el alma mia.*

CAPÍTULO XXII.

§ I. — *De la obligacion que tiene una religiosa de amar á Jesucristo.*

1 El cuidado de una religiosa en esta vida no debe ser otro que amar á su amabilísimo esposo Jesucristo. Ya sabemos que el primero y principal precepto que el Señor nos impone es el que le amemos con todo el corazon: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo* ¹. Por cuanto él nos ama mucho, quiere tambien ser muy amado de nosotros; y por eso con tanta expresion y premura pide que le amemos, queriendo todo nuestro corazon: *Fili mi, praebe cor tuum mihi* ². ¿Y qué otra cosa pretende de ti tu Dios, decia Moisés, sino el que le ames con todo tu corazon? *Quid Dominus Deus tuus petit à te, nisi ut diligas eum, et servias ei in toto corde tuo* ³? Él tambien vemos que se

¹ Deut. vi, 5. — ² Prov. xxiii, 26. — ³ Deut. x, 12.

promete enteramente á sí mismo por merced ó premio de este amor que le debemos: *Ego protector tuus sum, et merces tua magna nimis* ⁴. Los monarcas de la tierra á los súbditos que les son fieles les conceden, en premio de sus buenos servicios, poderes, honores y feudos; pero nuestro Dios á quien le ama no le da menos que á sí mismo enteramente. Mas aunque este nuestro amor no tuviese ninguna otra recompensa, debería bastarnos el saber que el que ama á Dios es tambien amado de este Señor. Él mismo nos tiene asegurado en muchos lugares de la Escritura este amor suyo para todos los que á él se lo profesan: *Ego diligentes me diligo* ⁵. Y en otro lugar nos dice: *Qui manet in caritate, in Deo manet, et Deus in eo* ⁶. El que permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios tambien está en él. Jesucristo igualmente nos asegura en su santo Evangelio: *Qui diligit me, diligetur à Patre meo, et ego diligam eum* ⁷.

2 Toda nuestra perfeccion consiste ciertamente en el amor á Dios, porque él es tambien aquella excelente virtud que nos une con el mismo Señor, como dice san Agustin: *Caritas est virtus conjungens nos Deo*; y sin la caridad todas las otras virtudes de nada sirven; pero por el contrario, la caridad lleva consigo á todas las demás; supuesto que ella, como nos enseña el Apóstol ⁸, es paciente, es benigna, no se hincha, no ambiciona honores, no busca sus intereses; sino que todo lo sufre, todo lo cree, y todo lo espera. El amor, dice tambien el mismo Apóstol, es el cumplimiento de

⁴ Gen. xv, 1. — ⁵ Prov. viii, 17. — ⁶ Joan. iv, 6. — ⁷ Ibid. xiv, 21. — ⁸ I Cor. xii, 4.

la ley : *Plenitudo legis dilectio* *. Por lo que decia san Agustin : *Ama et fac quod vis*. Vemos que el que ama á una persona se guarda de darle el mas mínimo disgusto , y por la inversa , está estudiando en hacer todo lo posible para agradarla. Así igualmente el que ama á Dios aborrece como la muerte hasta la mas pequeña ofensa que le pueda ocasionar , y discurre todos los medios que estén á sus alcances para complacerle.

3 Entendamos tambien ahora que la caridad perfecta consiste en amar á Dios por sí mismo. Aquel que ama á este Señor como á su propia felicidad , manifiesta tenerle un amor de *concupiscencia* , el cual propriamente no pertenece á la caridad , sino á la esperanza. Mas el que ama á Dios , porque lo merece de sí mismo , mediante á ser una bondad infinita , este le profesa el amor de *amistad* , que es la caridad verdadera. Pero aquí es necesario advertir , que la esperanza en nada se opone , ni menos sirve de impedimento á la perfecta caridad. Fue un error , ya condenado por el obispo de Cambray , el admitir un estado de caridad que excluia toda esperanza. Nosotros , pues , amamos á Dios mediante á que lo merece por sí mismo , y le amaríamos tambien aunque no tuviese premios que darnos ; pero viendo que quiere darnos estos por recompensa , y que aun nos manda que los esperemos , estamos desde luego obligados á tener esperanza de ellos y á desearlos. Fuera de esto , el desear el paraíso con el fin de poseer á Dios , y de amarle mejor , es una verdadera y perfecta caridad , supuesto que la consumacion del amor es la gloria eterna. El

* Rom. xiii , 10.

alma , allí olvidada enteramente de sí misma , y despojada de todo amor propio , ama á su Dios con todas las fuerzas de un amor purísimo ; y de este modo se cumple aquello que se dice de los bienaventurados , que en el cielo felizmente se pierden á sí mismos en Dios.

4 Si tuviésemos noticia de que habia en un reino de la tierra un príncipe de bella presencia , santo , docto , cortés , piadoso , en verdad que él se ganaría nuestro amor , aun cuando ningun beneficio nos hubiese dispensado. Y ¿qué tienen que ver las cualidades de este buen príncipe con las eminentísimas de que Dios se halla adornado ? Este Señor sabemos que posee todas las perfecciones , y esto en un grado infinito : él tiene todos los requisitos y atractivos para ser amado : es una bondad infinita , es infinita belleza , infinita sabiduría , y misericordia infinita. Solamente , pues , por esta bondad suya merece todo el amor nuestro. Refiérese en las vidas de los Padres , que estando en el desierto dos monjes que eran hermanos carnales , el demonio le dijo á uno de ellos que el otro hermano suyo era del número de los réprobos ; él simplemente creyó esto como una revelacion divina , y se quedó muy afligido ; y preguntándole el otro hermano un dia la causa de aquella tristeza , él entonces le declaró la revelacion (como él la creia) acerca de su condenacion eterna. Mas el otro le respondió humildemente de este modo : *Si el Señor así lo quiere , bendito sea ; pero no obstante esto , yo quiero amarle en esta vida todo cuanto pueda , ya que el amor que le tengo no es ni por temor del infierno , ni por la esperanza de la gloria , sino so-*

clamente porque merece ser amado. Pero á la noche siguiente de haber dado una contestacion tan admirable, se apareció un Ángel al mismo monje engañado, y le dijo que su hermano estaba escrito entre el número de los escogidos.

5 Debemos, pues, amar á nuestro Dios porque se lo merece por sí mismo. Tambien estamos obligados á amarle, á lo menos por gratitud, al ver el amor con que se ha portado con nosotros; pues que si llegaran á reunirse los amores de todos los hombres, el de todos los Ángeles, y el que tienen todos los bienaventurados, no vendrian á formar la mas mínima parte del amor que Dios tiene á un alma sola: siendo tambien mayor, segun afirma san Juan Crisóstomo, que aquel con que nos amamos á nosotros mismos. Yo, dice el mismo Dios á cada uno de nosotros, te he amado desde la eternidad, y solo por este amor que te tengo te he sacado de la nada, y te he colocado en el mundo: *In caritate perpetua te dilexi* ¹⁰. Los primeros que nos amaron sobre la tierra fueron nuestros padres, pero estos no pudieron amarnos hasta habernos conocido; siendo así que Dios nos amaba aun antes que gozásemos de la existencia. No vivian todavia en el mundo ni nuestros padres ni nuestras madres, y ya Dios nos amaba; diré mas, aun no estaba el mundo criado, cuando nos amaba este Dios bondadoso; y ¿cuánto tiempo antes de la creacion del mundo extendia ya este amor sobre nosotros? ¿acaso mil años ó mil siglos antes? Mas excusemos la multiplicacion de años y de siglos, y entendamos que desde la eterni-

¹⁰ Jer. xxxi, 3.

dad Dios nos amaba ; y de consiguiente desde que era Dios , y desde que se amaba á sí mismo , nos ha amado tambien siempre á nosotros. Mucha razon tenia, pues , aquella virgencita santa Inés para decir : *Ab alio amatore praevenia sum*. Cuando el mundo y las criaturas le pedian su amor , ella les respondia : No, mundo engañador, no, criaturas todas, yo no puedo amares; habiendo sido mi Dios el primero en amarme á mí , es muy justo que yo solamente le consagre al mismo Dios todo el corazon mio.

6 Nuestro Dios, pues, es el que desde que es Dios nos ha amado, y el que solo por este amor nos ha extraido de la nada ; y entre tantas otras criaturas posibles ó que pudo criar , y á las que jamás les dará vida , nos escogió á nosotros, y nos ha puesto en este mundo. Por amor nuestro tambien ha dado ser á tantas otras bellas producciones , como cielos , planetas, colinas , mares , fuentes , y todas las demás cosas que admiramos sobre la tierra. Mas no se contentó con darnos solamente estas agraciadas criaturas ; el amor suyo aun no estaba contento si no llegaba hasta el extremo de dársenos tambien á sí mismo ; y esto al fin fue lo que hizo : *Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis* ¹¹ ; tomando ocasion para ello de la misma ruina en que nos habia envuelto el pecado. Este maldito monstruo nos habia hecho perder la divina gracia, nos habia cerrado el paraíso , y nos habia convertido en esclavos miserables del infierno. Podia el Señor tambien entonces redimirnos de todos nuestros males por muchos otros medios ; pero no , eligió el de venir

¹¹ Gal. II, 20.

él mismo á la tierra, haciéndose hombre para rescata-
rnos de la muerte eterna, y obtenernos la amistad
divina y el paraíso perdido; llenando con tal prodigio
de amor el cielo y la tierra de admiracion y de es-
panto. ¿Qué maravilla no seria ver á un rey terreno,
que por amor de un esclavo suyo, él se hiciese tam-
bien esclavo? Y ¿cuánto mas admirable fuera, si por
lo mucho que queria á un gusano, en gusano tambien
llegara á convertirse? Pues aun fue mayor infinita-
mente que todo esto el amor que nos hizo patente, el
Hijo de Dios, humillándose hasta hacerse hombre por
amor de los mismos hombres: *Exinavit semetipsum
formam servi accipiens, et habitu inventus ut homo* ¹².
¡Ver á un Dios hecho carne! *Et Verbum caro factum
est* ¹³.

7 Pero aun crece mas todavia la maravilla al con-
siderar lo que después ha hecho y ha padecido este
mismo Hijo de Dios por amor de nosotros miserables
gusanos de la tierra. Bastábale para salvarnos que
hubiese derramado una sola gota de sangre, una lá-
grima, ó que hubiera hecho una simple oracion; por-
que esta lágrima ó peticion, habiendo sido ofrecida al
eterno Padre para salud nuestra por un hombre Dios,
habria tenido un valor infinito, y suficiente por lo
tanto para salvar el mundo, é infinitos mundos. Mas
no, mediante á que Jesucristo no solamente queria
salvarnos, sino que tambien trataba de granjearse to-
do el amor nuestro, por el inmenso que él manifesta-
ba tenernos, por este motivo se entregó á una vida
penosa y despreciada, abrazando después una muer-

¹² Phil. II, 6. — ¹³ Joan. I, 14.

te la mas amarga y la mas ignominiosa entre todas las muertes , para hacernos comprender bien , hasta qué extremo nos amaba : *Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis* ¹⁴. ¡Oh clemencia divina! si nuestro Redentor no hubiese sido Dios , sino simplemente un hombre amigo nuestro, ¿qué mas podria haber hecho en beneficio nuestro, que dar su propia vida? *Majorem*, nos dice él mismo, *hac dilectione nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis* ¹⁵. ¿Y qué decís á esto? ¿Creeis vos que ha muerto Jesucristo por amor vuestro? ¿en verdad lo creeis? y ¿podeis á pesar de esto , pensar después en amar otra cosa fuera de Jesucristo? Antes de la encarnacion del Verbo, dice un autor , podia el hombre dudar sobre si Dios le amaba con ternura ; pero después de este inefable misterio y de la muerte del mismo Jesucristo , ¿cómo puede haber quien dude acerca de ello? Y ¿qué mayor ternura pudo él habernos demostrado del mucho afecto que nos tenia que el haber padecido tantas penas y tantos desprecios, llegando por último á morir crucificado por nosotros? ¡Ay de mí! que ya nos hemos acostumbrado á oir con indiferencia el que se diga de la encarnacion , de la redencion, de un Dios nacido en un establo , de un Dios azotado, de un Dios coronado de espinas , y de un Dios muerto en una cruz. ¡Oh fe santa! iluminadnos vos , y hacednos conocer qué rasgo de amor tan excesivo es este de haberse anonadado nuestro Dios hasta haberse hecho hombre , y haber tambien muerto por nosotros.

¹⁴ Phil. II, 8. — ¹⁵ Joan. XV, 13.

8 Pero lo que debemos aquí admirar mas es aquel ardiente deseo que tuvo Jesucristo de padecer y de morir para redimirnos: *Baptismo autem debeo baptizari* (así iba diciendo en los dias de su vida mortal); *et quomodo coarctor, usquedum perficiatur* ¹⁶? Yo debo ser bautizado con el bautismo de mi propia sangre, no para lavarme á mí, sino para purificar á los hombres de sus pecados; ¡oh y cuánto estoy padeciendo hasta que llegue á satisfacer este mi deseo! Pero; ay Dios mio! que no es amado Jesucristo por los hombres, porque no quieren estos ni aun tampoco pensar en el amor que siempre nos ha tenido este nuestro amante Redentor. Un alma que considere acerca de esto, ¿cómo es posible que pueda vivir sin amarle? *Caritas Christi urget nos* ¹⁷. Dice san Pablo que una alma que medita sobre este amor de Jesucristo se siente como obligada á corresponder con amarle. Así sucedia que los Santos, considerando en la pasion de Nuestro Salvador, ardian de amor, y á veces prorumpian en gritos de asombro y de ternura. *Vidimus sapientem prae nimietate amoris infatuatum*, exclamaba san Lorenzo Justiniano. Hemos visto, decia, á un Dios que por nosotros cási ha enloquecido, transportado del mucho amor que nos tiene. Así igualmente santa Maria Magdalena de Pazzis, estando un dia arrebatada en éxtasis, y teniendo en sus manos una imágen de Jesús crucificado, llegaba á decirle, que se habia vuelto loco de amor: *Sí, Jesús mio, estaba gritando, que Vos sois loco de amor, yo lo digo; y siempre repetiré, Jesús de mi vida, sois loco de amor.*

¹⁶ Luc. xii, 50. — ¹⁷ II Cor. v, 14.

9 Si no nos asegurase la fe acerca de la verdad de este gran misterio de nuestra redencion, ¿quién jamás hubiera podido creer que el Criador de todas las cosas habia querido padecer tanto y morir por sus pobres criaturas? ¡Ay Dios mio! si Jesucristo no hubiese muerto por nosotros, ¿cuál de los hombres jamás hubiera podido tener atrevimiento de pedir á Dios, que se hubiese hecho hombre, y que muriendo después, nos hubiese salvado por este medio con su propia muerte? ¿No habria parecido una gran locura solamente el pensarlo? Y con efecto, cuando á los gentiles se les predicaba la muerte de Jesucristo, la tenian por una fábula, diciendo ser tal necedad, que no era posible el creerla: así pues nos lo atestigua el Apóstol cuando nos escribe: *Nos autem praedicamus Christum crucifixum, Judaeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam* ¹⁸. Si, dice san Gregorio, les parecia cosa de locura el que el mismo Autor de la vida quisiese morir por los hombres: *Stultum visum esse, ut pro hominibus auctor vitae moreretur* ¹⁹. ¿Y cómo, decian los gentiles, podemos nosotros jamás creer que un Dios, el cual no tiene necesidad de nadie, y que es felicísimo en sí mismo, haya querido descender á la tierra, revestirse de carne humana, y morir por los hombres, miserables criaturas suyas? Esto seria lo mismo que llegar á creer que un Dios se habia vuelto loco por el amor á los mismos hombres. Pero sin embargo de todo, es una verdad de fe que Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, por el mucho amor hácia nosotros despreciables é ingratos, se ha abandonado á los tormen-

¹⁸ I Cor. 1, 23. — ¹⁹ Hom. 4.

tos, á las ignominias y hasta á la muerte: *Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis* ²⁰.

10 Y ¿por qué ha hecho Dios todo esto? Dice san Agustin que ha sido, á fin de que el hombre entendiese el amor inmenso que el mismo Dios le tiene: *Propterea Christus advenit, ut cognosceret homo, quantum eum diligat Deus*. Y antes que el Santo lo habia dicho tambien el mismo Jesucristo por san Lucas: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur* ²¹? Yo, dijo, he venido á la tierra para encender el santo fuego del amor divino, y no deseo otra cosa sino el ver los corazones de los hombres arder en estas felices llamas. Y poniéndose san Bernardo á considerar cuando Jesús en el huerto fue atado como un reo por los soldados, dirigiéndose á su Señor aprisionado, exclama de este modo: *Quid tibi, et vinculis?* Jesús mio, le dice, ¿qué tienen que ver con Vos las sogas y las cadenas? estas corresponden á nosotros, siervos y pecadores; pero de ninguna manera á Vos, que sois el Rey del cielo, y que tambien sois el Santo por esencia. Y ¿quién ha podido reduciros á tal estado que hayais de comparecer como un malhechor el mas vil y criminal entre todos los hombres? *Quis hoc fecit? amor dignitatis nescius; triumphat de Deo amor* ²², continúa hablando el Santo: ¿Quién pues ha llegado á hacer esto? El amor lo ha hecho, el cual no repara en dignidades, cuando se trata de ganar el afecto de la persona amada. Dios, en suma, concluye, el que por nadie puede ser vencido, ha sido vencido enteramente del amor: el amor que este Señor tiene á los

²⁰ Ephes. v, 2. — ²¹ Luc. xii, 49. — ²² Serm. 84 in Cant.

hombres le ha obligado , después que tomó carne humana , á consumir su vida divina en un mar de dolores y de oprobios : *Triumphat de Deo amor.*

11 En otro lugar contempla el mismo san Bernardo á nuestro Redentor cuando fue condenado á muerte por Pilatos ; y después le pregunta al inocentísimo Jesucristo : *Quid fecisti innocentissime Salvator, ut sic judicareris?* Decidme , amado Señor mio , siendo Vos la misma inocencia , ¿ qué mal habeis podido hacer , para que merezcáis esta bárbara sentencia de morir crucificado ? Mas ¡ ay ! que ya bien entiendo , continúa el Santo , la causa de vuestra muerte ; comprendo el delito que Vos , Jesús mio , habeis cometido : *Peccatam tuum est amor tuus.* Vuestro delito es el amor que siempre habeis tenido á los hombres : este es , y no Pilatos , el que os condena á muerte , y el que os hace morir. Pero , Señor , exclamó el santo Job , mirando esto desde muy léjos : *Quid est homo , quia magnificas eum ? aut quid apponis erga eum cor tuum* ²³ ? Dios mio , ¿ qué cosa es este hombre (quiso decirnos) á quien Vos tanto honrais ? ¿ Qué bienes habeis recibido de él , que parece que teneis ocupado todo vuestro corazon en beneficiarle , y hacerle conocer el grande afecto que le teneis ? Y dice santo Tomás que el Señor ha amado en tanto extremo al hombre : *Quasi homo Dei Deus esset , quasi sine ipso beatus esse non posset.* Como si el hombre fuese Dios de Dios , y como si este Señor no pudiese ser feliz sin que el hombre tambien lo fuese. Y á la verdad , decidme , mi bendita hermana , si vos hubiéseis sido el Dios de Jesucristo ,

²³ Job , VII , 17.

¿qué mas hubiera podido este Señor hacer en beneficio vuestro , que tener una vida tan penosa por tantos años , y sufrir después una muerte tan desapiadada? Aun si hubiese tenido el Redentor que salvar la vida de su mismo eterno Padre , ¿qué mas hubiera podido entonces hacer que lo que ha practicado con vos? Mas ¡ay Dios mio! y la gratitud ¿en dónde está? Si un esclavo vuestro hubiese padecido por vos lo que vuestro divino Esposo , ¿podríais acaso olvidaros de él , y vivir sin amarle? ¡Ah! que cierto es que considerando cada uno de nosotros la muerte de Jesucristo , debería estar continuamente exclamando , como fuera de sentido , por el mucho amor á su divina persona , segun san Pascual exclamaba: *¡El amor mio ha sido crucificado por mí! ¡ha muerto por mí el amor mio!*

12 Pero lo que no hemos hecho hasta el presente, aun podemos practicarlo todavía , y Dios nos concede tiempo para que lo ejecutemos. Jesucristo ha muerto por nosotros para que con su amor , como dice san Pablo , pudiera ganarse el entero dominio sobre nuestros corazones: *In hoc Christus mortuus est... ut mortuorum, et vivorum dominetur* ²⁴. Nuestro Salvador ha muerto , dice el mismo Apóstol , á fin de que nosotros ya no viviésemos mas para nosotros mismos , sino solamente para aquel Dios que ha dado su vida por nosotros: *Pro omnibus mortuus est Christus , ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui proipsis mortuus est* ²⁵. Así vemos que lo han practicado los Santos ; pues que considerando ellos la muerte de Jesucristo , y el amor con que dió su vida por nosotros los hom-

²⁴ Rom. XIV, 19. — ²⁵ II Cor. XXVI, 25.

bres , han creído que hacian poco con dejarlo y perderlo todo por su amor , sus bienes , sus honores y hasta su vida. ¿ Cuántos grandes señores , cuántos reyes , reinas y emperatrices han abandonado sus riquezas , parientes , patrias y aun reinos por ir á encerrarse en un claustro , para vivir allí consagradas solamente al amor de Jesucristo ? ¿ Cuántos millones de Mártires han considerado ser para ellos una grande dicha el poder sacrificarle sus vidas entre los mas horribles tormentos ? ¿ Cuántos jóvenes y cuántas nobles vírgenes , renunciando los enlaces con las primeras y mas distinguidas notabilidades de este mundo , se han presentado llenos de júbilo á sufrir la muerte , para ofrecer de este modo alguna recompensa al grande afecto de un Dios que por su amor tambien perdió la vida ? Y vos , hermana mia , id discurriendo qué cosa grande habeis hecho hasta ahora por el amor de Jesucristo ; qué prueba ó qué señal le habeis dado hasta el presente del afecto que le profesais. Ello es cierto que así como este Señor ha muerto por los Santos , como santa Lucia , santa Águeda , y santa Inés , así tambien ha muerto por vuestro bien .

13 Añadid ahora las gracias especiales que á vos ha concedido , y que ha negado á tantas otras personas que os son iguales. ¿ Cuántas doncellas nobles , cuántas princesas ha determinado que nazcan en países de infieles y de herejes , las cuales allí miserablemente han de perderse , viviendo privadas de Sacramentos , de oír la palabra divina y de los demás auxilios necesarios para salvarse ? Y á vos entre tanto os ha concedido la feliz suerte de que vengais á nacer en

el seno de la verdadera Iglesia. Además , ha querido que descendais de un linaje de alguna distincion , á fin de que tuviéseis mas comodidad y mejores medios para poder ganar la salud eterna. Os ha escogido , á mayor abundamiento , por esposa suya entre tantas otras compañeras vuestras , que se han quedado en el siglo , en medio de los grandes peligros del mundo ; y librándoos á vos de todos ellos , acaso contra vuestra voluntad , os ha traído á su casa , en donde continuamente os veis asistida con luces sobrenaturales, con llamadas internas , con Sacramentos , con sermones , con ejemplos de vuestras buenas hermanas , y con tantos otros auxilios convenientes para conseguir la salud del alma y el paraíso. Agregad tambien á esto las muchas misericordias que con vos ha usado , en concederos tantas veces el perdon de las ofensas que le habeis hecho , no solo en el siglo , sino tambien en la religion. Ha sido lo bastante que arrepentida le hayais pedido el perdon , y él compasivo al instante os ha perdonado ; vos ingrata después habeis vuelto á ofenderle , y él ha vuelto con el mismo amor otra vez á perdonaros ; y en lugar de castigaros estas culpas vuestras tan multiplicadas , ha repetido mas en favor vuestro sus gracias , sus luces , sus llamadas y sus ternuras. Y aun advertid como en estos mismos instantes en que estais leyendo este libro continúa llamándoos á su amor con sus inspiraciones de clemencia. ¿Y qué pensais ? ¿qué resolveis ? No resistais ya mas. ¿Qué es lo que esperais ? ¿Estais acaso aguardando que el Señor no os llame ya mas , y os deje abandonada ?

ORACION.

Amado Redentor mio, ya veo lo mucho que me habeis obligado á que os ame; y lo mucho que ha llegado á costaros el alma mia. Yo seria demasiado ingrata, si amase fuera de Vos ninguna otra cosa, y tambien si amase poco á un Dios que me ha dado nada menos que su sangre y su vida. Si Vos, Jesús mio y esposo de mi alma, habeis muerto por mí, vuestra miserable sierva; es muy justo que yo muera tambien por Vos, Señor y Dios mio. Yo hago desde ahora una total renuncia del amor que pudiera tener á todas las criaturas, y consagro todo este mismo amor mio tan solamente al vuestro. Yo al mismo tiempo os elijo por mi único bien, y por el único amor de mis entrañas. Os amo, pues, amor mio, os amo una y mil veces. Lo repito y siempre quiero repetirlo, yo os amo, amor mio, con todo el corazon os amo. Pero Vos, Señor, quereis que yo os ame mucho, y tambien quereis que fuera de Vos no ame á ninguna otra cosa. Pues, yo, Salvador mio, quiero contentaros, deseo desde luego amaros mucho; á Vos solo apetezco, y solamente á Vos quiero amar, Dios mio, tesoro mio y mi todo. Ayudadme Vos al intento por vuestra piedad, y haced que plenamente llegue á contentaros. ¡Oh Virgen María y mi amorosa Madre! ayudadme tambien Vos, pues que sois la dispensadora de todos los dones, y especialmente del sumo don del amor divino; cuyo don, á Vos Señora yo lo pido, y con seguridad de Vos lo espero.

§ II. — *De los medios y tambien de los actos de amor que debe practicar una religiosa en honor de Jesucristo.*

1 A todos los hombres intima el Señor el precepto de amarle , y de todos quiere tambien ser amado con todo el corazon : *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*. Pero especialmente exige este amor perfecto de las religiosas , elegidas por esposas suyas ; á cuyo fin las ha favorecido con tantas luces divinas y especiales gracias , para que ellas tampoco atiendan á amar ninguna otra cosa fuera de su amantísimo Esposo. Y decia santa Teresa , que es un grande favor el que Dios hace á aquellas almas que llama á su amor divino. Pues vos sois , mi bendita hermana , una de tales almas afortunadas. Pero para que os dediqueis del todo á amar á este vuestro Esposo , segun él lo desea ; es necesario tambien que emprendais con fortaleza los medios para ello.

2 El primer medio , es el desear ardientemente la consecucion de este amor perfecto , hasta lograr que vuestro corazon sea todo suyo ; pues que los ardientes deseos son las alas con que han volado los Santos para unirse con Dios por medio de un amor perfecto. Y si sucede que vos no teneis este deseo , á lo menos pedídselo á Dios ; porque sin tal requisito jamás podréis llegar á ningun grado de santidad ; y por el contrario, con este mismo deseo pronto os adelantaréis. Santa Teresa les dejó escritos á sus hijas diversos y bellos sentimientos acerca de este punto ; dice en un lugar de esta manera : *Sean grandiosos nuestros pensamientos,*

que de aquí ha de provenir nuestro bien. Y en otra parte dice: *No conviene menguar los deseos, sino confiar en Dios; que esforzándonos nosotros, poco á poco podremos llegar á donde con su gracia llegaron los Santos.* Y ella tambien aseguraba por experiencia, no haber visto ninguna alma cobardé que en muchos años caminase tanto en la virtud, como las almas generosas en pocos dias adelantaban; porque decia la Santa: *El Señor se complace tanto en los deseos como si ya fuesen practicados.* Fuera de que, dice san Gregorio, que aquella alma que con toda su mente desea á Dios, ya lo ha conseguido. *La mente entera* significa una mente despojada y vacía de los afectos de la tierra. Y este tambien es el segundo medio.

3 El mismo segundo medio para amar á Dios con todo el corazon ya se deja entender que es el desprendimiento de todo amor que por el mismo Dios no se tiene. Este Señor quiere ser solo para poseer nuestros corazones, y no quiere por consiguiente compañeros. Refiere san Agustin ¹ que después que el Senado romano habia adorado treinta mil dioses, negó la adoración al Dios de los cristianos, diciendo que este era un Dios soberbio, pues que queria ser enteramente solo. Mas con toda justicia así lo pretende Nuestro Señor, supuesto que él es el único y verdadero Dios; y es tambien el solo amante nuestro verdadero; el cual por lo mismo que nos ama mucho, quiere ser amado con todo nuestro corazon. Y debe advertirse que el amar á Dios con todo el corazon exige dos condiciones: la primera, desalojar del mismo corazon to-

¹ Lib. 1 de Conf. etc., c. 22.

do afecto que no se tenga por Dios; sobre lo cual decia el enamorado san Francisco de Sales: *Si yo supiese que habia en mi corazon una fibra que no fuese de Dios, al momento quisiera arrancármela.* Si el corazon no se vacía de la tierra, no puede el amor de Dios entrar en él; y al contrario, un corazon desprendido de las criaturas, ¡oh, y cómo se inflama, y siempre va creciendo en el Santo fuego del amor divino! Decia tambien la misma santa Teresa: *Despega el corazon de las criaturas, y busca á Dios, que tú lo hallarás.* No puede el Señor negarse á quien lo busca: *Bonus est Dominus animae quaerenti illum* ². Ya sabemos que se da todo á quien todo lo deja por su amor, como ya se lo dijo á santa Teresa por estas palabras: *Ahora que tú eres toda mia, yo tambien soy todo tuyo.* Y esto mismo os dice igualmente á vos, si os despojais de todo; para ser enteramente suya. Escribió el P. Séñeri, el jóven, á una alma de las que se llaman espirituales: El amor divino es un caro ladron, que nos despoja de todos los afectos, hasta poder un alma decirle á su Amado: *¿Y qué otra cosa quiero yo, Señor mio, sino á Vos solamente?* De un modo semejante escribió tambien san Francisco de Sales: *El puro amor de Dios consume todo aquello que no es Dios, para convertir en sí todas las cosas; porque ciertamente es amor todo lo que se hace por amor de Dios.* Se lee en la vida del venerable P. D. José Caracciolo, teatino, que habiéndosele muerto un hermano, y estando él con los demás parientes suyos, les dijo: *Ea, guardemos ya estas lágrimas para mejor ocasion, que lo es la de llorar la muerte*

² Thren. v, 25.

de Jesucristo, que es nuestro Padre, hermano, y esposo ; y que tambien ha muerto por nuestro amor. De la misma manera deberia toda religiosa reservar todas sus ternuras y afectos solo para Jesús, su dignísimo Esposo.

4 Decia san José de Calasanz que la buena religiosa es aquella que puede decir con toda verdad: *Deus meus, et omnia.* Dios mio, Vos sois mi todo. Acordaos, hermana, que cuando os desposásteis con Jesucristo dijisteis: *Regnum mundi, et omnem ornatum saeculi contempsisti propter amorem Jesu Christi, quem vidi, quem amavi, in quem credidi, quem dilexi.* Yo, dijiste entonces, he renunciado al mundo y á todas sus pompas por el amor de mi Esposo, al que he conocido ser el mas amable entre todos los demás esposos, y por lo mismo en él he colocado yo todos mis afectos y todas mis esperanzas. En consideracion á esto, cuando las criaturas pretendan entrar en vuestro corazon, despedidlas diciéndoles que lo teneis ya entregado á Jesucristo, por lo que no hay ya lugar en vuestro pecho para ellas. Y este amor divino es el que hace tambien encontrar un mundo al revés en un convento en donde se aborrece lo que el mundo estima, y se ama aquello que el mismo mundo aborrece.

5 Pero para amar á Jesucristo con todo el corazon, es necesario, ante todo, que nos neguemos á nosotros mismos, abrazando aquello que desagrada al amor propio, y privándonos de lo que él apetece. Estando una vez enferma santa Teresa, presentáronle una vianda que la Santa no quiso recibir; por lo que le dijo la enfermera que la comiese, porque estaba bien condimentada; á lo que la Santa le respondió:

Pues por eso yo no la como , porque está bien guisada. A semejanza de esto , nos convendrá á nosotros tambien privarnos de aquellas cosas que nos agradan , por lo mismo que nos placen. Debemos , pues , volver los ojos para no mirar aquel objeto , mediante á que es agradable á la vista ; abstenernos de aquella diversion , por eso mismo de que se adapta á nuestro genio ; servir á una hermana ingrata , por la misma razon de serlo ; tomar aquella medicina amarga , por el motivo de que nos repugna lo displicente de su sabor. Observad , dice san Francisco de Sales , como nuestro amor propio quiere entrometerse ó tomar parte en todas las cosas , aun las mas santas , y nos hace creer que nada hay bueno , mientras en ello no se encuentre la propia satisfaccion. Por eso decia el Santo , que hasta las virtudes debíamos amarlas con desprendimiento , como , v. gr. , nos conviene amar la oracion y la soledad ; mas cuando estas estén en oposicion con la obediencia ó con la caridad , no debemos inquietarnos en omitirlas , sino abrazar con resignada paz cualquiera acontecimiento que nos suceda contrario á nuestra inclinacion por disposicion del Altísimo. Decia tambien el P. Baltasar Álvarez que el Señor manda con frecuencia á las criaturas que nos vuelvan la espalda y nos abandonen , para que no acudamos á la proteccion de estas ; mediante lo cual , despreciémoslas nosotros antes que ellas nos dejen , y acudamos á abrazarnos con nuestro amoroso Dios.

6 *Iustorum autem semita, quasi lux splendens procedit, et crescit usque ad perfectum diem* *. Dice el Sa-

* Prov. iv, 18.

bio que la senda de los justos siempre crece como una luz hasta que llega al perfecto día. Y ¿quién es el que llega á este día perfecto? El que quiere y no quiere aquello mismo que Dios apetece y aborrece, sin inclinarse á ninguna cosa, hasta tanto que llegue á percibirse la voluntad de Dios; por lo que conviene rogar al mismo Señor, como lo practicaba el citado P. Álvarez, cuando decia: *Señor, haced que yo siempre me halle tranquilo en todo aquello que dispongais de mí, segun vuestra voluntad adorable: yo por mi parte, no os pido ni mas placeres, ni menos trabajos.* ¡Oh, en cuánta felicidad vive el que se ve desprendido de todo! Persuadámonos desde luego que ninguno está mas contento en el mundo que aquel que desprecia todos sus bienes, y solamente quiere á Dios: por lo que conviene que cada uno viva sobre la tierra como en un desierto, diciendo: *Aquí no hay mas habitantes que Dios y yo.* Y con esta resolucion de general despojo, procurad vos, esposa bendita del Señor, renovar cada dia los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia; haciendo intencion de despojaros de todo afecto á los bienes terrenos, á los placeres, y á la voluntad propia. Y esta renovacion de votos ofrecedla en pocas palabras, á fin de que la repitais mas fácilmente y con mayor frecuencia. Basta que digais: *Jesús mio, por amor vuestro renuevo los votos, y propongo cumplirlos exactamente: os suplico que me concedais la gracia de seros fiel.*

7 El tercer medio para obtener el perfecto amor á Jesucristo consiste en meditar su pasion con frecuencia. Decia santa María Magdalena de Pazzis que la

religiosa , habiendo sido digna de constituirse por esposa del Crucificado , en toda su vida y en todas sus acciones no debe mirar ninguna otra cosa mas que á este Jesús clavado , ni ocuparse en otro negocio que no sea considerar el amor que le ha tenido el mismo su divino Esposo. Si una persona por solo el amor que tuviese á un amigo suyo padeciera injurias , golpes y cárcel , ¿cuán agradable le seria que aquel su amigo lo supiese , y que frecuentemente se acordase de este beneficio ? Pero si el mismo amigo , luego que oyese hablar acerca de esto , mudase la conversacion , y no quisiera ni aun pensar en tal fineza , ¡qué pena no experimentaria el otro su bienhechor al ver tanta ingratitud en aquel su amigo ! Pues esta pena dan cabalmente por su parte á Jesucristo aquellas almas que piensan poco en los dolores y en las ignominias que el mismo Señor sufrió por amor suyo. Cuando por el contrario se complace mucho de aquellas que incesantemente recuerdan y consideran su pasion dolorosa. Yo por mi parte digo , que el único objeto de todas las meditaciones de una religiosa deberia ser la Pasion de Jesucristo ; ó á lo menos que debe meditarla una vez cada dia.

8 Con este fin parece que nuestro amante Redentor , como queda dicho en otro lugar , para suministrar á las almas , sus predilectas , diferentes misterios que pudiesen meditar , ha querido padecer diversas especies de dolores y de vituperios , como de ligaduras , bofetadas , azotes , espinas , esputos , y clavos ; por la misma razon ha querido tambien representársenos padeciendo en diferentes maneras : ya sudando sangre

en el huerto ; ya atado en medio de los soldados ; ya vestido con una túnica blanca propia de locos ; ya cubierto de llagas con los azotes ; ya con la corona de espinas como un Rey de dolores y de escarnios ; ya caminando á la muerte cargado con el patíbulo sobre sus espaldas ; ya colocado sobre la cruz y pendiente de ella con tres fuertes clavos ; y ya en fin muerto sobre aquel lecho de dolor , teniendo tambien abierto su costado. Mas debe aquí advertirse , que nosotros no debemos meditar la pasion de Jesús por tener consolaciones de espíritu , y dulces ternuras ; sino solo con el fin de inflamarnos en el amor de nuestro Redentor , ó para entender por medio de sus santas inspiraciones lo que quiere de nosotros ; ofreciéndonos desde luego en justa recompensa á padecer por su amor toda clase de penas , ya que él ha querido sufrir tanto movido del mucho amor que nos tiene. El mismo Señor reveló á un santo solitario , que no hay ejercicio mas propio para inflamarnos en el amor divino que el de meditar su Pasion dolorosa.

9 El cuarto medio para llegar al amor perfecto es el de ejercitarse continuamente en actos amorosos : á la manera que el fuego se mantiene encendido con la leña , así tambien el amor con los actos se conserva. Y el que ama , se alegra en primer lugar del bien que goza el amado , cuyo amor se llama de *complacencia*. Por eso vos , mi bendita hermana , alegraos con frecuencia de la felicidad infinita de vuestro Dios , y complaceos de ella aun mas que si fuese vuestra , supuesto que tambien debeis amar á vuestro divino Esposo mas que á vos misma ; y esta deberá ser la alegría que

tengais, el pensar que á vuestro Amado nada le falta, y nada podrá tampoco faltarle jamás en la eternidad, por ser infinitamente bienaventurado; debiendo tambien consolaros acerca de esto, por saber que tantos millones de Ángeles y de Santos perfectamente le aman en el cielo. Del mismo modo debeis alegraros cuando sepais que hay alguna alma sobre la tierra que ama mucho á Jesucristo. En segundo lugar, el que ama desea que su amado sea tambien querido de todos, y este se llama amor de *benevolencia*, en el que debeis igualmente ejercitaros, deseando que Jesucristo sea amado de todos con un fervor ardiente. Por eso conviene que vos hablais á menudo con otros de este su infinito amor á fin de comunicarlo en todos los corazones de las personas con quienes tengais alguna conversacion. Debeis, además de esto, desear ver á vuestro Esposo conocido y amado de todos aquellos que no le conocen, y no le aman. Y esta debe ser la única ó mayor pena vuestra, el verlo despreciado de tantos pecadores. ¡Bella y amorosa seria aquella esposa que á su esposo lo mirase injuriado y herido, y ella hiciese de esto poco caso! Y mas que todo deberéis doleros de los disgustos que recordais haberle dado vos misma en vuestra vida pasada, por los cuales continuamente deberéis repetir actos de contricion, la cual se llama *amor doloroso*.

10 En tercer lugar, el que ama antepone el objeto amado á todos los demás bienes, y este es el amor de *preferencia*, con el cual principalmente quiere Dios ser amado de nosotros. El primer grado de este amor es cuando nosotros estamos dispuestos á perder otro

cualquiera bien antes que la gracia de Dios. Y ¿acaso pretende el Señor mucho de nosotros con mandarnos que le demos la preferencia sobre las cosas de este mundo? Y ¿qué son en verdad todos los demás bienes con respecto á Dios? El emperador Domiciano quiso que san Clemente adorase los ídolos , presentándole para que cayese en esta tentacion , y como por merced de tal impiedad , oro , plata y piedras preciosas ; lo que visto por el Santo , no hizo otra cosa mas que exhalar un gran suspiro entre abundantes lágrimas ; al ver á su Dios comparado con las cosas de la tierra. Nosotros por esto mismo deberíamos avergonzarnos de decirle á Dios : *Señor , yo os amo mas que todas las cosas* ; porque esto viene á ser como si le dijésemos á un rey : Yo , señor , os estimo mas que á la paja y al lodo. Pero á pesar de esto , Dios se contenta con que le amemos mas que á las criaturas ; las que con respecto al mismo Señor son infinitamente menores que la paja y el lodo respecto de un rey poderoso de los de la tierra. Decia el P. Vicente Caraffa , de la Compañía de Jesús , que si él hubiese poseido todo el mundo , al tiempo de nombrar á Dios se le hubiera caido repentinamente de las manos. Conviene , pues , que vivamos en disposicion de perderlo todo , riquezas , estimacion , y hasta la propia vida , antes que perder á Dios. Es necesario que tambien digamos con san Pablo : *Ni la muerte , ni la vida , ni el infierno , ni alguna otra criatura podrá separarnos de nuestro Dios*. Es un gran tesoro , decia el P. Álvarez , que llegue el alma á experimentar que no puede vivir mas sin Dios. Pero el alma que aspira al amor perfecto , no solamen-

te debe estar pronta á morir mil veces antes que ofender á Dios con un pecado grave, ni aun tampoco con pecado venial advertido, sino que tambien está obligada á anteponer la voluntad divina á toda satisfaccion suya, y á vivir dispuesta á sufrir toda clase de penas por encontrar el mayor gusto de su amado Señor. Pensad, hermana mia, que Jesucristo llegó á preferir vuestra salvacion á su misma vida; no es, pues, gran cosa, ó por mejor decir es nada, el que vos prefirais su gusto á todos vuestros bienes.

11 En cuarto lugar, el que ama no rehusa, sino que mas bien se alegra de padecer por la persona amada, para darle por este medio una contraseña ó prueba del amor que le profesa. Así lo ha practicado Jesucristo para demostrarnos el grande amor que nos tiene; y el que tambien desea padecer por este nuestro Salvador, desea igualmente, ó á lo menos abraza en paz las ocasiones de los padecimientos. Las tribulaciones allanan, por decirlo así, á las almas amantes el camino para ir á unirse con Dios; pues que por medio de ellas se estrechan con él mismo con un amor mas fuerte. Decia acerca de esto el P. Baltasar Álvarez: *Aquel que entre los trabajos se resigna en paz al querer divino, corre por la posta hácia Dios.* En suma, á estas almas que aman á Dios, todos los acontecimientos, bien sean de alegría, ó bien de pena, les sirven para unirse mas y mas con el mismo Señor. *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum* ⁴: siendo cierto que cuanto él dispone lo ordena para nuestro bien. Un dia tambien le dijo el Señor á santa Gertrudis: *Yo con el mismo amor*

⁴ Rom VIII, 28.

con que he criado al hombre , dispongo todo aquello que le envío , ya sea próspero , ó ya adverso , para mayor bien suyo. Especialmente ; mi bendita hermana , procurad con esmero uniros con Dios en el tiempo de las enfermedades ; pues que ellas descubren los que son verdaderos amantes de Dios. Conviene que cuando se presenten obedezcais al médico y á la enfermera. No pidais cosa alguna , y aceptad sin réplica las medicinas que ocasionan la náusea y el tormento. No os lamenteis de nadie , usando al mismo tiempo de dulzura con todas , y siendo tambien con todas agradecida. Resignaos entonces enteramente con la voluntad de Dios , y ofreced á padecer todo aquello que tenga á bien disponer , uniéndoos con Jesús en la santa cruz , sin desear descender de ella hasta que el mismo Señor se dé por contento , complaciéndoos de pasar de aquel modo toda la vida , si así lo determinare. Para todo esto tened tambien entonces á la vista el Crucifijo , porque á su presencia padeceréis con mayor paz , considerando que vuestros padecimientos son mucho menores que aquellos que el mismo Jesús sufrió por amor vuestro. Amad á vuestro Esposo , dice san Francisco de Sales , en las consolaciones y en las tribulaciones : tan amable es este Señor cuando os consuela , como cuando os atribula , porque todo lo hace para vuestro bien. Si amais , pues , á Jesucristo , amad tambien los desprecios , apreciad las correcciones , y suplicadle al confesor y á la superiora que os traten y corrijan sin reparo alguno , ordenándoos todo aquello que tengan por conveniente. Decia el mismo san Francisco de Sales que el convento es un hospital de enfermos , los cuales están en él para curarse , por

cuyo motivo deben estos exponerse voluntariamente á sufrir el amargor de los remedios y los dolores de las operaciones médicas, mediante lo cual debeis vos suplicar á vuestros médicos espirituales que no os eximan de ningun trabajo que fuere necesario sufrir, supuesto que convenga para sanaros.

12 En quinto lugar, el que ama se acuerda con frecuencia del amado, y así sucede que el alma que ama á Dios, continuamente lo tiene en la memoria, y procura siempre protestarle su afecto con inflamados suspiros y jaculatorias amorosas; y esto se llama *amor aspirativo*. Procurad, por tanto, decirle frecuentemente á vuestro Esposo crucificado, tanto de dia como de noche, ya en la celda y ya fuera de ella, bien estando sola, ó bien acompañada, decirle repito: *Dios mio, yo no quiero otra cosa mas que á Vos. Ó tambien: Toda á Vos me entrego. Yo quiero todo aquello que Vos queráis. Disponed Señor de mí, como os agrade.* Bastará en tal caso decirle: *Dios mio, yo os amo.* Y aun serán suficientes dos palabras: *Amor mio; todo mio.* Podrá, finalmente, ser bastante que excusando toda expresion, exhaleis un suspiro amoroso, tengais una elevacion de mente, una mirada hácia el cielo, un recuerdo afectuoso al santísimo Sacramento ó al Crucifijo; y suelen ser mas provechosos estos actos de amor, por cuanto son mas fáciles, pueden hacerse con mayor frecuencia, y á veces resultan mas fervorosos. Al final de esta obra notaré muchos actos de amor que pueden dirigirse á Jesucristo, y servir de auxilio á la persona que se encuentre en sequedad. Por regla general, los afectos mejores son aquellos que vienen inspi-

rados de Dios, y tienen su origen en el propio corazon.

13 Mandó el Señor en el Viejo Testamento, que en su altar estuviese siempre ardiendo el fuego. *Ignis in Altari meo semper ardebit* *. Y dice san Gregorio que este altar simbolizaba nuestros corazones, en donde Dios tambien ordena que siempre arda el fuego de su amor divino. Por lo cual, después que este Señor intimó al hombre el precepto de que le amase con todo el corazon: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo* †, añadió: *Eruntque verba haec in corde tuo, et meditaberis in eis sedens in domo tua, et ambulans in itinere, dormiens, atque consurgens. Et ligabis ea quasi signum in manu tua, eruntque, et movebuntur ante oculos tuos, scribesque ea in limine, et in ostiis domus tuae* ‡. Nótese aqui la repetida premura con que el Señor nos encomienda este precepto de amarle. Quiero, nos dice, que esté siempre escrito en tu corazon, y que siempre lo medites, ya estés sentado en tu casa, ya andando por el camino, ya estando en el lecho, ó ya fuera de él. Quiero tambien que lo tengas impreso en tus manos, y presente delante de tus ojos: quiero asimismo que lo escribas en la entrada de tu casa y en todas sus puertas, á fin de que siempre te acuerdes de él, y con actos de amor lo pongas en práctica. Y por esto enseñan justamente los Doctores, que los actos de fe y de esperanza, con suficiente probabilidad, basta que se hagan una vez al año; mas los actos de amor, á lo menos, deben ejercitarse todos los meses una vez; y aun otros opinan que hay obligacion de practicarlos con mas frecuencia.

* Lev. vi, 10. — † Deut. vi, 5. — ‡ Loc. cit. v. 6.

14 El P. Baltasar Álvarez llamaba á los conventos de religiosos *hospitales de heridos de amor divino*; y tambien *fraguas de amor*, en donde las mas duras piedras se reducen á polvo. Y así debería suceder, que todas las religiosas heridas de amor deberían continuamente arder por Jesucristo. Mas ¡qué dolor! ¡que son pocas, y muy pocas las que se hallan en este estado! Yo digo que si Jesucristo pudiese al presente llorar y afligirse, esta seria la mayor de sus aflicciones, el verse tan poco amado de sus esposas. Vos pues, mi bendita hermana, que os encontrais hecha esposa suya, amadle; amadle, repito, á lo menos por compasion, al ver á este vuestro Dios tan poco amado, especialmente de los religiosos. Decidme, si un gran príncipe noble, rico, agraciado y santo se desposase con una pobrecita aldeana, fea, rústica, é ignorante, mudándola por este medio en rica, noble, sabia y feliz, ¿qué no haria esta tal doncella por su esposo? ¿qué amor no le profesara, unido tambien á un gran respeto, sabiendo quién era su marido y quién era ella? ciertamente que esta pobrecita no dejaria de darle gracias en todas las horas por la bondad tan grande que en beneficio suyo habia usado. ¿Cuánto no procuraria tambien estudiar su genio para poder complacerle? ¿con cuánta atencion no estaria para cumplir sin réplica su voluntad, en cualquiera cosa que ella entendiese que él deseaba? Y presentándose el caso de tener que padecer alguna cosa por amor suyo, ¿con qué prontitud y satisfaccion no la sufriria, considerándose dichosa en manifestarle con esto una contrasena ó prueba de su afecto y de su gratitud? Al verlo des-

pués en alguna ocasion despreciado de sus súbditos, no haria otra cosa mas que llorar. Y si acaso sucediese que ella por descuido le ocasionaba algun disgusto, ¿qué dolor no experimentaria, y con cuánta humildad y lágrimas no le pidiera perdon, postrándose á sus piés arrepentida? Si alguna vez se hallase ausente de este su Esposo, ¡cómo contaria las horas y los momentos para llegar á verle! Y mientras todo esto, ¡con qué gozo no consideraria su antiguo miserable estado, y el feliz en que entonces se encontraba! Aplicaos pues á vos, hermana mia, esto que acabo de deciros, supuesto que hay puntualmente tanta semejanza con vuestra suerte, siendo antes una miserable pecadora, y viniendo á ser después esposa de Jesucristo.

15 Amad, pues, á vuestro dignísimo Esposo; pero sabed al mismo tiempo, que si no le amais con todo el corazon, no se da por satisfecho. Amadlo desde luego, no solamente con los afectos del corazon, sino tambien con las obras. Aquellos que son amigos solo de nombre les dicen á los que llaman amigos suyos: Vos, amigo mio, sois el dueño de todas mis facultades. Mas en llegando después el caso, nada ó poco vienen á darles. Otros que por el contrario son verdaderos amigos, comienzan con franquear al que tienen en tal concepto de amigo suyo lo mejor que poseen, ofreciéndole tambien cuanto les queda. Un alma que está resuelta á entregarse á Dios enteramente y sin reserva, se despoja de todas aquellas cosas terrenas á las que ve apegado su corazon; resuelve desde luego someter todas sus inclinaciones bajo la santa obediencia; se propone la mortificacion en todas sus propias satisfacciones; de

no hacer ya mas caso de la estimacion propia , y de abrazar por el contrario con gusto las burlas y los desprecios. Una resolucion semejante ¡ oh cómo después la hace caminar segura ! ¡ cuánta confianza en Dios no le comunica ! ¡ cómo la pone pronta para sufrir las contradicciones y adversidades ! ¡ de qué manera la estimula á obrarlo todo con un recto fin ! ¡ y de qué modo la anima para que pida á Jesús y á María su proteccion á fin de continuar los buenos propósitos que ha hecho , estando siempre firme y resuelta á buscar en todo solamente aquello que mas agrada á Dios ! Luego que se presenta alguna dificultad , la misma resolucion la da valor para decir interiormente : *No hemos de querer otra cosa mas que dar gusto á Dios : agrademos al Señor , aunque sea necesario perder para ello la vida*. Si en alguna ocasion llega á caer en cualquiera falta , la tal resolucion que tiene hecha hace que no se desanime , y le infunde valor , con la esperanza de portarse mejor en lo sucesivo , y que no le sucederá lo que anteriormente. Mas una resolucion de esta clase es necesario renovarla con frecuencia en la oracion , en la comunión , en la visita al santísimo Sacramento ; y especialmente al levantarse por la mañana es muy oportuno hacer la siguiente protesta : *Jesús mio , de nuevo me entrego toda á Vos ; y os prometo querer siempre hacer aquello que conozca ser de vuestro mayor agrado. Uno esta oferta mia con la que Vos hicísteis al eterno Padre de toda vuestra divina persona. Concededme, Señor , eficaces auxilios para seros fiel constantemente. Vuestra pasión es la esperanza mia ; como tambien lo es el conjunto de vuestros méritos , vuestras promesas , y el*

amor que me teneis. ¡Ó María, mi dulce Madre! rogad á Jesús por mí: alcanzadme, Señora, la santa perseverancia, y tambien el amor á vuestro divino Hijo.

16 Y esto es lo que yo os recomiendo mas, mi bendita hermana, si quereis conseguir el gran tesoro del amor de Dios, el que se lo pidais continuamente diciendo: *Jesús, dadme vuestro amor: María, alcanzadme el amor santo: Ángel de mi guarda, santos abogados míos, seguidme este amor divino.* Bastará que solo pronuncieis el nombre de AMOR, para que Dios haya siempre de complacerse con ello; y siempre tambien inspirará algun nuevo sentimiento devoto á vuestra mente, y añadirá á vuestro corazon alguna nueva llama y santos deseos. El Señor es liberal en dispensar todos sus dones, pero principalmente en comunicar su amor á quien se lo pide; porque este mismo amor suyo es lo que exige de nosotros mas que ninguna otra cosa. Pero pidámosle no tan solamente el amor tierno, sino tambien el amor fuerte, el que nos haga vencer todos los respetos humanos y todas las repugnancias del amor propio, y nos ponga prontos para ejecutar las disposiciones de su beneplácito sin demora y sin reserva; con cuya mira acostumbraos á pedir la gracia de que obreis en todas las cosas, aun en las mas pequeñas, segun la mayor voluntad de Dios; pues que de este modo os encontraréis luego pronta á practicar las grandes operaciones. Cuando llegue á molestaros la aprension de no tener fuerzas para venceros en alguna empresa ardua, confiad en Dios, diciendo: *Omnia possum in eo, qui me confortat.* Decid pues: Aquello que yo no puedo, lo podré hacer con la ayuda que espero de Dios. Os pido

tambien por mi parte que leais el catálogo de los actos virtuosos que debe ejercitar una alma que quiere ser toda de Dios, los cuales se hallan al fin de esta obra.

17 Dice san Agustin que es perdido todo el tiempo que no se emplea por Dios. Y en la hora de la muerte esto solo ciertamente habrá de consolarnos, el haber amado á Jesucristo. ¡Oh Dios! ¡y en qué consolacion tan grande se verá entonces aquel que en verdad le haya amado en vida con todo su corazon, y que mirando el Crucifijo en sus manos, pueda decirle: *Este es todo el único amor que yo tengo!* Y aun en esta vida ¿qué mayor contento puede haber para una alma que el decir: *Yo doy gusto á Dios: yo estoy tambien con Dios?* Mas es necesario que nos entreguemos á este Señor, no por el contento propio, sino solamente con el fin de complacerle, olvidándonos del todo de nosotros mismos, y diciendo con la esposa de los Cantares: *Introduxit me Rex in cellam vinariam, ordinavit in me caritatem: fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo* *. Aquí por el vino se entiende la santa caridad, porque así como este licor priva al hombre del uso de los sentidos, de modo que ni ve, ni siente, y vive como si estuviese muerto; así tambien el alma encendida en el amor divino disfruta de la vida, como si ya no tuviese sentidos para las cosas de este mundo; pues que olvidada de todo lo criado, no quiere ninguna otra cosa mas que á Dios; y por eso pide las flores de los santos deseos, y los frutos de las obras virtuosas que le sostengan la vida, que es el amor di-

* Cant. II, 4, 5.

vino, del cual y por quien ella solamente vive. Pero esto solo puede decirlo aquella alma, que con toda verdad se ha entregado á Jesucristo sin reserva alguna. ¿Qué decís vos, mi bendita hermana? ¿Os habeis ofrecido hasta ahora del todo á Jesucristo, como de vos lo desea, ó acaso todavía haceis resistencia? ¿Por ventura este Señor no ha hecho lo bastante para merecer todo el amor vuestro? El mismo Jesucristo se ha dado á vos sin reserva, una vez sobre la cruz, y tantas otras veces después en la sagrada comunión; ¿qué mas esperais? ¿qué otra cosa ha de hacer para consignir que toda seais suya? ¿Esperais acaso que os abandone por vuestra ingratitud, y que ya no vuelva á llamaros mas? No resistais, pues, por mas tiempo; ea, decidle desde luego.

ORACION.

Sí, Jesús mio y esposo de mi alma; aquí me teneis, no quiero resistir mas al amor vuestro: *Dilectus meus mihi, et ego illi*. Vos os habeis dado todo á mí, y yo á Vos tambien toda me entrego. Mereceria ciertamente que ahora me desecháseis, al recordar las muchas veces que me habeis llamado, y que yo ingrata no he querido daros audiencia; mas el deseo que al presente me inspirais de ser toda vuestra me hace esperar que aceptaréis esta mi ofrenda. Aceptadla pues, Jesús mio, por aquel amor con que, muriendo por mí sobre la cruz, me redimísteis. ¡Oh amado Señor de mi vida! si ahora estuviese yo en el infierno que tengo tan merecido no pudiera ya jamás amaros; pero ya que ahora me concedéis este tiempo para que os ame, en ver-

dad quiero amaros, y fuera de Vos á ninguna otra cosa quiero amar. ¡Ay amado Salvador mio! y ¿cómo es posible que no se enamore de Vos el que llega á consideraros, bien sea en el pesebre de Belen, bien sobre la cruz en el Calvario, ó bien sobre los altares en el santísimo Sacramento? ¿Y á quién, pues, he de querer yo amar, teniendo un Dios que ha dado por mí su vida? Os amo desde luego, Redentor mio, amor mio y mi todo. Aumentad Vos en mí este santo amor que os tengo. Recordadme frecuentemente cuanto habeis hecho y padecido por mí, y no permitais que yo vuelva jamás á ser ingrata á vuestros beneficios. ¡Oh preciosas llamas de amor, que consumisteis la vida de mi Jesús sobre el altar de la santa cruz! venid vosotras, y ocupad todo este corazon mio, y destruid en él todos los afectos que conserve á las cosas criadas. Yo, dulce amor mio, toda me entrego á Vos; y si veis que no sé consagrarme como debiera, prendedme con vuestros lazos de amor, y hacedme toda vuestra. Haced, Señor, que yo de nada hable, en ninguna otra cosa piense, y por nada mas suspire que por amaros y daros gusto. Yo, Jesús mio, todo lo espero por vuestros méritos infinitos. En Vos tambien pongo mi confianza, ¡oh Virgen María y esperanza de mi alma! Alcanzadme Vos, Señora, la gracia de que de hoy en adelante yo no ame otra cosa mas que á vuestro Hijo, mi divino esposo, y á Vos que tambien sois mi dulce Madre.

CAPÍTULO XXIII.

ADVERTENCIAS PARTICULARES PARA LAS QUE TENGAN LOS OFICIOS DE ABADESA, VICARIA, MAESTRA DE NOVCIAS, PROCURADORA, SACRISTANA, TONERA, PORTERA, ENFERMERA Y CONSULTORAS, PONIENDO AL FIN TAMBIEN ALGUNAS ADVERTENCIAS PARA LAS CONVERSAS Ó LEGAS.

Advertencias á la madre Abadesa.

1 Yo quiero suponer que vos hayais sido elegida superiora, no por vuestra ambicion é industria, sino solamente por la voluntad de Dios; pues que verificándose lo primero, os diria que dificilmente hubiera de ser feliz vuestro gobierno; faltándoos el divino auxilio, que Dios no concede á la que el mismo Señor no ha llamado á tal encargo ó destino. Refiere el P. Leonardo de Puerto Mauricio que en cierto convento, estando una abadesa para morir, se veia atormentada de muchos escrúpulos acerca del desempeño en el gobierno de su comunidad, á pesar de que ella habia rehusado aquel oficio de superiora. Y yo digo ahora: ¿qué será de aquella que se lo ha procurado por medio de empeños? Si, pues, vos habeis sido elegida sin la cooperacion vuestra, persuadiós que con tal honor os han puesto tambien sobre las espaldas una cruz de mucho peso y de gran peligro. El P. Torres escribió á una hermana suya, cuando fue elegida por superiora de su convento, diciéndole: *Pídele á Dios*

*que te asista, para que no tengas que morir oprimida debajo de tantas cruces, viniendo á ser mártir sin mérito y sin corona. Pensad que por cierto vos habréis de dar estrecha cuenta á Dios, en el caso de que por causa vuestra llegue á faltar la observancia, ó se introduzcan en la comunidad algunos abusos. Decia aquel gran Padre, llamado Doria, carmelita descalzo, que las religiones se han relajado mas bien por mal de *jaquoca* que por mal de *gota*, queriendo decir, que por defecto de las cabezas mas bien que de los piés, entendiéndose desde luego que la relajacion no proviene tanto de los súbditos como de los superiores, que han cerrado los ojos para no ver las inobservancias y los abusos. Por eso vos, hermana mia, antes de entrar en vuestro oficio dad las gracias á vuestras compañeras por el honor que os han dispensado; pero protestadles al mismo tiempo, que si aceptais aquella carga con el fin de servir las, no quereis tampoco perder vuestra alma; por lo que decidles desde luego, que sepan anticipadamente que no habréis de concederles ni permitirles la mas pequeña cosa en la que haya escrúpulo de conciencia. Esto sirve para que las monjas no se atrevan después á pretender favores que presenten inconvenientes; y para que tambien, si en alguna ocasion los solicitan, no se den por agraviadas al oir la negativa. Con esta declaracion anticipada podréis al mismo tiempo gobernar después con mayor libertad de espíritu.*

2 Velad desde luego por la puntual observancia de las reglas, y para impedir los abusos, los cuales una vez introducidos en el convento, es moralmente im-

sible el arrancarlos posteriormente. Y no importa que estos sean sobre cosas pequeñas, porque con el tiempo habrán de ser en cosas grandes. ¿Cómo, pues, han entrado tantos abusos en los conventos, especialmente con respecto á la pobreza? En el principio han sido hasta mínimos, y después se han ido haciendo grandes en extremo. Refiere el P. Francisco de la Cruz, carmelita descalzo, que una abadesa se apareció después de su muerte á una confidenta suya, y le dijo, que estaba padeciendo mucho en el purgatorio, por haberse descuidado en el tiempo de su gobierno acerca de la observancia de las reglas, y en la ejecucion de las órdenes del prelado. Esta al fin padecía en el purgatorio; pero ¡qué dolor! ¡á cuántas superiores verémos en el día del juicio que están padeciendo en el infierno por abusos introducidos ó permitidos en el tiempo de su oficio! Debe además la superiora dar vueltas por el convento para ver é informarse si se cumplen las órdenes que se hayan dado. Porque ¿de qué servirán las buenas disposiciones si no se les da cumplimiento? Bajo este concepto, es mejor dar pocas órdenes y que se observen, que imponer muchas, y que estas después se desprecien. Cuando las súbditas llegan á conocer que la abadesa se cuida poco de si se obedecen ó no las obediencias que impone, fácilmente desprecian luego todo aquello que la misma les dice.

Procurad con vigilancia que cada una de las oficiales cumpla con las obligaciones de su empleo; pero absteneos tambien de introducir mucho en el desempeño de este. Absteneos igualmente de imponer nuevas cargas ó nuevas leyes; porque esto ocasiona gran

resentimiento en las religiosas. Lo que sí deberéis procurar es, que se observen bien las leyes que ya están establecidas. Empero si encontrais en decadencia la observancia de alguna regla, como de la frecuencia de Sacramentos, de la asistencia de las escuchas al locutorio, de la oracion de comunidad, ó de las penitencias que antes se usaban en la mesa, y otras semejantes, no deberá parecer novedad el que procureis ponerlas otra vez en práctica; antes por el contrario estais obligada á verificarlo en toda aquella parte que podais.

Procurad especialmente que no haya en el convento amistades particulares, ni con los de afuera, ni entre las que están dentro. Y en aquello que vos no podais remediar, deberéis acudir al prelado para que ponga el reparo conveniente, pues que acaso él habrá dado de buena fe la licencia á alguna para que trate con otra persona: pero cuando vos sepais que aquella amistad no es buena, y que ocasiona escándalo á las otras, debéis hacerlo entender al mismo prelado para que revoque su licencia. Al tiempo de hacer esto no habrán de faltar quejas contra vos, y acaso tambien injurias de las partes que se consideren ofendidas; mas no hay remedio, esta es una obligacion que lleva consigo el cargo de superiora, en cumplimiento de la cual antes debeis atender al bien espiritual que al temporal de vuestras súbditas. Aquí, aunque de paso, os advierto que no permitais que las monjas duerman acompañadas, ó dos en una misma cama.

Celad tambien cuidadosamente para que los sirvientes del convento no lleven á las monjas billetes ni re-

cados que no sean convenientes; y en viendo que han delinquido acerca de esto, despedidlos al instante. Verdad igualmente acerca de los hombres que entran en el convento, procurando que no se admitan aquellos que precisamente no son necesarios para el servicio de la comunidad. El P. Bartolomé de San Carlos en su libro titulado *Escuela de verdad*¹, pone un decreto de la sagrada Congregacion, por el que se prohíbe á los hombres la entrada en los conventos, á excepcion solamente de aquellos servicios para los cuales no tienen las legas toda la fuerza suficiente². Allí mismo se refiere otro decreto previniendo que el que introduce infantillos, de cualquiera edad que sean, en los conventos, incurre en las censuras de clausura violada³. Procurad además de esto que se celebren los capítulos, segun la misma regla lo dispone, y concurriendo á ellos hablad con fortaleza contra los defectos mas comunes, y especialmente contra los abusos que veais se van introduciendo. No es necesario en este caso que hagais una plática, pero sí conviene que habléis con energía, y que os hagais oír.

3 Mas si quereis, como es debido, la observancia de las reglas en las súbditas, es necesario que vos seais la primera en darles el buen ejemplo. Decia á este intento san José de Calasanz: *¡Ay de aquel superior que con las palabras exhorta aquello mismo que está destruyendo con su ejemplo!* La abadesa está puesta sobre el candelero, en donde es observada de todas. Y ¿cómo podrá pretender que las súbditas tengan asistencia

¹ Advert. 30, § 4. — ² Placenza 161, 6 di giugno. — ³ Napoli 1580, 22 di marzo.

á la oracion , al oficio divino y á los demás ejercicios de comunidad , si ella falta con frecuencia? No tendrá en tal caso ánimo para exhortarlas , y en el caso de hacerlo , poco será escuchada , pues que las otras mas atenderán á su ejemplo que á sus palabras. Procurad por lo tanto asistir á todos los actos de comunidad , y especialmente á la oracion , de la cual tiene la superiora mas necesidad que las demás religiosas ; siendo así que ella debe tomar duplicado alimento , para sí y para las súbditas. En la oracion , pues , debeis particularmente pedirle al Señor que os asista con sus luces celestiales y con otros auxilios para poder llevar bien la carga que teneis. Procurad tambien asistir al oficio divino y al refectorio , en donde fácilmente sucederán muchos desconciertos , cuando llegueis á faltar.

Absteneos igualmente con gran cautela de cualquier singularidad , tanto con respecto á la comida , como en orden al vestido y á los muebles de la celda ; y ordenad á las oficiales que á vos no os tengan mayor consideracion que á una de las conversas ó legas ; pues no haciéndolo así , sino que os servís de la superioridad para vuestras comodidades particulares y las de vuestros parientes , toned por cierto que no estaréis exenta de la nota y aun tambien de la murmuracion de todo el convento.

4 Procurad en medio de esto ser vos sola la que gobernéis la comunidad , no permitiendo ni menos disponiendo que sea dirigida por otras : pues que es una cosa que ocasiona mucha repugnancia y disturbios á las monjas el tener que obedecer á la que no es superiora. Y por lo mismo evitad siempre depender del con-

sejo de una sola de las hermanas ; siendo esto peor si esta fuese de las legas. En los negocios de importancia encomendaos á Dios primeramente , aconsejaos en seguida no con una sola , y haced después aquello que mejor os parezca , siguiendo las mas de las veces el parecer de la mayor parte de vuestras consultoras. Tened tambien cuidado de tratarlas á todas con igualdad , y de no hacer parcialidad con alguna de ellas , sin que medie alguna necesidad , como de estar enferma , ú otra justa causa que pueda intervenir. Especialmente en la distribucion de los oficios , procurad que la pasion no os arrastre , ó que os mueva algun humano respeto ; sino guiaos con la prudencia cristiana ; pues que de lo contrario , vos habréis de dar cuenta á Dios de los desconciertos que hayan de seguirse.

5 Sed humilde y afable con todas. Figuraos que por el mismo hecho de haber sido elegida por superiora , vos debeis ser tambien la servidora de las demás compañeras. Evitad por lo mismo el gobernar con altanería el convento. Con la humildad y mansedumbre , y no con la gravedad , habréis de ganar el corazon de vuestras hermanas ; pues que de esta manera serán recibidas en paz vuestras correcciones , y apreciados vuestros avisos. Decia santa María Magdalena de Pazzis : *El amor , la estimacion y la confianza son los vínculos que ligan el corazon de las súbditas ; pero estos mismos vínculos con la soberbia vienen á romperse. Si vos no os mostrais afable , perderán las hermanas tambien la confianza que necesitan para comunicaros sus necesidades y amarguras ; para pedir os las debidas licencias , y para avisaros acerca de los desórdenes del*

convento; y así vendrá á ser infeliz vuestro gobierno. Sabed que no basta tener buen corazon: si el trato ó comportacion que manifestais es áspero, todas habrán de huir de vuestra presencia. Es necesario por lo mismo que benignamente las oigais á todas sin distincion, luego que acudan á vos; pues que de lo contrario, poco habréis de saber sobre los desconciertos que ocurran, y tanto menos podréis remediarlos. Y si alguna se manifiesta demasiadamente sumisa á vos, animadla, manifestándoos tambien mas afable con ella.

Cuando hayais de hacer la designacion de oficios, ó de conferir cualquiera destino, ó tambien de prohibir alguna cosa á las monjas, absteneos de imponer el precepto de obediencia, á no ser que hubiese absoluta necesidad para ello en cualquiera extraordinario acontecimiento; y evitad cuanto podais las palabras imperiosas y proferidas en voz alta: sino mas bien mandad lo necesario suplicando, como si decis: *Os ruego, hermana mia, que hagais tal cosa: Hacedme la caridad, etc. Me habeis de hacer un favor, etc.* Procurad, en suma, el ser mas bien amada que temida. Y á las que veais preparadas para llevar solamente diez libras de peso, no les impongais la carga de veinte.

Sed especialmente muy dulce para hacer las correcciones. Dice san Ambrosio: *Plus proficit amica correptio, quam accusatio turbulenta; illa pudorem inculcit, haec indignationem movet. Amicum magis te credat, quam inimicum*⁴. Mas aprovecha una correccion amistosa, que hace conocer el defecto, que una reprension áspera, la cual mueve á indignacion: conviene por lo

⁴ Lib. 8 in Luc. c. XVIII.

tanto que el corregido os tenga mas bien por su protector que por su contrario. Y san Juan Crisóstomo tambien se expresa en estos términos: *Vis fratrem corrigere, lacryma, exhortare, comprehendere pedes, osculari non erubescas, si modo mederi vis* ¹. ¿Quieres ver á tu hermano corregido? llora, exhórtale, abrázate á sus piés, y no te avergüences aun de besarle, siendo conveniente, si quieres verle pronto curado. Por esta causa, procurad hacer con gran dulzura y á solas todas las primeras correcciones; y aun cuando convenga hacer estas públicas en ciertas ocasiones, en las que han sido tambien públicos los defectos, sin embargo, amonestad antes en secreto á la hermana que haya delinquido, alabándola por una parte acerca de sus buenas cualidades, y corrigiéndola por otra la falta en que hubiere caído: y luego decidle, que no se agravié cuando llegueis á reprenderla públicamente; porque esto es necesario para el bien de la comunidad. ¡Oh cuánto mas aprovechan las moniciones practicadas de este modo que con aspereza y severidad! Cuando la superiora se porta con dulzura, consigue conducir á sus súbditas, segun suele decirse, con un hilo de seda. Ved que las monjas os llaman y os tienen por madre: vos, pues, debeis tratarlas como hijas, con todo el afecto de un corazon materno. Particularmente conviene que useis de caridad y prudencia con las monjas antiguas, sabiendo que dice san Gregorio: *Juvenes plerumque severitas admonitionis ad profectum dirigit; senes vero deprecatio blanda*. Muchas veces, dice el Santo, conviene usar de austeridad con las jóvenes, y aun es preciso

¹ Hom. 4 ad Pop. Ant.

hacerlo así, como después veremos; mas con las ancianas es conveniente adoptar las súplicas y la dulzura, diciéndoles por ejemplo: *Hermana mia, vos sabeis lo mucho que os aprecio: os ruego que no falteis á tal regla. Nosotras que somos ancianas conviene que demos á las jóvenes un buen ejemplo.*

A veces conviene esperar semanas y aun meses que se presente el tiempo oportuno, para que la correccion se haga mas fructuosa. El remedio que se aplica al enfermo á su debida ocasion, produce la sanidad; pero esta misma medicina lo mata, si se le ofrece fuera de tiempo. En ocasiones conviene tambien cerrar los ojos y disimular, aparentando que no se ve el defecto; aunque esto se entiende cuando es alguna falta leve, reasumiéndose solamente en quien la comete, y sin pasar á servir de ejemplo. Otras muchas cosas es necesario encomendarlas á Dios y pedirle que el mismo Señor sea el que las remedie. Y san Francisco de Sales, hablando especialmente de los defectos de las monjas ancianas, escribe de este modo en una de sus cartas: *Conviene tener con las ancianas cierto miramiento; porque estas no pueden acomodarse tan fácilmente: no son, pues, tan flexibles, mediante á que los nervios del espíritu, así como los del cuerpo, los tienen ya endurecidos.*

Por el contrario, cuando los defectos son de trascendencia, como si ocasionan escándalo ó perjuicio á las otras monjas, ó tambien si se oponen á la observancia de cualquiera regla, entonces es preciso hablar. Y si vos callais y disimulais por no perder la benevolencia de alguna perderéis el beneplácito de Dios. Con-

viene tambien , quando median ciertos males , por exemplo , de amistades , ó de odios ya encendidos , no esperar algun tiempo , sino aplicar inmediatamente el remedio ; pues que estos males quanto mas duran se presentan después mas irreparables. Importa , pues , usar para corregir de la mayor dulzura , como ya se ha dicho ; pero quando se advierte que con esta no se adelanta , es necesario entonces hablar con energía , como dice el santo Apóstol : *Argue , obsecra , increpa* ⁷. La superiora , en su trato comun , debe tener un corazon de miel , pero en llegando el caso de cortar abusos y de impedir relajaciones sobre la observancia , debe manifestar pecho de bronce. En las reglas de san Agustin se dice que el superior deberá ejercitar el temor y el amor con los súbditos ; el amor con los humildes y dóciles , y el temor con los soberbios y obstinados. Dice tambien un autor , que ciertas personas tienen el corazon como vestido de cuero , que no siente sino que con el hierro se le hiere. Y por eso , á donde vos no podais llegar con la dulzura ni con la aspereza de las palabras , será necesario que echeis mano de las penitencias , y que aun tambien estas sean pesadas , quando pesado fuere el defecto. Nota san Buenaventura , que la diferencia que hay entre los conventos observantes y los relajados no consiste en que no se encuentren defectos en los primeros , porque en una y en otra parte no son Ángeles , sino que son hombres ; mas se distinguen ambas comunidades , en que en las relajadas no se reprenden los defectos , quando en las reformadas , no solo se reprenden , sino que tambien se castigan. Y

⁷ II Tim. iv, 2.

acerca de esto último os suplico que seais cautelosa en observar dos reglas, para que podais evitar muchos yerros: la primera, de no usar de los castigos (entiéndese cuando estos son notables) sino en los casos de absoluta necesidad para la enmienda de la hermana, y para escarmiento de las otras; pues que las penitencias graves son como hierros encendidos, que no se aplican sino á la gangrena; que es decir, á los males que no pueden curarse de otra manera. La segunda regla, que no obreis conmovida de la furia; sino que antes de pasar al castigo, lo primero encomendaros á Dios, luego aconsejaos con las otras, y después obrad con prudencia.

Estad, por una regla general, advertida de no imponer penitencias, ni aun tampoco de hacer fuertes correcciones en tiempo en que os halleis perturbada. En ocasiones os parecerá justo el refrenar al momento la audacia de alguna hermana insolente que acaso os pierda el respeto en vuestra presencia; pero yo os suplico que os abstengais de hacer la correccion entonces; porque fácilmente obraréis con ira en semejante caso; y la corregida poco habrá de aprovecharse de ella, juzgando que sea mas bien un efecto de indignacion que de caridad cristiana. Además de que tambien cuando la súbdita está airada, teniendo ofuscada la mente con la pasion, de nada habrá de servirle tampoco la correccion. Omitid esta, pues, por entonces, y esperad que calme la alteracion, tanto en vos como en ella, y corregid después segun convenga. Y si la correccion hubiere de ser fuerte, procurad usar siempre de vino y de aceite; es decir, que después de haber reprendido

á la hermana , le manifesteis que no dejais de amarla , y que todo aquello lo haceis por su bien.

Cuando se os presenten haciendo alguna acusacion , no os pongais desde luego á corregir , y á imponer penitencias ; sino escuchad antes á la parte acusada , examinad las cosas con imparcial exactitud , y obrad después lo mas conveniente. Sucede muchas veces que se equivocan , teniéndose por delitos cosas que acaso tampoco llegan á ser defectos leves ; y algunas superiores son , como suele decirse , del primer informe ; se impresionan de aquello que primero se les refiere , y al momento echan mano de las reprensiones y de las penitencias ; de donde nacen después mil disturbios y desconciertos , en tanto que aquel suceso en verdad ha tenido efecto de otra manera distinta de aquella en que ha sido pintado.

Dios os guarde tambien de que en tiempo de vuestro gobierno llegueis á vengaros de alguna de las hermanas que se haya opuesto á que seais superiora , ó que haya llegado á contradeciros , ó murmurado contra vos bajo algun concepto: guardaos , os prevengo , de mortificarla , ó de tenerla humillada por alguna de estas causas ; lo que seria un escándalo muy vituperable. Antes por el contrario , debeis procurar honrar á una tal hermana que os haya sido contraria , y tambien preferirla en todo aquello que pudiéreis sin escrúpulo de conciencia. De este modo daréis mucho gusto á Dios , y grande edificacion al convento.

6 Acerca de las licencias que las hermanas lleguen á pedir , tened cuidado de no conceder jamás aquellas que puedan abrir camino á algun abuso , el cual

después venga á hacerse comun, ú ocasioné molestia á las demás. Estas licencias conviene negarlas con firmeza, sin miramiento alguno de amistad, de gratitud, ó de otro humano respeto. El complacer á otras con perjuicio de la propia alma, no debe llamarse caridad sino mas bien locura. De otra manera, pues, deberéis portaros con respecto á las licencias y gastos que son razonables, y que no acarrean daño, las cuales conviene que las concedais con facilidad, si no quereis ver muchas inobservancias de la regla, que cometidas sin licencia son verdaderamente transgresiones. Por eso tienen facultad los superiores de dispensar las reglas en los casos particulares, cuya dispensa no pocas veces es necesaria, ó á lo menos útil.

7 Procurad que las hermanas estén provistas para ocurrir á sus necesidades, en cuanto fuere posible, especialmente acerca de la comida y el vestido. Si el convento fuere pobre y puede dar poco, haced que á lo menos este poco se distribuya en el mejor estado de bondad posible. Dice san Antonino * que el superior, que pudiendo cómodamente, no suministra á los súbditos las cosas necesarias, y de este modo da causa á peculios particulares, no puede estar excusado de culpa grave. Mas, ¡oh Dios! digo yo ahora, ¡qué barbarie la de algunas superioras, las cuales por la vanidad de emprender nuevas obras, ó de adornar la iglesia mejor con mármoles y alhajas de plata, hacen padecer á la comunidad verdaderas necesidades! Vemos que ciertos conventos tienen sus rentas mas que suficientes, y á pesar de esto, las pobres monjas es-

* 3 p. III. 16, c. 1, § 2.

tán padeciendo; y como todas estas no tienen espíritu para sufrir la falta de las cosas necesarias, resulta que muchas tratan de proveerse como mejor pueden, ya por vías directas, ó ya torcidas, dejando entre tanto la oracion y la frecuencia de Sacramentos para atender á las labores de manos; y de esta manera el convento viene á sufrir la ruina espiritual. Sed vos, os ruego, mas bien liberal que escasa en esto de proveer de lo necesario á vuestras hermanas, si quereis exigirles después la buena observancia; y por lo mismo, absteneos de acometer nuevas empresas que no son necesarias, si no quereis ver muy compuesta la casa material, y entre tanto arruinada la espiritual.

Atended especialmente á las enfermas, procurando que sean bien tratadas y asistidas acerca de las medicinas y alimentos, y procuradles los mayores socorros que podais. El alivio de las enfermas ha de ser uno de los principales cuidados de la superiora. El Señor recomendó á santa Teresa, con un modo especial, la asistencia á las que en cama están padeciendo. Cuando, pues, llegueis á saber que alguna hermana está enferma, id inmediatamente á verla; y si tiene necesidad de médico, hacedlo llamar al instante, y encargad entre tanto á las demás que la asistan; y procurad, mientras que la enfermedad dure, informaros si está bien asistida, no dejando tambien vos de visitarla con frecuencia. Advierte á pesar de esto el Padre Leonardo de Puerto Mauricio, que la superiora no debe ser muy condescendiente con aquellas religiosas que por cualquiera pequeño accidente buscan particularidades y exenciones en los actos de comuinidad; porque

esto puede fácilmente ocasionar escándalos y abusos contra la comun observancia.

Todo lo dicho se dirige á los auxilios temporales, pero mucho mas debe llamaros la atencion el socorro de las indigencias espirituales. Procurad , pues, que se hagan todos los años los ejercicios espirituales de ocho ó diez dias , y que estos se desempeñen bien , con el retiro y devocion competente , teniendo sermon , ó sean meditaciones encomendadas al varon de mejores cualidades que podais encontrar , aun cuando tengais que mandarlo llamar de léjos , y hacer algunos gastos para ello ; pues que estos dispendios son de mucha mayor gloria para Dios que los que se hacen en las músicas , los aparatos y los convites : y pedid al prelado que él os proporcione la asistencia de los buenos sugetos. Sobre todo , poned mucho cuidado para que á vuestras monjas no les falte el confesor extraordinario á lo menos dos ó tres veces al año ; al cual hayan de presentarse con precision las hermanas , aun cuando no quieran confesarse , ni se confiesen con él , como lo ordenó Benedicto XIV en su bula *Pastoralis*. Y no os lisonjeeis de que no tengan las monjas necesidad del extraordinario , por razon de no pedirlo ninguna de ellas ; pues que muchas veces sucede que la que mayor necesidad tiene de él es la que tambien menos lo pide : esta tal para no dar motivo de sospechas acerca de lo enredada que se halla su conciencia , no habla nada acerca de esto ; y confesándose entre tanto con el ordinario , continuará haciendo confesiones y comuniones sacrílegas. ¡ Oh qué cuenta tan grande tendrán que dar á Dios muchas superiores por esta

transgresion ó descuido! Os suplico , pues , que no seais omisa acerca de esto. Y cuando se presenten los tales confesores extraordinarios , ó tambien los ordinarios siendo nuevos, procurad darles siempre las noticias mas importantes para el bien de la comunidad, á fin de que ellos sepan de este modo sobre lo que deben vigilar con especial cuidado.

Además de esto , os encargo que tambien procureis que en vuestra iglesia se celebren las misas con devocion , y sin atropellamiento contra Jesucristo. Ya tengo yo escrita una obrita particular , en la que digo que los sacerdotes que celebran con mucha priesa la santa misa (llegando algunos á decirla en menos de un cuarto de hora) , no pueden estar excusados de pecado mortal, tanto por la grande irreverencia que hacen á un tan augusto sacrificio , cuando por el grave escándalo que causan al pueblo. ¡ Oh cuán vituperable es ver que algunas monjas , por la ansiedad de oír muchas misas , aplauden estas que se dicen atropelladas , y á tan indignos sacerdotes que las ofrecen , los que merecerian ser lanzados de todas las iglesias ! Acaso en ningun templo se ven las misas tan precipitadas como en los de las monjas ; y ¿ por qué es esto ? porque las mismas monjas quieren las misas cortas ó de priesa. ¡ Qué desórden , repito , y qué vituperio ! Vos que sois superiora , procurad por tanto que sean lanzados de vuestra iglesia estos sacerdotes indevotos que precipitan el santo sacrificio. Mneve mas á devocion una misa celebrada devotamente , que ciento que se digan de priesa y con irreverencia.

8 Digamos ahora alguna cosa acerca de la músi-

ca y del canto de las monjas. Mirado en sí mismo el canto de la Iglesia es una cosa buena, porque se dirige á alabar á Dios; pero con respecto al canto de las monjas, yo tengo por cierto que tienen mas parte que Dios la vanidad y el demonio. Mas acaso me dirá alguna: ¿qué mal hay en cantar? ¿Qué mal hay? Yo respondo: en primer lugar, que se pierde el tiempo, y esto considerablemente; porque la música es un arte que si no se posee con perfeccion, no tan solo no alégra, sino que en verdad desagrada. En segundo lugar, el canto es causa de mil distracciones, vanidades, disturbios é irreverencias en la iglesia. ¡Oh cuántas de estas irreverencias se cometen en la Semana Santa, con motivo de las lamentaciones que cantan las monjas en ciertos conventos! Asisten, pues, los caballeros, no por devocion, sino por oir á esta ó á la otra religiosa, y para decir luego al final, alzando la voz, *bravo, bravo*, como se practica en los teatros. A aquel *bravo* hacen entonces eco los demonios, segun lo que cuenta el P. Leonardo de Puerto Mauricio, quando asegura que en un convento, mientras cantaba con mucha vanidad en la iglesia cierto religioso, se oyó una voz que decia, *bravo, bravo, canta, canta*. El fraile entonces mas envanecido proseguia cantando; y la voz tambien continuaba diciendo: *bravo, canta, canta*. Mas al concluirse vió la iglesia llena de humo, y sintióse un hedor intolerable; y con esto se descubrió quién era aquel que aplaudia un tal canto. ¿Creeis vos acaso que una monja que canta un solo de canto figurado excite á devocion á las personas que la escuchan? Yo por mi parte no lo creo; mueve sí á tenta-

cion mas bien que á devocion. En tercer lugar : el canto puede tambien ser ocasion para alguna de que pierda á Dios , mediante á que tendrá que tomar lecciones de los hombres , y tal vez de maestros jóvenes ; y no será difícil que con la familiaridad saque el demonio alguna grande ganancia. Y no penseis que yo diga esto porque sea enemigo de la música , pues en verdad que me agrada ; y siendo seglar me apliqué mucho á ella (mejor hubiera sido que me hubiese aplicado á amar á Dios) ; ni tampoco desapruero en las monjas el canto llano, ó á lo mas el canto figurado en un concierto , y á semejanza del mismo canto llano. Pero que una monja cante solos del figurado , yo digo que absolutamente no conviene. Por lo tanto , si en vuestro convento aun no se ha introducido el tal canto figurado , guardaos vos de llegar á introducirlo ; principalmente si , como he insinuado, tuviesen las monjas que tomar lecciones de los hombres. Mas si por desgracia el tal canto se halla ya establecido en vuestro convento , yo os rogaria que hiciéseis todo lo posible por abolirlo ; y en el caso de que esto no podais , procurad á lo menos que ningunos maestros jóvenes vayan á enseñarlo.

Por último , vos que sois la superiora tened mucho cuidado de concederles el tiempo necesario á las hermanas legas para que hagan la oracion , reciban la sagrada Comunión , y que cualquiera otra devocion tambien la practiquen. No haciéndolo así , no os lamentéis después de que ellas sean desobedientes , soberbias , y que vivan sin devocion. Porque si vos no les facilitais la proporcion de adoptar los medios para

conseguir esta virtud, ¿cómo quereis después que ellas sean devotas? Os suplico tambien que cuando hayais distribuido ya los oficios, recomendeis á vuestras oficiales que lea cada una las advertencias que yo añadiendo aquí en seguida acerca de sus respectivos empleos; á fin de que cada una sepa sus principales obligaciones, y el modo de portarse para desempeñarlas debidamente.

Advertencias á la madre Vicaria.

1 Habiendo vos sido elegida vicaria, ya sabeis que á vuestro oficio corresponde el tener una general superintendencia sobre el convento, y especialmente sobre las hermanas legas; debiendo por lo tanto visitar con frecuencia las oficinas, para ver si ellas cumplen con su respectivo oficio.

2 Sed además de esto afabilísima con todas las hermanas, y escuchad con agrado á todas aquellas que se os presenten á hablaros. Muchas de las monjas tienen sus reparos de comunicar sus cosas con la superiora, y regularmente habrán de recurrir á vos. Por lo que, luego que vayan con este objeto, inspiradles confianza, para que con libertad os descubran sus inquietudes; y procurad luego remediar sus necesidades lo mejor que pudiéreis; y en aquello que vuestras facultades no alcancen, procurad de la superiora el remedio; no debiendo por ningun pretexto arrogaros mayor autoridad que la que tengais, persuadida de que vos no sois mas que una ministra de la misma prelada; por lo que de ella debeis depender en las cosas de mayor importancia.

Advertencias á la Maestra de novicias.

1 La maestra de novicias debe tener mucho espíritu y prudencia , mediante á que todo el bien del convento depende de la educacion de estas jóvenes ; pues que ellas mismas después habrán de gobernarlo. Muchas de las advertencias que se han dado para la madre abadesa convienen tambien á vos , como la de dar buen ejemplo acerca de todas aquellas virtudes sobre las cuales de palabra instruí á vuestras novicias : la de no ser tampoco parcial con ninguna , ya alabándola frecuentemente , ya teniéndola siempre á vuestro lado , ó ya regalándola con admiracion y disturbio de las otras sus compañeras : la de corregir con dulzura , sin estar poseida de la ira ; por lo que será bueno que leais lo que dejamos dicho en las advertencias á la misma madre abadesa , bajo los números 3 , 4 y 5. Empero en esto de corregir debe ser la maestra de novicias mas rigurosa que la prelada : vos , pues , no debeis dejar pasar falta alguna sin que sea corregida.

2 Pero además de los avisos mencionados , hay dos advertencias particulares que hacer para el oficio vuestro. La primera , que seais discreta , y no lo pretendais todo de una vez de esas pobres jovencitas que aun están todavía tiernas en el espíritu. Es necesario , pues , que procureis perfeccionarlas poco á poco , segun las fuerzas que en ellas vayais notando ; bien que tampoco debais usar de parcialidades , como ya queda dicho ; pero tambien exige la santa prudencia que no se trate á todas de un mismo modo : con unas que son mas tímidas , conviene usar de mas dulzura ; con

otras que se muestran mas altaneras y que son mas duras de boca , habrá de usarse de mayor rigor. Advertid que algunas por ser demasiadamente vergonzosas , están en peligro de ocultar sus defectos aun al mismo confesor ; que otras son muy afectuosas , y estas se ven expuestas á contraer amistades perniciosas. Y segun estos principios , en aquellas cosas que tengan conexion con ellos , procurad alejarlas del peligro del mal en que alguna pueda incurrir mas fácilmente.

3 La segunda advertencia particular consiste en que no permitais jamás que las novicias tengan familiaridad con las monjas , ni con las educandas , y aun mucho menos entre sí mismas: para evitar lo cual no les permitiréis que anden vagando por el convento sin vuestra asistencia , ó la de alguna otra. Además de esto , prohibidles la lectura de libros profanos , y la vanidad en el vestir , y especialmente el escribir cartas á personas sospechosas. Cuenta el P. Leonardo de Puerto Mauricio , que en un convento habia una jóven , la cual , habiendo contraído amistad por medio de cartas con otro de su edad , cayó desgraciadamente en un pecado grave de pensamiento ; que después tuvo vergüenza de confesarlo , y cometió muchos sacrilegios ; y que acometida finalmente de una enfermedad mortal , vino á morir impenitente. Y añade el citado Padre , que después de su muerte se apareció á una tia suya y le dijo : *Ved aquí , tia mia , aquella que vos con tanta cautela guardásteis ; vedla ya condenada por un pecado de pensamiento que al confesor no quiso descubrirlo ; y que desapareció. Por lo mismo , incul-*

cad vos frecuentemente á las hijas que teneis á vuestro cuidado , que expliquen con toda claridad al confesor sus pecados ; y de cuando en cuando referidles algun ejemplo funesto , semejante al que acabo de deciros : como tambien recordadles con frecuencia en pocas palabras las máximas eternas , como v. gr. : *Tarde ó temprano hemos de morir. ¡ Ay ! ¡ qué será de nosotras en el día del juicio ! todas las cosas se acaban : ¡ desgraciada la que se condena !* y otras semejantes ; encargadles tambien incesantemente , si quieren ser santas , la devocion á la pasion de Jesucristo y á su divina Madre.

4 Inculcad sobre todo á esas vuestras novicias la observancia de las reglas ; sobre las cuales , es obligacion vuestra , por ser de las mas principales del oficio que teneis , el instruir las á menudo ; porque , como se dice en el primer tomo , la observancia de las reglas es el único camino por el que una religiosa ha de llegar á santificarse.

Advertencias á la Procuradora.

1 Es necesario que eviteis estos dos extremos : el gastar con demasiada esplendidez , y el ser extremadamente parca en el gastar. Acerca del primer defecto , no deis lugar á que por ganáros el afecto de las monjas llegueis á faltar á la justicia , gastando mas de lo que conviene , con daño del convento. Y en cuanto al segundo defecto , guardaos no suceda al contrario , que por la vanidad de adquirir el nombre de grande economista , dejando al finalizar vuestro oficio mucho dinero en la casa , vengais á faltar á la caridad , ha-

ciendo padecer á las monjas. Por lo tanto , procurad proveerlas lo mejor que podais ; y aun cuando ellas tengan su peculio para socorrerse , sin embargo , luego que á alguna le falte lo necesario , como vestidos ó medicinas , hallándose enferma , exige la caridad religiosa que la comunidad la provea acerca de esto.

2 Guardaos tambien de que por la extremada sollicitud que pongais en excusar gastos , llegueis á omitir todas vuestras devociones , y os hagais como una mujer enteramente seglar. Bilo es verdad que por las incumbencias de vuestro oficio , teniendo que tratar con factores , que sacar cuentas , anotarlas en el libro , y cosas semejantes , no habréis de poder asistir al coro y á los demás actos de comunidad , segun lo practican las otras monjas ; mas sin embargo , poned cuidado en cortar los discursos inútiles ; y los negocios que cómodamente podais traspasar para el dia de mañana , omitidlos hoy ; y en el entre tanto aprovechad aquel tiempo para dedicaros á la oracion , á la Comunión , al exámen de la conciencia , y aun tambien á un poco de lectura espiritual ; teniendo entendido que la comunidad no pretende de vos que por servirla hayais de disiparos en vuestro espíritu.

3 Absteneos tambien con gran cuidado de tener pendencias con los seglares acerca del valor ó precio de las cosas , sobre el jornal con los trabajadores. Debeis , pues , tratar estos negocios , no como una mercadera , sino como religiosa que sois. Y aun peor que todo lo dicho seria el que cualquiera adelanto que hiciéseis con vuestra excesiva parsimonia , lo apropiáseis á vos , como fruto de industria propia : pues que

cuanto llegueis á adquirir es del convento ; de donde se infiere , que todo aquello que aborreis , ya sea con defecto , ó ya sin él , no pertenece á vos de manera alguna , sino á la comunidad que representais.

Advertencias á la Sacristana.

1 Haced vos grande aprecio de vuestro oficio , el cual os ocupa en cosas que todas ellas os recuerdan el amor de vuestro Esposo ; hostias , ornamentos , vasos sagrados , corporales , purificadores , cera , flores ; en todos estos sagrados utensilios debeis emplearos con devocion y recogimiento , renovando continuamente la intencion de honrar al santísimo Sacramento ; y no de-jeis jamás de hacerle reverencia , cuando paseis por delante de su tabernáculo .

2 Vuestro trato con los capellanes sea modesto , especialmente con los clérigos , á los cuales no deis confianza , sino hablando con ellos solo con respecto á lo que fuere necesario á la iglesia , y nada mas ; guardaos , pues , de profanar aquel torno , santificado con el contacto de tantas cosas consagradas al altar ; y absteneos por lo tanto de valeros de él para mandar regalos ni billetes.

3 Tratad tambien con toda caridad y respeto á vuestra compañera de oficio. No os inquieteis cuando ella haga alguna cosa contra vuestro modo de pensar ; y tanto mas absteneos de dirigirle cualquiera palabra de ira ó resentimiento. Aquellos trabajos ó faenas que sola podeis desempeñar , hacedlas vos misma ; y á donde no podais llegar , suplicadle que os ayude , y esto siempre con palabras dulces , como diciéndole : *Os su-*

plico ; hacedme la caridad ; tened paciencia ; y otras semejantes.

Guardaos sobre todo de tener la vanidad de hacer gastos mayores de aquellos que ordinariamente han tenido las antecesoras vuestras. Digo ordinariamente, porque no debeis imitar á alguna otra que en esta parte hubiese querido excederse ; ella por la tal vanidad habrá de padecer muchos años en el purgatorio (si llega á escapar del infierno). Y ¿quereis vos ir á hacerle compañía ? Os suplico tambien que leais acerca de este punto lo que en el primer tomo se ha dicho , tratando de la pobreza *. Y estad persuadida de que daréis á Dios una grande cuenta , si introducís ó continuais un tal abuso , el cual habrá de ser después causa de mil pecados. Os recomiendo , en fin , aquello mismo que dejo dicho á la procuradora ; esto es , que no vayais á disiparos en el espíritu por atender con demasiada solitud á vuestro oficio. Hacedlo todo por Dios , y no por vanidad ; que entonces marcharán bien todas las cosas.

Advertencias á la Tornera y Portera.

1 Nunca esteis ociosa¹ ni en el torno ni en la puerta ; empleando por el contrario todos los ratos que podais , ó en alguna labor de manos , ó en leer un buen libro , ó á lo menos estando recogida con Dios , mirando cualquiera imágen devota. Y cuando llegueis á abrir la puerta , bajad los ojos al suelo , si no quereis veros expuesta á mil defectos y tentaciones.

2 He dicho que no esteis ociosa ; pero no por esto dejeis de cumplir con vuestro oficio , abriendo la puer-

¹ Cap. IX , § II , n. 7.

ta cuando fuere necesario, y llevando recados á las monjas al punto que sean llamadas. Ofreced á Dios entonces cualquiera incomodidad que cada vez ocurra, y habrá de aprovecharos mas que la oracion. Empero advertid tambien que si alguna persona se presenta con mal fin á tratar de algun negocio, no debeis en este caso llamar á la monja que se busca, sin escrúpulo de grave culpa; pues que entonces venís á cooperar al mal próximamente. Responded en semejante lance, diciendo con energía, que está impedida la hermana, y no puede presentarse. Y esto mismo deberéis practicar con respecto á las cartas que vayan ó vengan de personas sospechosas. Oiréis acaso después quejas de una parte y de otra; pero no hay remedio, mejor es oir éstos resentimientos que los de Dios. Y en el caso de que no tengais espíritu para hacerlo de este modo, pedid licencia para renunciar vuestro oficio, si no quereis ponerlos en peligro de vuestra perdicion eterna.

3 Poned tambien mucho cuidado en que á las horas prescritas se cierren las puertas así interiores como exteriores. Prohibid tambien que introduzcan por las mismas puertas cosas que puedan ser nocivas á las religiosas, como infantillos, perros, pinturas inmodestas, ó cosas semejantes. ¡Cuán vituperable, pues, es el ver la puerta abierta en ciertos conventos, y que allí se encuentran seglares de ambos sexos, charlando y riendo con las monjas! Procurad vos cerrar la puerta cuando llegueis á ver tal desórden; pues que á vuestro oficio de portera corresponde, no solamente abrir y cerrar las mismas puertas, sino tambien evitar los desórdenes que en tales sitios se presenten.

Advertencias á la Enfermera.

1 Vuestro oficio es de gran peso, pero tambien es de grande mérito, si lo desempeñais bien; y para este buen desempeño procurad reconocer en cualquiera enferma la persona de Jesucristo, el cual dice que agradece la asistencia que se tiene á los enfermos, como dirigida á él mismo: *Infirmus eram, et visitastis me*¹⁰. Por lo cual es necesario que os revistais, en primer lugar, de una grande caridad para asistir todo lo mas posible á vuestras enfermas. No tengais cuidado de que algunas veces perdais el sermon, ó que omitais vuestras misas ú otras devociones acostumbradas, pues que mas habréis de ganar con aquella asistencia que entre tanto le teneis á vuestra hermana. Compadecedla en sus dolores, suministradla todos aquellos alivios corporales que podais discurrir; y cuando no debais concederle algunas cosas, por serle acaso dañosas, consoladla á lo menos con buenas palabras. Decidle de cuando en cuando algunos afectos espirituales; recordadle tambien los dolores de Jesucristo, y leedle si le agrada, en algun libro espiritual. Y guardaos de reprenderla, diciéndole tal vez que ella ha buscado la causa de su dolencia, comiendo, por ejemplo, aquel manjar sustancioso, ó por haberse estado mucho tiempo en el jardin ó en el mirador. Jamás le deis á entender que estais por ella cansada ó distraida; no querais, pues, acrecentar la pena á esa pobre afligida. Y luego que la veais con la cabeza cargada, decid á las monjas que haya en la celda que se retiren, ó á lo menos que no

¹⁰ Matth. xxv, 36.

hablen recio. Procurad tambien que las medicinas las tome á su tiempo, y si ella se excusare á recibirlas, advertidle la obligacion que tiene de obedecer al médico; y si á pesar de esto se resiste, llamad á la superiora ó á alguna confidenta suya para que la persuadan á obedecer.

2 Armaos, en segundo lugar, de una grande *humildad* para servir á cualquiera hermana enferma, aun cuando sea la lega mas olvidada del convento; y no os desdeñeis de servirla en todas sus necesidades. Estas son, pues, las acciones mas nobles de una religiosa, y aun de cualquiera cristiana. Revestíos, en tercer lugar, de una gran *paciencia* para asistir á la misma enferma todo el tiempo que dure la enfermedad y la convalecencia. Las prolongadas dolencias apuran á las enfermeras de poco espíritu, mas no á aquellas que aman mucho á Jesucristo. Escudaos, en cuarto lugar, con una gran *mansedumbre* para poder sufrir á alguna otra enferma, que acaso en vez de daros las gracias, en ciertas ocasiones se lamentará de la mala asistencia que le parece le teneis, y nunca podrá contentarse; pero vos entre tanto debeis sufrirla y compadecerla por razon de los padecimientos que la atormentan. Hay ciertas enfermeras delicadas que no pueden sufrir una mínima queja de las pobres enfermas, sin que al momento dejen de resentirse. Si acaso vos sois de esta clase, procurad hacer renuncia de vuestro oficio; porque de lo contrario, os dañaréis á vos, y tambien á las pobres enfermas. Un hermano enfermero de la Compañía de Jesús, cuando los enfermos se quejaban de él, les respondia: *Perdonadme, porque soy un tonto*; y no de-

jaba por eso de servirlos con la misma atencion y jovialidad que antes. Así pues debeis hacerlo vos tambien.

3 Guardaos tambien de juzgar que la enferma finge sus achaques , y mucho mas precaveos de no manifestarle á ella misma que su mal no es otra cosa sino una aprension suya. Por el contrario , cuando su enfermedad se considera grave , no la lisonjeeis con ocultársela , sino habladle claro , diciéndole : *Hermana mia, vuestro mal no es de los irremediables absolutamente ; pero sin embargo es mortal, y parece que Dios quiere llamaros ya al paraíso. Me parece que debeis estar preparada ; mas con todo, si os queda algun escrúpulo, no perdamos tiempo ; yo mandaré llamar al confesor. Sabemos que los santos Sacramentos sirven para dar la salud del alma y tambien la del cuerpo. Nosotras todas hacemos oracion por vuestra salud ; pero al fin es necesario que todas nos conformemos con la voluntad de Dios. Si la enferma al decirle esto se conturba , paciencia. Pues qué, ¿ acaso con las religiosas ha de practicarse lo que se acostumbra entre los seglares , que no se les avisa del peligro en que se hallan , sino cuando ya no queda esperanza de vida ? ¡ abuso deplorable, por el cual muchos van á parar al infierno ! Al momento , pues , que vos llegueis á oir de boca del médico que la enfermedad es peligrosa , procurad que la enferma se fortalezca con los santos Sacramentos ; y especialmente si llega á tenerse alguna sospecha de que la paciente se ve enredada en su conciencia. Yo me atrevo á decir que una enfermera que cumple con las obligaciones de su oficio es la alegría del convento , y que se hace tambien la amada de Dios.*

Advertencias á las Consultoras.

1 Cuando suceda que lleguen á pedir os vuestro consejo, en primer lugar, antes de responder informaos bien de la verdad del hecho; y si alguna vez llegais á ver que no ha sido justo el consejo que habeis dado, por haber sido falso el acontecimiento, estais obligada á revocarlo. En segundo lugar, decid vuestro dictámen libremente, como os parece estando á la presencia de Dios; y acerca de esto no tengais consideracion ni á la superiora, ni á ninguna otra amiga vuestra, si ellas son de parecer contrario. Por eso previene la regla que se tenga consulta en aquellos negocios de mayor importancia; á fin de que allí hable cada una con libertad, y de esta manera pueda después discernirse y resolverse lo mejor; porque de otra manera, si se obra por respetos humanos, se aprobarán contratos perjudiciales, gastos inútiles, penitencias injustas, y se admitirán otras cosas desordenadas. En tercer lugar, cuando llegueis á ver algun desconcierto notable en el convento, debeis informar de ello á la superiora, á fin de que lo remedie. Mas tambien habré de advertiros ahora dos cosas: la primera, que después que hayais cumplido con la obligacion propia de vuestro oficio, no os perturbeis, si luego la superiora no hace aquello que á vos os parece lo mas conveniente; la segunda, que procureis no ser importuna con la misma superiora, omitiendo el ir con mucha frecuencia á hablarle de los asuntos pertenecientes á la comunidad, sino solamente en aquellos negocios de alguna importancia.

Advertencias á las religiosas conversas ó legas.

1 Lo que después se dirá en orden á las hermanas legas, ahora puede tambien servir á las maestras que tienen á su cargo el instruirlas y amonestarlas. Pero antes de hablar á las mismas hermanas legas, quiero decir una palabra á las que son de coro con respecto á las tales. Son continuos, señoras coristas, vuestros lamentos y quejas contra las hermanas legas, diciendo que son arrogantes, desobedientes y sin devocion; que dejan perder las cosas del convento, y que aun tambien las dan afuera á sus parientes. Mas yo os pregunto: ¿quién es la causa de sus malos comportamientos? Ciertamente que sois vosotras; pues que las teneis ocupadas todo el dia en trabajar, haciendo pastillas de dulce, y otras labores, sin dejarles tiempo para que se ejerciten un poco en la oracion, en frecuentar los Sacramentos, en visitar al Santísimo, en leer ú oir un poco de lectura espiritual, y ni aun para asistir siquiera á una misa, fuera de los dias festivos; y después de todo esto ¿os lamentais de que ellas sean imperfectas, y que no tengan devocion? ¿Cómo quereis que sean devotas, si vosotras mismas les quitais los medios de adquirir la devocion? Esta es por cierto una crueldad muy frecuente en los conventos, segun la experiencia me lo ha enseñado, y de la cual habrán de dar estrecha cuenta á Dios la superiora y todas las demás monjas que tienen criadas particulares. Mas pasemos á tratar ahora en particular de las mismas legas.

2 Debeis entender, en primer lugar, hermana mia, que vuestro estado es de humildad, y que especial-

mente con el ejercicio de esta virtud debeis santificaros. Por lo mismo es necesario que procureis humillaros con todas, y hasta con vuestras compañeras; pero principalmente con las de coro, teniendo cuidado de hablarles con el mayor respeto, y de servir las siempre que podais, sin faltar por esto á la debida asistencia de la comunidad. Y cuando os digan alguna palabra desagradable, sufridla con un poco de paciencia, sin responderles de tú por tú, como si fuérais iguales. Si hubiérais permanecido en el siglo, ¿habríais tenido atrevimiento de responder á cualquiera señora, como acostumbrais hacerlo ahora con las monjas? Ciertamente que no; y porque al presente sois religiosa ¿quereis olvidaros del estado que teneis? No debeis envaneceros de modo alguno porque las madres os llamen hermana, ni menos porque vayais á sentaros todas á una misma mesa: vos sabeis que vuestra entrada en el convento ha sido para servir, y que habeis profesado bajo tal concepto; luego debeis tambien servir, y con humildad, supuesto que el hacerlo con soberbia no puede llamarse servicio.

3 En segundo lugar, ocupaos en aquel mismo oficio á que os han destinado, y obedeced en él sin réplica y sin tardanza. No andeis observando si las otras compañeras vuestras trabajan, ó están ociosas: atended solamente á cumplir con vuestra obligacion; sabiendo que cuanto mas trabajéis, mas habréis de ganar tambien para con Dios, si lo haceis con intencion de darle gusto; y de este modo mereceréis al mismo tiempo mas que las monjas que están en el coro oyendo muchas misas, ó leyendo en la celda libros espiritua-

les ; pues que vos en todas vuestras fatigas cumplís perfectamente la voluntad de Dios, que es en lo que consiste toda la santidad. Y bajo este concepto, no digais que habeis ido á la religion, no para hacer de ganapan, sino para servir á Dios; porque el modo propio de servir á este Señor, en el estado en que vos os hallais, es el de trabajar, sirviendo á la comunidad y á las monjas.

4 En tercer lugar, quando las superiores se olviden de concederos algun tiempo para hacer oracion, recibir la sagrada Comunión, oír la santa misa, visitar el santísimo Sacramento, etc., acudid vos á suplicarle que os lo conceda. Y en las ocasiones en que tengais desocupado este mismo tiempo, no lo dejeis pasar en vano, ocupándolo en charlar, ó en estar dando vueltas inútilmente, como hacen muchas. Vos que os hallais en el estado de una simple lega, es necesario que seais muy celosa y avara del tiempo, para no perder ni tampoco un instante de aquellos que tengais libres, ya que es obligacion vuestra el atender al servicio de la comunidad, ó al de vuestra señora; pues no siendo así, ¿quién habrá de servir las? Pero además de todo esto, en ese mismo tiempo en que estais trabajando ¿quién os impide estar con la mente elevada á Dios? Haced, pues, entonces actos de amor, dirigidle tambien algunas devotas oraciones, diciéndole: *Jesús mío, misericordia: ayúdame, Dios mío: concededme vuestro amor santo, etc.* Rezad muchas veces, á lo menos el *Ave María*, ú otras oraciones vocales. No volvais á decir que estais abandonada. Buscad á Dios, y ciertamente lo hallaréis. Mas tambien es necesario

que ameís el silencio; hablad sí, cuando sea necesario hacerlo acerca de las haciendas que tengais entre manos; pero después de esto, cortad las disntas y todas las conversaciones inútiles. Y para que mejor podais observar los presentes documentos, retiraos lo mas que podais de aquellas hermanas que tienen siempre la boca abierta para charlar. Huid especialmente de las malcontentas, que murmuran, ó á lo menos hablan con poca modestia.

5 En cuarto lugar, os recomiendo la santa pobreza. Temo que muchas de las hermanas legas vayan á parar al infierno por las faltas cometidas contra el voto de pobreza, mediante á que en sus manos está la administracion de los bienes que tiene el convento. Si los dan á sus parientes, ó acaso son descuidadas en conservarlos, ¿cómo habrán de poder luego salvarse? Por lo tanto, sed vos cuidadosa en la conservacion de estos mismos bienes, y en economizar los gastos lo mas que podais; y cuando vayan vuestros parientes llorando, y exponiéndooos sus miserias, respondedles con fuerte resoluciou, que vos no podeis tocar á las cosas del convento, porque no son vuestras, y no debeis tampoco condenaros por causa de socorrerlos. Y en el caso que hayais de favorecerlos por mera caridad en alguna cosa, hacedlo con licencia de la superiora. No deis lugar, por último, á que vuestra entrada en el convento venga á ser ocasion de vuestra condenacion eterna.

CAPÍTULO XXIV.

REGLAMENTO DE VIDA PARA UNA RELIGIOSA QUE QUIERE
HACERSE SANTA.§ I. — *Acerca de levantarse por la mañana.*

1 Al hacerse por la mañana la señal de abandonar el sueño, así como los niños lactantes inmediatamente que despiertan buscan el pecho, de la misma manera tambien vos, luego que despertéis, levantad sin tardanza la mente á Dios con un acto amoroso, ofreciéndole las acciones que practiqueis en aquel dia, y suplicándole que os asista. En seguida conviene hacer lo que santa Teresa exhortaba á toda religiosa, que era el que no se detuviesen en dar vueltas en el lecho, sino que al momento saltasen á tierra, como si en él se hubiese pegado fuego; no haciéndolo así, perderéis la flor del mérito, como queda dicho en otra parte. Mientras que os vestís, no perdaís el tiempo, sino antes bien empleadlo en decir algunas oraciones, ó en repetir cualquiera jaculatoria ó peticion, como diciendo, por ejemplo: *Dios mio, á Vos solo quiero y nada mas: os ofrezco todo lo que hiciere y padeciere en este dia: Jesús mio, misericordia. Señor, ayudadme siempre: hacedme cumplir vuestra voluntad santísima,* y otras por este orden. Y tales jaculatorias es bueno usarlas en todos los intervalos que tengamos de las acciones indiferentes, como al tiempo de ir al coro, ó al refectorio, ó al de practicar cualquiera otra hacienda

que no exija aplicacion de la mente. Estos retazos de tiempo, empleados de esta manera, vienen á producir después mucho fruto.

2 Al momento que acabeis de vestiros, poneos arrodillada delante del Crucifijo, y haced los actos que por la mañana se acostumbran; que son de accion de gracias, de amor, de ofrecimiento de todas vuestras acciones y padecimientos en aquel dia, etc., y sobre todo, pedid fervorosamente á Jesús y á María que os ayuden para que todo él lo ocupeis en su santo servicio.

§ II.— *De la oracion mental.*

Acerca de la oracion mental no pretendo repetir ahora todo lo que se ha dicho en el *capítulo XV*, sino solamente voy á reasumir en pocas palabras lo que pertenece al modo de hacerla. Digo, pues, que cuando hayais hecho los tres actos que son: el de fe de la presencia de Dios, el de humildad, y el de peticion de las divinas luces, procureis siempre leer el punto de meditacion, ú oirlo atentamente; y después fijad la atencion en aquel sentimiento que mayor impresion os haya hecho. En seguida dirigid á Dios afectos devotos de accion de gracias, de anonadamiento, de confianza, etc.; pero sobre todo ejercitaos en actos de contricion, de amor, y de súplica, pidiéndole á Dios luces, auxilios, resignacion en su voluntad, y su santo amor; y cuando os halleis en aridez, ocupaos especialmente en rogar: bastará que entonces repitais con frecuencia: *Jesús mio, misericordia: ayúdame, Dios mio*. Dad, en fin, una ojeada á vuestra concien-

cia, y ved si teneis, segun ella, alguna cosa que desagrade á Dios, y arracadla desde luego, haciendo particular propósito de enmendaros. Y procurad tener la oracion indefectiblemente, así por la mañana como por la tarde; mas si en algun dia no podeis emplear en este santo ejercicio todo el tiempo acostumbrado, invertid á lo menos los ratos que estén á vuestros alcances; estando persuadida de que jamás tendréis adelanto en el espíritu, si no amais la oracion fervorosamente.

§ III. — *Del oficio divino.*

1 Conviene decir aquí alguna cosa acerca de las horas canónicas, supuesto que en la obra no hemos hablado de ellas. Todos los hombres deberian emplearse continuamente, mientras dura su existencia, en dar gracias al Señor por los muchos beneficios que nos dispensa, y tambien en pedirle sus auxilios para conseguir la salud eterna; mas por cuanto los seglares viven distraidos en medio de los negocios de la tierra, por eso quiere la Iglesia, que en nombre de ellos y de todo el pueblo cristiano se ocupen los eclesiásticos y los religiosos en alabar á Dios y en rogarle por todo el mundo, usando para ello del oficio divino; el cual no es otra cosa que un memorial formado por el mismo Dios, para que así oiga mejor nuestras súplicas, y socorra nuestras necesidades. De donde resulta, que cien oraciones privadas no llegan á tener tanto valor como una sola peticion hecha en el oficio divino: lo que hizo decir á santa María Magdalena de Pazzis que en comparacion del sagrado oficio, toda otra oracion era

poco meritoria. Y por eso la Santa, luego que oia la señal de la campanilla para este rezo, se llenaba de alegría, y dejando todo lo que tenia en las manos, se iba corriendo al coro, considerando que se dirigia á practicar el oficio de los Ángeles, como lo era el de alabar á Dios, y alcanzar gracias para los pobres pecadores. Igualmente santa Catalina de Bolonia experimentaba tal gozo en rezar el oficio, que deseaba acabar su vida salmeando; y aun decia que una monja la cual fuese perseverante hasta la muerte en decir el oficio en el coro, podria colocarse en el número de los Santos.

2 Pero no es lo bastante el rezar el mismo oficio, sino que tambien es necesario rezarlo como se debe, que es con reverencia y atencion: no siendo así, ó si lo rezais distraida, disipándoos con andar volviendo los ojos al rededor y mirando objetos distractivos, ó acaso (que será lo peor) entremezclando risas y palabras impertinentes, sabed que os estará aparejado un gran purgatorio en la otra vida. Se lee que dos religiosas puntualmente por esta poca atencion en el oficio fueron condenadas á grandes tormentos. Otra monja cisterciense, llamada Gertrudis, se apareció en el coro á una compañera suya, y le dijo que estaba padeciendo allí su purgatorio por no haber observado el silencio al tiempo de rezar el oficio. Refiérese tambien por san Antonino, que un santo Padre vió en el coro á un demonio que ponia muchas cosas dentro de un saco, y preguntándole acerca de aquella operacion, dió por respuesta, que en aquel saco iba metiendo todas las palabras y sílabas que se dejaban ó que pro-

nunciaban mal los religiosos, para hacerles después las acusaciones de ello en el divino juicio. Además, refiere Surio en la vida de santa Lutgardis, que Dios envió la peste á un convento de monjas por causa de la precipitacion con que rezaban el oficio divino.

3 La oracion que se hace con atencion y afecto es un humo oloroso que agrada mucho á Dios, y que de él consigue tesoros de gracias; mas por el contrario, la oracion indevota y distraida es un humo fétido ó corrompido, que mueve á indignacion al Señor; porque, como dijo el mismo Dios á santa Brígida, aquellos que rezan negligentemente, mas bien que honrarlo, le deshonoran: por lo que el angélico santo Tomás escribió de este modo: *No está exento de pecado aquel que haciendo oracion (aunque sin obligacion de hacerla en quel acto) va divagando con la mente; mediante á que entonces parece que desprecia á Dios, así como vemos que desprecia á una persona, el que hablando con ella no está atendiendo á aquello que le dice*¹.

4 Es célebre la vision que, segun las crónicas cistercienses, tuvo san Bernardo mientras que una noche estaba salmeando en el coro con sus compañeros: Vió, pues, el Santo que al lado de cada uno de los monjes estaba un Ángel escribiendo; que algunos de los Ángeles escribian con oro, otros con plata, otros con tinta, otros con agua, y que otros finalmente estaban con la pluma suspensa sin escribir cosa alguna. Luego el Señor le dió á entender al Santo que las oraciones escritas con oro significaban el fervor con que eran proferidas; que las escritas con plata denotaban

¹ 2, 2, q. 83, a. 12.

la devocion , pero menor fervor ; que las anotadas con tinta demostraban la diligencia en pronunciar las palabras , pero sin devocion ; que las señaladas con agua , significaban la negligencia de aquellos que distraidos , poco atendian á lo que con la lengua pronunciaban ; que finalmente los Ángeles que nada escribian , denotaban la insolencia de los que voluntariamente se distraian.

5 Yo espero, mi bendita hermana, que vos no seais de esta clase de personas que diciendo el oficio divino quieren voluntariamente distraerse : lo que se entiende que os sucederia , si advirtiendoy ya vos que os distraia el pensamiento , quisiérais continuar dándole audiencia , no obstante que conocíais que aquello os quitaba la atencion debida al oficio. Procurad por tanto poner de hoy en adelante toda aquella diligencia necesaria. Y ya que dais el trabajo , ¿ quereis después perder el mérito , y aun haceros rea de pena , por no sufrir una poca incomodidad en poner la debida atencion en dicho rezo ? Hacedlo ; pues , justamente. Luego que llegueis al coro , después que con el agua bendita os hayais persignado , adorad ante todo al santísimo Sacramento , ofrecedle desde el principio aquel oficio en honor suyo , pidiéndole su divina asistencia , y en seguida conducíos á vuestro lugar , y figuraos que el Señor os está mirando desde el cielo , con el oido atento á las súplicas que vais á hacerle en aquel tiempo ; considerad que tambien los Ángeles os están escuchando para ofrecer vuestras oraciones á Dios ; así como puntualmente sucedió , que estando un dia los religiosos rezando los Maitines , vió el beato Ermanno que mu-

chos Ángeles, con incensarios de oro en sus manos, ofrecian á Dios las oraciones de aquellos frailes.

6 Mas con todo esto, no os inquieteis por las distracciones que experimenteis al rezar el mismo oficio; pues que no cometeréis en ellas defecto, siempre que advertidamente no las querais, como hemos dicho hace poco tiempo. Dios se compadece de las miserias de nuestra naturaleza: los pensamientos tambien se nos presentan frecuentemente sin que nosotros queramos; y en donde no hay voluntad no hay tampoco pecado. Y dice santo Tomás * que ni aun las almas elevadas á la contemplacion pueden estar en alto mucho tiempo, sino que con el peso de la miseria humana son tiradas para abajo por las distracciones involuntarias. Procurad vos por esto mismo, no solamente en el principio del oficio, sino tambien en su continuacion, renovar la atencion primera de tiempo en tiempo, como v. gr. al comenzar cada salmo. Ya sabréis que es de tres modos la atencion que puede tenerse para rezar el oficio divino, como enseñan comunmente los Doctores con el Angélico; á saber: á las palabras, al sentido y á Dios. *A las palabras*, poniendo cuidado en pronunciarlas bien. *Al sentido*, atendiendo al significado de las mismas palabras, para unir tambien á ellas los afectos del corazon. *A Dios*, adorándole, amándole y pidiéndole gracias. Cada una de estas tres atenciones es bastante para cumplir con la obligacion; pero el que reza el oficio con sola la atencion de las palabras, sin ninguna cooperacion de las otras dos atenciones, no lo dirá jamás con devocion, ni con mucho fruto. Pro-

* 2, 2, q. 83, a. 3 ad 1.

curad, pues, atender á que el corazon acompañe aquellos sentimientos que leais. Es verdad tambien que muchos pasos de los Salmos son oscuros, pero tenemos otros muchos que son claros, y que están llenos de santos afectos, de amor, de confianza, de contricion, de súplica, etc.

7 La mejor de estas tres atenciones es la que se tiene á Dios; acerca de la cual ayuda especialmente la práctica de distribuir las partes del oficio en meditar la Pasion de Jesucristo por sus diferentes pasos; por ejemplo, en el primer nocturno de Maitines podeis meditar el lavatorio de los piés; en el segundo la institucion del santísimo Sacramento; en el tercero la oracion en el huerto; en los Laudes la prision, y los malos tratamientos que el Señor recibió en la casa de Caifás; en la hora de prima la flagelacion; en la de tercia la coronacion de espinas; en la de sexta el camino al Calvario; en la de nona las tres horas que el mismo Jesús estuvo pendiente de la santa cruz; en las Vísperas su dolorosa muerte, y en las Completas su triste sepultura. Empero tales meditaciones no habrán de ser tan profundas y hechas con tal fijacion de la mente, que la cabeza llegue á cansarse, sino que han de practicarse con suavidad; por manera, que al mismo tiempo que la mente se halle asistida de pensamientos devotos, pueda tambien atender en algun modo á las palabras que en el otro coro vayan recitándose. Todas las veces que igualmente digais el *Padre nuestro*, aplicad el corazon con especialidad á aquellas palabras, *Sanctificetur nomen tuum*, que equivalen á decir: Señor, haceos conocer y amar de todo el mundo: *Adve-*

niat regnum tuum, reinad en nuestros corazones, en esta vida por medio de la gracia, y en la otra dándonos la gloria: *Fiat voluntas tua, sicut in coelo, et in terra*, haced que se cumpla vuestra voluntad aquí en la tierra, como la cumplen en el cielo los bienaventurados. Al decir después el *Gloria Patri* podeis formar diversos afectos de fe, de accion de gracias, de complacencia por la felicidad de Dios, de deseos de honrarle y padecer por su gloria. Todas las veces que santa María Magdalena de Pazzis decia el *Gloria Patri*, inclinaba la cabeza, haciendo intencion de ofrecerla al verdugo en honor de la fe; y repetia este acto con tanto fervor, que llegaba á ponerse pálida en algunas ocasiones, pareciéndole que entonces ya realmente se la habian cortado. Al repetir tambien tantas veces el *Ave María* en el oficio, podeis igualmente obtener muchas gracias de esta divina Madre. Y ved aquí el modo de rezar las divinas alabanzas con devocion por una parte, y por otra con mucho aprovechamiento vuestro.

8 Muchas monjas tienen por un grande peso el divino oficio, y aun se lamentan como si lo fuese; y yo digo que tienen razon en hablar de este modo aquellas que lo rezan sin devocion, y con la ansiedad de acabar pronto; porque han de invertir dos horas, ó á lo menos hora y media en rezarlo, y esto sin gusto y con mucha pena. Mas para aquellas que lo dicen con devocion, adornándolo con santos afectos y peticiones, no es en verdad un peso el mismo oficio, sino por el contrario una delicia de sus espíritus, lo que les sucede á las buenas religiosas; y en caso de quererle dar el nombre de peso, es un peso de alas, como se ha di-

cho en otra parte, que mas las eleva, y mas las une con su Dios amado.

9 Para inteligencia de las monjas, y para excusarles tambien algunas angustias, quiero añadir aquí al fin los privilegios que los sumos Pontífices les han concedido. En primer lugar, Clemente VII concedió á todos los religiosos enfermos, y lo mismo á los enfermeros, el poder satisfacer la obligacion del oficio divino solo con decir seis ó siete salmos que el superior les señale, con siete *Padre nuestros* y dos *Credos*. Y Martino V concedió tambien á los religiosos que se hallen convalecientes el poder cumplir solo con rezar aquella porcion de oficio que á sus confesores les pareciere. Debe ahora advertirse, que por enfermos se entienden aquí aquellos que padecen cualquiera accidente, pero que este no sea tal, que por sí mismo los excuse del rezo; notándose tambien, que los privilegios concedidos á los religiosos se entienden igualmente comprensivos á las religiosas, supuesto que cuando se habla de aquellos, se comprenden tambien estas, en todas aquellas cosas adaptables á los unos y á las otras. En segundo lugar, Leon X concedió á los religiosos el poder anticipar los oficios mas largos, y reservar los mas breves para los dias de mayores ocupaciones. En tercer lugar, Inocencio IV concedió privilegio á las monjas de santa Clara (y por medio de estas á todas las monjas de clausura, las cuales generalmente se comunican entre sí sus privilegios) el poder cumplir con la obligacion del rezo divino con el oficio señalado á las legas, siempre que medie alguna razonable causa para ello: como por ejemplo, si alguna

fuese escrupulosa , ó se hallase fatigada , ó tambien estando ocupada en útiles negocios la mayor parte del dia ; como igualmente , si todavía no estuviese bien instruida en el oficio de las coristas , segun el juicio de la superiora , ó del confesor ; y nótese que de este privilegio pueden valerse las monjas por sí mismas , sin licencia de la superiora ; pues que fue una gracia concedida absolutamente , sin condicion alguna. Todo esto podrá verse con extension en los Salmaticenses ¹.

§ IV. — *De la asistencia á la misa.*

1 Para oir con devocion la misa es necesario entender que el sacrificio del altar es el mismo que en cierto dia se ofreció sobre el Calvario ; con esta diferencia , que allí en aquel monte se derramó realmente la sangre de Jesucristo , y aquí en los altares solo se derrama místicamente. Si vos os hubiéseis hallado entonces en aquella montaña del Calvario , ¡ con cuánta devocion y ternura no hubiérais asistido á aquel sublime sacrificio ! Avivad , pues , la fe , y considerad que la misma grande accion de entonces es la que sobre el altar se repite ; y que asimismo tan augusto sacrificio , no solamente se ofrece por el sacerdote , sino tambien por todos los asistentes , por manera , que en cierto modo , al decirse la misa todos hacen el oficio de sacerdotes , aplicándose en ella de una manera particular los méritos de la pasion del Salvador.

2 Conviene saber además de esto , que el sacrificio de la misa fue instituido por cuatro fines : El pri-

¹ Theol. Mor. tract. 16 de Hor. Can. c. 3 , n. 61 et 62.

mero , para honrar á Dios ; el segundo , para satisfacer por nuestros pecados ; el tercero , para darle gracias por sus beneficios , y el cuarto , para alcanzar las gracias convenientes. Ved aquí ahora tambien las consideraciones que podrán tenerse para que la misa se oiga con gran fruto : La primera , que con la oferta que en la misa se hace al eterno Padre de la persona de Jesús , Dios y hombre , se da al mismo Dios un honor infinito , mayor que si se le ofreciesen las vidas de todos los hombres y de todos los Ángeles. La segunda , que con la misma ofrenda de Jesucristo en la santa misa se da tambien á Dios una completa satisfaccion por todos los pecados del género humano , y especialmente por los cometidos entre las personas que asisten á ella , á las cuales se les aplica la misma divina sangre con que en el Calvario fue redimida toda la naturaleza humana. Así que , con cualquiera misa se da á Dios mayor satisfaccion por nuestras culpas , que con todas las demás obras satisfactorias. Aunque tambien es verdad . que sin embargo de ser la misa de un valor infinito , Dios la acepta en un modo finito , segun la disposicion del que asiste á ella ; por lo que conviene oir muchas misas. La tercera consideracion provechosa es , que por medio de este divino sacrificio tributamos á Dios una digna accion de gracias por todos los beneficios que nos ha dispensado. La cuarta , que en el tiempo que la misa se celebra podemos obtener todos los favores y bienes que deseamos , ya para nosotros , y ya tambien para los demás. Nosotros es verdad que somos indignos de recibir ningunas gracias , pero Jesucristo nos ha dado la instruccion y la prenda para hacernos acree-

dores de todos los beneficios , lo primero , pidiéndolos al eterno Padre en su nombre; y lo segundo , ofreciéndole este su divino Hijo en la santa misa ; pues que entonces el mismo Jesús se une con nosotros para suplicarle. Si supiéseis que cuando rogábais al Señor se unian tambien á vuestra intencion la divina Madre y todo el paraíso, ¿ con cuánta confianza no hariais vuestras súplicas? Pues tambien cuando vos os dedicais en la misa á pedir algunas gracias á Dios, Jesús (cuyas peticiones valen infinitamente mas que las del paraíso) ruega al mismo tiempo en favor vuestro , y ofrece tambien por vos los méritos de su Pasion sacrosanta.

3 Será bueno igualmente el dividir la misa en cuatro partes. En el primer espacio , que es desde el principio de ella hasta la conclusion del evangelio , ofreced á Dios este sacrificio con el fin de honrarle , diciendo de este modo: *Adoro, Dios mio, vuestra majestad infinita: quisiera adoraros segun Vos, Señor, lo mereceis, pero ¿qué honor podrá daros una miserable pecadora como yo lo soy? Os ofrezco por tanto el mismo honor que Jesús os tributa sobre este altar en que va á sacrificarse.* En el segundo espacio , que será desde el final del evangelio hasta la elevacion, ofreced al mismo Señor el divino sacrificio en satisfaccion de vuestros pecados , diciendo: *Señor, yo detesto y me arrepiento de los disgustos que os he dado mas que de todos los males; y en satisfaccion de tales ofensas os ofrezco vuestro divino Hijo, el que de nuevo se sacrifica por nosotros sobre este altar; y os suplico tambien que por sus méritos me perdoneis, y me concedais la santa perseverancia.* En el tercer espacio , que será desde la elevacion hasta la comunión , ofreced á Jesús

al eterno Padre en accion de gracias por todos los bienes que os ha dispensado , diciendo : *Señor , yo no tengo méritos para daros las debidas gracias ; os ofrezco por lo tanto la sangre de Jesucristo en la presente misa y en todas las demás que actualmente se celebren en la extension de la tierra.* En el cuarto espacio , que será desde la suncion hasta el final , pedid al Señor las gracias que necesiteis , y especialmente el dolor de los pecados , el don de la perseverancia , y el amor divino ; y encomendaréis á Dios en particular las hermanas de vuestro convento , vuestros parientes , los pecadores , y las ánimas del purgatorio. Yo tampoco repruebo que durante la misa receis tambien vuestras oraciones vecales ; pero quisiera igualmente que en el mismo tiempo no dejáseis de tributar á Dios los mencionados cuatro actos , de honor , de satisfaccion , de agradecimiento y de peticion. Y os suplico que tambien oigais el mayor número de misas que pudiéreis. Cada misa oida del modo que acabo de insinuaros os proporcionará un tesoro de méritos ; y si os sobrare algun dinero , procurad hacer celebrar algunas en vuestra iglesia , tanto para vuestro gran provecho , cuanto para que tambien vuestras compañeras tengan la proporcion de oirlas. Pero al mismo tiempo os ruego que no seais de aquellas religiosas , que por la ansiedad de oir muchas misas , llaman á los sacerdotes que precipitan tan angusto sacrificio con grande atropellamiento de las ceremonias , y no menor escándalo de quien á él assiste. Leed , finalmente , lo que dejo escrito en el capítulo antecedente , á la conclusion del número 7 , en ocasion de hacer á la madre abadesa algunas advertencias.

Acerca de la confesion y comunion no parece que hay aquí necesidad de que tratemos , pues que has-
tamente hemos hablado de ello en el cap. XVIII.

§ V. — *Del modo de estar en el refectorio.*

1 Pluguiese á Dios que muchas monjas no perdiesen en el refectorio con sus destemplanzas é inmodestias todo aquello que en los ejercicios espirituales han ganado. Pero con todo , vos podeis en el mismo refectorio ejercitar muchas virtudes. En primer lugar la *obediencia*, acudiendo puntualmente al oir la señal de llamada , para encontraros presente á la bendicion de la mesa. En segundo lugar la *rectitud de intencion*, procurando ejercitar aquella accion, no por satisfaccion propia , sino solamente por cumplir la voluntad de Dios, el que quiere que mantengamos la vida del cuerpo para que este nos ayude á servirle sobre la tierra. Mas antes de principiár la comida , suplicad al Señor que os conceda la gracia de que no traspaseis los términos de la necesidad. En tercer lugar la *mortificacion*, dejando sobre los manteles alguna cosa , ó á lo menos parte de aquello que mas os agrada; ó ya que no sea otra cosa , contentándoos con lo que ofrece la comunidad , sin procuraros ningun extraordinario , y sin lamentaros nunca de que aquello que os han puesto es poco ó que está mal cocido. Procurad tambien hacer alguna mortificacion en la mesa , especialmente en los dias de novenas , ó en los viernes y sábados , tomando el alimento de rodillas , ó sentada en tierra , ó tambien besando los piés á las hermanas; y no os pareis

en si algunas se rien, pues que entonces tendréis mayor mérito. En cuarto lugar la *modestia de los ojos*, teniéndolos bajos, sin dirigirlos para ver lo que hacen, ó lo que comen las demás compañeras. En quinto lugar el *silencio*, tan necesario en el refectorio, procurando entre tanto atender á la lectura que se está haciendo. ¡Qué bella cosa es que mientras se nutre el cuerpo, se nutra tambien el alma con aquellos buenos sentimientos que suelen leerse! Y de esta manera se evitan al mismo tiempo los defectos del paladar en los manjares que se toman. Leed tambien ahora lo que queda escrito en el cap. VIII, § II, acerca de la mortificacion de la gula.

§ VI. — De la recreacion.

1 Es tambien voluntad de Dios que aquellas almas que le aman se procuren de cuando en cuando algun alivio, á fin de que el arco no esté siempre tirante. *Lætamini in Domino, et exultate justi* ^a, dice el Profeta rey. Pero advirtamos que expresa *in Domino*; por lo que importa que la recreacion sea moderada y modesta. *Moderada*, pues que si es demasiado larga, siempre habrá de ser defectuosa: por lo que luego que haya terminado el tiempo que las reglas permiten, entregaos inmediatamente al silencio, y retiraos; no haciendo lo que algunas, que quieren concluir la conversacion entablada, gastando en vano aquellos instantes. Decia la beata Juana de Chantal: *Si yo dejase perder un momento de tiempo, me tendria por ladrona delante*

^a Psalm. xxxi, 11.

de Dios. Y qué acaso es el tiempo mio, para que yo á mi placer pueda invertirlo? Dios me lo ha concedido por medida, y de cada instante ha de pedirme cuenta. Es necesario tambien que la recreacion sea modesta, y por eso conviene que os abstengais, en primer lugar, de las propias alabanzas, de las murmuraciones, y de ciertas chanzas burlescas que ofendan á las compañeras; como igualmente de interrumpir á las otras cuando estén hablando. En segundo lugar, que os guardéis de hablar gritando, y de reir descompasadamente; digo descompasadamente, porque escribe san Francisco de Sales, que así como es un desórden el reir cuando se está en ocupaciones serias, así tambien por el contrario es cosa muy importuna el no dejarse ver jamás con la risa en los labios, cuando se permiten las recreaciones. Por lo que decia su discípula la beata Juana de Chantal: Yo rio cuando me hallo con nuestras jóvenes, para darles en la recreacion mayor confianza, siendo esto tambien necesario. En tercer lugar, que tengais la precaucion de evitar contiendas, y de tener conversaciones de cosas de mundo, como de matrimonios, de festines ó diversiones, de bellos trajes, etc. Aseguraba san Juan de la Cruz que el hablar de estas bagatelas del siglo no puede verificarse sin que se cometa alguna culpa.

2 Yo no diré por eso que en la recreacion hayais de hablar siempre de cosas serias; reid pues, alegraos; hablad también de cosas amenas ó hermosas, pero conservad vuestro recogimiento, haciendo interiormente algun acto bueno de amor de Dios ó de súplica; é introducid con frecuencia conversaciones de cosas de Dios, procurando sacar cualquiera consecuencia útil

para el espíritu aun de aquello que se hable indifferente, como hacia san Luis Gonzaga, el cual habia reducido con esta bella industria en un santuario el colegio en donde él estaba, sucediendo que los jóvenes salian algunas veces mas fervorosos de la recreacion que de la oracion misma. Os suplico tambien que leais acerca de este punto de recreaciones lo que dejamos escrito en el primer tomo al cap. VIII, § I, hablando de la modestia. Guardaos igualmente de entablar en la misma recreacion amistad particular con las que mas confronten con vuestro genio; porque esta es una cosa que lastima los ojos de los circunstantes, y que descompone toda la recreacion. Tratad en ella indiferentemente con todas, hasta con aquellas hermanas que son menos conformes con vuestro genio; ó antes mas bien conversad con estas aun con mayor satisfaccion que con las otras, segun acostumbraba practicarle santa Teresa.

3 Mas ¿qué diremos ahora de aquellas recreaciones que en ciertos conventos suelen tenerse en los dias de carnaval, abandonando en ellos la oracion comun, el rezo del oficio en el coro, las comuniones de regla, el silencio, el huen orden de la comunidad; pasando el tiempo las monjas de dia y de noche en bailes, en canciones profanas, y aun tambien en hacer sus comedias, en las que se ven á las esposas de Jesucristo vestidas como esposas del mundo; y lo que es peor, vestidas tambien en forma de hombres con peluca y espada, y acaso compareciendo de esta manera al locutorio, y aun á la puerta, con escándalo hasta de los mismos seglares? ¡Oh qué cosa tan vituperable

el ver que una monja ha cambio el sagrado velo por el sombrero de un seglar ordinario! Yo no sé cómo la superiora pueda permitir estas cosas sin grave escrúpulo de conciencia. Se lee que santa María Magdalena de Pazzis vió en un éxtasis á muchas personas religiosas perdidas por haberse vestido con traje de seglares y con afecto desordenado. ¡Oh Dios! ¡que esto suceda en aquel tiempo en el que deberian las monjas, con mayor motivo que en ninguno otro, postrarse delante del santísimo Sacramento, ó tambien, retiradas en sus celdas llorar á los piés del Crucifijo las innumerables ofensas con que entonces los seglares lo maltratan, mas bien que pensar en recrearse con diversiones mundanas, incitando de este modo á las otras para que repitan lo mismo que ellas hacen! No siguen, no, esta conducta aquellas religiosas que aman á Jesucristo. Sabemos que santa María Magdalena de Pazzis velaba las noches enteras en el tiempo de Carnaval, pidiendo por los pecadores. ¡Oh cómo tambien el mismo Jesucristo agradece las oraciones de sus esposas que procuran acompañarle en aquel tiempo en que por el mundo se ve mas abandonado! El Señor dió á entender á santa Gertrudis, que remuneraba con gracias singulares las acciones virtuosas que se le ofrecen en aquellos dias de carnaval. Y puntualmente en uno de ellos, mientras que santa Catalina de Sena estaba en oracion, el Señor la declaró por esposa suya en premio de los obsequios que la Santa le ofrecia en aquel mismo tiempo en que recibia tantas ofensas.

4 A lo menos si en tales dias quereis tambien vos recrearos algun tanto, podeis hacerlo, pero siempre

como una religiosa. Si aun deseais igualmente cantar, en hora buena que canteis; pero estará bien que sean canciones espirituales. Mas guardaos sobre todo de ponerlos á danzar : solo el tener á la compañera de la mano , fácilmente podrá seros ocasion de muchos malos pensamientos y tentaciones. Si acaso os convidan á recitar cualquiera papel de ópera , excusaos todo lo mas que podais ; pues que aun cuando en esto no recibierais otro daño , al menos habréis de estar disipada por uno ó dos meses , sin oracion y sin recogimiento. Y si al fin quereis recitar ó representar en algun paso , procurad que todo sea sagrado ; mas si en él se mezclan amores mundanos , ó tambien si teneis que vestiros de hombre , ó de esposa del siglo , excusaos absolutamente ; y no tengais cuidado de que en este caso os llamen impolítica , malcriada ó santurróna. *Maledicent illi, et tu benedices* *. Ellas os injuriarán , pero Dios habrá de alabaros. Guardaos tambien en aquellos dias de mirar las máscaras , para evitar el peligro de oir palabras , y ver acciones inmodestas.

§ No dejéis tampoco de tener diariamente vuestra lectura espiritual , de la cual ya hemos hablado lo bastante en el cap. XVII. Haced tambien la visita al santísimo Sacramento , segun dejamos advertido en el capítulo XVIII , § 3 , desde el núm. 22. Aplicaos igualmente á los trabajos de manos , como queda dicho en el cap. XVI , § 2 , desde el núm. 13. El santo Rosario al mismo tiempo jamás debe omitirse , á lo menos de cinco dieces ; sobre lo que podeis asimismo leer lo que queda advertido en el cap. XXI , y al núm. 12.

* Psalm. cviii , 28.

§ VII. — *Del exámen de conciencia, con otras advertencias.*

1 La religiosa debe practicar dos exámenes de conciencia cada día: el general y el particular, haciendo el primero por la noche, y el segundo antes de la comida del mediodía, sobre cualquiera defecto particular por el que ella se vea mas dominada. Sabemos que las esposas del mundo se entretienen por muchas horas delante del espejo; pues tambien la esposa de Jesucristo debe, por lo menos dos veces al día, ponerse ante la divina presencia para hermostear su alma. En cuanto á la práctica que haya de seguirse en los dos exámenes, el particular deberá ser mas breve; porque en él solamente se da una ojeada sobre aquel defecto que con especialidad predomina, y brevemente se hace en seguida un acto de contricion. Pero deberá ser mas largo el general; en el cual pedid á Dios primeramente que conozcaís los defectos cometidos; en seguida traed á la memoria las obras practicadas en aquel día, é idlas observando, para ver si en ellas habeis caído en alguna falta, como podrá ser, haber estado perezosa para levantaros por la mañana, ó para acudir á las otras señales de la campana; algunas impaciencias, vanidad en querer que os vean; palabras de desprecio, ú ociosas, ó tambien de poca caridad; mentiras leves para usaros; destemplanza en la comida, distracciones voluntarias en la oracion ó en el oficio divino; miras por curiosidad, tiempo perdido, omisiones en obras buenas, pequeñas murmuraciones, pequeñas desobe-

diencias, poco respeto á las superiores, defectos contra la pobreza, negligencia en desechar los malos pensamientos, y otras semejantes. Mas cuando llegueis á cometer cualquiera defecto, no espereis á la noche; sino que inmediatamente que sintáis la punzada en la conciencia, haced un acto de dolor, y quedaos luego en paz; debiendo consolaros de que experimenteis la tal punzada, teniéndola por una buena señal, cual es, de que aborreceis los defectos. ¡Ay de aquellas monjas, á quienes ya no hacen impresion las faltas leves! lo que es una señal funesta de que están en grán peligro de caer en culpas graves.

2 Después del exámen, haced los cristianos actos de fe, esperanza, caridad, etc., que yo pongo aquí ahora brevemente para comodidad vuestra, y son: *Dios mio, yo creo todo aquello que la santa Iglesia me propone para que asienta á ello, porque Vos mismo se lo habeis revelado. Creo que Vos sois justo remunerador, premiando á los buenos con el paraiso, y castigando con el infierno á los pecadores. Creo el misterio de la santísima Trinidad: creo la encarnacion y muerte de Jesucristo, y todo lo demás que cree la misma santa Iglesia. Confiada tambien en vuestras divinas promesas, espero que por los méritos de Jesucristo me perdonareis mis pecados, supuesto que sois poderosa, fiel, y misericordioso; y que igualmente me concedereis la santa perseverancia, y después la gloria del paraiso. Y porque sois bondad infinita, os amo sobre todas las cosas, y me arrepiento de todas las ofensas que contra Vos he cometido. Pongo morir antes que volver á disgustaros, asistida vuestra divina gracia, la que os pido para ahora y pa-*

ra siempre ; proponiendo tambien recibir los santos Sacramentos en vida y en muerte. Y será bueno que sepais que Benedicto XIV ha concedido muchos años de indulgencia por cada vez que se practiquen estos actos, é indulgencia plenaria á quien continúe haciéndolos sin intermision por el espacio de un mes.

3 Después de estos actos rezad las demás oraciones que acostumbreis, á san José, al Ángel de la Guarda y á los Santos que fueren vuestros abogados, con las letanías á María santísima, las que jamás habréis de omitir ; y dirigíos después á tomar el reposo necesario. Sabed que el demonio suele tentar á algunas monjas para que se ocupen en hacer oracion por la noche, con el fin de hacerles perder luego todo el dia siguiente. No pudiendo san Francisco una noche reconciliar el sueño, hizo la señal de la santa Cruz sobre su cabecera, y vió salir al tentador ; por lo que dijo entonces á su compañero : *Mirad, hermano mio, este demonio trataba de impedirme el sueño para que mañana no pudiese hacer oracion*: por lo que os aconsejo que no dejeis de dormir el tiempo necesario. Besad el hábito al tiempo de quitároslo, usando toda modestia al despojaros de él. Rociad tambien el lecho con el agua bendita ; y antes de reclinar la cabeza para dormir decid : *In manus tuas Domine commendo spiritum meum* ; haciendo intencion de que todas vuestras respiraciones mientras esteis durmiendo sean otros tantos actos de amor de Dios ; y diciendo por último estas palabras : *Jesús mio, á Vos solo quiero, y nada mas.*

4 No dejeis en todo tiempo de hacer con mucha devocion todas vuestras novenas, como de Navidad, de

Pentecostes, de las siete festividades de María Santísima, y del Santo vuestro abogado, con los demás ejercicios de piedad y de mortificación que el director os designare. Mas en el tiempo de las tales novenas procurad ocuparos con mayor frecuencia en hacer actos de amor, en visitar al santísimo Sacramento y á la divina Madre, mas bien que en oraciones vocales. Tened tambien cuidado de consagrar todos los meses el dia de *retiro*, invirtiéndolo todo en la oracion, en dar gracias por la Comunión, en leer libros espirituales, etc., guardando tambien en él un rigoroso silencio. Este dia bien empleado ayuda mucho para conservar y aumentar después el fervor. Os encargo tambien que además de los ejercicios espirituales que en el convento se hagan por comunidad, tengais otros ocho ó diez dias de ejercicios particulares ó privados; por lo que después del presente capítulo insertaré con brevedad las eternas máximas que en ellos podréis meditar.

Las virtudes en que mas principalmente deberéis ejercitaros en el convento son: la mansedumbre y la obediencia. *La mansedumbre* en sobrellevar los desprecios, pues que la persona que con aspereza sufre los malos tratamientos, viviendo en comunidad es imposible que jamás pueda adelantar en el camino de Dios; y *la obediencia*, para cumplir prontamente aquello que prescriben las reglas y los superiores. No os detengais para escuchar á ninguna que proponga cualquiera máxima que pueda inducir á poca sumision y respeto. Decia santa Teresa: *Si han de introducirse entre las religiosas principios de poca obediencia, mejor seria entonces que no hubiese ni monjas ni conventos.* Tampoco

debeis pararos á interpretar si la superiora para ordenaros alguna cosa se ha dejado llevar ó no de su passion , pues que la voluntad de Dios es que obedezcais de cualquiera manera que fuere; y si no obedeceis, en vano será tratar , ni de perfeccion , ni de amor de Dios. Ya vos lo sabeis que toda la santidad consiste en someter el propio querer á la voluntad de los superiores.

§ VIII. — *La religiosa debe desterrar la melancolia. Y qué deba hacer aquella que se encuentra hecha monja contra su vocacion.*

1 Es necesario que procureis evitar la melancolia, mediante á que ella es la peste de la devocion y tambien la fuente de mil defectos. Mientras que esteis perturbada , habréis de cometer incesantemente muchas faltas , y nada haréis de bueno , llegando á ser perdidas casi todas vuestras oraciones, comuniones , lecturas , etc. ; porque todo lo habréis de hacer indevotamente , y con mil distracciones. Reflexionad tambien que todas vuestras inquietudes y disturbios provienen en vos de que no sufrís con resignacion las cruces que os vienen de la mano de Dios. La voluntad hácia este Señor hace dulces y amables todas las tribulaciones. (Leed lo que acerca de esto se ha dicho en el capítulo XIV desde el número 8). Os lamentais de que estais pobre , enferma , despreciada , perseguida , y en sequedad ; pues uníos con la voluntad divina , y todas estas penas ya dejarán de serlo para vos. Si por ventura me decís que no os atormentan tanto estas cruces externas cuanto las interiores acerca de los escrú-

pulos de conciencia, y que temeis estar en desgracia de Dios; yo os respondo, que vuestro confesor (como es de suponer) ya os tiene mandado que no volvais á hablarle mas de la vida pasada; y pues que por la gracia de Dios aborreceis los pecados cometidos, estais tambien resuelta á morir antes que cometer una culpa deliberada, aunque venial; y frecuentais ya los Sacramentos, anhelando igualmente por ser toda de Dios; sabed que todas estas son señales de que gozais de su gracia. Pues ¿por qué andais angustiada diciendo: *Quién sabe cómo estaré yo delante de Dios? ¿cuál habrá de ser después mi muerte? ¿si lo habré confesado todo? ¿si el mismo confesor se engañará? el demonio me dice que ya estoy condenada.* Estas son las acostumbradas canciones de las monjas. Ea, desechad tales temores, acudid á los brazos de la divina misericordia, y aquietaos, diciendo: *Señor, yo obedezco á vuestro ministro, y así espero en vuestra divina sangre que habré de salvarme, y que jamás volveré ya á perder vuestra soberana gracia.*

2 Por lo que respecta al presente, si os tienen angustiada los pecados veniales que diariamente cometeis, yo creo que esto sea sin afecto desordenado, y sin una deliberacion plena; por lo que detestadlos desde luego, y quedaos en paz. — Pero, padre, lo que mas que todo me angustia son las dudas de si llegaré á caer en culpas graves, á causa de tantos malos pensamientos como de continuo me acometen. La contestacion acerca de esto la tengo ya dada en el cap. XVIII, § II; y solamente repetiré aquí con brevedad que una alma de conciencia timorata, cuando no está cierta de ha-

ber caído en algun pecado mortal , debe creer que se halla en gracia de Dios , porque una voluntad confirmada con buenos propósitos es imposible que se rebele contra el mismo Señor , sin conocerlo claramente. Mediante lo cual , cuando el confesor os dice que no hagais caso de tales temores , y que vayais á comulgar sin confesares , obedecedle siempre á ciegas , y no deis audiencia al demonio que trata de inquietaros con semejantes escrúpulos , por conseguir que abandonéis el camino de la perfeccion. Decid , pues , al Señor , cuando llegueis á veros agitada : *Padre mio , en vuestras manos encomiendo mi espíritu : si es de vuestro agrado que yo permanezca en esta penosa cruz hasta mi muerte , estoy desde luego contenta : no permitais , Señor , que os ofenda , haced si que os ame , pues que yo tampoco rehuso el padecer todo cuanto Vos querais*. Dice san Francisco de Sales que Dios ama con un amor muy tierno á aquellas almas que de esta manera se abandonan en su seno paterno , dejándose enteramente gobernar de su divina providencia ; pues que el mismo Señor de todo sacará bien para ellas , disponiendo que estas almas elegidas lo sigan con la punta del espíritu , sin mas apoyo que el de su divino beneplácito que así lo dispone. Todo esto lo dice el mismo Santo.

3 Mas acaso me diréis que no habréis de poder nunca vivir en paz , mediante á que os veis siendo monja por violencia de vuestros parientes , y contra vuestra voluntad propia. A lo que yo os respondo : Si cuando entonces os hicisteis monja no teniais tal vocacion , yo ciertamente no os habria aconsejado que tomáseis este estado ; pero sí os habria suplicado que á pesar de

esto suspendiéreis la resolución de ponerlos en medio del mundo, entremezclándoos entre tantos peligros de perders como en él se encuentran. Mas no siendo así, y viéndoos ahora colocada en la casa de Dios, y hecha esposa de Jesucristo (de buena ó de mala gana), yo por mi parte ni sé, ni tampoco puedo compadecerme de vuestra suerte, así como no podría igualmente compadecerme de una persona, la cual fuese trasladada (bien que contra su voluntad) de un lugar apestado y cercado de enemigos, para ser colocada á vivir en otro lugar en donde se respirasen aires sanos, y que también estuviese seguro de asechanzas.

4 Añado aun más todavía. Haya sucedido el hecho del modo que vos lo expresais: ahora ya os hallais profesa en el convento, de donde no os es posible salir: respondedme pues, ¿qué es lo que quereis hacer? Si habeis entrado de mala gana, conviene que ahora permanezcais en él de buena voluntad. No haciéndolo así, sino que os abandonais á la melancolía, tendréis una vida desesperada, y os pondréis en gran peligro de padecer un infierno aquí, y otro allá. Es necesario, pues, en el caso presente hacer virtud de la misma necesidad; y si el demonio se hubo empeñado en hacer que este estado lo abrazáreis para vuestra ruina, vos servíais ahora de él, á despecho suyo, para vuestro bien espiritual, y para haceros santa. Entregaos á Dios de corazón, y yo os aseguro que haciéndolo así, habréis de estar mas contenta que lo están todas las princesas y reinas del mundo. Habiéndole preguntado una vez á san Francisco de Sales su parecer acerca de una monja que habia sido obligada á tomar el hábito, respon-

dió de este modo: *Es verdad que esta hija, si no hubiera sido violentada por sus padres, no habria tampoco dejado el mundo; mas esto poco importa, siempre que ella conozca que la fuerza usada por sus mismos padres le ha sido mas útil para su alma, que si hubiese podido seguir su propio dictámen, supuesto que ahora puede decir: Yo perdía mi libertad, si tal libertad no la hubiese perdido.* Con lo que queria decir el Santo, que si aquella jóven no hubiese sido obligada á hacerse monja, su propia libertad ó libre albedrío, que la hubiera inducido á permanecer en el siglo, le habria sido ocasion de perder la verdadera libertad de los hijos de Dios, la cual consiste en verse libres de las cadenas y peligros del mundo.

5 Vos me replicaréis á esto: *Pero ¿cómo puedo yo estar contenta en un estado al que no he sido llamada?* ¿Y qué importa que en un principio no hubiéseis sido llamada á abrazarlo? Aunque vos no llegáseis á ser monja por divina vocacion, es cierto, sin embargo, que Dios para vuestro bien ha permitido esto; y si entonces no os llamaba, ahora ciertamente os llama para que seais toda suya. San Pablo primer ermitaño tampoco se fué al desierto para permanecer allí, sino solamente para huir de la persecucion que entonces habia contra los cristianos; pero después fue inspirado de Dios para que se quedase en el mismo desierto, obedeció á la voz divina, y se hizo tan gran Santo. Cuando santa Teresa entró en el convento tampoco iba de buena gana; pues escribe la Santa que cuando ella salió de la casa de sus padres experimentó tal dolor, que creia no haberlo de sentir mayor al tiempo de su muerte; y cuando des-

pués tomó el hábito , dice en su misma vida que lo recibió casi á la fuerza ; y con todo eso , se hizo tan maravillosa Santa , llegando á ser tambien luego reformadora del Orden carmelitano.

6 Tambien la beata Jacinta Marescotti , monja de santa Clara de Viterbo , fue inducida contra su genio á tomar el sagrado velo , y vivió en clausura diez años llena de imperfecciones ; pero iluminada un dia de la luz divina , se convirtió enteramente á Dios , y perseveró en una vida santa por espacio de veinte y cuatro años que le quedaban de existencia ; con lo que mereció ser ahora venerada sobre los altares. De la misma manera sor María Buenaventura , monja en el convento de Torre de Espejos, colocada tambien allí contra su voluntad , después de una vida tibia y disipada , en la primera meditacion que oyó un dia en los espirituales ejercicios fué á echarse á los piés del P. Lancizio , de la Compañía de Jesús , que era el que predicaba , y resueltamente le dijo : *Padre , ya he conocido lo que Dios quiere de mí. Yo pretendo ser Santa , y gran Santa , y santificarme pronto.* Y con efecto ayudada de los divinos auxilios , así lo hizo ; porque al acabar de decir estas palabras , impedida de hablar mas por un copioso llanto que le sobrevino , se retiró luego á encerrarse en su celda , y puesta allí á los piés del Crucifijo , escribió la siguiente protesta : *Yo María Buenaventura hoy en el principio de los ejercicios me ofrezco toda á Vos , Dios mio. Prometo ¡ oh Jesús de mi vida ! no amar á otra cosa fuera de Vos. Aceptad , amabilísimo Redentor , esta carta bañada con mis lágrimas , la que yo os consagro como prenda de mi amor , y la colo-*

co sobre la llaga de vuestro costado , para que por los méritos de vuestra sangre me perdoneis mis pecados, y en vuestro amor me admitais, de modo que ya no sea nunca mia, sino toda toda vuestra. Así habeis de hacer tambien vos , resolvos desde este punto á ser toda de Dios, y haced esta misma protesta delante del santísimo Sacramento , ó á los piés del Crucifijo ; y no dudeis que si os hallais resuelta acerca de esto , no dejará el Señor de alargaros su poderosa mano para elevaros á un grado de santidad eminente ; y de esta manera esa vuestra desgracia (segun vos la llamais) vendrá á ser vuestra mayor dicha ó fortuna , como puntualmente sucedió con la mencionada sor Buena Ventura , la cual en breve tiempo se hizo santa ; pues que aunque no sobrevivió á su conversion mas que un año , sin embargo murió rica de méritos ; supuesto que en todo aquel año no se ocupó sino en oraciones y penitencias , llegando luego á espirar con una paz propia del paraíso , con los ojos fijos al cielo , é invocando los dulcísimos nombres de Jesús y María ; y se dice que apenas hubo espirado , cuando se vieron manifestas señales de la gloria que estaba ya gozando. Ea , cobrad ánimo valeroso , y estad alegre ; ahora que Dios os llama á su amor perfecto , acudid á él cantando :

Ya os entiendo ; ó mi Señor !
Vuestro amor toda me pide ;
Pues no es verdadero amor
El que en amar se divide.

7 Pero debeis advertir que para haceros santa no son bastantes los buenos deseos ; es necesario poner

tambien los medios para conseguirlo. Comenzad , pues, á prolongar un poco mas la oracion : haced todos los dias la lectura espiritual , la visita al santísimo Sacramento y á la inmaculada María. Cuando lleguen á reprehenderos , humillaos : callad siempre' que os veais despreciada : cortad toda correspondencia : dad principio á mortificar la gula , la curiosidad , y la voluntad propia. Entre tanto , no desconfieis , sino comenzad , repito , á poner los medios ; y poco á poco conseguiréis el fin venturoso. El amor propio ha de estar con nosotros , mientras que tuviéremos vida ; y por lo mismo es preciso que siempre procuremos arrancar las yerbas nocivas que nacen en nuestro huerto. El hacernos santos sin tener que sufrir incomodidades , es una cosa imposible.

MEDITACIONES

PARA OCHO DIAS DE EJERCICIOS ESPIRITUALES,
QUE DEBEN PRACTICARSE PARTICULAR Ó PRIVADAMENTE.

ADVERTENCIA.

1 No hay duda que son de mucha utilidad los ejercicios espirituales que se hacen por comunidad en los conventos , pues que van acompañados de las meditaciones é instrucciones que ofrece el predicador ; mas sin embargo de esto , no puede negarse que para las religiosas que desean adelantarse en el amor divino,

es un gran medio el hacer tambien privadamente estos mismos ejercicios. Allí pues, en aquella inalterable soledad, habla Dios á sus mas amadas con las voces mas eficaces y cariñosas; y no es posible que aquella persona religiosa que llegue á practicarlos bien, deje de salir cada vez mas aprovechada que lo era al tiempo de emprenderlos. Aun los Santos para poder gozar en mayor grado de nuestro Dios, que en la soledad es en donde mas familiarmente se comunica á quien le busca, han ido á internarse en las grutas y en los desiertos. Por eso decia san Bernardo, que acerca de las cosas divinas, habia aprendido mas cuando se veia entre los bosques y montañas de la soledad que con los maestros y con los libros. Y vos, si quereis, llegaréis á conseguir esta soledad aun en vuestro mismo convento: procurad, pues, saber aprovecharos de ella á lo menos por ocho dias. Pero diréis acaso que las demás hermanas no practican estos ejercicios. Y eso ¿qué importa? Si las otras no quisieren tenerlos, no por eso los omitais; hacedlos vos, y podréis con vuestro ejemplo estimularlos á que os imiten. Además de que tales singularidades le son á Dios agradables, asegurando san Bernardo que ninguno llegará á ser santo, si no practica una vida singular en el ejercicio de las virtudes y en los medios que conducen á la perfeccion: *Non potest esse perfectum, nisi singulari.*

2 Mas para hacer bien estos ejercicios, es necesario que os abstengais, mientras duren, no solo de asistir al locutorio, sino tambien debeis absolutamente separaros de todos los negocios temporales y pensamientos de las cosas del mundo: observando además de esto

un perpetuo silencio, no teniendo otra morada que la del coro y la de su celda; y solamente por algun poco de tiempo podréis pasearos por el huerto, con el fin de tener algun desahogo... Animado yo de estos buenos sentimientos, dirigidos á vuestro espiritual adelanto, he reunido aquí las siguientes meditaciones, no escritas ya á manera de discursos, sino solamente adornadas con máximas eternas, con sentimientos y afectos devotos; para que mientras dure la oracion, os detengais en aquel punto en donde el alma llegue á encontrar mayor pábulo ó satisfaccion; sin que os empeñeis entonces en leer toda la meditacion. Acaso allí en el primero ó segundo punto que leyéreis se dignará el Señor comunicaros su luz divina, y en conociéndolo así, deteneos al momento sin pasar mas adelante, mientras que la mente y el corazon encuentren materia con que saborearse. Debeis tambien advertir, que no habeis de emprender estos ejercicios con el deseo de experimentar dulzuras ó un fervor sensible; sino solamente con el fin de conocer y cumplir aquello que Dios quiera de vos. Haciendo, pues, estas piadosas obras con un fin tan puro, aunque no llegáseis á experimentar en ellas mas que tedio y sequedades, no dejará por eso el Señor de iluminaros é inflamaros en su santo amor; y cuanto mayor hubiere sido vuestra fidelidad, en medio de aquella desolacion, tanto mayores serán tambien las celestiales gracias con que saldrá enriquecida vuestra alma de tales ejercicios.

3 En cuanto á la distribucion que en estos habeis de tener, con respecto á las horas y á lo demás, podeis hacer uso de la que os pongo á continuacion;

aunque no hay dificultad en que cualquiera persona piadosa la altere, de la manera que mejor le parezca, acomodándose á los ejercicios que por costumbre practican las comunidades religiosas.

Por la mañana. — Luego que se levante, lo primero media hora de oracion; después rezar las horas canónicas; luego prepararse para la Comunión, por el espacio de otra media hora; y cuando haya comulgado, una hora ocupada en la accion de gracias, oyendo entre tanto una ó muchas misas. Ocuparése en el trabajo de manos tambien media hora; otra media en la lectura espiritual, luego el exámen, y la comida.

Por la tarde. — Rezará Vísperas y Completas: en seguida media hora de lectura en la vida de los Santos: otra media invertida en la oracion. Otra media en el trabajo de manos: la visita al santísimo Sacramento y á la Virgen María, y los Maitines.

Por la noche. — La última media hora de oracion: la anotacion de los propósitos: la disciplina: el rosario: la cena: el exámen general: la Letanía de la santísima Virgen, y algunas otras oraciones vocales.

MEDITACION I.

De la importancia de la salvacion.

Entre todos los negocios no hay alguno que sea mas importante que el de nuestra eterna salvacion, del que depende ó nuestra felicidad ó nuestra perdicion, y sin tener fin lo uno y lo otro.

*En verdad que una sola cosa hay necesaria*¹. No es

¹ Luc. x, 42.

preciso que seamos ricos, ni que disfrutemos de honores y de buena salud; pero sí es necesario que ños salvemos. Dios nos ha puesto en el mundo con este solo fin: ¡desgraciados de nosotros si no lo conseguimos!

Decia san Francisco de Sales que no hay en el mundo mas que un solo bien, que es el conseguir la salvacion, y nn solo mal, que tambien lo es el condenarse. ¿Qué importa, pues, que nos veamos pobres, desgraciados y ann enfermos? Si llegamos á salvarnos, entonces para siempre serémos felices. Mas por el contrario, ¿de qué nos servirá que aquí en el mundo hayamos sido grandes príncipes y monarcas, si después de la muerte vamos á ser infelices por toda la eternidad?

¡Ay mi Dios! ¿qué será de mí? Podrá ser que me salve, pero tambien podrá ser que me condene. Y supuesto que mi condenacion es tan expuesta, ¿por qué no me resuelvo desde ahora á unirme mas y mas con mi Dios?

¡Oh Jesús mio! tened misericordia de mí. Yo quiero ya mudar de vida: favorecedme con vuestra ayuda. Vos, Señor, habeis muerto por salvarme, y ¿he de querer yo mi eterna condenacion?

¿Por ventura hemos hecho lo bastante para salvarnos? ¿Estamos acaso ya seguros de que no hemos de caer en el infierno?

¿Qué cosa podrá el hombre dar en cambio de su alma? Si llegamos á perder esta riquísima joya, ¿con qué otro bien podrá jamás recompensarse una pérdida tan inmensa?

¡ Ah! ¿ Qué no han practicado los Santos, con solo el fin de asegurar su salvacion eterna? ¡ Cuántos reyes y cuántas reinas no han renunciado toda la grandeza de sus coronas, y se han encerrado en los claustros! ¡ Cuántos jóvenes no han abandonado su patria, y se han internado en los desiertos! ¡ Cuántas doncellas no han despreciado sus desposorios con personajes de la mas alta jerarquía, por ir á dar su vida en defensa de Jesucristo! Y nosotros ¿ qué es lo que hacemos?

¡ Oh Dios mio! ¡ Y cuánto ha padecido este nuestro Redentor por salvarnos! Ha invertido treinta y tres años en continuos sudores y trabajos; ha dado por nosotros su sangre y su vida; y ¿ hemos de querer perdernos?

Yo, Señor mio, os doy gracias por no haberme llamado á juicio, cuando estaba en vuestra enemistad por el pecado. ¡ Ay mi Dios! Si entonces hubiera yo muerto, ¿ qué habia de ser de mí por toda la eternidad?

*Dios quiere que todos los hombres se salven*¹. Y si nos perdemos, es solamente por culpa nuestra. Y esta verdad seria en el infierno nuestra mayor pena.

Dice santa Teresa que si nos causa un sentimiento imponderable la pérdida de una bagatela, como la de un vestido ó de un anillo, cuando esto sucede por culpa nuestra, ¿ cuál deberá ser la pena de los condenados, al ver que ya lo han perdido voluntariamente todo, pues que han perdido para siempre su alma, el paraíso y al mismo Dios? ¡ Ay de mí! que ya se acerca la muerte, y ¿ qué es lo que encuentro haber hecho para conseguir la vida eterna?

¹ I Tim. II, 4.

¡Oh Dios de mi vida! ¡y cuántos años há que merecia yo verme en el infierno, en donde no me seria posible arrepentirme nunca, ni jamás amaros! Mas ya que ahora se me concede esta gracia de estar libre de tales tormentos, desde luego me pesa de haberos ofendido, y de todo corazon os amo.

¡Ah Señor! ¿por qué me detengo? ¿Quiero esperar á que llegue el tiempo en que tenga que llorar y decir con los condenados: *Por cierto que hemos errado* *? ¡Ay de nosotros, pues que ya no hemos de encontrar el mas pequeño alivio en toda la eternidad!

Cualquiera otro error, que en este mundo se cometa, puede tener remedio; mas en llegando á perder el alma, este es un error que no tiene remedio alguno.

¡Oh! ¡y cuántos medios emplean los hombres, y cuántas fatigas experimentan para llegar á conseguir una ganancia, una dignidad, una diversion humana! Y en beneficio del alma, ¿qué es lo que se hace? ¡Qué dolor! ¡Cómo si la pérdida de esta joya fuese de ninguna importancia!

¡Qué diligencias no se hacen para conservar la salud del cuerpo! Se buscan los acreditados médicos, las medicinas mas eficaces, los aires mas puros; y ¡por la eterna salud ha de haber tanta negligencia!

¡Dios mio! yo no quiero resistir por mas tiempo á vuestras amorosas voces ó inspiraciones. ¡Quién sabe si estas palabras que ahora estoy leyendo serán la última llamada que me hagais!

¡Que hayamos de poder condenarnos para siempre. y que no temblemos! ¿Y no hemos de procurar algu-

* Sap. v, 6.

na vez remediar los desórdenes de nuestra conciencia?

Considerad, hermana mia, cuántas gracias ó beneficios os ha dispensado el Señor para que consigais la bienaventuranza de su gloria. Ved que os ha dado vuestro nacimiento en el seno de la santa Iglesia; que os ha concedido unos padres de buenos sentimientos; y que separándoos del bullicio del siglo, os ha colocado en su casa. Y además de esto ¿cuántas proporciones ó estímulos os ha facilitado para haceros santa por medio de los sermones, directores, y buenos ejemplos de las compañeras? ¡Qué de celestiales luces, qué de voces amorosas, ó eficaces llamamientos, en los ejercicios espirituales, en la oracion y en las sagradas comuniones! ¿Quién podrá numerar las misericordias de que este amorosísimo Padre ha usado? ¡el mucho tiempo que os ha estado esperando! ¡la multitud de veces que os ha perdonado! favores todos ellos que á tantas otras almas no se han concedido.

En beneficio de mi viña ¿qué mas he debido hacer que lo que he practicado? ¿Qué mas, dice Dios, debia yo hacer por tu alma para que produjese frutos dignos de penitencia? Mas á pesar de esto, en tantos años que has vivido en el mundo ¿qué frutos de santidad me has producido?

Si á nosotros se nos hubiese concedido el escoger los medios de nuestra eterna salvacion, ¿qué otros medios ó arbitrios hubiéramos podido excogitar mas seguros y mas fáciles que estos que la divina misericordia nos proporciona?

Pero ¡ay de mí! que si no nos aprovechamos de tan

singulares beneficios, ellos mismos habrán de servir para hacer mas infeliz y desgraciada nuestra muerte.

Y sabed que para llegar á la cumbre de la perfeccion no son necesarios ni éxtasis ó arrobamientos, ni tampoco celestiales visiones: bastan solamente los recursos que la religion os suministra. Frecuentad, pues, la oracion, desprendeos de vuestro amor propio, observad hasta las mas pequeñas reglas, y con esto llegaréis á ser santa.

¡Oh Dios de toda bondad! habiendo ya tantos años que vivo en el mundo, y que me veo separada de él en esta vuestra casa, ¿qué adelantos he tenido hasta el presente? Jesús de mi vida ¡qué confusion! solo en vuestra sangre y en vuestra muerte fundo mis esperanzas.

¡Ay! si en esta noche hubiese yo de morir, ¿espírraria contenta con esta vida que tengo? verdad es que no. Pues ¿qué es lo que espero? ¿estoy aguardando que llegue este terrible trance, y tenga que exclamar: ¡ay! que ya ha llegado el fin de mi vida, y nada tengo hecho en beneficio de mi alma?

¿Qué favor no seria para un moribundo que estuviese ya desahuciado de los médicos, el concederle un año mas, ó á lo menos un mes de vida? Pues Dios me concede á mí este tiempo; ¿y en qué pienso yo invertirle de aquí en adelante?

¡Señor! ya que hasta el presente me habeis esperado, no quiero desentenderme por mas tiempo. Aquí me teneis: decidme todo aquello que de mí quereis, pues que yo estoy resuelta á cumplirlo puntualmente. No quiero esperar ya á caer en vuestras manos en aque-

llos instantes en los que para mí se acabará el tiempo para siempre.

Porque hablando en verdad, ¿qué es lo que yo me he propuesto al entrar bajo la clausura? ¿De qué me servirá haber dejado el mundo, para seguir una vida como la que tengo?

¿Qué es lo que voy á hacer ya en adelante? Yo que he dejado á mis padres, que he abandonado las comodidades de mi casa, y que me he encerrado entre cuatro paredes, después de haber hecho estos sacrificios, ¿he de querer ponerme en el tremendo peligro de condenarme?

¡Jesús de mi alma! basta ya el haberos ofendido tantas veces. La vida que me queda no quiero ya emplearla mas en ofenderos; quiero sí emplearla ¡oh Dios de mi corazon! en llorar dia y noche las ofensas que contra Vos he cometido, y en amaros con toda mi vida, mis sentidos y potencias.

Resolvámonos á ello desde luego, pues que la muerte se va acercando. Todo lo que podamos hacer hoy no aguardemos á practicarlo mañana. El dia presente desaparece pronto, y no volverá ya jamás.

Todos por lo comun dicen á la hora de la muerte: ¡ojalá que yo me hubiese hecho un santo! Empero ¿de qué sirven entonces semejantes deseos, cuando ya está para acabarse el aceite á la lámpara?

Entonces, cuando ya estemos para espirar, dirémos tambien: ¿Qué me hubiera costado el haber huido de aquellas ocasiones, el haber sobrellevado las impertinencias de aquella persona, el haber cortado aquella dañosa amistad ó mala correspondencia, el haber

sofocado aquel puntillo de honor, ó por mejor decir, de soberbia? el haber... Mas ¡ay, que ya no lo hice! Y en estos terribles instantes ¿qué va á ser de mí? Señor de toda clemencia, ayudadme. Yo, arrepentida ya, os digo con santa Catalina de Génova: *Jesús mio, no mas pecar: ya no mas pecar*. Yo renuncio desde ahora á todas las cosas de la tierra, para poder agradaros.

Y no lleguemos á creer que para conseguir la eterna felicidad hacemos mucho con una absoluta dejacion y desprecio de todo lo visible, diciendo siempre con san Bernardo: *No hay seguridad ó resolucion que sea excesiva, cuando se trata de evitar el infierno*.

Lo que sí debemos conocer es, que para acertar en el gran negocio de nuestra salvacion es indispensable que nos resolvamos del todo á poner los medios. No sirven, pues, ciertas veleidades; de nada aprovecha el decir: *lo haré pronto*. El infierno está lleno de almas que tambien prometian esta misma prontitud, y entre tanto les sorprendió la muerte, y se condenaron.

Por eso dice el Apóstol: *Trabajad con temor y temblor, para conseguir vuestra salvacion* *. Porque el que tiembla con el temor de condenarse, se encomienda siempre á Dios, huye de las ocasiones de pecar, y de esta manera gana el paraíso celestial.

Porque tambien es menester convenir en que para salvarse es preciso hacerse violencia; pues que el cielo no se da á los poltrones: Oid lo que dice el santo Evangelio: *Los que se violentan son los que lo arrebatan* †.

Y ahora recuerdo ¡Señor de mi alma! las muchas

* Phil. II, 12. — † Matth. XI, 12.

promesas ó propósitos que os tengo hechos, pudiendo todos estos llamarse mas bien traiciones que otra cosa. Pero ya ¡Dueño mio! no quiero ser traidora por mas tiempo; ayudadme Vos mismo: quitadme la vida antes que os ofenda.

Supuesto que dice el Señor: *Pedid y recibireis* ⁸, con esto nos da á conocer desde luego el gran deseo que tiene de que nos salvemos. Porque prometiéndonos el mismo Dios acceder á nuestras peticiones, es como si cualquiera dijese á un amigo suyo: *Dame aquello que ya me tienes ofrecido*, no teniendo que añadir en semejante caso ninguna otra reflexion para quedar servido. Pidamos, pues, tambien siempre nosotros á nuestro Dios amoroso, que es el verdadero y fidelísimo amigo de nuestras almas, y estemos seguros de que siempre serémos enriquecidos de gracias celestiales, con las que ciertamente nos salvarémos.

Y ahora ¡mi Jesús amado! dirigid una piadosa mirada sobre las grandes miserias que me cercan, y tened compasion de mí. Yo, Padre mio, es verdad que me he olvidado de Vos, pero vuestra bondad no se ha olvidado de mí: Os amo, amor de mi vida, con toda mi alma: abomino desde ahora para siempre todas las ofensas que contra Vos he cometido, mas que todos los males. Perdonadme, pues, Jesús mio, y olvidad ya todos los disgustos que yo ingrata os he ocasionado. Y supuesto que sabeis muy bien la debilidad de mi naturaleza, no me abandoneis: dadme, Señor, luces, dadme fortaleza, para vencer todas mis pasiones, y para poder de esta manera agradaros. Haced tambien

⁸ Joann. xvi, 24.

que me olvide de todo lo que hay en el mundo , y hasta de mí misma , y que solamente me acuerde y piense en vuestro amor y en las repetidas misericordias con que tanto me habeis obligado á que yo tambien corresponda con amaros. ¡ Ó María! Madre de Dios, rogad por mí á vuestro Hijo Jesús. Así sea.

MEDITACION II.

De la vanidad del mundo.

Aunque el hombre llegara á ser dueño de todo el mundo, ¿de qué le serviría, si (al tiempo de morir) venia á perder su alma ? ¡ Oh grande máxima que ha conducido al cielo tantas almas, y ha dado á la Iglesia tantos Santos! Y á la verdad , ¿ qué aprovecharia poseer todo un mundo que tan pronto desaparece , y luego perder una alma que ha de durar por toda una eternidad?

¡ El mundo !... ¿ Y qué viene á ser este mundo sino una vana apariencia, una representacion de comedia que rápidamente pasa? Oigamos al Apóstol: *Ya desaparece la apariencia de este mundo* ¹⁰. Viene pues la muerte, corre el telon, se acaba la escena, y ve aquí que todo queda concluido en un momento.

¡ Ay de mí ! cuando llegue esta hora de la muerte ¿ cómo se presentarán á una monja , por medio de la triste luz de aquella candela , las cosas vanas de este mundo ? ¡ aquellos vasos de plata , aquella cantidad de dinero ahorrado , aquellos muebles superfluos y de lujo ! ¿ y esto propiamente al tiempo en que todo tiene ya que dejarlo para siempre ?

⁹ Matth. xvi, 26. — ¹⁰ I Cor. vii, 31.

¡Oh Jesús mio! haced que de hoy en adelante sea mi alma toda vuestra: haced tambien que yo no ame ya á ninguna otra cosa mas que á Vos. Yo quiero por lo mismo desprenderme de todo, antes que á pesar mio todo me lo arrebate una imprevisa muerte.

A este intento decia santa Teresa: *No debe hacerse caso de aquello que tiene que acabarse*. Procurémonos, pues, aquella felicidad que no termina con el tiempo. Porque ¿de qué le servirá á cualquiera el ser feliz por algunos pocos dias (en el caso de que sin Dios pudiese haber verdadera felicidad), si luego después tiene que ser para siempre desgraciado?

Nos dice David, que á la hora de la muerte, nos parecerán todos los bienes de la tierra *como un sueño, al tiempo que uno de pronto se despierta* ¹¹. ¿Y qué pena no siente aquel que ha soñado que lo habian hecho rey poderoso, y al tiempo de despertar se encuentra pobre como antes lo era?

¡Ay Dios mio! y ¿quién sabe si esta meditacion que estoy leyendo será para mí la última llamada que me daréis? Comunicadme, pues, Señor de mi alma, una grande fortaleza para arrancar de mi corazon todos los afectos terrenos, antes que llegue aquel memorable dia en que tenga que ausentarme de este miserable destierro: hacedme tambien conocer el gran desacierto que he cometido en ofenderos, despreciándoos á Vos, por el amor desordenado que he tenido á las criaturas. Conozco ya mi error, y os digo como el hijo pródigo: Padre mio, *no soy digna de llamarme vuestra hija* ¹². Me pesa, pues, de haberos vuelto las espaldas;

¹¹ Psalm. LXXII, 20. — ¹² Luc. XV, 19.

no me desecheis ahora que vuelvo á Vos arrepentida.

No consuelan, Señor, á una monja, en la hora de la muerte, ni los oficios ó destinos honrosos que ha ejercido, ni la grandeza mundana con que ha celebrado algunas fiestas, ni las diversiones que haya tenido, ni menos los puntillos de delicadeza en que se haya aventajado; solo sí habrá de consolarla el amor que haya profesado á Jesucristo, y lo poco que por su amor haya padecido.

Sabemos que Felipe II al tiempo de morir decia: *¡Oh quién hubiera sido fraile lego de una religion cualquiera, mas bien que haber sido rey!...* Y Felipe III murió tambien exclamando: *¡Oh si yo por fortuna hubiese vivido en un desierto! entonces sí que compareceria yo pronto ante el tribunal de Dios con mayor confianza!...* De esta manera se expresaban al tiempo de morir aquellos que durante su vida se habian considerado por los mas afortunados de la tierra.

En suma, todo cuanto de mas precioso se haya adquirido en el mundo viene á terminar en la hora de la muerte en remordimientos de conciencia y en amargos temores de una condenacion eterna. ¡Ay mi Dios! dirá entonces aquella religiosa: yo es verdad que dejé el mundo, pero después he adoptado las vanidades mundanas, y aun ciega he seguido las máximas de este mi contrario.

Tambien añadirá entonces la misma religiosa: *¿De qué me servia haber abandonado el mundo, para tener luego después en la clausura una vida disipada é infeliz, separada por una parte del mismo mundo, y por otra distante de mi Dios?*

Dirá igualmente: ¡Oh qué loca he sido! ¡Yo podia haberme hecho una santa con tantos medios y proporciones como se me han presentado! ¡Podia tambien haber tenido una vida dichosa, si hubiese estado unida con mi Dios! Mas ¿qué me queda ahora de toda mi vida pasada?... Pero ¿cuándo hará ella estas reflexiones? ¡Qué dolor! cuando estará ya para concluirse la escena de su existencia, y próxima á entrar en el caos de la eternidad; cuando ya se acercará aquel gran momento de que depende el ser, ó para siempre dichosa, ó para siempre desgraciada.

¡Ay Señor de mi alma! tened piedad de mi pecadora. Confieso que no he sabido amaros en mi vida pasada: ya de hoy en adelante Vos habeis de ser el único bien mio, repitiendo con el serafin de Asis: *Dios mio y todas mis cosas*. Vos solo, Señor, mereceis todo mi amor, y á Vos quiero amar solamente.

¡Ó grandes de la tierra! vosotros que estais ahora en el infierno, decidnos: ¿qué os ha quedado de vuestras muchas riquezas y de vuestros grandes honores? Oid cómo responden ellos llorando: *Nada, nada: nada nos ha quedado, no encontramos ahora otra cosa mas que tormentos y desesperacion. Todo ha tenido fin; pero nuestra pena (y esto es lo mas sensible) nunca jamás habrá de acabarse.*

Añadirán aun mas estos desgraciados: ¿De qué nos ha servido, dirán, nuestra soberbia, ni la vana jactancia de las riquezas? pasaron ya todas estas cosas á la manera de una sombra¹³. Después de la abundancia, unida al gran empeño de dominar, no tenemos ya sino

¹³ Sap. 5. 8.

tormentos eternos. ¡Ay de nosotros! que al separarse el alma del cuerpo, la memoria de los bienes que en este mundo se han disfrutado no inspira sentimientos de confianza, sino por el contrario, sentimientos de terror y de confusion desesperada!

¡Pobre tambien de mí pecadora! pues que de tantos años como he vivido en el mundo y aun dentro del convento, ¿qué ha sido lo que hasta el día he practicado en el servicio de Dios? Tened, pues, compasion de mí, Señor de mi vida, y *no me arrojéis de vuestra divina presencia*, como decia David ¹⁴.

Cuando llega la muerte llega con ella el tiempo de la verdad; y entonces se conocen bien todas las cosas de este miserable destierro, marcándolas con el verdadero nombre de vanidad, humo y ceniza, como efectivamente lo son. Y ¡qué confusion será para mí el ver en aquellos instantes cuántas veces os he pospuesto á lo que en realidad era como la nada! Confieso, pues, que al considerar mis ingratitudes, no tendria el atrevimiento de esperar el perdon de ellas, si no me dijese la fe que para perdonarme habíais dado vuestra propia vida. Ya os amo por lo tanto mas que todas las cosas, y mas que todos los reinos del mundo aprecio vuestra divina gracia.

Con razon, pues, le da san Pablo el nombre de ladrón á la muerte, cuando dice: *Aquel día vendrá como un ladrón* ¹⁵, pues que ella habrá de despojarnos de todo, de las alhajas, de la hermosura, de las dignidades, de los parientes mas cercanos, y aun de nuestra misma carne.

¹⁴ Psalm. L, 13. — ¹⁵ I Thess. v, 8.

Tambien el dia de la muerte se llama , segun el mismo Espiritu Santo , *dia de perdicion* ó de pérdida ¹⁶, porque en él hemos de perder todo cuanto hayamos adquirido, y todas las esperanzas de este mundo.

Yo por lo tanto , Jesús mio , nada siento perder ahora los bienes de la tierra , con tal de no perderos á Vos que sois un bien infinito.

Y es de admirar que nosotros alabemos á los Santos , que por amor del mismo Jesucristo despreciaron los mayores bienes que el mundo pudo ofrecerles; y que al mismo tiempo tambien nosotros queramos estar tan apegados á todo lo perecedero con tan grave peligro de nuestra salvacion eterna.

¡ Tanto amor como tenemos á todas las ganancias que pñeda ofrecernos esta miserable vida , y por otra parte , tan poco caso como hacemos de las eternas ganancias !

¡ Mi Dios ! iluminadme : haced que yo conozca la nada de que se componen las criaturas , y el conjunto , ó por mejor decir , el todo de perfecciones que sois Vos , como Bien infinito. Haced tambien que yo todo lo deje de corazon , para llegar á poseeros á Vos solamente. A Vos , Dios de mi alma , es al único que ya quiero , y ninguna otra cosa mas.

A este intento decia santa Teresa que dependen de la falta de fe todos nuestros defectos y el apego que tenemos á los bienes de la tierra. Avivemos por lo tanto la fe , que nos está dictando que ha de venir pronto un dia en el que todo lo dejemos para pasar á la eternidad : por cuyo poderoso motivo dejemos ahora con

¹⁶ Deut. XXIX , 21.

mérito de recompensa lo que algun dia habrémos de abandonar por fuerza y con terribles amarguras. ¡Qué funesto engaño el de las riquezas, el de los honores, el de los parientes! Dios, *Dios solamente*: busquemos este Bien infinito, y él nos será bastante, ó suplirá por todo.

La gran sierva de Dios, sor Margarita de Santa Ana, hija del emperador Rodolfo II y monja descalza, con mucha razon exclamaba: *¿De qué sirven los reinos cuando llega la hora de la muerte?*

Y el fallecimiento de la emperatriz Isabel hizo que san Francisco de Borja se resolviese á renunciar al mundo, y entregarse del todo á Dios; pues que á la vista de aquel su horrendo cadáver, no pudo menos de exclamar: *¡Y de esta manera terminan las grandezas y las coronas de este mundo!*

¡Oh quién siempre os hubiese amado, Dios de todo mi consuelo! Haced, Señor, que yo sea ya absolutamente vuestra, antes que se acerque el momento de terminar mi existencia.

¡Gran secreto, sin duda, es el de la muerte! ¡Ah! ¡y cómo ella sabe desvanecer todos los deseos del mundo! ¡Cómo hace conocer que todas las grandezas terrenas no son otra cosa mas que humo y engaño! Por ella tambien se ve que consideradas desde el lecho de la última enfermedad las cosas mas apetecibles que puede ofrecernos este destierro, pierden todo su esplendor y grandeza. Solo la sombra de la misma muerte oscurece las encantadoras bellezas de los mundanos.

Y á la verdad, *¿de qué sirven las mayores riquezas, cuando ya no queda mas que una pobre mortaja*

para cubrir el asqueroso cadáver? ¿De qué sirve la hermosura que antes adornaba al cuerpo, si entonces ha de convertirse en un monton de gusanos? ¿De qué sirve por último la autoridad con que antes mandaba á otros, si ya no le resta otra cosa mas que ser arrojado en una fétida sepultura, que será pisada de todo el que quiera?

Bien conoció esto mismo el Crisóstomo cuando nos dejó escrito: *Camina hácia el sepulcro, contempla aquel pútrido polvo envuelto en gusanos, y suspira.* Asómate luego á uno de los hoyos, y considera aquellos esqueletos, roídos ya de los mismos gusanos y reducidos á ceniza, y aumenta los suspiros, diciendo: ¿Y de esta manera tambien yo he de verme? ¿y no pienso en ello? ¿y no me pongo toda en manos de Dios? ¡Ay de mí! ¿quién sabe si estos sentimientos que ahora se me presentan como á la vista, serán las últimas aldabadas que Dios dará á mi corazon?

Ya pues, carísimo Redentor, me conformo en aceptar mi muerte, y la acepto en el modo ó manera que os agrade el mandármela; empero tambien os suplico que antes de que hayais de juzgarme me deis el tiempo necesario para llorar las ofensas que contra Vos he cometido. Os amo de corazon, Jesús mio, y me arrepiento de haberos tantas veces despreciado.

¡Oh Dios de suma bondad! ¡y cuántos miserables por conseguir cualquiera cosa de la tierra, como por un placer, ó por una vanidad, han venido á perder su alma, siendo indudable que perdiendo esta, se ha perdido todo cuanto habia!

Porque, ó creemos, ó no creemos que tenemos que

morir, y que esto ha de verificarse una sola vez. Y si lo creemos, ¿por qué no dejamos con el afecto todas las cosas para conseguir una buena muerte? Dejémoslo pues todo, por acertar en todo.

Ni ¿cómo es posible persuadirse bien de que, á la hora de espirar, la vista ó consideracion de una vida desarreglada habrá de ocasionarnos una pena intolerable, y que á pesar de esto se ha de querer continuar en el pecado?

Bien conozco, Dios mio, tales verdades, y os doy gracias por estas celestiales luces que me concedéis. Pero, Señor, ¿qué habeis hecho conmigo? Al mismo tiempo que yo he ido aumentando mis pecados é ingraticudes, Vos habeis ido multiplicando vuestras gracias y beneficios. ¡Ay pobre de mí, si en adelante no sé aprovecharme de ellos!

Es indudable que vive bien desprendido del mundo aquel que seriamente piensa que tiene que dejarlo dentro de pocos dias.

¡Oh con qué deliciosa paz viven y mueren aquellas religiosas, que separadas de todo lo del siglo y llenas de contento, repiten con san Francisco: *Dios mio y todas mis cosas!*

Por eso decia Salomon que *todos los bienes de la tierra no son mas que vanidad y afliccion de espiritu*, supuesto que tanto mas se padece cuanto mayores son los que se disfrutan.

Y san Felipe Neri llamaba locos á los que tienen su corazon apegado al mundo: locos en verdad, pues que aun en esta vida tienen unos dias llenos de infelicidad y desventura.

Y á mí ¡Dios de clemencia! ¿qué es lo que me queda ya de tantas ofensas como contra Vos he cometido, sino penas y amargos remordimientos, que si ahora me atormentan, mucho mas habrán de atormentarme en los últimos periodos de mi vida? Ea pues, sin dilacion perdonadme. Supuesto que toda me quereis para Vos, yo tambien quiero ser toda vuestra. Aquí me teneis desde este momento, en el que de un todo á Vos me entrego. No quiero, pues, de vuestra liberalidad otra cosa sino á Vos mismo.

¡Qué desgracia la de que no pensemos que el vivir desprendidos de todo, y el no amar otra cosa mas que á Dios, haya de ser una vida placentera! Porque ¿quién jamás podrá verse en este mundo mas contento que un alma que de corazon ama á Jesucristo? Entre todas las reinas de la tierra ¿podréis encontrar alguna que esté mas alegre y gozosa que una monja dada enteramente á Dios?

Alma mia, y si hubieses hoy mismo de partir de este mundo ¿irias contenta ó satisfecha con la vida que hasta ahora has tenido? Y ¿qué es lo que esperas? ¿Esperas acaso que esa luz que ahora Dios por su misericordia te concede, haya de servirte de cargo ó reprehension contra tu ingratitud en aquel terrible dia de la cuenta?

¡Oh Jesús del alma mia! yo renuncio ya á todo para entregarme enteramente á Vos. Y supuesto que cuando ingrata huia de vuestra proteccion, amoroso me buscábais, no me desecheis ahora que arrepentida acudo á vuestra clemencia. Vos, Señor, me amábais cuando yo estaba muy distante de amaros, y ni aun si-

quiera deseaba vuestro amor ; pues no me desprecieis ahora que otra cosa no apetezco sino amaros y ser amada de Vos para siempre. ¡ Dios de mi vida ! ya veo muy bien que quereis mi salvacion , y yo con el fin de agradaros quiero tambien salvarme. Todo lo dejo desde estos instantes , y toda me entrego á Vos. Soberana Virgen María, Madre de Dios, rogad por mí á Jesús , mi Redentor. Así sea.

MEDITACION III.

Del viaje á la eternidad.

No tenemos aquí (en el mundo) morada permanente, y por eso buscamos la mansion que nos espera en la eternidad. Son palabras de san Pablo ¹⁷ , por las que manifiesta este Apóstol que en la tierra no somos ciudadanos , sino peregrinos ; vivimos como de paso , caminando hácia una habitacion que no ha de tener fin , como dice el Espíritu Santo : Irá el hombre á la casa de su eternidad ¹⁸.

En verdad que dentro de poco tendrémos que salir de este mundo : no se pasará mucho tiempo sin que el cuerpo sea conducido á una sepultura , y el alma vaya á la eternidad.

¿ Y no seria un necio aquel caminante que quisiera invertir todas sus facultades en fabricarse una casa en un lugar donde se hallaba de paso , y del cual tenia que salir muy pronto ?

No sé , Dios mio , por qué no pienso yo seriamente en estas verdades , en que mi alma es eterna , y que

¹⁷ Hebr. xiii , 14. — ¹⁸ Eccle. xii , 5.

por consecuencia, ó he de gozar de bienes eternos, ó por el contrario he de verme perdida para siempre.

Hay, pues, en la eternidad dos casas, una que comprende todas las delicias, y la otra que encierra en sí todos los tormentos; siendo de advertir que tanto las delicias cuanto los tormentos han de ser eternos; por lo que dice el Espíritu Santo: *Ya que caiga el árbol á la parte del Austro, ó ya que caiga á la parte del Aquilon, habrá de permanecer en uno de estos lugares*¹⁹; en lo que nos dió á entender, que si el alma va al lugar de la salvacion, en él será bienaventurada para siempre; mas si llega á caer en el infierno, allí habrá de estar llorando sin el menor consuelo mientras que Dios sea Dios.

No hay en esto algun medio; ó ha de ser para siempre reina en el cielo, ó esclava de Lucifer para siempre: ó eternamente dichosa en el paraíso, ó eternamente desesperada en el infierno.

Y ¿cuál de estas dos cosas tocará á cada uno de nosotros? tocará sin duda aquella que cada uno voluntariamente se proponga. Por eso dice el Eclesiastés, como dejamos ya notado: *Irá el hombre*, declarándonos con esto que el que va al infierno lo hace con sus propios piés; y que todo el que se condena, es precisamente porque él quiere condenarse.

¡Ay Jesús! ¡qué dicha la mia, si siempre os hubiese amado! Conozco, Señor, lo tarde que os he conocido; pero mas vale tarde que nunca: *Dios de mi corazon, y Dios que por una eternidad habeis de ser mi herencia.*

Para vivir bien todos los cristianos, pero especial-

¹⁹ Eccle. xi, 3.

mente los religiosos, deben tener siempre delante de los ojos esta eternidad. ¡Oh qué bien ordenadas están las acciones de los que viven en su conformidad, ó teniéndola presente de continuo!

Si el paraíso, el infierno y la eternidad fuesen puntos que admitiesen duda, aun en este caso deberíamos hacer todo lo posible para no ponernos en peligro de vernos condenados para siempre. Pero no, son cosas que no pueden dudarse, pues que son verdades que la fe divina nos enseña.

Por otra parte, ¿en qué vienen á terminar todas las fortunas ó grandezas de este mundo? ¡ah! solamente en un funeral, en una mortaja, conducida y cubierta de tierra, en una triste sepultura. ¡Dichoso aquel que consigue la vida eterna!

¡Ó Jesús amoroso! Vos sois la vida mia, sois el tesoro de mi alma, y sois el amor de mi corazon. Dadme, pues, un ardentísimo deseo de agradaros en todo el tiempo que dure mi existencia, y conociendo mi flaqueza no me negueis vuestros auxilios para poder conseguirlo.

Un pensamiento solo acerca de la eternidad es lo bastante para hacer un Santo. Por eso san Agustín llamaba *gran pensamiento* al que se dirigia á las cosas eternas, siendo innegable que este mismo pensamiento es el que ha dirigido al claustro á tantos religiosos, á tantos anacoretas á los desiertos, y á tantos mártires á la muerte.

Por este medio convirtió el P. Ávila á una dama que vivia apegada á las vanidades del siglo, solo con decirle: Considere, señora, aquel *siempre*, y aquel *ja-*

más. También un monje se encerró en una sepultura, no haciendo allí otra cosa mas que repetir suspirando: *¡Oh eternidad! ¡oh eternidad!*

¡Ay de mí! ¡y de cuánta importancia es aquel último momento de nuestra vida! De aquella postrera boqueada depende nada menos que, ó una eternidad de contentos, ó una eternidad de penas: constituye una existencia, que ha de ser ó para siempre feliz, ó para siempre desgraciada. Y si Jesucristo murió sobre una cruz, fue para que en aquel último instante tengamos la feliz suerte de hallarnos en su gracia.

Porque si no hubiéseis muerto por mí, amado Redentor mio, yo sin duda estaria perdida para siempre. Os doy, pues, repetidas gracias, diciéndoos que sois el amor mio, que en Vos pongo mi confianza, y que os amo mas que á todas las cosas.

Y á la verdad, ó creemos en Vos, ó no creemos lo que nos enseñais. Si acaso no os creemos, está demás que trabajemos por unas cosas que consideramos fabulosas; mas si por el contrario tenemos por verdadera vuestra doctrina, es demasiado poco lo que hacemos para merecer una eternidad feliz, y evitar al mismo tiempo una eternidad desgraciada.

El P. Vicente Caraffa decia á este intento, que si los hombres comprendiesen las verdades eternas, y confrontasen los bienes y los males presentes con los bienes y males de la eternidad, la tierra llegaria á convertirse en un desierto, porque entonces no habria ya quien se ocupase en los negocios de esta vida miserable.

¡Oh qué espanto se apoderará de nosotros, cuando

ya nos hallemos cercanos al último instante, y entre amargos suspiros digamos: ¡Ay de mí, de este crítico momento depende ó mi eterna felicidad, ó mi eterna ruina, ó el ser dichosísimo para siempre, ó el ser por los siglos de los siglos miserable y desventurado!

Pasan los meses ¡Dios de toda bondad! pasan tambien los años, ¡y no conocemos que en cada momento nos acercamos mas á la eternidad! Y ¿quién sabe si este mismo año ó este presente mes será el último de mi vida? ¿quién puede tampoco asegurar que este no sea ya el postrer aviso que Dios haya de darme para mi conversion?

Por lo tanto, no quiero, Señor de mi alma, no quiero por mas tiempo abusar de vuestras misericordias: aquí me teneis, hacedme conocer todo aquello que pretendeis de mí, supuesto que ya deseo obedeceros en todo.

Y ¿qué queremos esperar después de tantas luces celestiales, y voces amorosas con que Dios nos convidaba? ¿Acaso aguardamos á tener que llorar para siempre con los condenados, diciendo con Jeremías sin esperanza de remedio: *¡Ay, que ha terminado ya el verano, y nosotros no nos hemos salvado* ²⁰! Ahora, ahora es el tiempo de evitar estos males, supuesto que después de la muerte ya no tienen ningun remedio.

Razon pues tenia el P. M. Ávila para decir que aquellos cristianos, que creyendo la vida eterna, viven sin embargo olvidados de su Dios, merecian estar encerrados en una cárcel de locos.

Porque el negocio de la eternidad es un punto de

²⁰ Jer. viii, 20.

la mayor importancia. No se trata en él de adquirir una casa ó habitacion mas cómoda , ó mas espléndida, sino que se trata , ó de habitar en un palacio con todas las delicias imaginables, ó en un calabozo lleno de todos los tormentos.

Se trata , repito , ó de ser bienaventurado entre los Ángeles y Santos, ó de vivir desesperado entre la chusma de los desventurados enemigos de Dios. Y esto ¿será por muchos años? ¿Por cuántos siglos? ¿Será por ciento? será por mil? No, que ha de ser para siempre , por toda la eternidad , mientras Dios sea Dios.

Con qué segun esto , Padre amoroso , si yo hubiese muerto cuando he vivido en desgracia vuestra , os hubiera perdido para siempre. ¡Ay Señor mio! ¡y cuál será el estado de mi alma ! Os pido pues , Bien infinito, que si aun todavía no me habeis perdonado , que en este instante me perdoneis. Yo os amo , Señor , con toda mi alma , y me pesa de haberos ofendido mas que todos los males que experimente y haya experimentado. Nunca jamás quiero ya perderos por la culpa. Con todo el corazon tambien os amo , y deseo amaros sin la mas leve intermision. Tened piedad de mí.

Durante la vida , les hace poca impresion á muchos cristianos el oir los nombres de juicio , infierno y eternidad. Empero al presentarse la muerte , ¡ oh qué terror habrán de ocasionarles estas verdades ! siendo lo mas sensible el poco ó ningun fruto que entonces sacarán de ellas , pues que por lo comun no les servirán mas que para aumentar los remordimientos , la confusion y el espanto.

Por eso decia santa Teresa á sus monjas: *Hijas mías, una alma, una eternidad*: queriendo significar con decir *una alma*, que perdida esta, todo se ha perdido: y con nombrar *una eternidad*, daba tambien á entender, que si por desgracia se llegaba á perder una vez el alma, quedaba para siempre perdida.

¡Ah Señor de mi vida! ¿quién no tiembla? Esperadme un poco, concededme tiempo para llorar amargamente mis pecados. Mas que bastantes son los muchos años que he perdido; los dias que me queden de vida, quiero dedicarlos enteramente á Vos. Admitidme, Dios mio, en vuestro santo servicio, no me desechéis. •

Mas veo por otra parte, Padre amoroso, que nos esperais demasiado. Hagamos, pues, mucho aprecio, y aprovechemos este tiempo que por su misericordia se nos concede, á fin de que no tengamos que mezclarlo con amargos suspiros, cuando para nosotros haya terminado.

Un moribundo, Dios de bondad, cuánto no daria porque á su vida se le aumentase un otro dia mas, ó á lo menos una hora, y esto teniendo buena la cabeza, supuesto que el tiempo que se les concede á los que se ven ya cerca de espirar es poco á propósito para ajustar la conciencia. Porque no tiene duda que el espanto, los dolores, la fatiga del pecho y el aturdimiento de la calentura perturban é impiden entonces al entendimiento que haga un acto bueno. El alma en aquellos instantes, como encerrada en una lúgubre fosa, no ve mas que grande ruina que le amenaza, y contra la cual se encuentra exhausta de fuerzas para

resistirse: quisiera que se le concediese algun tiempo, pero advierte que son inútiles sus deseos, que este se le niega.

Oye entonces por el contrario que dice san Lucas: *Vendrá el Hijo del hombre á la hora en que menos penséis*²¹. De intento, pues, nos oculta Dios el tiempo de nuestra mortal visita, para que así estemos siempre apercibidos. *Estad preparados*, nos dice, porque los momentos en que la muerte se acerca no son propios para disponerse y rendir cuentas, sino para tenerlas entonces bien ajustadas; por lo que decia san Bernardo: *Para salir de este mundo victoriosamente, es necesario que en todos los momentos nos hallemos preparados para morir*.

Así lo deseo, Jesús mio, y baste ya el haberos ofendido tantas veces. Es llegado el tiempo en que principie de hoy en adelante á disponerme para terminar mi vida felizmente. No quiero, pues, abusar mas de vuestra paciencia. Deseo por el contrario amaros todo cuanto me fuere posible. Supuesto que os he ofendido mucho, tambien quiero amaros mucho.

¡Oh qué pena tan grande es la de tener que arrepentirse del propio descuido, cuando ya no queda tiempo para remediar aquello que se ha hecho mal!

Dice san Lorenzo Justiniano, que cuando llega la muerte á los mundanos, darian de buena gana todas sus riquezas por conseguir que se prolongase una hora mas su vida. Mas ¡ay qué desconsuelo! cuando se les diga: *¡Ya no hay mas tiempo!* Entonces el supremo Juez les mandará por medio de su ministro que partan

²¹ Luc. XII, 40.

sin la mas leve tardanza: *Sal de este mundo, alma cristiana.*

Tambien nos refiere san Gregorio, que estando para morir un cristiano, gritaba diciendo á los espíritus infernales: *Dadme tiempo siquiera hasta mañana.* Y que ellos le respondian: *Loco, muy bien que lo has tenido. ¿Por qué lo has dejado perder? Ya no hay mas tiempo.*

¡Ay Dios de mi alma! ¡y cuántos años he perdido yo tambien! Pero ya, Señor, os prometo que la vida que me queda no ha de ser por mas tiempo mia, sino que ha de ser toda vuestra. Haced por lo tanto que vuestro divino amor abunde en mí, que es en donde tambien ha abundado el pecado.

San Bernardino de Sena asegura que vale tanto como Dios un instante de tiempo; porque con un acto de verdadero amor ó de contricion podemos en cualquiera momento adquirir nuevos grados de la divina gracia.

Y san Bernardo igualmente afirma, que el tiempo es un tesoro que solamente se encuentra en esta vida. Por eso en el infierno prorumpen los condenados, repitiendo en amargo llanto: *¡Oh si lográsemos una hora! ¡oh si llegásemos á conseguir este corto término, para poder arrepentirnos y evitar de este modo nuestra eterna ruina!* En verdad que no es lugar de llanto el paraíso, y si pudiesen llorar los bienaventurados, las únicas lágrimas que derramaran serian al acordarse de haber perdido en la presente vida aquel precioso tiempo en el que pudieron haber adquirido mayor número de grados de gloria.

Yo pues, que he vivido tan descuidada, amado Redentor mio, no merezco vuestra piedad, pero la Pa-

sion tan dolorosa que sufristeis por mí es la esperanza que me anima. Ya quiero amaros mucho en esta miserable vida, para amaros tambien mucho en la otra. Ayudadme Vos, Señor, para ello, alargad esa vuestra mano poderosa á una infeliz pecadora, que desde ahora para siempre quiere ser toda vuestra.

¿Quién sabe, Padre amoroso, si habrá de asaltarme una muerte imprevista, que no me permita ni aun el mas corto término para poder ajustar mis cuentas? Entre tantos como han muerto de repente, y que estaban muy distantes de creer habian de espirar de aquella manera; al verse estos miserables en pecado grave, ¿qué será de su fatal suerte por toda una eternidad?

Por eso los Santos han creído hacer poco con haber estado preparándose toda su vida para acertar al fin de sus dias. Y cuando se le dió al P. M. Ávila la noticia de su fin próximo, dijo: *¡Oh si yo tuviese algun poco de tiempo mas para prepararme á bien morir!*

Y nosotros en vista de esto ¿qué esperamos? ¿Esperamos acaso á tener una muerte inquieta y desgraciada, para que ella sirva á otros de ejemplar de la divina justicia.

No sea así, Jesús mio, no quiero obligaros á que llegueis á abandonarme. Hacedme conocer cuál sea vuestra voluntad, pues que yo quiero cumplirla en un todo. Haced tambien que yo os ame, y nada mas os suplico.

Recuerdo que dice Jeremías: *Llamará contra mí el tiempo*²². Temblemos, pues, y no demos lugar á que el tiempo que ahora nos concede Dios por su infinita

²² Thren. 1, 15.

misericordia haya de llamarlo algun dia contra nosotros, para que sirva de juez contra nuestra ingratitud. *Caminad*, dice el Señor, *mientras que teneis luz* ²²; porque al llegar al término final: *Viene la noche, en la que nadie puede dedicarse al trabajo* ²³. Entonces, en el momento de espirar, faltando la luz de la vida, le sucede la noche, y como ya no se ve, tampoco es tiempo de hacer nada bueno.

Al considerar esto san Andrés Avelino temblaba diciendo: ¿Y quién sabe si yo me salvaré ó habré de condenarme? Siendo cierto, que mientras discurría de esta manera, se unia mas y mas con Dios. Empero nosotros ¿qué hacemos? Y ¿cómo es posible que aquel que está bien persuadido de que ha de morir, y que al instante ha de entrar en la eternidad, no se entregue á Dios enteramente?

Pues yo no quiero esperar ya mas, amado Redentor de mi alma, amor mio crucificado, no quiero esperar á abrazarme con Vos cuando cercana á la muerte, me presenten vuestra divina imágen; desde ahora, pues, os echo mis brazos, os estrecho sobre mi corazon, y renuncio á todo proponiendo no amar ya ninguna otra cosa mas que á Vos, que sois mi único bien: ¡Ó María, mi dulce madre! ligadme bien con mi Jesús, y haced que yo jamás me separe de su amor divino. Así sea.

²² Joann. xii, 35. — ²³ Ibid. ix, 4.

MEDITACION IV.

Del pecado.

Se pregunta ¿qué cosa sea el pecado mortal? Y se responde con santo Tomás y san Agustín: *Es una oposicion que se hace contra Dios*: es un volver de espaldas ó separacion ejecutada hácia el mismo Señor: es tambien un desprecio que se hace de su amor y de su gracia: es por último un perder el respeto á su Majestad y decirle en su misma presencia: Yo no quiero serviros, sino que trato de hacer aquello que me agrade, y nada me importa que Vos lleveis esto á mal, y que me priveis de vuestra amistad.

Para comprender cuán grande sea la malicia del pecado mortal seria necesario penetrarse bien de quién es Dios, y tambien quién es el hombre que por el pecado desprecia á este mismo Dios, ante cuya majestad son nada todos los Ángeles y Santos; y él sin embargo de ser un vil gusano de la tierra tiene el atrevimiento de despreciarlo.

Pero ¿qué mas? el hombre pecando no solamente desprecia á un Dios de infinita majestad, sino tambien á un Dios que le ha amado en tal extremo, que ha llegado á morir por un efecto de este mismo amor. De donde se infiere que no bastaria toda una eternidad para llorar una culpa mortal.

Además de esto ¿qué otra cosa hace el que así peca? ¡Ah! deshonra á un Dios de infinito poder, posponiéndolo á un poco de humo, á un desahogo de la ira, á una miserable y pasajera satisfaccion ó deleite. ¡Y

todo esto contra un Dios de tanta grandeza ! ; un Dios de infinita bondad !

Al considerar yo ¡ Señor de todo consuelo ! estas importantes verdades si no os viese sacrificado en una cruz por el mucho amor que me teneis, perderia toda la esperanza de perdon ; pero vuestra dolorosa muerte , Jesús amorosísimo , me llena de confianza : *En vuestras manos encomiendo mi espíritu*. Os encomiendo, pues , esta mi alma , por la cual habeis derramado vuestra sangre y habeis perdido la vida : haced , Señor , que ella os ame sobre todas las cosas , y que por la culpa no vuelva á perderos. ¡ Os amo desde luego , Jesús de mi corazon , amor mio y esperanza mia ! Y ¿ cómo será posible que yo me separe ya jamás de Vos , único bien mio , después de haberme hecho conocer lo mucho que me amais ?

¿ Cuánta es la pena que á nosotros nos causa el vernos ofendidos por una persona á quien hemos hecho beneficios ? Pues debemos conocer , que aunque Dios es incapaz de experimentar padecimiento alguno , si llegara á poder condolerse , moriria de tristeza y de dolor , al verse despreciado de una miserable criatura , por la cual se ha esmerado tanto , hasta dar su propia vida para redimirla.

¡ Oh malditos pecados los míos ! mil veces os detesto y abomino : vosotros habeis sido la causa de que yo haya disgustado á mi Redentor tan misericordioso , y que tanto me ha amado.

¡ Almas desgraciadas que estais condenadas en el infierno ! vosotras que cuando vivíais en el mundo , os atrevísteis á decir que el pecado era una cosa de poca consideracion ¡ infelices para siempre ! ahora , aunque

tarde, confesais, bien persuadidos que todos los tormentos que padeceis no son bastantes para castigaros de la manera que mereceis.

Preciso es convencernos de que el pecado es un mal gravísimo, supuesto que Dios, que es la misma misericordia por esencia, se ve obligado á castigarlo con un infierno eterno. Aun hay mas para que conozcamos su gravedad: para satisfacer por el pecado á la divina justicia, ha debido todo un Dios sacrificar nada menos que su misma vida.

¡Oh Dios inmenso! y sabiendo que el infierno es un castigo horrendo sobre toda ponderacion, con todo eso ¿no temblamos al acordarnos del pecado, que es el único que puede conducirnos al mismo infierno? Sabemos tambien que un Señor de tanta majestad y grandeza ha muerto solamente para perdonarnos los pecados cometidos; y en vista de todo esto ¿tendremos valor para volver á pecar?

La pérdida del mas pequeño bien de la tierra nos constituye en grande inquietud y tristeza; y la pérdida que hemos tenido de Dios, por causa del pecado, ¿no deberá llenarnos de dolor y afliccion, durante todo el curso de nuestra vida?

Yo os doy gracias, Señor, porque me concedeis tiempo para poder llorar las amarguras que vilmente os he ocasionado. Las aborrezco con todo el odio posible; comunicadme, pues, Jesús mio, aun mas dolor y mas amor, á fin de que yo llore las ofensas que contra Vos he cometido, no tanto por la pena merecida, cuanto por el disgusto que os he ocasionado, sabiendo que sois mi Dios amabilísimo.

¿Qué de inquietudes y de temores no tiene que sufrir un cortesano que teme haber ofendido á su príncipe? Y nosotros, después que sabemos de cierto que hemos disgustado á nuestro Dios, y que por algun tiempo hemos perdido su amistad, ¿habrémos de vivir tranquilos, sin experimentar un dolor permanente?

¿Cuánta es la precaucion y cautela de que usan los hombres para evitar el veneno, el que solamente puede matar el cuerpo? y después de esto, ¡ tanta negligencia para librarnos del maldito veneno del pecado, que á la vez quita la vida del alma, y nos hace perder á un Dios tan digno !

Nos dejamos prender del demonio para pecar, llevados de aquel engaño: *después lo confesaré*; con cuya nociva confianza han sido seducidas y transportadas al infierno por el enemigo innumerables almas.

Y yo ¡ Dios de mi vida ! ¡ cuántos años há que merecia estar en el mismo infierno ! A pesar de esto, Vos me habeis esperado, á fin de que yo para siempre bendiga vuestra misericordia, y para siempre os ame... Pues sí, Jesús mío, os bendigo y os amo; y tambien espero en vuestros méritos no separarme ya jamás del amor que de justicia os debo. Mas si después de tantas gracias como me habeis dispensado, volviese yo á ofenderos, ¿ cómo podré dejar de persuadirme que no habíais de abandonarme ? ¿ Acaso entonces hubiérais de concederme nuevamente el perdon ?

Es indudable que Dios usa de piedad, pero tambien es cierto que es con los que le temen, mas no con los que le desprecian. El ofender, pues, á este Señor porque usa de misericordia, es otra nueva culpa, ó

por mejor decir es provocarlo para que nos castigue.

Además de esto, el no obedecer á Dios atendiendo á que nos perdona, es quererse burlar de su divina Majestad. Pero debemos tener presente que dice el Espíritu Santo: *Dios no se verá burlado* ²⁵.

Podrá suceder que el demonio inspire con la tentacion diciendo: *¿Y quién lo sabe? bien puede ser que te salves, aunque cometas este pecado.* Y yo te digo, que al momento que pecas tú misma te echas la sentencia de condenacion para el infierno. *¿Y quién lo sabe?* repetirás; *bien podrá ser que aun con todo eso me salve...* Y tambien podrá ser, y acaso con mayor facilidad, que aun con todo eso te condenes. Y el gran negocio, el negocio mas importante que es el de la eterna salvacion; ¿es prudente aventurarlo á un *quién lo sabe?* ¿Y si entre tanto que así te obstinas, te asalta de pronto la muerte? Y aun cuando no llegue esta hora fatal, si Dios te abandona en manos de tu consejo, ¿qué habrá de ser de tí?

No, no, Dios de todo mi consuelo, no quiero ofenderos ya mas: baste lo mucho que hasta aquí os he ofendido. ¡Oh! ¡cuántos con menos pecados que los míos estarán ahora ardiendo en el infierno! Yo por lo tanto, Señor de toda bondad, no quiero ser ya por mas tiempo mia, sino que quiero ser vuestra, y enteramente vuestra. A Vos consagro desde luego toda mi voluntad y todo mi albedrío. *Vuestra soy, salvadme.* Salvadme pues del infierno, y antes de todo salvadme del pecado. Os amo de todo corazon, Jesús piadosísimo, y ya no quiero perderos jamás.

²⁵ Ad Gal. vi, 7.

Convienen los santos Padres en que Dios tiene determinado el número de pecados que han de perdonarse á cada uno. Por cuya causa, no sabiendo nadie de nosotros cuál es este número, debemos temer con sobrada razon, que añadiendo un nuevo pecado á los anteriores, el Señor nos abandone. ¡Y entonces!... Este, este temor de: *¿Quién sabe si Dios no me perdonará ya mas?* es el que debe servirnos de grande freno para no ofender á Dios en nada, viviendo seguros de que con este mismo temor nos salvaremos.

Y aquí es de advertir, que aquel que se encuentra mas favorecido de Dios con favores, llamamientos ó luces celestiales, debe temer tambien mas este abandono de la divina gracia.

Una religiosa que cae en cualquiera pecado mortal, se pone desde luego en gran peligro de ser abandonada de Dios; supuesto que este mismo pecado nace de refinada malicia; pues que se ha cometido en medio de tantas luces celestiales, ya de sermones, ya de meditaciones, ya de comuniones, ya de avisos ó advertencias de los superiores, y ya de buenos ejemplos de las demás hermanas.

Fundado en esto el angélico Doctor de la Iglesia dice: Que tanto mas crece el pecado en su gravedad, cuanto mayor es la ingratitud del que lo comete. Por lo que mil veces desgraciada puede llamarse aquella religiosa que hallándose enriquecida de Dios con distinguidos beneficios, se atreve no obstante á ofenderle mortalmente; y por eso se nota que el que se desprende de un lugar muy alto, no se dice que cae, sino que se precipita y se arruina.

¡Qué verdades tan convincentes, Jesús dulcísimo!
¡Y qué contraste forma vuestra conducta con la mia!
Vos usando de misericordias conmigo; y yo correspondiendo con injurias: Vos haciéndome bien de continuo, y yo frecuentemente despreciándoos. Mas ahora, desde este instante, con todo mi corazón os amo, y con este mismo amor quiero recompensaros todos los disgustos que os he ocasionado hasta el presente. Dadme luces, Señor, dadme fuerzas para ello.

Decia la madre sor María Strozzi, *que el pecado de una religiosa ocasiona horror en el paraíso, y obliga tambien á Dios á volverle las espaldas.*

Y es tambien cierto que todo el que no teme mucho al pecado mortal no está muy distante de caer en él. Conviene por lo tanto huir en todo lo posible sus peligrosas ocasiones.

Del mismo modo es conveniente evitar los pecados veniales deliberados. A este intento decia el P. Álvarez: *Las faltas pequeñas, pero que son voluntarias, no matan al alma, mas la ponen débil; por lo que acometiendo después cualquiera tentacion grave, no tendrá la fuerza necesaria para resistirla, y vendrá á caer del todo.* Tambien nos dejó escrito santa Teresa: *Dios nos libre del pecado de advertencia, por pequeño que sea.* Porque, segun decia la Santa, nos hace mas daño un pecado advertido que todos los demonios del infierno.

Pues yo no quiero, Jesús mio, no quiero ya disgustaros mas, ni en lo poco ni en lo mucho. Demasiado me habeis obligado á amaros. Deseo por lo tanto morir, antes que daros advertidamente el mas mínimo disgusto. Vos no merecíais, Señor, lo mal que me he por-

tado, sino que por el contrario, merecáis todo el amor mio, y yo conociéndolo ya así, quiero amaros con todas mis fuerzas. Concededme para ello vuestro amparo y ayuda.

Sin razon llaman algunos pequeño mal á las culpas veniales; porque ¿cómo puede llamarse mal pequeño todo aquello que desagrada á Dios?

Suele decir aquel que sin reparo comete las venialidades: *Para mí es bastante el salvarme.* Mas yo le contesto, que no sé cómo habrá de salvarse, continuando en esa vida indiferente, y oyendo á san Gregorio que habla de esta manera: *El alma no se detiene en donde cae, sino que siempre se va inclinando mas para abajo.* Y escribe tambien san Isidoro, que aquel que no hace caso de los pecados veniales, permite Dios que en castigo del poco amor que le tiene, caiga en culpas mortales. El mismo Señor dijo al beato Enrique Suson, que las almas que no procuran evitar los pecados veniales se hallan en mayor peligro que el que ellas se imaginan; porque viviendo en tal estado (añadió la revelacion) les es muy difícil el perseverar en la divina gracia.

Enseña acerca de esto el concilio de Trento, que sin un auxilio especial de Dios no podemos perseverar en su gracia. Y nadie puede dudar, que este auxilio lo desmerece demasiado aquel que le ofende con venialidades voluntarias, sin tener una verdadera resolucion de enmendarse de ellas.

¡Ay Señor de todo mi consuelo! no me castigueis segun yo tengo merecido. Olvidaos de tantos disgustos como os he dado, y no me priveis jamás de vuestros auxilios y de vuestra ayuda. Yo quiero ya de veras

enmendarme ; quiero ser enteramente vuestra. ¡ Oh Dios omnipotente ! aceptad esta mi ofrenda , y mudad mi corazon ; yo arrepentida así lo espero.

Oigamos con temor lo que el Señor dijo á la beata Juana de Foliño : *Aquellos que por mí son inspirados para caminar hácia la perfeccion , y que desentendiéndose entorpecen el alma , queriendo vivir por la via ordinaria, no solamente se verán abandonados por mí, sino que tambien serán malditos.*

Porque está claro que el que sirve á Dios, pero que atendiendo á sus propias satisfacciones no teme disgustarlo, da bien á entender que este mismo Señor no merece ser servido con mayor esmero. Declara, en suma, con su conducta, que este benignísimo Padre no es digno de tanto amor, que llegue á obligarnos á preferir su voluntad á nuestros gustos ó satisfacciones.

Y dice san Agustin que los habituales defectos son como una cierta sarna, la cual pone á nuestra alma asquerosa en tal extremo, que la priva de los abrazos amorosos de Dios.

¡ Ah Señor de mi vida ! Conozco estas verdades, y veo tambien que no me habeis abandonado, aunque yo muy bien lo merecia : dadme fuerzas, Padre amoroso, para salir de esta tibieza criminal. Yo no quiero ofenderos ya deliberadamente, y sí quiero amaros con toda mi alma : ayudadme para ello, Jesús mio ; en Vos pongo desde ahora toda mi confianza.

Decia san Francisco que era una astucia del demonio el ligar las almas primero con un cabello, para después amarrarlas con una cadena, y de este modo hacerlas sus esclavas. Guardémonos, pues, de dejarnos

atar con alguna de las pasiones. Un alma que está ligada con cualquiera de ellas, ó debe considerarse ya como perdida, ó está próxima á perderse.

Tambien decia la venerable madre María Victoria Estrada: *Cuando el demonio no puede lograr mucho, se contenta con poco; pero con aquello poco logrará después lo mucho.*

Sabemos que el Señor protesta que vomitará á los tibios... Estas son sus palabras: *Por cuanto eres tibio, principiare á vomitarte* ¹⁶. Y no significa otra cosa este vómito, sino el abandono que el mismo Señor hace de los tales, supuesto que causa horror el volver á tragarse lo que hemos arrojado ya del estómago.

Es en verdad la tibieza una calentura ética, que apenas se conoce, y á pesar de eso conduce á la muerte sin esperanzas de remedio, mediante á que pone al alma insensible á los remordimientos de la conciencia.

¡Oh Jesús mio! yo os suplico que por vuestra infinita piedad no me vomiteis, aunque sí lo merezco: no mireis, Señor, á mi grande ingratitud, sino mirad á las grandes penas que por mí habeis sufrido. Yo me arrepiento ya de todos los disgustos que os he ocasionado. Os amo ¡Dios de todo consuelo! y desde hoy en adelante quiero hacer para complaceros cuanto me fuere posible. ¡Oh dulce amor del alma mia! supuesto que yo os he ofendido mucho, haced que tambien os ame mucho en todo el resto de mi vida. ¡Oh piadosa Maria, consoladora esperanza de mi corazon arrepentido! socorredme, Señora, con vuestra intercesion poderosa. Así sea.

¹⁶ Apoc. III, 16.

MEDITACION V.

De la muerte.

Todos hemos de morir sin remedio. ¡Verdad la mas interesante! ¡verdad de la mayor trascendencia! Ni que sea mas tarde, ni que sea mas temprano, ninguno ha de librarse de la muerte. En cada siglo se llenan de gente nueva las casas y las ciudades, y hasta los mas ancianos que van quedando al fin van á sumergirse en los sepulcros.

Nacemos todos con el dogal al cuello, esto es, sentenciados á perder esta nuestra existencia. Suponiendo que sea nuestra vida tan prolongada como se quiera, al fin ha de llegar un dia, una hora que ha de ser la última para nosotros, la cual está ya tambien determinada.

¡Ay mi Dios! yo os doy gracias por la paciencia que habeis tenido en aguantarme hasta el presente. ¡Oh qué dichosa seria yo si hubiese muerto antes que pecar de manera alguna! Y ya que me concedeis tiempo para remediar los males pasados, iluminadme ó dadme á entender lo que quereis de mí, pues lo que deseo es obedeceros en un todo.

Dentro de pocos años, ni yo que escribo estas verdades, ni vos que las estais leyendo, viviremos ya mas sobre la tierra. Así como hemos oido tocar las campanas para los que han muerto en nuestro tiempo, así tambien algun dia los que ahora viven las oirán tocar para nosotros. Así como ahora leemos los nombres de los que nos han precedido escritos en los libros parro-

quiales, de la misma manera habrá otros que igualmente lean en el mismo libro nuestros propios nombres.

Para decirlo de una vez, no hay remedio alguno, todos hemos de morir indispensablemente, y lo que es mas terrible, es que se ha de morir una sola vez: ¡y si esta llega á salir errada, es un error que ha de durar para siempre!

¡Considerad ahora el espanto que se apoderará de vuestro corazon, cuando estando ya en el lecho del dolor se os dé el aviso de que recibais los Sacramentos, y que para ello no debeis perder un instante! Veréis entonces que harán salir precipitadamente de vuestra estancia á las amigas, á las compañeras, y que os quedais sola con el confesor y la enfermera á la puerta para poder asistiros y evitar que nadie entre.

¡Ó amado Jesús mio! yo no quiero esperar esta fatal hora de la muerte para ponerme enteramente en vuestras manos. Vos habeis asegurado que no sabréis desechar á un alma que de veras os busca, diciéndonos repetidas veces: *Buscad, y encontrareis*: Yo pues, amorosísimo Padre, os busco desde ahora, haced que al instante os encuentre.

Os amo de todo corazon, ¡bondad infinita! á Vos solamente quiero, y no apetezco ninguna otra cosa.

No faltará alguna compañera, que hallándose en tan terrible trance, y que en medio de sus falaces tratos é intrigas con el mundo, oiga decir: *Hermana mia, os hallais gravemente enferma; preparaos para morir*. ¡Qué perturbacion y espanto se apoderará de ella! Quisiera entonces la infeliz ajustar bien sus cuentas; pero ¡ay!

que el horror y la confusion en que se halla la ponen en tan lamentable estado de estolidez, que ya no sabe lo que se hace.

Todo cuanto ella ve y todo cuanto oye en aquellos momentos, todo le causa pena y el mayor espanto. Entonces tambien se le convierten en espinas atormentadoras todas las cosas del mundo: espinas los recuerdos de las diversiones que ha tenido; espinas los puntillos de honra que tanto la habian alarmado, y las vanidades que ostentaba; espinas las amigas que la han apartado de Dios; espinas los vanos adornos de su celda; espinas, en suma, todas las cosas mundanas que la imaginacion le representa.

¡Oh qué espanto le causará entonces el discurrir de esta manera: *Yo dentro de poco tiempo me veré ya fuera de esta miserable vida, y no sé cuál de las dos eternidades habrá de tocarme, si será la de felicidad eterna, ó la de eterna desgracia!* ¡Ó Dios omnipotente! ¡y qué horror tan asombroso causan entonces á los pobres moribundos las solas palabras de juicio, de infierno y de eternidad!

Pues yo arrepentida, firmemente creo que tuvisteis la dignacion de morir por mí: espero por lo tanto mi salvacion en vuestra divina sangre: os amo tambien, bondad infinita, y de todo corazon me arrepiento de haberos ofendido. ¡Ay Jesús mio! esperanza mia, y mil veces amor mio, tened, Señor, piedad de mí pecadora.

Imaginaos ahora que veis á una monja acometida de la última enfermedad. Poco antes andaba ella por el convento muy ufana, burlándose de otras compa-

ñeras, queriendo figurar entre ellas y aun dominarlas: mírala ya colocada en un triste lecho, que ha quedado sin fuerzas, aturdida, y que no habla, ni ve, ni entiende.

¡Ay qué mutacion tan repentina é imponente! la misérable no piensa ya en sus devaneos, ni en sus vanidades: solamente tiene fijo en su pensamiento, y aun delante de sus ojos, la cuenta que ha de rendir á Dios. Por una parte las hermanas suyas que la rodean en su cama (¡de las cuales las unas lloran, las otras suspiran, y algunas permanecen en un profundo silencio!) por otra parte el confesor que la está asistiendo, con la junta de médicos que se forma: todo, todo con señales terminantes de grande cuidado y espanto. La enferma en medio de todo esto ya no está en disposicion de reirse, como acostumbraba, ya no piensa mas en divertirse; pero sí piensa solamente en la fatal noticia que le han dado de que su enfermedad es muy grave, que no ofrece esperanzas de vida, que es de muerte.

Ve la pobre que no hay remedio; que entre aquella confusion, que entre aquella tempestad de dolores, de aflicciones y de grandes temores es absolutamente preciso el disponerse para partir de este mundo. Pero ¿cómo ha de disponerse si el tiempo que le queda ya es muy corto? ¿si la mente está enteramente ofuscada? Á pesar de todo, no hay remedio: es preciso despedirse para siempre del mundo, y hacerlo sin la mas leve tardanza: aparezca, pues el proceso bueno ó malo.

Y ¿cuál será mi muerte, Dios mio, cuando llegue este terrible trance? No quiero de manera alguna, no

quiero morir con tanta incertidumbre de mi salvacion. Quiero si mudar de vida. Concededme, Jesús amoroso, vuestros auxilios, supuesto que estoy resuelta á amaros con todo mi corazon desde hoy en adelante. Ea, unidme mas y mas á Vos, y no permitais que ya jamás me aparte de vuestra amistad y gracia.

Si hubiéseis de morir en esta misma noche ¿cuánto dariais por un año mas, ó á lo menos porque se prolongase otro mes vuestra vida? Pues es preciso que os resolvais á hacer ahora aquello que os será imposible practicar cuando la muerte se aproxima.

Y ¿quién sabe si este presente año, si el corriente mes, y acaso tambien el dia de hoy habrá de ser el último de vuestra existencia?

Podrá asegurarse tambien, en medio de esta incertidumbre, que no quisiérais morir en el mismo estado en que ahora os hallais. Y ¿os atreveréis sin embargo de esto á continuar viviendo de la misma manera que hasta el presente? Os compadeceis con razon de las personas que han muerto de repente, porque no han tenido tiempo para prepararse bien, purificando sus conciencias; y ¿teniendo vos todo el tiempo necesario no tratais de disponeros para tan terrible trance?

¡Oh Dios de suma bondad! no quiero obligaros á que os olvideis de mí. Os doy infinitas gracias por las misericordias que conmigo habeis usado; dadme desde luego vuestros auxilios para mudar de vida. Veo que por vuestra clemencia quereis mi salvacion; pues yo tambien quiero, Señor mio, salvarme, para poder alabaros y amaros por toda la eternidad.

Al acercarse ya la muerte, se os presentará el Cru-

cifijo, y os dirá el sacerdote que en aquella hora ha de ser Jesucristo vuestro único refugio, amparo y consuelo.

Y es de advertir que para los moribundos que han amado poco á este Señor habrá de servirles entonces, no de consolacion, sino de espanto. Mas por el contrario ¿de cuánto consuelo no les será á aquellas almas que por su amor han dejado todas las cosas?

Pues Vos ¡Jesús mio dulcísimo! habeis de ser desde hoy el único amor que yo tenga, tanto en vida como en muerte, repitiendo siempre: *Dios mio y todas mis cosas.*

¡Oh qué terror tan grande ocasiona á los moribundos que están en mala conciencia el solo nombre de *eternidad!* Por esta causa, cuando se ven en tan amargo trance, no quieren que se les hable sino acerca de sus padecimientos, de los buenos médicos y de las medicinas ó remedios mas eficaces; y si llega á proponérseles algo sobre el bien del alma, al punto se incomodan, mudan la conversacion, y salen diciendo: *Dejadme por caridad que descanse un poco.*

Y ¿qué mayor espanto que el que experimentará en aquel triste lance una religiosa que no ha tratado de vivir en el cumplimiento de sus votos; al mirar entonces el sagrado velo y el hábito propio de su religion; el cual le recordará y aun le reprenderá interiormente haber sido una monja solo en el nombre y en el traje, pero nada de esto en la realidad de los hechos?

Dirá la infeliz en medio de su amargura. *¡Oh si pudiese lograr algun tiempo para reformar la vida que he tenido!* Mas el ministro del Altísimo le contestará con la

santa Iglesia: *Retírate de este mundo, alma cristiana...* *Llamad otros médicos, dirá ella; haced experiencia de otros remedios.* Pero ¡qué médicos, ni qué medicinas! ha llegado ya la hora, no hay mas espera, es preciso en este momento salir de este mundo y pasar á la eternidad.

Y aquí es de advertir que esta sentencia: *Retírate de este mundo*, no ocasiona espanto, sino consuelo á los que aman á Dios, conociendo que ya ha llegado la hora de que tambien se retiren de ellos los peligros de perder al sumo Bien que aman.

Continuará el sagrado ministro diciendo: *Hoy descanses en el lugar de la paz, y tu morada sea en la santa Sion.* Como si le dijera: Reine la paz en el lugar en donde vas á tener tu habitacion en el presente dia, y la casa de esta tu residencia sea el Paraíso celestial. ¡Bello y muy placentero anuncio para aquel que muere con una probable certeza de estar en gracia de Dios!

¡Ay mi amado Jesús! yo espero en los méritos infinitos de vuestra sangre que habréis de conducirme á ese lugar santo de la paz, en el que llena de gozo pueda deciros: *¡Oh amado de mi alma, ya no tengo temor alguno de perderos!*

Añadirá el mismo sacerdote: *Tened compasion, Señor, de sus gemidos, apiadaos de estas lágrimas que derrama.* ¡Ay Dios mio! no quiero yo esperar á tener que llorar en la hora de la muerte las ofensas que contra Vos haya cometido: desde ahora las detesto, y hasta las maldigo: de ellas me arrepiento con todo mi corazon, y aun quisiera morir de dolor y de pena por haberlas cometido. Os amo entrañablemente ¡bondad in-

finita! y deseo con las mayores veras de mi alma vivir siempre y espirar llorando y tambien amando.

Concluirá el sagrado ministro del altar su oracion diciendo: *Reconoced, Señor, esta vuestra criatura, la cual no ha sido criada por algunos dioses falsos, sino que la habeis criado Vos solo, que sois Dios vivo y verdadero.* ¡Oh Señor mio! ¡qué consuelo tan grande el que yo sea criatura vuestra! Y supuesto tambien que para Vos he sido criada, no permitais que nunca me separe de Vos. Si yo en otro tiempo os he despreciado, ahora os amo, Esposo de mi alma, mas que á mí misma, y á Vos solamente quiero amar para siempre.

Al presentarse el sacerdote con el santísimo Viático, temblará ciertamente aquella persona que haya amado poco á Jesucristo. Mas por el contrario, la que no haya amado otra cosa mas que á este divino Señor, abundará entonces en grande confianza y ternura, viendo á este su amorosísimo Padre que va para acompañarla y enriquecerla en el viaje de la eternidad.

Al tiempo de recibir el Sacramento de la Extremauncion nos recordará el demonio todos los pecados que por medio de los sentidos hemos cometido. Procuremos por lo tanto llorarlos con el mayor arrepentimiento antes que la muerte se aproxime.

Luego que la moribunda haya recibido todos los Sacramentos, se retirarán de su habitacion las parientas, las amigas y demás personas que la acompañaban, y la dejarán ya sola con el Crucifijo.

¡Oh amado Jesús mio! cuando en aquella triste hora todos me hayan desamparado, no me abandoneis Vos, por vuestra misericordia infinita: *En Vos, Señor, he*

puesto yo mi esperanza , y nunca jamás me veré confundida.

Hé aquí que ya comienza á aparecer el sudor frio : los ojos se oscurecen ; se ponen morados los labios ; se levanta el pecho ; se agita la respiracion ; pónense frias las manos y los piés ; van faltando las pulsaciones ; se estira la enferma en forma de cadáver , y comienza ya la agonía . ¡ Ay qué desconsuelo ! ya se halla la infeliz cerca de espirar y del terrible tránsito .

Fáltale después el aliento ; la respiracion se ve interrumpida ; ya aparecen las señales ciertas de la próxima muerte . El confesor entonces enciende la candela , la pone en manos de la moribunda , y comienza á decirle , para que repita y forme los actos que pertenecen á la hora de espirar : ¡ Oh lúgubre candela ! tú que entonces te presentas con una luz tan desconsoladora , alumbras nuestras almas en estos dias de salud , pues que poco habrán de servir entonces tus resplandores , cuando ya há terminado el tiempo de poder remediar lo que mal se ha practicado .

¡ Ay Dios de toda bondad ! á la funesta luz de esta candela ¡ qué contraste habrán de formar las vanidades de este mundo y las repetidas ofensas que contra un Señor omnipotente se han cometido !

Repara finalmente como ya espira la moribunda , y en aquel mismo instante , que es el último de su vida , acaba para ella el tiempo , y principia la eternidad . ¡ Oh momento el mas importante y decisivo , ó de una felicidad eterna , ó de una interminable desventura !

¡ Jesús mio amoroso , misericordia . Perdonadme , y unidme estrechamente con Vos , á fin de que yo no os

pierda de manera alguna en aquel espantoso momento.

Luego que haya espirado la moribunda, volviéndose el sacerdote á los circunstantes, les dirá: *Dios guarde á vuestras reverencias: esto ya ha terminado...* ¿Qué ha espirado ya?... Si, ya está muerta. *Descanse en paz. Descanse en paz: descanse en paz, habiendo muerto en paz con Dios; pero si ha muerto en desgracia de este Señor, ¡pobre de ella! no tendrá paz la infeliz de manera alguna, mientras que Dios sea Dios.*

Al momento se hace la señal con la campana, y corre tambien por la calle la noticia de su fallecimiento. Unos dicen: *Era cortés, pero tambien era poco devota.* Otros añaden: *¿Quién sabe si se habrá perdido?* Las parientas y aun las amigas no quieren oír hablar de ella, á causa de la pasión que le tenían, y si alguna persona suscita la conversacion sobre su conducta, le contestan: *No la menteis ya mas por caridad.*

Ved aquí en lo que ha venido á parar aquella que antes era la diversion del convento, y qué ahora viene á ser el horror, ó la que causa miedo y espanto á todas sus hermanas. Entrad después en su celda, y allí no la encontraréis ya jamás: su estancia, su cama, sus muebles y demás pertenencias suyas ya se van distribuyendo entre las demás; y ella ¿en dónde está? ¡ay qué desengaño! el cuerpo se halla en la sepultura, y el alma en la eternidad.

Si acaso quereis verla, descubrid aquel hoyo, y miradla con atencion: no la veréis ya pulida y con el rostro acicalado, sino hecha una podredumbre, de la que naciendo los gusanos y royendo de continuo, hacen que á pedazos vayan cayéndose los labios y las meji-

Has; por manera que dentro de pocos dias no quedará otra cosa mas que un fétido esqueleto, el que con el tiempo será dividido ó disuelto, separándose el cráneo del tronco, y todos los huesos los unos de los otros. ¡Qué triste desengaño!

Hé aquí finalmente á lo que pronto habrá de reducirse este nuestro miserable cuerpo, por medio del cual ofendemos á Dios de tantas maneras.

¡Oh Santos del cielo! Vosotros sí que lo entendísteis bien, pues que teniendo siempre mortificados vuestros cuerpos, tambien ahora son venerados vuestros huesos sobre los altares, y vuestras almas bellas están gozando de la vista de Dios, esperando placenteras el dia final, en el que vuestros cuerpos vayan á seros compañeros en la gloria de que gozais, así como tambien participaron de las penas que por el nombre de Dios padecísteis.

¡Ay! si yo me viese ahora en la eternidad ¿qué no quisiera haber hecho en el servicio de este soberano Señor? Asomándose san Camilo de Lelis á las sepulturas de los muertos, decia: *¡Oh si estos estuviesen ahora vivos, qué no harian para alcanzar la vida eterna! Y yo que estoy vivo y sano, ¿qué es lo que hago? Y nosotros todos los que vivimos en el mundo ¿qué hacemos?*

¡Oh Señor de mi alma! tened misericordia de mí, no me reprebeis por causa de mis ingratitudes. Confieso desde luego que otros os han ofendido entre las tinieblas de la ignorancia, mas yo he pecado contra Vos en medio de la luz de tantos auxilios. ¡Ay Dios de toda bondad! ¡y cuánto me habeis iluminado, para que llegase á conocer el agravio que os hacia pecando,

y cuando ingrata despreciaba tambien todos vuestros llamamientos y especiales gracias, y os volvia con obstinacion las espaldas! ¡Oh Jesús mio! Vos que sois mi única esperanza, no me sirvais de terror y espanto en aquel memorable dia de mis angustias, que deberá ser sin duda el de mi muerte. Así sea.

De la muerte de los justos.

Dice san Bernardo que la muerte de los justos se llama preciosa, porque ella es el fin de los trabajos y la puerta ó entrada para la verdadera vida. Es por cierto la muerte un justo premio para los Santos, y esto principalmente porque tambien es el término de sus padecimientos, de las pasiones, de los combates y de los temores de perder á Dios por el pecado.

Aquel: *Retirate alma cristiana*, que pronuncia el sacerdote auxiliante, y que tanto atormenta á los mundanos, no causa sentimiento alguno á los Santos, pues que á ellos no les da pena el dejar los bienes de la tierra, mediante á que solamente Dios ha sido toda su riqueza: no sienten el dejar los honores, supuesto que ellos los han despreciado: no el dejar los parientes, pues que únicamente han amado á Dios. Por lo tanto, así como durante el tiempo de su vida han estado siempre diciendo: *Dios mio y todas mis cosas*; de la misma manera, y aun con mayor alegría, repiten esto mismo á la hora de su muerte.

Tampoco les afligen entonces los dolores de la muerte; antes por el contrario se llenan de gozo al tener que ofrecer á Dios aquellos últimos restos de su vida, como

en señal de su amor; uniendo el sacrificio de su propia existencia al sacrificio que de los mismos hizo Jesucristo muriendo por su amor entre dos ladrones.

¡Oh qué gran contento ocasiona á los Santos el pensamiento de que ya se acaba para ellos el tiempo de poder cometer algun pecado, y el peligro de perder á un Dios tan amable! ¡Oh qué alegría la de abrazarse entonces con el Crucifijo y poder decirle amorosamente: *Yo dormiré con Vos mismo, y descansaré entre la paz y las delicias.*

Tambien es verdad que el demonio ha de procurar entonces inquietarnos con la representacion de nuestros pecados; pero si ya los hemos llorado, y además de esto hemos amado de corazon á Jesucristo, sin duda que este Señor habrá de consolarnos; supuesto que su infinita bondad se interesa mas en nuestra salvacion que lo que el demonio se interesa en perdernos.

Además de esto, la muerte, como ya se ha dicho, es puerta ó entrada para la vida. Dios es sumamente fiel en sus promesas; y sabe muy bien consolar entonces á las almas que le han amado. Tambien entre los mismos dolores de la muerte les hará percibir ciertos gustos anticipados del paraíso celestial. Aquellos actos de confianza y de amor de Dios, aquellos vivos deseos de verle cuanto antes, harán sin duda que ya comienzan á disfrutar de aquella paz deliciosa que han de gozar en lo eterno. ¡Qué placer les causará especialmente el santísimo Viático á los que puedan decir entonces con san Felipe Neri: *Aquí está el amor mio, aquí está el amor de mi alma!*

Debemos por lo tanto temer, no ya la muerte, sino

el pecado que es el que en verdad la hace infeliz y desastrada. El P. La-Colombiere, gran siervo de Dios, decia: *Es moralmente imposible que tenga mala muerte aquel que en vida ha sido fiel á Dios.*

Y se ve tambien que muchas veces los que aman de veras á este bondadoso Señor, desean que llegue la muerte, para poder unirse eternamente con él: siendo señal de amar poco á tan dignísimo Padre el no desear verle y gozarle lo mas pronto que sea posible, segun y conforme á los altos designios de su voluntad adorable.

Aceptemos, pues, ya desde ahora nuestra muerte, desprendiéndonos al mismo tiempo de todas las cosas de la tierra, supuesto que teniendo esta resolucien al presente, redundará en mérito propio; y dejándolo para luego, no solamente habrá de suceder á la fuerza, sino que tambien será con peligro de perdernos.

Vivamos de continuo, como si cada dia hubiese de ser el último de nuestra existencia. ¡Oh y cómo vive bien aquel que siempre vive teniendo á la vista la muerte!

¡Oh Dios, consuelo de mi alma! ¿cuándo llegará aquel dia en que yo tenga la dicha de veros y amaros cara á cara? Conozco, Señor mio, que no merezco un bien tan grande; pero vuestras adorables llagas, Redentor amoroso, forman toda la esperanza mia. Yo os diré con san Bernardo repetidas veces: *Vuestras llagas son mis méritos.* Por eso tambien me lleno de confianza para atreverme á deciros con san Agustin: *Ea, Señor mio, llegue la hora en que yo muera, para que ya pueda veros.* Haced, pues, que pronto me separe de este mun-

do, á fin de que pronto tambien os contemple y con Vos me abrace, teniendo la seguridad de no haber de separarme ya jamás de vuestro lado. ¡Oh dulce María, madre mia muy amada! ante todo pongo mi esperanza en la divina sangre de Jesucristo, y después en vuestra intercesion, para poder salvarme y llegar á alabaros, tributaros acciones de gracias, y eternamente amaros en el paraíso celestial.

MEDITACION VI.

Del juicio.

Figuraos, mi querida hermana, que estais ya moribunda y aun agonizando, de manera que no os queda ya mas que una hora de vida, ó acaso menos tiempo. Imaginaos tambien que dentro de poco deberéis presentaros delante de Jesucristo, supremo juez de vivos y muertos, para darle estrecha cuenta de toda esta vuestra vida. ¡Ay qué comparecencia tan formidable! entonces no tendréis en verdad cosa que mas os aterre y que llene de espanto que vuestra mala conciencia. Es necesario por lo tanto tener bien ajustadas las cuentas, antes que llegue aquel tremendo dia en que es preciso darlas.

Cuando entonces estemos para pasar á la eternidad, ¡qué conjunto de circunstancias tan amargas habrán de presentarse! la acusacion de los pecados cometidos, la desconfianza que inspirará el demonio, la incertidumbre de la suerte que ha de tocarnos, ¡oh gran Dios! ¡y en qué tempestad de confusiones, temores y congojas habrá de sumergirnos todo esto! Abracémo-

nos, pues, desde ahora con Jesucristo y con la santísima María, para que cuando llegue aquel terrible trance no nos abandonen.

¡Ay, qué espanto causará entonces el pensamiento de que dentro de pocos momentos deberemos ser juzgados por Jesucristo! Preguntóle el confesor á santa María Magdalena de Pazzis, cuando se hallaba gravemente enferma, ¿qué por qué temblaba de aquella manera? A lo que ella respondió: *¡Ah Padre mio, que es una cosa la mas grande el tener que comparecer á la presencia de Jesucristo, juez soberano é inexorable!*

Ea pues, acordaos, Jesús de mi vida, acordaos, repito, de que yo soy una de aquellas vuestras ovejas, que amorosamente habeis redimido con vuestra divina sangre: así os lo suplico, diciéndoos con la Iglesia: *Socorred pues, os rogamos, á vuestros siervos redimidos con vuestra preciosa sangre.*

Es comun sentencia de los santos Padres que en el mismo lugar y en el mismo instante en que el alma espira es juzgada por Jesucristo. Así que, en aquel mismo momento se forma el proceso, se da la sentencia, y se ejecuta.

¡Oh fatal momento! en el que se decide la suerte feliz ó desgraciada que en la eternidad ha de tener cada uno de nosotros.

Cuando pensaba en el juicio el venerable P. Luis de la Puente temblaba de tal manera, que tambien hacia temblar el aposento en donde se encontraba.

¡Ah Jesús mio omnipotente! si en esta presente hora quisiérais ya juzgarme, ¿qué habia de ser de mí? Padre eterno y tambien Dios de toda majestad, no mi-

reis mis pecados, mirad si el rostro de vuestro Ungido, lleno de misericordia y de bondad. Yo me arrepiento, Señor, de todas las ofensas que contra Vos he cometido: dirigid la vista hácia la sangre y las llagas de vuestro amado Hijo, y tened piedad de mí.

Separada que ya sea el alma del cuerpo, acaso durarán todavía algunos de los asistentes si habrá espirado ó no; mas ella es indudable que ha entrado ya en la eternidad. En seguida el sacerdote, habiéndose asegurado de su muerte, rociará con el agua bendita el cadáver, y después invocará á los Santos y á los Ángeles, para que acudan al socorro de aquella alma, diciendo con la Iglesia: *Venid aquí, Santos de Dios, Ángeles del Señor salidle al encuentro.* Mas si ella ha tenido la desgracia de perderse, no podrán socorrerla ya jamás ni los Ángeles ni los Santos.

Vendrá entonces Jesús á juzgarnos, presentándose-nos con las mismas llagas que por nosotros recibió en su pasion dolorosa. Estas divinas llagas servirán de consuelo á los penitentes que durante su vida mortal han llorado con un verdadero dolor todos sus pecados; empero causarán grande espanto y confusion á los pecadores que hayan muerto en la impenitencia final.

¡Oh gran Dios! ¡y qué pena tan extremada experimentará un alma la primera vez que llegue á ver indignado á este Juez supremo! Será sin duda esta pena mayor que el mismo infierno.

Verá entonces el alma la terrible majestad del mismo Juez: verá cuánto ha padecido por amor suyo este divino Salvador: verá las muchas misericordias que con ella ha usado, y los poderosísimos medios de que se va-

lió para redimirla: verá tambien entonces la vanidad de los bienes mundanos, y la inestimable grandeza de los bienes eternos: verá en suma todas estas y otras verdades, pero sin fruto alguno. ¡Ay qué terribles desengaños! Entonces ya se habrá acabado el tiempo de reparar los errores. Todo lo hecho, hecho se queda para siempre y sin ningun remedio.

¡Amado Redentor mio! haced que tenga yo la dicha de encontraros benigno y apacible la primera vez que llegue á veros; y por lo tanto, comunicadme ahora vuestras divinas luces ó poderosos auxilios, concediéndome tambien las fuerzas necesarias para poder reformar mi vida. Yo quiero ya siempre amaros. Si es verdad que en el tiempo pasado he despreciado vuestra divina gracia, desde ahora ya la estimo mas que todos los reinos del mundo.

¡Cuánta será la consolacion que experimentará en la hora de su juicio todo aquel que por el amor de Jesucristo se haya desprendido de todas las cosas de la tierra, que tambien haya amado los desprecios, que haya mortificado su cuerpo, y para decirlo de una vez, que no haya amado mas que á Dios!

¡Qué alegría recibirá al oir que se le dice con el Santo Evangelio: *Entra, siervo mio; supuesto que eres bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor: alégrate ya una y mil veces, por haberte salvado, y no haber el menor temor de perderte jamás!*

Por el contrario, el alma que sale de esta miserable vida en pecado, antes que Jesucristo la condene se condenará ella misma, y se declarará como rea ó merecedora del infierno.

¡Oh dulce Maria! ¡oh mi grande abogada y madre la mas compasiva, rogad por mí á Jesús vuestro divino Hijo! Ayudadme ahora que podeis protegerme; pues que en aquella ocasion tan lamentable me veriais perecer y sin poder socorrerme.

Lo que haya sembrado el hombre, eso mismo segará, segun afirma el Apóstol ²⁷. Que quiere decir, que en el juicio se viene á coger lo que en vida se haya sembrado. Veamos, pues, las cosas que hemos sembrado hasta el presente; y en vista de ello, hagamos tambien ahora lo que en trance tan amargo quisiéramos haber hecho.

Si en este dia, y aun dentro de pocas horas hubiéramos de ser presentados al juicio, ¿cuánto daríamos por un año mas de vida? Y á pesar de esto ¿en qué vendrémos á emplear los años que nos quedan de ser peregrinos en este valle de lágrimas?

El abad Agaton, pensando en el juicio, y después de llevar muchos años de penitencia, exclamaba con mucho asombro: ¿Qué será de mí cuando llegue á ser juzgado? Y el santo Job tambien lleno de espanto se preguntaba á sí mismo: *¿Qué haré yo cuando Dios se levante para juzgar? ¿y qué le responderé cuando principie á hacerme cargos* ²⁸? Y nosotros ¿qué responderémos á Jesucristo cuando nos pida cuenta de tantos beneficios como nos ha dispensado, y de la mala correspondencia que siempre hemos tenido?

¡Oh Dios mio y vida mia! *no entregueis á las bestias de las pasiones las almas que os confiesan.* Verdad es que yo no merezco de manera alguna el perdon; pero

²⁷ Gal. vi, 8. — ²⁸ Job, xxxi, 11.

Vos no quereis, y aun me mandais que no desconfie de vuestra misericordia: salvadme pues, Señor; sacadme libre del lodazal de tantas miserias como me combaten. Yo quiero de veras enmendarme, ayudadme para ello.

La causa que habrá de ventilarse en llegando el punto de nuestra muerte, es una causa que importa, ó en la que media nada menos que ó nuestra felicidad, ó nuestra ruina, una y otra eterna. Infiérese desde luego la necesidad que hay de que pongamos todo el cuidado posible para conseguir la victoria en una causa tan interesante y de tanta trascendencia. Considerando cualquiera esto mismo, no puede menos de decir: *Así es*. Pues supuesto que todos conocemos que es así, ¿por qué no lo dejamos todo, para entregarnos á Dios enteramente?

*Buscad al Señor, mientras que puede hallarse, nos dice un Profeta*²⁹. Aquel que viéndose ya en el juicio, advierte que ha perdido á su Dios, no puede encontrarlo ya nunca jamás: mas estando en vida, lo busca, y tiene la gran fortuna de hallarlo.

¡Ah Jesús mio! si he despreciado vuestro amor en el tiempo pasado, separándome de los caminos de vuestra ley, ahora ya no busco otra cosa mas que amaros y tambien ser amada de Vos. Haced, pues, que os encuentre, como la esposa de los Cantares, para no soltaros ya jamás, ¡oh Dios de mi alma y de todo consuelo!

Me despido para siempre de vosotros ¡necios del mundo! Quedaos con Dios para siempre; en el valle

²⁹ Isai. LV, 6.

de Josafat os espero. Allí conociendo vuestro error, mudaréis en un todo vuestras ideas. Allí tambien lloraréis vuestra ignorancia y locura, pero todo ello sin esperanza de remedio.

Y vosotras, almas atribuladas en este mundo falaz, alegraos una y mil veces, alegraos. En aquel final dia se convertirán todas vuestras penas en delicias, en celestiales placeres del paraíso. *Vuestra tristeza*, dice el Santo Evangelio, *se convertirá en gozo*.

¡Qué bello espectáculo, digno de toda admiracion formarán entonces los Santos que en este mundo son ahora tan despreciados! ¡Y qué horrenda perspectiva presentarán tambien tantos miserables príncipes y reyes que estarán condenados!

Jesús mio amoroso, crucificado y sufriendo los mayores desprecios! yo me abrazo con el árbol santo de vuestra cruz. ¡Quién apetece nada del mundo! ¡quién desea sus placeres! ¡quién busca sus honores! Yo, Dios mio, á solo Vos quiero, y ninguna otra cosa mas.

¡Ay cuánto horror y espanto causará en aquel dia á los réprobos el verse desechados por Jesucristo con aquella pública sentencia de condenacion: *Apartaos de mí malditos!* ¡Ah Jesús mio! que yo tambien he merecido por algun tiempo una tal sentencia: mas ahora espero ó tengo gran confianza de que me habréis perdonado. ¡Ah! no permitais, Señor, que yo jamás me separe ya de Vos; pues que os amo, y espero que con vuestra divina gracia he de seguir siempre amándoos.

¡Qué júbilo por el contrario no experimentarán los escogidos, al oir que Jesucristo los convida para que vayan al paraíso con aquella dulce invitacion: *Venid,*

benditos de mi Padre! ¡Amado Redentor mio! por el valor infinito de vuestra preciosa sangre espero ser yo tambien contada en el número de estas almas tan afortunadas, para poder eternamente amaros, estando de continuo abrazada con vuestros piés amorosos como la Magdalena.

Avivemos, pues, nuestra fe, y consideremos que ha de llegar un dia en que ciertamente nos veamos en aquel espacioso valle, ó á la derecha entre los escogidos, ó á la izquierda entre los condenados. Arrojémonos por lo tanto á los sagrados piés del Dios crucificado; demos una ojeada hácia nuestras almas, y si por desgracia conocemos que aun no están bien preparadas para comparecer ante Jesucristo, procuremos el remediarlo ahora que se nos concede este tiempo tan precioso. Desprendámonos tambien, ó separemos el afecto de todo aquello que no fuere Dios, uniéndonos á la vez con el mismo Jesucristo, lo mas íntimamente que podamos, por medio de las oraciones, de la frecuente comunión, de la mortificación de los sentidos, y sobre todo valiéndonos de las súplicas: estando seguros de que será una señal comprobante de nuestra predestinacion el poner en práctica estos poderosos medios, que Dios para nuestra salvacion nos ha proporcionado.

Pues yo, Jesús mio y mi juez supremo, no quiero ya perderos jamás, sino que deseo siempre amaros. Desde ahora tambien os amo sobre todas las cosas, ¡amor mio dulcísimo! Yo os amo repetiré mil veces, y por eso en la primera ocasion en que llegue á veros como mi juez, espero deciros humilde y confiadamente: *Señor, castigadme si quereis, segun lo he merecido, castigadme*

desde luego ; pero no me priveis de vuestro amor : haced pues, benignísimo Padre mio , que yo siempre os ame, y que siempre sea amada de Vos, y después de esto, disponed de mí lo que os agradare. Así sea.

MEDITACION VII.

Remordimientos que tendrá en el infierno una religiosa que se condene.

El mayor tormento que tendrá el condenado en el infierno , será él mismo ; á sí mismo será insufrible, agitado por los remordimientos de su propia conciencia : *Su gusano nunca muere* **, dijo Isaías. Este gusano que nunca morirá , antes bien siempre estará royendo, significa el remordimiento eterno que tendrán en el infierno los condenados. Pero ¡ay de mí ! ¡qué gusano tan cruel será el de una religiosa que se condena el pensar por cuán poca cosa se ha perdido ! ¿Es así , pues, dirá ella , que por unas pocas satisfacciones pasajeras y envenenadas he perdido el paraíso y á Dios , y que me he condenado á estar en esta cárcel de tormentos para siempre ? ¡Ay necia de mí !

Yo dejé al mundo , me encerré entre cuatro paredes , me privé de mi libertad : ¡mas ay ! que después por haber dejado á Dios he vivido una vida infeliz, para parar finalmente á este encendido horno de fuego á tener una vida mucho mas infeliz. Dios me dió tantas luces , tantos medios para salvarme , y yo , ¡infeliz de mí ! he querido condenarme.

²⁰ Marc. ix , 47.

¡Ay Jesús mio! así estaria yo en estas horas clamando en el infierno, si me hubiéseis hecho morir en aquel dia en que estaba en pecado. Os doy gracias por las misericordias que habeis usado conmigo, y detesto de veras las ofensas que os hecho. Si me hallase en el infierno, no podria amaros mas; pero ya que ahora, gracias á Vos, puedo amaros, quiero amaros con todo el corazon. Os amo, ¡mi Dios! ¡mi amor! ¡mi todo! os amo con el mas vivo amor.

Al presente ¿qué nos parece nuestra vida pasada sino un sueño, sino una sombra, sino un momento? ¿Qué le parecerá, pues, al condenado la vida de cuarenta ó cincuenta años que habrá vivido en este mundo? ¿Qué le parecerán los años del infierno? ¡Ah! después que se habrán pasado cien millones y mil millones de millones de años, verá que su eternidad infeliz será para él como si entonces comenzase. ¿Qué le parecerán entonces aquellos miserables deleites por los cuales se habrá perdido eternamente? ¿Es así, dirá, que por aquellos malditos gustos, que desaparecieron casi en un instante, habré de estar ardiendo siempre en este horno voraz, abandonado de todos, por toda la eternidad?

¿Qué otro remordimiento tan cruel para el condenado será el pensar cuán poco debia hacer para salvarse? Dirá: Si yo hubiese perdonado aquella injuria, si hubiese vencido aquel respeto humano, si hubiese huido aquella ocasion, no me habria perdido.

¿Qué me hubiera costado apartarme de aquella conversacion, privarme de aquel placer maldito, ceder de aquel puntillo? Y aunque me hubiese habido de

costar mucho, ¿no debía hacer cualquier sacrificio para salvarme? ¡Pero ay! que no lo hice, y ahora ya no tiene remedio mi ruina eterna.

Si hubiese frecuentado los Sacramentos, si no hubiese dejado la oracion, si hubiese continuado la lectura espiritual, si me hubiese encomendado á Dios, no habria vuelto á caer. Tantas veces he propuesto hacerlo, y con todo no he cumplido: alguna vez comenzaba; pero porque no continuaba, ¡ay! ¡que por eso me veo condenada!

¡Oh Dios del alma mia! ¡cuántas veces os he prometido que os amaria, y no obstante de nuevo os he vuelto las espaldas! Ea, por aquel afecto con que me amásteis pendiente en la cruz muriendo por mí, dadme dolor de mis pecados, dadme vuestro amor, dadme la gracia de recurrir puntual á Vos, siempre que me veré en la tentacion.

¡Qué saetas tan crueles para una religiosa que se ha condenado, las luces, las llamadas, y todas las demás gracias que Dios le concedió estando en el convento, cuando dirá desesperada: *¡Infeliz de mí! yo podia haberme santa, y ser para siempre feliz, y ¡ahora he de ser infeliz para siempre!*

La pena mayor del condenado será el ver que se ha perdido voluntariamente y por su propia culpa, no obstante que Jesucristo llegó hasta morir para salvarle. *Pues un Dios, dirá él, dió la vida para salvarme, y ¡yo necio he querido por mi misma voluntad echarme á arder en esta fragua de fuego eterno! ¡Oh paraíso perdido! ¡oh Dios perdido! ¡ay desgraciada de mí!* Estos son los lamentos que continuarán por toda la eterni-

dad los infelices condenados en medio de su rabiosa desesperacion.

¡Oh Dios mio, de mí despreciado y perdido! haced que yo os halle de nuevo, ahora que para mí hay todavía tiempo para volver á hallaros. A este fin hacedme participar, amado Redentor mio, de aquel dolor que de mis pecados sentisteis Vos en el huerto de Getsemaní. Me arrepiento de ellos, ¡Dios mio! siento mas que todo otro mal el haberos ofendido. Admitidme á vuestra gracia, ¡Jesús mio! mientras protesto que quiero amaros á Vos, y que no quiero amar á otro que á Vos.

Representaos un enfermo que padece acerbos dolores de entrañas, y que no hay quien se apiade de él; y que antes bien, de los que están á su alrededor, quién le injuria, quién le echa en cara sus desórdenes, quién le pisa con rabia; pero ¡ay! que mucho peor es tratado el condenado en el infierno. Padece todos los tormentos, y los padece sin que haya ni siquiera uno que tenga compasion de él.

Pudiese á lo menos el condenado en medio de aquel fuego amar á su Dios, que justamente le castiga... ¡Mas ay! que esto no es posible. Al mismo tiempo que conoce que Dios es sumamente amable, se ve forzado á pesar suyo á aborrecerle. Esto es el infierno, no poder amar al sumo Bien, á un Dios que es infinitamente amable: ¡oh qué tormento!

Si los condenados pudiesen conformarse con la voluntad de Dios, como se conforman ahora en medio de sus trabajos las almas buenas, el infierno no seria mas infierno. Pero ¡ay! rabiara el infeliz condenado

como escuerzo rabioso bajo el látigo de la divina justicia; y su rabia no le servirá sino para aumentar su pena.

Pues, ¡Jesús mio! si yo estuviese en el infierno, ¿no podría amaros mas, y tendría que aborreceros para siempre? Y ¿qué mal me habeis hecho para que yo haya de aborreceros? Vos me habeis criado, Vos habeis muerto por mí, Vos me habeis hecho tantas gracias particulares, aquí está el mal que me habeis hecho. ¡Ay Señor! castigadme como querais, mas no me priveis de poder amaros. Os amo, ¡Jesús mio! y quiero amaros siempre, por toda la eternidad.

Pensad qué horror experimentará una alma al entrar en el infierno. ¡Ay de mí! dirá, *¿ya estoy condenada? ¿ya me he perdido?* Irá la infeliz pensando si habrá remedio para ella, y verá que su mal será irreparable para siempre: *¡ay! ¡que ya no hay remedio!*

Pasarán mas millones de siglos que gotas de agua no hay en el mar, que granos de arena no hay en la tierra, que letras no hay en los libros, que hojas no hay en los árboles: pero ¡ay! ¡que para el pobre condenado será el infierno como si comenzase aquel día! A lo menos pudiese lisonjearse el infeliz diciendo: *¿quizá si un día acabará este infierno para mí?* Mas no, no hay *quizá* en el infierno. Está cierto el condenado de que todas aquellas penas que padece en cada instante, las ha de padecer por toda la eternidad, para siempre para mientras Dios será Dios. ¡Oh Dios! se cree en el infierno, ¿y hay quién peca? ¡Qué atrevimiento! ¡qué insensatez!

Mayor será la pena de aquellos que han considerado

muchas veces el infierno, y no obstante pecando se han condenado voluntariamente. Ea, no perdamos tiempo; dejémoslo todo, y abracémonos con Jesucristo. Para evitar el infierno, todo cuanto hagamos es poco. Temblemos: el que no tiembla no se salvará.

¡Ay Jesús mio! vuestra sangre, vuestra muerte son mi esperanza. Que me abandonen todas las criaturas con tal que no me abandonéis Vos. Veo ya que Vos no me habeis abandonado, pues todavía me convidais con el perdón, si quiero arrepentirme de mis pecados; y me ofreceis vuestra gracia y vuestro amor, si quiero amaros. Sí, ¡Jesús mio, vida mia, tesoro mio, amor mio! si que quiero llorar siempre las ofensas que os he hecho, y quiero amaros con todo mi corazón. ¡Dios mio! si os he perdido alguna vez, ya no os quiero perder mas. Decidme qué quereis de mí, que en todo quiero contentaros. Haced que viva y muera en gracia vuestra, y disponed de mí como querais. ¡Oh María! ¡oh esperanza mia! tenedme siempre bajo vuestro manto, y no permitais que yo tenga jamás la desgracia de perder á Dios. Así sea.

MEDITACION VIII.

Del amor á Jesús crucificado.

¡Ay Jesús mio! ¿y qué prueba mayor podiais darme del amor que me teneis, cómo mejor hacérmelo conocer, que sacrificando vuestra vida en el patíbulo infame de una cruz para satisfacer por mis pecados, y conducirme con Vos al paraíso?

Se humilló hecho obediente hasta la muerte, y muerte

de cruz ²¹. Pues el Hijo de Dios por amor á los hombres, obedeciendo al eterno Padre, que le queria muerto por nuestra salvacion, ¿se humilló hasta morir, y morir crucificado? Y ¿habrá hombres que crean esto, y no amen á este Dios?

¡Ay Jesús mio! ¡cuánto os ha costado el hacerme comprender que Vos me amais mucho! y ¡yo os he correspondido no obstante con ingratitudes! Ea, admitidme ahora á amaros, pues que no quiero abusar mas de vuestro amor. Os amo, sumo Bien mio, y quiero amaros siempre. Vos, Señor, excitad siempre en mí la memoria de las penas que sufristeis á mi favor, para que yo me acuerde siempre de amaros.

¡Ay Dios! hablan algunas personas de la pasion de Jesucristo, ú oyen hablar de ella sin sentimiento alguno de amor ó de agradecimiento, como si ella fuese una fábula, ó bien como si fuese la pasion de una persona desconocida, ¡qué poco nos importa! ¿Cómo es posible?

¡Oh hombres! ¿por qué no amais á Jesucristo? Decidme, ¿qué mas podia haber hecho este nuestro Redentor para hacerse amar de vosotros, que morir en un mar de desprecios y de dolores? ¿que morir en una cruz?

Si el mas vil de todos los hombres hubiese padecido por nosotros los tormentos que padeció Jesucristo, ¿podríamos excusarnos de tenerle afecto y de mostrarle toda nuestra gratitud?

Mas, ¡Jesús mio! ¿por qué hablo á los otros, y no á mí misma? ¿Cuál ha sido hasta al presente mi gra-

²¹ Phil. 11.

titud para con Vos? ¡Infeliz de mí! no he pagado vuestro amor sino con los desprecios que de Vos he hecho, y con los disgustos que os he dado.

Ea, ¡Señor! perdonadme; de hoy en adelante quiero amaros, y quiero amaros mucho. ¡Cuán ingrata os sería, si después de tantas finezas vuestras, después de tantas misericordias que habeis usado conmigo, os amase poco!

Consideremos que este hombre de dolores, clavado en aquel árbol de oprobio, es nuestro verdadero Dios, y que en él no por otra causa está padeciendo y muriendo, sino por nuestro amor.

Creemos, pues, que Jesucristo crucificado es nuestro Dios, y que muere por nosotros, y ¿podremos amar otra cosa que á Jesucristo?

¡Oh bellas llamas de amor! vosotras que consumisteis la vida del Salvador en el Calvario, venid, y consumid en mí todos los afectos terrenos. Haced que yo arda siempre de amor para con este Dios, que quiso morir y sacrificarse todo entero por mi amor.

¡Qué espectáculo fue para los Ángeles ver al Verbo divino pendiente de un patíbulo, y que moria para salvarnos á nosotros miserables criaturas suyas!

¡Ah Salvador mio! Vos no me habeis negado la sangre y la vida, ¿y yo os negaré mi afecto? ¿os negaré ninguna cosa que Vos me pidais? No: Vos os habeis entregado todo á mí, yo tambien me entrego toda á Vos: sin reserva alguna á Vos me entrego ¡oh mi Dios y Señor!

¡Alma mia! mira sobre el Calvario á tu Dios crucificado y moribundo; observa cuánto padece, y después

dile: Vos, Jesús mio, porque me habeis amado mucho, mucho sois afligido y atormentado en esa cruz; menos afligido seríais, si menos me hubiéseis amado.

¡Ay amado Redentor mio! ¡y qué multitud de dolores, de ignominias y de aflicciones internas os atormentan sobre esa cruz! Vuestro sacrosanto cuerpo está pendiente de tres clavos de hierro, y no descansa sino sobre vuestras llagas: la gente que os rodea no hace sino burlarse de Vos y blasfemaros: vuestra bella alma en vuestro interior está mucho mas afligida que el cuerpo. Decidme, ¿y por qué tanto padeceis? Vos me respondeis: Todo lo padezco por tu amor: acuérdate, pues, del afecto que te he tenido; y ama á quien tanto te ama.

Sí, ¡Jesús mio! quiero amaros. ¿Y qué quiero amar, si no amo á un Dios muerto por mí? En el tiempo pasado, amor mio, os desprecié; mas ahora no tengo mayor pena que acordarme de los disgustos que os dí, y no deseo otra cosa que ser toda vuestra. ¡Ay Jesús mio! perdonadme, y atraed á Vos mi corazón: llagadlo, heridlo, é inflamadlo todo de vuestro amor.

Consideremos cuán amorosos fueron los sentimientos de Jesucristo cuando presentó sus manos y piés para ser clavado en la cruz, ofreciendo en aquel entonces su divina vida al eterno Padre por nuestra salvacion. ¡Mi amado Salvador! cuando pienso lo mucho que os cuesta mi alma, ¿cómo puedo desconfiar del perdon? Por grandes y muchos que sean mis pecados, no quiero desconfiar de salvarme, viendo que Vos habeis satisfecho superabundantemente por mí. ¡Jesús mio, esperanza mia y amor mio! cuanto os he ofendido, tanto

quiero amaros: os he ofendido mucho, quiero amaros mucho. Vos que me dais este deseo, Vos mismo habeis de ayudarme.

¡Padre eterno! *mirad el rostro de vuestro Hijo*. Mirad á vuestro Hijo moribundo sobre aquella cruz: mirad aquella cara cárdena, aquella cabeza coronada de espinas, aquellas manos taladradas, aquellas carnes despedazadas: aquí teneis la víctima sacrificada á mi favor: á Vos la presento, tened piedad de mí.

Nos amó, y nos limpió de nuestros pecados con su sangre ²². ¿Por qué hemos de temer que nuestros pecados nos impidan el hacernos santos, si Jesucristo de su misma divina saugre hizo un baño para limpiar de ellos á nuestras almas? Basta que nos arrepintamos de ellos, y queramos enmendarnos.

Jesucristo pendiente de la cruz pensaba en nosotros, y desde ella nos preparaba todas las gracias y misericordias que después nos ha dispensado, con tanto amor, como si no tuviese que salvar sino á cada alma en particular. ¡Oh bondad!

Así es, ¡Salvador mio! Vos desde la cruz veiais ya las ofensas que yo habia de haceros; y en vez de castigarme aparejábais luces, llamadas amorosas y perdón. ¡Ay Jesús mio! ¿y deberá suceder jamás que después de tantas gracias haya de volver á ofenderos, y á separarme de Vos? ¡Ay Señor! no lo permitais. Si no os he de amar, enviadme la muerte. Os diré con san Francisco de Sales: *Ó morir ó amar; ó amar ó morir*. Así sea.

²² Apoc. 1, 5.

REFLEXIONES

Y AFECTOS DEVOTOS

SOBRE LA PASION DE JESUCRISTO,

SIMPLEMENTE EXPUESTA,

segun la describen los sagrados Evangelistas.

INTRODUCCION.

Asegura san Agustin que no hay cosa mas útil para conseguir la eterna salvacion que el pensar todos los dias en las penas que por nuestro amor ha padecido Jesucristo: *Nihil tam salutiferum, quam quotidie cogitare, quanta pro nobis pertulit Deus Homo.* Y antes habia ya escrito Orígenes, que no puede ciertamente reinar el pecado en aquella alma que con frecuencia considera la muerte de su Salvador: *Certum est, quia ubi mors Christi animo circumfertur, non potest regnare peccatum.* Reveló además de esto el Señor á un santo solitario no haber un ejercicio mas eficaz para encender en un corazon el amor divino que el meditar la pasion de Nuestro Redentor. Por eso decia el P. Baltasar Álvarez, que la ignorancia de los tesoros que tenemos en Jesús padeciendo por nosotros, era la ruina de los cristianos; y bajo tal concepto, él decia á sus penitentes que no pensasen haber hecho cosa alguna, mientras no llegasen á tener siempre fijo en el corazon á

Jesús crucificado. Las llagas de Jesucristo, aseguraba tambien san Buenaventura, son llagas que hieren los corazones endurecidos, é inflaman las almas mas he-ladas: *O vulnera*, así exclamaba el Santo, *corda saxea vulnerantia, et mentes congelatas inflammantia*.

Sentado este principio, escribió sabiamente un cierto autor (*el P. Croisset sob. las Dom. tom. 3*) que nada nos descubre mejor los tesoros que están encerrados en la pasion de Jesucristo, que la sencilla historia de sus mismos padecimientos. Es lo bastante para que una alma fiel llegue á inflamarse en el amor divino, el considerar solamente la narracion que nos hacen acerca de esto los sagrados Evangelios, y mirar con ojos de cristiano todo aquello que el Salvador ha sufrido en los tres principales teatros de su pasion; á saber, en el huerto de las Olivas, en la ciudad de Jerusalem, y sobre el monte Calvario. Son en verdad bellas y buenas las muchas contemplaciones que sobre la pasion nos han dejado escritas los autores devotos; pero tambien es cierto que hace mas impresion en un cristiano una sola palabra de la sagrada Escritura, que ciento y que mil contemplaciones ó revelaciones que se escriban como tenidas por algunas personas devotas, supuesto que las mismas Escrituras sagradas nos aseguran que todo cuanto en ellas se contiene es cierto, y con certeza de fe divina. Bajo este concepto, yo he querido, á beneficio y consolacion de las almas enamoradas de Jesucristo, poner en órden y referir sencillamente, añadiendo solo algunas breves reflexiones y afectos, lo que nos dicen sobre la pasion de Jesucristo los sagrados Evangelistas, los que ciertamente nos suministran materia para

meditar ciento y mil años, y para que al mismo tiempo nos inflamemos en santa caridad para con nuestro Redentor amabilísimo.

¡Oh Dios! ¿Cómo es posible que un alma que tiene fe y considera los dolores y las ignominias que por nosotros ha sufrido Jesucristo, no arda de amor para con su divina persona, y no conciba fuertes resoluciones para hacerse santa, á fin de no ser ingrata á un Dios tan amante? Fe necesitamos ciertamente; porque á la verdad si esta virtud sobrenatural no nos lo asegurase, ¿quién jamás pudiera creer aquello que realmente ha hecho un Dios por amor nuestro? *Semetipsum exinivit formam servi accipiens* ¹. ¿Quién al ver á Jesús nacido en un establo, podrá creer que es aquel mismo que se ve adorado de los Ángeles en el cielo? Y el que lo mire que va fugitivo á Egipto para librarse de las manos de Herodes, ¿creerá que él es el Omnipotente? El que lo considere agonizando de tristeza en el huerto ¿habrá de creerlo felicísimo? Verlo atado á una columna, pendiente de un patíbulo, ¡y creerlo al mismo tiempo Señor del universo!

¡Qué asombro no causaria el ver á un rey, que llegaba á hacerse gusano, que se arrastrase por la tierra, que se introdujese en un lodazal, y desde allí principiase á dictar leyes, á nombrar ministros y á gobernar el reino! ¡Oh fe santa, revélanos tú quién es Jesucristo, quién es este hombre, que aparece vil como todos los demás hombres! *Verbum caro factum est* ². San Juan nos asegura que él es el Verbo eterno, y el unigénito de Dios. Y ¿cuál fue la vida que este hombre

¹ Phil. II, 7. — ² Joan. I, 14.

Dios tuvo sobre la tierra? Oigamos cómo nos la refiere el profeta Isaías: *Et vidimus eum... despectum, et novissimum virorum, virum dolorum*². Él quiso ser el hombre de dolores, *virum dolorum*, en lo que se nos declara que Jesucristo quiso ser afligido con todos los dolores, y que no tuvo un momento en el que se viese libre de ellos: fue, pues, el varón de dolores, y el hombre de desprecios, *Despectum, et novissimum virorum*; sí, porque Jesús fue el mas despreciado y maltratado, y como si fuese el último y el mas vil de todos los hombres. ¡Un Dios atado como un malhechor por unos perversos ministros! ¡un Dios azotado como si fuese un esclavo delincuente! ¡un Dios tratado como rey de una farsa! ¡un Dios que al fin muere clavado en un leño infame! ¡Qué impresion no deben hacer estos prodigios en quien los cree! Y ¡qué deseos no deben tambien infundirnos de padecer por Jesucristo! Dice acerca de esto san Francisco de Sales: *Todas las llagas del Redentor son otras tantas bocas que nos enseñan cómo debemos padecer para imitarle. Esta es la ciencia de los Santos, el padecer constantemente por Jesús; y de esta manera llegaremos tambien nosotros á santificarnos pronto. Y ¡de qué amor no quedarémos inflamados en vista de las llamas que en el seno del Redentor se hallan! ¡Ah! ¡qué dicha el poder ser abrasados del mismo fuego con que se abrasa nuestro Dios! Y ¡qué gozo tambien el estar unidos ó ligados á Dios con las cadenas del amor!*

Mas ¿por qué miran tantos fieles á Jesucristo sobre la cruz con ojos indiferentes? Asisten, es verdad, en la Semana Santa á la celebracion de su muerte; pero

² Isai. LIII, 2, 3.

sin algun sentimiento de ternura ni de agradecimiento, como si entonces se hiciera memoria de una cosa que no fuese verdadera, ó que á nosotros no nos interesase. ¿Acaso no saben, ó no creen lo que nos dicen los Evangelios de la pasion de Jesucristo? Yo respondo y digo, que bien lo saben y lo creen, pero no se paran á considerarlo. ¡Ah! el que lo cree y piensa en ello, no es posible que deje de inflamarse de amor para con un Dios que tanto padece, y que llega á morir por el grande amor que nos tiene: *Caritas Christi urget nos*, escribe el Apóstol *: en lo que quiere decirnos, que en la pasion del Señor, no tan solamente debemos considerar los dolores y los desprecios que padece, sino tambien el amor con que sufre tales padecimientos; supuesto que Jesucristo ha querido sufrir todo esto, no solo por salvarnos, pues que para esto bastaba una simple peticion suya, sino principalmente para darnos á entender el afecto que nos tiene, y por este medio conquistar nuestros corazones. ¡Ah! ¡y cómo sucede que un alma que reflexiona sobre este amor de Jesucristo no puede menos que amarle! *Caritas Christi urget nos*. Sentirásela atraída y casi obligada por fuerza á dedicarle todo su afecto. Y á este fin ha muerto Jesucristo por todos nosotros, para que tambien todos no vivamos mas para nosotros, sino solamente para este amantísimo Redentor, que por nuestro bien ha sacrificado su divina vida.

¡Oh felices vosotras, almas amantes, dice Isaías, que meditaís con frecuencia la pasion de Jesucristo! *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris* *. Vosotras;

* II Cor. v, 14. — * Isal. xii, 3.

pues, sacaréis aguas permanentes de amor y de confianza de estas felices fuentes de las llagas que tiene abiertas vuestro Salvador. Y ¿cómo habrá de poder jamás desconfiar de la divina misericordia cualquiera pecador, por enorme que sea (siempre que se arrepienta de sus culpas), á la presencia de Jesús crucificado, sabiendo que el eterno Padre ha puesto sobre este su amado Hijo todos nuestros pecados, para que él satisficiera por nosotros? *Et posuit Dominus in eo iniquitates omnium nostrum* *. Ni ¿cómo podemos tampoco temer, añade san Pablo, que Dios llegue á negarnos ninguna gracia, después de habernos dado á su propio Hijo? *Qui etiam proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit* ?

* Isai. LIII, 6. — ? Rom. VIII, 32.

§ I. — *Jesús entra en Jerusalem.*

Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam, et pullum filium subjugalis *. Acercándose ya el tiempo de la pasión, parte Nuestro Redentor de Betania para entrar en Jerusalem. Consideremos aquí la humildad de Jesucristo en querer entrar en aquella ciudad montado en un pollino, aquel que era el Rey del cielo. ¡ Oh Jerusalem ! ¡ ve ahí á tu Rey como viene á ti humilde y manso ! No temas ya que él se presente para reinar dentro de tus muros, ó para tomar posesión de tus riquezas, sino que entra por tus puertas todo lleno de amor y de piedad, solo con el fin de salvarte y darte

* Matth. XXI, 5.

la vida con su muerte. Entre tanto aquel pueblo, que ya hacia algun tiempo que lo veneraba por sus milagros, y especialmente por el último que habia obrado resucitando á Lázaro, le sale desde luego al encuentro. Unos tienden sus vestidos en el camino por donde debia pasar; otros esparcen ramos de árboles para tributarle el honor posible. ¡Oh! ¿quién hubiera sido capaz de decir entonces que aquel Señor, recibido con tantos honores, deberia después de pocos dias comparecer allí mismo como un reo, condenado á sufrir la muerte, y con una pesada cruz sobre sus hombros?

¿Y quereis, amado Jesús mio, hacer esta entrada tan gloriosa para que después, cuanto mayor haya sido el honor que ahora recibais, tanto mas ignominiosa sea tambien entonces vuestra pasion y vuestra muerte? Estas mismas alabanzas que al presente os está dando esta ingrata ciudad, habrá de cambiarlas dentro de pocos dias en injurias y en maldiciones. Ahora os dicen: *Hosanna Filio David, benedictus qui venit in nomine Domini* *. Gloria á Vos, Hijo de David, siempre seais bendito, supuesto que venís por nuestro bien en el nombre del Señor; y luego después alzarán la voz diciendo: *Tolle, tolle, crucifige eum*. Dirán á Pilatos: Quítanos de nuestra vista á ese malvado, crucifícalo pronto, y no lo presentes mas adonde lo veamos. Ahora para obsequiaros se despojan ellos de sus vestidos, y después os quitarán los que teneis puestos para azotaros y crucificaros. Ahora tenian palmas para colocarlas debajo de vuestros piés, y después tomarán ramos de espinas para traspasar vuestra cabeza. Ahora os dirigen tantas ben-

* Matth. xxi, 9.

diciones, y después os dirán tantas contumelias y blasfemias. Preséntate tú allí, alma mia, y dile con afecto y agradecimiento: *Benedictus qui venit in nomine Domini*. Amado Redentor mio, por siempre seais bendito, ya que habeis venido á salvarnos; y si no hubiéseis verificado esta vuestra venida, todos nos encontrábamos perdidos.

Et ut appropinquavit, videns civitatem, flevit super illam *. Luego que Jesús estuvo cerca de aquella infeliz ciudad, la miró, y principió á llorar, considerando su ingratitud y su ruina. ¡Ah Señor mio! al llorar Vos entonces la ingratitud de Jerusalem, llorábais tambien al mismo tiempo la ingratitud y la ruina del alma mia. Llorábais sí, amado Redentor de mi vida, al ver el daño que yo misma me he buscado con apartaros de ella, y haberos obligado á que me condenáseis al infierno, después que habeis muerto por salvarme. ¡Ay! dejadme llorar á mí, pues que á mí sola me corresponde el llanto, considerando el agravio que os hice con ofenderos y separarme de Vos, después que tanto me habeis amado. Eterno Padre, por aquellas lágrimas que vuestro divino Hijo derramó entonces en beneficio mio, concededme un grande dolor de mis pecados: Y Vos, ¡oh amoroso y tierno corazon de mi Jesús! tened piedad de mí, supuesto que detesto sobre todo otro cualquiera mal los disgustos que os he ocasionado, y que tambien resuelvo no amar á ninguna otra cosa fuera de Vos.

Habiendo ya entrado Jesucristo en Jerusalem, y después que se hallaba fatigado, por haber estado todo el

* LUC. XIX, 41.

dia predicando y curando enfermos, llegada que fue la tarde, no hubo uno que le convidase á reposar en su casa; por lo que se vió obligado á volverse otra vez á Betania. ¡Oh dulce Señor mio! si los demás os desprecian, yo no quiero despreciaros. Hubo, es verdad, un tiempo infeliz, en que yo ingrata os apartaba de mi alma; mas ahora estimo mas el estar unida á Vos, que el poseer todos los reinos de la tierra. ¡Ay Dios de mi vida! ¿quién será capaz de separarme ya de Vos en ningun tiempo?

§ II. — *Consejo de los magistrados y traicion de Judas.*

Collegerunt ergo Pontifices, et Pharisei concilium, et dicebant: Quid facimus, quia hic homo multa signa facit? Ved aquí como en el mismo tiempo en que Jesús se ocupaba en beneficiarlos á todos con gracias y con milagros, se unen los primeros personajes de la ciudad para maquinar la muerte de este mismo autor de la vida. Oigamos qué es lo que dice el impío pontífice Caifás: *Expediit vobis, ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat* *. Y desde aquel dia, dice el mismo san Juan, discurrían aquellos inicuos cómo encontrarian el medio de quitarle la vida. ¡Ah judíos! no andeis vacilando, porque este vuestro Redentor no huye, no, mediante á que ha venido de intento á la tierra con el deseo de morir, y con su propia muerte librarós á vosotros y á todos los hombres de la muerte eterna.

Mas reparad ahora como Judas se presenta ya á los

* Joan. xi, 47. — * Ibid. 50.

pontífices y les dice: *Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam* *. ¡Oh qué alegría tuvieron entonces los judíos, nacida del odio que tenían á Jesucristo, al ver que uno de sus mismos discípulos queria hacerle traicion y ponerlo en sus manos! Al recordar este paso podemos considerar el júbilo (por decirlo así) que tiene el infierno, luego que una religiosa, acostumbrada á vivir ya por muchos años en la casa de Dios y en la escuela de Jesucristo, viene tambien á venderlo por cualquiera miserable bien, ó por una vil satisfaccion.

Mas ¡ó desgraciado Judas! ya que quieres vender á tu Dios, procura á lo menos que den el precio que vale. Él es un bien infinito; merece, pues, tambien un precio infinito. Pero ¡ay Dios mio, que has venido á verificar la venta nada más que por treinta dineros! *At illi constituerunt ei triginta argenteos* *. Infeliz alma mia, deja al apóstol Judas, y dirige hácia tí el pensamiento. Dime, ¿por qué precio has vendido tú tantas veces al demonio la gracia de Dios? ¡Ay Jesús mio! yo me avergüenzo de comparecer en vuestra divina presencia, al considerar las injurias que contra Vos he cometido. ¿Cuántas veces os he vuelto las espaldas, posponiéndos á un capricho, á un empeño, ó á un placer vil y momentáneo? Bien sabia yo entonces que con aquel pecado perdía vuestra amistad, y no obstante esto he querido voluntariamente cambiarla por nada. Dichosa yo si hubiese muerto primero que cometer este grande ultraje contra Vos. Me duelo y me arrepiento, Jesús mio, con todo el corazon, y quisiera por el dolor de ello perder mi propia vida.

* Matth. xxvi, 15. — * Ibid.

Consideremos ahora la benignidad de Jesucristo, que sabiendo muy bien el contrato que habia hecho Judas, con todo eso, al verle, no lo despide de su vista, no lo mira de reojo, sino que lo admite á su compañía, y aun tambien á su mesa; y si le advierte su traicion, es con solo el fin de ganarlo con su arrepentimiento; y viendo que estaba muy obstinado, llega hasta postarse delante de él, y á lavarle los piés para poder enternecerlo. ¡Ah Jesús mio! veo que esto mismo habeis practicado tambien conmigo. Yo os he despreciado, y os he vendido; y Vos á pesar de esto no me habeis abandonado, sino que me habeis mirado amoroso, y aun me habeis tambien admitido á vuestra mesa de la sagrada comunión. Amado Salvador mio, ¡oh quién os hubiese siempre amado! ¿Y cómo podré apartarme ya jamás de vuestros piés, y renunciar á vuestro santo amor?

§ III. — Última cena de Jesucristo con sus discípulos.

Sciens Jesus, quia venit hora ejus, ut transeat ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos, in finem dilexit eos ¹. Sabiendo Jesucristo que habia llegado ya el tiempo de su muerte, en el que debia partirse del mundo, habiendo hasta entonces amado mucho á los hombres, quiso manifestarles en aquella ocasion los últimos y mayores indicios del amor que les tenia. Miradlo como sentado á la mesa y todo inflamado de infinita caridad se dirige á sus discípulos y les dice: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum* ². Discípulos míos (y

¹ Joan. XIII, 1. — ² Luc. XXII, 15.

esto mismo nos lo decia entonces tambien á todos nosotros), sabed que yo no he deseado otra cosa mas en toda mi vida, que celebrar con vosotros esta última cena, porque después de ella deberé ir á sacrificarme por vuestra eterna salvacion.

¡ Con qué tanto deseais Vos, Jesús mio, dar la vida por nosotros, miserables criaturas vuestras! ¡ Ah! que este vuestro deseo enciende en nuestros corazones el deseo de padecer y morir por vuestro amor, ya que Vos quereis padecer tanto y hasta morir por amor nuestro. Dadnos á entender, amado Redentor, lo que quereis de nosotros, pues que en todo queremos complaceros. Suspiramos por daros gusto, para poder corresponder á lo menos en alguna parte al grande afecto que Vos nos teneis. Acrecentad, Señor, siempre mas y mas en nosotros esta dichosa llama: ella nos haga olvidarnos del mundo y aun de nosotros mismos, á fin de que ya no pensemos de hoy en adelante en ninguna otra cosa, sino en contentar vuestro enamorado corazon.

Miremos ya en la mesa el cordero pascual, figura del mismo Salvador nuestro: á la manera que aquel cordero iba á ser consumado en la tal cena, así tambien en el siguiente dia debia ver el mundo sobre el altar de la cruz consumido de dolores al cordero de Dios Jesucristo.

*Itaque cum recubisset ille supra pectus Jesu*¹. ¡ Oh dichoso Vos, Juan el amado, que recostando la cabeza sobre el pecho de Jesucristo, entendisteis entonces la ternura que reserva en su corazon este Redentor amante para con aquellas almas que le aman! ¡ Oh dulce Se-

¹ Luc. XIII, 25.

ñor mio! que con una tal ó semejante gracia muy bien que me habeis favorecido muchas veces: sí, que yo tambien he conocido la ternura del mucho afecto que me teneis, cuando con celestiales luces y espirituales dulzuras me habeis consolado; pero aun con todo eso tampoco yo he correspondido fiel á vuestras finezas. ¡Ay Señor mio! no permitais que yo viva por mas tiempo ingrata á vuestra bondad infinita. Yo quiero ya ser toda vuestra; aceptad, pues, esta mi ofrenda, y socorredme.

Surgit à coena, et ponit vestimenta sua, et cum accepisset linteam, praecinxit se. Deinde mittit aquam in pelvim, et coepit lavare pedes discipulorum, et extergere linteo, quo erat praecinctus ¹. Alma mia, mira á tu Jesús como se levanta de la mesa, se quita sus vestidos, toma un blanco lienzo, se ciñe con él, echa agua en un lebrillo, y arrodillándose delante de sus discípulos, comienza á lavarles los piés. ¡Con qué el Rey del mundo, el Unigénito de Dios se humilla á lavar los piés á sus criaturas! ¡Ó Ángeles del cielo! ¿qué decís á esto? Hubiera sido en verdad un grande favor el que Jesucristo los hubiese admitido á ellos para que con sus lágrimas le lavasen sus piés divinos, segun le permitió hacer esto á la Magdalena. Pero no, quiso el mismo Señor postrarse á los piés de sus siervos, para dejarnos al fin de su vida tan grande ejemplo de humildad, y esta otra señal del grande amor que tiene á los hombres. Y nosotros, Señor, ¿habrémos de ser siempre tan soberbios, que no hayamos de poder sufrir una palabra de desprecio, una pequeña desatencion, sin que

¹ Joan. XIII, 4, 5.

inmediatamente nos resintamos, y nos venga al pensamiento el deseo de venganza, después que por nuestros pecados hemos merecido ser pisoteados por los demonios del infierno? ¡Ah Jesús mio! vuestro ejemplo ha convertido en muy amables para nosotros las humillaciones y los desprecios. Yo os prometo, pues, querer sufrir de hoy en adelante por vuestro amor todas las injurias y afrentas que se me ocasionen.

§ IV. — *De la institucion del santísimo Sacramento.*

Coenantibus autem eis, accepit Jesus panem, et benedixit, ac fregit, deditque discipulis suis, et ait: Accipite, et comedite, hoc est corpus meum ¹. Después del lavatorio de los pies, acto de tanta humildad, y cuya práctica encomendó Jesús á sus discípulos, el mismo Jesús volvió á ponerse sus vestidos, y colocado nuevamente en la mesa, quiso entonces dejar á los hombres la última prueba de ternura con que los amaba; siendo esta la institucion del santísimo Sacramento del altar. Toma á este fin en sus manos el pan: lo consagra primeramente, y dividiéndolo después, se lo da á sus discípulos diciendo: Tomad y comed, este es mi cuerpo; en seguida les encargó que cada vez que comulgasen se acordaran de su muerte, la que por amor de ellos padecía: *Quotiescumque manducabitis panem hunc, mortem Domini annuntiabitis* ². Hizo, pues, Jesucristo en aquella ocasion lo que practicaria verdaderamente un Príncipe que amase mucho á su esposa, y estuviere para morir. Figurémonos que entre sus joyas escoge él la piedra mas preciosa de todas, y que llamando á su

¹ Matth. xxvi, 26. — ² I Cor. xi, 26.

esposa le dice: Yo voy á morir muy pronto, esposa mia; y para que no te olvides de mí, te dejo en memoria esta joya: siempre que la mires, acuérdate de tu esposo y del mucho amor que te he tenido. *Ninguna lengua, dice san Pedro de Alcántara en sus Meditaciones, es suficiente para poder declarar la grandeza del amor que Jesús tiene á todas las almas: queriendo por lo tanto este divino Esposo ausentarse de esta vida mortal, para que esta su ausencia no le fuese ocasion de olvidarse de ellas, les dejó en memoria este santísimo Sacramento, en el cual él mismo permanecía, no queriendo que entre tan amante Señor y las tales almas sus esposas quedase otra prenda que no fuera su propia persona, para tener de este modo desvelada la memoria de las mismas. Por aquí podemos conocer cuánto agradece Jesucristo que nosotros nos acordemos de su pasion, supuesto que instituyó el Sacramento del altar, proponiéndose el fin de que tengamos continuamente en la memoria el amor inmenso que en su muerte nos ha manifestado.*

¡Oh Jesús mio! ¡Oh Dios enamorado de las almas! ¿A dónde os ha conducido el amor que teneis á los hombres? ¿Habeis llegado á haceros su comida? Decidme Señor, ¿qué mas os queda que hacer para obligarnos á que os amemos? Vos en la santa Comunión os daís todo á nosotros, sin la menor reserva; pues tambien es justo que nosotros, sin reserva alguna enteramente nos entreguemos á Vos. Ámen otros aquello que les llame la atención, como riquezas, honores y mundo: yo quiero ser toda vuestra; no quiero, Dios mio, amar ninguna otra cosa fuera de Vos, ya que habeis dicho que el que de Vos se alimenta, por Vos solamente vi-

ve: *Qui manducat me, et ipse vivit propter me*³. Y supuesto que tantas veces me habeis admitido á vuestra mesa, alimentándome en ella de vuestras sagradas carnes, haced que muera para mí misma, á fin de que viva solo por Vos, y únicamente para serviros y agradaros. Yo quiero, Jesús mio, colocar en Vos todos mis afectos; ayudadme, pues, á seros fiel.

San Pablo nota el tiempo en que instituyó Jesucristo este gran Sacramento, diciéndonos: *Jesus in qua nocte tradebatur, accepit panem, et dixit: Accipite, et manducate, hoc est corpus meum*⁴. ¡Ay Dios! en aquella misma noche en que los hombres se preparaban para hacer morir á Jesucristo, este amante Redentor nos preparaba este pan de vida y de amor, para poder unirnos enteramente á él, como nos lo declaró diciendo: *Qui manducat meam carnem, in me manet, et ego in eo*. ¡Oh amor del alma mia, digno de un amor infinito! á Vos ya no os quedan mayores pruebas que darme para hacerme entender el afecto y la ternura con que me amais. Ea, atraedme toda para Vos; y si yo no sé daros enteramente este corazón mio, arrebatádmelo Vos mismo. ¡Ay Jesús mio! ¿cuándo seré yo toda vuestra, así como Vos os haceis todo mio, luego que tengo la dicha de recibirlos en este Sacramento de amor? ¡Oh Señor! iluminadme, y descubridme siempre mas vuestras bellas cualidades, las que os hacen tan digno de ser amado; para que de este modo, yo tambien me enamore continuamente mas de Vos, y forme toda mi ocupacion en complaceros. Os amo, sumo bien mio, complacencia mia, amor mio, y mi bien todo.

³ Joan. vi, 58. — ⁴ I Cor. xi, 24.

§ V. — *Jesús hace oracion en el huerto, y suda sangre.*

Et hymno dicto, exierunt in montem Oliveti. Tunc venit Jesus cum illis in villam, quae dicitur Gethsemani ¹. Habiendo dicho en la mesa el himno de accion de gracias, sale Jesús del Cenáculo con sus discípulos, entra en el huerto de Getsemaní, y se pone á orar; mas al principiar su oracion, ¡ay qué novedad! pues que le acometen á un mismo tiempo un gran temor, un horroroso tedio, y una terrible tristeza: *Coepit pavere, et taedere* ². Y añade san Mateo: *Coepit contristari, et moestus esse* ³. Por lo que oprimido de la tristeza Nuestro Redentor, comenzó á decir que su bendita alma estaba afligida hasta la muerte: *Tristis est anima mea usque ad mortem* ⁴. Entonces se presentó á sus ojos toda la escena funesta de tormentos y de oprobios que le estaban preparados. Estos mismos dolores le afligieron en su pasion el uno después del otro, mas aquí en el huerto se agolparon todos de una vez para angustiarlo: las bofetadas, las salivas, los azotes, las espinas, los clavos y vituperios que después debia sufrir; todos los abraza el Señor entonces; mas al tiempo de abrazarlos tiembla, llega á agonizar, y suplica: *Factus in agonia prolixius orabat* ⁵.

Pero, Jesús mio, ¿quién es el que es obliga á padecer tantas penas? A lo que me da por respuesta: Lo que me obliga es el amor que tengo á los hombres. ¡Oh qué admiracion deberia ocasionar en el cielo el

¹ Matth. xvi, 30, 36. — ² Marc. xiv, 23. — ³ Matth. xxv, 37.
— ⁴ Marc. xiii, 34. — ⁵ Luc. xxii, 43.

ver á la misma fortaleza reducida á endeblez, y á la alegría del paraíso inundada en tristeza! ¡Un Dios afligido! Y ¿por qué causa? ¡Por salvar á los hombres, criaturas suyas! En aquel huerto, pues, se hizo entonces el primer sacrificio: Jesús fue la víctima, su infinito amor fue el sacerdote, y el ardor de su admirable afecto para con los hombres fue el dichoso fuego con que quedó consumado el sacrificio.

Pater mi, si possibile est, transeat à me calix iste *. Así rogaba Jesucristo: Padre mio, dice, si es posible, libradme de beber este cáliz tan amargo. Pero el hacer esta súplica, no es tanto para librarse de su muerte afrentosa, cuanto para darnos á entender á nosotros la terrible pena que sufre y abraza por nuestro amor. Ruega tambien de este modo, para enseñarnos que podemos pedir á Dios que nos libre de las tribulaciones; pero al mismo tiempo debemos conformarnos enteramente con su divina voluntad, y decir á imitacion suya: *Veruntamen, non sicut ego volo, sed sicut tu* †. Y en todo aquel tiempo repitió siempre Jesús la misma oracion: *Fiat voluntas tua... Et oravit tertio eundem sermones dicens* ‡. Sí, Señor mio, yo por amor vuestro abrazo todas las cruces que tengais á bien ofrecirme. Vos, siendo inocente, padecisteis tanto por mi amor; yo que soy tan culpable, y después de haber merecido tantas veces el infierno, ¿rehusaré el padecer para poder complaceros, y para conseguir de Vos el pardon y vuestra divina gracia? *Non sicut ego volo, sed sicut tu*: no se cumpla la voluntad mia, sino siempre la vuestra.

* Matth. xxvi, 39. — † Ibid. — ‡ Ibid. 44.

Procidit super terram *. Jesús, para hacer aquella oracion se postró, poniendo su rostro sobre la tierra; porque viéndose cubierto con el asqueroso vestido de todos nuestros pecados, parece que se avergonzaba de levantar al cielo su divino rostro. Amado Redentor mio, yo no tendria valor ó atrevimiento para pedir el perdón de tantas injurias como contra Vos he cometido, si vuestras penas y vuestros méritos no me ofreciesen confianza para ello. Padre eterno: *Respice in faciem Christi tui*; no mireis mis iniquidades, mirad si á este vuestro amado Hijo, que tiembla, que agoniza, y que suda sangre, todo con el fin de alcanzarme de Vos el perdón: *Et factus est sudor ejus, sicut guttae sanguinis decurrentis in terram* **. Miradlo, Señor, y tened piedad de mí.

Mas, Jesús mio, en este huerto no hay todavía verdugos que os azoten, no se encuentran espinas ni clavos; pues ¿qué causa os hace derramar tanta sangre? ¡Ah, que ya lo entiendo! no fue la prevision de las penas inminentes que os amenazaban lo que llegó entonces á afligiros en tan grande manera, pues que á estos mismos padecimientos Vos espontáneamente os hablais ya ofrecido: *Oblatus est, quia ipse voluit* **; fue, sí, la vista de mis pecados; estos fueron en verdad los crueles torcedores que exprimieron la sangre de vuestras sagradas venas: por cuya razon, no pueden ya llamarse crueles los verdugos, ni tampoco son ya fieros los azotes, ni las espinas, ni la cruz; crueles y fieros sí que son en verdad mis pecados, ¡oh dulce Salvador mio, que tanto en el huerto os afligieron!

* Marc. XIII, 24. — ** Luc. XXII, 44. — *** Isai. LIII, 7.

¿Con qué en aquel lastimoso estado de tan grande congoja en que os hallábais, yo tambien entonces cooperé al aumento de vuestra afliccion, y aun os atormenté mucho con el peso de mis culpas? Con efecto, si yo menos hubiese pecado, menos tambien hubiérais entonces padecido. ¡Ved aquí, pues, la paga con que yo he correspondido al grande amor vuestro de querer morir por mí, con añadir por mis ingratitudes mayores penas á las muchas que ya teníais!

En vista de lo cual ¡amado Señor mio! yo me arrepiento de haberos ofendido, y me duelo tambien de ello; mas este dolor mio confieso que es poco; yo quisiera un dolor que me quitase la propia vida. Ea, Jesús benignísimo, por aquella amarga agonía que padecisteis en el huerto, concededme una parte de aquel aborrecimiento que entonces tuvisteis á mis pecados. Y si en semejante ocasion yo os afligí con mis ingratitudes, haced que ahora os agrade con profesaros un amor grande. Sí, Jesús mio, yo os amo con todo el corazon, os amo mas que á mí misma; y por este amor que es tengo, renuncio á todos los placeres y bienes de la tierra. Vos solo, Señor, sois y seréis siempre mi único bien, y el único amor mio.

§ VI. — *Jesús es preso y atado.*

*Surgite, camus; ecce qui me tradet, prope est*¹. Sabiendo el Redentor que Judas con los judíos y soldades que venian á prenderlo estaban ya cerca, se levanta, estando todavía bañado con aquel sudor de muerte; y

¹ Marc. xiv, 32.

con el semblante pálido, pero con su corazon todo inflamado de amor, les sale al encuentro, para ponerse en sus manos; y viéndolos ya muy próximos, les dice: *Quem quaeritis?* ¿A quién buskais? Imagínate, alma mia, que en este instante Jesús tambien á tí te pregunta: Dime, ¿á quién buscas? ¡Ah Señor mio! ¿y á quién he de querer buscar sino á Vos, que habeis venido del cielo á la tierra buscándome á mí por no verme perdida?

Comprehenderunt Jesum, et ligaverunt eum *. ¡Ay de mí! ¡un Dios atado! ¿Qué diríamos si viésemos á un rey preso y atado por los mismos esclavos que tenia? ¿Y qué diríamos ahora al ver á un Dios puesto en manos de la vil plebe? ¡Oh sogas felices, las que ligásteis á mi Redentor! ¡ah! atadme tambien á mí vosotras con él mismo; pero estrechadme de tal manera, que yo no pueda ya jamás separarme de su amor; ligad, pues, mi corazon á su voluntad santísima, de modo que de hoy en adelante yo no apetezca otra cosa mas que aquello que él quiera.

Mira, alma mia, como nnos le agarran las manos, otros se las atan; estos le injurian, aquellos le golpean, y entre tanto el inocente Cordero se deja ligar y maltratar á voluntad de una tal canalla. No trata de escaparse de sus manos, no invoca ningun socorro, no se lamenta de tantas injurias, ni tampoco pregunta por qué van á maltratarlo de aquella manera. Vé aquí cumplida la profecía de Isaías cuando dijo: *Oblatus est, quia ipse voluit, et non aperuit os suum: sicut ovis ad occisionem ducetur* *. No habla, ni se queja, porque él

* Joan. x, 12. — * Isai. lxxi, 7.

mismo se habia ofrecido ya para satisfacer á la divina justicia, muriendo por nosotros; y por eso se deja conducir á la muerte como una oveja, sin abrir tampoco su boca.

Repara como atado ya de esta manera y rodeado de aquella p rfida canalla, lo sacan del huerto, y es conducido precipitadamente á la ciudad, y presentado á los pontífices. Y sus discípulos ¿á dónde están? Si no pueden librarlo de las manos de sus enemigos, á lo menos lo acompa  an para defender su inocencia delante de los jueces,   siquiera para consolarle con su compañía y asistencia. Pero no, dice el Evangelio: *Tunc discipuli ejus relinquentes eum omnes fugerunt* *. ¡Oh cuánta fue entonces la pena de Jesucristo al ver que hasta sus amados habian huido, y lo habian abandonado! Mas ¡ay de mí! que en aquella ocasion vió Jesucristo al mismo tiempo todas aquellas almas, que á pesar de ser mas favorecidas que otras por sus divinas gracias, habrian tambien de abandonarlo, y volverle ingratamente las espaldas. ¡Oh Señor mío! que una de estas infelices he sido yo misma, pues que habiendo recibido tantos auxilios, como luces celestiales y llamadas que me habeis hecho, yo ingrata me he olvidado de Vos, y os he despreciado. Admitidme ahora, Señor, por piedad, ya que arrepentida y contrita á Vos me vuelvo para no dejaros nunca jams, ¡oh tesoro, oh vida, oh amor del alma mía!

* Marc. xiv, 50.

§ VII. — *Jesús es presentado á los pontífices, y estos lo condenan á muerte.*

*At illi tenentes Jesum, duxerunt ad Caipham principem Sacerdotum, ubi Scribae, et seniores convenerant*¹. Atado como un malhechor entra Nuestro Salvador en Jerusalem, á donde habia entrado pocos dias antes aclamado con tantas alabanzas y honores. Atraviesa de noche aquellas calles entre las lanternas y las hachas, y era tal el rumor y alboroto, que daba bien á entender á todos ser conducido preso algun famoso malvado. Asómanse las gentes á las ventanas preguntando: ¿quién es el reo? Y ellos responden gozosos: Es Jesús Nazareno; del que se ha descubierto que es un seductor, un impostor, un falso profeta y digno de la muerte. ¡Cuáles deberian ser entonces los sentimientos de desprecio y de indignacion en todo el pueblo, cuando llegaron á ver á Jesucristo, considerado antes por aquellas gentes como el Mesías, y después aprisionado por orden de los jueces como á seductor! ¡Oh y con cuánta facilidad cambió entonces cada uno la veneracion en odio, y se arrepentia de haberle tributado algunos honores, avergonzándose al mismo tiempo de haber honrado por Mesías á un malhechor!

Mira como ya el Redentor, á manera de triunfo, es presentado á Caifás, el que desvelado lo esperaba; y viéndolo cerca de su presencia, solo y abandonado, se alegra en gran manera. No quites la vista, alma mia, de tu dulce Señor, que atado como un reo, y con la

¹ Matth. xxvi, 57

cabeza inclinada delante de aquel soberbio pontífice, permanece lleno de humildad y mansedumbre. Mira otra vez aquel hermoso rostro, que en medio de tantos desprecios é injurias no ha perdido su característica serenidad y dulzura. ¡Ay Jesús mio! ahora que os veo rodeado, no de Ángeles que os alaben, sino de aquella vil plebe que os aborrece y os desprecia, ¿qué habré de hacer yo? ¿me reuniré acaso con ellos para despreciaros también, como tengo hecho en mi vida pasada? ¡Ah no, Jesús amoroso! en todo el tiempo que me queda de existencia quiero estimaros y amaros como Vos mereceis, y os prometo no amar otra cosa fuera de Vos, y no pretender tampoco que nadie, sino Vos mismo, me ame. Os diré con santa Inés en todas ocasiones: *Nullum praeter te amatorem admittam*. Vos pues seréis el único amor mio, mi bien y mi todo: *Deus meus, et omnia*.

El impío pontífice pregunta á Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina, por encontrar motivo para condenarle. Y Jesús humildemente le responde: *Ego palam locutus sum mundo... ecce hi sciunt, quae dixerim ego* *. Yo no he hablado en secreto, he predicado públicamente: aun estos mismos que están al rededor mio pueden atestiguar lo que yo he enseñado; poniendo por testigos á los mismos enemigos que lo maltratan. Mas sin embargo de una respuesta tan justa y tan mansa, se desprende de en medio de aquella chusma un verdugo el mas insolente, y tratando al Señor de temerario, le descarga una terrible bofetada, diciéndole: ¿Así respondes al pontífice? *Haec autem cum dixisset,*

* Joan. XVIII, 20, 21.

unus assistens ministrorum dedit alapam Jesu, dicens: Sic respondes Pontifici ²? ¡Oh mi Dios! ¡cómo una respuesta tan humilde y modesta merecia una afrenta tan grande! El indigno pontífice está viendo esto, y en vez de reprender á aquel malvado, calla; y con este silencio aprueba desde luego lo que ha hecho. Mas Jesús, al sufrir tan grave injuria, para librarse de la nota de poco respeto al pontífice, habla de esta manera: *Si male locutus sum, testimonium perhibe de malo: si autem bene, quid me caedis* ³? ¡Oh amable Redentor mio! Vos todo lo sobrellevais para pagar de este modo las afrentas que yo con mis pecados he ocasionado á la Majestad divina. Ea, Señor, perdonadme por el mérito de estos mismos ultrajes que Vos sufristeis por mí.

Quaerebant falsum testimonium contra Jesum, ut eum morti traderent, et non invenerunt ⁴. Buscan testimonios para condenar á Jesús, pero no se encuentran; por lo que el pontífice va escudriñando nuevamente de las palabras de nuestro mismo Salvador el modo de que se presente materia para poder declararle reo, y por eso le dice: *Adjuro te per Deum vivum, ut dicas nobis, si tu es Christus filius Dei* ⁵. Al oír el Señor que le conjuran en el nombre de Dios, confiesa la verdad, y le responde: *Ego sum, et videbitis Filium Hominis sedentem à dextris virtutis Dei, et venientem cum nubibus coeli* ⁶. Yo soy, y llegará un día en el que me veais, no así despreciado como ahora me presento, sino sentado en un trono de majestad, como juez de todos los hombres, sobre las nubes del cielo. Al oír esto el pontífice, en lugar de

³ Joan. xviii, 22. — ⁴ Ibid. 23. — ⁵ Matth. xxvi, 59. — ⁶ Ibid. 63. — ⁷ Marc. xiv, 62.

postrarse con el rostro sobre la tierra para adorar á su Dios y á su divino Juez, se raja sus vestidos, y exclama: ¿Qué necesidad tenemos ya de mas testigos? ¿no habeis oido la blasfemia que ha pronunciado? *Tunc princeps sacerdotum scidit vestimenta sua dicens: Blasphemavit. Quid adhuc egemus testibus: ecce nunc audistis blasphemiam, quid vobis videtur?* Y entonces todos los demás sacerdotes respondieron que sin duda era reo de muerte. *At illi respondentes dixerunt: Reus est mortis.* ¡Ay Jesús mio! esta misma sentencia la profirió vuestro eterno Padre, luego que Vos os ofrecísteis á satisfacer por nuestros pecados; pues que entonces dijo: Ya que quieres, Hijo mio, pagar lo que merecen los hombres, eres reo de muerte, y por lo tanto es preciso que mueras.

Tunc expuerunt in faciem ejus, et colaphis eum ceciderunt; alii autem palmas in faciem ejus dederunt, dicentes: Prophetiza nobis, Christe, quis est qui te percussit? Entonces todos principiaron á maltratarlo, como á un malhechor condenado ya á muerte, y digno de todos los vituperios: unos le escupen en la cara, otros á puñadas le hieren; quien le da de bofetadas, y quien le cubre el rostro con un lienzo, segun añade san Marcos: *Et coeperunt conspuere in eum, et velare faciem ejus* ¹⁰. Lo escarnecen como á falso profeta, y le dicen: Supuesto que eres profeta, adivina aquí mismo ¿quién es el que ahora te ha herido? Escribe san Gerónimo, que fueron tantos los ludibrios, escarnios y oprobios que en aquella noche practicaron contra el Señor, que

⁸ Matth. xxvi, 65. — ⁹ Ibid. 66. — ¹⁰ Ibid. xxvi, 67. —

¹¹ Marc. xiv, 65.

solamente en el dia del juicio final habrán de saberse todos.

¡ Es una verdad , Jesús mio , que Vos en aquella triste noche no tuvisteis el mas leve reposo , sino que fuisteis el objeto de las burlas y malos tratamientos de aquella vil canalla ! ¡ Ó vosotros todos los hombres ! ¿ cómo podeis mirar á un Dios humillado de esta manera , y permanecer soberbios ? ¿ cómo el ver á vuestro Redentor , que tanto padece por vosotros , y dejar de amarle ? ¡ Oh ! ¿ cómo es posible que quien crea y considere los dolores y las ignominias que Jesús padeció por nuestro amor (segun por los sagrados Evangelios se nos refieren) , pueda vivir sin abrasarse de caridad por un Dios tan benigno , y enamorado de esta manera por nosotros ?

Aumenta tambien el dolor de Jesús el pecado de Pedro , que tres veces lo niega , añadiendo el jnramento de no haberlo jamás conocido. Vé , alma mia , vé á visitar á tu Señor dolorido , hurlado y abandonado en aquella cárcel ; y dale gracias , y consuélalo con tu arrepentimiento , ya que tambien tú en otras ocasiones has estado reunida con los pecadores para despreciarlo y negarlo. Dile que quisieras morir de sentimiento , al considerar que en la vida pasada has llenado de tantas amarguras ese su dulcísimo corazon que tanto te ha amado. Dile tambien que ahora ya le amas , y que no deseas otra cosa mas que padecer y morir por su amor. ¡ Ay Jesús mio ! olvidaos de los muchos disgustos que yo os he dado , y dirigid hácia mí una mirada amorosa como hicisteis con san Pedro después de sus negaciones , experimentando , Señor , el mismo efecto que el santo Apóstol , el que no dejó después de llo-

rar su pecado, mientras que vivió en este mundo.

¡Oh Hijo de Dios inmenso! ¡oh amor infinito que padecísteis por aquellos mismos hombres que os aborrecen y maltratan! Vos sois, Señor, la gloria del paraíso; y hubiérais dispensado un grande honor á los hombres con haberlos solamente admitido á que os besasen vuestros sagrados piés: mas ¡ay Dios mio! ¿quién os ha obligado á este extremo tan ignominioso de llegar á ser el entretenimiento ó diversion de la gente mas vil de todo el mundo? Decidme á mí, Jesús mio, ¿qué es lo que yo puedo hacer para compensar el debido honor que ellos os quitan con sus oprobios? Pero ya oigo que me respondeis: Sufre tú por amor mio los desprecios, como yo por tí los he sufrido. Pues así sea, mi dulce Redentor; quiero obedeceros. Vos, Jesús mio, estais despreciado por mí, pues yo estoy contenta, y aun deseo ser por Vos tambien despreciada, en el modo y forma que dispongais.

§ VIII. — *Es conducido Jesús á Pilatos, y después á Herodes, siendo luego pospuesto á Barrabás.*

*Mane autem facto, consilium inierunt... adversus Jesum, ut eum morti traderent, et vinctum adduxerunt eum: et tradiderunt Pontio Pilato Praesidi*¹. Llegada la mañana, los príncipes de los sacerdotes lo declaran nuevamente reo de muerte, y en seguida lo conducen á casa de Pilatos, á fin de que lo condene á morir crucificado. Después de muchas preguntas que Pilatos hace, ya á los judíos, y ya á nuestro Redentor, conoce

¹ Matth. xxvii, 1, 2.

ser este inocente, y que eran calumnias todas aquellas acusaciones; por lo que, saliendo afuera, dice á los judíos, que él no encuentra motivo alguno para condenar aquel hombre: *Exivit ad Judaeos, et dixit eis: Ego nullam invenio in eo causam* *. Pero viendo él después que los judíos se obstinaban en querer que muriese, y entendiendo que Jesús era de la Galilea, por librarse de aquel compromiso, *Remisit eum ad Herodem* *. Este recibió un gran contento al ver conducido á su presencia á Jesucristo, esperando ver entonces alguno de los muchos prodigios que el mismo Señor habia obrado, y que habian llegado tambien á su noticia. Y con este fin principió á hacerle varias preguntas; pero Jesús calla y nada le responde, reprendiendo de esta manera la vana curiosidad de aquel temerario: *Interrogabat autem eum multis sermonibus; at ipse nihil illi respondebat* *. ¡Pobre de aquella alma á la cual el Señor ya no quiere hablarle! Así merecia yo tambien, Jesús mio, que conmigo os portáseis, pues que habiéndome Vos llamado tantas veces con vuestro amor y con tan repetidas voces piadosas, yo rebelde no os he dado audiencia; por lo que ciertamente no soy acreedora á que jamás me habláseis, sino á que me abandonárais para siempre; pero no, amado Redentor mio, tened piedad de mí, y habladme desde luego: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus*. Decidme lo que quereis de mí, que yo en todo quiero ya obedeceros y agradaros.

Mas viendo Herodes que Jesús nada le respondia, indignóse por ello, y tratándolo de loco, lo mandó ves-

* Joan. xviii, 38. — * Luc. xxiii, 7. — † Ibid. 9.

tir con una túnica blanca para que sirviese de irrisión; y habiéndolo despreciado, segun tambien hizo toda su corte, vilipendiado y burlado de aquella manera, lo remitió otra vez á Pilatos. *Sprevit autem illum Herodes cum exercitu suo; et illusit indutum veste alba, et remisit ad Pilatum* *. Ved aquí ahora como escarnecido Jesús con aquella vestidura de ludibrio, es conducido por medio de aquellas calles de Jerusalem. ¡Oh despreciado Salvador mio! esta otra injuria os faltaba que sufrir, el ser tratado como un loco. ¡Ay cristianos todos! mirad cómo se porta el mundo con la eterna Sabiduría. ¡Dichoso tambien el que se complace de que el mundo lo tenga por tonto ó ignorante! y que no quiere saber otra cosa mas que á Jesús crucificado, amando con resolucion las penas y los desprecios, y repitiendo lo que nos dice san Pablo: *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum* *.

Tenia el pueblo hebreo el derecho de pedir al presidente romano la libertad de uno de los reos en la fiesta de la Pascua. Aprovechando Pilatos esta ocasion, les propone librar á Jesús ó á Barrabás, diciéndoles: *Quem vultis dimittam vobis, Barabbam, an Jesum* ? Pilatos esperaba que el pueblo ciertamente prefiriese á Jesús, y no tratase la absolucion de Barrabás, hombre malvado, homicida, ladron público, y aborrecido de todos. Pero no fue así; instigado el pueblo por los mas principales de la Sinagoga, inmediatamente y sin alguna deliberacion pide á Barrabás: *At illi dixerunt, Barabbam* *. Sorprendido Pilatos, é indignado al mis-

* Luc. XXIII, 11. — * I Cor. II, 2. — 7 Matth. XXVII, 21. —
 * Ibid.

mo tiempo, al ver que un inocente era pospuesto á un malvado tan enorme, les dijo: *Quid igitur faciam de Jesu? Dicunt omnes, crucifigatur*: Replica entonces Pilatos: *Quid enim mali fecit? At illi magis clamabant, dicentes, crucifigatur* *. Esto mismo, Señor mio, es lo que yo he hecho cuando he pecado; entonces, pues, se me proponia, cuál de las dos cosas queria yo perder mas bien, si á Vos, ó aquel vil deleite; á lo que yo dí por respuesta: Quiero disfrutar del tal placer, y no se me da cuidado de perder á Dios. Así dije entonces, Señor mio; mas ahora digo y repito, que prefiero vuestra divina gracia á todos los placeres y tesoros del mundo. ¡Oh bien infinito! ¡Oh Jesús mio! yo os amo sobre todos los demás bienes: á Vos solo quiero, y ninguna otra cosa mas.

Del mismo modo que fueron propuestos al pueblo Jesús y Barrabás, así tambien fueron presentados al eterno Padre este su divino Hijo y el pecador, para ver cuál de los dos queria que se salvase; y contestó el eterno Padre: Muera mi propio Hijo, y sálvese el pecador; lo cual nos lo atestigua el Apóstol, diciendo: *Qui proprio Filio suo non pepercit, sed pro omnibus nobis tradidit illum* ¹⁰. No quiso, pues, el Padre eterno perdonar á su propio Hijo, sino que por todos nosotros lo destinó á sufrir la muerte. Sí, de tal suerte amó Dios al mundo, que (segun nos dice nuestro mismo Salvador) para salvarlo ha entregado á los tormentos y aun á la muerte á este su unigénito Hijo: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret* ¹¹; por lo que admirada exclama la santa Iglesia: *Ó mira circa nos tuæ*

* Matth. xxvii, 23. — ¹⁰ Rom. viii, 32. — ¹¹ Joan. iii, 16.

*pietatis dignatio! ò inestimabilis dilectio caritatis; ut servum redimeres, Filium tradidisti*¹²! ¡Oh admirable dignacion de vuestra misericordia, Dios mio! ¡oh inapreciable fineza del amor, que por librar al siervo condenásteis al propio Hijo! ¡oh fe santa! un hombre que llega á creer esto, ¿cómo puede dejar de ser todo él un fuego para amar á un Dios tan amante de todos los hombres? ¡Oh quién tuviese siempre delante de sus ojos esta suma caridad de nuestro Dios!

¹² In exultet in sabb. sancto.

§ IX. — *Jesús es azotado en la columna.*

*Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum, et flagellavit*¹. Viendo Pilatos que para libertarse de condenar aquel inocente, segun pretendian los judíos, no le habian bastado los dos medios referidos, el de remitirlo á Herodes, y el de proponerlo comparativamente con Barabás, adopta otro arbitrio, cual fue el de imponerle algun castigo, y después dejarlo libre; á cuyo intento llama á los judíos, y les dice: *Obtulistis mihi hunc hominem, et ecce ego coram vobis interrogans, nullam causam invenio in homine isto, sed neque Herodes... Emendatum ergo illum dimittam*². Vosotros me habeis acusado á este hombre como delincuente, mas yo no encuentro en él ningun delito, y ni tampoco Herodes lo ha encontrado. Á pesar de esto, por complaceros, yo lo haré castigar, y después lo dejaré en libertad. ¡Oh Dios, y qué injusticia! lo declara enteramente inocente (*nullam causam invenio in homine isto*), y con todo

¹ JOAN. XIX, 1. — ² LUC. XXIII, 14, 15, 16.

le impone el castigo. ¡Oh Jesús mio! Vos sois el inocente, pero yo no lo soy; y por lo mismo ya que por mí quereis satisfacer á la divina justicia, no es tampoco injusticia, sino que es justo que seais castigado.

Y ¿cuál es el castigo á que tú, Pilatos, condenaste á este inocente? ¡Ya veo que ha sido nada menos que á los azotes! ¿Y á uno que no ha cometido el mas leve delito le señalas una pena tan cruel y tan vergonzosa? Mas á pesar de todo, así se hizo: *Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum, et flagellavit* *. Mira tú ahora, alma mia, cómo después de esta injustísima orden, acometen con furia los verdugos al manso Cordero, lo conducen con gritería y algazara al pretorio, y lo atan á la columna. Y Jesús entre tanto ¿qué hace? todo lleno de humildad y sumision acepta por nuestros pecados aquel tormento de tanto dolor y de tanta ignominia. Observa tú cómo ya toman los azotes, y dada la señal, levantan los brazos, y comienzan á herir por todas partes aquellas carnes sacrosantas. ¡Oh verdugos! vosotros habeis padecido equivocacion; no es ese el reo, soy yo quien tales azotes merece.

Se ve primero aquel cuerpo virginal todo amoratado, y luego después principia á despedir la sangre por todas partes. ¡Ay de mí! habiéndolo ya los verdugos llagado todo, prosiguen desapiadadamente, añadiendo heridas sobre heridas, y aumentando unos dolores sobre otros: *Super dolorem vulnerum meorum addiderunt* *. ¡Oh alma mia! ¿habrás de ser tú todavía de aquellos que miran con ojo indiferente á un Dios azotado? Ocupate en considerar el dolor, y al mismo tiem-

* Joan. xix, 1. — * Psalm. lxxviii, 27.

po el amor con que tu dulce Señor está padeciendo este gran tormento por tí. Ciertamente que Jesús entonces pensaba tambien acerca de tí en medio de tantos azotes. ¡Oh! que aun cuando este Señor no hubiese padecido mas que un solo golpe por amor tuyo, deberias sin embargo arder de amor en su correspondencia, diciendo: ¿Un Dios se contenta con ser solamente por mí herido? Pero no, que este mismo Señor por querer satisfacer tus pecados, llegó hasta el extremo de complacerse en que le despedazasen todas sus carnes, segun ya lo habia predicho Isaías por estas palabras: *Ipsa autem vulneratus est propter iniquitates nostras* *. ¡Ay de mí! que tambien dice el mismo Profeta, que no aparece ya bello el mas hermoso entre los hijos de los hombres: *Non est species ei, neque decor; et vidimus eum, et non erat aspectus* *. Los azotes lo han desfigurado en tal manera, que ya no se conoce quién sea: *Et quasi absconditus vultus ejus, et despectus, unde nec reputavimus eum* †. Y aun se halla reducido á tan miserable estado, que se deja ver como un leproso, cubierto de llagas de piés á cabeza; pues que Dios lo quiere en esta lamentable forma maltratado y humillado: *Et nos putavimus eum quasi leprosum, et percussum à Deo et humiliatum* *. Y ¿por qué todo esto, sino porque este amante Redentor quiere sufrir todas aquellas penas que á nosotros nos correspondian? *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit* *. Sea siempre bendita vuestra divina piedad, ¡oh Jesús mio! por la que quisisteis ser en tal extremo atormenta-

* Isal. LIII, 5. — † Ibid. 2. — ‡ Ibid. 3. — § Ibid. 4. —
• Ibid. 4.

tado, para librarme á mí de los tormentos eternos. ¡Oh qué desdichado y pobre debe llamarse, Dios amoroso, aquel que no os ama!

Y en el entre tanto que los verdugos azotaban tan cruelmente á nuestro amable Redentor, ¿qué era lo que hacia este mismo Señor? ¡Ay! que nada habla, que no se lamenta, ni aun tampoco suspira; sino que paciente de un modo admirable, todo lo ofrece á Dios, para aplacarlo á favor nuestro: *Sicut agnus coram tondente se, sine voce; sic non aperuit os suum* ¹⁰. ¡Ah! dulce Jesús mio, inocente Cordero! que estos bárbaros no son de los que trasquilan la lana, sino que arrancan hasta la piel y las carnes. Pero ya vemos tambien que este es aquel bautismo de sangre que Vos en vuestra vida tanto habíais deseado, lo que manifestásteis diciendo: *Baptismo autem habeo baptizari, et quomodo coarctor usquedum perficiatur* ¹¹? Acude ahora, alma mia, y lávate con aquella preciosa sangre con la cual está regada toda aquella afortunada tierra. Y ¿cómo puedo yo dudar ya, dulce Salvador mio, de vuestro infinito amor, viéndoos todo llagado y despedazado por mí? Conozco, pues, que cada una de vuestras llagas es un testimonio muy cierto del inmenso afecto que me teneis; y advierto que tambien me piden amor cualquiera de esas innumerables heridas que teneis. Igualmente veo que bastaba una sola gota de vuestra divina sangre para mi salvacion, y que á pesar de esto, Vos quisísteis derramarla toda sin alguna reserva, para que yo tambien sin reserva me entregue á Vos. Pues sí, Jesús mio, toda absolutamente á Vos me consagro;

¹⁰ Act. viii, 32. — ¹¹ Luc. xii, 50.

aceptadme compasivo, y ayudadme para que pueda seros fiel en todo tiempo.

§ X. — *Jesús es coronado de espinas, y tratado como un rey de burlas.*

*Tunc milites praesidis suscipientes Jesum in praetorium, congregaverunt ad eum universam cohortem; et exuentes eum, clamidem coccineam circumdederunt ei; et plectentes coronam de spinis posuerunt super caput ejus et arundinem in dextera ejus*¹. Vamos á observar ahora otros bárbaros tormentos que aquellos soldados aumentan á nuestro afligido Señor. Únense, pues, todos los que formaban aquella cohorte: le ponen sobre sus espaldas una clámide ó manta rota de color encarnado (que era una especie de capa vieja con que los soldados se cubrían sobre las armas), como en señal, ó haciendo veces de púrpura real: colocan después en sus sagradas manos una caña en forma de cetro, y un atado de espinas sobre su cabeza, en apariencia de corona, pero entretejida de modo que le cubriese todo el divino cráneo, á manera de celada. Y por cuanto con el auxilio de solas las manos no penetraban mucho las espinas para taladrar bien aquella sagrada cabeza, antes ya tan dolorida con los golpes de los azotes, toman cañas, y escupiéndole al mismo tiempo en el rostro, aprietan con ellas á toda fuerza tan cruel corona: *Et exuentes in eum acceperunt arundinem, et percutiebant caput ejus*².

¡Oh vosotras espinas, criaturas ingratas! ¿qué estais haciendo? ¿Así atormentais á vuestro Criador?

¹ Matth. xxvii, 29. — ² Ibid. 30.

Pero ¿á qué reprender yo á las espinas? ¡Oh pensamientos inícuos de los hombres! vosotros sois los que habeis traspasado la cabeza de mi Redentor. Sí, amado Jesús mio, nosotros con nuestros perversos consentimientos formamos la dolorosa corona de vuestras espinas. Pero ya, Señor, yo los detesto y los aborrezco mas que cualquiera otra cosa mala, y aun mas que la misma muerte; y humillada tambien de nuevo, á vos me dirijo, ¡oh espinas consagradas con la sangre del Hijo de Dios! Ea, traspasad ahora esta alma mia, y haced que siempre se halle dolorida, por haber ofendido á un Dios tan bueno. Y Vos, Jesús amor mio, ya que tanto habeis padecido por mí, despegadme de las criaturas y aun de mí misma, de tal manera, que yo pueda decir en verdad que no soy ya mas mia, sino que solamente soy de Vos, y toda vuestra.

¡Oh afligido Salvador mio! ¡oh Rey del mundo! ¡á qué estado os veo reducido! ¡á comparecer como un rey de escarnio, cercado de dolores! ¡á ser en suma el ludibrio de toda Jerusalem! A hilos corre la sangre de la cabeza traspasada del Señor sobre su rostro y sobre su pecho. Admiro, Jesús mio, la crueldad de esa gente, que no contenta de haberos casi desollado de piés á cabeza, ahora os atormenta con nuevos ultrajes y desprecios; pero aun admiro mas vuestra mansedumbre y el amor que nos teneis, supuesto que todo lo sufrís, y lo aceptais por nosotros con invencible paciencia: *Qui cum malediceretur, non maledicebat; cum pateretur, non comminabatur; tradebat autem judicanti se injuste*². Debíó, pues, cumplirse la predicción del

² I Petr. II, 23.

Profeta que dijo, que Nuestro Salvador habria de ser saciado de dolores y de ignominias: *Dabit percutienti se maxillam, saturabitur opprobriis* ¹.

Y vosotros soldados, ¿aun no estais satisfechos todavía? *Et genu flexo ante eum, illudebant ei, dicentes: Ave Rex Judaeorum* ². Y san Juan tambien dice ³: *Et veniebant ad eum, et dicebant: Ave Rex Judeorum, et dabant ei alapas*. Después de haberlo atormentado tanto, y de haberlo vestido como rey de comparsa, se le arrodillaban delante, y se le burlaban de su persona, diciéndole: Te saludamos, ¡oh rey de los judíos! y luego levantándose, con risa y con escarnios le daban mas bofetadas. ¡Ay Dios de mi vida! que aquella sagrada cabeza de Jesús estaba ya toda dolorida por la transfixion de las espinas, por lo que á cada movimiento experimentaba dolores de muerte; y así sucedia que cualquiera bofetada ó golpe que le diesen serviale del mas cruel tormento. Vé tú, alma mia, al pretorio, y reconócelo siquiera tú por aquel supremo Señor de todas las cosas, como verdaderamente lo es; y siendo en realidad á un mismo tiempo rey de dolor y de amor, dale gracias y ámalo tambien, ya que el fin que se propone en padecer es el de ser amado por tí.

¹ Thren. III, 20. — ² Matth. XXVII, 29. — ³ Joan. XIX, 3.

§ XI. — *Pilatos presenta á Jesús á vista del pueblo diciendo: Ecce homo.*

Exivit Pilatus foras, et dicit eis: Ecce homo ¹. Habiendo sido Jesús conducido de nuevo á Pilatos, des-

¹ Joan. XIX, 4, 5.

pués de su flagelacion y coronacion de espinas, este juez, aunque tan injusto, lo miró, y observóle tan llagado y desfigurado, que llegó á persuadirse debia mover á compasion al pueblo con solo presentarlo á su vista. A este propósito sale fuera á la lonja ó baránda, llevando consigo á nuestro afligido Salvador, y les dice: *Ecce homo*; como si exclamase: Mirad, judíos, daos ya por satisfechos de lo mucho que ha padecido hasta ahora este pobre inocente: *Ecce homo*, ved aquí aquel hombre del que llegábais á temer que tratase de hacerse vuestro Rey; aquí lo teneis, mirad á qué estado se ve ya reducido. ¿Qué temor podeis ya tener, cuando se halla en estado de no poder vivir sino muy poco tiempo? Dejadlo que siquiera vaya á morir á su casa las pocas horas que le quedan de vida.

Exiit ergo Jesus portans coronam, et purpureum vestimentum ¹. Mira tú tambien, alma mia, sobre aquel corredor á tu Señor atado y conducido por un verdugo: míralo como se encuentra medio desnudo, aunque sí está cubierto de llagas y de sangre, con sus carnes todas despedazadas, llevando aquel andrajo de púrpura por cima de sus hombros, que solamente le sirve de escarnio, y con aquella bárbara corona que continúa atormentándole. Fija bien la vista en ese tu Pastor, y ve á qué estado se ve reducido para poder encontrarte á tí que eres una de las ovejas perdidas. ¡Ay Jesús mio! ¡y cuántas comparsas de teatro os obligan á hacer los hombres en vuestra pasion, y todas ellas dolorosas y de vituperio! ¡Oh dulce Redentor mio! Vos podíais mover á compasion aun á las mismas fieras, pe-

¹ Joan. xix, 5.

ro con todo ahora no encontrais piedad. Oigamos, pues, lo que respondió aquella gente: *Cum ergo vidissent eum pontifices, et ministri, clamabant dicentes: Crucifige, crucifige eum*². Mas ¿qué dirán después, Señor mio, estos mismos en el dia del juicio final, cuando habrán de veros glorioso, y sentado como Juez supremo en un trono resplandeciente? Pero ¡ay de mí, Jesús mio! que tambien yo en algun tiempo llegué á decir: *Crucifige, crucifige*, luego que con mis pecados os ofendia. Sin embargo, ya me arrepiento sobre todos los males, Dios del alma mia, de haberme portado de esa manera, y tambien os amo mas que á todos los bienes posibles. Perdonadme, Señor, por los méritos de vuestra pasion sacrosanta; y haced que en aquel terrible dia yo os vea aplacado, y no airado contra mí.

Ya hemos advertido como Pilatos presentó á Jesús desde el corredor á los hebreos, diciendo: *Ecce homo*. Y debemos creer que en aquel mismo tiempo nos convidaba el eterno Padre desde el cielo para que mirásemos al mismo Jesucristo en tan lastimoso estado, y que tambien nos dice desde entonces: *Ecce homo*. Hombres todos, este otro hombre que vosotros mirais tan atormentado y vilipendiado, es nada menos que mi amado Hijo, que por amor vuestro, y por pagar la pena de vuestros pecados es por lo que tanto padece; miradlo pues, dadle gracias, y siempre amadlo. Dios mio y Padre mio, Vos me decís que yo mire á este vuestro divino Hijo; mas tambien yo misma os ruego que igualmente Vos, Señor, lo mireis por mí; miradlo, repito, y por el amor de tan digno Hijo tened piedad de mí.

² Joan. xix, 6.

Viendo los judíos que Pilatos, á pesar de sus repetidos clamores, buscaba todavía algun medio para librar á Jesús (*Quaerebat Pilatus dimittere eum* *), discurrieron obligarlo para que lo condenase, con decirle que si no daba la sentencia de muerte contra él, se declaraba euemigo del César: *Judaei autem clamabant, dicentes: Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris: omnis enim qui se regem facit, contradicit Caesari* *. Y por este medio, para desgracia suya, lo comprometieron y aun lo estimularon; porque al oir Pilatos este argumento, teme perder la amistad del César, y llevándose adentro á Jesucristo, va desde luego á sentarse para pronunciar la sentencia de muerte: *Pilatus autem, cum audisset hos sermones, adduxit foras Jesum, et sedit pro tribunali* *. Pero atormentado él todavía por los remordimientos de su conciencia, sabiendo que iba á condenar á un inocente, se vuelve de nuevo á los judíos: *Et dicit, ecce rex vester*, pues ¿yo he de condenar á vuestro Rey? *Illi autem clamabant: tolle, tolle, crucifige eum* *. Así replicaban los judíos, aun mas furiosos que antes. Y fue como decir: Ea Pilatos, deja de presentarnos á ese que tú dices que es nuestro Rey: ¿por qué lo pones á nuestra vista repitiendo siempre que es el rey de los judíos? *tolle, tolle*, quítalo de nuestra presencia, y hazle morir crucificado. ¡Ah Señor mio, Verbo encarnado! Vos habeis venido del cielo á la tierra para conversar con los hombres y salvarlos; ¡y estos no pueden tampoco teneros en su compañía; sino que tanto se afanan por haceros morir, y no veros nunca jamás!

* Joan. xix, 12. — * Ibid. — * Ibid. 13. — 7 Ibid. 14, 15.

Pilatos todavía se resiste, y vuelve á replicar: *Regem vestrum crucifigam? Responderunt pontifices: Non habemus regem, nisi Caesarem* *. ¡Oh adorado Jesús mio! estos no quieren reconoceros por su Señor, y dicen que no tienen mas rey que al César. Yo por el contrario, os confieso por mi Rey y por mi Dios, y os protesto, Redentor mio, que fuera de Vos no quiero otro rey de este corazon que tengo. Hubo otro tiempo en que yo infeliz me dejé dominar de mis pasiones, y os deseché de esta mi alma, divino Rey de mi vida; pero ahora ya quiero que solamente Vos reineis en ella; disponed, pues, Vos desde luego cuanto querais, y que ella obedezca. Os diré tambien con santa Teresa: ¡Oh divino amante, que me amais mas de lo que yo puedo comprender! haced que esta mi alma os sirva de una manera que enteramente sea conforme á vuestro agrado, mas bien que al suyo. Muera para siempre este yo, y viva en mí otra que no sea el mismo yo. Viva él en mi interior, y me dé vida: él reine, y yo sea esclava suya, no queriendo mi alma otra libertad fuera de esta. ¡Oh feliz aquella alma, que puede decir con toda verdad: Jesús mio, Vos sois mi único rey, mi único bien, y el único amor mio!

* Joan. XIX, 15.

§ XII. — Jesús es condenado por Pilatos.

Tunc ergo tradidit eis illum, ut crucifigeretur *. Ved aquí como Pilatos, después de haber declarado tantas veces la inocencia de Jesús, ahora de nuevo tam-

* Joan. XIX, 16.

bien la confiesa lavándose las manos, y protestando que él no era culpable de la sangre de aquel hombre justo, y que si moria, los judíos deberian dar cuenta de ello: *Accepta aqua lavit manus coram populo, dicens: Innocens ego sum à sanguine justì hujus, vos videritis* *. Y á pesar de todo esto, pronuncia la sentencia condenándole á muerte. ¡Oh injusticia nunca jamás vista en el mundo! ¡condena el juez al acusado en el mismo tiempo en que lo declara inocente! Escribiendo san Lucas este paso dice que Pilatos entregó á Jesús en manos de los judíos para que ellos hicieran lo que quisiesen: *Jesum tradidit voluntati eorum* *. Y verdaderamente que así sucede cuando se llega á condenar á un inocente; se abandona al poder de sus enemigos, para que lo hagan morir de la manera y forma que á ellos mas les agrade. ¡Pobres judíos! Vosotros en aquella ocasion dijisteis: *Sanguis ejus super nos, et super filios nostros* *. Vosotros mismos os impusisteis el castigo, y este ya lo estais experimentando: vuestra nacion sufre desde entonces, y habrá tambien de sufrir la pena de aquella sangre inocente hasta el fin del mundo.

Hé aquí que ya se lee la injusta sentencia de muerte, en presencia del Señor, como condenado á sufrirla; luego que la oye el mismo Jesús, se resigna en un todo al justo decreto de su eterno Padre que lo condena á la cruz, y humildemente la acepta, no por causa de los delitos que con falsedad le imputaban los judios, sino por nuestras verdaderas culpas, por cuya satisfaccion él se habia ofrecido con el padecimiento de su propia muerte. Mientras que Pilatos dice aquí en la tierra:

* Matth. xxvii, 24. — * Luc. xxiii, 25. — * Matth. xxvii, 25.

mnera Jesús, el eterno Padre tambien confirma la misma sentencia, diciendo igualmente en el cielo: muera mi propio Hijo. Y entonces el mismo Hijo se expresa de este modo: Aquí estoy, obedezco desde luego, acepto la sentencia, y muero en una cruz: *Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis* ³. ¡Amado Redentor mio! Vos aceptais la muerte que yo merezco, y con ella me alcanzais á mí la vida. Os doy las gracias, amor mio, y espero tambien ir al cielo á alabar eternamente vuestras misericordias: *Misericordias Domini in aeternum cantabo*. Y ya que Vos siendo inocente aceptais la muerte de cruz, yo que soy pecadora acepto de buena gana aquella muerte que Vos me ofrezcais; y acepto igualmente todas las penas que habrán de acompañarla, ofreciéndolo todo desde ahora á vuestro eterno Padre, en union de vuestra santa muerte. Vos habeis perdido la vida por mi amor, pues yo quiero tambien morir por amor vuestro. Ea Jesús mio, por los méritos de vuestra amarga muerte, concededme la buena suerte de espirar en vuestra gracia, y ardiendo además en vuestro amor santo.

³ Phil. II, 8.

§ XIII. — Jesús lleva la cruz al Calvario.

Publicada ya la sentencia, aquel pueblo infeliz, con grande algazara, levanta un grito de júbilo diciendo: Alegrémonos; alegrémonos, que ya Jesús esta sentenciado á la pena capital: vamos pronto, pronto; no se pierda tiempo, prepárese la cruz, y quítese la vida

antes del dia de mañana en que se celebra la Pascua. Con este pensamiento acometen al Señor al instante, lo cubren con sus propios vestidos; con el fin, segun dice san Ambrosio, de que el pueblo lo reconociese por aquel mismo embaucador (pues este era el nombre que le daban) que tambien pocos dias antes habia sido recibido por el Mesías: *Eauerunt chlamyde, et induerunt eum vestimentis ejus, et duxerunt eum, ut crucifigerent*¹. Toman con esta mira dos toscos maderos, y arman la cruz al momento, mandándole después con insolencia que la lleve sobre sus espaldas hasta el lugar destinado al suplicio. ¡Oh Dios y qué barbarie! ¡cargar con tan enorme peso á un hombre terriblemente atormentado, y tan falto de fuerzas!

Jesús abraza la cruz con un amor indecible: *Et bajulans sibi crucem, exivit in eum qui dicitur Calvariae locum*². Mira como sale la justicia con los reos sentenciados, y entre estos va tambien nuestro Salvador cargado con el mismo altar en que debe sacrificar su vida. Oportunamente considera un autor devoto que en la pasion de Jesucristo todo fue estupor y exceso, de cuyo dictado usaron con propiedad en el Tabor Moisés y Elias: *Et dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem*³. ¿Quién jamás hubiera creido que la vista lastimosa de Jesús, obligado á comparecer con su cuerpo todo cubierto de llagas, no habria de servir sino para irritar mas la rabia de los judíos, y el deseo de verlo crucificado? Y ¿qué tirano en ningun tiempo ha obligado al mismo reo á llevar sobre sus espaldas el propio patíbulo, después que lo ha consumido á fuerza

¹ Matth. xxvii, 31. — ² Joan. xix, 17. — ³ Luc. ix, 31.

de tormentos? Causa ciertamente horror el considerar el conjunto de burlas y ludibrios que le hicieron sufrir á Jesús en poco mas del espacio de medio dia, cuyo tiempo medió desde su prision hasta su muerte: sucediéndose los unos padecimientos á los otros sin algun intervalo; ataduras, golpes, espantos, burlas, azotes, espinas, clavos, agonías y muerte. Todos en suma se reunian, los hebreos, los gentiles, los sacerdotes y los seglares para constituir á Jesucristo por el hombre de los desprecios y de los dolores, como lo tenia predicho Isaías. Se ve por una parte que el mismo juez defiende al Salvador declarándolo inocente; y por otra parte se nota que la tal defensa no sirvió mas que para acrecentarle mayores penas y vituperios; porque si Pilatos desde un principio hubiese condenado á Jesús á la muerte, no hubiera sido pospuesto á Barrabás, ni tratado de loco, ni azotado, ni coronado de espinas.

Pero volvamos á considerar el admirable espectáculo que ofrece á la vista un Hijo de Dios, que va á morir por aquellos mismos hombres que lo conducen para quitarle la vida. Ved aquí ya cumplida la predicción de Jeremías: *Et ego quasi agnus mansuetus, qui portatur ad victimam* *. Mirad cómo llevan al inocente Señor como un cordero que camina al matadero. ¡Oh ciudad ingrata! ¿así arrojas de tí con tanto desprecio á tu divino Redentor, después de tantos beneficios como te ha dispensado? Mas ¡ay Dios! que esto mismo hace un alma, la cual habiendo sido antes favorecida por el Señor con muchos dones, desagradecida después lo separa de sí con el pecado.

* Jer. xi, 19.

Era tan lastimosa y compasiva la vista que presentaba Jesús en este viaje al Calvario, que al mirarlo las mujeres, se iban detrás de él llorando y lamentándose de una crueldad tan espantosa: *Sequebatur autem illum multa turba populi, et mulierum, quae plangebant, et lamentabantur eum* *. Pero el Redentor volviéndose entonces hácia ellas, les decia: ¡Ah! no lloreis por mí, sino llorad por vuestros hijos: *Quia si in viridi ligno haec faciunt, in arido, quid fiet* *. Con lo que quiso darnos á entender el castigo que nuestros pecados merecen; porque si él siendo inocente, é Hijo de Dios, solo por haberse ofrecido á satisfacer por nosotros era tratado de aquella manera, ¿cómo deberémos ser tratados los hombres por los pecados propios?

Míralo tú, mas y mas, alma mia; atiende como va enteramente desfigurado, coronado de espinas, cargado con aquel pesado leño, y acompañado de una multitud de gente, toda enemiga suya, que mientras caminan á su lado, lo van injuriando y maldiciendo. ¡Ay Dios! su cuerpo sacrosanto se encuentra todo llagado; por manera, que á cualquiera movimiento que tiene se le renueva el dolor en todas sus heridas. La cruz ya desde un principio le atormenta, mediante á que ella oprime sus llagadas espaldas, y va tambien apretando fuertemente las espinas de aquella bárbara corona. ¡Ay de mí, cuántos dolores, á cada paso! Pero Jesús, á pesar de todo, no la deja. Sí, que no la deja, pues que por medio de la cruz quiere él reinar en los corazones de los hombres, como lo predijo Isaías: *Et factus est principatus super humerum ejus* *. ¡Con

* LUC. XXIII, 27. — * Ibid. 28. — * Isai. IX, 6.

qué sentimientos tan amorosos para conmigo íbais caminando entonces hácia el Calvario, Jesús mio, en donde debíais consumir el gran sacrificio de vuestra vida!

Abraza tú tambien, alma mia, la cruz que tengas, por amor de Jesús; el que solo por amor tuyo tanto padece. Reflexiona como él va delante con su cruz, que al mismo tiempo te convida á tí para que le vayas siguiendo con la tuya: *Qui vult post me venire, tollat crucem suam, et sequatur me* *. Si, Jesús mio, yo no quiero dejaros solo, me resuelvo á seguiros hasta la muerte; pero Vos, Señor, por los méritos de este doloroso viaje dadme fuerzas para poder llevar con paciencia las cruces que me ofreceis. ¡Ah que Vos ya nos habeis transformado en muy amables los dolores y los desprecios, con haberlos abrazado en beneficio nuestro con un amor tan intenso!

Invenērunt hominem Cyrenaeum, nomine Simonem, hunc angariaverunt, ut tollerēt crucem ejus *. *Et imposuerunt illi crucem portare post Jesum* ¹⁰. ¿Fue por ventura un efecto de compasion hácia Jesús el aliviarle á llevar la cruz, haciendo que le ayudase el Cireneo? No, sino que fue un resultado de iniquidad, y del odio que le tenían. Viendo, pues, los judíos que el Señor casi exhalaba ya el último aliento á cada paso, temieron que antes de llegar al Calvario realmente espirase en el camino; por lo que ellos, como no solo querian verle muerto, sino que tambien perdiese la vida estando crucificado, á fin de que para siempre quedase denigrada su memoria, supuesto que el morir en cruz era entonces lo mismo que el quedar maldito para con todos,

* Matth. xvi, 24. — * Ibid. xxvii, 32. — ¹⁰ Luc. xxiii, 24.

Maledictus qui pendet in ligno ¹¹, por eso alquilaron al Cireneo; y por la misma razon tambien cuando ellos pedian la muerte de Jesús no tan solamente le decian á Pilatos hazle morir, sino que siempre insistian con repetidos gritos: *Crucifigatur, crucifige, crucifige eum*: para que su nombre quedase sobre la tierra tan infamado, que jamás volviese á hacerse de él mencion alguna, segun lo habia profetizado Jeremias: *Eradamus eum de terra viventium, et nomen ejus non memoretur amplius* ¹². Y con este intento le quitaron la cruz de encima, para que pudiese llegar vivo al Calvario, y así consiguiesen su propósito de verlo morir crucificado, y oprimido de vergüenza. ¡Oh mi Jesús generalmente desprecido! Vos sois toda mi esperanza y todo el amor mio.

¹ Deuter. XXI, 23. — ¹² Jer. XI, 19.

§ XIV. — *Jesús es crucificado.*

Apenas hubo llegado al Calvario todo dolorido y fatigado, cuando le dan á beber el vino mezclado con hiel, que acostumbraba ofrecerse á los que eran sentenciados á la crucifixion, para mitigar en ellos el sentimiento doloroso; pero como Jesús queria morir sin alivio alguno, apenas lo gustó, ya no quiso beberlo: *Et dederunt ei vinum bibere cum felle mixtum, et cum gustasset, noluit bibere* ¹. Formóse en seguida un círculo de gente al rededor de Jesús: los soldados le quitan sus vestidos, los cuales como estuviesen pegados á aquel divino cuerpo todo llagado y despedazado, al

¹ Matth. XXVII, 34.

despegarse de él se llevan consigo muchos pedazos de carne. Después de esto lo colocan sobre la cruz, y Jesús extiende sus manos sagradas, ofrece á su eterno Padre el gran sacrificio de sí mismo, y le suplica que se digne aceptarlo por nuestra salvacion.

Mira, alma mia, como previenen ya con furia los clavos y los martillos, y traspasando las manos y los piés de Nuestro Salvador, lo dejan ya fijo en la cruz. El sonido de las martilladas retumba por aquel monte, y se deja sentir tambien de la sagrada María, que siguiendo á su Hijo, habia llegado ya á aquella infansta cima. ¡Oh manos divinas, que con solo vuestro contacto sanásteis á tantos enfermos! ¿por qué ahora os clavan fieramente en esa tosca cruz? ¡Oh piés sacrosantos, que tanto os cansábais por irnos buscando á nosotros, ovejas ya perdidas! ¿por qué causa tambien ahora sois traspasados con tanto dolor? Si cuando apenas recibe el cuerpo humano una punzada en un nervio se experimenta un dolor tan agudo, que ocasiona desmayos y mortales parasismos, ¿cuáles serian los dolores de Jesús al penetrar y traspasar con aquellos duros clavos las manos y los piés, partes llenas de músculos y de nervios? ¡Oh dulce Salvador mio! ¡cuánto llegó á costaros mi salvacion eterna, y el deseo de ganaros el amor de este gusano miserable! ¡Y yo todavía ingrata, os he negado tantas veces este amor mio, y os he vuelto indiferente las espaldas!

Mira como ahora levantan ya la cruz juntamente con el Crucificado, y luego la dejan caer con violencia en el hoyo que sobre la piedra tenian hecho. Asegúranla después con piedras y cuñas de madera, y queda ya

Jesús pendiente de ella, y en medio de dos ladrones, para dar allí su vida por nosotros: *Et crucifixerunt eum, et cum eo alios duos, hinc et hinc, medium autem Jesum* *. Como tambien lo habia ya predicho Isaías: *Et cum sceleratis reputatus est* *. Estaba clavada sobre la parte superior de la cruz una inscripcion en la que se leía: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*. Querian los sacerdotes que este titulo se trastornase; pero Pilatos no quiso alterarlo; porque era voluntad de Dios que todo el mundo supiese que los hebreos hacian morir á su verdadero Rey y Mesías, que por tanto tiempo habia sido esperado y suspirado por ellos mismos.

¡Jesús ya crucificado! Ve aquí, alma mia, la prueba del amor de un Dios omnipotente: mira bien la última representacion que el Verbo encarnado hace sobre la tierra. La primera fue en un establo; esta última es en una cruz: la una, como la otra nos demuestran el amor y la caridad inmensa que él tiene para con los hombres. Estando un dia contemplando san Francisco de Paula el amor de Jesucristo al tiempo de su muerte, enajenado en éxtasis, y elevándose sobre la tierra, exclamó por tres veces á grandes voces: ¡Oh Dios caridad! ¡oh Dios caridad! ¡oh Dios caridad! Queriendo el Señor con esto enseñar al Santo, que nunca seremos nosotros capaces de comprender el amor infinito que este mismo Dios nos ha demostrado, con querer padecer tanto, y después perder su vida por nosotros. ¡Alma mia! acércate tú entre tanto á aquella cruz, llena de humildad y enternecida, besa y adora tambien aquel altar, en donde muere por tí, víctima del amor,

tu divino Señor el mas amante. Ponte debajo de aquellos piés sagrados, y procura que corra sobre tí aquella divina sangre; y ruégale al eterno Padre, diciéndole estas palabras (pero con diferente sentido de aquel con que los judíos las hablaron): *Sanguis ejus super nos* ⁴: Caiga, Señor, esta sangre sobre nosotros, y ella nos lave de nuestros pecados; este precioso licor no os pide venganza como la del Abel, sino que os está clamando por piedad y perdón á favor de todos nosotros: á tal esperanza nos anima vuestro Apóstol cuando nos dice las siguientes palabras: *Sed accessistis ad mediatorem Jesum, et sanguinis aspersionem, melius loquentem quam Abel* ⁵.

¡Ay Dios mio! ¡y cuánto padece sobre la cruz Nuestro Salvador moribundo! Todos sus miembros están doloridos, y no puede el uno dar algun socorro al otro: en tanto que las manos y los piés están fuertemente clavados. ¡Ay de mí! que este Señor está sufriendo en cada momento los dolores de muerte, en tal extremo, que puede asegurarse que en aquellas tres horas de la agonia sufrió Jesús tantas muertes, cuantos fueron los momentos que estuvo pendiente de la cruz. No experimentó el afligido Señor sobre aquel lecho de dolores un instante de alivio ó de descanso: ya se apoyase sobre los piés, ó ya sobre las manos, hácia cualquiera parte que fuese, sus dolores se aumentaban. Estaba, en suma, aquel cuerpo sacrosanto pendiente de sus mismas llagas, por manera que aquellas manos y piés traspassados debian sostener el peso de todo el cuerpo.

¡Oh amado Redentor de mi vida! si yo os miro por

⁴ Matth. xxvii, 25. — ⁵ Hebr. xii, 24.

defuera no veo otra cosa mas que llagas y sangre; si, pues, llego á observaros interiormente encuentro vuestro corazón todo afligido y desconsolado. Al mismo tiempo leo escrito sobre esa cruz, que Vos sois Rey; pero ¿qué insignia es la que podeis tener de serlo? Yo no veo otro solio mas que ese leño, que es una señal de oprobio ó de infamia; no advierto otra púrpura, fuera de esa vuestra carne ensangrentada toda y despedazada; no registro otra corona, sino ese casquete de espinas que permanecen mas y mas atormentándonos. ¡Ah Señor! ¡que todo eso os declara verdaderamente Rey, no de honores, sino de amor infinito! Esa cruz, esa sangre, esos clavos y esa corona, insignias son todas y nada equívocas del grande amor que me teneis.

En vista de esto, convengamos en que Jesús desde la cruz no tanto exige de nosotros nuestra compasion, como tambien nuestro afecto. Y si nos pide la compasion, es solamente con el fin de que ella nos conduzca á amarle. Sabemos que el mismo Señor, por sola su bondad, tiene ya merecido todo el amor nuestro; mas ahora parece que tambien, á lo menos por compasion, merece que le amemos. ¡Ay Jesús mio! mucha razon tuvisteis para decir, antes de vuestra pasion, que cuando fuérais exaltado sobre la cruz atraeriais hácia Vos todos nuestros corazones: *Cum exaltatus fuero, omnia traham ad me ipsum* ⁶. ¡Oh qué fuertes saetas de divino fuego dirigís á nuestros corazones desde ese trono de amor! ¡Oh á cuántas almas afortunadas habeis atraído tambien á Vos desde esa cruz, librándolas en-

⁶ Joan. xii, 32.

tonces de las fauces del infierno! Concededme, pues, licencia, Señor mio, para que os diga: Que con razon os han destinado á morir en medio de dos ladrones, supuesto que Vos, desde ese patibulo, y mediante el amor que nos teneis, habeis santamente arrebatado á Lucifer un infinito número de almas, que á causa de sus pecados, á él por justicia le pertenecian; y aun espero ser yo una de estas almas arrebatadas al dragon del infierno. ¡Oh divinas llagas de mi Jesús! ¡oh fraguas encantadoras del amor sagrado! recibidme en el interior vuestro para que arda, no ya con el fuego del infierno que tengo merecido, sino con santas llamas amorosas hácia aquel Dios, que por mí ha querido morir consumido de indecibles tormentos.

Después de haber crucificado á Jesús, los verdugos sortearon tambien sus vestidos, segun David ya lo habia predicho: *Diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem* ¹. Y luego se sentaron á esperar su muerte. Siéntate tú tambien, alma mia, al pié de aquella cruz; y reposa todos los dias de tu vida debajo de su sombra la mas saludable, á fin de que tambien puedas decir con su Esposa: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi* ². ¡Oh qué bello reposo es el que encuentran las almas que son amantes de Dios, á la vista de Jesús crucificado; aun cuando se hallen en los tumultos del mundo, entre las tentaciones del infierno, y en medio de los justos temores del divino juicio!

Estando Jesús ya moribundo, con sus miembros tan doloridos, y con el corazon tan desolado, á causa de

¹ Psalm. xxi, 19. — ² Cant. ii, 3.

la terrible tristeza que padecia, buscaba alguno que lo consolase. Pero no, dulce Redentor mio, no hay quien pueda consolaros. Y ¡si hubiera á lo menos quien os compadeciese, y acompañase con lágrimas en vuestra amarga agonía! Mas ¡ay Señor! ¡cuán al revés es lo que advierto! pues que los unos os injurian, los otros os befan, y muchos os blasfeman. Estos dicen: *Si Filius Dei es, descende de cruce* *. Aquellos profieren: *Vah qui destruis templum Dei, saluum fac te metipsum* ¹⁰. Y no faltan tambien algunos que digan: *Alios saluos fecit, seipsum non potest saluum facere* ¹¹. ¡Oh Dios! ¿y qué ajusticiado se ha visto jamás tan cargado de injurias y de improperios, en aquel mismo tiempo en que ha estado muriendo sobre el patíbulo.

* Matth. xxvii, 40. — ¹⁰ Marc. xv, 29. — ¹¹ Matth. xxvii, 42.

§ XV. — Palabras que dijo Jesús en la cruz.

Pero Jesús entre tanto ¿qué es lo que hace? ¿qué dice al experimentar tantos ultrajes? Ruega por aquellos mismos que lo maltratan de una manera tan cruel: *Pater, dice, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt* ¹. Entonces tambien rogó Jesús por nosotros pecadores; por cuyo motivo, volviéndonos al eterno Padre, digámosle con entera confianza: ¡Oh Padre! oid la voz de este vuestro amado Hijo, que os pide nos perdoneis. Semejante perdon es en verdad un acto de misericordia con respecto á nosotros, pues que no lo merecemos; mas al mismo tiempo, es justicia en orden á Jesucristo, que superabundantemente os ha satisfecho por nuestros pe-

¹ Luc. xxiii, 34.

cados. Vos, Señor, estais obligado, por sus méritos infinitos, á perdonar y á recibir en vuestra gracia á todo el que se arrepiente de las ofensas que os haya hecho; pues yo, Padre mio, con todo el corazon me duelo de haberos ofendido, y en el nombre de vuestro mismo Hijo os pido el perdon; perdonadme, pues, y admitidme en vuestra amistad y gracia.

Domine memento mei, cum veneris in regnum tuum *. De esta manera rogó el buen Ladron á Jesús moribundo, y este Señor le respondió: *Amen dico tibi, hodie mecum eris in paradiso* *. Aquí vino á cumplirse lo que antes habia dicho Dios por Ezequiel, de que cuando el pecador se arrepiente de sus culpas, no solo el mismo Señor se las perdona, sino que después se olvida de las ofensas con que le haya injuriado: *Si autem impius egerit poenitentiam... omnium iniquitatum ejus non recordabor* *. ¡Oh piedad inmensa! ¡oh bondad infinita de mi Dios! ¿y quién dejará de amaros? Sí, Jesús mio, olvidaos de las injurias que contra Vos he cometido, y acordaos de la muerte tan amarga que por mí habeis experimentado, y por esta misma muerte hacedme participante de vuestro reino en la otra vida, y entre tanto, mientras dure esta mi vida presente, concededme el reino de vuestro amor santo: este solo domine en mi corazon, él tambien sea el único señor mio, mi único deseo, y el único amor que yo tenga. ¡Dichoso ladron, que mereciste acompañar con paciencia la muerte de Jesucristo! ¡Y feliz tambien yo, ¡oh Jesús mio, si tengo la suerte de morir amándoos, uniendo al mismo tiempo mi muerte con la vuestra, tan dolorosa y santa!

* Luc. xxiii. 42. — * Ibid. 43. — * Ezech. xviii, 21, 22.

Stabat autem juxta crucem Jesus mater ejus *. Considera, alma mia, á la santísima María al pié de la cruz, que traspasada de dolor, y teniendo los ojos fijos en su amado é inocente Hijo, está contemplando las inmensas penas que padece exterior é interiormente, entre las cuales se ve ya cerca de perder su vida. Está tambien por otra parte toda resignada y en la paz de su conciencia, ofreciendo al eterno Padre la muerte tan amarga de su divino Hijo por nuestra salvacion; pero al mismo tiempo se halla imponderablemente afligida, por la compasion y el mucho amor que le tiene. ¡Ay Dios de mi vida! ¿Y quién habria jamás que no se compadeciese de una madre que se encontrase cerca del patíbulo de un hijo suyo, que estaba muriendo á su misma presencia? Mas aquí debe tambien considerarse, quién es esta Madre, y quién es este su Hijo. María amaba al divino Jesús incomparablemente mas que todas las madres al fruto de sus entrañas; pues que el amor que le profesaba era, no solo como á su propio Hijo, sino tambien como á Dios al mismo tiempo. Siendo además de esto un Hijo sumamente amable, todo bello, y santo: un Hijo que habia sido siempre respetuoso y obediente: un Hijo que tanto amaba á esta su Madre, que desde la eternidad la habia elegido él mismo para que le concibiese en su seno virginal. ¿Y esta es la Madre que tuvo que asistir á la muerte de un tal Hijo suyo, oprimido de dolores delante de sus propios ojos, sobre aquel leño tan infame por entonces, sin poderle dar ella el menor alivio, antes mas bien acrecentando con su presencia las penas del mismo Hijo

* Joan. xix, 25.

que la veia sufrir tanto por el amor que le tenia? ¡Oh dolorosa María! por aquella terrible pena que padecisteis en la muerte del amable Jesús, tened piedad de mí, y encomendadme á vuestro divino Hijo. Oid, pues, como él desde la cruz me encomienda á Vos en persona de Juan el amado discípulo: *Mulier, ecce filius tuus* *.

Et circa horam nonam clamavit Jesus voce magna dicens: Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? Jesús agonizante sobre la cruz, estando todo dolorido en el cuerpo, y todo lleno de afliccion en su alma (pues que aquella tristeza terrible que le asaltó en el huerto cuando dijo: *Tristis est anima mea usque ad mortem*, le acompañó hasta la última respiracion de su vida), va buscando quien lo consuele, y no encuentra alguno que lo haga; como ya lo habia predicho por David diciendo: *Et sustinui qui consolaretur, et non inveni* *. Mira entonces á su Madre, y esta, segun ya hemos visto, no solamente no lo consuela, sino que con su vista lo aflige mas. Dirige sus ojos palpitantes al rededor de sí, y advierte que todos son enemigos suyos; por lo que hallándose ya privado de todo alivio, se vuelve al eterno Padre para encontrarlo en él; pero viéndolo el Padre cubierto con todos los pecados de los hombres (por los cuales estaba sobre aquella cruz, tratando por este medio de satisfacer á su divina justicia), tambien lo abandona á una muerte de puras penas. Y entonces fue cuando Jesús dió aquel grande clamor, para expresar la vehemencia de su pena, y dijo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis abandonado? Por eso

* Joan. XIX, 26. — 7 Matth. XXVII, 46. — * Psalm. LXXXIII, 21.

la muerte de Jesucristo fue mas amarga que la de todos los Mártires, mediante á que fue una muerte enteramente desolada, y privada aun del mas leve consuelo.

Mas, Jesús mio, si Vos espontáneamente os ofreciesteis á esta muerte tan amarga ¿por qué ahora os lamentais de esa manera? ¡Ah Señor! ya lo entiendo, Vos os lamentais por hacernos comprender la excesiva pena con que perdíais la vida, y para animarnos al mismo tiempo á confiar en Vos, á fin de que nos resignemos en las ocasiones en que nos veamos en desolacion, y privados de la sensible asistencia de la divina gracia.

¡Dulce Redentor mio! este mismo abandono vuestro me hace esperar que Dios á mí no ha de abandonarme, aunque tantas veces le haya hecho traicion. ¡Oh amable Jesús mio! ¿cómo he podido yo vivir olvidada de Vos por tanto tiempo? Os doy repetidas gracias, porque Vos de mí no os habeis olvidado. Ea, ahora os pido tambien la merced de saber acordarme siempre de la muerte desolada que por mi amor habeis sufrido; á fin de que ya no me olvide jamás de Vos, y del mucho amor con que en todo tiempo me habeis mirado.

Sabiendo, por último, el Salvador que su sacrificio ya estaba consumado, dijo que tenia sed; y los soldados le aplicaron á su sagrada boca una esponja empapada en vinagre: *Postea sciens Jesus, quia omnia consummata sunt, ut consummaretur scriptura, dixit: Sitio. Illi autem spongiam plenam aceto obtulerunt ori ejus* *. La escritura que dice debia cumplirse era aquella de

* JOAN. XIX, 28, 29.

David: *Et in siti mea potaerunt me aceto*¹⁰. Pero, Señor, ¿por qué no os quejais de tantos y tan agudos dolores como os están quitando la vida, y ahora os lamentais de la sed? ¡Ah! que la sed de Jesús es distinta de la que nosotros nos figuramos; pues que es en realidad el deseo que padece de ser amado de las almas por quienes pierde su vida. Luego teneis sed, Jesús mio, de mí, gusano miserable, y ¿yo, Señor, no habré de tener sed de Vos, que sois un bien infinito? ¡Ah! sí que ya os quiero, os amo, y aun deseo complaceros en todo. Ayudadme Vos, Señor mio, á despegar de mi corazon todos los deseos terrenos, y haced que reine en mí solamente el deseo de daros gusto, y de hacer en todo vuestra voluntad. ¡Oh santa voluntad de mi Dios! Vos que sois la fuente felicísima que saciais á las almas enamoradas, saciadme tambien á mí, y siempre seais el blanco de todos mis pensamientos, y de todos los afectos que tenga mi corazon.

¹⁰ Psalm. LXVIII, 22.

§ XVI. — Muerte de Jesús.

Mas ya nuestro amable Redentor se acerca al fin de su vida. Ve tu reparando, alma mia, como aquellos ojos se oscurecen, aquel hermoso rostro se cubre de palidez, aquel amable corazon que ya palpita con lento movimiento, y todo el sagrado cuerpo que ya se va abandonando á la muerte: *Cum ergo accepisset Jesus acetum, dixit: Consummatum est*¹. Hallándose, pues, Jesús ya cercano á la muerte, trajo á su consideracion todos los padecimientos de su vida, pobreza, sudores,

¹ Joan. XIX, 30.

penas é injurias; y ofreciéndolo de nuevo todo ello á su eterno Padre, dijo: Todo se halla cumplido, todo está consumado. Se ha verificado todo lo que de mí estaba predicho por los Profetas; está en suma enteramente perfeccionado el sacrificio que Dios esperaba para aplacarse con el mundo, y ya la divina justicia se halla plenamente satisfecha. *Consummatum est*, dice Jesús, volviéndose á su eterno Padre: *Consummatum est*, repite al mismo tiempo, dirigiéndose á nosotros; y fue como si dijese: Hombres de la tierra, yo he cumplido con hacer todo aquello que he podido para salvaros y conquistar vuestro amor; he llenado, pues, la parte mia, cumplid ahora vosotros con la vuestra: amadme, y no os desdeñeis de amar á un Dios que llega hasta el extremo de morir por vosotros. ¡Ay Salvador mio! ¡ojalá pudiese yo tambien deciros en la hora de mi muerte, ó á lo menes en érdén al tiempo que me resta de vida, *consummatum est*: ¡he cumplido, Señor, vuestra santísima voluntad, os he obedecido en todo! Dadme fuerzas, Jesús mio, pues que con vuestra ayuda propongo y espero hacer todo lo que quereis de mí.

Et clamans voce magna Jesus ait: Pater in manus tuas commendo spiritum meum *. Esta fue la última palabra que Jesucristo habló en la cruz. Viendo este Señor que su bendita alma estaba ya para separarse de su sagrado cuerpo, dijo, resignado enteramente en la voluntad divina, y con la confianza de Hijo: Padre, os encomiendo mi espíritu. Como si hubiese dicho: Padre mio, yo no tengo voluntad; no quiero ni vivir ni morir; si acaso es de vuestro agrado que yo continúe pa-

* Luc. xxiii, 46.

deciendo en esta cruz, vedme aquí pronto para ello : yo pongo en vuestras manos desde luego mi espíritu, haced de mí todo aquello que tengais á bien. ¡ Oh si tambien nosotros hablásemos de esta manera , cuando nos vemos sufriendo cualquiera cruz , dejándonos guiar del todo por el Señor , segun su adorable beneplácito ! Este , dice san Francisco de Sales , es aquel santo abandono en las manos de Dios , que forma toda la perfeccion nuestra. Esto debemos hacerlo especialmente cuando se acerca nuestra muerte ; mas para practicarlo bien entonces , debemos en vida ejecutarlo con frecuencia. Sí , Jesús mio , en vuestras manos coloco yo mi vida , y tambien mi muerte : toda en Vos me abandono ; y ya desde ahora para cuando llegue el fin de mi vida os encomiendo mi alma : acogedla Vos , Señor , en vuestras santas llagas , así como vuestro Padre , acogió vuestro espíritu , cuando llegásteis á espirar , sobre el sacrosanto madero de la cruz.

Pero observemos que Jesús ya se está muriendo. Venid , Ángeles del cielo , venid para asistir á la muerte de vuestro Dios. Y Vos ¡ ó madre dolorosa Virgen María ! acercaos un poco mas á la cruz , levantad los ojos hácia vuestro Hijo , y miradle con mayor atencion , porque ya está próximo á espirar. Mira tú ahora , alma mia , como el Redentor llama ya á la muerte , y le da licencia para que le quite la vida. Ven muerte , le dice , cumple desde luego con tu oficio , quítame la vida , y salva á mis ovejas. Advierte como ya tiembla la tierra , ábrense los sepulcros , y el velo del templo se rasga de arriba abajo. Repara finalmente como al moribundo Señor , por la violencia de los dolores , le faltan ya las

fuerzas, el calor natural se le retira, deja ya que su cuerpo se desplome, abaja la cabeza sobre su pecho, abre su divina boca, y espira: *Et inclinato capite tradidit spiritum* ².

Salid pues, ¡oh alma preciosísima de mi Salvador! é id desde luego á abrimos el paraíso, que hasta el presente hemos tenido cerrado: id tambien á presentaros á la Majestad divina, y alcanzadnos á todos el perdón y la salvacion eterna. Volviéndose entonces la gente hácia Jesús, al oir aquella voz asombrosa, con la cual habia proferido las últimas palabras, lo mira con atencion en silencio, lo ve espirar, y observando que después no hace movimiento alguno, dice: Es muerto, es muerto, es muerto. Así la soberana Maria lo oye decir á todos, y aun tambien ella prorrumpe entonces, agonizando de pena: ¡Ay Hijo mio! ya te has muerto!

¡Con qué ha muerto! ¡Oh Dios mio! ¿Y quién es este que ha muerto? Es nada menos que el autor de la vida, el Unigénito de Dios, el Señor de todo el mundo. ¡Oh muerte! tú fuiste el estupor del cielo y de la misma naturaleza. ¡Morir un Dios por sus criaturas! ¡Oh caridad infinita! ¡Un Dios sacrificarse enteramente; sacrificar sus delicias, su honor, su sangre y su misma vida! ¿Y por quién? por sus ingratas criaturas: ¡y morir sumergido en un mar de dolores y de desprecios para satisfacer por nuestras culpas!

Alza tus ojos, alma mia, y mira aquel hombre crucificado. Mira, repito, aquel Cordero divino sacrificado ya sobre aquel altar de dolores: considera que él es el

² Joan. xix, 30.

Hijo amado del eterno Padre, y que ha muerto por el mucho amor que te tiene. Advierte como está con los brazos extendidos para abrazarte, su cabeza inclinada para darte el ósculo de paz amorosa, y el costado abierto para recibirte dentro de su corazón ¿Tú, qué dices? ¿merece ser amado un Dios que es tan bueno y tan amoroso? Oye que ese tu Señor te habla desde aquella cruz diciéndote: Hija mia, ve si hay en el mundo quien te ame mas que yo, que soy tambien tu Dios. ¡Ay Dios de mi vida y Redentor mio! conozco que Vos habeis muerto de una manera la mas dolorosa y la mas infame: ¿y por qué ha sido todo esto, sino para ganarnos el amor mio? Pero ¿qué amor de ninguna criatura podrá llegar jamás á compensar el amor de su mismo Criador muerto por ella? ¡Oh adorado Jesús mio! ¡oh amor del alma mia! ¿cómo podré yo nunca olvidarme de Vos? ¿Cómo será posible que ame yo á ninguna otra cosa, después de haberos visto morir de dolor en esa cruz, para satisfacer por mis pecados y salvarme? ¿Cómo habré de poder veros muerto, y pendiente de ese sagrado leño, y no amaros ya con todas las fuerzas de mi alma? ¿Seré capaz de pensar que mis culpas os han reducido á un tan admirable estado, y no habré de llorar siempre con sumo dolor las ofensas que contra Vos he cometido?

¡Oh mi Dios! si el mas vil de todos los hombres hubiese llegado á padecer por mí lo que Jesucristo ha padecido: si yo viese á un hombre despedazado á fuerza de azotes, clavado en una cruz, y hecho el ludibrio de las gentes, y todo esto por salvarme á mí la vida, ¿podría recordar estos beneficios sin experimentar los mas

tiernos afectos de gratitud sincera? Y si me presentasen su retrato representando el acto de espirar en aquel leño, ¿podiera yo mirarlo con ojos indiferentes, diciendo entre tanto: ¡Oh! este infeliz ha muerto tan atormentado por el amor que me tenia? En verdad que no hubiera muerto, si no me hubiese amado. ¡Ay de mí! ¿y cuántos cristianos tienen en su habitacion un hermoso Crucifijo, pero solo como uno de los bellos muebles? alaban la escultura, la expresion del color, etc., mas en su corazon poca ó ninguna impresion les hace; como si no fuese la imágen del Verbo encarnado, sino la de un hombre extranjero, y para ellos desconocido.

¡Ay Jesús mio! no permitais que yo sea semejante á tales cristianos. Recordad que prometisteis, que cuando fuérais levantado en la cruz atraeríais á Vos todos los corazones. Aquí, pues, teneis el mio, que enterrecido al considerar vuestra muerte, no quiere resistir ya mas á vuestros amorosos llamamientos. Ea, atraedlo enteramente á vuestro dulce amor. Vos habeis muerto por mí, pues yo tambien quiero vivir solo para Vos. ¡Oh dolores de Jesús! ¡oh ignominias de Jesús! ¡oh muerte de Jesús! ¡oh amor de Jesús! fijaos en este mi corazon, y quede siempre indeleble en él vuestra dulce memoria, para que esta me hiera y me inflame de amor continuamente.

¡Oh Padre eterno! mirad á Jesús muerto por mí; y por los méritos de este vuestro Hijo usad conmigo de misericordia. ¡Alma mia! no desconfies por los delitos que contra Dios hayas cometido: este Padre es aquel mismo que ha enviado al mundo para nuestra salvacion á tan digno Hijo; y este Hijo tambien es el mis-

mo que voluntariamente se ha ofrecido á pagar toda la pena merecida por nuestros pecados. ¡Ah dulce Jesús mio! ya que Vos para perdonarme tantas culpas no os habeis perdonado á Vos mismo, miradme con aquel mismo afecto con que me mirásteis un dia sobre la cruz, agonizando por mí: miradme mas y mas, iluminadme, y perdonadme especialmente la ingratitud con que me he portado en mi vida pasada, considerando tan poco en vuestra pasion dolorosa, y en el mucho amor que en ella me habeis demostrado. Os doy repetidas gracias por la celestial luz que me concedeis, haciéndome conocer en estas vuestras llagas y despedazados miembros, como por otros tantos canceles, el grande y tierno afecto que siempre me conservais.

Desgraciada en verdad yo seria, si después de esta luz que me comunicais dejase de amaros, ó amase fuera de Vos alguna otra cosa. *Muera yo*, os diré con vuestro enamorado san Francisco de Asis, *por amor del amor vuestro*, ¡oh Jesús de mi vida! *que os habeis dignado morir por amor del amor mio*. ¡Oh corazon abierto de mi Redentor! ¡oh dichosa mansion de las almas amantes! no excuseis admitir tambien en ella á esta mi pobre alma. ¡Oh Virgen Maria! ¡oh Madre de dolores! encomendadme á ese vuestro Hijo, que teneis muerto entre los brazos. Mirad, Señora, sus carnes despedazadas; mirad tambien su divina sangre derramada por mí; y conoced por ello cuán agradable habrá de serle que Vos le recomendéis la salud de mi alma. Esta consiste, pues, en amarlo, y este mismo amor Vos habeis de alcanzármelo: mas haced que sea un amor grande y que me dure eternamente.

RESÚMEN

DE LAS

VIRTUDES EN QUE DEBE EJERCITARSE UNA RELIGIOSA QUE QUIERE HACERSE SANTA.

Seria provechoso leer este resúmen cada vez que se practica el día de retiro, para conocer en qué virtudes se falta.

1 Debe una religiosa desear ir creciendo siempre mas en el amor á Jesucristo; pues que los santos deseos son las alas con que las almas vuelan á Dios. Por eso conviene meditar la pasion del Señor con frecuencia: hacer entre dia repetidos actos de amor al mismo Jesucristo, comenzando desde que se despierte por la mañana, y procurando dormirse por la noche tambien con la práctica de un acto amoroso; y pedir incesantemente á tan piadoso Salvador este mismo amor suyo santísimo.

2 Recibir la sagrada Comunión semanalmente, y aun con mucha mayor frecuencia, si el director lo permite; repitiendo entre dia la comunión espiritual á lo menos tres veces.

3 Visitar al santísimo Sacramento, cuando no pueda ser mas, siquiera una vez cada dia; y estando en su presencia, después de los actos de fe, de agradecimiento ó gratitud, de amor, y de dolor por los defectos, pedirle fervorosamente el don de la perseverancia

y su santo amor. Y cuando nos sobrevengan inquietudes, pérdidas, afrentas, ú otras adversidades, recurrir al mismo santísimo Sacramento, aun cuando no pueda ser sino desde el sitio en donde se encuentra la persona atribulada.

4 Todas las mañanas, al tiempo de levantarse, ofrecerse á Dios para sufrir en paz todas las cosas contrarias que en aquel dia hayan de sucederle; y cuando llegue el caso que estas se presenten, decir en todo tiempo: *Señor, hágase siempre vuestra voluntad.*

5 Gozarse de que Dios sea infinitamente bienaventurado; pues el que á Dios ama mas que á sí mismo, debe alegrarse mas de la felicidad que él disfruta, que de la suya propia.

6 Desear el paraíso, y por lo mismo apetecer la muerte, para verse libre del peligro de perder á Dios, y poder ir á la misma bienaventuranza, en donde se le ame con todas las fuerzas, y eternamente.

7 Desear y procurar que todos amen á Jesucristo; y hablar á este fin con frecuencia de su santo amor con las demás hermanas.

8 Portarse con Dios sin reserva, no negándole cosa alguna que conozca ser de su agrado; antes por el contrario, elegir todo aquello que mas le complazca para practicarlo.

9 Rogar todos los dias por las almas del purgatorio, y tambien por los pobres pecadores.

10 Hacer todas las cosas con el único fin de complacer á Jesucristo, diciendo al principiár cada una de las acciones: *Señor, todo sea por Vos.*

11 Ofrecerse muchas veces al dia á padecer por

Jesucristo y por su amor todas las penas que se presentan, diciendo: *Toda á Vos me entrego, Jesús mio: aquí me teneis; haced de mí todo aquello que os agrade.*

12 Hacer una formal resolución de morir antes que cometer con advertencia un pecado, aunque no sea mas que venial.

13 Privarse de las propias satisfacciones, aun cuando sean lícitas; á lo menos por dos ó tres veces al dia. Y luego que oimos hablar de riquezas, de honores, ó de humanas diversiones, pensémos que todo tiene fin, y digamos entonces: *Dios mio, á Vos solo quiero, y nada mas.*

14 Tener cada dia dos horas de oracion mental, ó á lo menos una.

15 Amar la soledad y el silencio, para entretenerse en conversar con Dios nada mas que á solas; por lo que es necesario amar el coro y la celda; huyendo al mismo tiempo del locutorio, de la puerta y de la azotea.

16 Practicar todas las mortificaciones exteriores que la obediencia permite; pero atendiendo principalmente á las internas, como abstenerse de las que son meras curiosidades, de responder á las injurias; y no haciendo jamás cosa ninguna por sola satisfaccion propia.

17 Hacer cualquiera ejercicio devoto como si fuese la última vez que ha de practicarse; y por lo mismo pensar con frecuencia en la muerte al tiempo de las meditaciones; y estando en el lecho, consideremos que algun dia habrémos de espirar en él.

18 No dejar nuestras acostumbradas devociones,

ú otra obra que sea buena por cualquiera respeto humano, ni por sequedades, arideces, ó tedios que en contra de ello experimentemos.

19 En el tiempo de las enfermedades no quejarnos de la poca asistencia, ya de los médicos, ó ya de las hermanas; y procurar ocultar los dolores en cuanto fuere posible.

20 Desechar la tristeza, conservando tranquilidad, y el semblante siempre sereno y uniforme en todas las adversidades; pues el alma que quiere lo que Dios dispone, jamás debe estar afligida.

21 Recurrir con presteza y confianza á Jesús y á María en el tiempo de las tentaciones; acostumbándose á pronunciar siempre, mientras que la tentacion continúe, los dulcísimos nombres de *Jesús y María*.

22 Poner toda nuestra confianza, primeramente en la pasion de Jesucristo, y después en la poderosa intercesion de la Virgen María; pidiéndole á Dios todos los dias esta misma confianza.

23 No perturbarse nunca, después de cometido un defecto; ni tampoco desconfiar, aun cuando se reproduzca muchas veces la misma falta; sino arrepentirse inmediatamente, resolviéndose de nuevo á la enmienda, y poniendo en Dios su confianza.

24 Hacer bien á quien nos hace mal, á lo menos rogando á Dios por el mismo que nos injuria.

25 Responder con dulzura á todo el que nos ofenda de palabra ó de obra, y por este medio ganarlo para Dios.

26 Cuando nos hallemos alterados es conveniente que nos demos al silencio hasta que el alma esté sere-

na; de lo contrario, habrémos de cometer mil defectos, cási sin advertirlo.

27 Cuando hayamos de corregir, procuremos buscar la ocasion en que no estemos alterados, ni nosotros ni la persona corregida; pues que no siendo así, sucederá que nuestras expresiones sean mas bien nocivas que provechosas.

28 Hablar siempre bien de todos, y excusar la intencion de la persona, cuando la accion suya no admite excusa.

29 Socorrer á los prójimos en todo cuanto se pueda, y especialmente á aquellos que nos sean contrarios.

30 No hacer ni decir cosa alguna que pueda desagradar á otros, á no ser que fuese con el recto fin de agradar mas á Dios; y en faltando en alguna ocasion á la caridad para con el prójimo, pedirle perdon, ó á lo menos tratarlo con dulzura; y hablar siempre con mansedumbre y en voz baja.

31 Ofrecerle á Dios todos los desprecios que se nos hagan, sin lamentarse después de ellos, al tratar con otras personas.

32 Observar puntualmente las reglas del convento. Decia acerca de esto san Francisco de Sales, que la mas rígida penitencia que puede hacer el religioso es el negar la voluntad propia, y el complacerse en que la observancia de las reglas sea el sacerdote que en cada momento ofrezca á Dios un tal sacrificio. Y añadía tambien con frecuencia que la predestinacion de los religiosos se halla afecta al amor de las propias reglas. Y á los superiores regulares les decia, que para el buen desempeño de su destino no debian hacer otra cosa mas

que observar sus reglas, y hacer que los demás tambien las cumpliesen.

33 Apreciar á los superiores como á la misma persona de Jesucristo; y bajo este concepto, obedecerlos puntualmente y sin replicarles.

34 Con respecto á la humildad, debeis amar los oficios mas bajos y ordinarios. Escoger para sí las cosas mas pobres: humillarse tambien hasta con las hermanas inferiores. No hablar ni bueno ni malo de sí misma, porque algunas veces, aun el decir mal de sí fomenta la soberbia: no alegar excusas en las reprensiones, ni tampoco en las calumnias que nos imputen; á no ser que absolutamente fuere necesario para evitar el escándalo de otros.

35 Visitar y asistir todo lo mas que se pueda á las enfermas, y particularmente á las que padezcan mayor abandono.

36 Decirse á sí misma con frecuencia: Yo no he venido al convento para recrearme, sino para padecer; no para disfrutar de comodidades, sino para vivir en pobreza; no para ser honrada, sino despreciada; no para hacer mi voluntad propia, sino para cumplir con la de otros.

37 Renovar frecuentemente el propósito de hacerse santa; y no desmayar nunca en cualquiera estado de tibieza en que se encuentre.

38 Renovar los votos de la profesion todos los dias.

39 Conformarse con la voluntad divina en todas las cosas contrarias á nuestra naturaleza; como en los dolores, en las enfermedades, afrentas, contradicciones, pérdida de bienes terrenos, muerte de los parien-

tes, ó de otras personas amadas; dirigiendo á este fin todas nuestras obras, las sagradas comuniones, las meditaciones y las súplicas; y pidiéndole siempre á Dios que nos haga amar y seguir en todo su voluntad santísima.

40 Recomendarnos á las oraciones de las personas devotas; pero mas principalmente á los Santos que ya están en el paraíso, y con toda especialidad á María santísima; haciendo un grande aprecio de la devocion para con esta divina Madre, y procurando infundir en otros el mucho amor que debemos á tan digna Señora.

MÁXIMAS ESPIRITUALES

QUE DEBE SABER Y MEDITAR UNA RELIGIOSA.

¿De qué serviria ganar todo el mundo, si llegaba á perderse el alma?

Todas las cosas de este mundo tienen fin, pero la eternidad nunca se acaba.

Que se pierda todo, con tal que á Dios no lo perdamos.

Ningun pecado, por leve que sea, puede llamarse un mal leve.

Si queremos agradar á Dios, es menester que nos neguemos á nosotros mismos.

Todo lo que se hace por satisfaccion propia, viene á ser perdido.

Para salvarnos conviene que siempre temamos cualquiera caída espiritual.

Aunque nos cueste la vida, no dejemos de agradar á Dios.

Solo el pecado es el mal que debe temerse. Todo lo que Dios quiere es bueno, y todo debemos tambien quererlo.

El que no quiere otra cosa mas que á Dios, está siempre contento en todos los acaecimientos que le sobrevienen.

Debo figurarme que en el mundo no hay nadie mas que Dios y yo.

Todo el mundo no puede contentar nuestro corazon en realidad; solo Dios es el que dulcemente lo contenta.

Todo nuestro bien consiste en amar á Dios; y el amor de este Señor está compendiado en hacer su voluntad divina.

En el rogar estriba toda nuestra riqueza: el que suplica debidamente, alcanza cuanto quiere.

Téngase por perdido aquel dia en que se omite la oracion mental. *Quien deja la oracion, dice santa Teresa, se mete en el infierno por sus propios pasos.*

No dejar pasar ningun dia sin leer en algun libro espiritual.

Conocer que los puntillos de honor son la peste del espíritu.

Para ser humilde, no de boca, sino de corazon, no basta decir que se merecen todos los desprecios, sino que es necesario complacerse al verse despreciada. ¿Y qué sabe de provecho una monja, si el sufrir una afren-

ta por Dios todavía lo ignora? Cuando, pues, os veais injuriada, tomadlo todo á cosa de risa.

Al que conoce bien que tiene el infierno merecido toda cualquiera pena le parece ligera.

El que ama la pobreza es dueño de todo. Conviene escoger lo peor en las cosas del mundo, y en las de Dios hemos de abrazar lo mejor.

Una religiosa obediente es la alegría de Dios, y también del convento.

La verdadera caridad consiste en hacer bien al que nos hace mal, y ganarlo para Dios de este modo.

¿De qué sirven las riquezas y los honores al tiempo de nuestra muerte?

Es un gran favor el que Dios hace á la persona que llama á su amor santo.

No deja Dios de premiarnos todo buen deseo que tengamos.

Todo afecto desordenado viene á ser malo, aunque se dirija á las cosas buenas.

Seamos agradecidos, pero con Dios sobre todo. Resolvámonos por lo tanto á no negarle á Dios nada, escogiendo siempre aquellas cosas que fueren de su mayor agrado.

La mejor oracion que podemos hacer cuando estemos enfermos es la de conformarnos con la voluntad divina.

Vida santa y placeres en los sentidos no pueden avenirse á un mismo tiempo.

El que en sí mismo confía está perdido; pero el que confía en Dios todo lo puede.

¿Y qué mayor placer puede tener un alma que saber que agrada á Dios?

Dios está pronto á entregarse todo á quien todo lo deja por amor suyo.

El único camino para llegar á ser santos es el de los padecimientos.

Con sequedades y tentaciones hace Dios la prueba de sus amantes.

No puede perderse el que ama á Dios, y en él pone su confianza.

Todo lo sufre con paz el que bien mira á Jesús crucificado.

El que mas ama á Dios en este mundo, es el que está mas contento.

Todo lo que no se hace por Dios viene luego á convertirse en penas.

No puede venir jamás de Dios ninguna clase de inquietud, aunque esta se tenga por un fin bueno.

Basta que no deje de caminar para que se llegue al fin deseado.

El que solo á Dios quiere, está rico y contento; no tiene necesidad de nada, y se rie del mundo.

ASPIRACIONES AMOROSAS

Á JESUCRISTO.

¡Jesús mio! Vos solo me bastais.

No permitais, amor mio, que yo jamás me separe de Vos.

¿Cuándo vendrá aquella hora en que yo llegue á deciros: Dios mio, ya no puedo nunca perderos?

¿Y quién soy yo, Señor, para que con tanto empeño procureis ser amado por mí?

¿Y á quién quiero yo amar, Jesús mio, si á Vos no os amo?

Aquí me teneis, Señor; disponed de mí como fuere de vuestro agrado.

Dadme, Jesús mio, el amor vuestro, y nada mas os pido.

Haced que yo sea toda vuestra antes que llegue á perder mi vida.

¡Eterno Padre! por el amor de Jesucristo os pido que tengais piedad de mí.

Dios mio, á Vos solo quiero, y nada mas.

¡Oh si yo pudiese, Jesús mio, sacrificarme toda por Vos, ya que tuvisteis la dignacion de sacrificaros todo por mí!

Si yo hubiese muerto cuando estaba en pecado, ¡ay de mí! que no pudiera amaros ya mas; pues ahora que puedo, quiero amaros todo lo mas, ó con la mayor perfeccion que me sea posible.

A Vos consagro, Señor, toda la vida que me queda.

Yo quiero solamente, Redentor adorable, todo aquello que Vos tambien quereis.

Haced, Jesús mio, que yo os encuentre aplacado la primera vez que llegue á veros.

Vos no me dejaréis á mí; pues yo tampoco habré de abandonaros. En todo tiempo, pues, nos amaremos, Dios mio, en esta y en la otra vida.

Muy ingrata seria yo contra Vos, si después de tan-

tos beneficios como me habeis dispensado, os amase yo ahora poco.

Vos os habeis entregado todo á mí, pues yo, Señor, á Vos enteramente me consagro.

Vos, Señor, amais á quien os ama: yo en verdad os amo; amadme Vos tambien á mí. Y si os amo poco, concededme todo aquel amor que de mí querais.

Mucho me habeis obligado, Jesús mio, á que os ame; haced, pues, que yo lo venza todo para complaceros.

Admitid en vuestro amor á esta mi alma que tantos disgustos os ha dado.

Hacedme conocer, Dios mio, el inmenso bien que Vos sois, para que de este modo llegue yo á amaros mucho.

Quiero amaros mucho en esta vida, para amaros tambien mucho en la otra.

¡Oh Dios eterno! yo espero amaros eternamente.

¡Oh si yo siempre os hubiese amado! ¡oh si hubiese muerto antes que ofenderos!

Os doy, Señor, mi voluntad y mi libertad; disponed de mí segun vuestro beneplácito.

Quiero que mi único contento ¡oh bondad infinita! sea complaceros en todo tiempo.

¡Oh Dios mio! yo me gozo de que seais infinitamente bienaventurado.

Vos que sois omnipotente, hacedme santo.

Vos me habeis buscado cuando yo huia de Vos; me amábais cuando yo despreciaba vuestro amor: pues no me abandoneis ahora que ya os busco, y que tambien os amo.

Sea el día de hoy, Señor, en el que yo á Vos me entregue enteramente.

Imponedme toda clase de castigos; pero no me priveis el que pueda amaros.

Os doy gracias porque aún me concedéis tiempo para que os ame. Os amo pues, Jesús mio, os amo una y mil veces, y espero acabar mi vida diciendo: *Yo os amo, Señor, yo os amo.*

Quiero amaros sin alguna reserva, y hacer todo aquello que entienda ser de vuestro agrado.

Yo amo mas vuestra voluntad adorable que todos los gustos del mundo.

Acepto porque os amo ¡oh Dios mio! todas las penas que me ordeneis.

¡Oh si yo pudiese, Jesús amoroso, morir por Vos, ya que tuvisteis la dignacion de morir por mí!

¡Oh si me fuera posible hacer que todos os amasen, segun mereceis!

¡Oh voluntad de Dios! tú eres el amor mio.

¡Oh Dios de amor! concededme vuestro amor.

¡Oh Virgen María! atraedme toda hácia Dios.

¡Oh dulce Madre mia! haced que yo siempre á Vos acuda. Vos, Señora, me habeis de hacer santa: así de Vos lo espero.

VIVA JESÚS NUESTRO AMOR, Y MARÍA NUESTRA ESPERANZA.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

A.

Abadesa. Obligaciones de la Abadesa, cap. XXIII. Vide *Advertencias*.

Abstinencia. Abstinencia de la carne y del vino, cap. VIII, § II, núm. 7. Otras abstinencias de la gula, núm. 16.

Accion de gracias por la comunión, cap. XVIII, § III, núm. 10.

Actos cristianos, cap. XXIV, núm 7.

Advertencias: á la Abadesa, cap. XXIII: acerca los abusos, oficios y amistades, núm. 2: dé ejemplo, núm. 3: sea sola á gobernar, núm. 4: sea humilde y afable acerca dar los oficios, obediencias, correcciones, etc., núm. 5: acerca las licencias, núm. 6: acerca el proveer á las hermanas en lo espiritual y temporal, y especialmente para que tengan confesores extraordinarios, y que las misas se celebren devotamente, núm. 7: acerca la música y canto de las monjas, núm. 8: acerca las conversas, núm. 8. *Advertencias á la Vicaria, á la Maestra de novicias, á la Procuradora, á la Sacristana, á la Tornera y Portera, á la Enfermera, á las Consultores, á las Conversas,* cap. XXIII.

Amistad. Amistad con seglares, cap. X, § II, números 1 á 5: con religiosos y eclesiásticos, núm. 6 y 7. Señales de afecto no puro, núm. 8. Amistades particulares con las mismas hermanas, núm. 9 y siguientes. Afecto á las bestias es bestial, núm. 13. Obligacion de la Abadesa de impedir las amistades, cap. XXIII, núm. 2.

Amor. Amor propio cuán dañoso sea, cap. VII, núm. 2 y 4. El amor divino vuelve dulce el padecer, cap. II, núm. 15. Obligacion de amar á Jesucristo, cap. XXII, § I. De los medios para amar á Jesucristo, ibid. § II: deseo, núm. 2: des-
pego, núm. 3 al 6: meditar la pasion, núm. 7 y 8: actos de amor, núm. 9 y siguientes. El amor vuelve dulces las cruces, cap. II, núm. 15, y cap. III, núm. 8.

Ancianas. Las monjas ancianas deben dar buen ejemplo, cap. VII, § IV, núm. 8 y 9.

Apego. Cualquiera apego impide la perfeccion, cap. III, número 4, y cap. VII, número 11. Veniales con apego, cap. VI, núm. 1 y siguientes.

Aprecio de las vírgenes, cap. I. Vide *Virgen*.

Aridex ó sequedad. Véase *Desolacion*.

Atencion al oficio divino, cap. XXIV, núm. 3.

Ayuno. Ayunos indiscretos, cap. VIII, § II, núm. 16.

Azotarse. Véase *Disciplina*.

B.

Bienes del estado religioso. Véase *Religiosa*. Bienes ó utilidades de la mortificacion externa del cuerpo, cap. VIII, número 6, 7 y 8. De las tentaciones, cap. XIII, núm. 2, 3 y 4.

C.

Canto. Cuál es el que conviene á las monjas, cap. XXIII. Véanse las advertencias á la Abadesa sobre este particular, núm. 8.

Caridad. Caridad para con Dios. Véase *Amor*. Caridad para con el prójimo, cap. XII, § I, núm. 1 hasta el 6. Caridad en el juzgar, núm. 7. Si el prójimo padece, entristecerse, núm. 8: si se goza, gozarse, núm. 9. Caridad en las palabras, § II. No murmurar, núm. 12 y 13. No susurrar, núm. 4. No zaherir, no porfiar, y responder con dulzura, núm. 5 hasta el 8. No enojarse, núm. 9. Si la hermana pide perdon, número 11. Si vos la habeis ofendido, núm. 12. Caridad en las obras, § III. Hacer limosna, núm. 1. Ayudar á las que tra-

bajan, núm. 2. Celo de las almas, núm. 3 y 4. Celo por los pecadores, núm. 5: por las almas del purgatorio, núm. 6: por las hermanas, núm. 7. Caridad con las enfermas, número 8: con las contrarias, núm. 9 y siguientes.

Carlos de Lorena (P.), cap. II, núm. 17.

Carnaval. De los divertimientos de las monjas en tiempo de carnaval, cap. XXIV, núm. 6.

Casadas. Las casadas tienen muchos impedimentos para hacerse santas, cap. I, número 6: sus peligros, núm. 7: su vida infeliz, núm. 8.

Castidad. Medios para conservarla, cap. I, núm. 14, y capítulo XIII, § III, núm. 5 y 6. Santos tentados contra castidad, cap. VIII, § I, núm. 4. Vicio de la gula, fómite contra la castidad, cap. VIII, § II, núm. 5. La carne y el vino fomentan las tentaciones sensuales, núm. 7.

Cielo. Véase *Paraiso*.

Cilicios. Cómo deben usarse, cap. VIII, § III, núm. 2.

Comunion. De la frecuencia de la comunión, cap. XVIII, § III. Decreto de Inocencio XI sobre la frecuente comunión, núm. 7. De la preparacion, núm. 8 y 9. De la accion de gracias, núm. 10. Excusas de los que comulgan raras veces, número 11 y siguientes. De la comunión espiritual, núm. 20, 21 y 22. No se deje la comunión por pecados veniales cuando no hay proporcion de confesarse, cap. XVIII, § II, núm. 13.

Confesion. De la frecuente confesion, cap. XVIII, § I; número 1, 2 y 3. Del exámen, núm. 4. Del dolor, núm. 5 y 6. Del propósito y fuga de las ocasiones, núm. 7 y 8. Sobre callar los pecados, núm. 9 hasta el 12. De los pecados dudosos, núm. 13, ó dudosamente confesados, núm. 14 y 15. Discursos inútiles en la confesion, núm. 16. Téngase un director del alma, núm. 17, 18 y 19: hasta para ello el confesor ordinario, núm. 20. De los escrúpulos, cap. XVIII, § II.

Confesor. De los confesores extraordinarios, cap. XXIII. Véanse las advertencias á la Abadesa, núm. 7. Cualquier confesor está en lugar de Dios, cap. XVIII, § II, núm. 8 y siguientes.

Confianza. Confianza en Dios, cap. VI, núm. 7, y capítulo XX, núm. 6.

Consultoras. Advertencias á las Consultoras, cap. XXIII, pág. 410.

Conversas. Advertencias á las conversas, cap. XXIII, página 411. Cuidado que de ellas ha de tener la Abadesa, ibid.

Correccion. Véase *Reprensiones*.

Cortesianos del emperador hechos monjes, cap. IV, núm. 8.

Cruz. Señal de la cruz contra las tentaciones, cap. XIII, § III, núm. 7. Véase *Paciencia*.

Cuidado de la salud, debe ser discreto, cap. VII, § III, número 13.

D.

Deseo de la perfeccion, cap. IV. Deseo de perezosos, número 9.

Desconfiar de sí mismo, cap. XI, § I, núm. 5, y cap. XIII, § III, núm. 8. No desconfiar después del pecado, cap. XI, § I, núm. 6.

Desolacion. Paciencia en las desolaciones, cap. XIII, § II, núm. 10, 11 y 12, y cap. XIV, § II, núm. 5 y 6. En tiempo de desolacion no se deje la oracion, cap. XV, § II, número 13.

Despego. Despego de la propia voluntad, cap. VII, § I: de los parientes, cap. X, § I. No entregarse á los negocios temporales, ibid. núm. 7 y 8. Despego de los seglares, cap. X, § II, núm. 1 y siguientes. Despego de las mismas hermanas, núm. 9 y siguientes. Despegarse de todo para agradar á Jesucristo, cap. XXII, § II, núm. 3 y siguientes.

Desprecio. Humildad en recibir los desprecios, cap. XI, § IV, núm. 1 y siguientes. Sufrirlos con paz, núm. 5 y siguientes: y con gozo, núm. 11 y 12. Paciencia en los desprecios, cap. XIII, § II, núm. 8 y 9.

Dínero. Dineros superfluos, cap. IX, § II, núm. 6. Gastos superfluos, núm. 7 y 8.

Dios. Dios dispone todas las cosas para nuestro bien, capítulo XIV, § I, núm. 5.

Director. Paciencia cuando se pierde el director, cap. XIII, § II, núm. 7. Conviene descubrirle las tentaciones, § III,

núm. 9. El único remedio contra los escrúpulos es la obediencia al director, cap. XVIII, § II, núm. 8 y siguientes.

Disciplinas ó azotes, cómo deben usarse, cap. VIII, § III, núm. 3.

Domitila (Santa), cap. I, núm. 4.

E.

Exámen. Para la confesion, cap. XVIII, § I, núm. 4: exámen de conciencia general y particular, cap. XXIV, núm. 7.

Ejemplo. Dar buen ejemplo dejando ver el bien, cap. IV, núm. 14. Las ancianas deben dar ejemplo, cap. VII, § IV, núm. 8 y 9. La modestia es necesaria tambien para ejemplo de las otras, cap. VIII, § I, núm. 7 y 8. El buen ejemplo que da el que sufre los desprecios, cap. XI, § IV, núm. 10. Del ejemplo que debe dar la Abadesa, cap. XXIII: advertencias á la Abadesa, núm. 3.

Ejercicios espirituales. Meditaciones para ocho dias, que deben practicarse particular ó privadamente, t. II, pág. 446.

Enferma y Enfermera. No hacer caso de las enfermedades leves, cap. VII, § III, núm. 13. Sufrir la falta de alguna cosa en el tiempo de enfermedad, cap. IX, § II, núm. 10. Caridad con las enfermas, cap. XII, § III, núm. 8. Paciencia en las enfermedades, cap. XIII, § II, núm. 1 y siguientes. Resignarse en las enfermedades, cap. XIV, § II, núm. 2 y 3. Advertencias á la Enfermera, cap. XXIII, pág. 407.

Enemigos. Caridad con los enemigos, cap. XII, § III, número 9 y siguientes.

Envidia. Cuánto debe apartarse la envidia, cap. XII, § I, núm. 9.

Escrúpulos y Escrupulosa. Avisos y remedios para las monjas escrupulosas, cap. XVIII, § II. Escrúpulos falsos, ibid. núm. 2. Escrúpulos acerca las confesiones pasadas, núm. 11, 12 y 13. Escrúpulos acerca las acciones actuales, núm. 14 y 17.

Excusas de quien no frecuenta la comunión, cap. XVIII, § III, núm. 11 y siguientes.

Espíritu de religiosa en qué consiste, cap. II, núm. 18.

Esposa y Esposo. La monja es esposa de Jesucristo, cap. I,

núm. 2, 3 y 4. Vírgenes santas que rehusaron ser esposas del mundo, núm. 4. Jesús es esposo celoso, núm. 15. El esposo quiere el corazón entero de la esposa, cap. III, núm. 2 y 3.

Eufemia (Santa), se cortó los labios, cap. I, núm. 15.

F.

Fiesta. Gastos superfluos en las fiestas, cap. IX, § II, número 7 y 8.

Fuerza. Monja hecha por fuerza ¿qué debe hacer? capítulo XXIV, núm. 8.

G.

Georgia, virgen cortejada de los Angeles, cap. I, núm. 1.

Gloria. Véase *Vanagloria*.

Gula. Mortificación de la gula, cap. VIII, § II. El vicio de la gula es un incentivo contra la castidad, núm. 5.

H.

Hablar. Modestia en el hablar, cap. VIII, § I, núm. 11 y 12. Caridad en el hablar, cap. XII, § II. Véase *Caridad para con el prójimo*. Examinar las palabras, cap. XVI, § I, número 12. Hablar de Dios, núm. 13.

Honor. Véase *Vanagloria*.

Humildad y Humilde. Ventajas de la humildad, cap. IX, § I, núm. 14 y 15. Paz de los humildes, núm. 4 y 5. Humildad de conocimiento, § II. No confiar en sí, núm. 5. No desconfiar después del pecado, núm. 6. Si otra cae, no envanecerse, núm. 7. Tenerse por la peor de todas, núm. 8, 9 y 10. Humildad de voluntad, cap. XI, § III. Sufrir las reprensiones, núm. 1. No alabarse, núm. 3, y § II, núm. 3 y 4. Cuando oye que la alaban, § III, núm. 4 y 5. No buscar las honras y la gloria mundana, núm. 4 y siguientes. Humildad en sufrir los desprecios, cap. XI, § IV. No enfadarse, y no defenderse en las reprensiones, núm. 1 y siguientes. Aceptar con paz las humillaciones, núm. 5 y siguientes. Humillarse para vencer las tentaciones, cap. XIII, § III, núm. 8.

I y J.

Indulgencia plenaria en la profesion, cap. II, núm. 22. Indulgencia haciendo los actos cristianos, cap. XXIV, núm. 7.

Intencion. De la pureza de intencion, cap. XIX.

Ira. Nunca conviene la ira, cap. XII, § II, núm. 9.

Jacinta Marescotti (B.), cap. IV, núm. 2, y cap. XXIV, núm. 8.

Jesucristo. Es esposo celoso, cap. I, núm. 5. Se nos ha dado todo, cap. III, núm. 6. Su vida mortificada, cap. III, número 6. Su pobreza, cap. IX, § I, núm. 5 y 6.

L.

Leccion espiritual, cap. XVII, pág. 180.

Licencia: acerca el dar licencias la Abadesa, cap. XXIII: advertencias á la Abadesa, núm. 6.

Limosa, cap. XII, § III, núm. 1.

Locutorio. Cuánto debe evitarse, cap. X, § I, núm. 4, y § II, núm. 1 y siguientes, y cap. XVI, § I, núm. 10 y 11. Cómo debe estarse en él, cap. X, § II, núm. 4 y 5.

M.

Masstra de novicias. Advertencias para ella, cap. XXIII, pág. 400.

Maria santísima. De la devocion á María santísima, capítulo XXI. De su poder, núm. 2, 3 y 4. De su piedad, núm. 5 y siguientes. Obsequios que se le pueden tributar, núm. 12 y siguientes.

Medios: para conservar la castidad, cap. I, núm. 14. Y son la mortificacion y la honestidad, núm. 14. El retiro, núm. 15: apartar las ocasiones, núm. 16. Medios para la perfeccion explicados brevemente, cap. III, núm. 12: para salir de la tibieza, cap. VI, núm. 10 y siguientes: para amar á Jesucristo, cap. XXII, § II, núm. 5.

Melancolía. La religiosa debe huir la, cap. XXIV, núm. 8.

Merecer. Cuánto merece una monja, cap. II, núm. 4, 24 y 25.

Misas. De la asistencia á la misa, cap. XXIV, § IV. Que se despidan los sacerdotes que la dicen sin devocion, *ibid.* Advertencias á la Abadesa, núm. 7.

Modestia. Es necesaria tambien para ejemplo de los otros, cap. VIII, § I, núm. 7 y 8. De la modestia en general, y en especial en el vestir, núm. 9 : en el andar y en el comer, número 10 : en el hablar, núm. 11 : en el reir, núm. 12, y tambien dentro al núm. 6.

Monja. Véase *Religiosa*.

Mortificacion. De la mortificacion interna, cap. VII. Actos de la mortificacion interna, *ibid.* núm. 8. Vida mortificada de Jesucristo, núm. 9. Reglas para practicar la mortificacion, especialmente venciendo la pasion predominante, número 11 y 12 : resistiendo al principio, núm. 13 : mudando de objeto, núm. 14.

De la mortificacion externa de los sentidos, cap. VIII. Abstenerse tambien de los placeres lícitos, núm. 4. Utilidades de las mortificaciones corporales, núm 6 y siguientes. Mortificacion de la *vista*, *ibid.* § I, núm. 1 y siguientes. Es necesaria tambien para ejemplo de los demás, núm. 5 y 6. Mortificacion de la *gula*, es incentivo contra la castidad, § II, núm. 8. Abstinencia acerca la calidad de los manjares, núm. 7. De la carne y del vino, *ibid.* De salsas ó condimentos, núm. 8 : acerca la *cantidad*, núm. 10, 11 y 12 : acerca el *modo*, no fuera de la mesa, núm. 13 : no con voracidad, núm. 14 : no haciendo ayunos indiscretos, número 15. Otras abstinencias, número 16. Mortificacion del oido, olfato y tacto, *ibid.* § III. De los cilicios, núm. 2. De las disciplinas, núm. 3. De las vigiliass ó privacion del sueño, núm. 4 y 5. La mortificacion externa conserva la castidad, cap. I, núm. 14.

Muebles. Pobreza en los muebles, cap. IX, § II, núm. 5.

Muerte feliz de los religiosos, cap. I, núm. 19, 20 y 21.

Mundo. Ocasiones de pecar que hay en él, cap. II, núm 6.

Murmuracion, cap. XII, núm. 12 y 13.

Música. Véase *Canto*.

N.

Novenas á María santísima, cap. XXI, núm. 13.

O.

Obediencia. De la virtud de la obediencia, cap. VII, § II. La perfeccion de una religiosa está en el obedecer, núm. 4 y siguientes. Obediencia á los superiores, § III. Los superiores están en lugar de Dios, núm. 2, 3 y 4. Obediencia en aceptar los oficios, núm. 5, 6, 10 y 11. Si pueden exponerse las dificultades, núm. 12. Si la superiora es áspera, § V, núm. 8. Obediencia á las reglas, § V. Grados de la obediencia: Primero, obedecer con prontitud, núm. 1 y 2. Segundo, obedecer con exactitud, núm. 3 y 4. Tercero, obedecer con alegría, núm. 5, 6 y 7. Cuarto, obedecer con simplicidad, sujetando el juicio, núm. 9 y siguientes. La obediencia hace las obras puras, cap. II, núm. 3.

Obligacion. Obligacion de los religiosos de aspirar á la perfeccion, cap. III, núm. 5, cap. V, núm. 10. Obligacion de amar á Jesucristo, cap. XXII, § I. Obligaciones de la Abadesa, cap. XXIII, pág. 380.

Ocasiones: cuánto deben huirse, cap. VI, núm. 12. La monja está apartada de las ocasiones peligrosas del mundo, cap. II, núm. 6. De los propósitos de evitar las ocasiones, capítulo XVIII, § I, núm. 7 y 8.

Ocio: debe huirse, cap. XVI, § II, núm. 13 y siguientes.

Oficio divino, cap. XXIV, núm. 3. De las distracciones que se padecen en él, núm. 2 y siguientes. Atencion que basta para satisfacer con él, núm. 6 y 7. Privilegios de los religiosos acerca el oficio divino, núm. 8.

Oficios del convento: conviene aceptarlos sin réplica, capítulo VII, § III, núm. 5, 10 y 11. Cómo debe portarse la Abadesa en distribuirlos, cap. XXIII, núm. 5.

Oracion. La oracion mental es necesaria á las monjas, capítulo XV, § I. Práctica para hacerla, § II. En la oracion conviene meditar las tribulaciones que pueden sobrevenirnos, cap. XIII, § II, núm. 13.

P.

Paciencia. De la paciencia en general, cap. XIII, § I, número 1 y siguientes. Con paciencia se va al cielo, núm. 6. Padecer por amor de Jesucristo, núm. 10 y siguientes. Santos enamorados del padecer, núm. 13. El amor vuelve dulce el padecer, cap. II, núm. 15. Paciencia en las *enfermedades*, capítulo XIII, § II, núm. 1 y siguientes: en la *pobreza*, número 5: en la *pérdida de las criaturas*, núm. 6: en la del *director*, núm. 7: en los *desprecios y persecuciones*, núm. 8 y 9: en las *desolaciones de espíritu*, núm. 10 y siguientes: en las *tentaciones*, § III. Conviene premeditar las tribulaciones que pueden suceder, § II, número 13.

Paraiso. Gloria de los religiosos, cap. II, núm. 23 y 24.

Parientes. Despego de los parientes, cap. X, § I. No enredarse en sus negocios temporales, núm. 7 y 8.

Pasion. De la pasion predominante, cap. VII, núm. 11 y 12. Resistirla al principio, núm. 13. Meditar la pasion de Jesucristo, cap. XXII, § II, núm. 7 y 9. Reflexiones y afectos sobre la pasion de Jesucristo, tomo II, pág. 321.

Paz. Paz de los religiosos, cap. IV, núm. 11 y siguientes. P. Carlos de Lorena, beato Serafin de Ascoli, monjes de san Bernardo, núm. 17. Paz de los obedientes, cap. VII, § I, número 6. Paz de los humildes, cap. XI, § I, núm. 4 y 5. Paz que se halla en seguir la voluntad de Dios, cap. XIV, § I, núm. 6, y § II, núm. 8 y siguientes.

Pecado. De los pecados veniales indeliberados, cap. V, número 2, y cap. VI, núm. 8. De los deliberados, cap. V, número 3: pero si se cae en ellos raras veces, etc., cap. VI, núm. 9. De los veniales con apego, cap. VI, núm. 1 y siguientes. Pecado mortal de una religiosa, cuanto, etc., número 9. Medios para salir de la tibieza, núm. 10 y siguientes. Sobre callar los pecados en la confesion, cap. XVIII, § I, número 9 y siguientes. Con la profesion se perdonan los pecados, cap. II, núm. 22.

Pecador. Rogar por los pecadores, cap. XII, § III, núm. 5.

Peculio: como es lícito, cap. IX, § II, núm. 14 y siguientes.

Peligro de una religiosa imperfecta, cap. V.

Penitencias de los monjes antiguos, cap. VIII, núm. 11.

Pérdida de las criaturas, cap. XIII, § II, núm. 6. Pérdida del director, núm. 7.

Perdon. Véase *Caridad*.

Perfeccion. Deseo de la perfeccion, cap. IV. El que no adelanta vuelve atrás, núm. 2. Poco á poco se llega á ella, número 16. La perfeccion regularmente se halla en los religiosos, cap. II, núm. 10 y 23. Para llegar á conseguirla conviene hacerse violencia, cap. III, núm. 8. Perfeccion de la pobreza, cap. IX, § I, núm. 4. Los que andan por el camino de la perfeccion han de ser perseguidos, cap. XI, § IV, núm. 11 y 12.

Perezoso. Deseos de los perezosos, cap. IV, núm. 9.

Peregrino condenado por la soberbia, cap. XI, § I, núm. 2.

Perseguido y persecucion. Los buenos han de ser perseguidos, cap. XI, § IV, núm. 11 y 12. Resignarse en las persecuciones, cap. XIV, § I, núm. 8.

Pobreza. De la perfeccion de la pobreza, cap. IX, § I. Qué obligaciones lleva consigo el voto de pobreza, núm. 2 y 3. Cuál es la perfeccion de esta virtud, núm. 4 y siguientes. Premio de los pobres de espíritu, núm. 7 y 8. Cuál es la pobreza de espíritu, núm. 9, 10 y 11. De la vida comun y del peculio, núm. 14, 15 y 16. Grados de la pobreza perfecta, cap. IX, § II. Grado primero, no tener cosa alguna como propia, número 1. Segundo, no tener cosa alguna superflua, núm. 2 y 3, ni de vestidos, núm. 3 y 4, ni de muebles, núm. 5, ni de dinero, núm. 6. Pobreza en el gastar, núm. 7 y 8. Tercero, no quejarse cuando falta lo necesario, núm. 9, 10 y 11, especialmente en las enfermedades, núm. 10. Cuarto, elegir las cosas mas pobres, núm. 11 y 12.

Portera. Advertencias á la portera, cap. XXIII, pág. 405.

Práctica de la oracion mental, cap. XV, § II, pág. 102.

Práctica de la presencia de Dios, cap. XVI, § III, núm. 8 y siguientes. Práctica para rectificar la intencion, cap. XIX, núm. 4 y siguientes.

De la presencia de Dios, cap. XVI, § III.

Privilegios de los religiosos acerca el oficio divino, capítulo XXIV, núm. 3 y 8.

Procuradora. Advertencias á la Procuradora, cap. XXIII, pág. 402.

Profesion. En la profesion se perdonan todos los pecados, cap. II, núm. 22.

Propiedad acerca la pobreza, cap. IX, § I, núm. 14, y § II, núm. 1.

Proveer. La Abadesa debe proveer á las monjas en lo temporal y en lo espiritual, cap. XXIII, núm. 7.

Pureza. Véase *Castidad é Intencion.*

Purgatorio. Debe rogarse por las almas del purgatorio, capítulo XII, § III, núm. 6.

III.

Recreacion. Cómo debe estarse en la recreacion, cap. XXIV, núm. 6. De las recreaciones en tiempo de carnaval, ibid. número 3.

Reglamento de vida para una religiosa, cap. XXIV, página 415. Del levantarse, § I. De la oracion mental, § II. Del oficio divino, § III. De la asistencia á la misa, § IV. Cómo debe estarse en el refectorio, § V, y en la recreacion, § VI. Del exámen de conciencia y de los actos cristianos, § VII. Sobre apartar la melancolía, § VIII. Sobre la que se halla monja por fuerza, ibid., núm. 3 y siguientes.

Reglas. Obediencia á las reglas, cap. VII, § IV. Excusa primera, son cosas mínimas, núm. 4, 5 y 6. Segunda, la regla no obliga á pecado, núm. 7, y cap. IV, núm. 3. Tercera, somos ancianas, núm. 8 y 9. Cuarta, no queremos fastidiar á la superiora pidiendo tantas licencias, núm. 10 y 11. Reglas para la mortificacion interna, cap. VII, núm. 11 y siguientes: para vencer la pasion dominante, núm. 11 y 12. Resistir al principio, núm. 13. Mudar de objeto, núm. 14.

Religiosa: debe ser toda de Dios, cap. I, núm. 7 y siguientes, y cap. III, pág. 73. En todo lo que hace alaba á Dios, capítulo II, núm. 1 y 3: cuánto merece, núm. 4: está lejos de los peligros del mundo, núm. 6: es socorrida por las compañeras, núm. 8 y 9: tiene otras ayudas, núm. 10: goza de paz, núm. 11 y siguientes. Cuán importante es tener el capi-

ritu de religiosa, núm. 18: el ser religiosa es señal de predeterminacion, núm. 21.

Reprensiones: La que es humilde las agradece, cap. XI, § III, núm. 1. En las reprensiones no enojarse ni defenderse, § IV, núm. 1 y siguientes. Abadesa, acerca reprender, cap. XXIII, advertencias á la Abadesa, núm. 8.

Resignacion á la voluntad de Dios, cap. XIV, § I. Paz de los que se resignan, núm. 6 y 7, y § II, núm. 8 y siguientes. Resignarse en los defectos naturales, núm. 4. Véase *Paciencia*.

Resolucion. Para hacerse santa es necesaria la resolucion de vencerlo todo por Dios, cap. XXII, núm. 13, y cap. VI, núm. 12.

Rosario de Maria santisima, cap. XXI, núm. 12.

S.

Sacristana. Advertencias á la Sacristana, cap. XXIII, página 404.

Sanidad. El cuidado de la salud sea discreto, cap. VI, § III, núm. 13.

Señal de afecto no puro, cap. X, § II, núm. 8. Señales de alma escrupulosa, cap. XVIII, § II, núm. 3.

Sequedad ó aridez. Véase *Desolaciones*.

Silencio: cap. XVI, § I.

Singularidades perniciosas, cap. VII, § III, núm. 13: laudables, cap. IV, núm. 14.

Soledad. Del amor de la soledad, cap. XVI, § II. Soledad del corazon, núm. 10 y siguientes.

Superiora. Sus obligaciones, cap. XXIII. Si es áspera, etc., cap. VII, § V, núm. 8.

Susurronas: cuán perniciosas son, cap. XII, § II, núm. 4.

T.

Tentaciones: hacen al alma mas humilde, cap. XIII, § III, núm. 1: y le hacen adquirir mérito, núm. 3 y 4. Medios para vencerlas: la oracion, núm. 5 y 6: la señal de la cruz, número 7: humillarse y desconfiar de sí, núm. 8: descubrirlas al director, núm. 9: huir las ocasiones, núm. 10. Algunas

tentaciones se vencen despreciándolas, núm. 11. Tentaciones con capa de bien, núm. 12.

Tibieza y medios para vencerla, cap. VI, núm. 5 y sig.

Tornera. Advertencias á la Tornera, cap. XXIII, pág. 408.

Tribulaciones. Véase *Paciencia*.

V.

Vanagloria: en el alabar, cap. II, § II. Si otros caen no vanagloriarse, núm. 7. Sobre cuando se oyen alabanzas propias, § III, núm. 4 y 5. No buscar la gloria mundana, número 6 y siguientes.

Vestir y vestidos. Modestia en los vestidos, cap. VIII, § I, núm. 9. Pobreza en los vestidos, § II, núm. 3 y 4. Humildad en el vestir, cap. XI, § III, núm. 11.

Vicaria. Advertencias á la Vicaria, cap. XXIII, pág. 399.

Vida comun, cap. IX, § I, núm. 14 y 15.

Vigilias ó privacion del sueño, cómo deben practicarse, capítulo VIII, § III, núm. 4 y 5.

Vino: no beberle con demasía, cap. VIII, § II, núm. 7.

Virgenes: Aprecio que se merecen, cap. I, pág. 11. Vienen á ser como los ángeles, núm. 1: esposas de Jesucristo, núm. 7: *todas de Dios*, núm. 5 y siguientes. Su gloria en el cielo, núm. 12. Virgenes necias y prudentes, núm. 13. La virgen santa debe morir al mundo, núm. 18 y siguientes. Virgenes que se afearon para no ser amadas del mundo, núm. 15.

Virgindad y medios para conservarla, cap. I, núm. 14.

Visita al santísimo Sacramento, cap. XVIII, § II.

Voluntad. La propia voluntad quita el mérito, cap. II, número 4. Debemos contradecirla, cap. VII, núm. 4. Despego de la propia voluntad, ibid. § I: ella es la que nos inquieta, núm. 6 y siguientes. La obediencia de voluntad cómo debe ser, § V, núm. 5 y 6.

Z.

Zelo del bien espiritual del prójimo, cap. XII, § III, número 3 y 4: de la conversion de los pecadores, núm. 5: en gracia de las almas del purgatorio, núm. 6: del provecho de las compañeras, núm. 7.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	Pág.
CAPÍTULO XIII. — De la paciencia.	5
§ I. — De la paciencia en general.	5
§ II. — De la paciencia en las enfermedades, en la pobreza, desprecios y desolaciones.	26
§ III. — De la paciencia en las tentaciones.	44
CAP. XIV. — De la resignacion en la voluntad de Dios.	60
§ I. — Cuánto importa el resignarse en la voluntad divina.	60
§ II. — En qué cosas debemos especialmente resignarnos.	72
CAP. XV. — De la oracion mental.	87
§ I. — Necesidad moral de la oracion mental para las religiosas.	87
§ II. — Práctica de la oracion mental.	102
CAP. XVI. — Del silencio, de la soledad, y de la presencia de Dios.	110
§ I. — Del silencio.	120
§ II. — Del amor á la soledad, y de la fuga del ocio.	132
§ III. — De la presencia de Dios.	153
CAP. XVII. — De la lectura espiritual.	180
CAP. XVIII. — De la frecuencia de Sacramentos.	197
§ I. — De la confesion.	197
§ II. — De los escrúpulos.	224
§ III. — De la Comunión. Tambien al fin se hablará de la comunión espiritual, y de la visita al santísimo Sacramento.	240
CAP. XIX. — De la fuerza de intencion.	257
CAP. XX. — De la oración vocal.	302
CAP. XXI. — De la devocion á María santísima.	321
CAP. XXII. — § I. — De la obligacion que tiene una religiosa de amar á Jesucristo.	343
§ II. — De los medios y tambien de los actos de amor que debe practicar una religiosa en honor de Jesucristo.	359
CAP. XXIII. — Advertencias particulares para las que tengan los oficios de Abadesa, Vicaria, Maestra de novicias, Procuradora, Sacristana, Tornera, Portera, Enfermera y Consultoras, con algunas advertencias para las conversas ó legas.	380
CAP. XXIV. — Reglamento de vida para una religiosa que quiere hacerse santa.	415
§ I. — Acerca de levantarse por la mañana.	415
§ II. — De la oracion mental.	416

§ III. — Del oficio divino.	417
§ IV. — De la asistencia á la misa.	425
§ V. — Del modo de estar en el refectorio.	429
§ VI. — De la recreacion.	436
§ VII. — Del exámen de conciencia, con otras advertencias.	435
§ VIII. — La religiosa debe desterrar la melancolia. Y qué deba hacer aquella que se encuentra hecha monja contra su vocacion.	439
MEDITACIONES para ocho dias de ejercicios espirituales, que deben practicarse particular ó privadamente.	446
MED. I. — De la importancia de la salvacion.	449
MED. II. — De la vanidad del mundo.	458
MED. III. — Del viaje á la eternidad.	466
MED. IV. — Del pecado.	479
MED. V. — De la muerte.	489
MED. VI. — Del juicio.	503
MED. VII. — Remordimientos que tendrá en el infierno una religiosa que se condene.	511
MED. VIII. — Del amor á Jesús crucificado.	516
REFLEXIONES sobre la pasion de Jesucristo.	521
§ I. — Jesús entra en Jerusalem.	526
§ II. — Consejo de los magistrados y traicion de Judas.	529
§ III. — Ultima cena de Jesucristo con sus discípulos.	531
§ IV. — De la institucion del santísimo Sacramento.	534
§ V. — Jesús hace oracion en el huerto, y suda sangre.	537
§ VI. — Jesús es preso y atado.	540
§ VII. — Jesús es presentado á los pontífices, y estos lo condenan á muerte.	543
§ VIII. — Es conducido Jesús á Pilatos, y después á Herodes, siendo luego pospuesto á Barrabás.	548
§ IX. — Jesús es azotado en la columna.	552
§ X. — Jesús es coronado de espinas, y tratado como un rey de burlas.	556
§ XI. — Pilatos presenta á Jesús á vista del pueblo, diciendo: Ecce homo.	558
§ XII. — Jesús es condenado por Pilatos.	562
§ XIII. — Jesús lleva la cruz al Calvario.	564
§ XIV. — Jesús es crucificado.	569
§ XV. — Palabras que dijo Jesús en la cruz.	575
§ XVI. — Muerte de Jesús.	580
RESÚMEN de las virtudes en que debe ejercitarse una religiosa que quiere hacerse santa.	587
MÁXIMAS ESPIRITUALES que debe saber meditar una religiosa.	593
ASPIRACIONES AMOROSAS á Jesucristo.	596